EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO I. Lérida, Mayo de 1875. Número 1.

SUMARIO.—«Nuestra bandera», por la Redaccion.—«Introduccion á la Historia universal», por M.—«La Religion y el Universo», por D. F. M.—«Variedades.»

NUESTRA BANDERA.

Pavoroso es el aspecto que el actual período histórico ofrece á la consideracion de los hombres pensadores. Epoca de transicion y trasformacion, de renovacion y bruscos sacudimientos, presenta todos los caractéres de una de esas formidables crísis que han puesto en inminente peligro la vida de las sociedades al espirar cada uno de los dias genesíacos de la humanidad terrestre. En lucha el mundo que nace con el mundo que fenece, los intereses del porvenir con los intereses seculares del pasado, las ideas que brotan esplendorosas al calor fecundante del progreso con las ideas gastadas y envejecidas, impotentes ya para llenar las justas aspiraciones del entendimiento humano; no parece sino que los nacidos estamos llamados á presenciar el desenlace del gran drama en que se libran los destinos de las generaciones venideras.

Un profundo malestar que todos ven, que todos sienten, que empieza en el individuo, agita la familia y lleva al seno de las sociedades la perturbacion y el desórden, estiende su temible influencia sobre los pueblos en que la civilizacion ha depositado sus semillas. El individuo busca su felicidad, y cifrándola en el egoísmo práctico, se apercibe de que está aislado en me-

DIRECTOR Y FUNDADOR

D. JOSÈ AMIGÓ Y PELLICER.

COLABORADORES EN EL PRESENTE TOMO.

D.ª Amalia Domingo y Soler.—D. D. de M.—D. Federico Maspons.—D. Juan B. Constant.—D. Isidoro Pellicer.—Don José Arrufat.—D. D. F.—José Mazzini.—Camilo Flammarion.—La Redaccion.

dio de la multitud, solo en medio de sus semejantes, á quienes llama hipócritamente hermanos. La familia busca su felicidad, y creyendo hallarla en la independencia de sus miembros, marcha á la disolucion á pasos agigantados. Búscanla los pueblos, búscanla las sociedades, los unos en el dominio, las otras en la molicie, en el sensualismo, en el refinamiento de los goces; y ni las sociedades, ni los pueblos, ni la familia, ni el individuo aciertan á salir del malestar que consume sus fuerzas y agota su actividad y recursos. Y miéntras el orgullo, la hipocresía, la mentira y el egoísmo son los soberanos de la tierra; la honradez, la buena fe y el espíritu cristiano lloran en la oscuridad la falacia y el culto idolátrico del siglo. Todos vemos el peligro; todos conocemos que el actual modo de ser de las sociedades es insostenible; todos confesamos que la humanidad se precipita en el cáos; y sin embargo, como si una mano fatal nos empujara, seguimos todos sin vacilar la senda de perdicion.

¿Dónde buscar, nos preguntamos, la causa de estos vicios, el letal principio de estas corrupciones, el fundamento de estas miserias, el orígen de estos estravíos, el gérmen de estas enfermedades sociales? ¿Culparemos las instituciones ó á los hombres? ¿Acusaremos á los gobiernos ó á los pueblos, á César ó á Bruto, al altar ó al creyente, al derecho divino ó al espíritu democrático? Cada generacion, cada edad humana, como cada planeta, se forman una atmósfera con sus emanaciones propias, y en esta atmósfera están condenadas á vivir, y de esta atmósfera forman parte sus instituciones, sus leyes, su religion, sus castas, sus errores, sus impurezas, sus grandes concepciones y sus grandes enfermedades. No culpemos las obras de la humanidad: culpemos, sí, á la humanidad misma, que no ha sabido ó querido producir mejores obras.

Buscando pretestos con que cohonestar nuestras miserias, tomamos los hombres con frecuencia el efecto por la causa. Quéjanse unos de la fatal influencia de la civilizacion; otros del oscurantismo, que niega al progreso el derecho de existir; estos claman contra el escepticismo; aquellos contra el fanatismo; tales achacan todos los males á la literatura y á las

ciencias, y tales otros à la ignorancia de los pueblos. ¿No es esto tomar el efecto por la causa que lo produce? ¿Son otra cosa la civilizacion y el oscurantismo, el progreso y la barbarie, el escepticismo y el fanatismo, las ciencias y la ignorancia, son otra cosa que manifestaciones del espíritu humano, del estado interno de la humanidad en cada siglo, en cada época? La sociedad está enferma ¿quién lo duda? Pero las causas de su malestar no debemos buscarlas fuéra: radican en su organismo, en su naturaleza, en su corazon, en la miseria de su sangre. El deber del filósofo es indagar el principio morboso que amenaza de descomposicion el organismo social y presentar el remedio.

Las enfermedades son constantemente resultados del desequilibrio, de la falta de armonía en el ser que las padece, ya sea en el individuo, ya en la colectividad humana. La armonía y el equilibrio producen siempre el bienestar. Esto así, y no pudiendo dudarse que las colectividades sociales llevan hoy en su seno algun gérmen corruptor que las trabaja y debilita, no nos será tal vez difícil averiguar en donde, en que desequilibrio toma aquel gérmen principio.

Estudiando la sociedad en sus diferentes y progresivas edades y comparando su presente con su pasado, nótase desde luego en estos últimos tiempos un rápido desenvolvimiento intelectual, una evolucion casi brusca del espíritu humano hácia las ciencias, y mas principalmente hácia las positivas y naturales, por su inmediata aplicacion y empleo en mejorar las condiciones de la vida. Este importante movimiento, que si hubiese tenido por objeto el bienestar comun, la esplotacion de las riquezas naturales en beneficio de todos, habria marcado un gran progreso, no era sino el egoismo individual llamando á las puertas del venerando templo de la ciencia. Las condiciones de la vida sobre la tierra han mejorado, es cierto; pero ¿es ménos cierto que las comodidades de la vida están como puestas al servicio de un corto número de hombres afortunados, y que los restantes no las conocen, como no sea para maldecirlas ó envidiarlas? La ciencia no da, sino que vende sus productos; y claro es que solamente el que puede com-

prarlos los disfruta: por esto, léjos de haber contribuido á la felicidad comun, el acrecentamiento rápido del saber favorece la perturbacion y desarrolla grandes vicios.

No es tampoco la generalidad de los hombres la que ha participado del progreso intelectual realizado en estos últimos tiempos: las clases mas numerosas, las grandes masas de pueblo han permanecido ajenas al movimiento, sin apénas apercibirse de él. Víctimas eran, y víctimas continúan siendo de su ignorancia, esplotada siempre por las clases ilustradas. Han aprendido poco para servirse de los nuevos conocimientos con provecho, y demasiado para no hacerse suspicaces y recelosas. Juzgan que á todas horas se trata de seducirlas y engañarlas, y como no creen en la buena fe de los demás, suelen proceder de mala fe. De todo dudan, de todo sospechan, en todo adivinan intenciones peligrosas, y cada dia se hacen mas refractarias al bien, por lo mismo que viven persuadidas de que el mal es el regulador de las acciones humanas.

En estos contrastes, en estos bruscos desarrollos de determinadas aptitudes, tenemos el desnivel, el desequilibrio, la falta de armonía que ocasiona las perturbaciones del organismo social, la causa del malestar y desasosiego que todos generalmente sentimos. El progreso intelectual no ha podido tan rápidamente efectuarse sino á expensas de algun otro de los atributos de la naturaleza humana, del sentimiento, del sentido moral, de la conciencia. Absorbida por la inteligencia poco ménos que toda la sávia de la actividad espiritual, hanle faltado al corazon las fuerzas necesarias para el desenvolvimiento espansivo de los buenos gérmenes que en él depositó la Sabiduría infinita. De aquí el orgullo, el dolo, la hipocresía, el cinismo, la incredulidad, el sensualismo, la prevaricacion, con toda la cohorte de ruines sentimientos y vergonzosas pasiones que del egoismo se alimentan.

¿Urge ó no poner remedio á tantos males? ¿Habrá la sociedad perdido el instinto de propia conservacion hasta el estremo de mirar con ojo indiferente el abismo en que va á precipitarse? ¿Faltarian, por desgracia, hombres de buena voluntad y espíritu levantado, prontos á hacer el sacrifi-

cio de sí mismos en el ara santa del amor à los demás?

El remedio de sus males y el correctivo de sus vicios los tiene la humanidad al alcance de su mano: bástale cultivar su corazon, como ha ilustrado su entendimiento. El equilibrio entre ambas facultades le proporcionará la felicidad posible sobre la tierra, á que vanamente aspira. La razon ilustrada por la ciencia, marchando de acuerdo con la conciencia ilustrada por la razon, despejará la espesa nube que nos envuelve como para ocultar á nuestros ojos la dichosa senda por donde á la felicidad puede llegarse.

El Buen Sentido viene á contribuir desde su modesta esfera á la obra de regeneracion que con urgencia reclama el aflictivo estado de las modernas sociedades y cuya necesidad todos los hombres pensadores, y aun los espíritus superficiales, reconocen. Viene, lleno de nobles aspiraciones, á ponerse al lado de los hombres de buena voluntad que se agrupen y unan sus fuerzas para llevar la instruccion á todas partes y elevar el sentido moral del pobre pueblo. Viene á llamar al corazon de los que gozan, para mostrarles el triste cuadro del infortunio y de las miserias ajenas, y á penetrar en la choza de los que sufren, para infundirles la resignacion y la esperanza. Viene á decir la verdad al poderoso, y á predicar la felicidad por el trabajo y el cumplimiento del deber. Viene, por decirlo de una vez, á moralizar y á instruir, cooperando de esta suerte á la preparacion del reino de la fraternidad universal, que ha de ser el reinado de Dios sobre la tierra.

¿Necesitará El Buen Sentido, para sus laudables fines, enarbolar una bandera nueva, poner en su escudo un mote desconocido? No ciertamente: su bandera no serà otra que la moral de Jesucristo, y el mote de su escudo las palabras del gran Mártir: Amaos los unos á los otros. El Cristianismo, pero el Cristianismo en su pureza, tal como lo predicó su celestial fundador, despojado de las vanas añadiduras de los hombres, encierra todas las semillas de felicidad, contiene todos los principios regeneradores que el género humano necesita. Nuestra propaganda será, pues, esencialmente cristiana, y nuestros propósitos suministrar al pueblo el alimento moral que,

por la miseria de los tiempos, no ha podido llegar hasta él sino adulterado y corrompido. Sin esta corrupcion ¿sería posible esplicar de un modo satisfactorio la postracion moral en que el mundo cristiano yace despues de diez y nueve siglos de propagacion cristiana?

Venimos al público palenque de la prensa sin prevenciones ni odios, impulsados por la voz de la conciencia, que es el llamamiento del deber. Persuadidos de que el pasado ha sido necesario para llegar al presente, de la misma manera que el presente es la preparacion del porvenir, no recordaremos el pasado como no sea para servirnos de enseñanza saludable. Se nos atravesarán obstáculos en nuestra marcha y no nos faltarán encarnizados enemigos y mortales perseguidores, ya lo sabemos; pero, con la seguridad de que hacemos el bien, apartaremos, si nos es posible, los primeros, y compadeceremos á los segundos, perdonándolos, que es la venganza qne inspira el genio del Cristianismo.

La Redaccion.

INTRODUCCION

Á LA

HISTORIA UNIVERSAL.

Es generalmente reconocido que la religion y la educacion son las dos palancas mas influyentes y poderosas para la direccion y gobierno de los pueblos, y de aquellos fundamentales medios de eficaz accion se han valido los gobernantes y potentados de la tierra en todos tiempos. Mas lo han verificado allá á su manera, más ó ménos acertada segun su índole, pero muy frecuentemente en medio de sus torpes desvaríos, de errores sin cuento por su falso conocer y extraviado sentir, aunque no siempre por ignorancia, como podria creerse desde luego, sino por egoismo y orgullo y por todo género de malos instintos y pasiones. De este modo han venido lastimando inhumanamente los mas caros y legítimos derechos de sus subordinados ocasionando á la par continuo malestar en las sociedades, en términos de verse sumidas por punto general en duras situaciones de desolacion con todas las miserias que es posible imaginar de entre las mas penosas amarguras de la vida.

El estudio de estas calamitosas vicisitudes de la vida social en muchos de los pasados siglos, apénas con algun alcance de prosperidad que alternar pudiera con la opresion y la desgracia, nos hará ver cuanto hubieron de sufrir los pueblos de la antigüedad y cuan difícil habia de serles el prosperar conquistando su civilizacion en sus convenientes y sucesivos desarrollos; como tambien se dejan entrever las causas que directa ó indirectamente pudieron influir en la realizacion de aquellos hechos, que todo contribuirà á aleccionarnos y ha-

cernos cuerdos para mejor conducirnos en las etapas de nuestra humana y presente vida. Por lo mismo, pues, bien necesario habrá de sernos el cultivo de nuestro espíritu en esa larga esperiencia de evoluciones y contratiempos que nos han legado las precedentes generaciones con todos sus desaciertos, contrariando las mas veces á cuanto de legítimo, feliz y estable hubiera podido haber en el deseo del hombre de buen sentimiento; viéndonos obligados en su consecuencia á marchar por nuevas y mas seguras sendas, donde nos quepa la esperanza de poder realizar el ideal de nuestra paz, progreso y felicidad, objeto del constante anhelo de los hombres honrados.

He aquí indicada y bien manifiesta la necesidad del estudio de la historia, donde seguramente habremos de hallar instruccion útil para aprender á mejorar nuestra vida individual y social en pos del bien presente y futuro, en fuerza de la experiencia del pasado y á la vista de sus extravíos y amarguras sobre todo. Porque es necesario tener presente que las amargas lecciones del sufrimiento, entónces como ahora y en todo tiempo, avivan la inteligencia y hacen vibrar las fibras del corazon, haciéndonos presentir nuevos horizontes que explorar, donde hallarse pueda el bien que se apetece y busca y que no ha podido ser encontrado por los tortuosos y peligrosos caminos hasta ahora andados.

Estas consideraciones, nacidas del mas vivo deseo de que se haga la luz posible para una ilustracion sólida y general, nos mueven é incitan á la tarea que, sin pretension oficiosa, nos proponemos en la série de algunos artículos, que á manera de iniciativa y programa nos atrevemos á ofrecer al público bajo el título que precede «Introduccion á la Historia universal.»

Todo ha sido hecho para la humanidad, para el hombre y el espíritu del hombre en todas sus esferas de vida, y siempre en via de sus progresos indefinidos. ¡La humanidad! ¿Qué es la humanidad? porque metamórfosis y renovaciones ha pasado? de dónde viene y á dónde va, ó mejor, cuál es su orígen y cuál su destino? He aquí bosquejados los grandes problemas de la Filosofía y de la Historia, y sobre los que nos proponemos, tal vez inconsideradamente, emitir algunas ideas

en estos cortos apuntes, que serán como otros tantos jalones para un estudio mas profundo y detenido, que obligado nos será dejarlo para otras inteligencias mas expeditas, para inteligencias superiores á la nuestra y de mas pura y correcta frase en toda su expresion.

Todos conocemos la necesidad de esclarecer estos puntos, pero nadie se siente con fuerza suficiente para emprender tan árdua tarea, y nosotros no obstante, débiles é ignorantes, nos atrevemos á insinuar esta gran necesidad, bien que comprendemos que no es dado al hombre un medio seguro aun para presentar el cuadro fiel de todas las trasformaciones terrestres y vicisitudes humanas, puesto que para ello le seria necesario poder abarcar el movimiento del mundo en toda su universalidad y duracion. Por nuestra parte al menos no nos es permitido aspirar á tanto, permítasenos repetirlo; nuestro objeto, mas contenido, se concretará solamente á invitar las inteligencias privilegiadas por si tienen á honra ocuparse de este trabajo de concienzudo estudio en lo que les sea dado, miéntras nosotros de paso y á nuestra manera y á guisa de introduccion y programa, segun se ha dicho, bosquejaremos únicamente lo que á la simple vista de la marcha de la naturaleza puede entreverse y hemos creido vislumbrar, al modo que al través de la niebla oscura se pretende adivinar la existencia y el influjo saludable de los rayos del sol. Así y todo, que Dios derrame en la mente de todos la luz que necesitamos, á fin de poder descorrer de alguna manera el velo que oculta tanta verdad, y que sólo se refleja pàlidamente en nosotros en medio de nuestros crasos y numerosos errores.

Ensayemos pues, ya que el buen deseo nos brinda á ello, en la confianza que la divina luz que imploramos ha de iluminarnos en el comienzo y curso de este corto pero arriesgado trabajo. Remontémonos con un esfuerzo de la imaginacion á aquellos lejanos y primitivos tiempos en que el mundo, que hoy es nuestra comun morada, debió pasar del estado ideal en Dios á mundo material y tangible, marchando en sus sucesivos desarrollos hasta venir al punto de formacion y estabilidad en que hoy se encuentra. ¡Qué de evoluciones habrá él

experimentado, y quién podrá descubrirlas con alguna probabilidad de acierto! Y qué de aberraciones, de errores extravagantes no se tendria tambien que combatir al examinar las tradiciones de los pueblos, si pudiéramos ver claro cuanto ha venido sucediendo en el trascurso de los tiempos! Mas ya hemos dicho que no nos creemos autorizados para tanto, y que en nuestra empresa solo aspiramos, llenos del mejor deseo, á hacer una pequeña y aventurada escursion de útil é inicial ensayo, en fuerza de alguna que otra intuicion que de vez en cuando suele ocurrir á la mente, sobre este vasto é intrincado campo historico-filosófico que en vano nuestra pequeñez intentaria sondar. Empero nuestro buen deseo, al amparo de alguna luz gratuitamente concedida, nos dice que quizá con nuestro llamamiento podremos despertar la curiosidad y la meditacion en muchos para ir hácia un *mas adelante* en esta clase de estudios, no dudando que ello habria de reportar un inmenso bien á la humanidad, á la cual nos debemos y para la que debiéramos trabajar todos incesantemente.

Despues de estas salvedades, repetidas porque las juzgamos necesarias, continuaremos diciendo, aun cuando sea en gratuitas conjeturas, que el Verbo en la concepcion divina, el Verbo interno y coeterno en Dios, si así nos es permitido expresarlo, hubo allá desde el principio de manifestarse exteriorizándose, puede decirse, en las distintas y profusas creaciones visibles derramadas en la inmensidad del universal é infinito espacio, dando á su vez y andando el tiempo, formas tangibles á los mundos y á los seres qne habian de constituirlos y morar temporalmente en ellos, y todo verificándose en cumplimiento de la ley prevista desde la eternidad en la mente del Criador. Esta manifestacion exterior del Verbo fué como traducida, segun esta manera de ver, de idea y pura concepcion en Dios, viéndolo todo en el conjunto y en los detalles, en sutil y exterior flúido, inmediata emanacion de la voluntad divina, convirtiéndose luego y sucesivamente en otros de naturaleza diversificada, como en materia tangible á su vez, tambien distinta en su modo de ser, evolucionando todo en accion recíproca, y elaborándose y preparándose para el fu-

turo desenvolvimiento de los seres inorgánicos y orgánicos hasta llegar en su dia á la aparicion del hombre, síntesis y complemento de la creacion.

Desde el momento que nuestro mundo pasó del pensamiento divino al estado de flúido cósmico, hubieron de empezar las trasformaciones que eran necesarias á sus desarrollos, para no cesar ya, en cumplimiento de la ley eterna, la sucesion y mutabilidad que debian conducirlo á sus destinos. Las tales trasformaciones y la continua renovacion de la materia eran de todo punto indispensables, y obedecian, en su consecuencia, á las miras de la sabiduría infinita, convergiendo siempre al último término asignado á los seres, que es el de cumplir cada cual y progresivamente de etapa en etapa el fin para que fueron criados. De este modo, en el trascurso de los tiempos, el planeta que hoy es nuestra morada, con todos los seres que le pertenecen, de evolucion en evolucion y al través de los cataclismos á cual mas imponentes, bien que necesarios á su formacion y desenvolvimiento, es como poco á poco vino desarrollándose, cual tambien á su vez y tiempo lo han venído verificando los gérmenes de vida, las plantas, los animales y por fin el hombre; debiendo empezar desde aquella lejana época la historia de la humanidad en sus direcciones y pasos sobre la tierra. Sí, hubo de aparecer á su debido tiempo el hombre y la humanidad, y hubieron de venir asimismo los elementos y medios de su vivienda y sosten, donde hallar pudiera cuanto exigian las necesidades de su desarrollo y actividad en armonía con la ley del progreso. Desde entónces la vida humana, ornamento y complemento de la creacion, la vida de inteligencia y sentimiento, unida á la de los demás organismos que ántes y despues vinieron al mundo, ofrecerá todo un conjunto de vital accion, una eterna belleza, aun cuando por otra parte y por mucho tiempo la vida del hombre estará, por su naturaleza, espuesta á males y miserias inherentes á su desarrollo, por el mal uso que hará de su libertad, acosado por sus mas ó ménos desenfrenadas pasiones.

Desde que el ser humano aparece á la escena de la vida, entra, bien que insensiblemente, en sus sucesivos desenvolvi-

LA RELIGION Y EL UNIVERSO.

I.

El que no reconoce á Dios en sus obras, es de los que tienen ojos y no ven.

La astronomía es la prueba incontestable de la existencia de Dios y de varios de sus atributos: su estudio implica el más profundo convencimiento.

Atéos, venid conmigo y humillad vuestras frentes ante la inmensidad y grandeza del Señor del universo.

Levantad los ojos al firmamento en una noche serena de verano.

Leed en el libro de la eternidad que abre sus páginas de oro para vosotros.

¿Tan desgraciados sois, que nada dicen á vuestra razon la estension y el órden que por doquiera reina? ¿que no podeis sentir la belleza impresa en cuanto está fuéra de vosotros mismos?

Ah! un destello de luz, un poco de sentimiento para admirar la parte visible del templo en que impera la Divinidad, y la salvadora idea de Dios conquistará vuestras almas.

¡Qué hermosa es una noche tranquila de verano!

¡Qué suave emocion esperimenta el ánimo del observador que de pié sobre una altura deja vagar su mirada por el bordado firmamento!

Completamente libre del torbellino mundanal, sereno el corazon, bajo el influjo de una dulce melancolía hija de la accion contemplativa, el hombre siente y comprende.

Siente que él es algo, y que este algo no es independiente de cuanto le rodea.

Comprende que necesita conocer la relacion que media

entre lo que le cerca y él, las leyes que rigen su union con lo que no es él.

¿Y qué relacion puede haber entre este pigmeo observador que se llama hombre y la vasta estension azulada que nos envuelve por todas partes y conocemos con el nombre de firmamento?

¿Qué leyes unen el punto matemático animado llamado tierra con las cinco mil estrellas perceptibles á simple vista, que diariamente caen bajo el imperio de nuestra mirada?

¿Qué lazos le acercan al astro plateado de luz mística que en forma de disco ó de segmentos más ó ménos crecidos del mismo, cruza cada noche como todas las estrellas de Oriente á Occidente?

¿Qué hay de comun entre el observador y esas manchas irregulares blanquecinas que empañan constantemente la pureza del firmamento, ó esas ráfagas luminosas que lo atraviesan de vez en cuando en distintas direcciones con rapidez asombrosa y que en algunas comarcas designa el vulgo con el poético nombre de lágrimas de San Lorenzo?

El que observa, comprende perfectamente que tanta grandeza tiene relacion directa con él, porque si no, fuéra de él, con quién la tendria?

Pero entónces ¿quién es él?

¿Qué es la superficie sólida que le sostiene?

¿Qué son el firmamento, y el sol, y la luna, y las estrellas, y las ráfagas luminosas, y cuanto es fuéra del mismo observador?

Y sobre todo, á qué ó á quién se deben el sol con sus rayos de oro vivificantes, la luna con sus fulgores misteriosos, las estrellas con su centelleo, el firmamento con sus galas y su transparencia, la tierra con sus flores y sus perfumes, y el mismo observador con su meditacion y su sentimiento?

Continuemos las observaciones varias noches consecutivas, y el conocimiento de una série de hechos curiosos será el premio de nuestro estudio.

En primer lugar, la superficie sólida que habitamos y la bóveda azulada que nos cubre, parecen unirse allá á lo léjos,

medios desconocidos vela por el órden, por la marcha, por la sucesion.

Ser cuyo principio lo mismo que sus fines se ignoran, pero del cual no es posible negar la existencia.

¡Y quién tan osado se atreveria á hacerlo!

¡Negar la existencia del orígen de cuanto hiere nuestros sentidos!

¡Del creador de la tierra y del firmamento, del autor de los astros y de la luz, del manantial de calor y vida!

Pero para esto es necesario estar desprovisto de todo sentimiento, de toda facultad noble!

¿Quién comprende la belleza sin su causa?

Para semejante negacion es preciso estar ciegos de la razon y de la vista, desprovistos de gusto, de amor, de entusiasmo, de todo noble sentimiento.

Privados hasta de las más rudimentarias nociones de dignidad.

Decid á un salvaje que es hijo de la casualidad, y veréis asomar la indignacion á su rostro; manifestad á un sencillo labriego que es el fruto de una combinacion de la materia, y os envolverá en su desprecio.

Hay ideas innatas en la conciencia del hombre.

Basta abrir los ojos para confesar la existencia de un Ser creador.

El observador que ha seguido la marcha trazada en las líneas anteriores, esto es, la senda surcada por las generaciones primitivas, ha concebido una série de nociones científicas erróneas que irá rectificando á medida que progrese en ciencia; pero ha adquirido una idea exacta y verdadera, orígen de todas las demas ideas.

En el entusiasmo que le produce la contemplacion de tanta belleza, en el sentimiento de gratitud que se desarrolla en él por tanta generosidad y munificencia, junta sus manos, dobla las rodillas, eleva su frente, y fijando los ojos en la bóveda estrellada, con voz conmovida y firme acento confirma su presentimiento y esclama: Hay Dios.

F. M.

VARIEDADES.

Al dar principio El Buen Sentido á sus periódicas tareas, cumple con un grato deber saludando fraternalmente á sus colegas locales *El Sentido Comun* y *El Cronicon,* consagrado el segundo á popularizar las glorias de la antiquísima *Ilerda,* y el primero á combatir sin tregua ni cuartel, en ciudad y en despoblado, al mismo diablo en persona, hasta dejarlo muerto de veras ó atado á los candentes postes del infierno. Empresa es la del *Sentido Comun*; pero mucho puede hacer el animoso colega con los exorcismos, la teología y el auxilio *de las potestades de la tierra,* que, desconfiando acaso de las del cielo, reclama con mucha necesidad. Deseamos al *Cronicon* muchos lectores, por la utilidad de los conocimientos que con acierto difunde, y al *Sentido Comun* ojo perspicaz y golpe seguro, para evitar lances desgraciados y matar en toda regla al inmundo, corruptor y *pestilente* Satañás.

Hacemos estensivo nuestro afectuoso saludo á todas las Revistas de intereses morales que se publican en España, al mismo tiempo que les ofrecemos y suplicamos el cambio.

*
* *

La libertad es la vida del espíritu. Para poseerla es necesario hacerse digno de ella.

Para conservarla, es preciso conocerla á fondo y practicarla con respeto.

La libertad es el goce de los derechos anexos á la dignidad humana; pero cada derecho supone un deber ineludible.

El derecho y el deber son correlativos. Quien no cumple sus deberes, no puede quejarse si ve consulcados sus derechos.

El derecho de cada uno tiene sus límites naturales en los derechos de los demás.

El que invade el derecho de otro, se hace indigno del suyo y corre peligro de perderlo.

¡Oh pueblo! ¿quieres que te sean respetados tus derechos? Aprende á usarlos con moderacion y á practicar tus deberes sin violencia.

No hay fuerzas humanas que basten á privar de la libertad á un pueblo digno de tenerla.

Porque un pueblo nunca es mas fuerte que cuando cumple sin violencia sus deberes.

*
* *

«AMAD Á VUESTROS ENEMIGOS.» Esta es la moral cristiana, la moral del reinado del espíritu.

*

La guerra civil desgarra el corazon de la infortunada España. Miles de familias lloran la pérdida del padre, del hijo, del hermano, del esposo. Campiñas devastadas, hogares destruidos, aldeas reducidas á escombros, pueblos entregados al saqueo y al pillaje, ciudades que la siniestra llama del incendio ha convertido en cenizas!..... ¡Ruinas, miseria, enfermedades, lágrimas y muerte!

Aprende ¡oh, pobre pueblo! Un ambicioso ha seducido á tus hijos, y tus hijos son las víctimas de su ambicion desenfrenada. Ha escrito el santo nombre de Dios en su bandera, y sin embargo la siguen el incendio, la violacion y el asesinato. No busca tu felicidad, sino la satisfaccion de su orgullo y el triunfo de sus pasiones. Sus piés resbalan en la sangre de tus hijos; pero ¡qué le importa á él de la sangre que por su causa se derrama!

*

Miéntras tú te empobreces ¡oh, pobre pueblo! los que esplotan tu ignorancia y fanatismo para encender la guerra civil se hacen ricos y poderosos. Tú siempre pierdes, y ellos siempre ganan. Para tus hijos el peligro y la muerte: para ellos la gloria y el provecho. Terminada la fratricida contienda, tú lloras lágrimas de sangre, y ellos gozan el fruto de sus depredaciones. ¿Cuándo despertarás ¡oh, pobre pueblo!

*

En la paz, en el órden, en el trabajo y en la caridad cristiana hallarás tu felicidad. Desoye á los que te prediquen la guerra *santa;* porque no hay guerras santas; porque Dios no se alimenta de sangre; porque el Evangelio es el amor y el perdon de las injurias. Aprende ¡oh pueblo! á dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, y á no dejarte arrastrar por los que para combatir al César se escudan miserablemente en el santo nombre de Dios.

*
* *

«Entre los gentiles se daba esta pena á los adúlteros: á la mujer la quemaban viva, y encima de las cenizas de la mujer ahorcaban al hombre. A la mujer que consentia en adulterio le cortaban los griegos la nariz. ¡Ay hermano mio, si le aplicáran á V. uno de esos castigos!... pero si no lo hacen los hombres, ya lo hará Dios.»

Estas líneas han visto la luz pública con la aprobacion del Ordinario. Es decir, que, con la aprobacion del Ordinario, se ha hecho figurar á Dios como un verdugo, quemando vivas á las mujeres adulteras, ahorcando al hombre sobre las cenizas de la mujer, ó cortando á ésta la nariz. Rogamos al *Sentido Comun* se digne aclararnos este punto teológico y manifestar el juicio que le merecen las edificantes líneas que dejamos copiadas y la aprobacion del Ordinario.

*
* *

Cada dia se cierran nuevas escuelas de instruccion primaria; cada dia es mayor el número de los maestros que se han visto en la triste necesidad de abandonar su ingrata profesion para procurarse por otros medios el sustento. Muchos imploran la caridad pública, y algunos han muerto en la mayor miseria. Los que aun continúan al frente de sus escuelas sin poder recabar de las autoridades locales el pago de sus legítimos haberes, se olvidan por completo de la educacion y de los libros ante el pavoroso fantasma del hambre que revolotea en torno suyo. Los pueblos miran con el más soberano desden aquello que más ha de contribuir á mejorar su condicion, las escuelas, semilleros de hombres honrados y de ciudadanos útiles. ¡Ay del pueblo que desprecia la enseñanza! ¡Con sus propias manos forja las cadenas que han de oprimirle y ciega las fuentes de su prosperidad!

Los frutos de tan lamentable abandono no se harán esperar, si los pueblos se obstinan en su irracional proceder y el gobierno no lo remedia. De la generacion que se forma con los niños que están hoy en la edad de concurrir á las escuelas, y que, por haberse aquellas cerrado, vagan sin educacion por las calles, saldrán mañana los díscolos, los vagos, los fanáticos, los perturbadores del órden y de la paz, los ladrones, los incendiarios y los homicidas.

¡Oh pueblo, pueblo! ¡cuán desdichado eres! Buscas ansioso tu felicidad, y empiezas socavando sus cimientos!

*
* *

Hemos sabido con verdadera pena que el estado de salud del M. I. Sr. D. Niceto Alonso Perujo, Director de nuestro colega local *El Sentido Comun*, no es muy satisfactorio. Le deseamos sinceramente un pronto y completo alivio. Si en el terreno de las ideas nos hallará con frecuencia en frente para combatir las suyas, en el terreno del sentimiento nos tendrá siempre á su lado para compadecerle en sus aflicciones y complacernos en su bien.

*
* *

La revista de Instruccion pública que con el título *La Idea* se publica en Madrid, pide al Gobierno corrija de raíz actos como el de la Junta de primera enseñanza de la provincia de Lérida al exigir de los maestros de la capital declaraciones sobre puntos que nada tienen de comun con el cumplimiento de sus deberes profesionales. Bueno es que haya quien levante públicamente la voz en defensa de los débiles. Que los maestros, como ciudadanos, asistan ó dejen de asistir á reuniones autorizadas en las leyes del Estado ¿puede legalmente ser motivo de indagaciones de parte de las juntas? Entónces ¿para qué sirven las leyes? ¿O por ventura no son ciudadanos los maestros y la sombra benéfica de la ley no los ampara?

Tratárase de asociaciones peligrosas para cualquier interés legítimo, individual ó social, y no seríamos de los últimos en escitar la salvadora intervencion, no de las juntas, sino de los tribunales competentes. Mas ¿á dónde iban las averiguaciones de la Junta en

el caso concreto á que *La Idea* se refiere? ¡Pàsmense nuestros lectores! á poner en claro si algunos maestros pertenecian ó no al *Círculo Cristiano Espiritista* de la presente ciudad. Y téngase entendido que este Círculo nada se propone que no sea altamente benéfico. Cristiano en el nombre, procura acomodar à su nombre todos sus actos propagando el conocimiento y la práctica de la moral evangélica. ¡Si les estará prohibido á los maestros estudiar las enseñanzas de Cristo para poder adorar á Dios, no con ostentacion farisaica, pero sí en espíritu y en verdad!

Círculos como el Cristiano de Lérida debieran tenerlos todos los pueblos, y algo más alto estaría el nivel de su sentido moral. Ni el ateísmo provocaria perturbaciones sociales, ni el fanatismo levantára masas de pueblo ignorante contra los gobiernos y los príncipes. Reinaria la caridad en los corazones, y en las sociedades el amor al órden y al trabajo, fines esclusivos de las tareas del *Círculo*.

Damos gracias à *La Idea* por haber salido á la defensa de los maestros *interrogados*, y unimos à la suya nuestra voz para que el Gobierno corrija de raíz lo que haya que corregir en el asunto que ha motivado estas líneas.

*
* *

En prensa ya EL BUEN SENTIDO, ha llegado á nuestras manos *El Sentido Comun* correspondiente al dia 9 de este mes. Con las buenas formas que le son peculiares se ocupa de nuestro *Prospecto*, consagrándole nada ménos que cuatro de sus ilustradas columnas. Lo transcribe íntegro, adicionado con algunas notas á guisa de sentenciosos comentarios. Como no le hemos caido en gracia, nos suelta un par de.... razones contundentes, de las que el colega acostumbra para refutar ó descalabrar á los que no son de su comunion ó cofradía.

Tiene razon *El Sentido Comun* al decirnos que en el *Prospecto* no hemos sido bastante esplícitos y francos. Si lo hubiésemos sido, le habríamos ahorrado la enojosa molestia de negar rotundamente el sentido comun à Balmes creyendo negarlo á EL BUEN SENTIDO.

Decíamos en el *Prospecto*: «La humanidad no ha retrocedido, no: marcha sin cesar hácia adelante, suavemente dirigida por una voluntad providencial.»

Dice *El Sentido Comun*: «La humanidad, en lo material, no ha retrocedido; en costumbres, sí. *¿Quién desconoce* que las costumbres de hoy no son tan honestas y sencillas como hace doscientos años?»

Dice Balmes: «Tengo por demostrado que la humanidad *ha progresado siempre*, que su estado fué mejor en los siglos medios que durante la civilizacion antigua, y que *actualmente* se aventaja en mucho á la de *todos* los tiempos anteriores.»

Sentimos el percance que por culpa nuestra ha sufrido Balmes en las columnas del colega.

LÉRIDA.—IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.—1876.

EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO I. Lérida, Junio de 1875. Número II.

SUMARIO.—«La Moral, la Religion y el Cristianismo», por J. A.—«Introduccion á la Historia Universal», continuacion, por M.—El Pecado Original», por J. A.—«Variedades.»—Con el presente cuaderno se reparten ocho páginas de «Cartas á mi Hija», por Amigó y Pellicer.

LA MORAL, LA RELIGION Y EL CRISTIANISMO.

Sin la nocion de un ser superior al hombre, de una causa libre por sí misma, eternamente activa, inteligente, moderadora, principio del universo y de sus leyes, con aptitudes infinitas para el bien, que es la realizacion de la armonía; sin el asentimiento de la razon y de la conciencia humanas á la idea de un supremo magistrado, esencialmente infalible y reparador de todas las injusticias; sin la natural resistencia del buen sentido, del sentido íntimo de la criatura racional, á atribuir efectos inteligentes á las fuerzas físicas, en cuya virtud se elaboran las incesantes trasformaciones de la materia inerte; en una palabra, sin la concepcion de Dios como Autor de todas las cosas y como Juez y Padre al mismo tiempo de los seres libres que pululan aquí y allí, en la superficie de la tierra y en la profundidad de los cielos, en vano se habria intentado levantar el gran templo de la moral, en cuyas aras queman incienso todos los pueblos cultos conocidos. La idea de Dios es la clave del majestuoso arco sobre el cual se asienta el edificio: arranquémosla, si nos es posible, y el arco y el edificio se vendrán estrépitosamente al suelo, sepultando en sus escombros el cadáver de la conciencia humana.

La nocion del deber, que es la ley, que es la moral, nace y se desarrolla con la nocion de Dios, y engendra al amparo de ésta las inefables bellezas de la virtud, las suaves armonías del sentimiento, los inalterables goces de la conciencia satisfecha: de donde resulta que el hombre se aproxima á Dios por el deber, y que la moral es el lazo de relacion entre la criatura y el Criador; como si dijéramos, el hilo misterioso que pone en comunicacion lo finito con lo infinito, el efecto con la causa, la inteligencia del hombre con la Inteligencia suprema, cuya espresion es el portentoso Universo. Y ¿quién no vé con toda claridad que, aproximándonos á Dios sólo por el cumplimiento del deber, la moral ha de ser la religion, la única religion propiamente así llamada?

Las religiones positivas son, en el conjunto de sus prácticas y mandamientos especiales, instituciones de los hombres; cultos que recíprocamente se rechazan y condenan, pretendiendo cada uno el monopolio esclusivo de las verdades divinas. Cada iglesia se atribuye la infalibilidad de sus dogmas y la herencia del cielo, y en su esclusivismo arroja sobre las demás el sambenito de falsas y el fuego de las venganzas de Dios. ¿Cuál tiene razon? ¿Cómo hallar el hilo de la verdad en ese embrollado laberinto de religiones, que mútuamente se odian y maldicen; que predican la guerra *santa*; que arman el brazo del sectario; que encienden la discordia entre los hombres; que levantan barreras insuperables á la fraternidad universal? Si tomamos consejo de sus sacerdotes, la verdad estará en todas, porque á fuer de intermediarios entre el Criador y el vulgo de las criaturas, su palabra es la espresion infalible del pensamiento divino. No lo preguntemos tampoco á los fanáticos, porque son ciegos del alma; ni á los hipócritas, que ocultan bajo un exterior de devocion la ruindad de sus propósitos; ni á los mercaderes y traficantes, que allí tienen la verdad religiosa donde radica su interés. Preguntémoslo á la historia, y fijando nuestra consideracion en las páginas á las religiones positivas consagradas, la conciencia y la razon harán brillar la luz á nuestros ojos.

Y la historia de las religiones presenta tantos puntos negros, tal mescolanza de absurdos erigidos en dogmas indis-

cutibles, tantas iniquidades santificadas, tantos preceptos sospechosos, que, ó es preciso cerrar los ojos del alma y hacer callar el sentimiento, ó convenir en que corren parejas en todas y en cada una las tinieblas y la luz. No hablemos ya del *Fetichismo*, que rinde culto indistintamente á cualesquiera objetos; ni del *Sabeismo*, que presta adoracion al fuego y á los astros; ni de los dioses *Ormuz* y *Ariman* del *Mazdeismo*; ni tampoco de la metempsícosis *brahmánica* con su *Trimurti* ó Trinidad; ni por último, del *Buddhismo*, hijo de la religion de Brahma; sin embargo de remontarse algunas de estas religiones á una antigüedad fabulosa y haber despertado sanas ideas morales y enseñanzas útiles á la cultura de los pueblos. Hablemos sólo de las religiones que reconocen la unidad de Dios, las únicas que se basan en un principio indestructible.

Estudiado y juzgado el *Mosaismo* con relacion á la época en que nació y al pueblo cuyas necesidades sociales y morales vino á satisfacer para predisponerlo á otra nueva trasformacion mas consoladora y fecunda, merece el mayor respeto, y aun la admiracion, podríamos añadir, de los que no ven con indiferencia el afanoso trabajo de la humanidad por adelantar en la senda de su mejoramiento indefinido. En el advenimiento de la religion judaica brilla la accion providencial con todo el esplendor de la misericordia divina. Un pueblo embrutecido, grosero, ignorante, material, prevaricador, se levanta, merced á la ley del Sinaí, de su postracion y barbarie, y conquista, andando los siglos, el derecho de figurar entre las naciones civilizadoras y sabias. Basta el Decálogo, que será siempre la fuente de la moral, para que se comprenda la indiscutible importancia del Judaismo. ¿Diremos, sin embargo, que es éste la religion verdadera? De ningun modo: la ciencia ha demostrado la falsedad de muchos de sus dogmas, y la verdad religiosa ha de venir sancionada por la ciencia, porque la ciencia es la palabra de Dios. El Génesis mosaico no es el Génesis científico, ni las leyes judiciales del Éxodo la espresion pura de la justicia, ni las ceremonias del Levítico el culto mas digno y racional, ni las leyes sobre la guerra las mas humanas, ni las penas aplicables á los infractores de la ley las mas equitativas, ni el Dios de los

hebreos el Dios misericordioso, bueno y sapientísimo de la filosofía y de la historia. El Judaismo, como religion, fué la verdad relativa para aquel pueblo y para aquel tiempo: hoy pertenece ya á la arqueología, como un monumento digno de veneracion y estudio, testigo irrecusable de la intervencion providencial en la educacion progresiva de las generaciones humanas

El *Mahometismo* vino tambien,, aunque muy inferior al Judaismo, á cumplir una mision providencial y necesaria, arrancando á una parte del linaje humano de su embrutecimiento secular, para empujarla hácia una moral mas aceptable. Conocedor Mahoma de las necesidades sociales y morales de su tiempo y de su pueblo, refundió en un cuerpo las doctrinas sabeistas, judaicas é idólatras que juzgó útiles al desenvolvimiento de sus planes; y acomodando los nuevos dogmas al carácter belicoso del pueblo que se proponia reformar y mejorar, puso de este modo los cimientos de una religion que cuenta todavia setenta millones de sectarios. Establecida rápidamente en Arabia á principios del siglo séptimo, concluyó por aclimatarse en todos los pueblos de Oriente, en Africa y en la Turquia de Europa. La imperfecta moral del Coran, código religioso y político á la vez, contribuyó no poco á la civilizacion del Asia, aboliendo muchas costumbres supersticiosas y bárbaras, civilizacion que vino á mezclarse con la nuestra, enriqueciéndola, cuando la invasion de los árabes. Mahoma fué, sin sospecharlo acaso, un puente entre el antiquísimo politeismo de Asia y el Evangelio; pues no cabe duda que los hijos del Profeta, al reconocer sus errores religiosos, correràn á abrazar la moral predicada por Jesús.

Vengamos por fin al *Cristianismo,* palabra que no pronunciamos sin que al salir de los labios esperimentemos placenteras y tiernas emociones. La adoracion, el consuelo, la esperanza, el amor á la humanidad, en resúmen, la sávia regeneradora del bien, penetra nuestro corazon á la influencia de aquella dulce palabra, y sus ecos vuelven á nosotros armónicos y suaves, como el leve soplo de los céfiros que juguetean en las felices moradas de los espíritus puros. Y ¿por qué ha de producir en nosotros tan saludable emocion el eco de una palabra? Porque esa palabra es la espresion de una idea

purísima, del deber, del amor, de la felicidad, de Dios: porque resúme la justicia, la misericordia, la caridad, el sentimiento: porque sintetiza el progreso, que es el camino de la libertad, y la libertad misma, que es el supremo de los goces. ¡Cristianismo..... bendito seas! Por tí se acerca más y más cada dia la criatura al Criador. Al Criador nos acercamos por la ciencia, y tú eres la ciencia; por el cumplimiento del deber, y tú eres el deber; por la religion, y tú eres la religion, porque eres el deber y la ciencia.

Al llegar á este punto, no faltarán lectores á quienes les ocurra preguntarnos: «Mas ¿de qué cristianismo nos hablais?» y tendrán razon nuestros lectores. Porque efectivamente, tal confusion han introducido los hombres en la verdad religiosa, que el dictado de *cristiano* no basta para distinguir al que profesa la caridad, la doctrina predicada por el Cristo. La claridad exige que se diga *cristiano de Roma*, de Lutero, de Calvino, presbiteriano, episcopal, puritano, cismático, nestoriano, copto, maronita, matices todos de una religion que no es la Religion, de un cristianismo que no conserva del Cristianismo sino el nombre. Todas estas iglesias han acrecentado las formas y signos exteriores del culto, haciéndolas esenciales para la salvacion de las almas; todas ellas han dogmatizado, erigiendo en verdades divinas las añadiduras y preceptos de los hombres: todas ellas se han separado de la humildad de Cristo, de su pobreza y amor, para presentarse erguidas, fastuosas y egoistas. No; no nos referíamos á ninguna de ellas al hablar del Cristianismo: nos referíamos, sí, á la iglesia espiritual de Jesús, cuyo símbolo se reduce á la adoracion á Dios en espíritu y en verdad y al amor hácia los hombres, todos hermanos, todos herederos de los bienes y gracias del Padre comun de las criaturas.

El Cristianismo era la religion aun ántes de la venida de Cristo, y no se necesita gran trabajo para dejar demostrada esta afirmacion, que parece atrevida si se examina á la ligera. La religion es y ha sido siempre el único medio de elevarse hácia Dios el ser libre y racional, y el hombre, desde que la humanidad existe, se ha elevado á Dios por la caridad, que es el Cristianismo, es á saber, la práctica del amor á al

criatura y al Criador. Allí donde ha habido, sea cual fuere el tiempo y el país, un hombre que haya amado á sus hermanos y adorado á Dios, allí ha habido un cristiano, un fiel discípulo de la verdadera religion. Cierto es que ésta no tomó el nombre de Cristianismo hasta principios de nuestra era; pero la palabra no es la cosa. La verdad religiosa era tal verdad ántes de la venida de Jesús, y lo seria eternamente aun cuando Jesús no hubiese venido. El Hijo del hombre no descendió á nosotros á fundarla; bajó sí, enviado por la misericordia del Altísimo, á esclarecerla y difundirla. Afirmar que la religion verdadera no cuenta sino diez y nueve siglos desde su conocimiento y fundacion, monta tanto como establecer un completo divorcio entre la Divinidad y las innumerables generaciones que precedieron al Mesías, relevando de toda responsabilidad á los hombres que formaron parte de aquellas generaciones.

La moral, en principio, ha sido y será siempre una, y lo mismo la religion: esta es una verdad, si no de sentido comun, de buen sentido. Los diversos sistemas religiosos que vienen disputándose el imperio de las conciencias desde los albores de la humanidad terrestre, marcan, sin que ninguno de ellos sea la Religion, otras tantas etapas en el camino del espíritu humano hácia la verdad religiosa, camino de la felicidad inmortal. Son hechos providenciales del amor y de la misericordia de Dios para atraer suavemente á su seno á las generaciones extraviadas. Pero como lo absoluto al reflejarse en el hombre se convierte en relativo, lo puro en impuro y lo perfecto en imperfecto; he aquí porque ningun sistema religioso ha podido ser la espresion inmaculada de lo verdadero absoluto.

Los sistemas religiosos van depurándose y acercándose á la Religion, á medida que el género humano se hace digno y capaz de recibir mayor copia de luz y de consuelos. De arriba viene la verdad; pero el aliento humano la empaña y oscurece, á causa de las imperfecciones, debilidades y vicios de los hombres. Los errores religiosos proceden, no de tal ó cual individualidad, sino del estado moral de los pueblos que los aceptan y prohijan. Por esto, cuando el espíritu de un pueblo ha logrado emanciparse de un vicio, no hay fuerza humana

capaz de sostener el error que tenia en aquel vicio su elemento y orígen. Perfeccionándose los hombres, así es como se perfeccionan los sistemas religiosos.

Volvamos al Cristianismo; volvamos á la religion verdadera. Mas ¡ay! ¿cómo conoce el hombre la verdadera religion? Como á Dios, de una manera imperfectísima. Sabemos que consiste en la adoracion y en el amor; pero ¿quién adivina ni siente todas las armonías del amor à nuestros semejantes, quién concibe todas las misteriosas dulzuras de la adoracion al Ser Supremo? Sabemos que la Religion es el cumplimiento del deber; pero ¿quién intentará aquilatar las leyes de este cumplimiento? Sabemos que es la ciencia; pero ¿quién puede presumir que ha penetrado sus luminosos secretos? Tambien sabemos que Dios es un ser infinito en toda perfeccion, y, sin embargo, lo infinito está muy por encima de la capacidad humana.

Dirigirnos y acercarnos à Dios por el cumplimiento relativo del deber, tal es la senda que el Cristianismo nos señala y la que estamos obligados á seguir sopena de incurrir en gran responsabilidad. Por haberse desviado de esta salvadora senda las sociedades que se apellidan cristianas, están á los bordes de un abismo. Se titulan cristianas, y no se han tomado la pena de estudiar el Evangelio de Cristo, dejando á un corto número de hombres el monopolio de sus regeneradoras enseñanzas. ¿No son por ventura falibles todos los hombres? ¿Posee alguno la infalibilidad, que, por ser una perfeccion infinita, es esclusiva de Dios? Y ¿no revela claramente el estado de nuestra sociedad, el materialismo que nos rodea, la corrupcion que nos ahoga, el escepticismo que cunde, no revela todo esto que el Evangelio no ha sido comprendido y esplicado en toda su atractiva sencillez? Volvamos sobre nuestros pasos, y el Evangelio salvará la sociedad. Contribuyamos todos á que la luz se haga, y la Sabiduría coronará nuestros esfuerzos. Que el género humano hijo es de Dios y fruto de su amor y omnipotencia, y Dios no quiere sino que los hombres caidos se levanten, y que la humanidad entera, sin esceptuar uno solo de sus miembros, se aproxime eternamente á El de depuracion en depuracion y de progreso en progreso.

J. A.

INTRODUCCION

Á LA

HISTORIA UNIVERSAL.

II.

En su principio aparece el hombre, material, sencillo é ignorante, dispuesto igualmente para el bien como para el mal. Apenas se presentan en él señales de inteligencia y sentimiento; el instinto y la sensacion es lo que sobresale y predomina en los actos de su vida, careciendo al propio tiempo de iniciativa y libertad. No importa; él posée la virtualidad de todo gérmen de progreso, y en el curso prolongado de su carrera, sucediéndose los tiempos, marchará en sus convenientes desarrollos, haciéndose de cada dia mas capaz de los actos de una superior vida, y mas digno á su vez del agrado de su divino Autor, hácia el que se sentirá suavemente atraido sin menoscabo de su necesaria libertad.

Habrá quien rehuse aceptar por verdaderas estas insinuativas afirmaciones, y en este caso debemos suplicarle que las tome al ménos como medio y manera de discurrir por analogía, como deducciones que ocurren á la mente en presencia del gran panorama de la creacion y desarrollo de los seres, y si quiere aun, como ensayos que se permiten la ciencia y la filosofía en su natural tendencia á quererse dar razon en lo posible del orígen y modo de ser de las cosas en sus distintas relaciones.

El hombre, en cuanto á su cuerpo, consta de los mismos elementos de que están formados los demás seres, bien que en distintas proporciones; y en cuanto al espíritu, es una sustancia activa é inmaterial, que en sí asume y sintetiza todas las

fuerzas y actividades conocidas. Es, en una palabra, el hombre, en su hipostática union de su cuerpo y alma, el coronamiento y complemento de la creacion visible que le envuelve, y á la que pertenece como el ser por excelencia; y entonces ¿porqué no ha de ser permitido discurrir acerca de él respecto de su orígen y desarrollo como se discurre y piensa, siquiera análogamente, sobre el orígen y desarrollo de las plantas y los animales, bien que en todo y siempre con las debidas distinciones y salvedades?

Insistimos en que el hombre no debió aparecer sobre la tierra tal cual hoy le conocemos; ántes bien debe considerarse su aparicion en tosco bosquejo desde luego, como un ser groseramente rudimentario y muy lejano en cuanto á sus formas y actividad de lo que en la actualidad representa, no en lo esencial de su naturaleza, sino principalmente en sus accidentes y modificaciones; pero hubo de ser ya desde su estado incipiente el núcleo y asiento de todos sus gérmenes de fecundidad, susceptibles de sucesivo y adecuado desenvolvimiento en sus edades futuras. Es obvio pensar por lo mismo que los tales gérmenes hubieron de dormitar en su naturaleza por mucho tiempo, sumidos en un estado latente ó de aletargamiento, hasta que en el trascurso de los siglos y paso á paso fuesen despertando, y siempre en proporcion de las exigencias de sus necesarios desarrollos y lo favorable de las circunstancias. Como tambien nos será fácil comprender, si con atencion reflexionamos, que á medida que la humanidad iba adelantando en su progresiva carrera, la tierra su morada habria de modificarse proporcionalmente al través de sus trasformaciones, para poderle ofrecer de un modo conveniente los medios de subsistencia que requerian las necesidades de su vida.

Y así es que la humanidad corriendo el tiempo se veria nscesariamente entregada á nuevos empujes de desenvolvimiento, puesto que, entonces como ahora, la naturaleza entera, cual es fácil observar, marcha incesantemente llevada en su gran movimiento de trasformacion y renovacion, hácia el cual la impele la eterna é ineludible ley del progreso. Todo se agita y revuelve en la mutabilidad y en la sucesion. Los mundos y sus seres, las sociedades y las instituciones, todo

marcha y debe marchar en sus sucesivas mudanzas, debiendo progresar siempre: solo Dios es inmutable, porque es la perfeccion absoluta è infinita. He aquí pues trazado el curso de la existencia y vida del hombre, siempre adelante sin poderse sustraer nunca de un modo absoluto á este universal movimiento; y habrá de suceder que, al través de sus diferentes direcciones, poco á poco deberá irse saliendo de su infancia, que larga hubo de ser para la humanidad, pues que su duracion, que en la eternidad es un dia, para los hombres en su colectiva y perenne vida es de siglos y siglos; mas no importa, ella seguirá sin cesar en sus trasformaciones y modificaciones, en sus progresos, como la naturaleza misma que la sustenta, y todo á la par y siempre bajo el imperio de la universal armonía.

Viene la segunda infancia de la humanidad, y el hombre no es ya el hombre del primer dia con vida solitaria, de estupidez é indolencia; la luz de la inteligencia empieza á asomarse en su mente y aparecen en su corazon los albores del sentimiento, que antes, y en su principio sobre todo, no habia sido mas que de pura è inactiva sensacion, de sensacion aletargada y apenas con visos de voluntad; pero así y todo, trascurriendo el tiempo é impelido por sus necesidades y progresando gradualmente, empezará á conocer mas y mas y á amar en su consecuencia; amor que reconcentrará desde luego en sí mismo en su propio y desmedido egoismo, pero que poco á poco se hará expansivo y se estenderá á todos sus semejantes. Dejemos que crèzca en su curso de vida; todo vendrá á su tiempo, tal como lo ha previstc la sabiduría, tendiendo todo á la gloria de Dios y al bien de las criaturas, que llamarse pueden hijos suyos.

El segundo dia de la humanidad, dia indefinido de su segunda infancia, fué ya mas halagüeño que el primero, de esperanza y de algun consuelo para el presente y el porvenir. El hombre y su esposa ó compañera con sus hijos empiezan á amarse y protegerse, pero todavia con escasa ternura y no muy continuada solicitud; y es porque la estupidez y el egoismo en tal estado de inferioridad empañan y contraen aun su vida oponiendose á su generosa espansion. La forma humana, aunque algo modificada, permanece todavía sobradamente tosca,

de poca agilidad, y con propension marcada á la indolencia; pero se deja notar desde luego algun progreso, que irá de aumento poco á poco.

En efecto, llega un dia en que la tierra experimenta una gran trasformacion, y la humanidad la experimenta igualmente á su manera; debiendo aquella, por los cataclismos que sufre, asentarse en un nuevo estado, no tanto por el cambio radical de su estructura, cuanto por su particular y reciente modo de ser, por sus accidentes principalmente, que dejarán impresas en su suelo hondas modificaciones, diversificando provechosamente las localidades y los climas en bien de una general y mas variada y abundante produccion. La naturaleza humana bajo aquellas influencias hubo de renovarse á su vez, y tomar necesariamente nueva faz en lo físico y tendencias en lo moral mas pronunciadas hácia el progreso. En los organismos vegetal y animal, unas especies reemplazan á otras especies, y las que subsisten se modifican en profusa variedad, propagándose y engrandeciéndose con ufana ostentacion y mas copia de bellezas.

Las revoluciones físicas del globo, aunque asaz perturbadoras por lo comun, ocasionando estragos por de pronto desastrosos é irreparables, preparan no obstante útiles reparaciones y efectos nuevos, que serán altamente ventajosos para el porvenir: es el trabajo de una necesaria elaboracion en la naturaleza material é inorgánica en pos de las necesidades de sus organismos, debiendo obedecer todo á la ley del mejoramiento al través de las edades. La ciencia geológica, cuyo estudio debe recomendarse por su grande importancia, viene poniendo de manifiesto esa innegable verdad sobre todas aquellas trasformaciones que de vez en cuando ha debido de experimentar el globo, interior y exteriormente, para su conveniente destino. La mas grande de las catástrofes que se sucedieron en la tierra y que mas influyeron en su actual estado de asiento y produccion de la vida en sus variados organismos, fué la que se conoce con el nombre de diluvio universal.

Despues de todas esas grandes evoluciones del mundo físico, que de tanta influencia á la vez sirvieron á las organizaciones y al curso de la vida, así de las plantas como de los animales y del mismo hombre, la naturaleza entera vino to-

mando nuevos y mas agradables aspectos en sus variados sentidos: todo se revivifica en ella en una actividad cada vez mas acentuada y ostentosa, abriéndose á la par al espíritu del hombre vastos horizontes de útil y progresiva exploracion. El globo se habilita para servir mejor á las necesidades de la vida, y la humanidad, que es el mundo en accion de los espíritus encarnados, se eleva á la par en alas de su perfeccionamiento, adquiriendo cada vez mayor suma de luz para poder marchar ya con mayor seguridad y mas dignamente en pos de sus ulteriores fines. Efectivamente, desde entonces nuestra universal morada adquiere mayores y mas regulares condiciones de habitabilidad, que bien necesarias le eran, y con tal ventaja, los hombres pudieron marchar ya con paso mas tranquilo y firme por las sendas de la vida y de sus adelantos segun sus naturales tendencias. Desde esa lejana fecha y poco á poco, nace y crece en ellos el amor á las artes, se esperimentan nuevas y mas complicadas necesidades, á las que procurarán subvenir y satisfacer por la asidua y conveniente aplicacion de su actividad. Los medios de comunicacion acrecen á su vez y sobre todo con el mejoramiento y amplitud del lenguaje, que facilitará el agrupamiento de los hombres en pequeñas sociedades, en las que por su organizacion, aun poco adelantada, y por la inferioridad de sus costumbres, se hostigarán y lucharàn durante mucho tiempo con motivo de sus encontrados intereses, viéndose en su virtud obligados á buscar el saber y adquirir y hacer valer la fuerza para mejor dominar unos sobre otros al través de sus intestinas y constantes luchas.

Hemos llegado á un período pronunciadamente marcado de la vida humana, en que la fuerza puesta en accion bajo el imperio del indómito instinto y de desencadenadas y arrebatadoras pasiones, tiende al dominio y á la abominacion, sin pararse apenas en ninguna de las condiciones propias de la razon y de la justicia acompañadas del sentimiento. Es que con el acrecentamiento de las fuerzas de la organizacion y de la vida material, predominando en todo el procaz prurito del egoismo, se vieron brotar del corazon humano todas las peores tendencias y las mayores perversidades. La insolencia, el

asesinato, la fornicacion y todos los desvíos y prevaricaciones fueron desbordándose del modo mas horrible y espantoso en aquel siglo de la carne. A la sazon el cuerpo humano habia adquirido toda su fuerza y robustez y la carne imperaba subyugando la voluntad que carecia de timon y del verdadero libre albedrío; eran tan poderosos los estímulos de la concupiscencia, que habian de oscurecer casi por completo la razon humana, torciendo su juicio y pervirtiendo su conciencia, quedando en su virtud el hombre sujeto y abatido por el vendaval de sus mas groseros y ruines apetitos.

El abuso de la fuerza se halla en aquel entónces á la órden del dia, segun suele decirse; de aquí la necesidad de resistencias organizadas para poner coto en cierta manera á tanto desman, que así lo requeria la ley de conservacion, que nunca se extingue en la naturaleza viviente. La union es la fuerza, y ello se concibe instintivamente, y por eso tambien en su imperiosa necesidad tienden las familias á unirse entre sí para su propia y natural defensa y para sus convenientes agresiones, formando las tribus, que, errantes en un principio y aun por mucho tiempo, vendrán aprendiendo cada vez mas lo que es la valía de la fuerza bien dirigida, y estudiarán y aprenderán el mejor modo de aplicar su destreza y actividad, así en los combates como en los demas trabajos de la vida. Y de este modo bien se concibe, que unos y otros, en su discurrir, de etapa en etapa fueron aprendiendo aunque lentamente el modo de organizarse y gobernarse; en términos que al fin y al través del curso de la vida, la ilustracion y la experiencia de tiempo en tiempo adquiridas, y siempre en mas ámplio desarrollo, les trazarán el camino de su mejoramiento, haciéndoles conocer de cada dia mas lo conveniente de su regulada vida y de sus buenas relaciones con sus semejantes, es decir, el beneficio y la armonía de los derechos con los deberes.

Esta fué obra de una civilizacion lenta, pero continuada, que vino naciendo y marchando hácia su término á vuelta de luchas, de contiendas encarnizadas de indivíduo á indivíduo, de familia á familia, de tribu á tribu, y luego andando el tiempo, de sociedad á sociedad ó de nacion á nacion, cual en estos tiempos aun y muy desgraciadamente se observa y expe-

rimenta. De un modo análogo á lo que se nota en estas luchas de elaboracion social, ha venido sucediendo con respecto á la formacion de la estructura y organizacion del globo en el curso de los cataclismos prehistóricos que han tenido lugar en él desde los primitivos tiempos, y que aun ahora de vez en cuando se suceden, bien que con menos frecuencia y con accion mas limitada, producidos en gran parte por los terremotos y los volcanes y las torrentosas aguas. En las mas de las perturbaciones físicas que ha venido experimentando el globo en las diferentes épocas de su formacion, se observa en sus huellas la complexa accion del fuego y del agua obrando interior y exteriormente en sus respectivos casos; así como en las morales ó en las de las sociedades, las causas principales de su malestar y continuo padecer, lo han sido y lo son aun por desgracia la ambicion y el orgullo, el egoismo en su mas ó menos satánico desenfreno.

No importa; la obra de Dios no permanecerá para siempre en la imperfeccion: ella irá modificàndose con el tiempo, marchando en pos de su perfeccionamiento. La obra de la naturaleza tiene que elevarse del cáos y tenderá á su perfectibilidad en su sucesion y desarrollos al través de sus trasformaciones. El hombre, ya se ha dicho, no podrá sustraerse en absoluto á esta ley de perfectibilidad, pero la cumplirá libremente, que á ello es llamado, y lo irá comprendiendo tarde ó temprano por su propia experiencia y en fuerza de la luz que lo atraerá suavemente á su verdadero cumplimiento. El hombre por el amor divino es el objetivo, la síntesis de la creacion, *una manifestacion, un destello de la luz increada, de la sabiduria infinita*, segun expresion de Lamennais, y quien á este propósito añade tambien: *es la ley, el progreso, la perfeccion, la elevacion por la materia, la purificacion por la luz, el mejoramiento por el mérito, la felicidad por el deber, la palabra de Dios subsistiendo eternamente.*

(Se continuará.)

EL PECADO ORIGINAL.

I.

PRELIMINAR.

El lenguaje simbólico de las Sagradas Escrituras, y la dificultad, por no decir la imposibilidad, de traducirlas fielmente de los originales primitivos, han sido motivo mas que sobrado para que los comentaristas hayan incurrido en frecuentes estravíos y falsas esplicaciones tocante á muchos pasajes de la Biblia. Y este es un mal de gravísimas consecuencias; puesto que los errores involucrados en los comentarios suelen atribuirse al original, cuyo carácter sagrado se concluye por dudar y aun negar. La ciencia es intransigente, y cuando un pasaje bíblico, mal traducido ó comentado, está en abierta contradiccion con un axioma científico, la ciencia arrolla el comentario y el pasaje y los abandona á las sospechas de las personas ilustradas.

Otra de las consideraciones que no deben ni pueden olvidarse para la inteligencia de las Escrituras es el grado de civilizacion y cultura de los pueblos en los tiempos en que fueron inspirados y escritos los diversos libros de que constan. La inspiracion es progresiva como la humanidad, y la verdad revelada ha debido acomodarse siempre al entendimiento de las generaciones que sucesivamente la han venido recibiendo. Solo así es como satisfactoriamente se esplican ciertos puntos, que tomados al pié de la letra y al través del prisma de los conocimientos modernos pugnan con el buen sentido. Por haber hecho caso omiso de esta consideracion, los comentaristas romanos han comprometido mas de una vez la autoridad de los libros inspirados.

Porque Josué habia mandado al sol parar su curso, fué considerado y juzgado como hereje el atrevido novador que osó atribuir á la tierra su natural movimiento de traslacion al rededor del sol; y sin embargo, la iglesia ha concluido por aceptar una heregía que no lo era sino en la mente de los comentaristas romanos. San Agustin lanza su anatema sobre los que creen en la existencia, de los antípodas; y la iglesia prefiere arrostrar el anatema de San Agustin á ponerse en flagrante contradiccion con las mas vulgares nociones de la geografía astronómica. Creíase que el único mundo habitable y habitado era nuestro insignificante planeta; y no faltan ya teólogos que no se asustan de la racional teoría de la pluralidad de mundos habitados. Los seis dias del Génesis, considerados hasta hoy dias naturales de veinte y cuatro horas por los doctores de Roma, significan ya para algunos de ellos grandes épocas, períodos de millones de siglos; y mañana concederán que la antigüedad de la raza humana sobre la tierra no es de seis mil años como ha venido creyéndose, sino de veinte veces seis mil años, y que, por lo mismo, la leyenda de nuestros primeros padres no debe entenderse sino como un símbolo alegórico. Lo peor es que la iglesia sigue á retaguardia de la ciencia, no concediendo carta de naturaleza á las innovaciones científicas sino cuando son ya del dominio universal; y esto redunda en descrédito y detrimento de la religion y de la iglesia misma, que parece aceptar de mal grado lo que debia ser la primera en propagar, ya que ha tomado á su cargo y responsabilidad la bienhechora tarea de difundir la luz entre los hombres.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

La favorable acogida que ha obtenido nuestra publicacion es para nosotros una elocuente prueba de que los hombres de buena voluntad, sedientos de verdad, de justicia y de sólidas creencias, abundan mas de lo que parece, y que se hace justicia á la rectitud de nuestras aspiraciones y propósitos. En el cristianismo filosófico caben todos los corazones honrados y todos los deseos justos, vengan de donde vinieren; pues *Dios, en cualquiera gente, del que le teme y obra justicia, se agrada.* Poco á poco la luz irá abriéndose paso al través de las densas tinieblas en que la humanidad languidece y se ahoga. No está el hombre destinado á vivir en perpetua noche. La verdad atraerá las voluntades de todos, y será hecho un solo aprisco, la iglesia universal, con un solo pastor, el Evangelio de Cristo. Los que hoy nos calumnian y persiguen conocerán un dia su error, y vendrán á nuestro lado para alentarnos y cooperar vigorosamente al triunfo de la moral evangélica, que es la práctica del amor, la tolerancia, la caridad sin limitaciones egoistas. Se vendrá en conocimiento de que todos los hombres somos hijos de una misma voluntad y miembros de una misma familia, y se estrecharán las distancias que separan á los individuos, á las sectas y á las naciones. Todos sin esclusion somos hermanos por naturaleza: esforcémonos, pues, en seguir la dulce ley de fraternidad universal, establecida por Dios.

*
* *

Agradecemos las honrosas y sentidas frases que nuestro amado colega alicantino, *La Revelacion*, nos dedica en su número de Mayo. Inspirado en la nobleza de sus sentimientos, nos atribuye una importancia que estamos muy léjos de merecer. Verdaderamente la idea que venimos á propagar, la misma que con incansable perseverancia sostiene *La Revelacion*, es regeneradora y santa; pero nuestras fuerzas no corresponden á la magnitud de la empresa. La conviccion nos empuja, y el conocimiento de nuestra pequeñez nos desalienta. No nos hacemos hipócritamente los pequeños, sino que sabemos que lo somos, y lo confesamos. Sirva esta ingénua declaracion para que nuestros hermanos no se prometan de nosotros mas de lo que podemos dar. EL BUEN SENTIDO será la espresion de un buen deseo, y no un esforzado paladin.

*
* *

**

Escribimos estas líneas bajo una impresion dolorosísima. Acabamos de hablar con un desdichado maestro de niños, que despues de consagrar los mejores años de su juventud al estudio y á la educacion de la infancia, hoy se halla, como recompensa de su laboriosidad y afanes, en la mayor de las miserias. Perdido el precioso tesoro de la salud; sin medios para cuidarse y recobrarla; sin pan para su triste esposa é infortunados hijos, y víctima de los sufrimientos morales que suelen ser el cortejo de la miseria; ha venido al objeto de presentarse á la Junta provincial del ramo en demanda de justicia y caridad. Cuatro años ha que ganó por oposicion la escuela de que es propietario, y esta es la hora que no ha podido cobrar un céntimo de sus legítimos haberes. ¿Será mas afortunado esta vez? ¿Hará la Junta que aquel Ayuntamiento aprenda á ser humano y á cumplir con su deber? ¿O se verá el profesor obligado á mendigar de puerta en puerta el sustento de sus hijos?

A cada maestro sumido en la miseria corresponde por punto general un pueblo embrutecido en la ignorancia.

*

Escrito el suelto que antecede, se nos ha indicado que el M. I. Sr. Gobernador y la Junta de primera enseñanza de la provincia habian resuelto adoptar medidas enérgicas y eficaces contra el Alcalde del pueblo á que aludimos. Aplaudimos la resolucion, y tendremos un placer siempre que se nos presenten ocaciones de prodigar estos aplausos.

*
* *

Dice el *Diario Español* de 29 de Mayo último:

«En la sesion que celebró anoche la seccion de ciencias morales y políticas en el Ateneo de la calle de la Montera, usó de la palabra el Sr. Pons, probando que algunos deberes del cristiano no se compaginan con los del ciudadano.»

Poco trabajo le habia de costar al Sr. Pons probar su tésis, si por cristiano entiende, como es de presumir, ciego partidario de la infalibilidad de un hombre. Algunos miles de estos fervientes cristianos, levantados en armas contra el poder constituido, y otro número mucho mayor que desde las ciudades fomenta la resistencia y la guerra, le dan, con respecto á España, la mas cumplida razon.

*
* *

Se habla de exposiciones pidiendo el restablecimiento legal de la unidad religiosa. No se prohibe firmarlas á los que no saben firmar, ni á los niños de leche, ni á los musulmanes. Lo que en este caso procede, á nuestro modo de ver, es conceder generosamente dicha unidad á los que la piden, y no imponerla á los que ni la piden ni la desean. Así se contenta á todos y no se lastiman legítimos derechos. La unidad religiosa ha de surgir de la unidad de creencias y no de la imposicion de las leyes; de otra suerte, la

tal unidad no pasa de ser una ficcion legal. O profesamos todos unas mismas creencias, ó las profesamos distintas: en el primer caso, la ley imponiendo la unidad es ociosa ó supérflua; y en el segundo, no ampara por igual las aspiraciones legítimas de todos los ciudadanos.

*
* *

La razon es un reflejo de la suprema Inteligencia, la voluntad un soplo de la Omnipotencia divina y el sentimiento un destello del infinito Amor. Por el sentimiento, la voluntad y la razon hemos sido hechos á semejanza de Dios. La felicidad espiritual consiste en el desenvolvimiento y armonía de estas tres grandes facultades de la naturaleza humana. Hacer abdicacion de cualquiera de ellas equivale á renunciar á una parte de la felicidad de nuestro espíritu.

Entre todas las verdades, la que mas nos importa conocer para dirigir á ella nuestra voluntad y sancionar el sentimiento, es la verdad religiosa. Estudiemos, pues, la religion, aplicando á este estudio toda la actividad de nuestra mente. La fé ciega no es religion, sino fanatismo; es el velo con que pretenden encubrir sus errores todas las sectas religiosas; es despotismo y dominacion en los unos, y degradacion y servilismo en los otros. La religion que hace indiscutibles sus dogmas y santifica la fé ciega, inspira vehementes sospechas de falsedad.

*
* *

Los jesuitas, esa sociedad abolida con justísimos motivos por el pápa Clemente XIV, que, segun cuenta la historia, murió del susto de la abolicion; los jesuitas, repetimos, son los mismos en todas partes, grandes propagandistas y defensores del neo-cristianismo. En Alicante, segun refiere un ilustrado colega de aquella localidad, los padres se han despachado á su gusto desde el púlpito durante el mes de Mayo, fulminando rayos y centellas contra Victor Manuel, Bismark y el respetable Emperador Guillermo, los tres antecristos del siglo decimo nono, como si dijéramos, el rabo y los cuernos de Satanás. Y aun no es esto lo mejor; faltaba un rasgo, uno de esos golpes de efecto que tan bueno suelen producirlo para fanatizar á las mujeres y propagar la idolatría: uno de los padres aseguró desde la cátedra del espíritu santo que *lo que no consigue María, no lo consiguen ni el infierno* NI Dios.

Verdaderamente se oyen cosas en los púlpitos que harian reir, si no revelasen indiferencia, fanatismo ó ignorancia de parte del auditorio. ¡Cómo habia de tolerar un pueblo verdaderamente religioso é ilustrado blasfemias como las del predicador de Alicante! Un clamor unánime de reprobacion se hubiera levantado en el templo, y el padre habria aprendido para otra vez á hablar de Dios con el debido respeto.

*

A propósito de sermones. En un pueblo inmediato á esta capital decia un predicador hablando del libro ROMA Y EL EVANGELIO: «Ese *pestilente* libro es tan malo, tan remalo, tan rematadamente malo..... que ni siquiera lo he leido.»

En cambio sabemos de algunos estudiosos sacerdotes que lo leen, lo saborean, y lo aplauden..... en voz baja.

*
* *

Segun noticias de Buenos-Aires, el dia 28 de Febrero se organizó en aquella capital un meeting popular á fin de protestar contra una impolítica pastoral del Arzobispo dirigida á entronizar en el país la órden de San Ignacio. Las turbas, en número de ocho á diez mil personas, recorrieron la ciudad al grito de ¡mueran los jesuitas! ¡muera el Arzobispo!; y no satisfechas con haber destrozado cuanto encontraron en el palacio arzobispal, se dirigieron al magnífico colegio que en la ciudad poseia la compañía. Asesinaron á los jesuitas que se interpusieron á su paso y prendieron fuego al magnífico edificio, sin que las autoridades se dieran por entendidas hasta que todo quedó reducido á escombros. Las pérdidas originadas en esta jornada se calculan en *diez millones de pesos.*

¡A cuántas consideraciones se presta este hecho bárbaro y feroz! ¿Qué religion profesan aquellas turbas desalmadas? ¿Qué moral se les predica? ¿No ha penetrado aun allí el espíritu evangélico? ¿O es que en Buenos-Aires los padres de la compañía se dedican más al comercio y á la adquisicion de bienes temporales que á la predicacion del Cristianismo, supuesto que sus pèrdidas en la sangrienta jornada se calculan en *diez millones de pesos!* Si por cada cien pesos que poseian hubiesen sabido hacerse suyo un corazon, suyos habrian sido todos los corazones de aquella provincia de la República Argentina. Deploramos de todas veras la catástrofe, deseando que sirva de provechosa leccion.

*
* *

Trozos escogidos de filosofía moral neo-cristiana:

«Dios está *irritado* contra V. y con la espada desenvainada *para matarle.*

«El labrador que vendimia la viña antes de estar sazonadas las uvas, hace el vino malo, aunque las vides sean de la mejor calidad; así los novios, aunque sean los dos de muy buen natural, *si hacen pascua ántes de ramos* ¡ay de ellos!

«Dios distribuye sus bienes á quien quiere y cuando quiere.

«Dios ha dicho: *La venganza* no quiero que nadie se la tome, *yo me la reservo,* y daré á cada uno la paga á su tiempo.

«Nadie ignora que los impuros son atacados con frecuencia de enfermedades vergonzosas, incurables, que les causan intolerables dolores y de nadie son compadecidos, antes bien les dicen: *Bien merecido lo tienes, bruto.*»

Nos apresuramos à protestar que estas frases y otras que la

decencia y el pudor nos impiden trascribir, no son nuestras, sino de un prelado del neo-cristianismo, publicadas, eso sí, con la aprobacion del Ordinario.

*
* *

Publica *El Sentido Comun* en uno de sus últimos números el jubileo, y á renglon seguido, dirigiéndose á los que dudan de las excelencias del neo-cristianismo, les pregunta con mucho énfasis: «¿Que dicen Vdes. á esto, señores mios?»

La contestacion es obvia para toda persona de buen sentido, y si *El Sentido Comun* cree haber puesto una pica en Flandes con su presuntuosa pregunta, se equivoca. Verdaderamente el jubileo es un diluvio de gracias y bienes espirituales, generosamente concedidos á los míseros mortales por hombres de carne y hueso; mas ¿quién que tenga una conciencia recta y una clara nocion del bien y del mal no prefiere á la dicha de atesorar aquel diluvio de inmerecidas mercedes la tranquila satisfaccion que produce en el alma el bien obrar? El verdadero camino de salvacion está en la práctica de los preceptos evangélicos, en el cumplimiento de las obras de misericordia: lo demás son instituciones humanas. Jesús no llama *benditos* del Padre á los que se presentan ricos de indulgencias. Al establecer la debida separacion entre los buenos y los malos, no pregunta á los hombres si han ganado ó dejado de ganar el jubileo, sino si han practicado la caridad, lo cual parece indicar que antepone la caridad á todos los jubileos. «*Porque disteis de comer al hambriento, y de beber al sediento, y al peregrino hospedasteis, y vestisteis al desnudo, y visitasteis al enfermo y encarcelado, venid, benditos de mi Padre.*» Este es el jubileo que predicaba y publicaba Jesús. El otro es mucho mas cómodo, supuesto que en algunos dias y mediante algunas bendiciones puede borrarse, segun dicen, toda una vida de iniquidades; pero el hombre propone y Dios dispone, y se dan casos de hombres infalibles que han errado. De todos modos, entre el jubileo del *Sentido Comun* y el de Jesús ¿quién, si no está obcecado, dejará de optar sin vacilacion por el segundo?

*
* *

Dijimos que la humanidad marcha siempre hácia adelante, suavemente dirigida por una voluntad providencial; y *El Sentido Comun* creyó que habiamos dicho un solemne disparate, asegurándonos que la humanidad ha dejenerado en costumbres. Sin embargo que somos mas amigos de la autoridad de la razon que de la razon de la autoridad, quisimos llamar en apoyo de nuestra tésis el testimonio de Balmes, el cual sostiene que la humanidad actual *aventaja en mucho á la de todos los tiempos anteriores*; pero ni por esto se da el colega por vencido, ántes al contrario, apelando á los recursos que la hermenéutica le ofrece, nos prueba, como tres y dos son cuatro, que Balmes no dijo lo que dijo. A su entender, al afirmar Balmes que *la humanidad ha progresado siempre*, se re-

feria al progreso material y no al moral, quedando de consiguiente triunfante *El Sentido Comun*, y nosotros vergonzosamente derrotados.

Hablando en puridad, nosotros somos muy falibles, y nuestro adversario blasona de pensar como han pensado y pensarán todas las infalibilidades pretéritas y futuras. Pero es el caso que Balmes al hablar del progreso no se quedó corto ni oscuro, añadiendo, sin reticencias ni ambajes, que no es posible establecer siquiera *un razonable parangon* entre la civilizacion antigua y la moderna, y que esta lleva muchas ventajas á la antigua, no sólo por traer consigo *un mayor y mas perfecto desarrollo intelectual y moral*, sino tambien por ofrecer mayor suma de comodidades materiales y disminuir sobremanera los males que afligen á la triste humanidad. ¿Le basta esto al *Sentido Comun* para conocer que anda reñido con el sentido de Balmes en la cuestion de progreso? Siga leyendo, y Balmes le saldrá al paso para decirle que duda mucho que los tiempos presentes deban *en nada* posponerse á los pasados, y que no son mayores nuestros males, sino que se abultan en gran manera, ya porque reflexionamos demasiado sobre ellos, ya tambien á causa de que tenemos mayor libertad para quejarnos.

* * *

No acertamos á comprender con que objeto llama *El Sentido Comun* nuestra atencion sobre el artículo del ilustre publicista D. Jaime Balmes titulado «Un cristianismo estraño», que ocupa toda una seccion doctrinal del apreciabilísimo colega. Si era su ánimo persuadirnos de que hay cristianismos estraños, barnizados de la moral de Cristo por fuera y anticristianos por dentro, podia ahorrarse la molestia y el trabajo: no vivimos tan ajenos al movimiento religioso, que no tengamos noticia del neo-cristianismo farisaico, que tantos males y perturbaciones y conflictos viene produciendo socolor de religiosa piedad. ¿Hay más que leer *El Sentido Comun*, incansable apologista de los sofismas y abusos que el neo-cristianismo vende por doctrina de buena ley, para que uno se persuada de que hay cristianismos estraños, soberbiamente estraños? ¿Se componen bien con el espíritu del Evangelio la intolerancia, la maldicion, las hogueras, la propaganda sediciosa, las guerras de religion, la esclavitud del entendimiento, la imposicion violenta de las creencias, el útilitarismo, la exterioridad, el orgullo? ¿Qué cristianismo es ese que atiza la tea de la discordia en vez de apagarla, que subleva las pasiones en vez de contenerlas, que tiene sacerdotes capitaneando huestes armadas y no ha tenido uno tan solo para interponerse entre los combatientes y predicarles la obediencia y la paz en nombre de Jesucristo? Tiene razon Balmes: hay cristianismos muy estraños.

Siga el *Sentido Comun* desempolvando artículos en apoyo y confirmacion de sus peregrinas tésis. Vengan ó no á pelo, lo que

interesa es llenar algunas páginas para salir como se pueda del paso. Balmes dedicaba su artículo á los filósofos escépticos, y el *Sentido Comun* nos lo aplica á nosotros, que hemos venido á la prensa con creencias fijas á combatir el escepticismo no menos que el fanatismo. Balmes hablaba de aquellos cuyas doctrinas *consisten en la absoluta abdicacion de todo linaje de creencias, en completo escepticismo sobre el orígen y los destinos del hombre, en un culto de los intereses materiales, en la divinizacion del goce, en el entronizamiento del principio de utilidad privada; mas breve, en la ruina de toda religion y de toda moral;* y dígasenos si algo de esto es aplicable á las doctrinas de Jesús, que son nuestra bandera, nuestra religion y nuestra filosofía. Y ¿por quién se nos acusa de incrédulos á los que tenemos fé en las promesas de Cristo, de sensualistas á los que hacemos consistir el verdadero y unico goce en el cumplimiento de los deberes morales, de apóstoles del egoismo y de la utilidad privada á los que procuramós sembrar en el corazon del pueblo el principio cristiano de la fraternidad y del amor? ¿Por quién? Por el neo-cristianismo, por esa escuela, dicho sea todo con el respeto debido á las personas, que se alimenta y satisface de vanas exterioridades; que vive del *que dirán*, del fanatismo y de la hipocresía; que se sirve de la religion como del mas poderoso de sus elementos de discordia; que ha sabido trastornar las conciencias hasta el punto de hacerles aceptar como evangélico el fausto sacerdotal; que tiene soluciones benignas para todas las rebeldías y bulas de perdon para todos los atentados; que provoca un conflicto donde quiera que se ponen trabas á su ambicion de universal dominio; que condena la libertad y el progreso, segura de que en el progreso y la libertad está el término de su bamboleante poder. Sí, por el neo-cristianismo, por esa escuela, antitesis perfecta del Evangelio, que, como dice Balmes, *se ha empeñado en cubrirse con ciertas apariencias de cristianismo, cuando hace ostentosa gala de mostrarse heredera de todas las escuelas de impiedad con que ha luchado el* verdadero *cristianismo por espacio de diez y ocho siglos.*

Nos duele vernos provocados á rechazar con un lenguaje algo duro, en defensa de la verdad, los calumniosos conceptos de los órganos del neo-cristianismo; pero si se nos obliga, continuaremos haciendo historia, antigua y contemporánea, que es la peor de las calamidades que pueden caer sobre aquella secta, intolerante y procaz. ¿Quiere *El Sentido Comun* discutir buenamente sobre alguno de los inverosímiles dogmas de su escuela? Tememos que no ha de querer; mas, si por fortuna nos equivocamos, déjese de chácharas indignas de la alta representacion que pretende monopolizar; déjese de vaciedades ridículas y bufonadas, impropias del doble sacerdocio del cristianismo y de la prensa; déjese de divagaciones estériles, de conversaciones callejeras, de graciosidades de mál gusto, y nos hallará con el arma al brazo, dispuestos á romper con él una lanza en noble lid. ¡No, no querrá! En vano han procurado atraerle al terreno de una discusion formal y sensata la *Revista de Estudios*

Psicológicos de Barcelona, *El Criterio* de Madrid, *La Revelacion* de Alicante y *El Espiritismo* de Sevilla: para *El Sentido Comun* es mas cómodo no darse por entendido, ó salirse del apuro con cuatro chocarrerías. ¿Saben nuestros lectores cual es la táctica empleada por el colega al objeto de esquivar toda discusion séria, temerosa de que no habia de llevar la mejor parte? Pues se reduce á propinar vasos de tila á sus adversarios, y aconsejarles el uso del árnica y el empleo de trapos y vendas para las heridas que se promete inferirles. Así escribe el neo-cristianismo; este es el alimento moral que *El Sentido Comun* regala á sus pacientísimos lectores.

*
* *

Sabemos, sin preguntarlo, que hay quienes á la luz nos honran, y en las tinieblas nós calumnian; que tienen solo palabras de compañerismo y afecto cuando nos hablan, y á nuestras espaldas nos muerden y difaman; que procuran aislarnos ejerciendo presion sobre individuos de determinada clase; que anuncian en voz baja, usurpando la representacion de corporaciones respetables, nuestra próxima perdicion ó castigo y el castigo de los que se acerquen á nosotros; que truenan contra nuestra pacífica propaganda allí donde saben no ha de levantarse una voz á defenderla; que se prevalen de su posicion para imponerse á los debiles; que acarician, siendo alguno de ellos padre de familia, la caritativa esperanza de vernos expulsados de nuestros humildes puestos oficiales; que espian nuestros pasos, y nos juzgan y nos condenan..... de léjos, *recomendando el sigilo:* y todo esto con muchísimas protestas de piedad y de cristiano celo. ¡Cuánta miseria, justo Dios! Por hoy no somos mas esplícitos.

*
* *

Con el presente número repartimos setenta prospectos de la interesante obra científica NOSCE TE IPSUM, debida á la pluma de don Enrique Manera y publicada en Sevilla.

*
* *

Las revistas de intereses morales que hasta el presente hemos recibido en cambio de EL BUEN SENTIDO, son *El Sentido Comun, El Consultor de los párrocos, La Revelacion, El Criterio y La Fraternidad.* No hemos visto *El Espiritismo* de Sevilla ni la *Revista de Estudios Psicológicos* de Barcelona, á cuyas redacciones remitimos tambien oportunamente el primer número.

LÉRIDA.—IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.—1876.

EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIÁNA.—

AÑO I. Lérida, Julio de 1875. Número III.

SUMARIO.—«Dos palabras,» por la Redaccion.—«Manéjos Ultramontanos,» por Id.—«Introduccion á la Historia Universal,» continuacion, por M.—«El Pecado Original,» continuacion, por J. A.—«La Palabra,» por J. B. C.—«Variedades.»

DOS PALABRAS.

Porque combatimos los abusos que á la sombra del principio religioso se consuman; porque no cantamos himnos en alabanza de una secta anticristiana y perturbadora que esplota en beneficio propio el fanatismo religioso; porque tenemos el valor de nuestras convicciones y decimos la verdad á los que no estaban acostumbrados á oirla; porque señalamos vicios y enfermedades morales que hay empeño en hacer pasar por otras tantas virtudes; porque no somos admiradores del ultramontanismo y de sus corruptores procedimientos; en una palabra, porque nos atrevemos á oponer el cristianismo de Cristo al pseudo-cristianismo farisaico de los modernos doctores de la ley, un papel que se publica en esta capital dice de los maestros que profesan nuestras creencias que *son la deshonra de la clase*. Esta insultante é injuriosa frase, esta procaz agresion en un periódico que blasona de ser dirigido por una dignidad eclesiástica y censurado por otra dignidad, eclesiástica tambien, y que por lo mismo debiera ser un modelo acabado de formas corteses y cristianas, si bien no nos autoriza á devolver ultraje por ultraje, nos pone sí, aun contra nuestra voluntad, en el caso de defendernos.

Retiramos, pues, el artículo que teníamos preparado, para sustituirlo con el siguiente, sobre el cual llamamos la atencion de los ilustrados lectores de El Buen Sentido.

MANEJOS ULTRAMONTANOS.

Ya no una sonrisa de desprecio, ya no el ridículo, el epígrama ó la compasion hipócrita son las armas que emplean nuestros adversarios los pseudo-cristianos para neutralizar los seguros efectos de nuestra propaganda, dirigida á abrir los ojos de los que los tienen cerrados en materias religiosas y derribar uno á uno, poniéndolos al descubierto, errores y abusos seculares, que sólo pueden subsistir por el despotismo y la ignorancia. Hombres descreidos, mercaderes de lo mas santo y respetable, orgullosos depositarios de *verdades* que se hunden precipitadamente en el panteon de los errores, sostenedores interesados de un anacronismo, de un edificio ruinoso, de una institucion que se viene al suelo bajo el inmenso peso de sus vicios; habian juzgado que les bastaria el epígrama para cortarnos el paso en el camino de nuestros propósitos, emprendido con la firme resolucion y ánimo levantado de quien trabaja y lucha por los fueros de la dignidad humana. Habian contado, para anonadarnos, con el fanatismo de los unos, la hipocresía de los otros y el servilismo de muchos, y partiendo de esta seguridad, acostumbrados como estaban á las dulzuras de la indolencia, no quisieron tomarse por de pronto otro trabajo que el de señalarnos con el dedo, trabajo que no exige grandes fatigas ni produce indigestiones. Pero como esta táctica, sumamente eficaz en los piadosos tiempos del *borceguí* y de la *garrucha*, no suele en los que corremos dar satisfactorios resultados; persuadiéronse nuestros adversarios, los pseudo-cristianos que nos rodean, de la inutilidad de sus sonrisas, y apelaron á otro espediente mas enérgico.

Y tras el desprecio vino el anatema. El buen pastor, el verdadero pastor deja el rebaño para ir en busca de la oveja descarriada, porque suyas son todas y á todas las ama con igual cariño; mas los pastores del pseudo-cristianismo contemporáneo, como asalariados que son, tratan á las ovejas sin amor, y llaman á pedradas á la que se aparta del redil de sus deseos.

¡Magnífica prueba de su evangelismo y caridad! Y hablan de Jesucristo, y se titulan sus apóstoles y representantes, y abrigan la modesta presuncion de ser considerados como depositarios únicos de la palabra de Dios. Hablan de caridad, y maldicen; hablan de humildad, y aspiran al dominio universal; hablan de mansedumbre, y ¡que el cielo nos guarde de sus mansas intenciones! Se limitaron á condenar al *fuego* nuestras ideas, porque el estado social del siglo no habia de consentirles otras bromas mas pesadas.

Tampoco esta *luminosa* condenacion produjo el apetecido fruto, y hubo de pensarse sériamente en ganar el tiempo perdido en el regodeo del anatema y del desprecio, y conjurar la tormenta. La opinion se iba escitando demasiado en favor de las ideas condenadas á las llamas, y esto era de todo punto inconveniente. ¿Qué hacer, pues? ¿Habia de consentirse que llegase la verdad religiosa á conocimiento del profano pueblo, de ese pueblo por tantos siglos religiosamente esplotado? Era necesario combatir la idea con la idea, el libro con el libro, la propaganda con la propaganda. Y dijeron: Hágase la luz: y la luz fué hecha.

Esta luz fué un periódico semanal, valeroso campeon del error anticristiano que se va, decidido á medir sus armas con el verdadero cristianismo que se ve venir para restablecer el Evangelio. Tan brioso apareció el nueva adalid, tan rico de promesas y pródigo de amenazas, que hubiéramos temido por la suerte de las doctrinas que profesamos, si posible fuese en tiempos de libertad el triunfo de las tinieblas. Dijo que combatiria y refutaria victoriosamente la nueva idea en el terreno de la religion, de la filosofía y de la historia, demostrando de una manera palmaria la verdad de los errores y la utilidad de los abusos pseudo-cristianos, y el error de las verdades que del Evangelio se desprenden. Ardua era la empresa de sincerar à Roma con la palabra de Jesús, de sacar triunfantes la hipocresìa y falsedad apelando á la discusion filosòfica, de defender con la historia en la mano una institucion que tantas lágrimas y sangre ha costado á las generaciones humanas; pero ¿qué es lo que no promete y qué amenazas no emplea para sostenerse un poder vacilante, un poder que ve acercarse rapidamente el fin de su dominacion sobre la tierra?

Esperándo estábamos que el periòdico aludido tocase sériamente los grandes puntos de controversia, las afirmaciones

dogmàticas que tienen divorciado el criterio romano del criterio racional, y con nosotros esperaban lo mismo cuantos habian seguido con interes é imparcialidad el curso de los hechos que venimos reseñando. Sabiamos de antemano que el órgano del ultramontanismo de esta provincia no podria cumplir sus arrogantes promesas, y que en sus alardes de prontas y decisivas victorias entraba por mucho la pueril hinchazon del amor propio; pero nunca nos ocurrió sospechar que pudiese salirse de los límites del decoro y convertir la mision de la prensa en oficio de polizonte. ¿Quién habia de suponer que un periódico clerical, clericalmente dirigido, no fuese un modelo de caridad, de moderacion y de cristiana cultura?

Esto no obstante, las grandes cuestiones formuladas en el prospecto, en el prospecto se quedaron, y aquel imponente tren de batir con que el colega amenazaba derrotar, pulverizar y anonadar nuestras ideas, se convirtió en palo de escoba, esgrimido no contra las ideas sino contra las personas. ¡Cristianismo especial! ¡sacerdocio singular! ¡Tanta religion, tanta filosofía y tanta historia en las promesas, para venir á parar á cuatro bufonadas contra los principios y á reclamar la intervencion de las autoridades contra las personas que aquellos principios defienden y propagan! Dijérase, enhorabuena, que lo que se deseaba era la represion y la violencia, mas no la discusion, y á nadie hubieran cogido de sorpresa estos propósitos, que han sido siempre los de la secta ultramontana; pero alardear de amantes de la pública discusion, y poner luego el grito en las nubes para que se amordace y persiga al adversario, es el colmo de la hipocresía y del ridículo.

¡Cuánta lástima nos inspira el periódico á que venimos aludiendo! Nos calumnia, nos insulta, nos injuria; pero sus intemperancias no nos ofenden. ¿Qué argumentos le quedarian al pobre, si no pudiese emplear los del despecho? ¿Cómo llenaria sus columnas, caso que se le exigiese el lenguaje templado de quien tiene de su parte la razon? ¿Hemos de devolverle golpe por golpe, insulto por insulto, injuria por injuria? No por cierto: sabemos lo que el escritor debe al público y á su propia dignidad, y estamos resueltos á no separarnos un punto de la línea de conducta que el decoro nos señala, sin renunciar por esto á nuestra defensa y á la de las doctrinas que la conciencia nos prescribe difundir.

II.

Se trata de un nuevo golpe de efecto contra nuestra propaganda, tomando esta vez por instrumentos á los maestros de niños. Para preparar el terreno, se improvisa en primer lugar *un católico á secas*, que aparece como escribiendo desde un oscuro rincon de la provincia, escandalizado de ver que nuestros *delirios* han penetrado hasta allí, y precisamente en la escuela, en el santuario de la infancia. La realidad del hecho no importa: lo que importa es que haya un pretesto para llevar á efecto el plan sabiamente concebido y cristianamente combinado. Lo que importa es sacar las castañas del fuego, aunque sea por mano de los maestros, de quienes el ultramontanismo no se acuerda sino para difamarlos, como en la época de las esposiciones contra la enseñanza laica, ó para hacerlos servir á sus propósitos, como en el caso presente. El escrito del *católico* de encargo aparece en el periódico de la filosofía, de la religion y de la historia, y el periódico de la historia, de la religion y de la filosofía prorumpe en gritos de alarma. Primera escena.

Continúa la misma decoracion. Desde las columnas del religiosísimo colega se procura alhagar é intimidar á la vez á los maestros de la provincia á fin de que hagan una protestacion pública de su fé y de sus creencias romanas. Algunas amenazas mal disimuladas facilitarán la espontaneidad de la protesta. Y esta protesta es necesaria, no porque pueda dar mayor brillo á la verdad religiosa; no porque haya de ganar algo la moral; no porque de ella dependa el remedio del aflictivo estado en que el Magisterio se consume; nada de esto: la protesta de los maestros á quien interesa no es á la religion, sino á los mercaderes religiosos; no á los infortunados maestros, sino á los enemigos irreconciliables de la enseñanza, partidarios intransigentes del feudalismo intelectual. Y les interesa, porque no ignoran que entre nosotros se cuenta algun individuo del profesorado público, y alimentan la ilusion de que la protesta ha de ser el golpe de gracia á la propaganda cristiana en la provincia.

Pero como el órgano de los ultramontanos de la provincia de Lérida apénas será leido por media docena de maestros, sus armoniosos sonidos se hubieran perdido en el vacío á no haberse tocado mas poderosos resortes. Halláronse tres agentes activos,

salidos del seno del Magisterio, los cuales por sus especiales condiciones podian ejercer presion sobre la clase, y se utilizó el hallazgo. Esta trinidad catequista, estos tres flamantes apóstoles, de cuyos nombres no queremos acordarnos, aceptaron el honroso cargo de familiares de la inquisicion en proyecto, y comenzaron á desempeñar sigilosamente las funciones de su oficio. Llenos de *santa* indignacion y de fervoroso celo, todos los medios les parecen legítimos, todos los castigos suaves, tratándose de maestros que se atreven á buscar en el Evangelio la sancion de las creencias y la regla de las costumbres. Uno defiende como el mejor de los correctivos la separacion inmediata de los funcionarios sospechosos, sin formacion de espediente; y si no realiza su plan, es porque sus atribuciones no son ejecutivas como sus filantrópicos deseos. Otro se decide por el nombramiento de una comision que pase á conferenciar con el Gobierno, para proponerle se exija del profesorado una declaracion pública de fé, y despoje de sus títulos á los profesores que sin vacilar no la suscriban. Mas como todo esto ofrece sus inconvenientes, porque no son ellos el gobierno, resuelven por último influir sin descanso sobre los maestros con las debidas precauciones, para alcanzar la protesta que el periódico del ultramontanismo pide con mucha necesidad. «Hora es ya—añaden modestamente,—que sepa el mundo quienes somos los buenos, y no seamos confundidos con los malos, y caiga sobre estos el tremendo castigo á que les hace acreedores el crímen de pensar por cuenta propia en materias religiosas.» Y hablan al oido á los maestros, y los adulan, y los amenazan, y se les prescribe no andar en malas compañias ni revelar el secreto; y de este modo se acorta el camino que conduce á la protestacion pública de fé.

Quisiéramos olvidar que uno de los tres, tan enemigo hoy del cristianismo de Jesús, de nuestro cristianismo, lo juzgaba, aun no hace un año, con tanta benevolencia, que por algunos era contado entre los nuestros, habiendo llegado á manifestar que si no asistia á las reuniones del *Círculo Cristiano*, era porque se lo impedian consideraciones de familia. Soplaron otros vientos, y mudó de convicciones. Y quisiéramos olvidar asimismo, que otro de los triunviros, adulador hoy de los maestros de la provincia porque asi conviene á sus planes, ocupándose de ellos en un escrito reciente se permitia aplicarles calificativos que por su grosería nos abstenemos de mentar. Aquel escrito

hubo de ocasionar una enérgica protesta, de que podrá dar razon la tercera persona de la trinidad de que hablamos, testigo de mayor acepcion en la materia. Todo esto quisiéramos olvidar, y lo olvidaríamos de buen grado, si no se tratase de estraviar la opinion pública con alarmas por malos medios amañadas; si no hubiese el deliberado propósito de hacernos una guerra vil, á falta de buenas razones que oponer á las doctrinas que brotan del Evangelio; si no fuesen el insulto y la calumnia las armas de nuestros desdichados adversarios. Mediten los maestros de la provincia sobre el paso que les aconsejan dar sus enemigos de siempre, y no olviden que el consejo parte de un periódico que llama al actual gobierno «*gobierno de unos pocos contra la mayoría inmensa de la nacion,*» sólo porque no ha restablecido las hogueras depurativas de la fé.

III.

Ahora bien: ¿es así cómo se defiende la verdad? ¿Es con el dicterio, la injuria ó la amenaza cómo se propaga la fé? ¿En qué recóndito concepto del Evangelio se autoriza la intolerancia ó el insulto? ¿Con qué derecho pretenden ser tenidos por apóstoles y herederos de la mision de Jesucristo los que desconocen por completo la mansedumbre y la caridad cristianas? Y no se crea que es solo el de Lérida, entre los órganos del ultramontanismo, el que tal perversion del sentimiento religioso manifiesta y tan sin consideracion trata las cosas y las personas; todos ellos están vaciados en el mismo molde, luchan con las mismas armas, y persiguen el mismo fin empleando iguales medios. Orgullo, hipocresía, intemperancia, anatema, grosería en el lenguaje, sarcasmo, virulencia, difamacion, he aquí los títulos evangélicos que ostentan, los hábitos cristianos á que se muestran aficionados y el apostolado que ejercen. Se trata de ciencias? Ellos poseen la ciencia absoluta y universal, y los demás carecen hasta de sentido comun. Se habla del gobierno de los pueblos? Todos los gobiernos son malos y usurpadores, escepto el que enriquece á los ministros del culto y les entrega la direccion de los negocios. Se habla de derechos? No hay derecho que valga ante una declaracion dogmática: la sociedad se compone de clérigos y seglares, y el derecho consiste en que no se

ponga trabas á los primeros para oprimir á los segundos. En nombre de la humildad, son provocadores y altivos; en nombre de la mansedumbre, maltratan; en nombre del amor, despiertan el odio y la discordia; en nombre de la paz, mueven la guerra; en nombre de la obediencia, fomentan la rebelion; en nombre de la caridad, condenan y persiguen. Poned en sus manos la gobernacion del estado, objetivo constante de su desenfrenada ambicion, y veréis de nuevo un *familiar* en cada casa, una horca en cada esquina y una hoguera en cada pueblo.

Afortunadamente para las familias, para los pueblos, para las sociedades y para la religion, estamos asistiendo á las postrimerías de la dominacion ultramontana. Trae revueltos los ánimos en Alemania, en Italia, en Austria, en Francia, en Inglaterra, en Suiza, en Bélgica, en Portugal, lucha en España con el furor de la desesperacion, produce todos los dias conflictos en América y Europa; pero todos esos arranques de fuerza no son sino las últimas llamaradas de un incendio, los últimos relámpagos de una tempestad, las postreras convulsiones de un jigante. Pueblos y gobiernos, súbditos y reyes, van comprendiendo cuan perniciosa es para las sociedades la absorbente influencia ultramontana, y todos conspiran con salvadora decision á destruirla. Unos y otros conocen que el ultramontanismo es incompatible con el órden, con el progreso, con la libertad y con la verdadera religion, y se han puesto de acuerdo para que no pueda en lo sucesivo corromper las conciencias y perturbar las naciones. Al despuntar la aurora del nuevo siglo, esa grande heregía, esa gran calamidad religiosa y social pertenecerá á la historia, y las generaciones venideras podrán realizar libremente el progreso por medio del Cristianismo.

INTRODUCCION

Á LA

HISTORIA UNIVERSAL.

III.

Para habilitarse y disponerse la tierra al cumplimiento de su destino, han debido luchar y luchan todavia, bien que en los actuales tiempos en menor escala que en los primitivamente anteriores, los elementos encontrados que eran y son aun inherentes á su constitucion, y deberán serlo en lo sucesivo en toda la naturaleza; como tambien han estado y estarán en choque y en recíproca accion las fuerzas que la agitan y rigen: y de aquí á su vez las variadas trasformaciones que incesantemente en su modo de ser se realizan, en medio de una elaboracion constante de descomposicion y recomposicion, de renovacion útil y sucesiva, segun el plan de su formacion y existencia y de los fines que en ella deberán sucesivamente cumplirse. De una manera análoga á lo que pasa en la naturaleza inorgánica, ha venido sucediendo en las evoluciones morales de la humanidad, segun la historia nos lo manifiesta diariamente de un modo innegable. Han luchado, luchan y lucharán aun las sociedades para sus progresos, y á su empuje, de mil maneras realizado, ha debido marchar y marcha la humanidad en medio de sus naturales y consiguientes alternativas de prosperidad y decadencia, en las diversas regiones, adelantando empero en su conjunto, ó sea en su colectiva y larga vida; porque aleccionada ó movida tarde ó tem-

prano por los tristes desengaños de la experiencia, y alentada por el deseo constante de un mejor porvenir, se esforzará con su actividad en buscarlo, abriéndosele, de cada vez y en proporcion de sus esfuerzos, nuevos caminos y mas vastos horizontes para la prosecucion de su mejoramiento y bienestar en todos los órdenes de progresivo y eficaz adelanto.

Primero el individuo, luego la familia y despues las tribus erantes son las que se posesionan sucesivamente de la tierra, pasando poco á poco de su estado inactivo y de aislamiento à un movimiento de vida nómada y sin cultivo, al menos por mucho tiempo; con todo, aunque de un modo insensible, y en cuanto aquellas primitivas generaciones fueron comprendiendo mejor sus intereses, y como era natural, en busca siempre de lo que mayor satisfaccion podia ofrecer á sus necesidades, hubieron de pensar forzosamente en fijar su residencia, segun las condiciones de cada agrupacion, en puntos determinados y preferidos por sus especiales y mas propicias circunstancias: y de ahí poco á poco la tendencia á la colectividad y union, y á su asiento, de que vinieron formándose, andando el tiempo, las naciones y los imperios con sus fundadores, gefes, soberanos, descubridores ó conquistadores, cada cual verificándolo á su manera; que mucha diversidad hubo de haber en cuanto al orígen é instalaciones sucesivas de aquellas primitivas nacionalidades, por su particular índole, de escasa propension por lo comun al respeto del derecho y de la justicia.

Difícil es por cierto determinar con alguna precision lo que debió ocurrir en aquellos lejanos tiempos; por lo que solo diremos, segun los dàtos mas verosímiles de la historia, que en 2680 aparecieron los Babilonios con Nembrod y los Asirios con Asur; en 2467 los Egipcios con Menes; en 2296 los Hebreos con Abraham; en 1993 los Asírios-Babilónicos con Belo; en 1640 los Fenicios con Agenor; en 1582 los Atenienses con Cecrops; en 1580 los Tebanos con Cadmo; en 1579 los Lidios con Meon, y así sucesivamente, de tiempo en tiempo en el curso de las trasformaciones sociales, vinieron los Espartanos, los Troyanos, los Cartagineses, los Romanos, los Medo-Persas, los Macedonios, etc. etc.

Las familias, despues de Noé, se habian diseminado por el norte, sud, este y oeste. La de Jafet pobló el Asia setentrional y la Europa; la de Cam pasó al Africa, dejando algunas tribus en el Eufrates inferior sobre la costa oriental del Mediterráneo y sobre todo en las playas de la Arábia; y la de Sem ocupó el Asia Meridional, donde se cree que Fo-hi ya en 2955 habia fundado el imperio chino, el primero en tal caso que apareció despues de la dispersion de los hombres. Podrá haber distintos pareceres sobre los datos y fechas que preceden relativamente al orígen de las nacionalidades que fueron apareciendo en la escena de la vida social y política, no importa: á nuestro objeto bastará haya algun acierto en cuanto á la formacion y sucesion de los pueblos, naciones é imperios que llegaron poco á poco á instalarse y extenderse sobre la tierra, pues ello es lo que mas incumbe á nuestras miras y objeto.

Despues de lo que precede, bien quisiéramos asimismo poder presentar aquí un bosquejo histórico, precisado en lo posible, sobre las tendencias y vicisitudes humanas en el curso de su carrera hasta los tiempos presentes, donde nos fuera dable hacer resaltar las causas y accidentes principales que hayan podido impulsar á la humanidad á sus conquistas y modos de ser, á sus adelantos y atrasos entre sus alternativas de prosperidad y desgracia, de elevacion y miseria, y de degradacion en ciertos casos; porque este conjunto de consideraciones podria sernos altamente útil, aleccionándonos para el presente y el porvenir, cual es y debe ser el objeto de la historia. Pero hemos de manifestar que este trabajo, no obstante su reconocido interes y su importancia, no entra en nuestro propósito, limitándonos por ahora, ya que otra cosa no cabe, á solo tomar una iniciativa á guisa de introduccion ó programa histórico, sobre los puntos mas trascendentales que puedan de algun modo ilustrarnos acerca principalmente del curso ó estados transitorios de los hombres en la larga carrera de su peregrinacion en el planeta que les sirvió de morada y de prueba en las variadas peripecias de su vida; que ello, aunque en concreto y limitado bosquejo, no será de más, antes bien

muy necesario para venir en conocimiento, siquiera de los sucesos mas notables que puedan haber influido en el progreso ó decadencia de las sociedades, y sobre todo en los errores y desaciertos que han venido maleando la marcha de la humanidad á través de las edades.

Concretándonos en especial á Europa, que es lo que mas nos incumbe, porque nos atañe mas de cerca, diremos: Que para seguirla en su movimiento de elaboracion social é histórica relativamente á sus principales hechos, empezando desde los primeros tiempos, debe uno fijarse desde luego en el establecimiento de la Grecia, cuya época ya hemos consignado, no pudiendo menos de recomendar como dignas de atencion, allá en sus primeros movimientos, las expediciones de los Argonautas y de la guerra de Troya, debiéndola seguir despues en las grandes etapas de su engrandecimiento y en el brillo de sus victorias, y fijándose sobre todo en la actividad y atrevidas empresas de Alejandro Magno, uno de los capitanes mas insignes de la antigüedad.

Posteriormente y despues de mucho tiempo, dejando de lado otros muchos y notables hechos, ocnrren las luchas entre Cartago y Roma, en las que, sostenidas por algun tiempo con variada suerte, se verá prevalecer la última en su triunfo, marchando en pos de sus conquistas y de su poderosa organizacion, así durante el Consulado como durante el Imperio, en términos de haber llegado á su apogeo, dominando la principal parte de Europa con los grandes sucesos de su colosal y prolongado movimiento. Pero en la duracion de esta dominacion, que no habia de ser estable y gloriosa para siempre, cual suceder suele á todas las instituciones humanas, y cuando ya hácia su decadencia, venia acercándose la hora de su ocaso, ocurrió el hecho mas trascendental de los tiempos, cual fué el nacimiento de Jesús, destinado á renovar la faz moral del mundo, ó sea de la humanidad, en toda la estension de la tierra, y la que por sus desvarios y livianas pasiones iba á hundirse en un abismo de nulidad y miseria. La prostitucion y degradacion, la relajacion de costumbres y de todos los vínculos sociales, así entre los romanos y sus pai-

ses conquistados, como en los demás pueblos del mundo, que yacian por lo comun en la ignorancia y en la mas crasa barbarie de su idolatría, exhaustos casi por completo de las viriles virtudes, todos estos males, hijos del abatimiento y moral esclavitud, reclamaban un pronto y eficaz remedio, y Dios en su amor y misericordia, que al fin nunca falta, se dignó proporcionarlo á los hombres en la doctrina y predicacion del Evangelio. El Evangelio fué, no obstante, desechado por de pronto, porque en la prevaricacion reinante, no se supo comprender su saludable y eficaz beneficio, por mas que fuera de suprema necesidad para la curacion de la enfermedad moral que minaba y corroia las entrañas de aquella sociedad envejecida; mas no importa, bien que luchando con las mas temerarias resistencias, la enseñanza del amor y de la caridad, cual fué la de Jesus, triunfará y será poco á poco aceptada, salvando del abismo á las generaciones extraviadas y levantando de tiempo á tiempo la mejor y mas humanitaria de las civilizaciones, aun cuando para desgracia nuestra no se haya todavía conseguido, cual menester seria para la extirpacion de nuestros males, que no son pocos en los calamitosos tiempos que atravesamos.

Medítese mucho sobre este punto histórico de la vida de Jesús y sobre su doctrina de redencion, destinada en su pura práctica á ser la verdadera felicidad entre las felicidades á que humanamente y desde luego podemos aspirar; y á su vez insiguiendo la historia en el gran cuadro de sus peripecias, mucho convendrá fijarse tambien, relativamente al imperio, en el advenimiento de Constantino el Grande, y muy particularmente sobre los hechos de su reinado, y sobre las turbulencias que acaecieron en las dominaciones posteriores, turbulencias que, al fin y al cabo, fueron motivo de abrirse las fronteras á las hordas salvajes del Norte, que se preparaban á invadir el Occidente, como buitres ávidos de devorar su presa. ¡Qué leccion no ofrece al hombre reflexivo y estudioso esa invasion insistente y repetidamente empujada, cual si fuera dispuesta por la Providencia en castigo y expiacion de los desconciertos y liviandades de aquella caduca civilizacion ro-

mana! Ciertamente que en ese aflictivo cúmulo de sucesos no faltarán que deplorar contiendas y vicisitudes desastrosas en medio de tantas y tan prolongadas y sangrientas luchas y conquistas, de cuyas hondas perturbaciones y trasformaciones en aquellos aciagos tiempos ocasionadas, no pudo menos de surgir un nuevo estado social y político para las mas de las nacionalidades de Europa; y todo realizándose providencialmente, segun ya se ha indicado, en cumplimiento de la imprescindible ley de sucesion y renovacion que se deja observar en la marcha de la naturaleza inorgánica y viviente.

Nos hallamos ya en la edad media de la historia, y en su trascurso se ofrece á la humana consideracion otro hecho, que no deja en sí de ser bastante memorable, y es la aparicion y el movimiento conquistador de los Arabes, sosteniendo en las largas escursiones de sus conquistas esa gran lucha entre el Cristianismo y el Islamismo, siendo Roma y Bagdad los centros de aquellas civilizaciones, empeñadas cada cual de por sí á dominar el mundo. Estúdiese cual fué la importancia y el resultado de aquellas prolongadas luchas, y sobre todo su mayor ó menor influencia en los destinos de Europa, en particular por la índole de sus enseñanzas y doctrinas, así como por el movimiento civilizador que han venido imprimiendo en las diferentes regiones y pueblos de su respectiva jurisdiccion. Cabe aquí, porque se identifica en todo este órden de hechos, no pasar en olvido la elevacion de Carlo Magno y sus hazañas y proezas, como igualmente el fin, ó sea el derrumbamiento de su imperio, llamado el Santo imperio germánico, que parecia venir á restaurar y reemplazar en el Occidente el imperio romano, caido y desconcertado para no volver á levantarse ya más. Y á su vez convendria tambien mucho que se tienda alguna reflexiva mirada á la inmensa y colosal organizacion del Pontificado, como á la de las demás instituciones teocráticas que se fueron creando, estudiando detenidamente sus tendencias y objetos, así como la importancia é influencia, especialmente del primero, que han venido representando en el curso del movimiento europeo, al traves de las agitadas y penosas perturbaciones de la edad media. Como

igualmente respecto de esta será de todo punto interesante seguir paso á paso las causas que pudieron dar lugar al feudalismo en que se constituyeron las mas de las naciones de Europa, á la vez que debe procurarse darse razon, por un detenido exámen y estudio, de cuanto pudo resultar del establecimiento de aquella institucion, ya beneficiosa, ya perjudicial para la vida social y política de los pueblos, durante aquel largo período de trasformacion y renovacion. Y á cuyo interesante propósito podria asimismo añadirse la consideracion conveniente respecto al gran movimiento de las Cruzadas, debiendo fijarse uno muy especialmente en la influencia y resultados que aquellas costosas espediciones y luchas religiosas produjeron en pro ó en contra del adelanto y civilizacion de las naciones; pero conviene sobre manera que cuantas reflexiones nos sean permitidas hacer sobre ello, y sobre el general movimiento de las generaciones pasadas, en todos sus principales rasgos y aspectos, tengan para nuestro gobierno un objeto útil, en términos que podamos aleccionarnos en virtud de aquellos pasados sucesos, en provecho de nuestra vida presente y del porvenir que habremos de legar á nuestros hijos. A este mejoramiento material y moral deben propender los hombres, los pueblos y las naciones, orientados por las hondas y sabias lecciones del pasado que nos ofrece la historia, siquiera sea en la sucinta coordinacion de sus hechos mas notables.

De un modo análogo, y si se quiere con mas povidenciado y creciente interes, deberá procederse con respecto á los sucesos de la época moderna, donde no han de faltar por cierto puntos interesantes, dignos de estudio y de la mayor consideracion. En este período histórico cabe desde luego ocuparse de la entronizacion de la casa de Austria, y muy particularmente debe fijarse la atencion sobre los grandes acontecimientos del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo por los Españoles y los Portugueses, y no menos sobre el gran movimiento de la reforma religiosa iniciada por Lutero, examinando con escrupulosa mirada sus causas y resultados en toda esa série de sangrientas y aciagas contiendas á

que aquellos hechos dieron lugar. De igual suerte y á su vez deberá examinarse y tenerse presente el acontecimiento asaz pavoroso y memorable de la revolucion francesa con sus principales peripecias y sus utópicos y frustrados ensayos, en medio de ese complicado cúmulo de ideas y principios que con mas perseverancia y hasta con delirio se sustentaron, debiendo concluir el exámen y estudio de aquel terrible episodio histórico con los sucesos ocurridos en Francia y en Europa por las empresas y conquistas de Napoleon I., el gran Capitan de los tiempos modernos, y por fin con todo cuanto de mas notable ha venido sucediendo hasta nuestros dias. Seguramente que en todo ello no ha de faltar motivo para poder pensar y meditar sentidamente, si se sabe comprender la actual y general situacion de los pueblos en todo el orbe, pero en particular en Europa y muy especialmente en España.

Despues de estudiados en su conjunto estos grandes hechos de la humanidad, podrá discurrirse con igual reflexion sobre las diferentes tendencias de las pasadas generaciones por el estado de inferioridad ó progreso en que han debido hallarse en la larga peregrinacion de su existencia, lo que á su vez nos conducirá á conocer el bien ó el mal que esperarse puede de los hombres, segun la mayor ó menor elevacion del sentimiento, que es el que directamente empuja hácia la acertada resolucion de los problemas de la vida, ó segun que impere en ellos la material y grosera sensacion con sus consecuentes egoismos. Desde que el mundo es mundo, ó mejor, desde que los hombres aparecieron en la escena de su existencia y vital movimiento, se les ha visto sujetos á una variada instigacion de estímulos encontrados. Nada mas fácil que reconocer en el hombre una continuada contradiccion, sobre todo si sabe uno observarse y conocerse cumplidamente á sí mismo; pues hallará toda la conviccion de esta verdad en su propia naturaleza. Hállase en cada cual, en cada hombre, un lastre mas ó menos pesado de apetitos animales, con una como fatal aspiracion al egoismo y al dominio, tendiendo á hollar á cada paso las leyes de la eterna justicia y menoscabando la fecundidad y los saludables beneficios del amor y

de la fraternidad. Esta precoz provocacion, que viene afectando á la naturaleza humana en los diferentes estados de su presente vida, y que parece hallarse en relacion ó proporcion de su atraso, ha sido, es y será siempre la causa principal de las bajezas y ruindades que miserablemente se dejan observar en la tierra, es decir, de las perturbaciones y malestar que en ella vienen experimentando á través del tiempo los indivíduos las familias y las sociedades. Sensible y doloroso es el pensar que desde los tiempos primitivos hasta los presentes, la propension al mal ha dominado, por punto general, en esta morada terrestre, bien que no de un modo igual en todas las edades y sociedades; pues hay, y se deja ver muy visiblemente, en la marcha de la humanidad algun progreso, cediendo poco á poco por su propia inclinacion, y aleccionada por la experiencia, al atractivo del bien, y tanto mas, cuanto de un modo acentuado se la ve elevarse en la escala del saber y en la cultura del sentimiento. Cabe al menos un consuelo, una esperanza que tranquiliza, y es que la humanidad no retrograda, ni aun estacionaria quedar puede: ella se sentirá siempre atraida hácia su material y moral mejoramiento, aunque sin apercibirse de ello las mas veces: quiera ó no quiera, que todo en ella puede suceder segun su estado de adelanto ó atraso, tarde ó temprano habrá de marchar hácia un mejor estar, y lo vendrá alcanzando poco á poco con sus progresos. Habrá en ello sus intervalos, sus vacíos, que la haràn vivir por mas ó menos tiempo en deplorable atraso; no importa, despertará en su dia, y de esta suerte, aunque de una manera lenta, proseguirá en la via de los adelantos que afianzar puedan el bienestar, objeto de sus constantes anhelos. No hay que dudarlo, que á eso propenden naturalmente los indivíduos y las sociedades; pero debiera no olvidarse que para alcanzar tan apetecido bien de un modo seguro y lo mas pronto posible, han de saber buscarlo y conquistarlo por sus propios esfuerzos, á lo cual les obligará hoy, mañana y constantemente el mismo sufrimiento de los males que experimenten. Sí, las vicisitudes son el crisol de la depuracion y mejoramiento de las generaciones que en pos unas de otras se van sucediendo; á este

**

resultado vienen á conducirlas cuantos sucesos ocurren en la larga duracion de la vida de la humanidad en medio de ese laberinto de formacion y descomposicion de las sociedades, trasformándose y renovandose continuamente en cumplimiento de la ley que empuja la obra de Dios á su ulterior y providencial destino.—M.

(Se continuará.)

EL PECADO ORIGINAL.

II.

La fruta prohibida.

Hay monumentos históricos que atestiguan la existencia de civilizaciones humanas, que nos han precedido no ménos que de quince mil años, y monumentos geológicos y filosóficos que remontan á setenta ú ochenta mil años la aparicion sobre la tierra de los primitivos pobladores. Esto no obstante, la iglesia romana quiere que sea no mas que de seis mil años la antigüedad del hombre, y miéntras llega el dia en que muda de cantar acosada por el sentido comun, hemos de respetar sus afirmaciones, que dice son *infalibles*.

Formado Adan, ni más ni ménos que los demas hombres, de un poquito de barro, y Eva, á diferencia del resto de las mujeres, de una costilla de Adan, fueron ambos colocados por el Criador en un deliciosísimo jardin, engalanado y enriquecido con todas las bellezas y sabrosos frutos de una naturaleza jóven en los primeros albores de su fecundidad. Puestos en pacífica posesion del paraíso, lo recorren á su placer, lo contemplan, lo admiran, y gozan con la perspectiva de una felicidad que empiezan á sentir por vez primera. El Señor les ha hablado familiarmente, y les ha concedido un dominio completo y absoluto sobre todo cuanto contiene el privilegiado jardin, escepcion hecha de un árbol cuya misteriosa fruta les ha prohibido tocar.

Los rayos del sol no han visitado segunda vez el paraíso desde el establecimiento en él de nuestros progenitores ¡y sin

embargo está desierto! ¿Qué fatal accidente ha arrojado de la mansion del deleite á Adan y Eva? Un instante no mas de felicidad ¡y luego el destierro, las amarguras, las enfermedades y la muerte! Y esto ¡para siempre! ¡para siempre!

La curiosidad ó su desdicha habia guiado á Eva á la sombra del misterioso árbol, en cuyo tronco se hallaba enroscada una astuta serpiente, tan astuta, que supo hablar como una persona de razon y seducir á la mujer, obligándola á comer la emponzañada fruta. Seducida ella, hizo de sus gracias arma para seducir á su marido, y Adan se dejó seducir y engañar, y ambos mascaron el apetecido bocado sin acordarse para nada de las recientes amenazas del Señor.

III.

El jugo de la fruta.

Si pudieron ó no Adan y Eva digerir cómodamente la fruta, lo dice Moisés en el primero de sus libros y lo dice la iglesia romana interpretando literalmente la alegoría de Moisés. Comer y oir la voz irritada del Señor fué todo una misma cosa. Presentóse indignado á la vista de los atortolados consortes, y despues de oir estos de su boca las mas duras y merecidas reprensiones, mezcladas con la amenaza de trabajos, de penalidades y de una muerte no lejana, y seguidas de una promesa de rehabilitacion para lo venidero, los espulsó del paraiso, en cuya puerta puso un celeste guardian, con órden de no permitir la entrada en el profanado recinto.

Tristes y cabizbajos, con dolor en el corazon y lágrimas en los ojos, abandonan Adan y Eva el blando y fecundo suelo del Eden, y pisan por vez primera una tierra árida, cubierta de piedras y abrojos, en que sus piés tropiezan y se lastiman. Vuelven atrás sus miradas; pero una nube se interpone entre sus ojos y la felicidad perdida. ¡Ingrata suerte! Habian salido buenos y perfectos de manos del Criador, y sienten ya palpitar en sus entrañas el fuego voraz de las pasiones: eran felices, y

empieza para ellos una vida de continuos sufrimientos: el trabajo era su placer, y ahora es su condenacion: no habian de morir nunca, y las enfermedades germinan en el interior de su cuerpo y la muerte se cierne en torno de su cabeza con aleteo feroz. ¡Desdichados!..... Un minuto de pecado ¡y una eternidad de expiacion en lontananza!....

En vano pueden alegar que son hijos de Dios y hechuras de su omnipotente voluntad, *formadas todas en contorno, esprimidas como leche y cuajadas como queso* por la mano del Señor, sirviéndonos del lenguaje del pacientísimo Job. Dios se ha olvidado de que es padre para acordarse de que es juez, y juez rigurosísimo, que estrema la aplicacion de un artículo del código. ¿No es estremar el castigo aplicar la pena de muerte á una miserable criatura, por haber caido en la debilidad de comer un bocado de fruta, aun cuando esta hubiese sido una de las manzanas de oro del Jardin de las Hespérides? ¡Dios de Adan y Eva! ¿por qué, si permitiste que un espíritu maligno los tentase, no pusiste á su lado un espíritu de consejo que les diese virtud y aliento para resistir al tentador?

IV.

El pecado original.

Adan y Eva han comido la fatal manzana; han infringido el precepto, y una maldicion terrible los arroja del paraíso y condena á todas las amarguras de una existencia azarosa, cuyo desenlace ha de ser la muerte del cuerpo y aun tal vez la condenacion eterna espiritual. Dios en este caso es el Saturno de los paganos devorando á sus propios hijos, y Eva la primera mujer de la mitología helénica. La fruta prohibida es la caja que Júpiter entrega á Pandora con prohibicion de abrirla: la indiscrecion la abre, y los males, encerrados en ella por Júpiter, se derraman sobre la tierra, quedando en el fondo de la caja únicamente la esperanza.

La semejanza entre las dos alegorías no puede ser mas

perfecta, supuesto que la fruta del pecado fué causa, segun la fé de Roma, de que todos los males, físicos y morales, inundasen el mundo, lo mismo que habia acontecido al abrir, contra la prohibicion de Júpiter, la célebre caja mitológica. El pecado se trasmitió de Adan á sus hijos y sucesores, y el monstruo de la tentacion quedó establecido príncipe y señor de los miserables hijos de los hombres. Dios habia creado para sí al hombre á su imàgen y semejanza; pero se apercibe el diablo, y apoderándose de la obra de Dios, la corrompe, la emponzoña, la destruye, y establece sobre las ruinas su principado. Los hijos de Dios se han convertido en hijos de Satanás, y lo que aquel habia creado y formado para su gloria, ha pasado al dominio y corte de su magestad infernal. ¿Cuàl de ambos ha manifestado más poder? ¿Quién ha vencido á quién?

Si realmente, y no puede concebirse otra cosa, formó el Señor á las criaturas para que le conociesen y amasen, esto es, para su gloria; fuerza es confesar, de entender literalmente y no como alegórico el pasaje bíblico del pecado original, que el Señor se vió frustrado en sus propósitos por obra y arte del espíritu maligno. Y en este supuesto ¿quién es Dios? ¿en quién reside la omnipotencia? ¿qué podemos los hombres esperar de un Dios que se deja arrebatar las obras de su voluntad y de su gloria; y qué no hemos de temer de un diablo que presenta batalla al mismo Dios, y en vez de salir vencido, se presenta despues de la lucha cargado de riquezas y despojos?

Pero esto es simplemente absurdo y esencialmente ateo. Y por lo mismo que es ateo y absurdo el dogma romano del pecado original, ¿cómo ha de poder ser aceptado por un corazon piadoso y por el criterio verdaderamente cristiano? El dia en que los cristianos se persuadan, y se persuadirán con sólo abrir los ojos, de que la enseñanza de Roma tocante al pecado original subordina el poder de Dios al poder del espíritu maligno, ¿cómo han de transigir con un error à todas luces evidente, por mas que emane de una autoridad con pretensiones de infalible? Si este error ha sub-

sistido tantos siglos, atribuirse debe esclusivamente al monopolio intelectual y moral de los unos y á la ignorancia y ciega aquiescencia de los otros.

V

El precepto.

Lo primero que salta á la vista, al hacer el análisis del dogma romano objeto de estas lineas, es la inverosimilitud y ridiculez del precepto atribuido al Señor en el momento de dar posesion á Adan y Eva del paraíso terrenal. Un solo decreto promulga; una sola ley establece para que sirva de guia y regulador de la moral; mas ¡qué decreto! ¡qué ley! No prescribe el amor como un deber conyugal; no recomienda el trabajo como una virtud; no manda el cumplimiento de la ley natural, escrita en la conciencia y la razon; no dice que se tribute al Ser Supremo el justísimo homenaje de adoracion y gratitud; no prohibe el odio, la envidia, la lujuria ó la ociosidad; nada de esto: ni se vedan los actos moralmente malos, ni se hacen obligatorios los actos moralmente buenos. El mandato se reduce á la prohibicion de un acto, ni bueno ni malo en sí, y en su cumplimiento hace el Criador estribar toda la moralidad de las acciones humanas. «De todo árbol del paraíso comerás; mas del árbol de ciencia del bien y del mal no comas; porque en cualquier dia que comiéres de él, morirás de muerte.»

Qué diriais, lectores, de un legislador, que para el buen gobierno de su pueblo mandase esclusivamente, con pena de muerte el infractor, no comer..... cebollas, por ejemplo, habiéndolas, y muy ricas, en el país? Diriais que el tal legislador no merece otra cosa que el desden mas soberano. Pues esto es lo que viene á decirse en cierto modo de Dios al hacerle autor de un mandamiento ridículo con pretensiones de código inmejorable de moral.

Acaso se nos diga que no era necesario un código de moral tratándose de Adan y Eva, supuesto que en su estado de

perfeccion é inocencia habian de obrar espontáneamente el bien. Pues entónces ¿qué erá el precepto del Señor? ¿cómo se esplica la prohibicion de la fruta? ¿Quiso Dios por ventura, á falta de motivo real, buscar un pretesto para castigar á sus hijos, como una mala madrastra? Si el camino era llano y desembarazado, el atravesar en él un peñasco equivale á desear que el viajero tropiece y se rompa la cabeza.

Es fácil se nos arguya de soberbios por querer penetrar los *misteriosos* designios del Altísimo; pues nadie ignora que la palabra *misterio* es la *última ratio,* la fórmula general para la solucion de todos los problemas insolubles en materias religiosas. Misterios, en nuestro concepto, son aquellas verdades que la razon humana, en su pequeñez, no puede alcanzar ni comprender; y nosotros respetamos en este sentido los misterios religiosos. Mas no respetamos, ni podemos ni debemos respetar ciertas cosas, que, estando al alcance de la razon, luchan con ella y repugnan á los atributos de Dios; porque las tales cosas no son misterios indescifrables, sino sencillamente teorías inadmisibles.

VI.

Pecado sin malicia.

Examinadlo todo, y abrazad lo que es bueno, dice S. Pablo á los Tesalonicenses. Esto es lo que nosotros procuramos hacer, persuadidos como estamos de que no habló sólo para los de Tesalónica el Apóstol de las gentes. Habló á buen seguro para todos, sin esceptuar á los apologistas de infalibilidades recientes, infalibilidades que jamás tuvieron asiento en el credo ni en el corazon de los apóstoles.

Examinando y analizando las piezas del gran proceso formado contra la humana naturaleza por haber osado el primer hombre gustar de una fruta que cariñosamente le ofrecia su seductora compañera, nos introducimos en el paraíso, y nuestra vista descubre inmediatamente á Adan y Eva en completa desnudez. Sin malicia se sonríen y sin rubor se contemplan, porque han salido de la mano del Criador inocentes y perfectos. Conocen el bien y gozan de él, y no

tienen la menor idea de la existencia ni de la naturaleza del mal. Verdad es que les ha sido prohibido tocar el árbol de la ciencia; mas ¿qué puede significar en su mente la infraccion del precepto, fuera de un acto sin desagradables consecuencias, toda vez que desconocen el mal y de consiguiente las consecuencias de mal? ¿Y qué puede significar la misma infraccion á los ojos del Señor, supuesto que no puede ser obra de la malicia, porque no tienen malicia? La travesura de un niño en su primera inocencia ¿merece otro castigo que una sonrisa paternal?

Pero una cosa es la razon y el sentimiento, y otra muy distinta el dogma romano del pecado original. La razon y el sentimiento dicen que en los actos que no proceden de malicia no hay pecado; y el dogma considera una infraccion en que la malicia no intervino, como pecado fundamental, raíz de todos los pecados posteriormente cometidos. La razon y el sentimiento se rebelan á la consideracion de un Dios que castiga severísimamente á criaturas que no podian delinquir, porque no conocian el delito; y el dogma arma el brazo de un Dios irritado contra dos criaturas inocentes y perfectas. Y todo por haber comido una manzana segun unos, y una cereza ó un higo en opinion de otros, al decir del Padre Scio, quien discurre con mucha gravedad sobre este punto.

Adan y Eva pecaron sin pensar que pecaban; pues hasta que hubieron pecado, *no fueron abiertos sus ojos* á la malicia. Andaban á ciegas, vendados sus ojos por la mano del Criador; y el Criador castiga á entrambos porque han tropezado y caido. Y por si no iban en la direccion del hoyo, les envia una serpiente á guisa de lazarillo mal intencionado, que los empuje hasta hacer que pierdan el equilibrio y caigan. ¿Es esto justo y racional? ¿Así se discurre acerca de las primeras relaciones entre la Divinidad y el hombre? No es de estrañar que Roma esté reñida con la libertad del pensamiento, sosteniendo, como sostiene, cosas que no pueden resistir la mas ligera discusion. Sólo así puede perpetuar entre los timoratos é ignorantes creencias inverosímiles, que se evaporan al soplo de la razon y al calor del sentimiento.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

LA PALABRA.

Un filósofo se atrevió á decir que Dios habia dado al hombre la palabra para disfrazar su pensamiento.

El atrevimiento de aquel erudito no era infundado del todo. Dios, es verdad, no concedió ese don precioso, peculiar á la raza humana, para fines tan contrarios á sus leyes, justas todas; pero no podemos menos que confesar que, desentendiéndose el hombre de sus deberes, ha hecho y sigue haciendo mal uso de tan noble facultad.

El Criador, cuya bondad, rectitud y sabiduría reconocemos, ha sometido la humanidad á la ley ineludible del deber, que nos llevará paulatinamente al amor de nuestro Padre y de nuestros hermanos todos. Al ser racional le ha sido dada cierta levadura de conocimiento para que sepa guiarse, comprenda el valor de sus acciones y las ejecute libremente; pues, si de otro modo fuese, no seria responsable de sus actos, ni tampoco mereceria premio ó castigo por su bondad ó malicia. Así es que en nuestra mano está emplear bien ó mal nuestras facultades.

Desgraciadamente no se ha desarrollado aun lo bastante esa levadura de inteligencia; por eso comprendemos muy poco todavía lo que es el deber.

Además de la inteligencia, tenemos otro guia mas seguro aun y tambien susceptible de progreso: este es el *sentido moral,* ó sea la conciencia. En el acto de cometer cualquier atentado ó mala accion, que no ha sabido ó podido reprimir la inteligencia, sale presuroso el sentimiento á avisarnos y detenernos. Entónces se nos enrojece el rostro, quedándonos avergonzados; y, segun sea el estado de nuestra conciencia y el imperio que ejercemos sobre nuestras pasiones, pasamos adelante ó retrocedemos.

De modo que se puede decir: «A ningun hombre se le condena «por lo que no sabe, sino por lo que ha dejado de sentir, en razon «á que el libro de la sabiduría es un libro generalmente cerrado, «y el del sentimiento un libro universalmente abierto. No á todos «es dado poseer los secretos de la ciencia, mas sí las dulzuras del «sentimiento, cuyos tesoros están á la vista de todas las criaturas

«sin escepcion, derramadas en el universo por la mano de la mi-«sericordiosa Providencia.»

Abandonèmonos à esos impulsos del sentimiento, que son, por decirlo así, el instinto del deber, innato en el hombre. Procuremos cultivar nuestro entendimiento de modo que en sus concepciones no se ruborice cuando la mire su hermana la conciencia.

No nos hagamos ilusiones, y sepamos lo poco que valemos y lo muy atrasados que en general estamos aún. Es preciso reconocer, empero, que hay personas de cierta ilustracion, que, por su posicion é influencia, podrian hacer un bien inmenso à la sociedad. ¿Acaso no les dicen nada esos amagos de tempestad que vemos dibujarse por todas partes, y que no son sino efectos de la torcida índole de los hombres?

Que el egoismo ceda su puesto al amor; siéntense la verdad y la justicia en el lugar ocupado desde demasiado tiempo por la mentira, y no se tardará mucho en observar una reaccion saludable para la humanidad y, de consiguiente, para las sociedades.

No perdamos de vista los mandamientos de Dios, sobre todo los que blasonamos de cristianos: por desgracia, las sociedades casi todas hanse ocupado mas del desarrollo de la inteligencia que de la cultura del sentimiento moral. Pronto se pondria este al nivel de aquella, si se formase el propósito de hacer, no todo cuanto se pueda, pero sí un poco á favor de la buena instruccion y educacion de los pueblos.

Fuera hipocresía! Fuera sofismas! Hable nuestra lengua lo que siente el corazon, y dejaremos así de perjudicarnos unos à otros à sabiendas. Harto conocidos son los enconos y divisiones de los hombres, funestos resultados de una torcida educacion, y sin embargo no se hacen los debidos esfuerzos para atajar el mal.

Amémonos como verdaderos hermanos que somos, y desaparecerá ese egoismo, origen é instigador de tantas acciones ruines, buenas solo para perturbar las relaciones sociales.

Parece que se han empeñado los hombres en hacerlo todo al revés. ¿Quièn no esperimenta una satisfaccion, un bienestar, nada mas que cumpliendo estrictamente sus deberes, y quién, al contrario, no habrá notado los punzantes efectos que siempre se observan al obrar mal? ¿Por qué pues no dejarse llevar por tan dulce y saludable corriente, en lugar de fatigarse en medio de las cenagosas oleadas de las pasiones, tan perjudiciales á nuestros morales intereses, actuales y venideros? ¡Ah! es porque no pensamos bastante en la inmortalidad de nuestra alma, ni en la severidad y rectitud del Juez que ha de fallar sobre nuestra conducta.

No vemos mas que la muy acomodaticia é imperfecta justicia de la tierra. A mas de no poder las leyes humanas abarcar todos los casos punibles, sabemos que muy á menudo las influencias y el dinero anulan ó á lo ménos desvirtúan la eficacia de las leyes. Por otra parte, hay en la sociedad una clase, titulada representante del Juez supremo, que ha establecido un arancel, una aduana, no permitiendo á las almas la entrada en las celestes moradas sino

mediante el pago de ciertos derechos mas ó menos crecidos segun las circunstancias.

Andando de tal manera las cosas, son muy pocos los que no hacen caso omiso de la justicia humana y celeste, relajándose por lo tanto el freno de la moral.

Y, de buena fé, ¿Dios no ha de revisar lo que ataron ó desataron en la tierra los hombres, sean quienes fueren?

Afortunadamente son muchos los que empiezan á comprender que no puede Dios conformarse con nuestras miserables transacciones, y que «ninguno será justificado por la ofensa de su hermano, mientras subsistiere el daño y no se pagare la deuda que se ha contraido por el daño. El Juez de la ley condenará al deudor á la cárcel, y el deudor no saldrá de la cárcel hasta que pague la última moneda de la deuda.»

Lo que aquí acontece es porque la palabra obedece al interés y no á la conciencia; porque se vale el hombre de la palabra, ora hablada, ora escrita, para disfrazar su pensamiento.

Bastante hemos padecido ya por culpa nuestra. Hablemos pues la verdad y rechacemos para siempre la disimulacion, repetimos, mostrándonos francos y leales á nuestros semejantes. Abramos paso en nuestros corazones al amor, á la fraternidad, á la caridad, que ella se encargará de barrer poco á poco nuestros vicios, fuente de cuantos males nos aquejan; y entonces disfrutaremos un poco de esa verdadera felicidad que todos anhelamos.

Para seguir firmes en estos buenos propósitos, volvamos la mirada hacia el Omnipotente, que todo lo sabe, todo lo ve, á quien nadie puede engañar, y que por consiguiente nos juzgará con entero conocimiento de causa y con criterio verdaderamente infalible.

J. B. C.

Continúa la dispersion. Gran número de eclesiásticos católicos del territorio bávaro cedido últimamente á Prusia, se han sometido sin restricciones á la nueva ley religiosa del imperio aleman. Esto ha producido muy mala impresion en los círculos católicos, diríamos mejor *romanos*, de Alemania. En cambio el cristianismo va ganando terreno, aun entre los eclesiásticos mismos. Bueno es que los haya que por último se deciden á dar al César lo que es del César. Tambien en España tendrá imitadores esta conducta, tan pronto como se ofrezca coyuntura favorable. No son pocos los clérigos que lamentan las perturbaciones á que da lugar la intolerancia ultramontana: no todos tienen tan elástica la conciencia, que se crean dispensados de practicar los deberes de todo buen ciudadano.

*
* *

«Apelasteis á Balmes, con Balmes os descalabraremos.» Esto nos decia el pobre *Sentido Comun* en su número 20, correspondiente al dia 23 de Mayo. *¡Quantum matatus ab illo!* Balmes se

empeñó en demostrar lo contrario de lo que pretendia el infalible colega, y se salió con la suya: por esto *El Sentido Comun*, que no es el sentido de Balmes, se hace el mudo en la cuestion que provocó negando el progreso moral de la humanidad. ¿En qué quedamos, hermano? ¿progresamos ó retrocedemos? ¿dijo Balmes lo que dijo, ó no lo dijo? Aquí de la hermenéutica; aquí de los distingos escolásticos, tan útiles para sacar á un ergotista de un mal paso. Francamente, eso de que sea Balmes, precisamente Balmes, quien quebrante y deje mal parada la infalibilidad del *Sentido Comun*, inspira compasion en favor del quebrantado colega. ¡*Tu quoque Balmes*!....

*
* *

Trozos escogidos de filosofía moral neo-cristiana:

«A un hombre que habia ido al monte (en dia festivo) y habia traido un haz de leña, el mismo Dios mandó que *le quitasen de en medio* y lo matasen.

«Algunos autores dicen que N. S. Jesucristo tiene tanto horror al delito de sodomía, que la noche que nació en Belen *mató* á todos los sodomitas.

«Si V. no se arrepiente y no hace penitencia de ese pecado, Dios le mandará quemar, amarrado con los demonios por toda una eternidad.»

Estas cosas no son de Balmes; son de un prelado del neo-cristianismo, publicadas, eso sí, con la aprobacion del Ordinario.

*
* *

La oracion en las sinagogas y en los lugares públicos es la oracion de los hipócritas, que buscan ser vistos de los hombres. La oracion agradable al Señor es la que se eleva á puerta cerrada y en secreto, sóbria de palabras y abundante de sentimiento. Así lo dice Jesus, segun se lee en el cap. VI del Evangelio segun San Mateo. De desear seria que el pueblo conociese estos consejos evangélicos, á fin de que, dando ménos importancia á las exterioridades religiosas, la diese mayor al culto verdaderamente espiritual.

Las buenas obras deben hacerse sin ostentacion y aparato, de modo que no se aperciba la mano izquierda del bien que obre la derecha. Lo contrario es fariseismo é hipocresía, segun manifiesta Jesús en el capítulo citado. Si el *Sentido Comun* hubiese leido este capítulo, ó no lo hubiese olvidado, no diria, como dice en la página 277, que las obras de caridad han de ser manifiestas, para probar que efectivamente se cumple el gran precepto del Salvador.

Afortunadamente las llaves del cielo están en poder de Dios, y no del *Sentido Comun*. Sus redactores, como los de EL BUEN SENTIDO, son miserables criaturas, sin atribuciones divinas, hijos todos de un mismo Padre y sujetos á una misma justicia. Los vestidos de unos y otros se quedarán en la tierra, y solo las buenas obras prevalecerán en la presencia de Dios. ¿Nos condenais, hermanos del *Sentido Comun*? Os compadecemos en vuestra obcecacion y

orgullo. ¿Nos absolveis? Gracias por vuestros buenos deseos. En uno y otro caso, sabemos que nuestras obras son las que nos han de absolver ó condenar, y que no sois vosotros, sino Dios, quien abre ó cierra las puertas de la felicidad inmortal.

*
* *

Al *Sentido Comun* le pasa lo que al otro, que machacando se le olvidó el oficio. A puro predicar el Evangelio, se le han ido de la memoria las enseñanzas de Cristo. En su desordenado afan de combatir nuestras doctrinas, no exponemos un pensamiento que no le parezca detestable, aun cuando venga en línea recta de la Escritura Sagrada. Porque dijimos que el hombre se acerca á Dios por el cumplimiento *relativo* del deber, nos increpa afirmando que el deber se cumple ó no se cumple *en absoluto*. Lea el colega la parábola del hombre que, al partirse léjos, llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes, y verá como, al volver, llama *siervo bueno y fiel* al que, habiendo recibido dos talentos, ganó otros dos, ni más ni ménos que al que, habiendo recibido cinco, ganó otros cinco. ¿No ve el *Sentido Comun* en esta parábola el cumplimiento *relativo* del deber? ¿Exige el Señor del siervo que no ha recibido sino dos talentos las mismas virtudes que del siervo que recibió cinco talentos? ¿Son ante Dios igualmente responsables el sábio que el ignorante, el maestro que el discípulo, el sacerdote que el seglar? Pues si la responsabilidad no es la misma, el cumplimiento del deber es relativo á la condicion de cada cual. Para conocer esta verdad, basta no estar obcecado y tener un poquito de aquello que el colega ostenta como título ó distintivo.

*
* *

El Sentido Comun nos injuria diciendo que los maestros que profesan nuestras creencias, *son la deshonra de la clase*. ¡Pobre! compadezcámosle: demasiada pena tiene con la que le causan la ira y el despecho. ¿Le hablaremos de los sacerdotes que son la *honra* del sacerdocio? Ni queremos cargar con tan larga tarea, ni es necesario tampoco: harto saben los que tienen ojos y ven, cómo entienden la honra ciertas gentes. Lea el *Sentido Comun* el Evangelio, se lo aconsejamos por su bien, y aprenderá lo que dice Jesús de aquellos que injurian y deshonran á sus hermanos.

*
* *

Nuestros lectores saben que hay un partido rebelde, que se titula defensor de la religion, levantado en armas contra el gobierno y las instituciones del país. Esos soldados de la fé, que cuentan entre sus caudillos algunas docenas de sacerdotes, saquean, roban, violan, incendian y asesinan en nombre del cristianismo, donde quiera que ponen su devastadora planta. Como las hordas de Atila, su paso deja un rastro de lágrimas y sangre. Como los vándalos, su mision es la destruccion y el pillaje. Despues del saqueo y del asesinato, se reunen en las plazas de los pueblos, donde rezan fervorosamente el rosario presididos por uno que otro clérigo que

tambien ha presidido el pillaje y los fusilamientos en masa, y que despues del rezo los exhorta á continuar la tarea de todos los dias *ad majorem Dei gloriam.*

Esto lo saben nuestros lectores y lo sabe todo el mundo. Lo que nadie sabe, lo que todo el mundo ignora, es que de la clase sacerdotal haya surgido un solo individuo, se haya levantado una sola voz para condenar con el Evangelio en la mano la rebeldía y la brutalidad de los que se apellidan defensores de la religion de Jesús. ¿Hay quien se atreve à dudar de la infalibilidad de un hombre ó de la eficacia de la oracion pagada? Esto es intolerable, irreligioso, impío, ateo, perturbador, pestilente é inmoral, y es preciso escribir una pastoral para condenar la impiedad y promover una funcion de desagravios. ¿Se trata de los horrores que ocasionan los *religiosos* ejércitos del Pretendiente, de los cuales se espera la resurreccion de la dominacion teocrática con sus instituciones naturales? Todo esto es santo, y respetable, y cristiano, y apostólico, y lo que por de pronto conviene es el silencio, que se convertirá en un solemne *Te Deum* el dia de la victoria, si el Dios de los ejércitos se digna premiar tantos sangrientos esfuerzos. Que una ciudad quede asolada, que un pueblo desaparezca en las llamas, que se atente por los soldados de la fé al honor de centenares de hijas y madres de familia, que se cause la ruina de una nacion, que mueran á cuchillo miles de hijos del pueblo, todo esto no afecta al principio religioso y no hay necesidad de declamaciones ni protestas: lo que á la religion afecta es, por ejemplo, si los niños del limbo están sentados ó de pié; y si el dogma dice que están de pié, urge publicar una pastoral condenando á la execracion de las gentes á los que tengan la osadía de afirmar que los niños del limbo están sentados.

El *Sentido Comun*, que es el órgano del ultramonismo en la provincia de Lérida, nos dirá que *hacemos política*, y que no puede seguirnos en este resbaladizo terreno. Para el colega, abogar por la terminacion de la guerra y protestar contra los escesos demagógicos de los partidarios del *altar*, es hacer política: en cambio no es, en su concepto, hacer politica, decir del gobierno actual que es el *gobierno de unos pocos contra la mayoría inmensa de la nacion.* Por esto se ha guardado, se guarda y probablemente se guardará de predicar la paz á los que hacen la guerra al rey, al gobierno y al país. ¡Oh santo apostolado! ¡Oh caridad evangélica! ¡Oh religioso y cristianísimo celo! Afortunadamente este cristianismo, este evangelio y este apostolado empiezan à ser conocidos hasta del *ignorante vulgo*, y de ser conocidos á ser despreciados no media mas que un paso, y no un paso de jigante.

*
* *

Risum teneatis. Aprenda el mundo gramática, literatura, ciencias, historia, filosofía, teología, religion y moral en los siguientes párrafos, que entresacamos al azar de un artículo que ocupa nada

menos que siete columnas de nuestro muy ilustrado colega local *El Sentido comun.* (1)

«Y no obstante, cuando los efectos no han sido los de la terrible exhalacion admosfèrica (2), asemejaronse à los del alfiler, que escribe sobre el corazon, ó sobre la cornea y esclerotida.

»¿Quien no vió el error naciente estrangular, como entre ferrados brazos á la robusta verdad?

»Sobre las aceras de calles y plazas se ven innumerables modelos de una razon abandonada á sus propias fuerzas. Tendidas sobre una silla, apoyada al estremo superior de la pared ó dando el pecho al respaldo, su mirada es incierta, vacilante, inmovil tiene la cabeza, los miembros (de la razon) parecen inanimados y el esplin insoportable la consume y aniquila: mas allá de la puerta, cuyo paso parece custodiar imperturbables la misma razona, grita, se descompone ó calla entre nubes de humo, aromas y voluptuosos acentos, allí gasta para rejuvenecer.

»Y, si el apetito no tiene descernimiento, ni en sorpresa alguna discurre con aplomo la mas sana razon, la que muy libremente se sujeta á las inevitables consecuencias del pecado de origen, cual hoy lo consiguió con harto deplorable frecuencia la literaria Babel, ha de ser foreosamente victima de quien aceche su libertad y su vida.

»Verdaderamente es el mayor peligro que amenaza á la razon abandonada á sus propias fuerzas é instintos. Y en el que, si sucumbe, puede todavia (la razon) recurrir á Dios y á sus ministros, á los Sacramentos y al buen ejemplo, que repudia aun cuando equivalga ello à llamar á grandes voces á quien de continuo acecha su libertad.»

Basta de matemáticas. Dígasenos imparcialmente si tiene sentido racional un *Sentido Comun* que tales despropósitos inserta. Tiene la palabra *El Consultor de los párrocos*, cuya opinion en el asunto le rogamos se sirva manifestar.

*
* *

Hay quien supone que los actuales redactores del *Sentido Comun*, durante la ausencia de su ilustrado director, son los monaguillos de la parroquia, ó algunos estudiantes del primer año de latin; y la suposicion se funda en las mil y una heregías gramaticales y de sentido comun que hay en cada una de las diez y seis páginas del número 27 del colega. De ser así, como parece, deseamos el pronto regreso del director, para que prohiba á los chicos meterse en lo que no entienden, y los mande á la escuela á que aprendan á escribir correctamente.

(1) Número 24, pág. 282 y siguientes.
(2) En estos trozos apocalípticos respetamos rigurosamente la ortografía del *Sentido Comun*.

LÉRIDA.—IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.—1875.

EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO I. Lérida, Agosto de 1875. Número IV.

SUMARIO.—«La Sávia del Cristianismo,» por J. A.—«Introduccion á la Historia Universal,» (continuacion) por M.—«Variedades.»—Con el presente cuaderno se reparten ocho páginas de «Cartas á mi Hija,» por Amigó y Pellicer.

LA SÁVIA DEL CRISTIANISMO.

I.

La República Romana, herida de muerte bajo la dominacion de Julio César, el vencedor de Pompeyo, acababa de sucumbir ahogada entre los vigorosos brazos de Augusto, el vencedor de los republicanos Bruto y Casio y de los triunviros Lépido y Marco Antonio. La nacion soberana, que habia uncido al carro de sus triunfos é impuesto su yugo á todos los pueblos de la tierra, postrábase á su vez como humilde esclava á las plantas de un mancebo, sumiso, al parecer, á las mas leves insinuaciones del Senado. Un cambio radical se operaba en la organizacion política del gran pueblo, y sobre las viejas instituciones de una república tiránica é invasora se erigía un imperio robusto y varonil desde sus primeros dias. Julio César con su espada habia hecho de todo el antiguo continente una sola provincia, cuya metrópoli era Roma, y Augusto pacificará con su moderacion y genio organizador los paises conquistados, inaugurando en ellos un

período de bienestar y prosperidad que no sabrán continuar sus sucesores.

Pero semejante cambio de instituciones políticas, si bien esencial en la forma, no alteraba en el fondo la manera de ser de aquellos pueblos. Se habia levantado un edificio nuevo sobre cimientos gastados. Era un injerto jóven y pujante en un tronco vetusto y carcomido. El mundo necesitaba algo mas que una mera trasformacion en la organizacion de los poderes públicos, porque el mal que le minaba y corroia estaba no tanto en la superficie como en la sangre, como en las entrañas de aquella generacion corrompida y depravada. En vano el jóven Imperio recojerá del lodo la prostituida autoridad; en vano fundirá todas las ambiciones en una sola ambicion, todos los poderes en un solo poder, todas las voluntades en una sola voluntad, todas las tiranías en una sola tiranía; en vano cercenará los derechos y fueros populares y las cabezas turbulentas; y en vano tambien llevará á los mas remotos climas sus aguerridas legiones para que el estruendo de las armas haga olvidar la perdida libertad, y la fama pregone á los cuatro vientos la gloria de la orgullosa Roma: todo esto en vano; porque la gran familia humana tenia gangrenado el corazon, y el Imperio continuaba las tradiciones y los vicios sociales que venian de antiguo dañando los sentimientos, los hábitos y las creencias.

La civilizacion romana, imperfecta desde su nacimiento y principio, y corruptora despues; al paso que ensanchaba sus términos conquistando cada dia nuevos países, precipitaba con la lepra de sus vicios la decadencia de la antigua sociedad. Era una civilizacion ruidosa por el fragor de los combates, brillante por la elocuencia de sus oradores y el fausto de los ciudadanos, dominadora por el derecho del mas fuerte, y sensual por el epicureismo, que halló las puertas abiertas merced á un politeismo brutal. La inmoralidad y la disolucion reinaban en el Olimpo entre los dioses, no menos que en las provincias romanas entre los señores, los libertos y los esclavos. Cada apetito tenia un altar y cada pasion un templo; y si un resto de pudor levantaba altares á una que otra deidad protectora de las virtudes, los profanaba la cor-

rupcion general ó permanecian olvidados y solitarios. El fanatismo ofrecia holocaustos humanos en los templos, y las doncellas y matronas se complacian en los circos viendo la arena enrojecida con la sangre del gladiador, ó los restos palpitantes aun de algun miserable esclavo, entregado en bárbaro espectáculo á la voracidad de los leones y al esparcimiento popular.

Y ¿qué principio regenerador podia la antigua sociedad oponer á esas causas disolventes, á esas enfermedades morales que enervaban sus fuerzas y aceleraban su descomposicion y muerte? ¿Habia en sus entrañas algun gérmen latente aun, con la virtualidad necesaria para restablecer y vigorizar las aptitudes morales de aquellas generaciones; ardia en su mente alguna idea salvadora entre tantas aberraciones como la envilecian y perturbaban; existia un pueblo vírgen en medio de la prostitucion, creyente en medio del escepticismo y fanatismo, virtuoso en el centro de la universal relajacion de las costumbres, fuerte y robusto en el seno de una sociedad impotente y decrépita, pueblo de donde pudiese arrancar el principio de una nueva era de luz, de prosperidad y de gloria?

Allá en el Asia, cuna de la humanidad histórica, y en su parte occidental, en la Palestina, vivia un pueblo que, no obstante de estar sometido al yugo de los césares, se regia y gobernaba por leyes propias, habiendo sabido preservar sus hábitos y sus creencias de la invasora influencia que la capital del mundo ejercia sobre todas las naciones hasta donde alcanzaba su poder. Aquel pueblo era el judío, con sus costumbres, con sus tradiciones, con su teología, con su templo, con su Dios, en una palabra, con su civilizacion especial de quince siglos, refractario por completo á la civilizacion pagana, que amenazaba absorberle. Probado una y otra vez en la prosperidad y en la desgracia; triunfante hoy de sus enemigos y mañana subyugado; tiranizado de los egipcios, humillado de los madianitas y filisteos, llevado de acá para allá en la servidumbre, oprimido de los babilónios, de los asirios, de los caldeos, de los persas y de los griegos; habia demostrado al mundo que si podia ser vencido y encadenado,

poseia una firmeza inquebrantable de carácter, en cuya virtud veia trascurrir los siglos en la servidumbre conservando sus tradiciones y esperanzas, sin descomponerse con los rigores del destierro ni confundirse jamás con sus dominadores.

¿Será, pues, la civilizacion hebrea la llamada á triunfar de las naciones; el rito mosaico la sávia regeneradora de las sociedades; y el pueblo judío el pueblo típico de la tierra para la renovacion moral de los demás? No ciertamente. Aunque basada en la unidad de Dios, y por ende superior á las prácticas politeistas de los otros pueblos, la civilizacion hebrea es, como la romana, la civilizacion del orgullo, del fausto, de la conquista, del odio, de la servidumbre y de la voluptuosidad. Jehová es el Júpiter tonante de los paganos, y el Dios de los ejércitos de Israel el Marte de la teogonía griega. Los holocaustos humanos aplicaban las iras del Dios de la casa de Judá, como detenian el brazo de las deidades del Olimpo. El pueblo judío, en la larga y trabajosa série de sus invasiones y conquistas, habia tratado con ferocidad á los vencidos, borrando de la haz de la tierra naciones enteras con el hierro y el fuego, cebándose en su furor así en los ancianos, niños y mujeres, no ménos que en los soldados enemigos. Dirigido por sus Jueces, acaudillado por sus Reyes, y empujado por sus Sacerdotes que le predicaban la matanza y el esterminio como deberes ineludibles y sagrados, juzgábase el instrumento de las divinas venganzas y el elegido de Dios para sojuzgar la tierra y poseerla. Cesó de invadir y esterminar cuando fué débil y sus enemigos poderosos.

A la venida del Imperio, el pueblo judío no era sino el esqueleto de un jigante, y sufria la suerte de las naciones que han entrado en el último y crítico período de su humillacion y decadencia. Su importancia social y política era nula; y si aun subsistia como nacion hasta cierto punto independiente, debíalo, mas bien que á la virilidad de su organizacion, á la munificencia ó al orgullo de los césares, que gustaban de tener á reyes por vasallos y á naciones por provincias. Solo lástima inspiran los descendientes de Jacob: su poderío ha quedado reducido á una vergonzosa impotencia. Ni sus leyes ni

sus creencias irradian fuera de los estrechos límites de la Judea. Pueblo salido de la nada, vuelve aceleradamente á la nada, despues de agotada su fecunda actividad y cumplida su providencial mision.

No, no es tampoco la civilizacion hebrea la que puede encauzar las corrientes humanas, que vertiginosas se precipitan en los abismos de la molicie, del odio, de la hipocresía y de la iniquidad. El pueblo judío es, como el pueblo romano, un pueblo dejenerado, fluctuante, en apariencia rígido observador de sus tradiciones religiosas, y en realidad falto de fé y apegado á la sensualidad y al egoismo. Belicoso en los tiempos de su pujanza, ya que no puede disputar á los romanos sus conquistas, agota sus propias fuerzas en estériles querellas de carácter religioso acerca el sentido de las Escrituras, promoviendo cismas y sectas que acrecientan cada dia su debilidad interior. Trabajado por el Fariseismo, cuyos numerosos prosélitos hacian consistir, como los modernos ultramontanos, toda la perfeccion espiritual en vanas esterioridades; al mismo tiempo que continúa creyéndose el elegido entre los pueblos, utiliza la religion para cubrir con ella sus abominaciones y hacerla contribuir al medro personal. ¿Cómo ha de poder este pueblo servir de punto de partida á la regeneracion del mundo, exhausto como se halla de todo gérmen de virilidad y de virtud?

Y no esperemos tampoco que venga de otras civilizaciones y de mas lejanos confines el primer impulso regenerador y salvador. El Africa, en su vasta estension no sujeta á la espada del Imperio, se agita en la oscuridad de la barbarie; y si uno que otro destello de civilizacion brilla en el Asia, se pierde bajo la espesa bruma que levantan el fatalismo y la ignorancia. En todas partes el fragor de las armas y el sacrificio del hombre por el hombre. La América dormirá aun un sueño de quince siglos, hasta que nazca el génio llamado á arrancarla á los secretos del océano. ¿Estará, pues, la humanidad condenada á ser raida, por su corrupcion, de la superficie de la tierra?

Los pueblos desaparecen, las sociedades se hunden, las civilizaciones tienen su orto y su ocaso; pero la humanidad

subsiste perpetuamente, entregada á la ley de las trasformaciones, que son el crisol de su depuracion y de sus necesarios desarrollos. De las ruinas de un pueblo, de los residuos de una sociedad, de las cenizas de una civilizacion, surge una nueva civilizacion, una nueva sociedad ó un nuevo pueblo, con toda la virtualidad necesaria para el cumplimiento de mas halagüeños fines. El género humano, en el primer período de su terrenal existencia, hubo de arrastrar como la larva una vida trabajosa de grosero y material instinto, para convertirse, llegado el segundo período, en inexperta crisálida, ahogado por sus pasiones y estrechado en la cárcel de su ignorancia y en la miserable servidumbre de sus vicios. Pero la oscura crisálida se convertirá á su vez en ligera mariposa, y emancipada de su asfixiante capullo, elevará su vuelo en las regiones de la libertad y de la luz, ganando en hermosura y felicidad en cada una de sus fases.

La humanidad, en el momento histórico del nacimiento del Imperio, habia llegado al último período de la segunda de sus esenciales metamórfosis. Aprisionada en el grosero capullo de sus liviandades, hijas de su ignorancia y orgullo, ha menester aire y luz, aire que respirar para la renovacion de sus fuerzas, y luz con que pueda conocer sus funestos estravíos. Aun no han sabido los hombres aprender que por el camino de las invasiones se llega á la esclavitud; y se acechan traidoramente con ánimo de usurparse unos á otros los mas sagrados derechos. Aun no entienden que la comunidad de orígen los hace á todos iguales por naturaleza; y luchan por destruirse raza contra raza, secta contra secta, pueblo contra pueblo, como si el destino del hombre sobre la tierra fuese devorar ó ser devorado y la humanidad una horrible confusion de víctimas y verdugos. Aun no han presentido las dulzuras del amor, ni adivinado que todos, sin escepcion de uno solo, son hermanos; y el egoismo y el placer son los reguladores de las acciones individuales y de los movimientos colectivos. Para adivinar los puros goces de la fraternidad universal; para conocer la gran justicia de la igualdad de derechos; y para aprender que la libertad es la salud del cuerpo y la vida del espíritu; falta un rayo de sol que con la

pureza de su brillo y la suavidad de su calor despierte los entendimientos y fecunde los corazones. Rompa las tinieblas el benéfico sol de la verdad y del sentimiento, y la oscura ninfa desplegará sus alas, dichosamente trasformada en alegre y activa mariposa.

Adoradores de divinidades obscenas y brutales, derramad en el fuego sagrado de sus altares los últimos granos de vuestro nauseabundo incienso: discípulos de Epicuro, apurad en lúbricas orgías las heces de la moral del placer: fariseos hipócritas, arrebujaos bien en el manto de vuestras esterioridades para seducir al pueblo y esplotar un dia mas sus creencias religiosas: escribas, y doctores, y levitas, añadid la postrera interpretacion al sentido de la Escritura, aun cuando se levante una secta mas, un nuevo motivo de discordia y division en el seno de la sociedad judaica: apresuraos todos á corromper y perturbar, porque va á sonar la hora en que la humanidad sacuda el yugo de vuestras fementidas prácticas y corruptoras enseñanzas. Es menester que el linaje humano se salve, y se salvará, porque lo necesario irrevocablemente sucede. La humanidad es hija de Dios, y Dios no ha de permitir, dentro de su omnipotente amor, la perdicion de su hija. Bajará del cielo la verdad al entendimiento humano, y el rocío del amor suavizará la dureza del sentimiento.

Queriendo Augusto conocer el número de hombres sometidos á su autoridad en el Imperio y en las provincias tributarias, habia mandado formar un empadronamiento general. En cumplimiento del imperial edicto, un hombre y una mujer, al parecer de modesta condicion, subian de Nazaret de Galilea á inscribir su nombre en la ciudad de Belen; mas ántes de llegar al término de su viaje sobrevinieron á la mujer dolores de parto, y en una humilde choza, sin mas ausilio que el de su esposo y sin otro amparo que el de Dios, dió á luz un hermosísimo niño. Una estrella, precursora de la regeneracion del humano linaje, brilló en aquel instante de la parte de Oriente. Acababa de nacer el predestinado de los tiempos, el redentor de los hombres, Jesucristo.

J. A.

INTRODUCCION

Á LA

HISTORIA UNIVERSAL.

IV.

En seguimiento de nuestra tarea y á continuacion del anterior y último artículo referente á la misma, diremos: que no obstante las luchas, las vicisitudes, los infortunios y miserias que han esperimentado, esperimentan y esperimentaràn aun los indivíduos y las sociedades, lo cual parece ser hasta cierto punto una tortura alternativamente repetida en la vida de los pueblos, siendo causa á veces de estacionamiento, si no de atraso en sus particulares civilizaciones; la humanidad en su universal movimiento no decae ni retrogada, sino al contrario, sigue siempre, aunque interrumpidamente, el curso ascendente de sus adelantos: porque hemos de comprender, para no olvidarlo nunca, que atendido el estado de la naturaleza humana y el fin de su creacion, que es el de elevarse paulatinamente hàcia la perfectibilidad, todo lo que ha sucedido y sigue sucediendo, ha tenido en su principal parte su razon de ser, y estaba previsto en la ley del desarrollo y progreso de las cosas. Las penas, las tribulaciones de la vida en toda la série de sus amargos sentimientos, de los sufrimientos mas aflictivos, muchos de ellos inevitables, han sido y seràn todavia en la larga carrera de la humanidad el crisol de las vírtudes, y por consiguiente un

motivo poderoso de mejoramiento y adelanto de las generaciones.

Por la continuada y dolorosa situacion de los tiempos, bien que con alguna que otra alternativa de sosiego y bienestar entre los percances de la vida, la humanidad se ha visto al través de los siglos, aguijoneada y obligada á reconocerse y moverse en busca de alivio y eficaz remedio, procurando levantarse del atraso é inferioridad en que la constituia su ignorancia, y á su vez la falta de sentido moral; males de que apenas ha sabido desprenderse su naturaleza, y y que le han sido y serán su rémora, su aflictivo y desconsolador malestar, mientras no los haga desaparecer por medio del solícito y persistente mejoramiento de las costumbres. Y para ello, no en vano pues han sido, son y serán aun para los hombres las grandes y amargas lecciones de sus infortunios y torturas, de toda suerte de calamidades y aflicciones entre los azarosos dias de su existencia, puesto que al fin los incitan y mueven hácia el logro de su mejor bienestar, solo asequible por el desarrollo y buena aplicacion de su inteligencia y sentimiento en pos de la perfectibilidad; es decir por el trabajo asíduo y generoso y la verdadera práctica del bien. No es difícil observar que al hombre le sucede análogamente lo que al diamante en bruto en via de su preparacion y afinamiento. A éste se le labra haciendo aparecer sus brillantes facetas con el frote de su mismo polvo, como aquel debe labrar, elaborar y hacer resplandecer las virtualidades de su naturaleza por medio de su propio trabajo, y en fuerza de las asperezas y los rudos combates de la vida. Nunca será de màs saber comprender bien lo que es y lo que puede valer para el mejoramiento y los altos destinos de la humanidad la ley de las adversidades y de los sufrimientos, prevista y establecida desde la eternidad por el Supremo Criador.

Parecerá tal vez estraña à muchos esta insinuacion, y no podrán dejar de calificarla de peregrina á primera vista, no pudiendo por lo mismo asentir á nuestra consideracion bajo ningun concepto; y sin embargo es una verdad que se siente

y conoce natural y fácilmente, cuando sobre ella se sabe reflexionar y meditar; pues se halla en manifiesta é innegable armonía con la ciencia sobre la naturaleza humana, con la filosofía, con la lógica mas estricta, y sobre todo con la experiencia. Y no vaya á decirse que habria en ello irregularidad ó anomalía impropia de la bondad divina, como seria igualmente una necia é impertinente idea la de acusar á Dios de injusticia y crueldad al obligar á la humanidad á levantarse de las tinieblas de la ignorancia y del estado de su inferioridad moral por medio de los contratiempos y sufrimientos, á la par que por los esfuerzos libres que requieren abnegacion y toda suerte de sacrificios, superiores á veces á la voluntad, débil como se encuentra frecuentemente esta, ó cohibida por los imperiosos apetitos de la vida animal que la perturban y malean.

Es verdad que el hombre no puede olvidar que por sí mismo, entregado á sus propias fuerzas, es muy poca cosa; mas sabe que le es permitido pedir, y merecer por la cooperacion de su generosa actividad, el auxilio divino, que nunca en absoluto le falta, y que por cierto le es necesario de un modo especial en casos dados, para hacerse superior á aquellas contrariedades y obstáculos de la vida, y á su vez poder traducir sus cooperativos esfuerzos, llevados con virilidad y resignacion, en valía para su triunfo, allá en la lucha que debe servirle para su progresivo engrandecimiento. No, no nos dejemos llevar de la idea de que cabe en Dios injusticia ni veleidoso capricho, al sujetar al hombre ó á la humanidad entera á la prueba de tener que pasar por ese crisol de elaboracion y depuracion, por medio del trabajo y el esforzado vencimiento de los obstáculos que se le presentan al través de las fases de la vida; antes al contrario, si bien sabemos reflexionar, reconoceremos en todo ello una suprema é inefable bondad, un amor acendrado, á la par que un insigne rasgo de la sabiduría infinita, en armonía con la misericordia y la justicia. ¡Oh! cuán llenos de gratitud viviríamos, si supiéramos, siquiera de vez en cuando, dirigir miradas de atencion reflexiva y bien sentida sobre ese misterioso plan de la econo-

mía del mundo moral, ignorado por desgracia por los hombres, mundanos y distraidos.

Lo hemos dicho ya y debemos repetirlo: todo sigue su marcha en su fundamental é imperturbable movimiento dentro de la universal é incomprensible economía de los mundos; todo en la creacion visible é invisible está intima y armoniosamente enlazado, y siempre para el bien y la perfectibilidad de las humanidades, debiendo verificarse todo ello acá en nuestra tierra en medio de mil y mil vicisitudes y de continuados y sostenidos progresos. La tierra ha mejorado con sus trasformaciones, provocadas por los cataclismos que se han sucedido en el trascurso de los tiempos, haciéndose de cada dia, de siglo en siglo, mas fecunda y productiva, como tambien á la par han adelantado y mejorado los hombres moral y materialmente; y sobre todo en este último sentido, cual no puede dudarse, han ido descubriendo cada vez mas mayores riquezas y recursos que antes no conocian, y que han contribuido á su pujanza de un modo admirable, siendo de esperar que vendrá sucediendo mas pronunciadamente aun en lo sucesivo en los diferentes órdenes de su progreso. ¡Quiera Dios que sea con preferencia en el adelanto y bienestar moral, en el desenvolvimiento y buena aplicacion de la fecundidad de la inteligencia y sobre todo de la cultura del sentimiento para la elevacion y sólido fomento de las costumbres! Todo, todo en efecto, sigue y deberá seguir su natural curso sin separarse en absoluto de la universal armonía establecida por la eterna sabiduría, y ello debe entenderse desde el mas diminuto é insignificante átomo hasta el mas colosal mundo de cuantos ruedan en el incomensurable espacio. Hagamos ahora un pequeño alto sobre este punto y preguntémonos: ¿quién dejará de ver en este majestuoso movimiento y en el concierto asombroso de los seres la prueba palpable del amor y del saber eterno, de la bondad y providencia infinitas?

La humanidad en esta inmensa esfera de su existencia, segun queda sentado, se ha movido y sigue en su dilatado curso obedeciendo á ese gran concierto de las armonías del

universo, y si la contemplamos desde su orígen y en todas las etapas de su carrera á través de la historia y de nuestra actual esperiencia, nos será dado traslucir y adivinar por lo conocido, lo que podrá ser en lo sucesivo en pos de sus necesarios y continuados progresos, progresos que podrán esperimentar alguna que otra interrupcíon, permaneciendo como estacionarios en ciertos tiempos; pero al fin y al cabo, empujada la humanidad por la ley que la impulsa al perfeccionamiento, no podrá sustraerse á su insistente, aunque lento empuje, y por fuerza ó de buen grado, tarde ó temprano, y en último término por su propia espontaneidad, se entregará y cooperará cediendo voluntariamente á esa impulsion eterna, que deberá conducirla á sus ulteriores y finales destinos. Las sociedades nacen, crecen y perecen, ó mejor dicho, se trasforman en virtud de las vicisitudes que las precipitan y llevan á su descomposicion, no para aniquilarse ó quedar sumidas en la nulidad, sino para renovarse luego sus caducos elementos, que por do quiera habrán de brotar necesariamente bajo otros modos de ser, segun las circunstancias y las influencias de los climas y de las localidades; pero verificándolo por lo comun despues de haber ofrecido en su anterior existencia un tributo de mas ó menos útiles lecciones á la humanidad, que las acogerá y guardará como en comun depósito, aprovechándolas para sus constantes y sucesivos adelantos. Sí, y no quepa duda; las sociedades y las civilizaciones nacen, crecen y envejecen, para luego y á su vez surgir de ellas otras nuevas, metamorfoseándose y renovándose los restos de su caducidad, y á cuyas evoluciones sobrevive y sobrevivirá la gran colectividad humana, alimentándose del presente y del pasado en su existencia y marcha progresivamente ascendente hácia sus fines, sin envejecer ni caducar jamás en la larga duracion de los siglos.

Despues de esta digresion, que creemos no ser de mas atendido nuestro objeto, permítasenos insistir en alguna que otra consideracion, antes de volver á la de algunos puntos históricos que solo hemos podido indicar en muy limitado bosquejo, y tal vez bajo un punto de vista poco metódico y lógico.

Hemos supuesto cual hubo de ser el orígen y trasiego de ese prolongado y descompasado movimiento de las primitivas sociedades llamadas tribus, naciones ó imperios, haciendo notar de paso algunos de los sucesos mas notables que andando el tiempo habian de ocurrir en aquella agitada y perturbadora cuanto duradera evolucion, á que pudieron dar lugar las ambiciones é instintos egoistas, inherentes al estado de atraso de aquellos hombres en sus nacientes y sucesivos desarrollos. Pero nuestro trabajo, de sí demasiado conciso, no ha podido presentar un cuadro de estudio, ni remotamente suficiente para el interés y buen deseo del lector: tanto es lo que envuelve de interesante la historia sobre este complicado asunto, ó mejor sobre esa duracion y encadenamiento de hechos, al través de cuyas peripecias vinieron poco á poco asentándose con la asombrosa variedad de costumbres y civilizaciones los diferentes poderes políticos y sociales de la tierra, por lo comun entre desastres y estragos, cual no podia menos, careciendo como carecian las mas de aquellas sociedades de las condiciones legítimamente viables para lo que puede llamarse un progreso de paz y bienestar. Por lo mismo, aquí con justo motivo nos habrá de ser permitido recordar de nuevo la necesidad imprescindible de recurrir á la enseñanza de la historia, puesto que cada cual bien puede á sí mismo decirse: ¡Qué de investigacion no es necesario desplegar para poner en claro, siquiera á grandes rasgos, lo que de bueno y malo, de justo é injusto habrá podido sobrevenir en la faz del globo á consecuencia de aquel revuelto y pavoroso movimiento de las naciones! ¡Qué de bajezas y miserias, de barbaridades e injusticias no hubieron de cometerse y reproducirse en menoscabo de los mas sagrados intereses individuales y sociales, no predominando por lo comun entre aquellas generaciones mas que el material instinto de conservacion, de egoismo y dominio? Mas no importa; el mal no ha de ser permanente en la tierra: poco á poco, lo hemos dicho ya, se irá saliendo la humanidad de aquel inferior estado de precoz tendencia hacia el falso bien y se levantará en alas de mejores aspiraciones, debiéndolo verificar naturalmente en

fuerza de los mismos sucesos, que la obligarán á pasar de su material y grosera vida, de la vida puramente instintiva y de sensacion animal, á la vida de razon y sentimiento. Tal es la ley del humano perfeccionamiento, en cuya virtud los individuos y las sociedades vienen sobreponiéndose de dia en dia á sus desordenados apetitos y á sus miras y tendencias egoistas, llevada la humanidad hácia el progreso por los impulsos y esfuerzos mas ó menos ennoblecidos de que no ha carecido nunca por completo, no obstante el atraso de las generaciones en aquellos procelosos tiempos.

En efecto, segun nos manifiesta la historia, por la voluntad y ayuda de Dios ante todo, y á la par por el impulsivo conato y esfuerzo de los hombres aleccionados por la experiencia, aun en medio del atraso de los pueblos en aquellas antiguas edades, fueron acentuándose elevaciones de civilizacion, que serán de grata esperanza y digno recuerdo, asi como el preludio saludable y de fomento eficaz para los destinos del porvenir. De entre las que á nuestro propósito se ofrecen desde luego merecedoras de imitacion, deben contarse en primer término las que se refieren á la antigua y grande Grecia, no tan grande por la extension de su territorio, cuanto por la celebridad de los hombres é instituciones que allí florecieron. ¡Oh! qué bello, qué magnífico período el de la ilustracion y esplendor de la Grecia de aquel tiempo afortunado, que para ella ya pasó, pero que subsiste aun para útil leccion y grata memoria del mundo y particularmente de Europa, ya que de aquella recibió tan provechosa enseñanza, tanto lustre y gloria! En aquel período es cuando empezó de veras la humanidad terrestre á levantar los cimientos de las grandes civilizaciones, y desde entonces, bien que entre alternativas de progreso y decadencias, irán acreciéndose aquellas, aunque con variada suerte, recorriendo y vivificando las diferentes regiones del mundo, dejándoles un legado de impulsion y útil estímulo para el progreso y bien de las futuras generaciones.

En aquella viril civilizacion es donde se observan con grata admiracion los hombres de fé, de buen deseo, de patriotismo

y abnegacion, los grandes caracteres, dispuestos siempre hasta el sacrificio, si necesario fuera, para la defensa y la ventura de la patria. En efecto, levantados fueron sus conatos, grandes los sacrificios en todas sus heróicas empresas, debido todo ello á la grandiosidad de su sentimiento de amor por la prosperidad y esplendor de sus estados en todos los órdenes de su grandeza y de su gloria. ¡Qué insignes varones Leonidas, Licurgo, Solon y otros y otros que seria prolijo enumerar! ¡Cuán dignos serán de simpático y sempiterno recuerdo, de la mas justa gratitud en la posteridad! Y sin embargo, esa sabia y vigorosa Grecia, la enaltecida Grecia, sucumbe despues de un dia y otro dia al golpe de sus reveses y desgracias, y en aras tamhien de livianos sentimientos, que, andando el tiempo, vinieron inoculándose en su seno, cual suceder suele en todas las nacionalidades é instituciones, cuando en su estado de declinacion no se mueven sino por resortes enervados y sin la fuerza de la honra y de las virtudes. Con todo, segun ya se ha dicho, aquello viene sucediendo por lo comun en la marcha de la naturaleza, no para quedar reducida á nulidad la vida social de los pueblos, sino para reproducirse y regenerarse aquí y allí, alimentando con las trasformaciones de su renovacion á la siempre creciente y progresiva humanidad, en tal manera, que en su conjunto no le será permitido retroceder jamás. Mas aun asi no puede prescindir el ánimo de experimentar tristeza al considerar la caducidad de aquellas hermosas civilizaciones. ¡Quién no sufre al recuerdo de la decadencia de la antigua y esplendorosa Grecia! ¡Pobre Grecia! al lado de los héroes, de aquellas nobles y enaltecidas figuras qne fueron tu lustre y gloria por mucho tiempo por su valor, saber y prudencia, fueron creandose poco á poco los gérmenes de tu corrupcion, el genio opresor de tus conquistadores y de tus hijos mismos degenerados, que al fin prevalecieron, y te dominaron variando por completo la faz de tu elevacion y poderío: fueron como otras tantas plantas parásitas anidadas é implantadas con tenaz adherencia en los troncos de los corpulentos robles alimentándose de su decadente y desustanciada sávia.

Y aquí, en conclusion, es de ver, como en el curso de las fases del desarrollo de la vida humana, de un lado la luz que ilumina y el sentimiento que eleva, y de otro la ignorancia y el mal instinto, la inferioridad del ser, los vicios y las pasiones que luchan contra aquellos superiores estímulos, tendiendo á menoscabar los grandes intereses morales en los cuales estriba única y esclusivamente la verdadera vida, la honra y la dicha de los pueblos. Así el hombre es un continuado combate, una contradiccion constante en sus tendencias, en las que los halagos de los falsos bienes y goces materiales suelen desviarle de sus rectos caminos, subyugando y neutralizando miserablemente sus mas nobles aspiraciones y todas aquellas inefables frucciones que son el producto, las verdaderas hijas de la virtud. ¡Cuán digno y útil seria á todas luces el estudio de este trascendental asunto que venimos tocando y sin poderlo aquí amplificar! ¡Oh! no podemos menos de repetirlo; ¡qué de sábias lecciones nos ofreceria la historia, si ella pudiera presentarnos verídicamente, así en su conjunto como en sus detalles, el cuadro de las grandes peripecias de la vida humana, ocasionadas por la índole misma de todo aquel contraste de tendencias que le agitan y arremolinan en todas sus corrientes!—M.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

«Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los Escribas y Fariseos. Guardad pues, y haced todo lo que os dijeren; mas no hagais segun las obras de ellos: porque dicen, y no hacen. Pues atan cargas pesadas é insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres; mas ni aun con su dedo las quieren mover.»

Estas palabras las tomamos testualmente del capítulo XXIII del Evangelista Mateo. A pesar del tiempo trascurrido desde que Jesús las pronunció, no han perdido nada de su importancia y oportunidad. Las palabras de Jesús eran proféticas, y hoy como entónces se sientan sobre la cátedra de Moisés Escribas y Fariseos, que exigen de los demás obras que ellos no practican. Aconsejan la obediencia, y se rebelan; la humildad, y tratan con orgullo y desvío á los humildes; la pobreza, y disfrutan pingües rentas, y atesoran; la frugalidad, y sus mesas son apetitosas y abundantes; el desprecio del mundo, y se procuran todas las comodidades posibles; la caridad, y se curan poco, en medio de su abundancia, de las miserias ajenas; el perdon de las injurias, y vomitan maldiciones y anatemas sobre el imprudente que se atreve á levantar una punta del velo de la verdad. Si conforme gozan de las felicidades de la tierra pueden atrapar la del cielo, del cual parece que disponen, supuesto que abren y cierran sus puertas á los demás; el negocio será un negocio redondo, sin quiebras, ni fatigas, ni sinsabores. Atar cargas insoportables para que las lleven hombros ajenos, es muy cómodo; pero, ó mucho nos equivocamos, ó se han de llevar chasco los que se prometen escamotear á tan poca costa el cielo.

*

Continúa el mismo Evangelista:

«Y hacen todas sus obras por ser vistos de los hombres. Y aman los primeros lugares en las cenas, y las primeras sillas en las Synagogas, y ser saludados en la plaza, y que los hombres los llamen Rabbí.»

Efectivamente, rezan en público y en voz alta, y en público se golpean los pechos, hacen genuflexiones y practican un sin fin de exterioridades religiosas: de esta suerte el mundo oye y ve su piedad y devocion, y juzga de la bondad de sus sentimientos por

**

la bondad de sus labios. En las Synagogas, son los únicos que tienen silla, miéntras el pueblo está de pié, salvos los casos en que permiten piadosas y provechosas especulaciones para comodidad del vulgo de los fieles. Gustan de ser saludados en calles y plazas con muestras de veneracion, dan su mano á besar como si jamás la hubiesen manchado las humanas impurezas, y aun alguno va mas allá y se hace besar el pié. No responden por su nombre, por el nombre que se les puso en el bautismo, si no va precedido de un adjetivo honorífico que los distinga del comun de los mortales. Diez y nueve siglos han pasado, y los fariseos modernos no desmerecen en nada de los del tiempo de Jesús.

*

«Mas vosotros— añade el Evangelista en el capítulo citado, no querais ser llamados Rabbí; porque uno es vuestro Maestro, y vosotros todos sois hermanos. Y á nadie llameis padre vuestro sobre la tierra; porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos. Ni os llameis maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo.»

Jesús dirigia estos preceptos á sus Apóstoles y discípulos, y por ende á los que en lo sucesivo hubiesen de continuar la predicacion cristiana. Un solo padre espiritual, Dios, y un solo maestro de las almas, Jesucristo, he aquí toda la gerarquia dentro de la iglesia establecida por Jesús. Y preguntamos nosotros: cuando el Fundador del cristianismo prohibia á sus Apóstoles el tratamiento de *maestros*, ¿entendia por ventura que podian usar el de reverencias, doctores, ilustres, ilustrísimos, eminencias y santidades? Al prescribir que *á nadie* se llame padre sobre la tierra, dejó acaso establecido el grado gerárquico de los *santísimos padres?*

Aquí vendria de molde un sermon sobre las escelencias y ventajás de la fé ciega. A los que cierran los ojos no les ocurre jamás hacer preguntas tan indiscretas, porque están relevados del trabajo de pensar.

En otro número continuaremos el capítulo XXIII del Evangelista Mateo.

*
* *

Para demostrar que la autoridad de la Inquisicion era muy limitada en cuanto á las personas, dice el *Consultor de los párrocos* que dicho tribunal no podia proceder sino contra los bautizados que no fuesen Papas, Nuncios, Legados Apostólicos, Oficiales de la Santa Sede ú Obispos. Ya ven nuestros lectores cuan circunscrita quedaba la jurisdiccion del *Santo* Oficio. Cualquier cristiano podia ser impunemente hereje con solo sentar plaza de Obispo, Oficial de la Santa Sede, Legado Apostólico, Nuncio ó Pontífice Máximo. La confiscacion de bienes, el tormento la reclusion y la hoguera se reservaban única y esclusivamente para volver á la fé á media docena de descreidos, á los pocos bautizados que no hubiesen llegado

á ser Obispos. Solo así se esplica que los inquisidores estuviesen mano sobre mano, sin saber en que ocuparse, la mayor parte del tiempo.

*

Tampoco podia proceder el *Santo* Oficio, *sin previa autorizacion del sumo Pontífice,* contra los Emperadores, Reyes y otras potestades seculares; de lo cual se deduce, añade el citado *Consultor*, que el tribunal de la Fé, en el ejercicio de su jurisdiccion, tenia todas las limitaciones que podian exigir *la justicia, la razon* y áun *la conveniencia política.* Efectivamente, tantas eran las limitaciones, que apènas le quedaba á la Inquisicion en quien poder ensayar sus eficaces correctivos: bastábale al hereje ser Rey, Emperador ú Obispo, para que el benigno Tribunal renunciase generosamente á perseguirle. Tiene razon el *Consultor: la justicia, la razon* y *la conveniencia política* aconsejan y *exigen* la impunidad para los de arriba y el castigo para los débiles y pequeños.

*

¿Por qué los Papas, Nuncios, Legados Apostólicos, Oficiales de la Santa Sede y Obispos fueron declarados exentos de la jurisdiccion del *Santo* Oficio? Por su abnegacion y amor al prójimo. Deseaban más la salvacion ajena que la propia, y establecieron el tormento y la hoguera para purificar y llevar al cielo las almas de los que no fuesen Obispos, Legados, Nuncios ó Pontífices, dejando á las suyas correr el riesgo de condenarse.

En cuanto á los Emperadores, Reyes y potestades seculares, es otra cosa. La Inquisicion escluyéndolos de sus persecuciones nos recuerda el don Simplicio de la *Pata de Cabra* renunciando *generosamente* á la mano de Leonor.

*

«La Inquisicion, estraña á los hermosos siglos de la iglesia, no podia nacer mas que en las tinieblas de la ignorancia y del fango de la Edad media.»—Gregorio, Obispo de Blois.

A este señor Obispo no le salva de la Inquisicion ni el ser Obispo, si hubiera hablado así en los dichosos tiempos de Deza ó de Torquemada.

*

En cuanto á la benignidad y suavidad del *Santo* Tribunal nada hay que decir. Cuando los delincuentes eran muchos, se disminuia la pena, *si era capital:* así lo asegura el *Consultor*, apoyado en autoridades de mucho peso en la materia. Es decir, que si el Tribunal de la Fé se veia en el amargo trance de perseguir un delito en centenares ó miles de delincuentes merecedores de la hoguera,

mitigaba los rigores del fallo, y se contentaba con la confiscacion de los bienes, la pérdida de empleos y dignidades, el tormento, el destierro, la deportacion, la infamia, la reclusion perpetua. Su compasion y dulzura para con los pecadores eran en ciertos casos escesivas: para ahorrar al *relapso* que deseaba volver á la fé los horrores de la hoguera, el verdugo, poseido de entusiasmo por la salvacion de aquella alma, estrangulaba al dichoso reconciliado ántes de entregarle á las llamas. Tal era, por lo demás, el celo de los inquisidores por la conservacion de la fé, que exhumaban los huesos de los herejes muertos sin reconciliar, para hacerlos arder juntamente con los cuerpos de los vivos.

*

En todo esto no sabemos que admirar más: si la lenidad y blandura del *Santo* oficio, ó la moral del *Consultor de los párrocos*, compendiada en estos tres principios de *justicia*: impunidad absoluta para los Obispos, Oficiales de la Santa Sede, Legados Apostólicos, Nuncios y Papas; impunidad condicional para los Emperadores, Reyes y otras potestades seculares; y hierro y fuego para *el vulgo* de las gentes. Proponemos una suscricion universal para regalar al *Consultor* un objeto cualquiera, una caja para rapé, por ejemplo, con la siguiente alegórica inscripcion:

EVANGELIO.

*
* *

Los periódicos han dado cuenta de un atropello bárbaro y brutal cometido recientemente en Sevilla con un jóven de 17 años, D. Francisco Montells y Raya, víctima del furor religioso de algunos entusiastas partidarios de la unidad católica. Recorria procesionalmente las calles la Hermandad de Pasion, y como no anduviese listo á saludarla el espresado jóven, fué saludado él por uno de los devotos con un bastonazo que le derribó el sombrero, al mismo tiempo que otro le asestaba un segundo y tan tremendo golpe en la cabeza, que le hizo rodar al suelo gravemente herido. Durante la confusion que aquel hecho produjo, un tercer devoto aligeró los bolsillos al desdichado Montells. Dos dias despues, los médicos que le visitaban aconsejaron á su fámilia se le administrasen los últimos sacramentos.

¿Y habrá quien dude del fervor religioso de los que pertenecen á ciertas hermandades y hacen público alarde de su adhesion á ciertas creencias cuyo fundamento desconocen? Así se roba y asesina á un prójimo como se canta una letanía. Dichoso tiempo aquel en que la Inquisicion se encargaba de ambas cosas, dejando solo á los ciudadanos el trabajo de delatarse mútuamente. Aquello habia de ser la gloria ú otra cosa parecida. Mas ya que el

siglo actual no es merecedor de que la Inquisicion se restablezca, bueno es que haya fieles que rompan piadosamente el bautismo á quienes de él no hagan el uso que previenen nuestras antiguas tradiciones. ¡La tradicion; sobre todo la tradicion! Húndase el mundo, miéntras no sufran menoscabo las tradiciones *provechosas*.

Se espera que tanto el *Consultor de los pàrrocos* como los demás òrganos y organillos de la secta sabrán hacer caso omiso de lo acaecido en Sevilla, ó lo aprovecharán para cantar las escelencias de la intolerancia religiosa, merced á la cual todos los dias podríamos registrar hechos análogos al que ha motivado estas líneas.

*
* *

Continúa sus estudios y trabajos el Círculo Cristiano Espiritista de Lérida, habiendo obtenido muchas y muy importantes comunicaciones medianímicas desde la publicacion de «Roma y el Evangelio.» Sus propósitos son darlas á luz para que pueda el público juzgarlas y contribuyan à la propaganda cristiana, que va cada dia ganando terreno en la provincia. Al Cristianismo le basta ser conocido para ser sinceramente abrazado. Tambien algunos sacerdotes, vencidas sus inmotivadas repugnancias, lo estan estudiando con provecho.

*
* *

El Gobernador de Sevilla, que no pudo evitar el atropello de que fuè víctima el jóven D. Francisco Montells de parte de algunos devotos procesionistas que le hirieron y robaron, ha sabido, cediendo à lo que parece à influencias clericales, dejar suspensa nada ménos que por *ocho quincenas* la publicacion de *El Espiritismo*, por el grave delito de haber reproducido dos artículos insertos en *La Revelacion* de Alicante. Si aquella autoridad y el clero de Sevilla presumen por tales medios galvanizar una institucion que se desmorona por sus vicios, el tiempo les hará conocer su error y su ceguera.

No dudamos que el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernacion, tan pronto como llegue á su conocimiento la *singular* interpretacion que da al Decreto de 29 de Enero último el Señor Nuñez de Prado, dispondrá lo conveniente para que las revistas periódicas sepan à que atenerse y su vida dependa no de interpretaciones caprichosas sino de reglas legales, claras y concretas. Además, los periódicos ultramontanos insultan, injurian y calumnian á cada paso á los que profesan y propagan el verdadero cristianismo, y es justo que se deje à los cristianos el derecho de defenderse y defender el cristianismo de los intemperantes ataques de sus enemigos de siempre. ¿Estaríamos condenados á ver proscrita la bandera que Jesús enarboló, y protegida la que tremolan los des-

cendientes de aquellos fariseos que á Jesús crucificaron? No es posible. Permítase enhorahuena á los doctores, escribas y fariseos hacer gala y público alarde de su orgullo y reunirse y concertarse en sus sinagogas; pero no se ponga obstáculo en la predicacion y propaganda del Evangelio á los discípulos de Cristo. Estos últimos no crearán jamás conflictos á los gobiernos, porque aman el órden y la paz y su único objeto es moralizar las masas; á diferencia de los primeros, que, teniendo sus sentidos puestos en el dominio y las goces temporales, no vacilan en provocar la rebelion y sumir al país en los horrores de una guerra civil, brutal y sanguinaria, cuando ven en peligro su dominacion y esclavizadora influencia.

Reciba *El Espiritismo* de Sevilla la sincera espresion de nuestro sentimiento por el percance que acaba de sufrir, esperando que el triunfo de los ultramontanos en aquella localidad será efímero y contrario á sus propósitos. Estos propósitos se van poniendo cada dia mas en claro, y ya nadie ignora que son perjudiciales y opuestos á la religion y á los mas sagrados principios de gobierno y de justicia. Confiamos que el Sr. Romero Robledo levantará en breve la suspension, en nuestro concepto arbitraria, decretada por el Sr. Nuñez de Prado; mas hasta que esto se realice, las columnas de EL BUEN SENTIDO quedan á disposicion de nuestros hermanos el Director y redactores de nuestro estimado colega sevillano.

*
* *

En la sentencia dada por el *Santo Oficio* contra Galileo, suscrita nada menos que por *siete Cardenales*, se leen los dos párrafos siguientes:

»*Decir que el sol está en el centro del mundo è inmóvil de movi-*
»*miento local, es una proposicion absurda y falsa en Filosofía, y*
»*formalmente herética porque es espresamente contraria á la Sa-*
»*grada Escritura.*

»*Decir que la tierra no está en el centro del mundo, y que no*
»*está inmóvil, sino que se mueve con movimiento diario, es asimismo*
»*una proposicion absurda y falsa en Filosofía, y considerada teo-*
»*lógicamente, por lo menos errónea en la fé.*»

Esta es la sabiduría de los teólogos tan decantada por los órganos del ultramontanismo.

Véase ahora la abjuracion de Galileo, impuesta por la sabiduría de los teólogos del *Tribunal de la Fé.*

«Yo Galileo Galilei, hijo de Vicente Galileo, florentino, de 70 años de edad, constituido personalmente en juicio, y arrodillado ante vosotros Eminentísimos y Reverendísimos señores Cardenales de la República universal Cristiana, Inquisidores generales contra la malicia herética; teniendo ante mis ojos los sacrosantos Evangelios, que toco con mis manos, juro que siempre he creido,

que creo ahora, y que Dios mediante creeré en lo futuro, todo cuanto sostiene, predica y enseña la Santa Iglesia Católica y Apostólica Romana. Mas en razon à que este Santo Oficio me habia jurídicamente intimado que abandonase por completo *la falsa opinion que afirma que el sol está en el centro del mundo y que está inmóvil, y que la tierra no está en el centro y que se mueve*; á que yo no podia ni profesarla, ni defenderla, ni enseñarla, de cualquier modo que fuese, ya de viva voz, ya por escrito; á que despues de haberse puesto en mi conocimiento que dicha doctrina es contraria á la Santa Escritura, he escrito y hecho imprimir un libro en el cual trato dicha doctrina condenada, y presento razones eficaces en su favor, sin llegar á ninguna solucion definitiva; por todas estas razones *he sido juzgado como vehementemente sospechoso de heregìa por haber sostenido y creido que el sol está en el centro é inmóvil y que la tierra no está en el centro y se mueve.*

»En su consecuencia, deseando borrar del ánimo de Vuestras Eminencias y del de todo cristiano católico esta vehemente sospecha con razon concebida contra mí, con sincero corazon y fé verdadera *abjuro, maldigo y detesto los susodichos errores y heregías*; asi como cualquiera otro error ó secta contrarios á la Santa Iglesia, y juro que en adelante no dirè, ni afirmaré de viva voz ó por escrito, nada que pueda despertar contra mí semejantes sospechas, *y que si conozco algun herético ó sospechoso de heregìa, lo denunciarè à este Santo Oficio, ó al Inquisidor, ó al Ordinario del lugar en que me halle*; juro además y prometo que cumpliré y observaré plenamente todas las penitencias que me han sido impuestas en el Santo Oficio, y si llego á faltar á alguna de mis palabras, promesas, protestas y juramentos, lo que Dios no permita,

»Me someto á todas las *penas y suplicios* que por los Santos Cànones y otras constituciones generales y particulares, han sido estatuidos y promulgados contra tales delincuentes: así Dios venga en mi ayuda y sus Santos Evangelios, que toco con mis propias manos.

»Yo Galileo Galilei el susodicho, abjuro, juro, prometo y me obligo como antes, en fé de lo cual con mi propia mano firmo la presente abjuracion, y la recito palabra por palabra. Roma, en el convento de la Minerva á 22 de Junio de 1633.»

A pesar de todo, la tierra se mueve! esclama Galileo al atravesar libre los umbrales del *Santo Tribunal*. Por fortuna no fué oido de los sábios y piadosos teólogos, y en el próximo *auto de fé* hubo una víctima mènos.

*
* *

Tenemos entendido que han sido suspendidos el Director y el segundo de la Escuela Normal de esta provincia, D. Domingo de Miguel y D. José Amigó, al parecer por sus ideas religiosas, que son las que El Buen Sentido ha venido á sustentar competente-

mente autorizado. La suspension, segun *El Monitor* de Barcelona, es de empleo y mitad de sueldo con respecto al primero, y de empleo y sueldo con respecto al segundo. Esto no obsta para que los periódicos ministeriales repitan todos los dias que tocante à libertad religiosa continúa vigente la Constitucion de 1869.

Nuestros lectores saben que El Buen Sentido ha enarbolado la bandera del Cristianismo tal como Jesús lo predicó, enfrente de la bandera ultramontana ó pseudo-cristiana, que no conserva del Cristianismo mas que el nombre. Como ni los espresados profesores ni nosotros hacemos propaganda cristiana *pro pane lucrando*, sino por conviccion y persuadidos de que con ella contribuimos al bien de la humanidad; unos y otros continuaremos en la tarea de dar à conocer al pueblo la moral del Evangelio miéntras las leyes lo permitan y dispongamos para ello de los medios materiales. Y si por tal motivo hubiésemos de ser perseguidos ó vejados, no por esto nos ocurriria predicar la rebelion, como lo hace la secta ultramontana cuando se pone coto á su ambiciosa sed de dominio universal, ni pronunciaríamos una palabra en oposicion al gobierno; ántes bien, sufriríamos resignados nuestra suerte, acatando cuantas disposiciones de la autoridad emanen.

La moral cristiana manda dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César: procuraremos, pues, en lo sucesivo, como hasta hoy, agradar á Dios en la medida de nuestras fuerzas, propagando las enseñanzas de Jesús, y dar al Cesar lo que es suyo, respetando las leyes del estado y la autoridad que las dicta. Esta ha sido y será nuestra regla de conducta. ¿Proceden así los ultramontanos, los que no pudiendo rebatir las doctrinas evangélicas apelan á trabajos de zapa contra los que las profesan y difunden? Responda por nosotros la guerra bárbara que empobrece y ensangrienta el suelo de la pátria, de esa pàtria que sacrifican á su desapoderada ambicion. Y ¡como no, si los ultramontanos no tienen pátria; si obran como estranjeros en todos los países; si hasta la tierra que los vió nacer ès para ellos tierra de conquista!

*
* *

El Obispo de la Seo de Urgel, que ántes de comenzar la guerra civil vino à Balaguer á predicar y ensalzar la rebelion contra los poderes constituidos, se halla actualmente entre los rebeldes partidarios del pretendiente sitiados en los fuertes de la Seo, animándolos á la lucha y al esterminio de todos los liberales, y prometièndoles el cielo como recompensa de sus sangrientos esfuerzos. ¡Oh caridad! ¡oh evangelismo! ¡oh sacerdocio! ¿Qué hacen las revistas católicas, que no condenan semejante proceder?

LÉRIDA.—Imprenta de José Sol Torrens.—1875.

EL
BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO I. Lérida, Setiembre de 1875. Número V.

SUMARIO.—«La Sávia del Cristianismo,» por J. A.—«Introduccion á la Historia Universal,» (continuacion) por M.—«El Pecado original,» por J. A.—«Variedades.»—Con el presente cuaderno se reparten ocho páginas de «Cartas á mi Hija,» por Amigó y Pellicer.

LA SÁVIA DEL CRISTIANISMO.

II.

Treinta años permaneció Jesús oculto ántes de dar principio á la santa predicacion de una doctrina nueva, que habia de derribar los altares de los antiguos dioses, para sustituirlos con otro altar, no de mármoles y preciosas maderas, sino de purísimo y espiritual sentimiento. Hijo de padres humildes, de pobres artesanos, que necesitaban del fruto de su manual trabajo para procurarse una honrada subsistencia, compartia con ellos los sudores de un oscuro oficio, miéntras maduraba el vastísimo plan de cambiar radicalmente la faz del mundo y salvar á la humanidad de la disolucion y de la ignorancia, que pesaban sobre ella como una doble losa abrumadora. En aquel olvidado rincon de Nazareth germinaba la semilla de la regeneracion humana, y de allí habia de salir la chispa destinada á producir un purificador incendio universal sobre todos los pueblos de la tierra.

La luz de las sagradas lámparas que ardian junto á las aras de las deidades helénicas, que eran las deidades del colosal imperio de los césares romanos, empezaba á vacilar y palidecer ante el brillo cada dia mas intenso de otra luz mas poderosa, la del entendimiento, la de la razon humana, que se emancipaba poco á poco de las espesas brumas del fanatismo y del error. Y miéntras los ídolos se conmovian en sus gastados asientos al choque de la invasora filosofía, y el fariseismo judaico pugnaba inútilmente por sostenerse y prevalecer sobre las ruinas de la tradicion mosaica, todas las creencias zozobraban en el turbulento oleaje de las pasiones desbordadas, del utilitarismo, de la disolucion y de los vicios de la época. Hundíase la civilizacion antigua; desmoronábase la vieja sociedad sin estrépito y sin gloria, á manera de un edificio ruinoso y cuarteado que se viene al suelo lentamente, roido por la accion demoledora de los siglos. Yermas las conciencias, exhaustos los corazones de virtudes y de fé, la religion no era otra cosa que un conjunto aparatoso de formas artificiales con que se procuraba disimular la carencia poco ménos que absoluta de moral.

Ya cinco siglos ántes habia notado este vacío y entrevisto los medios de llenarlo en bien de la humanidad el ilustre Sócrates, filósofo griego de quien han tomado todas las escuelas filosóficas y todos los filósofos moralistas posteriores. El y su discípulo Platon, conocedores profundos de los males de su tiempo, viendo que la religion era, mas bien que el tributo de adoracion de la criatura al Criador, una hipócrita máscara con que se pretendia encubrir la corrupcion y el sensualismo, quisieron espiritualizar las creencias haciendo del alma humana el principio y objeto de toda filosofía, y de la Divinidad el término de toda humana aspiracion. Mas el terreno no estaba preparado para recibir la salvadora semilla. Aun habia la humanidad de revolcarse por largo tiempo en el cieno de sus liviandades y en la inmundicia de sus groseros deleites, para que se hiciese mas sensible la necesidad de la regeneracion, y los pueblos abriesen sus oidos á la verdad y sus ojos á la luz. Sócrates fué condenado á beber la

cicuta en desagravio de las absurdas creencias dominantes, y Platon esperó en vano la aurora del nuevo dia.

A la venida de Jesucristo el mundo no estaba en disposicion de dar frutos de verdad, pero sí de recibir la simiente. Por lo mismo que todas las creencias vacilaban y la confusion religiosa agitaba los inquietos ánimos, estos habian de volverse fácilmente hácia donde se viese nacer un rayo de sol que iluminase los desiertos de la conciencia. Tropezaria la nueva idea con obstáculos al parecer insuperables; suscitaríanse á su paso tempestades de persecucion y de ira; veríase uno y otro dia obligada á librar batallas contra las tradiciones, contra las costumbres, contra los intereses seculares creados á la sombra de los antiguos principios; pero como sobre aquellos intereses, costumbres y tradiciones está la necesidad de conservacion, y todas las sociedades la sienten, y por ella, providencial ó instintivamente, sacrifican cualquier otra necesidad; llegaria en último término el dia en que la nueva idea, triunfante de todos sus enemigos, se apoderase de los entendimientos mas refractarios á las innovaciones y al progreso.

No se le ocultaba á la clarísima inteligencia de Jesús, descendido á la tierra en cumplimiento de las profecías para redimir con su doctrina á la humanidad estraviada, el estado moral de las sociedades de su tiempo. Desde su oscuro retiro de Nazareth seguia el movimiento religioso del mundo, y lleno de amor por sus hermanos lloraba en silencio las veleidades de los hombres; sin embargo, no quiso aventurar por precipitacion ó ligereza el resultado de la grande obra cuya primera y fundamental piedra habia de poner con sus divinas enseñanzas. No ménos de treinta años se tomó para meditar y prepararse á la lucha, como si hubiese querido manifestar que todas las fuerzas que al espíritu y al cuerpo presta la edad viril habian de serle necesarias.

Sonó por fin la hora señalada en los supremos consejos para la reabilitacion del linaje de los hombres. Sale Jesús de Nazareth, esto es, de la oscuridad, del silencio, de la meditacion, del sosiego y de los afectos del hogar, para entregarse

todo entero al ministerio de la palabra, à la enseñanza pública de la doctrina redentora, al desarrollo práctico del divino plan que ha de trasformar el mundo, á la agitacion y peligros que trae consigo la lucha franca de la verdad contra el error, al sacrificio de sí propio en aras del amor á los demás y de la salvacion de todos. Cruzará la escena de la vida pública como un metéoro fugaz, desapercibido para la casi totalidad de los hombres de su tiempo: algunos de los del pueblo, pocos en número, adivinando su mision, le creerán Profeta y le llamarán Mesías; los sabios del siglo y los escépticos le sumarán con los orates y visionarios, dignándose apénas concederle una mirada de despreciativa compasion; los sacerdotes le apellidarán instrumento de Beelcebub, y todos los condenados por la severidad de sus doctrinas impostor, mago, corruptor de las costumbres y de las antiguas creencias y agente sedicioso de los enemigos del César. No logrará agrupar en derredor suyo, para divulgar la buena nueva, mas que una docena de hijos del pueblo, pobres y humildes como él, sin nombre, sin instruccion, sin influencia; y aún, de los doce, el mayor y más adicto le negará tres veces, otro le venderá á los sacerdotes sus mortales enemigos, y todos se dispersarán al soplo de la persecucion, dejándole abandonado el dia de la tormenta. Mas no importa. Nada de esto escapa á la prevision de Jesús: el sabe cuan ineficaces han de ser por de pronto su abnegacion y sacrificios; que ni aun los suyos le conocerán y recibirán; que sus enseñanzas habrán de concitarle las iras de la hipocresía y del orgullo; que el veleidoso pueblo le saludará hoy como á salvador, para llevarle mañana á la ignominia de la cruz; pero tampoco ignora que uno es el tiempo de sembrar y otro el de recojer, y que para hacer copiosamente fecunda la semilla de la nueva fé, habia de regarla con su sangre.

He aquí porque desde su salida de Nazareth ni una sola vez agita sus labios la mas ligera sonrisa. Su semblante y sus palabras revelan de continuo la tristeza que llena su corazon. La nube de su rostro sólo se disipa cuando su espíritu venturosamente arrobado se desprende de la tierra para vo-

lar al cielo, desde donde, dominando los tiempos y apresurando el porvenir, cuenta las generaciones y los siglos, y vé el árbol de la vida haciendo grata y salvadora sombra sobre todos los pueblos, confundidos en uno por la adoracion y el amor. En estas horas de inefable y divino éxtasis, de dulce y amoroso deliquio, en que el sentimiento le embarga por entero, su alma salva rápidamente las distancias que le separan de aquella feliz edad, término remoto de sus presentes deseos, en que ni el monte ni en Jerusalen se adore al Padre, sino con la adoracion verdadera del espíritu, y reinen entre los hombres la fraternidad y la virtud. ¿Qué son en aquellos momentos para Jesús las amarguras de su vida? Gloriosos recuerdos de una abnegacion heroica, armoniosos ecos de una existencia toda consagrada al amor, dulces memorias de un pasado de redencion y sacrificio, plácidos aromas de una flor en cuyo cáliz bebió la humanidad el delicioso nectar de la vida. Pero si durante estos paréntesis de arrobamiento y profecía se dibuja en su rostro y brilla en su mirada la felicidad del triunfo, otra vez las lágrimas empañan el brillo de sus ojos y la tristeza nubla su divina faz, cuando, vuelto de las esperanzas é intuiciones del porvenir á la desconsoladora realidad que le rodea, preve las dificultades con que su doctrina habrá de luchar y los muchos siglos y generaciones que se habrán de suceder ántes que llegue la época de la siega y la humanidad se posesione por sus merecimientos de la venturosa tierra prometida.

De suerte que la reformadora mision á que consagró Jesús todas las fuerzas vivas de su espíritu en los tres años de pública enseñanza del Evangelio, que fueron los últimos de su vida, arranca de un acto de incomparable abnegacion, consumado en el secreto de su voluntad, en el santuario de su alma, en el arca sellada de sus celestiales concepciones y en la purísima fuente de sus amorosos sentimientos. Porque, saber que toda la energía de sus palabras y de sus deseos habia de estrellarse en el ridículo, en la hipocresía, en el escepticismo y la ignorancia; que habia de ser la mofa y el blanco de las iras de los mismos á quienes se proponia re-

generar y salvar; y sin embargo, arrostrarlo todo, ridículo, mofas, persecucion y martirio, para que en remotísimos tiempos fructificase la evangélica simiente y saliera la humanidad del Egipto de su obcecacion y miserias, abnegacion es, y tan grande, que solo puede concebirse en quien, como Jesús, se olvidase por completo de sí mismo para no acordarse sino de la felicidad de los demás. La *abnegacion* es el primer principio de la semilla cristiana: en los artículos sucesivos la veremos alimentarse del *amor* y echar hondas raíces por la virtud del *sacrificio*, tres palabras que, como los tres atributos de Dios, se compenetran y recíprocamente se esplican, constituyendo juntas y por separado la sávia del cristianismo primitivo, la única que posee la virtualidad necesaria para que el árbol eleve magestuosamente su copa sobre el azulado firmamento y cobije bajo su espléndido ramaje á todos los pueblos de la tierra.

J. A.

INTRODUCCION

Á LA

HISTORIA UNIVERSAL.

V.

Despues de la Grecia y á su tiempo, habíase fundado á Roma, la cual se constituye poco á poco en un estado progresivo de fuerza, haciéndose de cada dia mas creciente y preponderante, así en la arena política y social, como en la extension de sus dominios, en términos de llegar hasta imponerse y hacerse temer y admirar ante la expectacion del mundo. Y como es natural suceda en todas las sociedades humanas que van creándose y siguen en sus desarrollos al través de los movimientos sociales que ocurrir suelen, vienen verificándose en Roma, como habia acontecido en Grecia, análogas peripecias, escenas diversas con todas sus alternativas de poderío y decadencia, que pueden tener lugar en el trascurso de los períodos de la agitada existencia y procelosa vida de las naciones. Y he aquí que en esta turbulenta y asombrosa evolucion romana, tal vez en mayor escala que en ninguna otra, se ven surgir de la sucesion de sus hechos, de sus diversos y encontrados acontecimientos, los mas grandes y degradantes vicios al lado de heróicas y sostenidas virtudes; predominando empero por lo comun aquellos, tanto que temprano ó tarde hubieron de ocasionar irremisible-

mente la decadencia y ruina de su decantada y fatídica civilizacion, de toda su orgullosa preponderancia, por mas que en apariencia se la considerara capaz de la duracion de los siglos. La historia nos enseña tristemente ser éste por punto general, ya que tal vez no siempre,el curso decadente de las instituciones y civilizaciones que vienen apareciendo y desapareciendo en la tierra. Y ello ¿por qué? Por el deterioro y extravasacion de la sávia verdaderamente humana, que es el bien de la vida; es decir, por el falseado saber, la degradacion del noble valor y el olvido de sus principales deberes; y sobre todo, por la falta de una conveniente abnegacion y del sacrificio que el amor pátrio exige, pues ya sabemos que lás tales virtudes son las prendas, la garantía de la sólida virilidad de las generaciones, de todas las humanas agrupaciones destinadas á larga existencia. Empero no dejaron de brillar en Roma grandes hechos y hombres célebres en todos los órdenes de su valía, y aunque no tanto quizà como en la esplendorosa Grecia, los hubo con todo muy elevados, y tal que su actividad é influencia no fueron nada escasas, antes bien se manifestaron en proporciones muy ostensibles en todos los trascendentales acontecimientos que fueron ocurriendo en aquella larga y preponderante dominacion. ¡Mas ¿que fué? á qué vino á parar al último aquella asombrosa y enorgullecida civilizacion romana!

Sigámosla por un momento, así en el Consulado como en el Imperio, y veremos que este gran coloso de dominacion inaudita, al menos en Europa, y que por lo mismo se habia creido poder ser el dueño absoluto del mundo antiguo, si bien pudo mecerse durante largos años en sus prosperidades y en su ilusoria gloria, sucumbe al fin, cual no podia menos; ¿y por qué? por sus vicios, por la relajacion de las costumbres y toda suerte de miserias, cual suceder suele en la caducidad de las naciones, como consecuencia que son todos estos males de las ficticias y aparentes grandezas de las instituciones humanas. Allí poco á poco vinieron sucediéndose todas las fatalidades inherentes á la degradacion de los pueblos: dejó de existir la unidad de miras, condicion

necesaria á la conservacion del poderío y preponderancia de los estados; habian desaparecido casi por completo el amor y aficion al trabajo, y la vida honrosa y digna habia quedado sustituida por el mas grosero egoismo. Y así, en la enervacion y en toda la procacidad de sus voluptuosidades, perdido ya todo su antiguo vigor y desvanecida casi por completo su fé en sus Dioses y en la justicia, ¿qué ménos ya podia suceder y esperarse de aquel cáos sino la perdicion en el vencimiento, la ruina y la muerte, física y moralmente hablando? No pasemos por alto el indicar que en sus principales afanes, habia, mas que otra cosa, la sed insaciable de riquezas, y no con otro objeto que para emplearlas en satisfacer sus goces materiales; y de esta suerte, no imperando ya màs que la ambicion y el egoismo, se concibe que por precision habian de ser inevitables su decadencia y descomposicion, y mas no pensando en corregirse de sus desmanes y volver á la vida de accion útil, sustituyendo los vicios con las virtudes. Al fin hubo de suceder, por tal cúmulo de degradaciones é iniquidades, que Roma, despues de haber conquistado y dominado por mucho tiempo una gran parte del mundo, se derrumbara y sucumbiera para no ser ya mas lo que habia sido.

Efectivamente, la que fué Señora de inmensas regiones imperando en ellas en completo dominio, con su lenguaje, sus leyes y sus costumbres romanas, acabo por ser convertida en esclava de otra dominacion naciente y ruda, pero fuerte en la unidad de miras de sus empresas y conquistas; y de aquella gran potencia, no obstante el recuerdo de sus enaltecidos hechos históricos, fué tal la desgraciada suerte, que hubo de sucumbir y desaparecer casi por completo de la escena pública con gran asombro del mundo. ¡Oh! qué leccion no ofrece Roma á los hombres, á las generaciones todas, ante el espectáculo de sus glorias pasadas y su fatal decadencia, por sus desvíos morales y en fuerza sobre todo de sus últimas y desastrosas vicisitudes. Aparecer, luchar y dominar merced á constantes y vigorosos esfuerzos, para luego desaparecer al duro golpe de los contratiempos, sumiéndose en el cáos de una nueva elaboracion para sus sucesivas y

ulteriores trasformaciones: pues ya sabemos que en la naturaleza como en las sociedades nada perece por completo, solo sí se trasforma y renueva todo segun sus providenciales fines. Cupo á Roma una suerte análoga á la de otros imperios que la precedieron: fué, como otra estatua de Nabucodonosor, emblema de su imperio, caido y reducido á polvo por otros que le sucedieron. La roca bíblica con respecto al descubrimiento de Roma simboliza la invasion de los Bárbaros del Norte, que cual aves de rapiña se lanzaron una y otra vez sobre aquella corrompida y fétida presa, empujados por una fuerza para ellos desconocida, y que no puede atribuirse sino al saludable y eterno influjo de la Providencia. Es precisamente lo que con frecuencia viene sucediendo á los imperios y naciones, á las instituciones todas que se separan de su buen curso y recta direccion, de su propio y ennoblecido interés, que está en la ley de conservacion y del progreso, fuertemente sostenido por el honroso trabajo á que puede aplicarse la humana actividad. ¡Ay de las generaciones y de todas sus instituciones que no marchan cuerdamente sosteniéndose en buen camino! Tarde ó temprano habrán de perecer irremisiblemente para trasformarse y renovarse en pos de sus respectivos fines. Tal es la ley á que las sociedades y les seres estan sujetos sin poder á su imperio sustraerse; y de aquí tambien la necesidad de la trasformacion y renovacion sucesivas, ya que no es posible esperar, dadas las condiciones de la naturaleza, marchar virtual y decididamente por las sendas del necesario y verdadero progreso, siguiendo siempre las mas rectas y normales direcciones, especialmente tratándose de las criaturas libres, expuestas á cada momento à abusar de su inteligencia y libertad. Todo menos Dios se trasforma y renueva; todo viene modificándose en el movimiento universal de los seres para poder llegar cada cual á sus últimos destinos, segun las sabias miras del Criador.

Al coloso de Roma, qne no pudo por lo visto resistir las repetidas y vigorosas tentativas de invasion de las hordas semisalvajes del Norte, y que posteriormente y á manera de providencial torrente se esparcieron por las diferentes tierras

de Europa, hubo de sucederle una fundamental perturbacion, donde conquistadores y conquistados, al fin y al cabo y en confusa mezcla, fueron dando orígen á nuevos estados y gobiernos, levantándose de los restos del caido imperio otra complexa civilizacion, que será lenta y penosa en su marcha, pero que alcanzará grandes creces en lo futuro al través de una ruda elaboracion influida por todo género de vicisitudes. En este radical cambio hay que considerar, no lo social y político solamente, sino la intervencion de otro muy poderoso elemento, el *principio religioso*, con toda su influencia organizadora, sustituyendo el *Paganismo* y la aberracion de sus errores, por el *Cristianismo* y su santificadora doctrina, por ese código de la ley eterna puesto en manifestacion por Jesús con resplandores tales de luz para el régimen ulterior del género humano, que en el curso de las edades será el foco inagotable, la sustanciosa sávia de que habrán de brotar las mas grandes y sólidas civilizaciones para el sucesivo y perenne bien de la humanidad.

Este nuevo órden de cosas, necesaria consecuencia de los sucesos, vino trayendo á Europa el *régimen feudal*, que no hubo de influir poco en la reconstitucion progresiva de los estados, bien que adoleciendo de grandes defectos, los cuales, andando el tiempo, ocasionarán la extincion, la muerte del feudalismo, pues sobradamente conocemos ya que todo en la naturaleza viene caducando y tiene que renovarse por precision. Aquella institucion fué indudablemente de alta importancia para aquel tiempo, y por cierto que no dejó de producir un gran adelanto social, puesto que mas tarde y en su desarrollo fecundante dará lugar á otros mayores, segun se desprende de la historia en su crítica filosófica. Las transiciones suelen ser de agitacion mas ó menos penosa por sus bruscos acontecimientos, y esto es lo que habia de suceder cabalmente en el establecimiento del feudalismo; mas no importa, el dará á su tiempo sus naturales y consecuentes resultados, que al fin serán un beneficio para la organizacion y vida de los pueblos.

Ocurrieron desde la caida del imperio romano y suce-

sivamente azares y perturbaciones sin cuento, en medio de las cuales se vió descollar en primer término un ambicioso dominador, en Alejandro Magno, quien, á imitacion de Roma, pretendia hacer del mundo una nueva y universal monarquía, que tal parecia poderse deducir de todos sus afanes y empresas, que fueron á su vez motivo no escaso de admiracion en aquellos tiempos; sin embargo no pudo realizar el objetivo de sus propósitos, ni aun con los lauros y glorias de sus conquistas, que hubieron de eclipsarse con su prematura muerte, por falta de unidad y pericia en los que debieran reemplazarle en sus elevados designios. A su vez y durante la agitacion invasora y proezas de aquel gran Capitan habíanse complicado las luchas con las conquistas de los Arabes, que rivalizaron en denuedo con las fuerzas de aquel, y que aunque contenidos felizmente por la espada de Cárlos Martel, fueron no obstante venciendo resistencias fuertes, en términos de poder lograr enseñorearse de una parte considerable de la tierra con bastante próspera fortuna.

Era uno de sus principales conatos oponer en lo religioso la ley del Alkoran á la del Cristianismo, dando lugar á esas costosas espediciones de las Cruzadas, de que resultó de uno y otro lado un sin número de desastres de consideracion, bien que todos aquellos hechos contribuyeran de un modo notable á dar mayores creces á la civilizacion que en Europa se levantaba. Pero al fin los Arabes, como todas las sociedades que van apareciendo en la escena de la vida, despues de haber desempeñado su providencial papel en el movimiento de la universal regeneracion, dejarán de ser lo que habian sido; pero despues de haber dejado un legado de empuje civilizador en la marcha política y social de los pueblos.

M.

(Se continuará.)

EL PECADO ORIGINAL.

VII.

La cola del pecado.

No faltan sin embargo hombres que, como nuestro hermano el presbítero D. Felix Sardá y Salvany, afirmen muy seriamente que las enseñanzas romanas constituyen una verdadera *ciencia,* ciencia que parte de principios fijos y llega á conclusiones fijas, *ni mas ni menos que las matemáticas.* Sería ofender la buena fé del presbítero nombrado suponer que ha saludado las matemáticas al compararlas á ciertos dogmas del cristianismo de Roma. Arrastrado por la corriente de sus deseos habla de lo que no entiende, como habla de lo que no entiende en sus escritos con que presume combatir el espiritismo cristiano. Decimos esto, porque preferimos juzgarle ignorante, antes que sospechar que escribe de mala fé.

Pero, puesto que tan aficionado á las matemáticas se muestra, puede dedicar su talento generalizador á despejar algunas incógnitas que vamos á proponerle, operacion necesaria para resolver el gran problema del pecado original. No han de faltar despues otras ecuaciones y otras incógnitas sobre diferentes dogmas,—llamémoslos teoremas matemáticos romanos,—con que pueda demostrar que la exactitud de las conclusiones romanas es perfectamente matemática. Por de pronto ensaye su habilidad en las tres siguientes cuestiones: ¿Cómo es posible la concepcion de un Dios infinito en todas las perfecciones, que establece como base y punto de partida

de la moralidad de las acciones humanas un precepto fútil sobre un acto ni moralmente bueno ni moralmente malo? ¿Cómo es posible la concepcion de un Dios infinito en sabiduría y poder, que crea al hombre para su gloria, y se deja luégo arrebatar por un ser inmundo y perverso la gloria que habia establecido para sí en la creacion del mundo? ¿Cómo es posible la concepcion de un Dios infinito en misericordia y en justicia, que condena á sufrimientos perdurables á la humanidad entera por la infraccion de un precepto fútil, hecha sin malicia, porque los infractores no conocian la malicia?

Y pasemos á la cuarta *x* del pecado original. Adan y Eva son ignominiosamente arrojados del paraiso por una falta, por un pecado imaginario, por un arranque inmotivado de una divinidad caprichosa. Salen del paraiso, pero no salen solos: salen seguidos de todos los hombres, de todas las infortunadas criaturas que no han nacido, que no existen aún, que todavía no han salido de la nada, y de consiguiente no han tenido participacion en la infraccion del voluntarioso precepto. Porque, al decir de Roma, todos nacemos contaminados con el jugo de la manzana; todos nacemos con un pecado en que ninguna participacion tuvimos; ó mejor, todos tenemos participacion en un pecado que se cometió cuando nuestras almas no eran almas ni nada, ni podian participar de nada, porque no habian aun salido del cáos insondable de la nada. No tuvimos participacion en los goces del paraiso, y la tuvimos en el pecado que se cometió en el paraíso, y la tenemos en las fatales consecuencias de una mancha que no pudo manchar nuestras almas, porque nuestras almas no eran.

Si todas las almas hubiesen estado contenidas en la del primer hombre, como la parte en el todo, como los granos de trigo de una espiga en la semilla que la produjo, y el alma de Adan hubiese en realidad pecado; entónces se esplicaria hasta cierto punto la trasmision de la mancha original. Pero ni Adan pecó, conforme dejamos esplicado, ni en su alma estaban contenidas todas las almas humanas, segun establece el catolicismo de Roma, suponiendo ó afir-

mando que las almas son creadas, pasan del *no ser* al *ser*, en el momento ó poco ántes de su union al cuerpo. Siendo esto así, ¿en virtud de que ley justa y moral se verifica la trasmision? ¿Cómo un alma no creada aún podrá en el instante de su creacion remontarse al acto del pecado y tomar participacion en él? Y si no puede participar de él, ¿como ha de ser responsable y sufrir sus consecuencias? Que un hijo herede las deudas ó ciertas enfermedades de sus padres, se comprende; mas ¿cómo las almas han de heredar deudas de sus padres, si su padre, que es Dios, y solo Dios, no debe nada.

Las matemáticas romanas contestan á estas preguntas con la palabra, *misterio*; mas los misterios ateos, irracionales y absurdos podrán ser todo lo romanos que se quiera, y no misterios divinos. Por lo mismo, léjos de ser dignos de respeto, no merecen otra cosa que la negacion del entendimiento y el desprecio de la conciencia.

VIII.

Anomalías.

Supongamos, sin embargo, que Adan y Eva son dos personajes reales, y no una espresion alegórica; que recibieron del Señor un mandamiento ridículo y caprichoso; que hubo de por medio una serpiente, emisario de las potestades infernales; que nuestros primeros padres pudieron pecar sin malicia, y por último, que una falta que no era falta podia trasmitirse de padres á hijos de generacion en generacion. Supongamos todo esto, que no es un grano de anís en materia de suposiciones, y aun no habremos supuesto lo bastante para despejar la *x* dogmática del pecado original.

Y las razones son obvias. Adan y Eva no se contentaron probablemente con haber paladeado la fruta del árbol de la ciencia, ántes es de presumir que infringieron alguna otra vez más ó ménos gravemente los preceptos del Señor, primero

que la muerte pusíese término á sus dias. En este caso, los restantes pecados cometidos fueron transgresiones de la ley divina, ni más ni ménos que lo que se pretende del primero, y no obstante ¿por qué no se hace contraer á todos los hombres otro pecado que la primera infraccion? En la segunda y tercera hubo reincidencia, lo cual es siempre una circunstancia agravante; y si la primera se trasmite, con mayor motivo han de trasmitirse las demás.

Augusto Nicolás compara la humanidad á un árbol, cuyo tronco es el primer hombre, y sus hijos y descendientes las ramas, por las cuales circula la sávia del tronco, el pecado original. Al establecer semejante comparacion, no tuvo para nada en cuenta la creacion sucesiva de las almas, que le quita toda su fuerza y destruye la paridad. Y no decimos esto porque la comparacion de Augusto Nicolás desate el nudo; pues lo que hace es enredar mas la madeja. Siendo Adan el tronco y sus sucesores las ramas, la sávia viciada de las ramas principales ha de comunicar su vicio á las demás. Si contenidos estában en cierta manera todos los hombres en el primero, contenidos estaban asimismo en Cain y Seth y en Noé sus descendientes, y contenido cada uno de nosotros en el padre á quien debemos inmediatamente la existencia. De esta suerte cada hombre debia contraer las faltas de todos sus ascendientes hasta llegar al primero, y trasmitir las suyas á sus hijos y á los hijos de sus hijos hasta la consumacion de la especie. ¿Por qué misteriosa inconsecuencia no heredamos, pues, los pecados de Seth y de Noé y los de nuestros padres inmediatos? Noten bien esta inconsecuencia y añádanla á los absurdos que hemos puesto á la vista en los anteriores capítulos los que aseguran que los dogmas romanos constituyen, como las matemáticas, una ciencia exacta. En las conclusiones matemáticas no se registran inconsecuencias ni absurdos.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

EN EL MAR.

¡Pobres desheredados de la tierra!
Los que vivis errantes, sin abrigo,
Que sosteneis encarnizada guerra
Sin encontrar jamás un eco amigo;
Los que juzgais que el mundo *nada* encierra;
Que es el hombre del hombre el enemigo
Y negra ingratitud el alma humana... .
¿Quereis oir á una mujer cristiana?
Un tiempo fuè que yo tambien creia
Que el principio y el fin aquí se hallaba,
Y viviendo en frenética agonía
De la muerte el silencio ambicionaba:
Llegó, por fin, de redencion el dia,
Y comprendí que, necia, me engañaba,
Siendo el mundo y sus penas y congojas
Del libro de la vida..... *algunas hojas.*
Desde entónces, si bien no soy dichosa,
Ni de mis pobres ojos huye el llanto,
Considero una amiga cariñosa
La muerte, que ántes me causaba espanto:
Que aunque ansiaba morir, y aunque la fosa
Tenia para mí siniestro encanto,
Un algo, un no sé què me retraia,
Sin poder esplicar lo que sentia.
Hoy alientan en mí nuevas pasiones
Y me entrego á luchar con mi destino;
Que encuentro de mi vida las razones,
Aunque con llanto riego mi camino:
Las penas pruebas son y expiaciones,
Código justo, celestial, divino;
Mas si no nos doliesen las heridas
¿De qué nos servirán vidas y vidas?

**

Si á sufrir y triunfar hemos venido,
Tenemos que pagar deuda sagrada:
Podrá, sí, resignarse el afligido
Sin exhalar un ay en su jornada;
Mas de esto á ser feliz, á ver cumplido
El sueño de su mente entusiasmada,
Hay á mi ver la misma diferencia
Que va de las tinieblas á la ciencia.
Existen, es verdad, almas tan bellas,
Tan buenas, tan humildes, tan piadosas,
Que cánticos de amor son sus querellas
Y encuentran en las zarzas, blancas rosas.
Yo he querido seguir las santas huellas
De esas vidas serenas y dichosas.....
Pero mi afan es un delirio loco:
Soy muy débil aún, valgo muy poco.
Fijo en la tierra mis cansados ojos,
Y al verme sola, errante, sin amparo,
Siento angustia, me hieren los abrojos,
Y hasta vencida á veces me declaro.
Son tan multiplicados mis enojos,
Que por mas que en el puerto brilla un faro,
Lo vislumbro tan léjos ¡ay! tan léjos.....
Que las brumas envuelven sus reflejos.
Y delirante, en mi dolor profundo
Le pido á Dios que calme mis pesares;
Que me permita abandonar un mundo
Donde solo hallé penas á millares,
Donde el tiempo es dolor y en un segundo
Vivo un siglo de dudas y de azares:
Y un algo va mi vida destruyendo
Y de mi propia sombra voy huyendo.
Y por ver si mis quejas encontraban
Un eco que mi acento repitiera,
A la playa me fuí, donde llegaban
Las olas con su ràpida carrera:
En ellas me lancé: ¡oh! me guardaban
Una emocion que yo jamás sintiera;
Y mas vívida luz brilló en mi mente,
Y mi alma se meció en un nuevo ambiente.
Y esclamé con acento entrecortado,
Sintiendo esa emocion desconocida:
¿Quién, Señor, tu grandeza habrá negado
Y en el *acaso* compendió la vida?
¿Quién será el infeliz que conturbado
Te negó, convirtièndose en deicida?
¡Si sólo al contemplar el Oceano
Te aclama el corazon por Soberano!

Ya brille el sol en el rosado oriente
O la luna nos dé sus resplandores,
O en noche tenebrosa únicamente
Alguna estrella lance sus fulgores;
Siempre te ha de encontrar, ¡oh! ser potente,
Quien oye de las olas los rumores;
Que ellas nos cuentan legendaria historia
De la creacion y de su eterna gloria.
Ellas me han dicho: «Vive, espera y ama;
Nuevos mundos te guardan nueva vida,
Donde crece purísima la llama
Del sacro fuego que á vivir convida;
El pensamiento en el amor se inflama;
Y de la ingratitud la horrible herida
Nunca la siente el alma en las regiones
Donde son celestiales las pasiones.»
«Tú, que á nosotras llegas desolada,
Porque tu vida de expiacion te abruma,
Te ofrecemos llevarte á otra morada
En níveo globo de flotante espuma:
Estiende, pobre ser, esa mirada;
Deja la tierra y su plomiza bruma;
Que en alas de tu fé te llevaremos
Hasta Dios, á quien todo lo debemos.»
Y me llevaron, sí: sentí en mi alma
Un consuelo inefable, una alegría.....
Una esperanza tal, que en dulce calma
Se trocó mi tormento y mi agonía:
Su sombra me prestó la eterna palma
Que en cruz trocára muchedumbre impía,
Para que el Cristo en ella sucumbiera
Y de ejemplo á los hombres les sirviera.
Sí, recordé á Jesús, bueno y creyente,
Y de nuevo admirè su fortaleza,
Y se fué disipando lentamente
La nube de dolor que mi cabeza
En sombra la envolviera; dulcemente
De mí se apoderó santa tristeza;
Y en las olas miré las mensajeras
Que nos vienen à hablar de otras esferas.
¡Pobres desheredados de este mundo!
Cuando sintais el dardo de la duda,
Cuando en vuestro dolor grande y profundo
Ningun genio del bien os preste ayuda,
Id à orillas del mar, vergel fecundo,
Donde la inteligencia torpe y ruda
Se engrandece, se eleva, se dilata,
Y el férreo lazo con valor desata.

Allí está Dios, allí; allí, en mi duelo,
Le encontrè omnipotente y soberano
Difundiendo la luz, mostrando el cielo
Y del abismo el misterioso arcano.
Venid, los que vivis con triste anhelo,
Venid á contemplar el Oceano
Cubierto de nevadas aureolas,
Y escucharéis el canto de las olas:
«Hosanna y alleluya» pronunciado
Por espíritus libres que allí moran;
Su lenguaje confuso he descifrado:
Ruegan à Dios cuando los hombres lloran;
Y la espuma es el llanto que ha brotado
Cuando los ayes del mortal deploran;
Y ellas nos dicen con su voz tonante:
Humanidad, despierta, y adelante.

Amalia Domingo y Soler.

A continuacion transcribimos un comunicado que con fecha 3 de los corrientes ha dirigido al *Monitor de Primera Enseñanza* de Barcelona el segundo Profesor de esta Escuela Normal, D. José Amigó y Pellicer. Dice así:

Señor Director de *El Monitor de Primera Enseñanza.*

Muy señor mio de mi mayor consideracion: Creyéndome claramente aludido en el artículo que lleva por título «Nuestra Opinion», inserto en el núm. 35 del *Monitor,* como uno de los dos Profesores duramente castigados por el Gobierno, al decir del articulista, á causa de sus opiniones religiosas, ruego á V. se sirva dar cabida á estas líneas en las columnas del periódico que V. tan acertadamente dirige.

No es mi ánimo recojer aquí ninguno de los calificativos empleados en el mencionado artículo para desvirtuar la bondad de las creencias cristianas: el *Monitor,* que, como revista de instruccion primaria, disfruta de merecida autoridad, es incompetente como juez de la conciencia y de las creencias ajenas. Además el *Monitor* no aceptaria una discusion religiosa, cosa algo mas difícil que calificar á la ligera, y este es otro de los motivos por que haga yo caso omiso de los desahogos impregnados de religioso celo que se permite en su artículo editorial. Si me equivocase; si la ilustrada Redaccion del *Monitor* quisiese demostrar que su juicio es tan acertado y fundado tocante á las creencias propias y ajenas como en las cuestiones de enseñanza; en una palabra, si quisiese *discutir* ántes de *calificar, que no lo hará,* una ligera indicacion de su parte será suficiente para que la discusion quede planteada en sus columnas. Pero al *Monitor* no le *conviene* semejante discusion, y por lo mismo no la aceptará: pasemos, pues, á otra cosa.

¿Es cierto que el Director de esta Escuela Normal y yo hemos

sido DURAMENTE castigados por el Gobierno á causa de nuestras creencias religiosas? Suponemos que así será, aun cuando nada sabemos de ello los interesados. La noticia del castigo la trasmitió desde Madrid uno de los redactores del *Monitor*, el *Monitor* la publicó, del *Monitor* la tomaron los periódicos de Barcelona, y el *Monitor* la reproduce y la comenta. Los que desean que el castigo *de los culpables* sea pronto una realidad, agradecerán al *Monitor* su oficiosa insistencia.

¿Es cierto que la Junta provincial de Instruccion pública nos *llamó* y nos *hizo declarar si persistiamos en defender y propagar nuestras ideas religiosas?* Tampoco de estos supuestos hechos tenemos conocimiento los interesados. Si la Junta quiso exigirnos tales *declaraciones*, se reservó *in pectore* la exigencia, ó á lo más la comunicó á la Redaccion del *Monitor*.

Si el Gobierno está resuelto, segun el *Monitor* sabe y publica, á castigarnos DURAMENTE, nosotros lo estamos á sufrir con cristiana resignacion *el castigo*, esperando mejores tiempos, en que los cristianos podamos serlo á la luz del dia sin temores ni peligros. El Evangelio de Jesús es nuestro código, y como discípulos del Evangelio sabemos dar al César lo que es del César, respetando las disposiciones emanadas de los Poderes constituidos, y lamentando los extravíos de aquellos que, titulándose apóstoles y cristianos, predican y fomentan la rebelion, las discordias y las guerras cuando ven mermada ó amenazada su influencia.

Anticipo á V. Sr Director, las gracias por su imparcialidad, y se ofrece á las órdenes de V. con toda consideracion su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

José Amigó y Pellicer.

*
* *

La Redaccion del *Monitor* ha creido que no debia publicar el comunicado que antecede, alegando que en su artículo «Nuestra Opinion» no aludia á los dos Profesores de la Escuela Normal de Lérida suspendidos *ab irato* por el Sr. Orovio. No debiamos esperar otra cosa del *Monitor*. La suspension, tan deseada por los ultramontanos de Lérida, cuyo organo en la prensa dice qne *el actual Gobierno es el Gobierno de unos pocos contra la inmensa mayoría de la nacion*, se ha confirmado por fin oficialmente. Felicitamos al *Sentido Comun* y comparsa por su envidiable triunfo.

*

Hemos recibido la ofrenda que nuestros hermanos de Santander nos remiten deseosos de que El Buen Sentido pueda continuar la campaña iniciada en sus columnas en defensa del Cristianismo y contra los errores y abusos de la secta ultramontana. Reciban nuestros correligionarios de Santander la sincera espresion de nuestro agradecimiento y fraternal afecto, y la seguridad de que no re-

trocederemos un paso en la senda que hemos emprendido con el aplauso de los que conocen la rectitud de nuestros propósitos y la firme conviccion que nos anima.

*
* *

La unidad religiosa ni existe ni ha existido jamás en ningun país del mundo; porque jamás ha habido ni hay al presente un país cuyos moradores hayan abrigado ó abriguen en su totalidad idénticas creencias. En habiendo un ciudadano, uno solo, separado voluntariamente de la comunion de los demás, la unidad está rota, y no hay fuerzas ni coacciones humanas que puedan restablecerla. Podrá escribirse en una ley; pero como las creencias religiosas caen fuera del dominio de toda imposicion legal, la ley sería violenta y absurda, y por ambas razones injusta é impracticable. ¿Qué ley podrá forzarnos á los cristianos á aceptar como buenas las creencias ultramontanas, por ejemplo? Ninguna. Suponiendo, por un momento, que el ultramontanismo lograse prevalecer en una ley fundamental, nosotros, y con nosotros todos los cristianos, continuaríamos siéndolo aun á despecho de las leyes.

Solo á risa provocan las alharacas de ciertos periódicos sabiondos, cuando afirman, como *El Consultor de los párrocos*, que en España no es posible otra cosa que la unidad religiosa. ¡En España la unidad religiosa! ¿Para quién escribirá *El Consultor*? Los ultramontanos, como son estranjeros donde quiera que se hallen, escriben siempre para el estranjero. Querer establecer la unidad religiosa en España, donde abundan los cristianos, los neo-católicos, los sectarios de otros sistemas religiosos, los indiferentes, los escépticos y los materialistas, es el mayor de los delirios.

Nadie, más que nosotros, desea la unidad religiosa cristiana, no ya en las leyes y en España, sino en las conciencias y en todos los pueblos de la tierra. Por obtenerla haríamos gustosos los mayores sacrificios; porque este hecho revelaria que los ultramontanos han sabido por fin leer el Evangelio, y que todos los demás han aceptado las únicas doctrinas que pueden hacer la felicidad de los hombres y guiarlos por los verdaderos caminos del progreso.

Lo que en realidad, aunque embozadamente ó de una manera vergonzante, defiende *El Consultor de los párrocos*, no es la unidad religiosa, que no necesita defensores sino creyentes, y sí el despotismo teocrático. Que no se permita hablar ni escribir contra la invasion, los errores y los abusos de la escuela ultramontana; que los gobiernos hablen y obren por inspiracion de los representantes de aquella; que se oprima y persiga á cuantos hagan alarde de tener creencias propias; que la influencia clerical sea decisiva en todos los casos y para todas las cuestiones, esta es la unidad religiosa del *Consultor*. No es fea la novia: no falta sino que se la dén.

La lógica de los órganos de la secta es especial, como suya. ¿Se trata de fijar las causas de la perturbacion y males que afligen á la sociedad española? A su decir no son otras que la falta de fé, la escasez de catolicismo, el liberalismo, la indiferencia, la incredulidad. ¿Se trata de establecer una base religiosa en la ley fundamental? En este caso los diez y seis millones de españoles somos diez y seis millones de católicos romanos ferventísimos, escepto cuatro ó seis individualidades á lo más. Si tan católico-romanos somos todos ¿á qué deplorar la escasez de creencias? Y si no hay tales rebaños, y la escasez es verdadera, ¿á qué pretender el establecimiento de la unidad religiosa tomando por base una insignificante minoría? España sufre, por su poco catolicismo: España necesita en las leyes la unidad religiosa, porque los diez y seis millones de españoles somos todos entusiastas católicos: esta es la lógica especial ultramontana.

*
* *

Volvamos al *Consultor de los párrocos*. Este semanario, órgano furibundo de la secta pseudo-cristiana, redactado con toda aquella uncion, mansedumbre, humildad, tolerancia y cristiano lenguaje con que suelen hablar y escribir los depositarios y administradores por derecho divino de la verdad absoluta, nos dispensa la honra de ocuparse largamente de nosotros, dedicándonos las nueve primeras columnas de su número correspondiente al 27 de Agosto. Sentimos no poder corresponderle con igual ó aproximada estension, á causa de tener otros asuntos de que tratar, algo mas sérios é importantes que los inofensivos escarceos del erudito *Consultor*.

Lo que ha servido al reverendo colega de protesta para honrarnos no merecia la pena. Casi nos avergüenzan tantos elogios por tan poca cosa. ¡Nueve mortales columnas, nutridas de derecho, de filosofía y de historia, para contestar á un par de sueltos en que hablábamos del *Santo* Tribunal! Como la inquisicion ha muerto *para no resucitar jamás*, no tenemos empeño hoy por hoy en provocar una cuestion ociosa sobre su vida y milagros, trabajo que reservamos para cuando nos ocupemos especialmente en poner de manifiesto los errores, abusos é iniquidades de la intolerante secta en que milita *El Consultor*.

*
* *

Los insultos, segun de quien proceden, honran: esto sucede con los insultos y dicterios del *Consultor de los párrocos*. Los verdaderos insultos son los aplausos del colega. ¿Qué merece sino una carcajada de desprecio el periódico que llama estúpidos y botarates á los diarios políticos *La Pátria*, *La Iberia*, *El Imparcial*, *El Diario Español y La Política*, é ignorante y miope á Castelar?

*
* *

Pueden estar completamente tranquilos los sacerdotes que nos han hablado al oido ó escrito *reservadamente* aplaudiendo nuestra cristiana propaganda, seguros de que no habria fuerzas humanas capaces de hacernos revelar sus nombres. Comprendemos y respetamos los motivos de su reserva y los que han obligado á algunos de ellos á suscribir documentos de cuyo contenido disienten. Ya llegará el dia en que la libertad brillará para ellos como ha brillado para los demás. Afortunadamente se puede ser buen cristiano y buen sacerdote sin hacer de ello alarde, propagando el Evangelio con la palabra y el ejemplo.

*
* *

No podemos resistir á la tentacion de dar á conocer á nuestros lectores algunas pinceladas de un cuadro pintado de mano maestra por un aspirante á obispo, y que podria titularse: «Los..... Ultramontanos pintados por sí mismos.» Los siguientes párrafos son traduccion, aunque algo libre, de otros que ha publicado recientemente una revista *teologal*. Hélos aquí:

«Los ví marchar fraternalmente del brazo con el carlismo, aplaudir en sus corrillos el robo, el incendio y el asesinato, *ad majorem Dei gloriam*, dirigir amistosos guiños á los *incautos* instrumentos de sus planes; dar la mano abierta para recogerla cerrada, y saludar con la sonrisa mas amable á todos los despotismos.

»Los ví figurar gravemente como protagonistas en espectáculos ridículos, vestidos con trajes tan estravagantes como fastuosos, propios para exaltar la imaginacion y el fanatismo, riéndose interiormente de la *provechosa* candidez del vulgo, que toma por lo serio á sus espensas lo que no es sino una comedia productiva.

»Los ví rezar devotamente, de rodillas y todo, por las almas del purgatorio, cuando el difunto pagaba en buena moneda, y despues de la devota oracion agruparse impacientes, restregándose las manos de gusto, para repartirse los despojos.

»Los ví hablar de Cristo y de Cristianismo, sin creer en el primero ni practicar el segundo; blasonar de seguir el Evangelio, y negar sus mas claras enseñanzas; vociferar caridad, y cazar al vuelo una ó dos prebendas lucrativas; amenazar mucho con el infierno en la otra vida, y formarse con el producto de sus llamas una especie de cielo anticipado acá en la tierra.

»Los ví emplear los mayores esfuerzos por dominar en las familias por medio de las mujeres, y en las sociedades por medio de las familias. Fanatizaron á la mujer con amenazas y promesas, y fueron omnipotentes en el mundo, llegando á convertir los bienes espirituales en filon inagotable de comodidades y riquezas.

»No quise ver más. El viento hediondo de la hipocresía que subia de los corrillos que pululaban en el Mercado de las Almas, me obligó á dejar mi observatorio. Y eso que me hallaba á..... *ocho mil quinientos piés obre el nivel del mar.*»

LÉRIDA.—IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.—1875.

EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO I. Lérida, Enero de 1876. Número VI.

SUMARIO.—«La Sávia del Cristianismo,» por J. A.—«Introduccion á la Historia Universal,» (conclusion) por M.—«El discurso del Sr. Montero Rios,» por J. A.—«Variedades.»

LA SÁVIA DEL CRISTIANISMO.

III.

En cumplimiento de las profecías, y para preparar la abolicion de una práctica repugnante de la ley y predisponer los ánimos á la aceptacion de la moral evangélica, apareció, ántes que Jesús, Juan hijo de Zacharías, bautizando en agua y predicando arrepentimiento al pueblo. Habia de quedar cancelada la antigua ley en todos aquellos preceptos hijos de la grosería y de la ignorancia de los tiempos, y Juan enderezaba á este propósito los caminos, borrando suavemente con el agua del Jordan la mancha de la circuncision, que era, como si dijéramos, el sello de la iglesia de Moisés. El mismo Jesús, haciéndose bautizar, autorizó la nueva ceremonia, y desde aquel instante la inmoral circuncision quedó abolida y reconocido el bautismo como el sello propio de la iglesia que venia á establecerse sobre el cimiento de las enseñanzas de Cristo.

Pero el bautismo en agua del Precursor no era sino una figura del bautismo de redencion, resúmen del Evangelio. «Yo

en verdad bautizo en agua, decia Juan; mas vendrá otro que bautizará en Espíritu Santo y fuego,» esto es, en virtudes y en amor (1). Juan, con el bautismo del cuerpo por medio del agua, abolia una práctica vergonzosa; y Jesús, con el bautismo espiritual, venia á sustituir las exterioridades del culto mosaico con el verdadero culto del corazon, con la adoracion íntima del espíritu, ajena del todo á la vanidad é hipocresía. Ya era tiempo: todos los cultos de la tierra propendian á mistificar la conciencia y la moral, á perpetuar la ignorancia, á embrutecer la humanidad, á matar el escaso sentimiento religioso que con lentitud germinaba en el corazon de los pueblos. Urgia abatir las ceremonias y levantar la religion; destruir el fanatismo y dar una base firme á las creencias; borrar los signos exteriores, que materializaban la adoracion, y enseñar á las gentes que no es la ostentacion aparatosa el homenaje grato al Criador, sino el ejercicio constante de la virtud y la práctica del bien. He aquí porque no veremos á Jesús predicando el culto mosaico, ni estableciendo otro nuevo: curaba poco de la fórmulas externas, y si alguna vez se acordaba de ellas, era para hacer resaltar su insuficiencia y la necesidad de la religion verdaderamente espiritual.

Oigámosle en el admirable sermon de la montaña, que fué como el semillero de todas sus posteriores enseñanzas, y hallaremos confirmada esta verdad. En él todo es espíritu, todo es sentimiento, todo es corazon: nada de sacrificios, nada de ofrendas, nada de demostraciones externas. Jesús no exige, para alcanzar la perfeccion cristiana, otro sacrificio que el del orgullo y de las malas pasiones, otra ofrenda que la bondad del sentimiento, otra demostracion visible que la justicia de las obras. ¡Cómo se vé radiar en cada una de sus palabras la inspiracion divina! ¡Cuán bella, cuán dulce, cuán espiritual es la religion que brota de sus lábios! Al leer el sermon de las Bienaventuranzas, nos parece ver á Jesús en la cima del monte estendiendo sus brazos en ademan de abrazar á toda la humanidad regenerada. Desde allí domina con su

(1) Mathee, III, 11.

profética mirada el presente y el porvenir de los pueblos: mide los tiempos; lee la historia de las generaciones; percibe el estridor de los combates, hijos de la ambicion, del fanatismo ó del odio; penetra en los alcázares de los poderosos; registra las suntuosas basílicas, en que el pueblo agotó sus tesoros, el genio sus deseos, y el arte sus bellezas y sus formas; ve la gran familia humana dividida en razas, en iglesias, en sociedades enemigas unas de otras; y descendiendo por último á los individuos, observa sus caminos, descubre sus miserias y sus virtudes, y esclama:

Bienaventurados los pobres de espíritu: los que no ponen sus sentidos en las riquezas de la tierra; los que son pobres con resignacion, ó ricos con humildad; los que se consideran como administradores, en beneficio de sus hermanos, de los bienes que en sus manos ha puesto la Providencia; los que se juzgan con severidad y se confiesan pobres de virtudes en la presencia de Dios: porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos: los que no dan cabida en su ánimo á las sugestiones de la ira; los que sufren con paciencia los golpes de la injusticia; los que tratan con dulzura y amor aun á sus mismos enemigos: porque ellos poseerán la tierra de los vivientes.

Bienaventurados los que lloran: los que derraman lágrimas por las faltas propias y los estravíos ajenos, é imploran contritos y humillados el perdon: porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia: aquellos que buscan con ardor la justificacion de su espíritu en la reforma de sus costumbres, y suspiran por ver desterrados de la tierra el dolo y la iniquidad: porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos: aquellos que pudiendo devolver golpe por golpe, injuria por injuria, olvidan las ofensas recibidas, perdonando cordialmente á sus hermanos; aquellos que comparten el dolor y el infortunio ajenos, sintiéndolos como propios, y procuran aliviarlos en la medida

de sus fuerzas: porque ellos alcanzarán de Dios la misericordia que tuvieron de los hombres.

Bienaventurados los de limpio corazon: aquellos que albergan en su corazon la sencillez y pureza de sentimiento del inocente párvulo, no dando jamás cabida á la doblez, al orgullo ó al egoismo: porque ellos verán á Dios.

Bienaventurados los pacíficos: los que procuran, aun á costa de los mayores sacrificios, conservar la paz interior de su conciencia por el escrupuloso cumplimiento del deber, y la concordia entre sus hermanos por medio del buen consejo; porque los tales, hijos de Dios serán llamados.

Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia: aquellos que son injustamente vejados, calumniados y oprimidos, y sufren con paciencia los insultos y persecuciones de que son víctimas á causa de la justicia de sus obras; porque de ellos es el reino de los cielos. (1)

Así empieza Jesús hablando al pueblo en el incomparable sermon de la montaña, con aquella elocuencia popular, ingénua, llena de naturalidad y gracia, que constituye el carácter de sus predicaciones. Sus palabras son la nueva enseña religiosa, á cuya sombra pueden cobijarse todos los hombres, todas las naciones, todas las iglesias de la tierra, que buscan sinceramente á Dios por el camino del sentimiento, de la virtud y del deber. Son la sávia regeneradora del mundo; la nueva idea que ha de trasformar las sociedades; la fórmula del principio y del sentimiento de amor y de justicia, que ha de suavizar y purificar las asperezas y manchas de la conciencia; el sencillo lenguaje de la religion y del espíritu, que ha de sustituir á los cultos henchidos de hipocresía y soberbia; el bellísimo ideal de la perfeccion, al cual deben dirigirse, para llegar á la felicidad, las aspiraciones de los hombres. Para Jesús, toda la religion estriba en la dulzura del sentimiento, en el gusto del bien, en las armonías de la conciencia, en la práctica de la justicia y del amor. Su código religioso es la bondad del alma y la moral en ejercicio. No es la adoracion

(1) Matheo, V.

exterior el lazo místico, el homenaje, la fuerza misteriosa que nos eleva hácia las divinas alturas, sino el culto íntimo del alma sancionado por la virtud de las obras. Jesús promete la bienaventuranza, no al circunciso, sin embargo de haberse él sometido á la circuncision mosaica, ni al bautizado en agua, sin embargo de que tambien él recibió el bautismo en el Jordan, ni al que quema incienso en el altar, ni al que se postra de hinojos en el templo, ni al que ayuna, ni al que se abstiene de comer ciertos manjares en determinados dias, ni al que lega cuantiosos bienes á la iglesia en sufragio de su alma: á quienes llama *bienaventurados* es á los mansos, á los que lloran, á los pacíficos, á los misericordiosos, á los limpios de corazon; en una palabra, á los que sienten los estímulos del bien y constantemente lo practican. Respeta todas las formas, todas las ceremonias racionales; pero no prescribe ninguna como esencial para la perfeccion y merecimiento del espíritu.

En esta parte fué Jesús tan esplícito, que no dejó á la ignorancia lugar para la duda, ni á la malicia espacio para interpretaciones arbitrarias ó interesadas. Cierto es que á la malicia nunca le falta espacio para torcer el sentido de los conceptos que á sus propósitos se oponen; pero no lo es ménos que basta leer el Evangelio para confundir á aquellos que, tal vez con fines algo mundanos, pretenden mistificar el Cristianismo, haciendo de él una religion henchida de ceremonias. El sermon de la montaña será en todos tiempos un testimonio que en vano intentarán desvirtuar ó hacer servir à sus propósitos. ¿Quereis formas, quereis exterioridades, quereis ofrendas? Enhorabuena: el Evangelio no las condena, y habeis podido establecerlas sin contravenir las enseñanzas de Cristo; mas presentadlas solamente como figuras del culto verdaderamente espiritual é incentivos de la adoracion interior, y no como condiciones esenciales para la salvacion de las almas; porque en este caso os poneis en flagrante contradiccion con las enseñanzas del Enviado. ¿Por ventura pronuncia el Maestro una sola palabra de recompensa para los que han llenado las prácticas exteriores del culto; se acuerda siquiera de

ellos al llamar á los justos á su derecha, esto es, á la felicidad inmortal? *Porque disteis de comer al hambriento, y de beber al sediento, y al peregrino hospedasteis, y vestisteis al desnudo, y visitasteis al enfermo y encarcelado, venid, benditos de mi Padre,* dice Jesús. (1)

Importa en alto grado no olvidar, ántes por el contrario debe tenerse muy en cuenta, este especial carácter de que aparece revestido el Cristianismo en sus orígenes y que le distingue de todas las demas religiones conocidas, por el magestuoso sello de universalidad que le imprime. Jesucristo levanta una bandera á cuya sombra pueden agruparse todos los hombres, aun aquellos á quienes no ha llegado la radiante luz del Evangelio. La sávia de la doctrina redentora está destinada á dar vida á todas las ramas del árbol de la humanidad. El Hijo del hombre no llama *bienaventurado* ni pone á su derecha al que se título judío, cristiano ó gentil, sino á aquel en cuyo corazon germinó la semilla de la virtud y en cuyas obras resplandecen la justicia y el amor. Y no podia ser de otra manera. ¿Sería otra cosa que una mostruosa blasfemia suponer que Dios ha de absolver ó condenar por motivos puramente accidentales, independientes en todo de la libertad individual? ¿Es acaso voluntario y libre el acto de nacer en este ó en otro país, en esta ó en otra iglesia? Y si no lo es ¿en qué fundamento de justicia se apoyaria el premio ó el castigo del judío ó del mahometano por ejemplo, sólo por el hecho de ser mahometano ó judio? Indudablemente en ninguno; y por esta razon, nadie es interrogado en el tribunal de la justicia infalible por su filiacion religiosa, sino por la filiacion de sus obras y sentimientos.

Algunos esclusivistas interesados, muchos todavía por desgracia, pretenden que esto es igualar todas las religiones y rebajar el Cristianismo al nivel de las demás. ¡Cuán menguada es la idea que del Cristianismo se han formado! O mejor ¡cómo esplotan la ignorancia de los unos, la buena fe de los otros y la aquiescencia ciega ó maliciosa de todos! ¿Somos nosotros,

(1) Matheo, XXV.

que tomamos y aceptamos el Cristianismo tal como Jesús lo predicó, los que lo rebajamos al nivel de las otras religiones; ó aquellos que, despojándolo de la universalidad, que es su carácter ó sello peculiar, lo empequeñecen hasta hacer de él no una religion, sino un culto, no la iglesia universal, sino un miserable templo de piedra donde sólo caben algunas docenas de sectarios? El ultramontanismo, el mahometanismo y el judaismo son cultos instituidos por los hombres, y dentro de ellos sólo caben los ultramontanos, los mahometanos ó los judíos: el Cristianismo es la religion eterna, instituida por Dios desde el principio de los tiempos, y en él caben todos los hombres de buena voluntad, sea cual fuere su nombre, su patria ó el culto á que por circunstancias accidentales pertenezcan. Por esto dijo Jesús (1) que vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se asentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos.

J. A.

(1) Matheo, VIII, 11.

INTRODUCCION

Á LA

HISTORIA UNIVERSAL.

VI y último.

Seria salirnos de nuestro objeto, hacer aquí, despues de lo dicho, una relacion detallada de cuanto interesante ofrece la historia relativamente á la civilizacion de Europa, durante aquel agitado y proceloso período de la edad media. ¡Qué de estudio detenido y profundo no requiere la investigacion sobre la organizacion é influencia de la Iglesia y del Papado en aquellos tiempos, la instalacion de las asociaciones y comunidades teocráticas que sucesivamente fueron apareciendo, las grandes espediciones de las cruzadas; como tambien y posteriormente el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y tantos y tantos hechos que han venido ocurriendo luego en la edad moderna! Duélenos igualmente no poder entrar por análogo motivo en el exámen de la legislacion y de las costumbres de las civilizaciones que han precedido á nuestra época, donde hubieran podido ponerse en relieve sus progresivos adelantos, que los ha habido ciertamente en todo tiempo, no obstante las resistencias y obstáculos que los intereses creados han puesto siempre de por medio y mas ó menos tenazmente en las diferentes regiones. Y tambien en cuanto á los personajes que mas hubieron de influir con su sabiduría y virtudes ¿qué de ejemplos provechosos no podria á su vez

ofrecernos el tal estudio en toda esta intrincada carrera de la humanidad, tan llena de azares y peripecias, acá especialmente en nuestra Europa? Debemos empero hacer observar que, no obstante las luces y la buena y firme voluntad de aquellos esclarecidos varones, honra y prez de los pasados tiempos, las sociedades anduvieron bastante remisas en sus pasos; su marcha fué demasiado lenta y oscilante para lo que de sí requeria el necesario adelanto, y todo ello, fundamentalmente mirado, hubo de suceder por precision, ya por la indolencia que les era connatural é inseparable, ya por la poca fé y esperanza en los destinos eternos, que hubieran podido estimularlas para ir en pos de sus alcances por medio de los actos meritorios de la vida. Sí; es una verdad que aflige y no puede negarse que la humanidad ha andado asaz remisa en su marcha y en la conquista de sus verdaderos intereses, que son los morales, y todo, por el excesivo apego á la vida de la carne, olvidando por lo general el mejoramiento del espíritu; es decir, por el apetito procaz de los goces mundanales, postergando el sentimiento á la sensacion y á los bajos y groseros instintos del orgullo y del egoismo, por efecto del estado de su relativa inferioridad y atraso en que los pueblos han debido de hallarse en las diferentes fases de su existencia. Sin embargo, si consideramos lo que fué y lo que es actualmente la humanidad, habremos de convenir en que ella, bien que lentamente, ha progresado: larga y pausada ha sido su carrera, pero al fin no puede negarse que ha conseguido grandes adelantos, y los irá consiguiendo cada vez más en lo sucesivo.

Venido el hombre al mundo en un estado de ignorancia y sencillez así para el bien como para el mal, pero con la condicion de poder marchar libremente hácia su mejoramiento y perfeccion, sus facultades, embrionarias aun para todos sus sucesivos desarrollos, habian de tender naturalmente á su correspondiente desenvolvimiento, en fuerza de las vicisitudes sobre todo; pues solo por medio de ellas es como ha podido elevarse al estado presente de su potencia intelectual y de la cultura del sentimiento, sin dejar por eso de reconocer

que aun está muy léjos de su apogéo: por lo que ahora y sucesivamente habrá de continuar la obra de su perfectibilidad, siempre al través de luchas y resistencias ocasionadas á más ó menos duros trances de angustias y calamidades, á la par que de sacrificios en todos grados. Cierto es que ella ha adelantado mucho, pero ¿qué es aun la humanidad, no obstante sus innegables progresos hasta el presente realizados, así en su estado material como en su moral adelanto? ¿Podrá dudarse de que la humanidad de nuestros dias y en toda la extension de la tierra, aun en medio de sus decantadas civilizaciones en alguna que otra de sus regiones, se halla todavía al principio del fin de su carrera, sin haber conquistado ni remotamente el bienestar que le es posible alcanzar con el buen empleo de sus fuerzas, de todas sus facultades? ¡Ah! no; desgraciadamente esta comun mansion de los hombres, no es lo que debe ser; hoy por hoy es, á no poder dudarlo, un valle de lágrimas, un verdadero purgatorio de la vida.

Llegados á este punto, bien puede uno preguntarse: ¿Cuál ha podido ser y es aun en el estado presente la causa de tantos males y miserias que han venido afligiendo á los infelices moradores de la tierra? A poco que se reflexione se verá que no ha sido otrá que el atraso moral en que relativamente á los tiempos se ha hallado la humanidad terrestre. En efecto, éste ha sido, es, y lo será en lo sucesivo, mientras no se comprenda la necesidad de la práctica del amor, del verdadero cumplimiento de la justicia entre los hombres. En cuanto la humanidad vaya aligerándose de este lastre que la tiene cohibida bajo la presion de los apetitos de la materia, del egoismo y de las pasiones, irá á su paso y á la par elevándose á su cada vez mayor dicha, ilustrándose de cada dia mas el hombre y marchando con mayor decision y seguridad hácia las armonías de todo bien realizable, que lo será indefinida y eternamente. El remedio de esas enfermedades morales que nos aquejan sobradamente todavía, paralizando y deteriorando el buen fruto de la vida, está en estudiarnos y aprender á dominarnos para no dejarnos arrastrar por el falso

bien que nos ofusca y malea, constituyéndonos en un angustiado penar, consecuencia necesaria de nuestros vicios, de las transgresiones de la ley en el mal uso de nuestra libertad.

Por las reflexiones que en este escrito dejamos consignadas, viene trasluciéndose que la humanidad ha debido de aparecer á la escena de la vida en un estado incipiente y rudimentario, bien que por de contado con las virtualidades necesarias para la conveniente prosecucion de sus ulteriores fines. Por manera que sin dificultad podria afirmarse que el hombre en su principio no fué más que un punto oscuro, ó mejor un delineamiento, un bosquejo, destinado á desenvolverse, iluminarse y fecundarse en el flúido de la misma esencia divina, si así es permitirnos espresarnos, y en fuerza de cuyo influjo habrá de crecer y marchar en los desarrollos de su natural desenvolvimiento, y todo segun las miras y la ley de Dios, ley que tarde ó temprano habrá de cumplirse, asi en el órden físico como en el órden moral propios de la naturaleza humana. Este cumplimiento se realizará necesariamente en la duracion de los siglos, mediante una indefinida sucesion de trasformaciones, que serán de renovacion en cuanto al cuerpo en toda su sustancia tangible y fluidífica, y de modificaciones progresivamente depuradas de la esencia y vida del espíritu á través de su inmortalidad. A la vida del hombre en el planeta que de mansion le sirve vendrá sucediéndole análogamente lo que á la planta le acontece en el curso de su existencia. En una y otra de estas dos clases de seres se verificará su respectivo desenvolvimiento en fuerza de la accion recíproca de las causas interiores y exteriores, que ejercerán una regulada ó anormal influencia en sus organismos, debiendo servir en sus alternativas, por sus continuados embates, de un poderoso estímulo á la fuerza vital y á su modo de ser y obrar. Y de esta manera en cada una de las organizaciones asientos de la vida, funcionará el agente vital segun su especial índole, observándose en lo que atañe á la naturaleza del hombre, que por una parte empujado por fuerzas necesarias é irresistibles, y por otra obrando por sí propio en el uso de su libertad, ha podido y debido hasta el presente desenvolverse conve-

nientemente, no solamente en cuanto á su desarrollo material, sino tambien en cuanto á la realizacion de los grandes progresos morales, lo cual no podrá negarse á poco que sobre ello se reflexione. En efecto, bien sabemos ya que el hombre del primer dia no es el hombre de la época presente; él ha ido modificándose en sus accidentes aunque no rigurosamente en su constitucion fundamental ó típica, que le es permanente. Tosco primitivamente en su naturaleza física, y envuelto en la estupidez y crasa ignorancia de entendimiento, cual en su primer estado es permitido considerarlo, hoy se le ve en alto grado trasformado y en todo sentido de adelanto, y continuará perfeccionándose en la futura sucesion de las edades, segun esa ley de progreso que más de una vez hemos tenido ocasion de indicar; ley que subsiste y obra desde el principio y en todo tiempo, y cuya verdad se ostenta muy marcadamente en todas las manifestaciones de la naturaleza.

El desenvolvimiento de la humanidad sobre la tierra en todas sus creces y fases desde el principio hasta nuestros dias, tal como cabe suponer en vista de las trasformaciones y renovaciones que tienen lugar en toda la evolucion de la naturaleza, ha podido hacernos comprender las múltiples peripecias y alternativas de adelanto y atraso, de contrastes, calamidades y miserias que habrán debido ocurrir en el trascurso del tiempo; y téngase entendido, que todo ello ha ido verificándose bajo la presion de fuerzas y estímulos de distinta índole, inherentes al ser humano. Pero sobre todo para el progreso y prosperidad que haya podido alcanzar, deben contarse entre sus principales agentes, la religion, la educacion y la historia del pasado, á la par que la contemporánea experiencia, tomando su punto de partida, su inicial impulso en la virtualidad propia del hombre, que será siempre la base y fondo de todos sus desarrollos en todos sus progresos de verdadero mérito.

M.

EL DISCURSO DEL SR. MONTERO RIOS. [1]

I.

Tanto como aflige el ánimo la contemplacion de los grandes medios, de los supremos esfuerzos que emplea la escuela ultramontana por retener en sus manos el cetro del mundo civilizado, el imperio moral y material de los pueblos, por ella envilecidos, por ella perturbados y devueltos á la esclavitud pagana, de que los redimiera el Evangelio; otro tanto consuela y hace vislumbrar relámpagos de esperanza, precursores de más bonancibles dias, el espectáculo que ofrece la conciencia individual revolviéndose acá y acullá con varonil empuje por sacudir el férreo yugo de absorbente y avasalladora teocracia y reconquistar los usurpados derechos. Hemos vivido siglos y siglos insidiosamente encadenados á una voluntad opresora creyéndonos bajo la tutela de una cariñosa madre, y ya era tiempo que los hombres supiésemos protestar con dignidad de esa menguada proteccion, de esa hipocresía secular, de ese comercio religioso que destruye la libertad humana y ahoga el espíritu cristiano.

Hundiéronse para no volver á levantarse los sombríos calabozos donde gimieron por largo tiempo y padecieron martirio los apóstoles de la libertad del pensamiento: apagáronse para siempre las hogueras que alimentó feroz intolerancia, creida de que podia calcinar y aniquilar las ideas como calcinaba y aniquilaba los cerebros en que habian sido concebidas. Hoy las persecuciones por causa de la conciencia han perdido aquel horrible y sanguinario carácter; y si es verdad que aun hay paises donde el Estado, á fin de mantener una aparente é interesada concordia con la Iglesia, impone á sus súbditos,

(1) Pronunciado en la sesion inaugural de la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislacion, celebrada el 30 de Noviembre de 1875.

más ó ménos directamente, determinadas creencias, esto no impide que de todas partes se oigan voces independientes, estallidos de la conciencia individual, que aspira noblemente á emanciparse.

El discurso del Sr. Montero Rios, soldado de la libertad, eminencia de la cátedra y del foro y honra de la tribuna española, es una de aquellas voces, levantándose enérgica y poderosa desde la presidencia de una corporacion sábia, para denunciar ante la opinion pública la série de usurpaciones que una tras otra han consumado los poderes espirituales de la Iglesia dentro de la órbita de los poderes civiles y del derecho comun, hasta venir á parar en el ultramontanismo moderno, y los males que esta calamidad social desataria sobre el mundo si en la presente crísis, la más tremenda que se registra en la historia de las convulsiones pseudo-religiosas, lograse el ultramontanismo la supremacía que pretende. Bajo ambos aspectos, la palabra del ilustre presidente de la Academia de Jurisprudencia y Legislacion, hábil, intencionada y lógica en el fondo sin dejar de ser respetuosa en la forma, es una gravísima acusacion, un continuado capítulo de merecidos cargos contra la insaciable ambicion de la Iglesia ultramontana.

Bien quisiéramos seguir al Sr. Montero Rios en cada uno de los párrafos de su discurso, á fin de que aquellos de nuestros lectores que no hayan tenido ocasion de leerlo pudiesen formarse una idea más ó ménos aproximada de su mérito é indisputable trascendencia y saborear las verdades en él profusamente vertidas; pero esto exigiria una larga série de artículos, impropia de una revista mensual de modestas pretensiones. Habremos de contentarnos con presentar un ligerísimo resúmen, y aun no habremos hecho poco si sabemos sintetizar ó resumir el discurso con acierto. Todos los hombres de buena voluntad hemos de tomar parte, cada uno segun sus fuerzas, en el vastísimo trabajo de devolver á las conciencias la calma perdida á causa de la confusion introducida en la fé por los traficantes de la religion cristiana.

Dos puntos, ambos de suma importancia para estudiar los conflictos religiosos que vienen amontonándose en nuestros

dias en los paises donde el catolicismo impera, abraza el tema del Sr. Montero Rios: el uno, que podemos llamar histórico, se refiere á la conducta observada por la Iglesia, al través de los tiempos, en sus relaciones con los poderes civiles y con la libertad individual; y el otro, filosófico y teológico á la vez, tiene por objeto establecer la mision que vino á llenar el Cristianismo, determinando el sentido de los más trascendentales pasajes de los documentos apostólicos. Aun cuando el distinguido orador enlaza y desarrolla simultáneamente ambos conceptos como formando uno solo, nosotros nos permitimos seperarlos para poder con mas facilidad y claridad espresar nuestra franca opinion, tanto respecto á las apreciaciones históricas del discurso, con las cuales estamos completamente conformes, como tocante á las filosóficas y teológicas, que, al parecer, se resienten algo de las corrientes políticas que soplan, poco favorables á la espansion legítima y racional del sentimiento religioso independiente.

Empieza el Sr. Montero Rios formando en cuatro pinceladas el boceto histórico de la iglesia primitiva, de la edad heroica del Cristianismo, cuando escarnecidos como locos y perseguidos como peligrosos y criminales los hijos de la nueva religion, suspiraban por la dulce, por la santa libertad que habia de poner sus conciencias al abrigo de las intrusiones y despojos del Estado. Los Apóstoles, intérpretes fieles del pensamiento de Cristo, protestan con frecuencia del despotismo religioso ejercido por el poder temporal, en nombre de Dios y de los derechos de su propia conciencia, á cada paso desconocidos y ménospreciados por los judíos y los representantes del Imperio, pero ciñéndose en todos sus actos de gobierno dentro del seno de las nacientes comunidades cristianas á lo estrictamente espiritual, sin invadir ni una sola vez la jurisdiccion civil, ni entorpecer la marcha política, cualquiera que ella fuese, de los poderes seculares. No piden ni desean ningun género de intervencion en los negocios públicos á título religioso, ántes por el contrario afirman el orígen divino de la autoridad secular y la independencia de sus atribuciones, é inculcan á los fieles la

obligacion inescusable de obedecerla y acatarla: lo que desean y piden es libertad, omnímoda libertad para adorar á su Dios, proclamando muy alto la incompetencia del Estado en todo aquello que solo tiene por objeto el régimen espiritual de las conciencias. Ni aun en lo puramente espiritual se atreven á desenvolver su accion con amplitud, temerosos de ofrecer pretestos de violencias á las potestades políticas, que quieren esterminar la nueva iglesia.

De suerte que la libertad religiosa cuenta sus primeros apologistas entre los mismos Apóstoles, que negaban al Estado el derecho de ingerirse en los negocios espirituales. Conviene no olvidar esto, ya para conocer á fondo las aspiraciones que alimentaba el cristianismo apostólico, ya para establecer ciertas comparaciones muy instructivas entre siglo y siglo, entre enseñanza y enseñanza, entre sacerdocio y sacerdocio. La sana doctrina de la separacion de los dos poderes, espiritual y secular, y por ende de la emancipacion de las conciencias, no muere con la primera generacion cristiana, ántes bien es defendida con entusiasmo por una falange de hombres ilustres en los fastos de la Iglesia, hasta los tiempos del emperador Constantino. San Ireneo, Tertuliano, Athenágoras y Lactancio en los siglos segundo y tercero la proclaman, sosteniendo que es impío y criminal separar al hombre del Dios de su eleccion: verdad clarísima como un rayo de sol, y que, sin embargo, la ambicion, el interés y el fanatismo de secta tienen la osadía de negarla aún en la época presente. Nótese bien: los cristianos de los tres primeros siglos piden la libertad que les falta de adorar á su Dios; mas sin pretender que el Estado haya de cohibir al judío ni al gentil en la posesion del derecho que los cristianos reclaman para sí y que consideran como derecho universal. Por aquel entónces la Iglesia padecia persecucion contínua de parte de los poderes seculares, que desconocian su legitimidad, y desde las catacumbas, desde los calabozos, desde los circos y ante los sagrados despojos de los mártires levantaba quejumbrosas acusaciones contra los brutales atropellos que aquellos poderes venian injustamente ejerciendo en las conciencias.

Pero viene el imperio á manos de Constantino, y la persecucion se trueca en proteccion, acaso en daño de los intereses morales de la Iglesia, cuyos derechos no necesitan proteccion sino respeto. Semejante proteccion del Estado implicaba desde luego la dependencia y subordinacion del ministerio eclesiástico, que pasaba á formar parte de las instituciones civiles, cuyo desarrollo se halla en todo caso sometido à la voluntad del César ó de la entidad abstracta de gobierno. En esta nueva situacion la Iglesia no ganaba la libertad por que tanto habia suspirado: sus derechos parecian mas bien un privilegio graciosamente concedido. Habian cambiado respecto á ella, como dice el Sr. Montero Rios, los sentimientos de su dueño; pero habia de continuar en su poder. La esclava perseguida se veia de pronto engalanada y objeto de las caricias de su voluntarioso señor, pero sin dejar de ser esclava.

Si este cambio pudo ser y fué en realidad favorable á los intereses temporales del sacerdocio, no así á los permanentes de la Iglesia, que al aceptar el privilegio habia de sentir menoscabada su soberanía y el magestuoso ascendiente que le daba la divinidad de su orígen. Dejaba de ser una institucion de carácter universal para serlo del Imperio, renunciando á su divino cosmopolitismo por un plato de lentejas, por una carta de ciudadanía en la capital del mundo. Ya los apóstoles no serán aquellos humildes pescadores á quienes Jesús recomendaba la pobreza en el ejercicio de sus funciones evangélicas: en lo sucesivo tendrán dos túnicas, llevarán báculo y alforja y participarán con los magnates y potentados del fausto y comodidades de la tierra. Una funesta solidaridad se establecerá entre la Iglesia y el Estado, ausiliàndose mútuamente ambos poderes para ahogar la conciencia individual, que mira ya de reojo las usurpaciones del segundo. Estas usurpaciones necesitan una sancion que en cierto modo las legitime ante los pueblos, y el Estado juzga que nadie mejor que la Iglesia podrá sancionarlas y legitimarlas. Caerán los altares de los ídolos; el incienso que en ellos arde se quemará en los altares de Cristo; las riquezas y el fausto de los sacerdotes de los dioses pasarán á manos de los nuevos sacerdotes, y en suma, la religion cristiana será la

religion romana, fiel aliada de los Césares, reemplazando al culto de los ídolos bajo la protectora mano del Imperio.

¡La iglesia espiritual de Cristo convertida en iglesia *oficial*, *protegida* por las potestades seculares! ¡Tan poco confiaba en la proteccion de las potestades de arriba, que aceptase la de los príncipes del mundo! ¡Declarar *oficiales* las manifestaciones de la conciencia y el ministerio de las almas! ¡Sancionar el Estado con su sello lo que sólo Dios puede sancionar y sellar! ¿No era mas hermosa la Iglesia llorando en las catacumbas que ataviada con las galas de la munificencia imperial? ¿No era mas libre en las prisiones que en las antesalas de los palacios? Perseguida, su jurisdiccion sobre las conciencias se ejercitaba en toda su plenitud; feudataria del poder civil, su accion espiritual habia de resentirse necesariamente de la opresora influencia del Estado.

Así vemos que desde Constantino una trasformacion profunda se opera en la organizacion y doctrinas de la Iglesia. Las potestades seculares la necesitan, y la halagan; y ella, viéndose halagada y juzgándose necesaria, ensancha los horizontes de su ambicion y exige del Estado el precio de sus servicios. Ambas jurisdicciones, la eclesiástica y la civil, se dan la mano, y al darse la mano procura cada cual invadir la esfera de accion de su aliada. Los obispos aparecen investidos de atribuciones y prerogativas propias de los magistrados civiles, y los emperadores se erigen en pontífices, intervienen en la disciplina de la Iglesia, convocan ó prohiben los concilios, toman asiento y participacion en las asambleas episcopales y se constituyen en supremos jueces de las cuestiones eclesiásticas y de la ortodoxia de las doctrinas. En la distribucion del botin, el Imperio, por el derecho del mas fuerte, se reservaba la parte del leon; y si permitia que los hombres de la Iglesia compitiesen en atribuciones con los mas altos dignatarios del Estado, no era sino á condicion de que el Emperador habia de asumir en caso necesario las más altas atribuciones de la Iglesia. En esta confusion de poderes el sacerdocio gana en riquezas y esplendor; pero resultan seriamente comprometidas la libertad de la Iglesia y la pureza de la fé.

El lenguaje de los defensores de la Iglesia en esta primera fase de su organizacion oficial no es tampoco el mismo de los apologistas de los tres siglos que constituyen la edad heroica, la grande epopeya del cristianismo evangélico. Sus razonamientos no se apoyan ya tanto en los derechos de la conciencia como en los derechos de las potestades eclesiásticas, y formulan por primera vez como sistema la teoría política de los dos poderes, el poder temporal de los príncipes y el sagrado de los pontífices, uno y otro de orígen divino é igualmente necesarios y respetables. Crecia rápidamente la influencia sacerdotal sobre la marcha política de los pueblos, y con su influencia su arrogancia, y se aproximaban los tiempos en que la Iglesia demandaria al Estado el ausilio material de la fuerza para imponerse y reprimir aquella misma libertad por la cual en vano habian suspirado los Apóstoles y sus inmediatos sucesores. Aun no habia fenecido el siglo cuarto, y ya la sangre humana se derramaba *en defensa de la fé.* Prisciliano y dos de sus sectarios fueron las primeras víctimas de la intolerancia religiosa, de aquella intolerancia que, andando los siglos, habia de horrorizar al mundo con sus crímenes.

Ni el mismo obispo de Hipona, San Agustin, que floreció por aquella época, pudo librarse de la perniciosa influencia que sobre los hombres de la Iglesia trajo aquella confusion de prerogativas y poderes, llegando á justificar y aconsejar el empleo de la fuerza en las esferas religiosas. Su indisputable autoridad contribuyó no poco al establecimiento definitivo del despotismo religioso, que concluyó por alzarse con el señorío de las conciencias, encadenándolas á la voluntad suprema de la Iglesia por mano de los príncipes y potestades temporales. Sin embargo, subsistia aun en los escritores eclesiásticos la independencia de la jurisdiccion civil en sus relaciones con la jurisdiccion episcopal, y las invasiones de la segunda se consideraban no como hijas del derecho, sino como privilegios piadosamente conferidos.

Pero estas concesiones del Estado, aun siendo interesadas y egoistas, habian naturalmente de redundar y redundaron en incremento del poderío clerical. Los pontífices, dan-

do al olvido que el reino de Cristo no es de este mundo, se ciñeron las llaves, símbolo de su mision sobre las almas, y empuñaron el cetro de los reyes de la tierra. La Iglesia tuvo política propia, y ya no se recataba de oponerla á la política de los príncipes cuando estos querian recordar las antiguas tradiciones del Imperio para ingerirse en los asuntos eclesiásticos. Iba asimilándose las concesiones é inmunidades convirtiéndolas en derechos propios, que pasaban á constituir parte de su cuerpo de doctrina. Y miéntras rechazaba resueltamente las intrusiones civiles en el régimen eclesiástico, no consintiéndolas sin protestar sino cuando las consideraba beneficiosas á sus fines é intereses, rebasaba sin escrúpulo los límites de su jurisdiccion propia haciendo objeto de sus cánones puntos que eran de la esclusiva competencia del Estado. Tal fué la política de la teocracia en el curso de la edad media, segun resulta de los concilios y apologistas de aquel tiempo.

La Iglesia aspiraba nada ménos que á la sumision completa de las potestades seculares, que es como si dijéramos al dominio político universal. No le bastaba imperar sobre las conciencias, y llevaba su ambicion al monopolio de los negocios temporales. Ya en los albores del siglo décimo cuarto, Bonifacio VIII establecia en una de sus constituciones contra Felipe el Hermoso, que este mandó quemar públicamente, tan peligrosa tendencia. «La espada espiritual, decia Bonifacio, se maneja por el sacerdote; la temporal por la mano de los Reyes, pero *á discrecion del sacerdote.* Conviene, pues, que una espada esté bajo la otra y la autoridad temporal sometida á la espiritual...» «Por lo tanto *declaramos que está sometida al Romano Pontífice toda criatura,* y así lo decimos, definimos y pronunciamos *como absolutamente necesario á la salvacion.*» Declaró destronado al Rey de Francia, y ofreció sus Estados al que muerto ó vivo lo entregara á la autoridad pontificia. Las constituciones de Bonifacio VIII contra Felipe el Hermoso pueden considerarse como el mote de guerra del ultramontanismo en los siglos medios de la historia para satisfacer su desapoderada ambicion.

Al comenzar la edad moderna, recibe el ultramontanismo un poderoso refuerzo con la institucion de la Compañía de Jesús. La ambicion teocrática tendrà sus mas activos y esforzados campeones en los soldados de Loyola. Su santo y seña será la supremacía de la Iglesia sobre todas las potestades seculares y la voluntad pontificia sobre todos los derechos. Unos, como Alejandro Bozio, sustentarán que el Papa es por derecho divino señor de todo el mundo, árbitro de hacer y deshacer, ratificar y anular las leyes civiles y los estatutos de los príncipes, disponer de las coronas y transferir los imperios. Otros, como Carrerius, que al Papa corresponde toda la tierra, y que los reyes no son sino sus servidores ministeriales. Y otros, por último, como Sá del Rio, Heissius, Valencia, Toledo, Tanner, Becan, Gretzer y Mariana, pasando por encima de los preceptos evangélicos y de todo sano principio de moral, llegaràn á legitimar la abominable doctrina del regicidio.

Los ultramontanos de nuestros dias no van en zaga á sus maestros de los siglos pasados en eso de querer hacer la felicidad del mundo bajo el *suave* cetro de la iglesia oficial. Su programa puede compendiarse en esta frase: *Todo por el sacerdocio y para el sacerdocio*. El Papa sobre el Estado, así en el órden espiritual como en el político, y el Papa y el Estado juntos sobre los derechos de los pueblos y los fueros de la conciencia, hasta llegar á la edad de oro de las futuras generaciones, en que *la Inquisicion ofrezca el espectáculo sublime de la perfeccion social*, he aquí la fórmula de las aspiraciones teocráticas del siglo. Para llenarlas y continuar su dominacion en la tierra, apresta el ultramontanismo todos sus soldados á la batalla decisiva. El fragor de las armas se oye ya entre nosotros de la parte de acá del Pirineo, y tal vez mañana resonará por toda Europa. Pero los tiempos son otros, y nadie ignora que no se pelea por la religion sino por el afan de dominio y de riqueza. La libertad individual no puede perecer, y triunfará de sus irreconciliables enemigos tan pronto como se inspire en los principios verdaderamente cristianos, esencialmente opuestos á las corruptoras doctrinas de la escuela ultramontana.—J. A.

VARIEDADES.

INSTRUCCIONES POPULARES.

La moral es la regla de las costumbres; es la ciencia que nos enseña el modo de vivir y obrar. Definese tambien la ciencia que nos enseña nuestro fin, el fin para el cual hemos sido creados, y los medios de alcanzarlo. Llámasele asimismo la ciencia de nuestros deberes; la que nos enseña á hacer el bien y evitar el mal.

La moral obedece à una ley suprema, cuyo cumplimiento no puede verificarse sino por seres libres. Cuanto mas libre, cuanto mas instruido es el hombre, mayor responsabilidad tiene en dicho cumplimiento, pues dispone de mas medios.

Dentro de la libertad tiene el hombre deberes que cumplir, esto es, actos que la razon nos manda ejecutar, y otros que nos prohibe, y eso sin ninguna presion estraña, asi como prescindiendo de todo premio ó castigo. Hay pues en nuestras costumbres dos clases de actos: los que obedecen á la ley suprema que hemos de seguir para llegar al fin señalado á nuestro ser, y que llamamos BIEN: llámase MAL todo lo contrario.

La MORAL INDIVIDUAL abarca los deberes para con nosotros mismos.

Desde luego es un deber cuidar nuestro cuerpo, instrumento del espíritu.

Está fuera de la ley, y por consiguiente fuera de las disposiciones del Criador, el martirizarse uno à si mismo, sufrir voluntariamente algun mal si no ha de redundar en provecho de alguno, y tambien no evitar ó no cuidar las enfermedades que se nos vienen encima.

Asi como exponer la vida en beneficio de la patria ó para sacar al pròjimo de un peligro inminente es una virtud que todos reconocemos, asi tambien es locura el imponerse castigos ó privaciones con el único y mal acertado fin de agradar à Dios, ó de reparar algun estravío. Dios no ha de quedar satisfecho por que se haya infringido su ley, ni es tampoco de esta manera como puede el pecador redimir sus faltas.

Que es una locura buscar sufrimientos inútiles, de sobra lo

tiene probado la esperiencia: sabe todo el mundo que los padecimientos corporales ponen trabas á la voluntad lo mismo que á la inteligencia, y que hasta pueden aniquilarlas.

Por lo tanto, no solamente hemos de procurar no padecer voluntaria ó involuntariamente, si que tambien estamos en la obligacion de buscar los medios para que no se acerque el mal, y se desarrolle el cuerpo, á fin de que pueda prestar mayor servicio á su director el espíritu.

Con este fin hemos de dirigirnos á la higiene natural á lo menos, ciencia al alcance de todos, que nos señalará el camino por donde encontraremos una virtud llamada *templanza*.

La templanza es la medida de que se debe valer el cuerpo para no tomar sino lo que le es útil ó necesario. Extralimitarse en las necesidades de la naturaleza es violar sus leyes; y el que tal obra, se convierte en su propio verdugo: sabe instintivamente que halagando sus sentidos trabaja en su ruina; si no se detiene, si no escucha su razon, acaba por desoir hasta la voz de la misma naturaleza, y cae mas bajo que la bestia, puesto que entonces ni siquiera sabe hacer uso del instinto. Cuantas veces hemos visto al hombre en semejante estado de embrutecimiento, le hemos mirado con pena, al considerar que aquel ser habia dejado así de pertenecer á la categoría humana, y pasado á la del bruto.

Si reconocemos que es deber nuestro mirar por la salud del cuerpo, con mas motivo procuraremos por la conservacion de la vida. El suicidio es pues una infraccion de la ley de la moral.

Cuando estamos padeciendo y no prevemos un alivio ó el término de nuestros dolores; cuando la vejez nos abruma bajo el peso de los achaques; decimos que no somos buenos ya para nada; que no hacemos mas que estorbar, y que mas valdria dejar de existir. Olvidamos que estamos pasando aquí una vida de pruebas, y que, casi siempre, los padecimientos no son sino el fruto de nuestros estravíos, de nuestras infracciones de la ley; en cuyo caso, por mas que nos pese, justo es que paguemos por las faltas cometidas.

Si han venido los males sin inmediata provocacion por parte nuestra, bastará pensar que el Padre, cariñoso, justo y bueno por excelencia, no nos pone en aquel estado por el mero capricho de hacernos sufrir, y que, por consiguiente, todos son castigos merecidos, aunque no podamos darnos cuenta de ello; decimos mal: queda perfectamente aclarada la cuenta al admitir la innegable preexistencia.

A los padecimientos morales aplícanse tambien las consideraciones expuestas con referencia á los físicos: si nos sucede alguna desgracia, hemos de llevarla con resignacion; y si fuese el resultado de alguna mala accion, procuraremos enmendarnos y reparar en lo posible el daño que hayamos podido hacer.

Confesemos nuestras debilidades, progresemos por medio de la espiacion y de la reparacion, y poco á poco irá acrisolándose nuestra conducta.

Nuestros deberes para con el cuerpo tienen necesariamente relacion con los que se nos prescriben para con el alma. Estos como aquellos dimanan de la ley, que nos manda adelantar sin tregua hácia la perfeccion.

No pudiendo nosotros dar un paso provechoso sin el libre ejercicio de nuestra voluntad, lo que hemos de hacer desde luego á favor del alma es conservar y desarrollar dicha facultad. Igual cuidado tomaremos en cuanto à la razon, pues ella es la que dirige nuestra vida é ilustra la conciencia.

No bastan la voluntad y la razon como guias del hombre: este es ante todo y sobre todo un ser sensible, y necesita del sentimiento, del amor, para comprender lo grande, lo hermoso del bien, al cual algunas veces tiene que sacrificar sus intereses, sus placeres y aun sus mas tiernas afecciones. Para nuestro adelanto moral, el sentimiento es un imprescindible auxiliar de la razon y de la voluntad. «El sentimiento lo es todo, y por lo mismo està »al alcance de todos. Es mas que la ciencia, porque la ciencia la »hallaréis en los caminos de los impios como en los senderos de »los justos; y es mas que el bien obrar, porque tambien los ma»los hacen à veces obras buenas. El que realmente siente, hace, »si le es posible, las obras del sentimiento; y aún cuando, por no »serle posible, no las haga, ante la ley le son reputadas como he»chas é imputadas á justicia.»

Conocidos los deberes que nuestras facultades requieren, resta saber el modo de llenarlos.

El desarrollo de la voluntad es enteramente obra de la misma voluntad. Consiste en que se haga ella independiente del interés, de la pasion, de los halagos del amor propio, mas peligrosos á veces que los de la codicia ó de la sensualidad; y en que uno no vea de superior á ella sino los mandatos de la razon y de la conciencia. Este dominio de la voluntad sobre los impulsos impremeditados del alma y de los sentidos, ó sobre las miras interesadas del egoismo, es lo que se llama génio, carácter: vale más el hombre por su carácter, que por las prendas mas relevantes de su inteligencia; pues estas son hasta cierto punto prestadas, mientras el carácter es nosotros mismos, lo que hay de mas personal en nosotros.

Mas ¡ay! cuanto tiempo y cuanta vigilancia ejercida de un modo inflexible sobre nuestros pensamientos y actos se necesita para adquirir un grado algo elevado de libertad y de sosiego interior! Consiguese, sin embargo, con más ó ménos tiempo, segun la firmeza de nuestros propósitos.

De nosotros depende tambien el desarrollo de la inteligencia, pues se verifica por medio del estudio, del trato con nuestros semejantes, de la lectura de los buenos libros.

La instruccion que recibimos de los demàs tiene que perfeccionarse y completarse por medio de nuestra propia observacion. Cuando comprendemos que vamos á cometer una accion vituperable, y es fácil conocerlo, puesto que de ello nos avisa la concien-

cia, procuremos ahogarla en gérmen para evitar el trabajo mayor de desarraigarla, si la dejamos tomar pié.

Dirijamos nuestros sentimientos hácia lo bueno, lo bello, hácia el amor y la justicia, hácia el santo ardor de una fé que la razon hará inquebrantable. Entreguémonos á las dulces emociones del desprendimiento, de la caridad, camino el más recto y seguro para llegar á la felicidad que con afan buscamos todos.

Hay para el hombre una obligacion, llamada trabajo, que participa de los deberes inherentes al cuerpo lo mismo que al alma.

El trabajo es un deber absoluto, universal, impuesto á todos los hombres sin escepcion. Nadie podria negar la necesidad del trabajo, puesto que á él debemos cuasi todo lo que sirve para alimentarnos, abrigarnos, protegernos y asegurar nuestro bienestar, siendo al mismo tiempo un ejercicio útil al desarrollo y conservacion de nuestras fuerzas. No es menos necesario al perfeccionamiento de nuestra alma, ya que sin él no podríamos instruirnos ni proporcionarnos el descanso del espíritu, medios indispensables al cultivo del corazon y de la mente. El hambre, el frio y demás privaciones nos arrebatan hasta el mismo sentimiento de nuestra dignidad moral, máxime cuando son el fruto de la pereza.

La division del trabajo ha creado un sinnúmero de oficios y profesiones que no necesitan iguales aptitudes intelectuales, ni igual grado de fuerza. El hombre no puede emplearse indistintamente en todos. Sus facultades intelectuales ó físicas y su posicion social le habilitan con preferencia para tal ó cual.

Cada uno, en el inmenso taller de la sociedad, elige la tarea que está mas á su alcance, que le parece mas conveniente ó mejor adecuada á sus gustos y aptitudes. Cualquiera que sea, con tal que se la reconozca útil y honrada, hay que cumplirla concienzudamente. No hay profesion, por modesta y humilde que sea, que no se enaltezca por los sentimientos de honradez con que se la desempeña, así como, por mas brillante que sea, que no se empañe y rebaje por lo vil y rastrero de los sentimientos de aquel que no la ejerce como debe. Cuanto más vale el hombre, tanto más vale el oficio ó cargo que desempeña: sobre este último recae el aprecio y el respeto que ha sabido granjearse la persona.

Es por medio del trabajo como podemos llevar á cabo las demas obligaciones. La actividad, el cuidado, el ahorro y la satisfaccion que trae consigo, son bases sólidas de la moral humana, esto es, del amor al órden y del respeto á las leyes. La ociosidad, llamada madre de todos los vicios, suele ir acompañada del descontento y la insubodinacion.

J. B. C.

MISTERIO.

Cuentan que Dios por su mano
formó y puso en el Eden
al primer hombre, de quien
arranca el linaje humano;
que le nombró soberano
de la terrestre mansion,
sin otra limitacion,
para probar su obediencia,
que un árbol, el *de la ciencia*,
con fruto de perdicion.
Adan miró con placer
el emponzoñado fruto,
del cual un reptil astuto
hizo plato á la mujer:
del mirar vino el comer,
y del comer.... ¡oh! qué afan!...
la muerte vino en Adan
á cuantos trás él vinieron,
así á los hombres que fueron,
y á los hombres que serán.
¿Por qué, si perfecto era
nuestro primer ascendiente,
se convirtió en delincuente
à la tentacion primera?
¿De qué racional manera
puede esplicar la razon
tamaña contradiccion,
si descubre en el efecto
el gèrmen de lo imperfecto
en la misma perfeccion?
¿Por qué ley, si Adan pecó,
pequé yo tambien en él,
y pecó asimismo aquel
á quien Dios áun no crió?
Si así fuere, juzgo yo
que se come sin comer,
que se nació sin nacer,
que se peca no pecando,
que se dà vida matando
cuando el no ser pasa á ser.
Justo fuera y racional,
si no supiese á heregía,
tomar como *alegorìa*
el pecado original:

más, católico formal,
y en ello no hay vituperio,
cierro los ojos muy serio
y esclamo: ¡la fé!... la fé!...
todo se esplica y se vé
con la palabra *misterio.*

Al reanudar EL BUEN SENTIDO sus tareas, terminada ya la suspension impuesta por la primera autoridad de la provincia, cumplimos con el deber de dar las gracias por sus espontàneos y generosos ofrecimientos á aquellos de nuestros colegas que nos han ofrecido sus columnas para la propaganda cristiana que venimos haciendo desde nuestra aparicion en el estadio de la prensa. Lo que en el espacio de algunas semanas no hemos podido hacer por medio del periódico, lo hemos hecho con la palabra y la correspondencia privada, pudiendo asegurar que la buena semilla se propaga de una manera prodigiosa. ¿Qué importa que EL BUEN SENTIDO se vea interrumpido en su marcha, si las doctrinas que sustenta, que son las del cristianismo original, arrollan todos los obstàculos y penetran por medios providenciales en la conciencia del pueblo?

*
* *

«Así como la Biblia ha sido completada por el Evangelio, el Evangelio serà completado por otra revelacion, la revelacion del Espíritu Santo, en cuyo seno renacerá mas puro el universo y se purificarán, como en resplandores etéreos, nuestras oscuras almas.»—Castelar.—«Un templo del arte.»

«Nosotros contamos la vida solamente desde que hemos tenido conciencia de nuestro sér. Pero es mucho màs dilatada y màs larga. Como hemos existido àntes de que tuviéramos memoria de nuestra existencia, hemos existido àntes de nuestra vida humana..... Como la tierra boga en el éter, el alma boga en Dios.»—Castelar. —«Las verdaderas trasformaciones.»

¡Tercera revelacion! ¡Preexistencia del alma!..... ¡Locuras! diràn los espíritus fuertes, los *despreocupados* del siglo. ¡Heregías! esclamaràn los mercaderes del templo.

Sin embargo..... *la tierra se mueve.*

*
* *

Agradecemos à la *Revelacion* de Alicante el bien sentido artículo que con motivo de la suspension de nuestra revista publicó en su número de Noviembre. Con gusto lo trasladaríamos á las columnas de EL BUEN SENTIDO, como otros muchos trabajos de indisputable importancia que ven la luz en la *Revelacion,* animoso defensor de la moral evangélica; pero nos vemos obligados re-

nunciar á tan agradable y provechosa tarea por razones de prudencia fáciles de adivinar. Tenemos un saco de verdades en reserva para cuando la verdad sea moneda de fácil circulacion: entre tanto diremos lo que podamos decir y publicaremos lo que podamos publicar.

*
* *

Del *Boletin oficial* de esta provincia, correspondiente al 8 de Noviembre próximo pasado, tomamos las siguientes líneas, acerca de las cuales llamamos la atencion de nuestros lectores.

«En Lérida á los veinte dias del mes de Octubre de mil ochocientos setenta y cinco.

«Reunida la Junta de Instruccion pública bajo la presidencia de D. Francisco Valcárcel y asistencia de los Sres. Vocales Ferrer, Llinás, Inspector, Sanchez, Agelet, Freixa, Martorell, leyóse el acta de la sesion anterior y quedó aprobada.

«Seguidamente dióse cuenta..... etc. etc.

«Al informe pedido por el mismo Rectorado sobre las ideas religiosas y conducta de los Maestros que se citan en el expediente que está instruyendo por disposicion del Gobierno de S. M., acordó contestar que parece indudable han pertenecido y se cree que continúan perteneciendo al Círculo Cristiano Espiritista de esta capital el Director y segundo Maestro interino de la Escuela Normal D. Domingo de Miguel y D. José Amigó y Pellicer, siendo un hecho que ambos con otros varios firmaron una manifestacion colectiva dirigida al Presidente del Círculo Espiritista de Madrid, publicado en los periódicos políticos, no siéndolo ménos que el segundo publica artículos bajo su firma en la Revista mensual que sale á luz en esta capital titulada «El Buen Sentido»; pero que no consta á la Junta que en la cátedra hayan hecho propaganda espiritista, si bien que no se recatan de *hacer la fuerza de ella* entre toda clase de personas, inclusas de una manera especial las pertenecientes al profesorado de primera enseñanza. Etc.»

Tiene razon la Junta: el Director y el segundo Maestro de la Escuela Normal pertenecen al Círculo Cristiano de Lérida, y se honran con ello; firmaron una manifestacion colectiva, una profesion de fé cristiana, y la volverian á firmar, porque pertenecen al número de aquellos que no niegan sus honradas convicciones; escriben en la revista mensual EL BUEN SENTIDO, y se congratulan de contribuir con ello á popularizar los sanos principios evangélicos. Todo esto es cierto, y si la Junta necesita el testimonio de los mismos interesados, sospechamos que no le ha de costar mucho trabajo el obtenerlo. Lo que carece de verdad es que se hayan prevalido de la influencia que tengan entre los Maestros para imponerles sus creencias religiosas, como parece pretenden significar las palabras que dejamos arriba subrayadas. Harto conocidos tienen los males que ocasiona la imposicion arbitraria de las creencias para que pretendan *hacer fuerza* de las suyas.

A todo esto el *Diario Español* y otros periódicos ministeriales repiten todos los dias que á ningun español se le molesta por motivos religiosos. ¡Si seremos estrangeros los cristianos!

*
* *

Hemos recibido los primeros números de *La Instruccion Pública,* revista general de enseñanza, pedagogía, bibliografía, ciencias, literatura y artes, que se publica quincenalmente en esta capital y cuya redaccion se halla establecida en Madrid. Á juzgar por dichos números y por los propósitos que manifiesta, no dudamos que será una de las mejores revistas de su clase, por cuyo motivo creemos que no le ha de faltar el favor del Profesorado en general. El nombre de su Director, que lo es el reputado escritor D. Pedro de Alcántara García, es garantía segura de que *La Instruccion Pública* no será uno de tantos periódicos como se publican sin gloria y sin utilidad. Dámosle la bienvenida.

*

Tambien hemos recibido *El Comercio Español* y *La Velada,* que ven semanalmente la luz el primero en Madrid y el segundo en Alicante. Consagrado el primero á la defensa y fomento del comercio y de la industria, viene á satisfacer una necesidad sentida desde mucho tiempo, principalmente por las clases mercantiles, que no contaban en la prensa con un órgano esclusivamente dedicado á representar sus intereses. La favorable acogida que la opinion le ha dispensado demuestra el buen acierto é inteligencia con que llena su cometido.

La Velada, periódico literario, entre cuyos colaboradores figuran publicistas y poetas tan ilustrados como Castelar, Hartzenbusch, Campoamor, Blasco, Trueba, y otros muchos de señalada reputacion, hace concebir fundadas esperanzas de que abundará en esquisita y variada lectura. Le deseamos, como al *Comercio Español,* larga vida y abundante cosecha de suscritores.

Administracion del *Comercio Español*: Jacometrezo, 27, 2.°.—En provincias 7 reales trimestre.

Administracion de *La Velada*: Castaños, 18, pral.—En provincias 3 pesetas trimestre y 5 semestre.

*
* *

La guerra civil ha terminado por fin en Cataluña. Las huestes, aquellas arrogantes huestes del Altar y del Trono, que, como los hunos de Atila, dejaban detras de sí un rio de lágrimas y de sangre, se han disipado como el humo. Un hombre, la ambicion de un solo hombre, inicuamente fomentada por aquellos que se prometian hacerla servir á sus propósitos de dominacion y medro y encadenar una vez más la nacion española, ha arruinado el país y llevado el luto al seno de miles de familias. Cataluña, España entera se acordará por muchos años del hombre fatal, del príncipe

de derecho divino, que, pretendiendo simbolizar el principio cristiano, entregó los hombres al degüello, los pueblos al saqueo, los campos á la devastacion y las mujeres á la infamia.

¿Qué se han hecho aquellas legiones de ángeles que, al decir de ciertos predicadores belicosos, habian de batallar al frente de los religiosos ejércitos del pretendiente para abrirle las puertas del real alcázar y aniquilar á sus liberales enemigos? ¿De què han servido tantas rogativas *pro rege nostro*, tantos donativos y tantas seducciones? *Clamate voce majore*, diremos con el profeta Elias; gritad con voz mas fuerte; porque vuestro Dios probablemente esta dormido.

No olviden los pueblos que el gérmen de las guerras civiles es la ignorancia: un pueblo ilustrado jamás se deja esplotar ni seducir por algunos miles de hipócritas, que hacen de la religion la máscara de sus torpes é interesados manejos. Un pueblo ilustrado sabe distinguir entre la religion y el fanatismo, y no se presta á cábalas religiosas que no tienen otro fin que la preponderancia de ciertos hombres en perjuicio de los demás.

¡Quiera Dios que la dura leccion que han recibido y reciben aun los pueblos, principalmente los de las provincias del Norte y Cataluña, no sean perdidas para el porvenir! Aprendan á conocer sus verdaderos intereses, y á no dejarse arrastrar por los que, prometiéndoles el cielo, los hacen infelices en la tierra. Que el cristianismo no es la guerra, y no es ministro de la palabra de Jesús aquel que predica la rebelion y la discordia. *Amaos los unos à los otros y adorad à Dios:* esta es la predicacion del sacerdote cristiano.

*
* *

Parece que el *Sentido Comun* ha dejado de publicarse. Lo sentimos por él y por nosotros: por él, porque ha abandonado la lucha, dejando en pié lo que se habia propuesto destruir: por nosotros, porque nos servia de poderoso auxiliar, pues las tinieblas contribuyen á hacer resaltar la hermosura de la luz. Deseámosle que resucite de entre los muertos, aunque sea encarnando en la *Verdad Leridana*, en castigo de aquel orgullo *científico, histórico* y *filosófico* de que hizo tanto alarde en su última existencia.

Porque has de saber, lector, que en Lérida se publica una *Verdad* especial, recienvenida de Estella con el correspondiente indulto en el bolsillo, una *Verdad Leridana*, que así nació en Lérida como por los cerros de Ubeda. Se titula periódico *católico, científico* y *literario*, y en el primer número se descuelga con que «Dios es *demasiado* condescendiente con *los inmerecedores à* todo bien», modo de decir no muy católico que digamos. ¡Pero que ciencia! ¡pero que literatura! «Circunstancias voraces y candentes», «impulsos de lenitivos», «vértigos feroces de la naturaleza», «destinos rígidos», «cadáveres por cuyas *alterias* y venas ya no circula la sangre», «cárdenos labios de la naturaleza», «huesos humanos calcáreos que regeneran al hombre», «lenitivos que vencen al mundo,»

«penumbra que es luz radiante,» «Isaac inmolado *con* la leña», «símiles proporcionales», «aromas de olores», «copas perversas»; todas estas bellezas científicas y literarias, y otras mil con que podríamos fatigar la paciencia del lector, á la *Verdad Leridana* pertenecen, como el hijo pertenece á su madre, como el fruto pertenece al árbol, como los efluvios luminosos pertenecen al sol que nos los envia.

Huid ¡oh musas! ¿qué haceis?
Y hasta Rusia no pareis,
Aunque os coja la epidemia.

¡Oh *Verdad Leridana*! Tu primer artículo católico, científico, literario, piramidal, merece andar en mármoles y bronces para gloria del presente siglo y provecho de los siglos venideros. Las *razfagas eferbesentes* de su luz *razgarán* todos los *Orizontes* y volverán á la vida al *devil* linaje humano, *aspirante* entre los *señudos* nubarrones que *bagan espersos* en el cerúleo firmamento. *Dixi.*

*
* *

Afortunadamente no ha resultada cierta la muerte de nuestro colega local el *Sentido Comun*, ó, si murió, ha resucitado en su propio cuerpo, como resucitaremos todos en el célebre valle de Josafat. Quien, segun parece, ha muerto de veras, es la *Verdad Leridana*, y no á mano airada como suelen morir los periódicos en los buenos tiempos que corremos, sino de ingratitudes y frialdades. Sèale la tierra ligera.

*

Gloríase el *Sentido Comun* en su último número de haber neutralizado *en gran parte* la propaganda espiritista en esta provincia. Y efectivamente: cuando apareció el adalid ultramontano á combatir, derribar y pulverizar el espiritismo, no se celebraban, que sepamos, reuniones de cristianos espiritistas sino en la capital, y hoy se cuentan por docenas los pueblos de la provincia donde la buena semilla ha penetrado y fructificado dando orígen á la formacion de muchos grupos dedicados al estudio y propaganda del cristianismo de Cristo. Cuando apareció el colega á declamar contra la zizaña de los libros espiritistas, acaso no circulaban un centenar de ellos por los pueblos, y hoy no bajan de algunos miles los que llevan la verdad á todas partes. Continúe el *Sentido Comun* prestándonos su eficaz cooperacion como hasta aquí, y al paso que andan las cosas confiamos ver realizada, sin imposicion de nadie, la *unidad cristiana* en la provincia.

*

He aquí los triunfos obtenidos por el *Sentido Comun* en su campaña contra los cristianos espiritistas de la provincia:

1.° Retractacion, *impuesta* por las circunstancias, de cuatro ó cinco maestros de instruccion primaria cristianos espiritistas, com-

pensada con la adhesion *voluntaria* de otros en número considerable;

2.° Suspension de empleo y sueldo del Director y segundo Maestro de la Escuela Normal y de un Maestro de Escuela pública, á quienes la suspension no ha hecho vacilar un momento en sus cristianas convicciones;

Y..... nada más.

Orgulloso puede estar de sus triunfos el órgano de los ultramontanos. Podrá no tener razon, pero tiene buenos puños. Sus argumentos se dirigen al estómago y no al entendimiento del adversario. La cuestion es vencer, y para el caso tanto monta que sea en batalla campal, como sitiando por hambre al enemigo.

*
* *

En el número de EL BUEN SENTIDO correspondiente al mes de Setiembre, pág. 114, lín. 8.ª, donde dice *descubrimiento* léase *derrumbamiento;* y *Carlo-Magno* en lugar de *Alejandro Magno*, en la pág. 116, lín. 3.ª

ADVERTENCIA.

Con el presente cuaderno termina el abono de los suscritores de semestre. A los que no avisen en contra, se les irán remitiendo los cuadernos sucesivos, entendiéndose que continúan como suscritores. A los de fuera de la capital que no hayan abonado todavía el importe de sus suscriciones, les rogamos se sirvan hacerlo á la mayor brevedad; pues han de comprender que EL BUEN SENTIDO no cuenta con otros medios para sostenerse que con el favor que el público le dispensa y el producto de las suscriciones.

Debemos tambien advertir que no se servirá ninguna suscricion á los cuadernos correspondientes al segundo semestre sino se hubiese abonado antes el importe de los que corresponden al primero: es decir, que los nuevos suscritores deberán serlo por todo el año de la publicacion, en cuyo caso se les servirán, al tiempo de suscribirse, todos los cuadernos publicados.

EL ADMINISTRADOR.

LÉRIDA.—IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.—1875.

EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO I. Lérida, Abril de 1876. Número VII.

SUMARIO.—Advertencia.—«La Sávia del Cristianismo,» por J. A.—«La Humanidad y su Educacion,» por M.—«El discurso del Sr. Montero Rios,» por J. A.—«Variedades.»

ADVERTENCIA.

Secuestrada por el señor gobernador civil de esta provincia la edicion del cuaderno de EL BUEN SENTIDO correspondiente al mes de Febrero, y condenado despues el periódico á veinte y un dias de suspension por el tribunal de imprenta, y el Director al pago de las costas del juicio, reproducimos en el presente cuaderno todos los escritos publicados en el denunciado y condenado, suprimiendo las frases y conceptos que figuran en los considerandos del fallo como motivos de la suspension, á fin de evitar un nuevo percance. Como estos tropiezos nos acarrean perjuicios y gastos de consideracion, rogamos á los suscritores de fuera de Lérida que aun no hubiesen abonado el importe de sus suscriciones, se sirvan hacerlo á la mayor brevedad, teniendo en cuenta los sacrificios pecuniarios que exige de nosotros el continuar la publicacion de EL BUEN SENTIDO.

LA ADMINISTRACION.

LA SÁVIA DEL CRISTIANISMO.

IV.

El sermon de la montaña está henchido de espíritu democrático: es la espresion mas pura de la igualdad derramándose á manera de bálsamo consolador sobre todos los desheredados, sobre todos los afligidos y opresos, y la condenacion mas terminante de todos los privilegios y de todas las tiranías. La palingenesia cristiana aparece en su orígen rompiendo la cadena del esclavo, y devolviendo al hombre con su libertad los fueros inalienables de la dignidad humana, conculcados y escarnecidos desde el nacimiento de las primeras sociedades en perjuicio de los débiles y humildes. Los que tenian los ojos clavados en la tierra de sus sudores, de sus penas y de sus lágrimas, los levantan al cielo de las promesas de Cristo; y los que los tenian puestos en el cielo de su orgullo, doblan confusos la cerviz, y los abaten á la tierra de sus liviandades y miserias. Se ha oido una voz que ha modulado las olvidadas armonías del sentimiento y despertado las conciencias, suave para los unos como el fresco soplo de la brisa, y terrible para los otros como el amenazador silbido del aquilon.

No va Jesús á buscar la divina inspiracion bajo la arqueada y magestuosa bóveda del templo. Allí dirige sus pasos para confundir á los doctores y sabios ó arrojar de él á los mercaderes; mas para hablar la palabra de Dios y mostrar á las gentes los senderos de la vida, el templo de su eleccion es el universo, la bóveda el firmamento, la cátedra el monte, y el altar el corazon del sencillo pueblo, que le escucha absorto y alborozado. ¡Cuánto hay que meditar en todo esto! ¡Qué de reflexiones, qué de comentarios, qué de inquietudes y tristes presentimientos no surgen en la mente y el corazon al retroceder hasta la cuna del Cristianismo para venir á estudiarlo en sus desarrollos posteriores!

Diez y nueve siglos de luz y tinieblas, de virtudes y vi-

cios, de verdades y errores, nos separan de Jesús y del monte de Galilea, dónde aquel empezó á derramar los tesoros de amor, de sabiduría y de fé, que le confiára la paternal solicitud de su Padre y nuestro Padre, de su Dios y nuestro Dios. Si queremos volver al Evangelio, que es el Cristianismo original, necesario será que bebamos las cristalinas perlas de la revelacion divina en el regenerador manantial de los labios de Jesús. ¿Á quién mejor que á Cristo podemos volvernos para inquirir la sancion de las creencias cristianas? Los sagrados ecos de su predicacion se deslizan todavía por las vertientes del monte de Galilea.

Despues de mostrar al pueblo en las Bienaventuranzas el purísimo ideal de la perfeccion del espíritu, continúa instruyéndolo en las verdades morales ó religiosas indispensables para obtener la salvacion. No basta, dice el Maestro, el precepto que se os dió en la ley antigua: *No matarás*: mas yo os digo que todo aquel que se enojare con su hermano, ó se burlare de él, ó le injuriare de palabra, no verá el Reino de Dios hasta que haya reparado la falta y devuelto á su hermano el sentimiento de amor que debe reinar entre los hombres. Por tanto, si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí recordases que alguna enemistad te separa de tu prójimo, deja la ofrenda y corre á reconciliarte con él; que la mejor de las ofrendas en la presencia del Padre es el abrazo fraternal que proviene del perdon ó de la reparacion de las ofensas. No aguardes á reparar ó perdonar las injurias; pues si desgraciadamente para tí la muerte te sorprendiere en los caminos del odio ó de la mala voluntad, tu castigo será terrible y tan duradero como tu inicuo sentimiento y sus abominables consecuencias. A los antiguos les fué dicho por Moisés: *Ojo por ojo, y diente por diente*: mas yo os digo que esto no es ni la perfeccion ni el deber. El deber consiste en borrar del entendimiento la memoria del agravio, y la perfeccion en amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen y rogar por los que nos persiguen y calumnian. Dad al que os pidiere, y al que os quiera pedir prestado no le volvais la espalda. No pongais los ojos en una

mujer para codiciarla, porque todo aquel que la codició torpemente, cometió ya en su corazon el adulterio y quebrantó la ley de caridad atentando con el deseo á la pureza, que es el mas precioso ornamento del amor. Hasta hoy os fué dicho: *No perjurarás; mas cumplirás al Señor tus juramentos*: pero yo os digo que de ningun modo jureis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por nada de lo que hay arriba ó abajo; antes vuestro hablar sea sí, sí, no, no: pues todo lo que de esto escede, es principio de desconfianza ó mala fé. Quien quebrantáre alguno de estos mandamientos ó enseñáre á quebrantarlos, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos, y será llamado grande aquel que los cumpliere y enseñáre. (1)

Así se iba realizando lo que el Bautista habia predicho de Jesús: que bautizaria á las gentes, no en agua, sino en espíritu y fuego, en virtudes y en amor. Sus palabras son el sol de los entendimientos y el Jordan de las almas: iluminan la inteligencia y fecundan el corazon. Sobre la justicia estéril y egoista de los antiguos, basada en el *ojo por ojo y diente por diente* de Moisés, levántase la justicia espansiva y generosa de la caridad, basada en el perdon de las ofensas; y sobre los ritos, las exterioridades y las ceremonias de los hebreos, la religion del sentimiento y de las obras, la humildad, la ingenuidad, la pureza y el amor. Todas sus máximas las enderezaba Jesucristo á hacer de la humanidad una sola familia, sin esclusion de pueblos, de razas ni cultos, exigiendo como únicos títulos necesarios para pertenecer á ella la bondad del sentimiento y la moralidad de las acciones. Por esto el Cristianismo se eleva muy por encima de todos los cultos conocidos, porque es el único culto verdaderamente del espíritu: por esto le corresponde el dictado de universal, porque ampara y cobija á todos los hombres de buena voluntad: por esto rechazaron ó mistificaron la palabra de Cristo los ultramontanos de todos los tiempos, porque asignaba un lugar muy secundario á las ofrendas y hacia depender el sacerdocio de la palabra y el ejemplo.

(1) Léase el Cap. V del Evangelista Matheo.

Los sacerdotes no perdonaron á Jesús el sermon de la montaña, que les arrebataba el monopolio de la adoracion desde el instante que la adoracion dejaba de ser una ceremonia aparatosa, en que necesariamente habian de intervenir, y se replegaba hácia el solitario altar de la conciencia. No le perdonaron el haber revelado al ignorante pueblo que la oracion mas agradable á Dios no es la que se hace á la vista de las gentes, en la plaza ó en el templo, como suelen los fariseos y los hipócritas (1), sino la que se eleva en secreto desde el aposento mas retirado del hogar, sóbria de palabras y rica de sentimiento. Ni le perdonaron tampoco el haber enseñado que cada cual puede alcanzar por sí mismo, sin ajena mediacion, las gracias espirituales, y que no basta titularse profeta ó ministro de la palabra para serlo en realidad (2). ¡Cómo habian de perdonarle ese que podríamos llamar divino atrevimiento, ellos, tan celosos guardianes de las prácticas externas, tan exigentes en el cumplimiento de los ritos y ceremonias del culto, tan bien hallados con su oficiosa mediacion entre la criatura y el Criador, tan enamorados de su intervencion en los negocios espirituales, orígen de su poderosísima influencia en los negocios del mundo! Soliviantaron las turbas, y pidieron con ellas la muerte del inocente.

Jesucristo despojó al sacerdocio del carácter oficial de que venia revestido desde los tiempos de Moisés, y haciéndolo estensivo á todas las clases sociales, como mision individual, compatible con el ejercicio de cualquier otro ministerio ó profesion, lo arrebató al monopolio de una clase privilegiada. En lo sucesivo, el verdadero, el legítimo sacerdote será aquel que difunda la luz del Evangelio con su palabra, y la práctica de las virtudes con su ejemplo digno de imitacion y aplauso, sean cuales fueren su estado y condiciones sociales. ¿De dónde toma el Maestro sus discípulos, sus apóstoles, sus sacerdotes? ¿Del templo, por ventura, donde ejerce completa jurisdiccion el sacerdocio oficial? ¿De la

(1) Léase el Cap. VI del citado Evangelista.
(2) Léase el Cap. VII, v. 7, 8, 9, 10. 11, 21, 22 y 23.

tribu de Leví? ¿De la ley? No, por cierto: prescinde de la ley; olvídase de la tribu que Moisés dedicaba al servicio del altar; deja en el templo á los sacerdotes oficiales, que, segun dice S. Gerónimo, hacian en él un vergonzoso tráfico; y elige sus apóstoles en el pueblo, entre las clases mas humildes, entre los célibes y los padres de familia, entre los profanos á la ciencia teológica, que tanta confusion habia introducido en las conciencias y tanta division en los ánimos. Unicamente la predicacion y la bondad de las obras imprimirán ya el carácter sacerdotal.

Vendrán dias tristes, dias de confusion y oprobio, en que el orgullo y los intereses mundanos, barnizados de cristianismo y prevaliéndose de la ignorancia comun, se introducirán en la enseñanza de las sanas máximas de Cristo para adulterarlas y esplotarlas. Ya lo profetizó el Mesías en el mismo sermon de la montaña al recomendar al pueblo que se guardase de los falsos profetas, mansas ovejas en apariencia, y en realidad lobos devoradores. (1) Estos falsos profetas son aquellos á quienes Jesús llama mas adelante (2) sepulcros blanqueados, hermosos por defuera, y llenos por dentro de corrupcion y suciedad. Vendrán los tiempos, y se levantará sobre los fundamentos del cristianismo primitivo el ultramontanismo, que usurpará asímismo el título de cristiano, si grande por el número de sus adeptos, pequeño por sus miras y orgulloso egoismo; pero la solidez de la base no salvará de la ruina la obra falsamente edificada. La base subsistirá eternamente, mas el resto del edificio se vendrá al suelo con estrépito. Porque descendieron las lluvias, crecieron los rios, soplaron los vientos, y dando con ímpetu sobre las frágiles obras de los hombres, las arrastraron en su corriente, y fueron borradas de la memoria de los siglos.

J. A.

(1) Matheo, VII, 15.
(2) Matheo, XXIII, 27.

LA HUMANIDAD Y SU EDUCACION.

I.

Entre las fuerzas ó elementos que han intervenido como agentes poderosos en el progresivo desenvolvimiento de las sociedades, hemos de considerar en primer término, además de la fecundidad inherente á la misma naturaleza, segun la eterna ley de la creacion, la *religion* y la *educacion*; pues ellas son las mas fuertes palancas del movimiento impulsivo y regenerador de los pueblos, si en su ejercicio se procura su mejor desarrollo en armonía con las condiciones y necesidades de las localidades y de los tiempos; que así se necesita proceder para levantar las sólidas y viriles civilizaciones que han de afianzar á los hombres la prosperidad y bienestar del presente, preparándolos al propio tiempo para la perfectibilidad y dicha del porvenir. Cuestion es esta que bien merece un lugar preferente en el curso de nuestros modestos trabajos, cuyo principal objeto no es otro que despertar los preciosos gérmenes de felicidad y progreso que, tal vez por falta del conveniente estímulo, dormitan en el seno de la conciencia humana. Y al efecto, será nuestra tarea tanto mas fundada, cuanto mejor podamos aprovecharnos de la experiencia que nos ofrece el pasado, motivo por el cual desde el principio de nuestros escritos hemos debido hacer un llamamiento hácia el estudio de los hechos que nos han precedido, llamamiento que queda consignado en la série de artículos que, bajo el título «*Introduccion á la Historia Universal,*» van publicados en la presente Revista.

Todo ello en su armónica y eficaz aplicacion pondrá á nuestro alcance los grandes y mejores medios para irnos saliendo de nuestro apocado estado, elevándonos de la precaria

situacion social en que actualmente nos hallamos, hácia un mejor estado de adelanto y bienestar en todo ese goce de paz y gloria á que debiera propender siempre el espíritu humano. Y con tanta mayor razon incúmbenos proceder así, cuanto que en los tiempos presentes, si no hemos de hacernos ilusion, las sociedades, no obstante su desarrollo material y todos los progresos de la inteligencia realizados en pro de su prosperidad, vénse en tropel arrolladas, meciéndose engañosamente en honda perturbacion, y revolviéndose las mas de ellas en maléfico desequilibrio en todas sus tendencias y aspiraciones, y todo, compréndase bien, verificándose en fuerza del gran vacío que la moral postergada ha producido en el corazon del hombre y en la vida de los pueblos, sin que sobre este aserto puedan hacerse grandes y honrosas excepciones. No puede dudarse que las mas de las sociedades, por no decir la humanidad entera, sufren hoy presion y menoscabo en sus intereses morales, reconociéndose en todas partes la necesidad de un nuevo empuje hácia la paz, el órden, la libertad y la justicia, hácia un nuevo y mas feliz órden de cosas, al que, bueno es que se diga de paso, solo podrá llegarse por el mejoramiento de las costumbres bajo el influjo del *principio religioso* verdaderamente *cristiano*, infiltrado en la mente y el corazon de los pueblos por una sabia y perseverante educacion.

El *sentimiento religioso*, no hay que dudarlo, es el gran principio, el elemento fecundante de la vida humana, puesto que la conduce al fin supremo de su perfeccion y felicidad; pero este sentimiento dormita en el seno del hombre y queda sin accion útil y eficaz, si no se le desenvuelve digna y oportunamente por medio de una noble y generosa enseñanza. En efecto; por medio de una sólida y educativa direccion, se le despierta y empuja, se le alienta y sostiene, y á su amparo, embelleciéndose y acreciéndose á la par su valía, se consigue hacer marchar á las generaciones á sus naturales y convenientes destinos, fomentando y afianzando el bienestar general, asequible y realizable tan sólo por la luz del entendimiento, aumentada y sostenida por el desenvolvimiento

y la actividad de la inteligencia y del sentimiento, y muy particularmente por los esfuerzos espontáneos y solidarios de cada uno para todos y de todos para cada uno; procurando vivir en aquel inefable reino de Dios, anunciado por Jesús, que no es ni debe ser otro que el reino de *fraternidad*, de *paz* y *justicia*, tal como lo pedimos en la oracion dominical, que es la oracion por excelencia. Y adviértase bien que á ello habríamos de aspirar siempre por todos los medios posibles, y principalmente por la fuerte y enaltecida educacion que venimos recomendando: fuera de este saludable influjo de la vida, no hay ni puede haber esperanza de un halagüeño y satisfactorio porvenir; sin la influencia del saber y de los generosos medios educativos, todo permanece infecundo, todo se marchita, y si por alguna circunstancia ó por la misma fecundidad de la naturaleza humana ocurre algun asomo de adelanto, se le ve decaer pronto sin el amparo y sosten de aquella social, religiosa y moral educacion, harto aún desconocida entre nosotros.

Así pues, en vista de las observaciones que dejamos expuestas y segun el conocimiento que hemos podido adquirir de la marcha de la humanidad sobre la tierra, de sus progresos y desvaríos, de sus adelantos y atrasos, de todas sus alternativas de prosperidad y desgracia, de paz y guerra, de tranquilidad mas ó menos gozosa, ó de afliccion y miserias, no habrá de parecer estraño el que nos propongamos estudiar, fomentar todos esos saludables medios que minorar puedan los males que afectan á las actuales sociedades, y encaminarlas, cual debemos todos, por sendas hasta ahora poco seguidas, para el logro de un bienestar mas cumplido y estable y á nuestra dignidad mas conforme. En efecto, solo bajo la eficacia, la solícita actividad, que todos debiéramos proponernos, hemos de repetirlo, podrá fomentarse entre los hombres el gusto del saber y del trabajo, de las virtudes cívicas y sociales, y siempre en fuerza de aquella alta educacion que con ansia anhelamos, así en sus relaciones científica, artística é industrial, como en lo moral y religioso, sin lo cual, y hora es que se comprenda, no hay nada elevado ni

provechoso en su verdadera significacion, para lo que reclama la ansiada prosperidad de las naciones. Tal es pues el motivo de nuestro propósito en venir á ocuparnos en este trabajo, siquiera ligeramente como en limitado bosquejo, sobre la *educacion* primero, y luego sobre la *verdadera religion de los pueblos,* ya que son elementos trascendentales y de la mas segura fecundidad para el progreso y mejoramiento de las costumbres, hoy por hoy demasiado decaidas por desgracia; tal es nuestro afan por el advenimiento y prosecucion de la verdadera vida moral de las almas, de la vida enaltecida del hombre en todo el curso de su perseverante laboriosidad en cumplimiento de su destino.

Efectivamente, la moral, la justicia, la inteligencia y la conciencia, esa bella armonía de las acciones humanas con las leyes divinas, balancin regulador de todos los actos de la humanidad para honra de Dios y bien de todos los hombres; he aquí lo que nos incumbe examinar y comprender, y cuyo objeto nos será fácil alcanzar, en cuanto estudiemos y analicemos los poderes de nuestra naturaleza segun es nuestro deber, dándoles la valía y direccion que les es necesaria; entónces y sólo entónces podrá cabernos la justa esperanza de una dicha que no habrá de perecer jamás, segun la promesa divina.

Seamos, pues, todos los hombres, de útil iniciativa, de actividad constante aplicada al bien, hombres de fé y esperanza viva y sobre todo de *caridad, mansedumbre* y *humildad,* segun nos recomendó Jesús en su santa y redentora doctrina. Esta es la adoracion y glorificacion que debemos á Dios por gratitud y puro amor, que será siempre para nuestro propio bien y felicidad; no debiendo olvidar, antes bien tenerlo muy presente, que para este inefable destino nos ha criado el Altísimo, bien que á condicion de merecerlo y conseguirlo mediante el ausilio divino y la cooperacion de nuestras dignas obras.

M.

(Se continuará.)

EL DISCURSO DEL SR. MONTERO RIOS.

II y último.

¿Contra qué y contra quién esgrime en su discurso el Señor Montero Rios las armas de su poderosa palabra, de su acerada lógica, de su persuasiva elocuencia? Contra las doctrinas y los hechos políticos de la Iglesia y contra sus apasionados defensores, sometidos como hombres á las débiles y flacas condiciones de la naturaleza humana; pero no contra la Iglesia misma, *que no puede manchar sus blancas vestiduras con los errores, ni con los vicios, ni con los crímenes de los hombres.* No es la institucion el blanco de sus certeros disparos, sino sus representantes en el órden temporal, espuestos, *á pesar de la santidad de sus funciones en el divino*, á la seduccion y al error. Habilísima estratagema, por medio de la cual se apodera el ilustre orador de una posicion inespugnable, desde donde puede batir ventajosamente el real del enemigo.

Tambien nosotros, como el presidente de la Academia de Jurisprudencia y Legislacion, juzgamos que no pueden manchar las blancas vestiduras de la purísima esposa de Jesucristo, los errores de los que se han arrogado el derecho de representarla en el órden temporal. Ella permanece inalterable en su pristino pensamiento, inmaculada en su esplendor original, sin que la alcancen las añadiduras con que han procurado desfigurarla mundanos y bastardos intereses, ni la empañe el fétido aliento que sube del orgullo y de las miserias de los hombres. Es la esposa de los Cantares, agena á todo lo que no sea el amor y el pensamiento del esposo. Pero ¿dónde está la Iglesia, dónde la paloma de los Cantares, la esposa místi-

ca enamorada del pensamiento y de las gracias del esposo? El Sr. Montero Rios se contrae á demostrar que el ultramontanismo no es la Iglesia, y cierra denodadamente contra sus corruptoras y perturbadoras intrusiones, que han desnaturalizado por completo el carácter y tendencias del cristianismo primitivo; mas ni una frase, ni una palabra sale de sus lábios que dé á conocer esa iglesia incorruptible cuyas blancas vestiduras no puede manchar el contacto de los errores de sus representantes temporales. Como si fuese materia vitanda y peligrosa, esquiva hábilmente la cuestion: habla de lo que no es la Iglesia; pero no dice nada que revele donde está la Iglesia, fiel depositaria de las verdades cristianas. Condena el ultramontanismo en cuanto éste pretende la representacion de la Iglesia; pero dejándola hasta cierto punto huérfana de representacion, juzgando tal vez inoportuno é imprudente arrancar una máscara que se está cayendo á pedazos á la influencia del progreso.

Nosotros, mas esplícitos en esta parte, diremos lo que no ha creido conveniente decir el Sr. Montero Rios. El dirigia la palabra á una ilustradísima asamblea, dónde fácilmente se adivina el pensamiento que al orador le place velar bajo estudiadas formas del lenguaje; y nosotros hablamos al pueblo, ante quien es preciso discurrir con claridad y sencillez y llamar à cada cosa por su nombre. ¿Dónde hallaremos, pues, la genuina, la legítima representacion de la Iglesia, supuesto que el ultramontanismo es una usurpacion, una secta invasora y audaz, hija espúrea del cristianismo primitivo? Esta pregunta, que han hecho necesaria las invasiones de la escuela ultramontana en las esferas oficiales de la Iglesia, indica claramente el estado de incertidumbre y confusion á que hemos llegado y la necesidad de restaurar los fundamentos esenciales de la buena doctrina religiosa, removidos de su asiento al través de los errores y de la ignorancia de los siglos.

Si queremos hallar la esposa, busquémosla junto al esposo: si queremos hallar la Iglesia, busquémosla en Jesucristo. Pues bien; así buscando, y remontándonos, á los orí-

genes de la institucion cristiana, hallamos que Jesucristo establece una Iglesia esclusivamente espiritual, un culto despojado de exterioridades y un sacerdocio basado en la predicacion de la verdad y el culto de la virtud. La Iglesia de Cristo en la tierra es la congregacion de todas aquellas personas que profesan la caridad; su culto la adoracion á Dios en el santuario del espíritu; su sacerdocio la predicacion de las enseñanzas evangélicas con la palabra y el ejemplo. Por esto condena á los hipócritas, arroja del templo á los mercaderes, y saca sus sacerdotes, sus apóstoles, no del sacerdocio establecido segun la ley y la tradicion, sino del seno del pueblo, sacerdotes que no se desdeñan de cultivar los mas humildes y manuales oficios cuando lo permiten sus tareas apóstolicas. El sacerdocio oficial, apegado á la letra y á las prácticas mosaicas, no tan solo se mantuvo refractario al espíritu evangélico, sino que tomó una parte muy activa en la condenacion del Justo y en el sangriento drama de la Cruz.

¡Cosa rara! El Sr. Montero Rios, que tan victoriosamente combate en su discurso la desapoderada ambicion y los monstruosos errores de que el ultramontanismo se ha servido para establecer su poder en los baluartes de la Iglesia, acepta como verdad indiscutible el error capital de aquella escuela, del que son derivaciones lógicas todos los demás y todas las aspiraciones teocráticas absorbentes. Porque ¿de dónde hace derivar el ultramontanismo sus mas atrevidas conclusiones? De que Jesucristo estableció á Pedro como base y piedra angular de la nueva iglesia, á lo cual asiente el Sr. Montero Rios con una facilidad inconcebible. De esta suerte tenemos una institucion divina descansando sobre un movedizo y frágil cimiento humano; una fé que depende no de la divinidad de su orígen, sino de la tornadiza voluntad de una criatura; una iglesia edificada, no sobre la inconmovible roca del Evangelio, sino sobre la insegura arena del entendimiento de un hombre. San Cirilo, San Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustin, San Hilario, San Jerónimo y San Basilio protestaron ya en los siglos IV y V contra semejante error, y en los siglos posteriores hasta nuestros

dias han venido protestando de consuno el sentimiento religioso y el testimonio de la razon independiente.

El Cristianismo no es Pedro en el primer siglo de la Iglesia, ni mucho ménos Víctor en el siglo segundo, ni Marcelino en el tercero, ni Siricio en el cuarto, ni Leon en el quinto, ni Juan II en el sexto, ni Sabiniano en el séptimo, ni Estéban IV en el octavo, ni Nicolás I, ni Juan VIII, ni Formoso, ni Bonifacio VI, ni Estéban VII, ni Cristóbal I, ni Sergio III, ni Juan XXII, ni Alejandro VI..... El Cristianismo es el sermon de la montaña, es la humildad, es el perdon, es la justicia, es el sacrificio por los demás, es el sublime epílogo de la cruz, es Jesucristo estendiendo sus amorosos brazos á toda la humanidad, redimida por la adoracion y la fraternidad universal. El Cristianismo no es un hombre, sino una idea; no es la gerarquía, sino la igualdad espiritual, que depone de sus sillas á los soberbios y ensalza á los humildes. El Cristianismo es el Verbo divino revelado, es la moral eterna, es el ideal perfecto de la caridad, es la redencion, es la ley del progreso que las humanidades habrán de realizar en la conquista de la celestial Jerusalen.

El Sr. Montero Rios, de acuerdo en esto con los comentaristas de la escuela ultramontana, somete la Iglesia á la jurisdiccion del sacerdocio, haciendo depender de las resoluciones de éste el gobierno y régimen de aquella, consecuencia natural de haber hecho á Pedro la piedra angular de la institucion cristiana. Y ¿en qué apoya el Sr. Montero Rios esa pretendida subordinacion? Precisamente los testos bíblicos que cita afirman todo lo contrario y subordinan el sacerdocio á las decisiones de la Iglesia. Jesucristo hablando á sus apóstoles, que son los sacerdotes de la nueva institucion, les dice (1): «Si tu hermano pecare contra tí, vé, y corrígele entre tí y él solo. Si te oyere, ganado habrás á tu hermano. Y si no te oyere, toma aun contigo uno ó dos, para que por boca de dos ó tres testigos conste toda palabra. Y si no los oyere, *dilo á la Iglesia.*» La autoridad,

(1) Matheo, XVIII, 15, 16 y 17.

pues, no reside en el cuerpo sacerdotal, y sí en la Iglesia, en la congregacion democrática de los fieles, toda vez que Jesús al cuerpo sacerdotal dirigia aquellas palabras, y por ellas lo sometia y subordinaba á las decisiones de la comunidad cristiana.

«Como el Padre me envió, así tambien yo os envio.» (1) Jesucristo trasmite por estas palabras á sus apóstoles y discípulos y á cuantos en lo sucesivo acudiesen á sostener y propagar el Evangelio, el ministerio que él habia recibido de lo alto; pero lo trasmite y lega en los mismos términos con que él lo habia recibido y desempeñado durante los tres años de pública predicacion. La redencion espiritual de la humanidad, sumida entónces en la mas repugnante idolatría y en el apego á los mas groseros y materiales goces de la carne, la redencion de la humanidad era el objeto de todos sus afanes y propósitos. Y como esta aspiracion constante de su espíritu no podia realizarse en el corto período de su tránsito por la tierra, necesario fué que la vinculase en aquellos que pudiesen continuarla y llevarla á feliz cumplimiento en el porvenir al través de las generaciones y de los tiempos. Jesús derramó la semilla: otros habian de cultivarla y estirpar las malas yerbas, y otros por último segar las doradas mieses y llenar las trojes.

Mas ¿cómo habia de ir realizándose en el curso de los siglos la obra de la redencion iniciada por Jesús? Por la fé y los sacramentos, dice el Sr. Montero Rios: por la fé, el sentimiento y las obras, decimos nosotros con todo el respeto debido á las opiniones ajenas. Si la fé y los sacramentos bastasen para purificar las conciencias empañadas con el hálito del mal; para curar las úlceras gangrenosas de la hipocresía, de la iniquidad y del crímen; razon tendria la escuela ultramontana haciendo depender la salvacion del alma de las prácticas esternas introducidas lentamente y añadidas al gran código espiritual de las enseñanzas de Jesús. El Sr. Montero Rios sabe muy bien que los sacramentos no son sino

1) Juan, XXII, 21.

signos exteriores de cosas que se conceptúan santas ó sagradas, y sabe mejor que nosotros, humildes admiradores de su clarísimo talento y vastas luces, que no es circunciso sino el que ha recibido la circuncision del espíritu, (1) el sentimiento del bien y la voluntad de practicarlo en todos los actos de la vida. Es mas: si el incircunciso guardare la ley, ¿no es cierto, pregunta el Apóstol de los gentiles, que será reputado circunciso y juzgará al que lo fuere esteriormente? Con lo cual bien claramente deja entender el Apóstol, que, no solo no concede el primer lugar á los signos esternos del culto, sino que ni aun los reputa necesarios. Bástale la adoracion íntima y el cumplimiento de la ley para merecer ser admitido á la comunion de los santos, á la iglesia espiritual de Jesucristo.

La redencion, pues, depende de la fé, del sentimiento y de las obras: la fé en Dios como causa necesaria del universo y padre de las criaturas; el sentimiento de adoracion y caridad como resultado de la depuracion del espíritu; las obras virtuosas y benéficas como frutos de la justificacion de la conciencia. «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Amarás á tu prójimo como á tí mismo. *De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.*» (2) Esta es la redencion; estos los preceptos de la ley en boca de Jesucristo, preceptos sencillos, inteligibles, únicos para la salvacion, absolutos; que no se prestan á interpretaciones y distingos; que no consienten recortes ni añadiduras ingeniosas; que invalidan cualquier otro precepto, venga de donde viniere, que no guarde con ellos completa conformidad. Afortunadamente Jesús fué tan esplícito, tan claro en todo cuanto se refiere á la moral, que es la redencion de los espíritus, que hizo imposible cualquiera interpretacion opuesta al sentido recto de sus palabras.

De esta suerte, cada uno tiene en sí propio los medios

(1) S. Pablo á los Romanos, II, 28 y 29.
(2) Matheo, XXII, 37, 39 y 40.

de su redencion espiritual, que es como debe ser para que tenga la plena responsabilidad de sus acciones voluntarias. Si por la malicia de nuestros sentimientos y la maldad de nuestras obras podemos, sin estraña intervencion, hacernos responsables y atraer sobre nuestras almas el merecido castigo, tambien podemos regenerarnos y redimirnos por la bondad de las obras y la caridad del sentimiento. Lo contrario arrancaria de un principio vituperable de injusticia, en oposicion evidente con todas las máximas de eterna justicia derramadas en los preceptos evangélicos. Y siendo así, ¿qué puede significar la facultad de atar y desatar trasmitida por Jesucristo (1) á sus discípulos? ¿Es por ventura una facultad personal, absoluta, sin condiciones ni límites, vinculada en una clase, en la que vino á sustituir á la tribu de Leví? La razon, el sentimiento religioso, la conciencia, todas las fuerzas vivas del espíritu se rebelan contra semejante afirmacion. En mi salvacion ó en mi condenacion nadie, ninguna criatura, absolutamente ninguna está llamada á intervenir; nadie, despues de Dios, posee las llaves de los cielos: mis sentimientos y mis obras serán ante Él los únicos jueces de mi espíritu. Jesús hace á sus discípulos instrumentos, pero no árbitros del perdon y de la redencion de los demás, estableciendo su sacerdocio y sus promesas, no sobre los hombres y las instituciones humanas, sino sobre la divina palabra y la práctica de las virtudes evangélicas. Verdadero Jordan de las almas y fuente de redencion es el Evangelio de Jesús, y la mision y apostolado del sacerdote consisten en encaminar las almas con la palabra y el ejemplo al redil del Evangelio.

Algunas otras consideraciones podríamos añadir á las espuestas, como por via de comentarios al discurso del Señor Montero Rios: mas, aparte de que la brevedad es condicion recomendable en aquellos escritores que, como nosotros, escriben con pluma inculta y trabajosa; en la série de artículos que bajo el epígrafe «La sávia del Cristianismo» veni-

(1) Matheo, XVIII, 18.

*

mos publicando hallará el lector nuestro pensamiento completo respecto á la mision y fines que vino á cumplir el Cristianismo. Sin que dejemos de conocer la magnitud de la empresa y la pequeñez de nuestras fuerzas, el deseo que nos mueve es reconciliar el espíritu democràtico y el espíritu cristiano, que andan desavenidos y divorciados desde que el ultramontanismo asentó sus reales en la Iglesia y se alió la democracia al materialismo corruptor. A causa de este divorcio los triunfos de la democracia son efímeros, y la indiferencia religiosa se enseñorea de los países cristianos. Arrancar la máscara de hipocresía con que el ultramontanismo encubre su abominable fealdad, para que triunfe el Evangelio, y educar á la democracia para que rompa los lazos que al materialismo le sujetan y se inspire en la moral cristiana, he aquí el trabajo en que deben tomar parte todos los hombres de ánimo levantado, cuantos aspiran al reinado de la fraternidad y de la paz sobre la tierra.

José Amigó.

VARIEDADES.

EL PROBLEMA DE LA VIDA.

I.

Nace el hombre, y un quejido
es su palabra primera;
y en su acento dolorido,
parece el recien nacido
presentir su vida entera.
¿Qué delito cometió
para el dolor merecer;
qué fallo le condenó
al llanto que derramó
desde el punto de nacer?
Va despertando á la vida,
y empieza á llevar la carga
de existencia desabrida:
que es la vida muy amarga,
de pesadumbres henchida.
Crece el niño, y al crecer,
tambien crecen sus pesares:
cada gota de placer
le cuesta al pobre..... beber
las lágrimas á millares.
Enfermedades impías
agostan sus alegrías,
marchitando los claveles
que brotan de los pinceles
de sus sonrosados dias.
Y así bogando, bogando,
y así viviendo, viviendo,

vá á la juventud llegando,
algunas veces riendo,
mas casi siempre llorando.

II.

Ya la tierna infancia
dejó trás de sí:
ya á la primavera
sucede el estío
y al beso materno,
amoroso y pio,
del mundo el festin.
Parte, corre, vuela
del placer en pós:
bullen en su pecho
férvidas pasiones,
que exaltan su mente
fingiendo visiones
de lúbrico amor.
Lánzase frenético
trás su falso bien,
y en tanto deslízanse
veloces los años,
naciendo desdichas
de los desengaños
bajo de sus piés.
Juzga á cada instante
la dicha atrapar;
mas la dicha, pérfida,
cual vana quimera,
sonriendo al incauto,
se escurre y le espera
siempre mas allá.
Tomó el fuego fátuo
por brillante luz,
y el triste contempla
muertos sus amores,
perdidos los años,
marchitas las flores,
de su juventud.

III.

Entònces el dolor nubla su frente
contemplando á sus piés sus ilusiones
muertas al frio soplo del presente;
y los dias perdidos registrando,
que nó volverán más, triste, abatido,
va del dolor las heces apurando:
cruel le reproduce su memoria,
inexorable, fria,
del bien perdido la pasado historia.
Busca en la gloria y en la ambicion insana
la dicha que no halló en sus amoríos;
juzga que el brillo del metal allana
los escarpados montes de la vida,
que el hombre ha de subir uno tras otro,
y busca el oro donde el oro anida.
Locura vé en los sueños de ventura
de la juventud ciega,
y es su ambicion un sueño, una locura.
¡Cuál se afana en vano! ¡Cuál persigue,
sin reparar acaso en la manera
cómo su sueño realizar consigue,
de una gloria falaz, del oro inmundo
las huellas deslumbrantes, fementidas,
que cual huellas de un dios adora el mundo!
Su paz, su calma, su salud propicio
á falsa gloria ofrece
y al sórdido metal en sacrificio.
Y la gloria y el oro van huyendo
ante su paso, como sombras vanas
que la mente exaltada va fingiendo;
y aquí sufriendo y mas allá llorando,
tal vez á Dios implora en su amargura,
tal vez de Dios, impío blasfemando
desfallece en mitad de su carrera
y la vida se arranca
lanzando á Dios su maldicion postrera.
Si, al contrario, su ambicion ve satisfecha,
no por esto es feliz. Cual navecilla

que surca el mar en tempestad deshecha,
roto el timon, sin velas y en la quilla
abierta al mismo tiempo horrible brecha,
sin esperanza de alcanzar la orilla;
así navega, como la pobreza,
el que supo juntar gloria y riqueza.
Los desaires del mundo le molestan;
los quebrantos del alma le fatigan;
si sus tesoros el placer le prestan,
crueles la envidia y el rencor le hostigan;
las penas el hogar turban, y asestan
terribles golpes que á llorar le obligan;
y así llorando su infortunio añejo,
se acuesta joven y despierta viejo.

IV.

Pobre viejo!.... Tú te afanas,
luchando contra el destino,
por aplazar,
ya que no puedes las canas,
que esto fuera desatino,
la muerte audaz.
Tus recuerdos de otros dias
y tu pasada pujanza
recuerdos son
que amargan tus alegrías,
porque matan la esperanza
que te alentó.
Siempre el temor de la muerte,
como espectro aborrecido
te sigue cruel,
y á todas horas te advierte
que está el suelo removido
bajo tus piés.
Entumecido, achacoso,
á verter llanto te obliga
lento dolor:
el insomnio es tu reposo,
es la noche tu enemiga,
tu aliento el sol.

Por fin, sin haber gustado
la felicidad deseada,
de la muerte la pisada
sientes en tu corazon;
y al segar tu triste vida,
que es de un humano la historia,
queda por toda memoria
una fúnebre inscripcion.

V.

Qué es, pues, la vida? ¿Será
un hecho casual, aislado,
que esplicacion no tendrá,
sin enlace en el pasado
ni en lo que despues vendrá?
¿Es la nada nuestro ayer?
¿Solo empezamos á ser
al comenzar á vivir,
y venimos á sufrir
para á la nada volver?
Si la nada es mi destino
y de la nada yo salgo,
¡oh, solemne desatino!
podrá la *nada*, imagino,
ser fin y principio de *algo*.
Y si en el gran movimiento,
que es del universo aliento,
nada en nada se resuelve,
tampoco á la nada vuelve
la vida del sentimiento.
¿Que es, pues, la vida? Eslabon
de una larga sucesion
siempre de su fin lejana;
del pasado conclusion
y principio del mañana.
Hijo el hoy es del ayer
y padre del porvenir;
el nacer es renacer;
y es la vida..... merecer
para volver á vivir.

Isidoro Pellicer.

LA CREACION

SEGUN LA CIENCIA, LA FILOSOFÍA Y LA NUEVA REVELACION.

La materia.

A primera vista, nada parece tan profundamente variado, tan esencialmente distinto como las diversas sustancias que componen el mundo. Entre los objetos que el arte ó la naturaleza hace pasar diariamente á nuestras miradas, ¿hay dos acaso que acusen una identidad perfecta ó solamente una paridad de composicion? ¡Qué semejanza bajo el punto de vista de su solidez, de la compresibilidad, del peso y de las propiedades múltiples de los cuerpos, entre los gases atmosféricos y el oro, entre las moléculas acuosas de la nube y las del mineral que forma la armazon del globo! ¡Qué diversidad entre el tejido químico de las plantas variadas que decoran el reino vegetal, y el de los representantes no ménos numerosos de la animalidad sobre la tierra!

No obstante, podemos sentar como principio absoluto que todas las sustancias conocidas y desconocidas, por mas semejantes que en sí parezcan, ya bajo el punto de vista de su constitucion íntima, ya bajo la relacion de su accion recíproca, no son mas que modos diversos en que se nos presenta la materia, variedades en que se trasforma bajo la direccion de las innumerables fuerzas que la gobiernan.

La química, cuyos progresos han venido á ser tan rápidos en estos últimos tiempos, cuando en su principio era relegada tan solamente á los secretos de la magia; esa nueva ciencia que con justo título puede considerársela como la hija privilegiada de este siglo de observacion, ha radiado luces sorprendentes sobre la naturaleza de los cuatro elementos primitivos reconocidos por los antiguos constituyendo la naturaleza; ella ha puesto de manifiesto que el elemento terrestre no es mas que la combinacion de sustancias variadas al infinito; que el agua y el aire son susceptibles de descomposicion, siendo el producto de un cierto número de equivalentes de gás; que el fuego léjos de ser en sí un elemento, no es mas que un estado de la materia, resultado del movimiento universal á que está aquella sometida y de una combustion sensible ó latente.

Además, ha hallado un número considerable de principios por mucho tiempo desconocidos, que se le han presentado como formando, por combinaciones determinadas, las diversas sustancias, los diferentes cuerpos que ha estudiado, y que obran simultáneamente segun ciertas leyes y en ciertas proporciones, en los trabajos operados en el gran laboratorio de la naturaleza. Ha denominado á estos principios *cuerpos simples*, indicando así que los considera

como cuerpos primitivos y fuera de toda composicion, al ménos hasta el dia no han podido ser de ningun modo descompuestos.

Mas, allí donde se detienen las apreciaciones del hombre, la obra de la naturaleza continúa; allí donde el práctico levanta el velo y distingue el principio de las cosas, el ojo de aquel que no ha podido alcanzar el modo de accion de la naturaleza, no vé bajo los materiales constitutivos del mundo mas que la materia cósmica primitiva, simple y una, diversificada en ciertas regiones á la época de su nacimiento, distribuida en cuerpos solidarios durante su vida y separados un dia en el receptáculo de la extension por su descomposicion. Para penetrar en este oscuro conjunto es necesaria la fuerte mirada de la investigacion, no para darse de ello una razon completa, sino para reconocer al ménos que sin admitir la unidad de la materia, es imposible esplicar, no diré los soles y las esferas, sino ni tan solamente la germinacion de una semilla.

Si se obsérva una tal diversidad en la materia, es porque, siendo en número ilimitado las fuerzas que han presidido á sus trasformaciones y las condiciones bajo las que ellas se han producido, las combinaciones de la naturaleza no podian tampoco dejar de ser ilimitadas.

Luego, respecto de la sustancia, cualquiera que sea de la que se trate, ya pertenezca á los flúidos propiamente dichos ó imponderables, ya se halle revestida de los carácteres y de las propiedades ordinarias de la materia, es esencialmente la misma. No hay en todo el universo mas que una sustancia primitiva; el *cósmo ó materia cósmica* de los uranógrafos.

Las leyes y las fuerzas.

He aquí el ensayo de una nocion ó indicacion general de las leyes universales, sin pretension de querer esplicar en detalle el modo de accion y la naturaleza de las fuerzas especiales que de aquellas dependen.

Hay un flúido etéreo que llena el espacio y penetra los cuerpos; este flúido es el *éter ó materia cósmica primitiva*,, generadora del mundo y de los séres. Al éter son inherentes las fuerzas que han presidido á las metamórfosis de la materia, las leyes inmutables y necesarias que rigen al mundo. Estas fuerzas múltiples, indefinidamente variadas segun las combinaciones de la materia, localizadas segun las masas, diversificadas en sus modos de accion segun las circunstancias y los medios, son conocidas en la tiera bajo los nombres de *pesantez, cohesion, afinidad, atraccion, magnetismo, electricidad activa;* los movimientos vibratorios del agente, bajo los de *sonido, calor, luz, etc.* En otros mundos, se presentan ellas bajo otros aspectos, ofreciendo carácteres desconocidos á los que en este globo vivimos, y, en la inmensa extension de los cielos, un número infinito de fuerzas ha sido desarrollado sobre una escala inimaginable, cuya grandeza es tan difícil para nosotros el po-

derla apreciar, como lo es al crustáceo en el fondo del Océano abarcar la universalidad de los fenómenos terrestres.

Luego, asi como no hay mas que una sustancia simple, primitiva, generatriz de todos los cuerpos, pero diversificada en sus combinaciones, de igual modo todas esas fuerzas dependen de una ley universal diversificada en sus efectos, la que obra desde su origen y que ha sido impuesta soberanamente á la creacion en los eternos decretos, y todo para constituir la permanencia y armonía.

La naturaleza no se opone nunca á sí misma. El blason del universo no tiene mas que una divisa: *unidad* en la diversidad. Al elevarse en la escala de los mundos, se halla la *unidad* de armonia y de creacion, al mismo tiempo que la *diversidad* infinita en ese inmenso parterre de estrellas; recorriendo los grados de la vida, desde el último de los seres hasta Dios, la grande ley de continuidad se deja reconocer y se hace evidente; considerando las fuerzas en sí mismas, puede uno formarse una serie, cuya resultante, confundiéndose con la generatriz, es la *ley universal*.

No podríamos apreciar esta ley en toda su extension, porque las fuerzas que la representan en el campo de nuestras observaciones, nos son restringidas y limitadas; no obstante, la *gravitacion* y la *electricidad* pueden ser consideradas como una grande aplicacion de la ley primordial que reina en la inmensidad de los cielos.

Todas estas fuerzas son eternas y universales como la creacion; siendo inherentes al flúido cósmico, obran necesariamente en todo y por todo, modificando su accion por su simultaneidad ó sucesion; predominando aquí, desapareciendo allí, poderosas y activas en ciertos puntos, latentes ú ocultas en otros; pero siempre y finalmente preparando y destruyendo los mundos en sus diversos periodos de vida, gobernando y presidiendo los trabajos maravillosos de la naturaleza, donde quiera que se ejecuten, y asegurando para siempre el eterno esplendor de la creacion.

M.

(*Se continuará.*)

A NUESTROS HERMANOS. (1)

Es poderosa la influencia de las ideas, si tienden á un elevado fin y encierran algun aspecto de la verdad. Solo cuando responden á esas condiciones pueden desarrollarse, vivir y crecer siempre; solo así es dable que arraiguen profundamente y sirvan al progreso humano.

(1) Tomamos estas líneas de nuestro estimado colega *El Criterio Espiritista*, que se publica en Madrid.

A su impulso se estendieron las creencias, se fundaron las escuelas y marcharon las tendencias todas que nos empujan hacia el porvenir, hijo de los merecimientos, marcando la historia los grados de bondad de cada una de aquellas por los resultados prácticos que consiguieron y el éxito que llegaron á alcanzar.

Entre las ideas regeneradoras que hoy vienen á alumbrar las inteligencias marcándoles un nuevo camino de progreso, ninguna tan fecunda será como el Espiritismo, que salió ya del campo de las utopias y de la pura idealidad entrando en el terreno de las aplicaciones prácticas que han de operar próxima trasformacion en las creencias religiosas, mejor dicho, que han de levantar la fé cristiana despojada de los errores y supersticiones que en manos de infinitas sectas concluyeron por hacer incompatible la creencia con la ciencia, dando como resultado el funesto indiferentismo en que se asfixia el sentido religioso.

Los que hace años estudiamos el Espiritismo, los que venimos siguiendo paso á paso su marcha y desarrollo, podemos apreciar algun tanto los increibles progresos que la consoladora doctrina ha hecho en un cuarto de siglo; y estamos seguros causará gran admiracion á los que en el porvenir puedan ver, como se vé en la historia, la rápida propaganda y asombrosos resultados de esa doctrina espiritualista en esta época de positivismo y materialismo, contra los cuales son impotentes las antiguas y opuestas escuelas, y que ha hecho esclamar á un profundo pensador de nuestros dias: «No se puede pensar sin terror en el porvenir desconocido á que camina la sociedad contemporánea.» Pero por fortuna y como remedio providencial, el Espiritismo aparece en esta época para dar nuevo impulso y direccion á las ideas, recogiendo en sí las mas nobles aspiraciones del humano pensamiento y sentando las bases de la fé del porvenir.

Mucho se ha hecho en este sentido, pero mucho resta aun que hacer: al inaugurar el noveno año de nuestra publicacion y saludar á nuestros hermanos, obreros del edificio del porvenir, permítannos que les felicitemos por los progresos cumplidos y los que ha de ir realizando, siempre crecientes, la propaganda de la poderosa y fecunda idea espiritista.

Juicio del presbitero D. Felix Sardá y Salvany acerca de la realidad de los fenómenos espiritistas.

«Desde que hace poco menos de un siglo empezaron á llamar la atencion los primeros fenómenos de esta naturaleza, han sido examinados detenidamente por los hombres mas competentes en ciencias y religion. Las academias han sujetado al crisol de la crítica mas severa las operaciones indicadas, y todas han convenido en que no es juego de manos ni funcion de títeres lo que ofrece á sus adeptos el espiritismo. ¿Quieres oir las razones en que se

funda el sábio autor de la obra *El espiritismo en el mundo moderno*? Óyelas, pues.

»1.ª Larga fecha del espiritismo. Noventa años há por lo menos que vienen ejercitándose en Europa y América las prácticas espiritistas, al principio con alguna reserva, despues con la mayor publicidad. Una superchería de un enredador, una ilusion del público sorprendido, no resisten hasta tal punto á la prueba del tiempo y á la controversia libre.

»2ª. Exámen de los sábios. Mas de dos mil obras se han dado á luz desde entonces, ya en pro, ya en contra del Espiritismo. En ellas se discute, no ya la realidad de los fenómenos, sino su orígen. ¿Es posible la alucinacion ó candidez infantil en tan gran número de testigos? Oigamos al citado autor. «Lo que mas importa considerar, dice, es la calidad de los escritores que con su asentimiento han confirmado la realidad de estos fenómenos. Hombres eminentes en ciencias, de las cuales son verdaderas glorias, acostumbrados á pasar por tamiz cada palabra, á discutir cada principio, á hacer, por decirlo así, la anatomía de cada hecho, hombres dotados de imaginacion reposada y discretísimo ingenio, todos los que en tan largo espacio de tiempo se han dedicado á las ciencias físicas, racionales y morales, todos han querido darse cuenta de las maravillosas novedades que se les referian, y han formulado su parecer sobre los hechos y sus causas. Los Fadaray, los Cuvier, los Laplace, los Hufeland, los Franklin, los Berzelius, los Orfila, los Browsais, los Arago, los Panizza, los Malfatti, los Orioli, los Recamier, los Gioffroy, los Claproth, los Hernostaedt, los Husson, los Babinet, los Lavater, los De Jussieu, los Gregory, los Elliotson, es decir, la flor y nata de los astrónomos, físicos, químicos y médicos de nuestros tiempos, y con ellos tantos otros que por lo que valen en ciencias pueden muy bien ir á la par con estos, todos ellos, decimos, tras muchos exámenes, han reconocido solemnemente la realidad de los hechos mas extraordinarios del mesmerismo y espiritismo.»

»3.ª Exámen y juicio de la Iglesia. «Nombraremos, dice el autor citado, al eminentísimo señor cardenal Gousset, á Mons. Sibour, arzobispo de París, al ilustre P. Ventura, de los clérigos Teatinos, al P. Caroli, de los Menores conventuales, á los Padres Gury, Pianciani, Pailloux, de la compañía de Jesús, al P. Tizzani, de los canónigos regulares lateranenses, á los abates Guillois, Maupied, Caupert, Sorignet), Monticelli y Alimonda. Todos ellos están de acuerdo en su crítica teológica con los sábios antes referidos; todos aceptan, y las mas de las veces demuestran, á poder de rigurosos raciocinios, la existencia efectiva é indudable de aquellos fenómenos. Esta armonía es muy digna de ser notada, dado que se trata de hombres cuyos sistemas, cuyas opiniones, cuyas sentencias, no solo se diferencian, sino que muchas veces se combaten y hasta se excluyen.»

»Y si yo quisiese añadir una sola palaba á cita de tanta im-

portancia, diria solo que defienden la *realidad* de los fenómenos espiritistas los ilustradísimos redactores de la *Civiltà Católica*, la primera revista católica del mundo, publicada en Roma bajo la inspiracion del Romano Pontífice, y por expreso encargo suyo, encomendada á los mas insignes talentos de la compañía de Jesus. ¿Quiérese autoridad de mas peso?

»Tengo, pues, por indudable la realidad de lo que los espiritistas ponderan como manifestaciones y revelaciones de los espíritus. Habrá farsa alguna vez, pero hay á menudo y casi siempre horribles realidades.»

Quéjase nuestro estimado cólega *La Revelacion* de Alicante de no haber recibido el cuaderno VI de EL BUEN SENTIDO, sin embargo de habérselo remitido á su tiempo. Como semejantes estravíos se reproducen con alguna frecuencia, hay motivo para sospechar que no faltan empleados del ramo de correos que gustan estar suscritos á nuestra Revista sin avisárnoslo. Si esta reserva obedece á razones de economía, nosotros sabremos tenerlas en consideracion, y bastará que nos las indiquen para remitirles gratis EL BUEN SENTIDO.

Con el presente cuaderno recibirá la *Revelacion* el correspondiente al mes de Enero, si ambos logran vencer las dificultades que, por lo visto, se oponen de vez en cuando á que los periódicos lleguen felizmente á su destino.

*
* *

Dice la *Correspondencia de España* que en Inglaterra se propaga rápidamente el Espiritismo. Con el Espiritismo sucederá lo que con todos los grandes progresos que se han realizado en el trascurso de los siglos: la ignorancia, el egoismo y el orgullo empiezan á calificarlos de locuras, aberraciones, utopias, heregías, etc.; pero á la postre la humanidad los acepta como dogmas. Veinte años atrás apénas se conocia la doctrina espírita, y hoy los espiritistas se cuentan por docenas de miles en España, y por docenas de millones en el mundo civilizado. Y lo mas notable es que los adeptos salen generalmente del seno de las clases ilustradas. A este propósito, he aquí como se espresaba no ha mucho en la *República Francesa* el filósofo representante de la escuela positivista en la nacion vecina:

«Para ser espírita, es necesario salirse de la multitud; es necesario no ser del vulgo obediente, ciego de su cura; es necesario tener aspiraciones mejor definidas que las de las pobres gentes que jamás han discutido su catecismo, y se han limitado á olvidarlo. Los espíritas pueden esperar que no pasarán dos siglos sin que tengan derecho de ciudadanía en todas partes y sin que su metempsícosis luche victoriosamente con la de los Indus. Quizá entónces podrá contarse con el advenimiento del buen sentido.»

El dia que se publique una estadística de los hombres notables, así en las letras como en las armas, que dentro y fuera de España profesan el Espiritismo, los que lo han calificado ligeramente habrán de convenir en que, si es una locura, es la locura de los cuerdos.

*
* *

De la *Ilustracion Espírita* de Méjico:

«En Monterey, capital del Estado de Nuevo Leon, verá la luz pública muy pronto, segun estamos informados, una magnífica reimpresion del *incomparable* libro titulado ROMA Y EL EVANGELIO.»

Lo que el difunto *Sentido Comun* mató en Lérida, resucita en Méjico: á bien que el pobre *Sentido Comun* vivió siempre de ilusiones, y no mató nada, ni en Lérida ni en ninguna parte, como no fuese la grámatica ó el buen sentido. Los muertos que creyó matar el cólega gozan de buena salud.

*
* *

Copiamos del *Cronista*, periódico ministerial:

«Esto (habla del inmoderado afan por los destinos) sucede con los legos, pero sucede lo mismo *y màs* con los eclesiásticos, que, por su estado, debieran dar ejemplo de desinterés, de modestia y de respeto á las leyes canónicas y civiles y que, prescindiendo de toda consideracion, pretenden con mas ahinco y al través de todas las reglas y llegan ¡mal pecado! hasta la simonía, ó explícita ó simulada.

No culpamos en particular ni á ningun clérigo, ni á ningun obispo, ni á ningun ministro; pero el mal existe y *existe públicamente*, y el disimularlo fuera ridícula hipocresía.»

A esto dice *La Nueva Prensa*:—«¡Elocuente confesion! y mas elocuente todavia por haber sido hecha por un periódico ministerial tan autorizado como el *Cronista*, y en una situacion tan conservadora y clerical como la presente.»

Los comentarios sobran. Hágalos *El Consultor de los Párrocos*.

*
* *

Los intereses del ultramontanismo están diámetralmente opuestos á los intereses sociales: de donde resulta que la preponderancia de aquella secta y la decadencia de los pueblos marchan constantemente en perfecto paralelismo. A un gobierno para labrar la dicha del país cuyos destinos dirige, le bastaria enterarse de los deseos de los ultramontanos, y obrar en sentido inverso. Sencillo modo de gobernar, y que atraeria las bendiciones de la inmensa mayoría; porque la inmensa mayoría conoce ya cuan perniciosa y abominable es la influencia ultramontana, mucho mas temible que las viruelas, el tifus ó la fiebre amarilla. La historia del ultramontanismo es el martirologio de los pueblos, y su últi-

ma página es la que se acaba de escribir con sangre en Cataluña, Valencia, Navarra y las provincias vascongadas. La primera la escribieron en el Gólgota los sacerdotes de Jerusalen, que mas adelante se introdujeron en el Cristianismo para hacerlo servir à sus propósitos de dominio temporal.

Entiéndase bien que hablamos del ultramontanismo y no del catolicismo, de los apóstoles ultramontanos y no de los sacerdotes de Cristo. El verdadero catolicismo es el Cristianismo de Jesús, y el sacerdote verdaderamente cristiano es la luz de las conciencias. Por sus frutos los conoceréis, dijo el Maestro: el que da frutos evangélicos, aquel es el legítimo sacerdote del Evangelio.

*
* *

El interés con que los ultramontanos y sus órganos en la prensa, *El Consultor de los Párrocos* por ejemplo, abogan por la intolerancia religiosa, viene en confirmacion de lo que decimos en el suelto que precede: que las conveniencias del ultramontanismo están siempre opuestas á las conveniencias y prosperidad de los pueblos. Véase por el estado comparativo que à continuacion publicamos, el bochornoso lugar que ocuparia España, caso de triunfar la intolerancia religiosa, por que tanto suspiran *El Consultor* y demás periódicos de la secta.

LIBERTAD RELIGIOSA.—Todos los estados de *Europa*; todos los de *América*, escepto el Ecuador; en *Africa*, Egipto, Argel. Marruecos y colonias inglesas; en *Asia*, China, Japon, y todo el territorio mahometano.

INTOLERANCIA.—En *Africa*, Angola, Nubia, Congo y tribus del Centro y del Este; y en *Asia*, Tonkin, Cochinchina, Mongolia y algunos otros palses idólatras.

Esta visto: los ultramontanos quieren elevar la nacion española al rango de la Nubia, de Angola ó de Tonkin.

*
* *

Los siguientes sueltos son de nuestro colega *El Criterio*.

—Nuestro estimado colega en la prensa *El Telégrama*, revista ilustrada literaria y musical que ve la luz en esta corte, acaba de publicar en su número 271, correspondiente al 15 de Enero, el retrato y fotografía del Vizconde de Torres-Solanot, actual presidente de la Sociedad Espiritista Española.—Esperamos que dentro de poco publicará las de Allan-Kardec, Flammarion y algunos otros espiritistas notables. Damos por tanto las gracias á dicha revista, por que de este modo contribuye, aunque de una manera indirecta, á la propagacion del Espiritismo, que para nosotros es la verdad.

—Los espiritistas de Dalton (Inglaterra) sostienen una escuela, en la que son educados sus niños entre compañeros que profesan los mismos principios, y donde los gérmenes de mediumnidad lejos de reprimirse se desarrollan cuidadosamente.

—El Espiritismo ha hecho siempre prosélitos entre las gentes

ilustradas. Esta ley no se ha desmentido en España. Como una prueba citaremos el hecho de que la *Ilustracion Hispano-Americana* ha remitido este año veinte y dos suscriciones á nuestro colega *La Revista Espiritista* de Barcelona.

—Una correspondencia de Nueva-York, dirigida á *Le Messager* de Lieja, da cuenta de las conferencias espiritistas que en aquella capital tienen lugar los domingos, y de interesantes sesiones, á las que asiste la sociedad mas escogida. Las conferencias y las sesiones son gratuitas.

—El Profesor Doctor Maximiliano Perty, de Berna, ha sido nombrado miembro honorario de la Asociacion nacional inglesa de espiritualistas.

—La Sociedad real de Inglaterra ha concedido la medalla real á Mr. Williams Crookes, por sus descubrimientos en el dominio de las ciencias físicas. Este sábio continua sus investigaciones espiritistas.

—En San Petersburgo ha muerto el conde Alexis Tolstoy, que asistió en 1858 á las manifestaciones espiritistas provocadas por Mr. Home en el palacio imperial, y que despues fué un celoso investigador en los dominios del Espiritismo.

—El baron Michelet de Guitero de Bozzi ha publicado en la apreciable revista de Turin *Annalli dello Spiritismo* un interesante artículo con el epígrafe «Tres comunicaciones importantes que responden á todas las objeciones contra la verdad de las manifestaciones de inteligencias ultramundanas.»

—El Profesor Richart A. Proctor, eminente astrónomo inglés, está dándo lecturas sobre algunos de los principios fundamentales del espiritismo, en el salon «Academy of Musich» de Brooklyn. La prensa norte americana hace grandes elógios de aquellas lecturas, cuyo programa hemos recibido con el retrato del profesor propagandista.

—*The Harbinger of Light* dá noticia de la reorganizacion de la Sociedad de Espiritistas y libre pensadores de Melbourne, donde llaman la atencion las lecturas públicas sobre Espiritismo que dá Mr. Bright en el teatro de la Princesa.

—Mr. Alex Aksakof, de San Petersburgo, y Mr. Batlerof, de la universidad de dicha capital, han sido recibidos en Londres por la Asociacion británica de espiritistas. El acto fué una demostracion pública tributada á estos celosos hermanos que tanto hacen por estender la doctrina espiritista en Europa.

—En la isla de Puerto-Rico se propaga ràpidamente el Espiritismo. Varios círculos de aquella isla se han puesto en relacion con la Espiritista Española. Desde aqui saludamos cordialmente á nuestros hermanos de aquella comarca, y les suplicamos que no desmayen en la propagacion de la verdad.

LÉRIDA.—IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.—1876.

EL
BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO II. Lérida, Mayo de 1876. Número VIII.

SUMARIO.—«La Sávia del Cristianismo,» por J. A.—«La Humanidad y su Educacion,» por M.—«La Religion y el Universo,» por F. M.—«Variedades.»

LA SÁVIA DEL CRISTIANISMO.

V.

Hemos de insistir aun en el estudio de la institucion del sacerdocio cristiano, por la eficaz influencia que el sacerdote estaba llamado á ejercer en la direccion del movimiento reformador dichosamente iniciado por Jesús. Para que la sávia del Cristianismo, la moral del Evangelio, pudiese circular por el tronco y llegar hasta las mas apartadas ramas del árbol de la humanidad, hacíase necesaria una fuerza impulsora constante, un apostolado que, fiel guardador de la palabra y del testamento del Maestro, llamase á los hombres á la luz en toda la sucesion de los tiempos, hasta llegar al reinado del espíritu, al triunfo completo sobre las ruines pasiones que dividen unos de otros á los miembros de la gran familia humana, al establecimiento de la Iglesia universal sobre los escombros de todas las pequeñas iglesias establecidas en la ignorancia y el orgullo. Empresa era ésta de tal magnitud, que habian de sucederse miles de generaciones ántes que venciese todas las dificultades que se amontonarian á su paso. Diez y nueve siglos van trascurridos desde que descendió del cielo

la *Buena Nueva*, y ¿en qué estado se halla la redencion de la humanidad terrestre? Aun no ha salido, podemos decir, del primer dia de su génesis.

Bueno es que los cristianos, emancipándonos de rancias preocupaciones y elevándonos sobre la atmósfera del presente, que nos estrecha y ahoga, volvamos de vez en cuando los ojos y la contemplacion al pasado, al cristianismo original, que ha de ser la sancion de nuestro cristianismo; bien así como el experto navegante que marcha en direccion al austro, dirige hácia el septentrion frecuentes miradas para no desviarse del meridiano que ha de conducirle al término de su viaje. Sea el Evangelio la estrella polar del cielo de nuestras almas, la brújula de nuestra fé en los borrascosos mares de la vida. ¿Por qué el sagrado fuego de las creencias cristianas está á punto de estinguirse? ¿Por qué en todos los corazones se erigen altares al sórdido positivismo sobre las cenizas del sentimiento religioso? ¡Ay! Invocamos á Jesús, y no conocemos su Evangelio; nos llamamos pueblo cristiano, y son contados los que se toman el trabajo de estudiar las enseñanzas de Cristo. Por esto nos hallamos sin fuerzas para resistir los asaltos de la impiedad. Dando al olvido que el tránsito del hombre por la tierra es un combate, menospreciamos aquellos medios de defensa sin los cuales es inevitable la derrota. A la fé ciega que recibimos de la tradicion suceden las vacilaciones de la duda, á la duda sigue la indiferencia, á la indiferencia el sensualismo y al sensualismo la negacion, y todo por no haber edificado nuestra primera fé sobre el racional y sólido fundamento de la comparacion y del estudio.

Ya hemos visto en el artículo precedente que el Maestro no toma sus discípulos, sus apóstoles, sus sacerdotes, ni del templo, ni de la ley, ni de la tribu consagrada desde Moisés al servicio del altar: poca confianza podia merecerle para la predicacion de las máximas evangélicas, que eran máximas de libertad, aquel sacerdocio oficial (1) que fanatizaba al pueblo para arrojarlo como una fiera sedienta de sangre sobre el pri-

(1) Aludimos á los príncipes de los sacerdotes que soliviantaron el pueblo para que pidiese la muerte de Jesús.

mero que osase levantar la voz contra la opresion teocrática establecida al amparo del antiguo Tabernáculo. El fundador de la nueva iglesia, de la grande iglesia que ha de tener por templo el universo, no se satisface del sacerdote cortado en el patron de la tradicion y de la letra, egoista, intransigente, amante de las exterioridades del culto y dado á la molicie y al regalo: el sacerdote de su eleccion es el laborioso hijo del pueblo, el hombre virtuoso y sencillo que sabe hacer el sacrificio de sus cómodidades en aras de la redencion de todos, el varon justo, bondadoso, tolerante, enemigo de la suntuosidad y de la gerarquía, que edifica con la uncion de la palabra y la santidad del ejemplo. A estos llama para formar su apostolado; á estos convoca en torno suyo para enviarlos á los cuatro vientos á anunciar la *Buena Nueva*; mas ántes de despedirlos, á fin de que no ignoren las condiciones y deberes que el cumplimiento de la mision sacerdotal lleva consigo, les habla y los instruye en estos términos:

«*Id, y predicad, diciendo: Que se acercó el reino de los cielos:* que la salud vino de lo alto y que la verdad brilla esplendorosa para todos los entendimientos. *Sanad enfermos*: vigorizad con la regeneradora sávia del Evangelio esos espíritus que desfallecen y enferman á causa de los vicios y errores religiosos en que se agitan y asfixian sus vacilantes creencias. *Resucitad muertos*: volved á la vida de la fé esas almas que perecieron por falta de alimento y que renegaron de su Padre y de su Dios porque vieron la iniquidad y la falacia donde no debian tener asiento sino la justicia y la verdad. *Limpiad leprosos*: purificad, circuncidad con la circuncision del alma las conciencias dañadas por la sensualidad y el egoismo, y *lanzad demonios*, los ídolos de la pasion y del desenfreno, en cuyo honor erigió altares la concupiscencia humana y cuyo culto podréis arrancar de los corazones inoculando en ellos el purísimo y vivificante espíritu de la caridad, de la esperanza y de la fé. *Graciosamente recibisteis, dad graciosamente*: á vosotros han venido la gracia y la revelacion, no para que monopoliceis en utilidad propia estos dones, sino para que los hagais fructificar en beneficio de la humanidad, hija de Dios, como administradores que sois de unos bienes que no habeis ganado

y de los cuales debeis hacer partícipes á todos vuestros hermanos. (1)

«*No poseais oro, ni plata, ni dinero, ni lleveis alforja, ni baston, ni tengais dos túnicas;* porque aquel que tiene sus sentidos puestos en las riquezas, en las comodidades y el fausto, dá claros indicios de que no es la salvacion de los demás el móvil de sus deseos. El sacerdocio es vocacion y no grangería, abnegacion y no sensualidad, sencillez y no ostentacion, sacrificio y no preponderancia, y allí termina el sacerdocio donde empiezan la preponderancia, la ostentacion, la sensualidad ó el comercio. El que ama el oro ó la plata, no es sacerdote; el que vende á cambio de bienes temporales los del alma, no es sacerdote; aquel que no sabe hacer el sacrificio de sus comodidades terrenas siempre que se ofrezcan á sus ojos la desnudez y el hambre, ó insulta con su abundancia la miseria de los hijos del pueblo á quienes recomienda el desprecio de las cosas de la vida, no es sacerdote, no es el sacerdote modelado en el Evangelio y nutrido con la sávia de las enseñanzas de Cristo. *Digno es el trabajador de su alimento,* y tambien el ministro de la palabra; pero este ministerio es de delegacion providencial, y se profana cuando quien pretende ejercerlo fia más que en la paternal solicitud de la Providencia en la eficacia de los bienes terrenales. (2)

«*No siete veces, sino hasta setenta veces siete veces perdonaréis á vuestros hermanos.* Si ellos son deudores, tambien lo sois vosotros, porque sois hombres como los demás. Teneis el deber de perdonar y no el derecho de juzgar y condenar. Sobre vosotros y sobre todos los hombres uno está establecido como Juez: la justicia en las manos de Dios, no en las vuestras, pecadoras y falibles. Por esto el reino de los cielos es comparado á un hombre rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos, el cual, habiendo perdonado á uno de sus deudores diez mil talentos, lo entregó

(1) Matheo X, 7 y 8.
(2) Matheo X, 9 y 10.

despues à la cárcel y al tormento por no haberse compadecido de otro que le debia cien denarios. *Del mismo modo hará tambien con vosotros el Padre celèstial, si no perdonareis de vuestros corazones.* El que habláre palabras de maldicion, de ira ó de venganza, no es sacerdote; es el siervo malo de la parábola, indigno de que le sean perdonadas sus deudas y merecedor del tormento hasta que pague el último cuadrante. (1)

«*¿Sabeis que los príncipes de las gentes avasallan á sus pueblos, y que los grandes ejercen potestad y oprimen á los débiles y humildes? No será así entre vosotros: entre vosotros el que quiera ser mayor sea vuestro criado, y el que pretenda ser el primero sea el último.* En el sacerdocio no caben preeminencias ni gerarquías: las distinciones y privilegios nacieron de la soberbia y se arraigaron en las repúblicas al calor de las conscupiscencias humanas; mas la milicia espiritual, el sacerdocio cristiano, ha de ser un ejemplo perpetuo de igualdad, humildad y abnegacion, donde los poderes de la tierra aprendan constantemente á reformar y mejorar sus instituciones hasta alcanzar en ellas la perfeccion cristiana, que ha de ser el triunfo de la igualdad y de consiguiente la muerte de las distinciones gerárquicas. El Hijo del hombre no vino á establecer la gerarquía, sino á abrogarla en el órden espiritual, y á dar su vida en redencion y en holocausto. (2)

«*Como el Padre me envió, así tambien yo os envio.* (3) Yo recibí del Padre la altísima investidura del sacerdocio, la divina mision de redimir con la predicacion y el ejemplo de las virtudes la pobre humanidad terrestre, que vaga perdida en las encrucijadas de la iniquidad y del error, incapaz de emprender, sin despertamientos providenciales, el recto camino de la perfeccion y del progreso: mision gloriosa y santa, pero erizada de fatigas, de persecuciones, de ingratitudes y peligros. *Subo á mi Padre y vues-*

(1) Matheo, XVIII, 21 y siguientes.
(2) Matheo, XX, 25 y siguientes.
(3) Juan, XX, 19.

tro Padre, á mi Dios y vuestro Dios, (1) y en vosotros delego la continuacion del celestial ministerio para cuyo establecimiento descendí de las moradas de la felicidad inmortal y tomé cuerpo entre los hombres de la tierra. Os trasmito mi potestad, mi sacerdotal encargo; mas *á condicion* (2) de que seréis, como yo, el camino, la verdad y la vida de las almas. En esto consiste el sacerdocio: en la predicacion y el ejemplo; en la humildad y el amor; en la abnegacion y el sacrificio. Quien no siguiere estas mis huellas y se apartare de mis caminos, no es, no puede ser sacerdote de la Iglesia que yo he venido á establecer. *Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo; esto es, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado,* (3) de cuya observancia depende el verdadero bautismo del espíritu, el bautismo esencial para la purificacion y salvacion.»

En estos términos instituye Jesús el sacerdotal ministerio, el cuerpo docente llamado á continuar la obra de la redencion por las enseñanzas evangélicas. El retrato del sacerdote cristiano está hecho de mano maestra, de mano del mismo fundador del Cristianismo. Puestos en este retrato los ojos del entendimiento, estudiemos el sacerdocio de nuestro siglo, y meditemos. ¿No ha sonado aún para los cristianos la hora de meditar?

J. A.

(1) Juan XX, 17.
(2) Véase la nota 10 del P. Seio al cap. XX de S. Juan.
(3) Matheo XXVIII, 19 y 20.

LA HUMANIDAD Y SU EDUCACION.

II.

Despues de lo dicho en el número anterior de esta Revista sobre el epígrafe que antecede, é insiguiendo por lo tanto en la tarea que nos hemos propuesto, empezaremos desde luego por hacer un sencillo bosquejo de la naturaleza humana, puesto que es éste asunto de trascendencia y del cual no se puede aquí prescindir.

El hombre es un ser *organizado, viviente, sensible, inteligente, racional, moral y religioso* por naturaleza.

Es un ser *organizado*, porque consta de órganos, que son los instrumentos de la vida, sucediendo de un modo análogo en las plantas y en los animales, seres que constan de los mismos elementos, bien que en proporciones distintas.

La vida en las plantas es puramente orgánica é insensible, dotada de las funciones de *nutricion* y *propagacion*, que son sus principales manifestaciones. En la vida de los animales y del hombre se nota, además de la nutricion y propagacion, la facultad de *sentir* y de poderse *mover* espontáneamente por el juego del organismo, obedeciendo á un principio ó fuerza superior y mas activa que la que determina los actos vitales de las plantas.

Por la *nutricion* el individuo crece y repara las pérdidas ocasionadas por el ejercicio de la vida, así en la organizacion como en las fuerzas que la rigen; debiendo tener presente que para que el alimento sea convenientemente asimilado, debe experimentar una elaboracion prévia y apropiada á cada ser, la cual viene realizándose, especialmente en los animales y en el hombre, durante el tránsito del material nutricio por

el tubo digestivo, y mediante la accion de órganos especiales, y jugos adecuados, segregados al efecto por su propio organismo.

Por la *propagacion* se afianza la conservacion de las especies de padres á hijos por via de generacion, para lo cual se hace necesario el concurso de los dos seres masculino y femenino, cual es de ver en la inmensa mayoría de los animales que pululan sobre la faz de la tierra y que se ofrecen diariamente á nuestra observacion.

Los animales, como igualmente el hombre, gozan á su vez de la *locomocion* ó *libre movimiento*, mediante la accion de los músculos y de los huesos, que son sus especiales instrumentos, constituyendo con otros varios elementos de estructura ó principios inmediatos, la forma que corresponde á aquellos seres, á cada cual segun su tipo y especie.

Tambien la *sensibilidad* es comun al hombre y á los animales, esperimentando unos y otros por medio de dicha funcion las impresiones internas, como igualmente las que provienen de los objetos que los rodean y llegan á ponerse á su alcance, afectándoles de un modo ú otro en alguno de los órganos de los sentidos en virtud de la especial actividad de los nervios, cuyo conjunto forma el sistema nervioso, aparato sumamente delicado en su estructura orgánica, y en el cual descansa el resorte de la vida animal y sensible.

Pero hay además en el hombre otra especie de sensibilidad, que le hace sentir de una manera desconocida en los animales el placer y la pena en todo lo que es pensar y obrar, moralmente hablando; tal es la satisfaccion que le cabe especialmente por la práctica del bien, y la más ó ménos aguda displicencia que le resulta de su mal obrar allá en el fondo de su conciencia, que es el tribunal de sus actos libres.

Esta sensibilidad en el hombre y en tal órden considerada, es lo que suele designarse con el nombre de *sentimiento moral*, sentimiento que aparece en gérmen en la naturaleza humana, pero que luego se desarrolla por el funcionamiento de la vida, y sobre todo por la educacion, debiéndose depurar sucesivamente por el buen ejercicio de la actividad del

espíritu; y de este modo marchará y se irá elevando poco á poco á las mas legítimas y tiernas aspiraciones, las cuales algun dia, traduciéndose en afecciones de pura fruicion, habrán de constituir su verdadera y ánhelada dicha.

Se completa el desarrollo del sentimiento que nos ocupa por la cultura de la *razon* y de la *conciencia*, que así es como puede dirigirse bien la *voluntad*, ese gran poder, que para el mejor acierto y eficacia de sus espontáneas ó libres resoluciones, deberá estar siempre subordinada á la influencia armónica de aquellas dos superiores y humanas facultades, llamadas *morales*, siendo la divisa, el gran distintivo de la vida en toda la esfera de la vida de las humanidades.

Conviene que insistamos algo más sobre estos preliminares, ya que en sí envuelven un interés de la mayor trascendencia.

El hombre es un ser compuesto de cuerpo y alma. El cuerpo es todo materia organizada y sirve de instrumento al espíritu, para que con su ayuda pueda atender á las necesidades y condiciones que deben conducirle al cumplimiento de su mision, sabido como es que el espíritu ha de realizar en union con la materia sus convenientes progresos.

Cuando el cuerpo, de sí inerte ó insensible, pierde su aptitud en fuerza de la alteracion de su orgánica estructura, deja por su deterioro de servir al espíritu en las manifestaciones de su actividad, y entónces éste le abandona y queda en su estado libre, propio de la naturaleza espiritual, siguiendo en pos de sus eternos destinos; miéntras que el cuerpo vuelve por su natural descomposicion á la masa comun de los elementos inorgánicos, para entrar luego de nuevo, corriendo el tiempo, en otras combinaciones ó compuestos, que constituirán quizá otros seres orgánicos análogos ó diferentes, ofreciéndose de esta manera la materia organizada, ya caduca y fuera del uso de la vida, como igualmente la inorgánica, cualquiera que sea su estado, á las sucesivas é indefinidas trasformaciones que se observan por do quiera, renovando incesantemente el estado del planeta y de los seres que lo pueblan.

El alma, desde el primer momento de su existencia, debe

ser considerada en su esencia como un ser inalterable é imperecedero, destinado á seguir progresiva y perpetuamente en la escena de su espiritual vida. Lo que llaman muerte no es mas que una transicion, un cambio que se realiza al final de la vida pasando el espíritu del estado encarnado al de vida libre y errante en los espacios celestes, cual ya se ha dicho, en seguimiento de los caminos que le tiene trazados la ley providencial del destino.

No hay necesidad de recordar que el alma y el cuerpo, durante su mision en la presente vida, forman el sér *hombre*, y como tal es el rey, el coronamiento de la creacion visible, reuniendo en sí todos los elementos de los demás seres inorgánicos y organizados, y además representando como admirable compendio todas las fuerzas vivas que rigen al planeta que le sirve de morada, y por lo que puede ser considerado el ser humano como la síntesis y el complemento de la creacion terrestre.

En efecto: es el hombre un *microcosmo*, que reune, en su naturaleza, permítasenos repetirlo, todos los elementos que existen en el globo, bien que en combinaciones que le son propias; es el centro ó representante de todas las actividades, siendo por lo tanto el ser mas perfecto é importante de entre todos, no tanto por su cuerpo, el cual, no obstante su delicada y maravillosa estructura, es siempre materia destructible, cuanto por su espíritu, sustancia inalterable aunque susceptible de eterna depuracion. El emana de Dios y debe volver á Dios, hácia cuyo seno se vé incesantemente solicitado, mas no necesaria é impetuosamente, sino en suave atraccion, à la que tarde ó temprano habrá de obedecer por su propia voluntad, conquistando poco á poco su progresiva elevacion y dicha por la depuracion del sentimiento y la práctica generosa de las virtudes.

Mas la conquista de su perfeccion y dicha por medio del buen obrar, que siempre requiere alguna abnegacion y sacrificio, suele serle sumamente penosa, puesto que experimenta en sí una lucha de contradiccion más ó ménos pertinaz en sus tendencias y modo de ser, que le hace oscilar, caer y levantarse alternativamente, sin haber sabido comprender,

generalmente hablando, la causa del aflictivo mareo y miseria que en sí siente al través de los actos de la vida, determinados por todo género de excitaciones.

Ese lastre de nuestra concupiscente naturaleza, generador de las instigaciones procaces que suelen asaltarnos, oscureciendo y amenguando nuestro verdadero sentido moral, es lo que ha venido llamándose el *pecado original*, contraido, segun la tradicion y la teología, por la falta personal de Adan nuestro primer padre. Por cierto, filosóficamente hablando, no hay razon plausible para asentir á este aserto, que repugna á la inteligencia y al sentimiento; ello en buen sentir arguye injusticia en Dios, lo cual no es admisible, ya que es la *suma bondad* y *sabiduría*, la *armonía absoluta* é *infinita*.

Antes al contrario, si en nuestro pensar hemos de ir conformes con la perfeccion ilimitada de los atributos de Dios, cabe poder atribuir ese que parece desconcierto en la naturaleza humana á las exigencias exageradas de la vida animal, en oposicion à las solicitaciones que á su vez suelen sentirse hácia el bien, lo cual hace que con sobrada frecuencia se deje llevar el hombre por la senda tortuosa del mal, creyéndolo él un bien en aquel momento en fuerza de la ofuscacion en que le tienen sus apetitos concupiscentes sobreexcitados. Y aun así, si bien lo reflexionamos, aquel estado de contradiccion, que á primera vista parece no ser mas que una anomalía entre las obras de Dios, envuelve no obstante un admirable concierto, como todos los que están subordinados á la ley eterna: la tal *contrariedad* en el seno moral del hombre, le empuja á vivir en constante lucha, resultando de su triunfo sobre el mal la depuracion y verdadero mérito del espíritu; pues de otro modo no habria progreso, ni se concibe en su carencia la perfectibilidad que habrá de alcanzar sucesiva y perpetuamente el ser humano en cumplimiento de los divinos y eternos designios.

El estudio sobre la naturaleza humana bajo este aspecto es del todo útil, y tan necesario é interesante que no debiera prescindirse de él nunca. En esta su esfera de vida propiamente humana es donde debe el ser racional aprender á conocer-

se en sus resortes y virtualidades, á luchar y á dominarse en sí mismo, elevándose esforzada y generosamente hácia Dios por el continuado ejercicio de las virtudes y al través de las vicisitudes y contrariedades, que todas ellas bien llevadas son instrumento y concausa de verdadero progreso.

De Dios el hombre en su espíritu es *imágen* y *semejanza*, oscurecida y embrionaria en un principio, pero que puede hacerla destacar y brillar cada vez mas por el cumplimiento perseverante de sus deberes: él aparece en la creacion como un punto oscuro, destinado á iluminarse sucesiva y progresivamente en el *éter divino*, por la gracia y misericordia de Dios y por los esfuerzos espontáneos y sostenidos, por los adelantos sucesivos dependientes de la humana voluntad.

Y para ello siempre le acompaña el deseo de ser feliz, y esto hace que à medida que despierta de su letargo moral, busca el bien, que es en donde únicamente puede hallar su verdadera dicha. Esto no obstante, hasta que haya adquirido la experiencia y las luces que pueden iluminarle, confortarle y sostenerle en sus buenos propósitos, se dejará llevar con facilidad por los halagos de un falso bien, pasando así años y años por lo comun, hasta que al fin, ilustrándose poco à poco, y hastiado de la hartura de sus devaríos y de sus materiales goces, se resolverá á dominarse y hacerse moralmente fuerte, levantándose cada vez mas de su estado de inferioridad por el sucesivo y regenerador cumplimiento del deber.

Mientras el hombre vive sumido en la ignorancia é indolencia moral, se vé acosado mas ó ménos imperiosamente por los estímulos de la vida animal, en lo que tambien pueden influir mucho los resabios del espíritu inherentes á su atraso: en este estado suelen ser pocos los adelantos que consigue, viviendo en vacilacion, y aun gracias si sabe luego enderezarse por su propia virtualidad y ayudado por la celestial gracia, que nunca se niega á una buena voluntad, oponiendo con perseverancia sus esfuerzos á sus malas tendencias y veleidades. Sucédele al hombre bajo el influjo de sus contradicciones lo que á una bugía que se

enciende y apaga alternativamente, en virtud de su principio de ignicion no del todo extinguido.

Durante el estado de primitiva ignorancia en que se halla sumido por más ó ménos tiempo, vive ofuscado y entorpecido, propenso ordinariamente á satisfacerse en los torpes deseos y actos de su concupiscencia; mas ya se ha dicho, siente no obstante más ó ménos pronunciadamente el atractivo del bien, tanto que virtualmente y en medio de su libertad viene reconociendo la necesidad de buscarlo; mas es frágil, sobradamente débil por sí mismo, y hay que ayudarle iluminándole, avivando y fortaleciendo su conciencia, educando poco á poco su voluntad. Entonces el *dualismo* de sus tendencias se modifica y toma un nuevo carácter, trocándose cada vez de un modo mas acentuado sus instigadoras sensaciones y sus rastreros instintos en sentimientos de superior esfera, lo cual es señal de inequívoco adelanto.

Esta dualidad de tendencias á que aludimos, y que obran en el hombre teniéndole en tortura y contradiccion, mientras no ha podido elevarse mucho en la escala del progreso, hace necesaria la lucha fuerte y sostenida en los múltiples actos de su moral vida para aprender á dominarse y vencerse cual corresponde á su racional naturaleza, y de allí tambien el mérito en el triunfo y la humillacion en el vencimiento, cual se deja concebir. Mas ya se ha indicado que las lecciones de la experiencia le hacen cada vez mas cuerdo, mas reflexivo y mas fuerte, hasta adquirir el dominio de sí mismo y poseerse cumplidamente.

Recordemos, antes de dar fin al presente artículo, que el hombre, naciendo sencillo é ignorante, está destinado á sus convenientes desarrollos, á crecer y aumentar poco á poco sus virtualidades, no olvidando, permítasenos la repeticion, que procede de Dios y ha de dirigirse á Dios por medio del saber y de la práctica de las virtudes, ayudado á su vez por la divina gracia. De aquí la necesidad de ilustrarse y trabajar constantemente para su mejoramiento.

M.

(Se continuará.)

LA RELIGION Y EL UNIVERSO.

II. [1]

No comprender la existencia de la Causa creadora ante la grandeza y magestad de la obra en que vivimos, demuestra una ceguera completa de la razon y de la vista.

No venerarla cuando su gracia abre nuestros ojos á la luz, atestigua una total atrófia del corazon, una absoluta postracion de la inteligencia.

Porque la primera idea de un Ser supremo la recibimos de su inmensidad, de su omnipotencia, de su sabiduría.

Y el hombre debe humillarse ante lo sublime.

Si Dios existe, es el creador de toda vida y sentimiento.

El primer deber pues de la vida y del sentimiento para con Él es la gratitud.

Es el orígen de toda magnificencia.

Hay que tributarle nuestra admiracion.

Pero la gratitud y admiracion de la criatura á la potencia creadora pueden sólo espresarse por la adoracion.

Y Dios existe: basta fijarse en cuanto nos rodea para esclamar con Flammarion: «El Verbo Eterno nos ha hablado en las obras mas modestas de la naturaleza con mayor elocuencia que el génio humano en su mas pomposos cantos.»

Ha llegado un dia en que el hombre, impulsado por el orgullo de la ignorancia, ha resuelto con Augusto Compte, el gran sacerdote del positivismo, «que la ciencia habia derrotado al Padre de la naturaleza y conducido á Dios hasta sus fronteras dándole gracias por sus servicios provisionales.»

La naturaleza entera ha protestado contra tal cúmulo de blasfemias, porque desde todos los puntos del universo se divisa el cetro de la soberanía sin fin.

---

(1) Véase el cuaderno I, pág. 14.

Tambien ha protestado la ciencia arrojando al rostro de sus raquíticos detractores la baba inmunda con que intentaban empañarla.

No puede revolverse contra la Divinidad porque es un destello de su sabiduría: la obra pregona al artífice y le ensalza; nunca dará testimonio contra él.

Precisamente todas sus partes se unen para formar un nombre de solas cuatro letras, que es el gran secreto de la creacion.

III.

Setenta y cinco millones de astros surcan por el pequeño segmento del espacio ilimitado que abraza el mas potente de nuestros telescopios.

Pequeño con relacion al infinito; inmenso respecto á nnestra personalidad.

Cuántos millones de millones habrá en las regiones que permanecen ocultas á la investigacion humana?

Cuerpos enormes, con alguno de los cuales comparada la tierra guardaria la proporcion de una diminuta naranja.

Globos radiantes de luz, que emiten á los espacios sus haces de rayos de los mas bellos y variados colores.

Moles que las mas ínfimas, como nuestro Sol que es una de las menores, equivalen á millones de veces la tierra, y que se mantienen suspendidas en el vacío sin apoyarse en las bases de hierro y bronce en que procuraba fijarlas la antigüedad.

Median entre ellos distancias que apenas concibe la asombrada mente.

Un rayo de luz camina cuatro millones y medio de leguas por minuto.

Desde la estrella Capela ò Cabra tarda sobre 72 años, lo cual coloca este astro á ciento setenta y cinco billones de leguas de nosotros. Pero esto está aun muy próximo, constituye nuestra vecindad.

Desde ciertas aglomeraciones de astros, de algunas nebulosas alcanzadas ya por nuestros aparatos astronómicos, necesita el velocísimo rayo luminoso caminar por el espacio durante cinco millones de años para venir á herir nuestra pupila.

¡Setenta y cinco millones de astros luminosos! He aquí un decorado esplendente, que ya empieza á ser digno del templo de una Divinidad.

¿Pero quién los sostiene, qué mano poderosa los guia? ¿De dónde vienen, á dónde van? No se derrumbarán alguna vez, no se desviarán en su camino?

Aristóteles ha legado á la posteridad su *Primer móvil*, iniciador y regulador de todas las magnificencias del universo: Platon adivinó un *Eterno Geómetra*: Chateaubriand y los filósofos cristianos acatan la *Gran Unidad*.

Sólo el ateismo, este cáncer horroroso que corroe las sociedades modernas, podia atribuir la creacion á la nada, el espíritu á la materia, la belleza y el órden al azár.

Voltaire decia que miraba el ateismo como el mayor estravío de la razon, porque tan ridículo era para él suponer que el órden del mundo no probaba un artífice supremo, como impertinente asegurar que la máquina de un reloj no acusa un relojero.

Pero el estravío existe, y es enfermedad epidémica que ha invadido muchos millones de cerebros, empobrecido otras tantas existencias, embotado las fibras mas sensibles de los corazones, destruido muchas inteligencias, y muerto los mas nobles sentimientos.

Tantas magnificencias por solo el azar! Pero será eterno el movimiento de la materia? Entónces tenemos ya aquí algo superior á la materia misma.

Ó será solo una de sus propiedades? No puede afirmar esto el ateismo, porque se saldria del campo de la ciencia, y entónces de consuno ésta y la filosofía le exigirian una convincente demostracion.

La materia es inerte, no dá preferencia alguna al movimiento ni al reposo absolutos.

Alguna vez habrá permanecido quieta: ¿quien habrá dado á los astros su primer impulso?

He aquí un azar sabio, fuerte, poderoso y previsor.

Introduciéndose en el cáos ha reunido la materia difusa y formado con ella setenta y cinco millones de cuerpos celestes para nuestro firmamento.

Enemigo de las tinieblas, las ha dotado de propiedades lumínicas sorprendentes.

Amante de la variedad y de la belleza, ha creado soles de luz blanca, amarilla, verde, roja, azul, violeta y de otros muchos colores, llenando los espacios de tintas fantásticas y los mundos de seductora poesía.

Inició el movimiento sujetándolo á una regularidad de exactitud tan matemática, que hoy, en la cuna de las ciencias, cualquier astrónomo puede calcular la posicion que ocuparán todos los cuerpos que marchan por el espacio conocido dentro de un millon de siglos.

Ha impuesto á las grandes masas la ley de la gravitacion, que mantiene en órden los grupos siderales, y á las pequeñas las de cohesion y afinidad, que sugetan entre sí á las partes integrantes de los cuerpos, ó por mejor decir, ha aplicado á la materia la única ley, la de la atraccion universal, la mayor de las maravillas de la creacion.

Armonía, vida, sentimiento, inteligencia: ¡cuántos portentos hijos de una pura casualidad, cuántas afirmaciones nacidas de una estéril negacion!

Ah! pero yo veo aquí un escollo para las teorías del ateismo. ¿Qué sucederá en nuestro universo el dia en que el menor entorpecimiento venga á oponerse á la marcha regular impresa por la casualidad? Lógicamente hablando debe ocurrir un cataclismo. Romped á la máquina una rueda y dejará de funcionar.

Inutilicemos un enlace cualquiera en la complicada mecánica celeste, y se nos presentará un cuadro aterrador: al órden sustituirá el mas completo desórden, á las líneas geométricas regulares los torbellinos, á la claridad la confusion, la creacion entera se derrumbará, el cáos recobrará su imperio.

Y es esto lo que acontece? Fijémonos un momento aceptando como base de nuestro estudio los hechos consumados, con lo que siquiera nos granjearemos la benevolencia de algunos políticos modernos.

Tenemos los referidos setenta y cinco millones de cuerpos celestes que cumplen honradamente con la ley que se han impuesto.

A beneficio de sus cambios de corrientes magnéticas se sostienen mutuamente en equilibrio. Describen las órbitas en los plazos que el azar les ha fijado: no hay medio de introducir en sus relaciones la manzana de la discordia de las invasiones.

Los soles emiten perpétuamente océanos de luz que disipan las tinieblas en todos los ámbitos del espacio infinito.

Los planetas se resignan bondadosamente á figurar en segunda línea; á recibir del cuerpo central de sus respectivos sistemas luz y vida; á engalanarse con los rayos que les dedica

**

el astro rey, como una hermosa coquetuela se adorna con las matizadas flores ofrecidas por el galante seductor; á contemplar pensativos los puntos luminosos que en noches serenas centellean en los firmamentos, como una honrada jornalera mira los brillantes que sujetan las trenzas de la encopetada dama, con curiosidad pero sin pena.

Los satélites, bellezas de tercer órden, verdadera plebe del mundo astral, á llenar de beneficios á los aristocráticos planetas, sin que apenas se les tenga en consideracion; á que se acuda á ellos sólo cuando puedan ser de alguna utilidad.

Cada globo celeste puede ser considerado bajo el punto de vista del equilibrio como una esfera de hierro situada en el foco de atraccion de un número inmenso de imanes. Si se quita uno, el centro de atraccion varía, y la esfera metálica se precipita hàcia el punto en que es mayor la fuerza que la solicita.

Pero la influencia es mùtua: el desequilibrio de un astro ha de perturbar un sistema: el desarreglo de un sistema debe conmover todo el universo.

Y sin embargo, la variacion ocurre: la ciencia prueba que los grupos planetarios se aniquilan; que los mundos se estrellan ó reducen á polvo, y que los soles se apagan. Terpsícore, Letona, Galatea, Belona, pequeños planetas que forman parte de nuestro sistema, son considerados como los restos de un globo celeste que estalló en los espacios, y el órden subsiste como si tales fenómenos no hubiesen tenido lugar.

Será debido en todo ó en parte à ellos el cambio de sitio de las estrellas, el que las constelaciones se transformen?

No, porque todos estos movimientos son regulares, matemáticos, previstos, hijos de la marcha general que siguen todos los cuerpos en el espacio hácia un punto desconocido, y los producidos por una catástrofe cualquiera serian bruscos, anormales, precipitados.

Un caso análogo deberia acontecer à la aparicion de un nuevo astro, porque tambien produce un desequilibrio de atraccion.

Ya aceptando con Fracastor que no son realmente nuevos, sino que se han hecho visibles acercándose repentinamente á la tierra; ó con Tycho-Brahe, que los clasifica como aglomeraciones recientes de gran cantidad de la materia difusa esparcida por el universo; ya creyendo con Flammarion que son astros en via de formacion, cuya súbita incandescencia es producida por

sus gases y líquidos en estado de ignicion, de combustion ó de combinacion, que cuando la superficie se solidifica impide la radiacion luminosa y cubre de manchas el disco brillante, por lo que el astro parece disminuir y hasta desaparecer; lo real es que un nuevo poderoso iman se introduce en uno de los sistemas planetarios y que ha de causar un desequilibrio de que deben todos resentirse.

Pero los astrónomos han atestiguado desde los tiempos de Hipparco y Ptolomeo veinte y cinco casos de apariciones y desapariciones de estrellas, y ningun cataclismo, desórden alguno se ha hecho constar en los anales de nuestro planeta como consecuencia de la realizacion de tan notables acontecimientos.

¿Tendrá ya previstas el azar tales eventualidades, y fuerzas de reserva, propiedades de la materia desconocidas hasta el presente para los físicos, que evite todo género de cataclismos?

F. M.

VARIEDADES.

LAS DOS PIEDRAS.

APÓLOGO.

De una cantera sacó
dos piedras un albañil,
y con ellas y otras mil
levantó,
con arte, sudor y espacio,
como buen trabajador,
para cierto gran señor,
un palacio.
De aquellas dos piedras, una,
elevóla á un alto punto
del artístico conjunto
su fortuna;
miéntras la otra ¡oh desconsuelo!
con mas descuido labrada,
fué con desden colocada,
junto al suelo.
La que en lo alto se veia,
de la que estaba debajo
sufriendo peso y trabajo,
burla hacia;
olvidando que lograron
igual su suerte primera,
pues de la misma cantera
las sacaron;

y sin pensar que muy presto
del tiempo la mano impía
á derribarla vendria
de su puesto.

Si es capricho de la suerte
abatir y enaltecer,
nos igualan el nacer
y la muerte.

Isidoro Pellicer.

CARTAS SOBRE LA COMUNICACION ESPIRITUAL.

Estimado Fortunato: La resistencia de tu amigo Bernardo á dar asenso á la comunicacion ó revelacion espiritual de que le has hablado en alguna de tus cartas, procede, mas bien que de lo inesplicable de la comunicacion misma, de la natural repugnancia con que todos acogemos aquellas ideas y aquellos hechos que por su índole vienen á conmover en sus fundamentos el edificio de nuestra incredulidad ó de nuestras creencias, de nuestro modo de pensar ó de sentir. El *hàbito* es una segunda naturaleza de la cual no sabemos ni podemos despojarnos sino despues de repetidos esfuerzos; y como toda novedad, así en el órden de las ideas como en el de los hechos, viene á contrariar nuestro *habitual* modo de sentir ó de pensar, esta es la causa porque, á cada nuevo descubrimiento que aparece en lucha ó discordancia con las opiniones más ó ménos fundadamente prohijadas, oponemos al principio una tenaz resistencia, aun cuando mas adelante hayamos de trocarla en adhesion y entusiasmo. Nuestras aficiones y nuestros errores son hijos nuestros, y siempre los juzgamos, aun sin apercibirnos, con estremado cariño: establecemos en torno de nosotros á manera de un cordon sanitario para todo lo que venga de mas allá del círculo trazado por la actividad de nuestro espíritu, olvidando con harta frecuencia que este círculo no es mas que un punto imperceptible del inmenso espacio y la ciencia humana conocida un diminuto átomo de la ciencia que el hombre está llamado á descubrir en los senos del infinito.

Tal vez se me replicará que la comunicacion ó revelacion espiritual no es una afirmacion moderna; que los libros místicos de todas las teogonías, que las biblias de todas las sectas religiosas nos hablan de ella; que la brujería, que la nigromancia, que la magia, que las pitonisas y las sibilas, los arúspices y los augures no son sino ensayos frustrados, al través de los siglos, de la revelacion

ultraterrena, rechazados siempre por el buen sentide de los hombres pensadores; y que, por tanto, no es un descubrimiento nuevo lo que se recusa recusando la comunicacion de los espíritus, sino un eror viejisimo, una preocupacion ó una superchería cuya antigüedad se pierde más allá del nacimiento de la historia.

De esta réplica podria yo sacar partido en prueba de la realidad del hecho de que me propongo hablar en estas cartas, diciendo, que una preocupacion ó una superchería no se perpetúan á despecho de las personas ilustradas, ni resisten por espacio de centenares de siglos la ruda oposicion de la ciencia y del sentimiento humanos, si la superchería ó la supersticion no contienen en su fondo algun principio de verdad. Si todos los cultos, si todos los pueblos, si todas las generaciones han aceptado en su credo la revelacion, algo habrá de real en esta universal creencia, supuesto que si algo hemos de admitir los hombres como criterio de verdad es la universalidad del testimonio. Es inconcebible un testimonio universal que sobreviva á los tiempos, basado en un hecho supuesto, absolutamente falso. Podrá suceder, y sucede, que lo verdadero venga mezclado con lo falso en este testimonio permanente, porque la pureza absoluta sólo en Dios podemos congeturarla; mas en este caso, lo único que subsiste es el fondo de verdad, al paso que los errores de que la verdad viene acompañada se transforman, se modifican, envejecen y mueren á manos de la ciencia, que ensancha cada dia sus conquistas.

Pero no; yo no quiero, yo no he de servirme del argumento fundado en la afirmacion del hecho para probar la posibilidad y la realidad de la comunicacion espiritual. Los hechos, cuando su naturaleza se escapa de la esfera de los conocimientos humanos, sólo hablan á la generacion, al pueblo ó al individuo que los ha presenciado; y bajo este punto de vista la revelacion es un descubrimiento de nuestros dias, sin precedente histórico, porque los precedentes que recibimos de la historia no nos trasmiten la clave de aquellos hechos, y los relegamos al olvido, ó á lo más les concedemos un lugar en los artificios oratorios, que son el panteon de las leyendas mitológicas. Edifiquemos, pues, sobre el presente; olvidemos la tradicion; borremos de nuestra memoria los testimonios históricos de carácter legendario; estudiemos la revelacion en la comunicacion espiritual de nuestros tiempos, y meditemos: sólo así es como podremos establecer una fé racional y sólida y sancionar con nuestro testimonio los testimonios antiguos.

Ni tú ni yo podemos maravillarnos de la repugnancia de tu amigo á creer en la comunicacion de los espíritus con los hombres: ¿no hemos sentido nosotros igual repugnancia ántes de estudiar el hecho? De mí he de decirte que hacía meses que lo experimentaba en mí mismo, y aun dudaba, aun se me resistia darle asenso. ¿Habíamos de exigir repentinamente de los demás una conviccion que nosotros no hemos podido adquirir sino á fuerza de pruebas y de estudio? Tu amigo rechaza la realidad del hecho, porque le parece *imposible*: procuremos convencerle de que tal imposibilidad no exis-

te, y le verás vacilar, y por último creerá, como tú has vacilado y has creido. A este objeto me propongo escribirte algunas cartas, que espero aceptarás á título de postdatas de las que dirijas sobre el mismo asunto á tu amigo Bernardo.

Recibe la espresion del sincero afecto que te profesa

José.

Lérida 21 Mayo 1876.

LA CREACION

SEGUN LA CIENCIA, LA FILOSOFÍA Y LA NUEVA REVELACION.

(*Continuacion.*)

La creacion primera.

Despues de haber considerado el universo bajo un punto de vista general de su composicion, de sus leyes y de sus propiedades, podemos fijar nuestro estudio sobre el modo de formacion que dió nacimiento á los mundos y á los seres.

Si se comprende bien la relacion, ó mas bien la oposicion de la eternidad y el tiempo; si nos familiarizamos con la idea de que el tiempo no es mas que una medida relativa de la sucesion de las cosas transitorias, mientras que la eternidad es esencialmente una, inmovible y permanente, y que no es susceptible de ninguna medida en su punto de vista de duracion, comprenderemos que para ella no hay principio ni fin.

Por otro lado, si nos formamos, siquiera una aproximada idea, de la infinidad del poder divino, concebiremos, cómo es posible que el universo haya sido siempre. Desde el momento que podemos figurarnos que Dios fué, sus perfeccionos eternas debieron de hablar. Antes de nuestros tiempos, la inconmensurable eternidad recibió la palabra divina y esta fecundó el coeterno espacio.

Existiendo Dios por su naturaleza *ab eterno*, de toda eternidad, ha creado por lo mismo desde la eternidad, y no podia ser de otro modo; porque á cualquiera época lejana que llevemos en nuestra imaginacion los límites supuestos de la creacion, quedará todavia mas allá de este límite una eternidad,—pésese bien este pensamiento,—una eternidad, durante la que las divinas hipóstasis, las voliciones infinitas hubieron debido estar sepultadas en un mudo letargo, inactivo é infecundo; una eternidad de muerte aparente para el Padre eterno que da la vida á los seres; de mutismo indiferente para el verbo que los gobierna; de esterilidad fria y egoista para el Espíritu de amor y de vivificacion.

¡Comprendamos mejor la grandeza de la accion divina y su

perpetuidad bajo la mano del ser absoluto! Dios es el sol de los seres: es la luz del mundo. La aparicion del sol da instantàneamente nacimiento á infinidad de rayos de luz que van derramándose por todas partes de la extension; y de igual ó parecido modo el universo nacido del Eterno se remonta á períodos inimaginables del infinito de duracion, al *fiat lux* desde el principio.

El comienzo absoluto de las cosas se remonta pues hasta Dios; sus apariciones sucesivas en el dominio de la existencia, constituyen el órden de la creacion perpétua.

¡Quién podria significar las magnificencias desconocidas y soberanamente veladas bajo la noche de las edades que se desenvolvieron en aquellos tiempos antiguos, en aquella época primitiva en que, habiéndose hecho oir la voz del señor, los materiales que debian, en el porvenir, juntarse simétricamente y por si mismos para formar el templo de la naturaleza, se hallaron repentinamente en el seno de los vacíos infinitos y modularon el concierto de los vastos cielos!

El mundo en su cuna no fué establecido en su virilidad y en la plenitud de su vida; no: el poder creador no se contradice nunca, y como todas las cosas, el universo nació niño. Revestido de las leyes mencionadas mas arriba y de la impulsion inicial inherente á su formacion, la *materia cósmica primitiva* dió sucesivamente nacimiento á torbellinos indefinidos, á aglomeraciones de ese fluido difuso ó masas de materia nebulosa, que se dividieron y se modificaron al infinito para dar origen, en las regiones inconmensurables de la extension, á diversos centros de creaciones simultáneas ó sucesivas.

En razon de las fuerzas que predominaron sobre el uno ó sobre el otro, y de las circunstancias ulteriores que presidieron á sus desarrollos, esos centros primitivos se convirtieron en focos de una vida especial; los unos, ménos diseminados en el espacio y mas ricos en principios y en fuerzas de accion, comenzaron desde entónces su vida actual particular; los otros, ocupando una extension ilimitada, no se engrandecieron sino con extrema lentitud, ó se dividieron de nuevo en otros centros secundarios.

Refiriéndonos á algunos millones de siglos solamente mas allá de la época actual, nuestra tierra no existia todavía; nuestro sistema solar no habia principiado las evoluciones de la vida planetaria; y no obstante, ya entónces espléndidos soles iluminan el éter; ya planetas habitados dan vida y existencia á una multitud de seres que nos han precedido en la carrera de la humanidad: las produccionos opulentas de una naturaleza desconocida y los fenómenos maravillosos del cielo desenvuelven bajo otras miradas los cuadros de la inmensa creacion. ¡Que digo! Ya dejan de existír explendores que anteriormente habian hecho palpitar el corazon de otros mortales bajo el pensamiento del poder infinito. Y, nosotros, miserables seres que hemos venido despues

de una eternidad de vida, nos creemos contemporáneos de la creacion!

Comprendamos mejor la naturaleza y sepamos que la eternidad está detrás como delante de nosotros; que el espacio es el teatro de una sucesion y de una simultaneidad inimaginable de creaciones. Semejantes nebulosas, que apenas se distinguen en los últimos confines de nuestro cielo, son aglomeraciones de soles en via de formacion: otras tantas son vias lácteas de mundos habitados: otras, en fin, sitios de destruccion ó de catástrofes. Sepamos que á la manera que nos hallamos nosotros en medio de una doble infinidad de mundos, de igual manera nos hallamos tambien colocados en medio de una doble infinidad de duraciones, anteriores y ulteriores.

M.

(*Se continuará*).

Como no blasonamos de infalibles, ni aun en cuestiones gramaticales, claro es que no hemos de romper lanzas con el *Consultor de los Párrocos* por una coma más ó ménos. Muy al contrario; nos consta que el *Consultor* posee una ilustracion no comun y el don de lenguas, y nosotros recibiremos siempre con humildad sus sabios consejos y sus profundas advertencias. Hemos pecado gramaticalmente, confesamos nuestra fragilidad; pero el *Consultor*, que tiene poder para perdonar estas y otras fragilidades, ¿nos negaria su misericordiosa absolucion?

Las obras de Homero, del inmortal Homero, no pudieron escapar á la severa crítica que de ellas hizo el sabio gramático y crítico de Samotracia; ¿y habíamos nosotros, invisibles pigmeos en el difícil arte de escribir, habíamos nosotros de sonrojarnos porque le saliese á El Buen Sentido un censor, un Aristarco, celoso guardian de la propiedad y pureza del lenguaje, que le recordase de vez en cuando el respeto que se merecen las leyes de la sintáxis? ¡*Vade retro*! ¡Léjos de nosotros ese satánico orgullo! Siga, siga el sapientísimo y religiosísimo colega ejerciendo sobre nuestros escritos su crítica literaria; que no dejaremos de agradecer y aprovechar las sabias lecciones de tan eminente maestro recibidas.

Y toda vez que el *Consultor* se ocupa de nuestros escritos, únicamente para decirles á los *Párrocos* que en El Buen Sentido hay una coma de más ó algun acento de ménos, casi tenemos derecho á suponer que en el fondo de nuestras doctrinas religiosas no halla el cofrade cosa alguna que pueda ser racionalmente impugnada. ¿Cómo habia de entretenerse el buen *Consultor* en censurar este ó el otro giro gramatical de una publicacion de carácter religioso, si anduviese en ella algo torcido el giro de las ideas? Iríase derecho al tronco, y no se andaria por las ramas.

*

Tu crítica majadera
de los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera:
mas pesadumbre tuviera
si te gustàran á tí.

*
* *

Ahora se descuelga el *Diario de Barcelona* diciendo que han aparecido langostas que llevan escritas debajo de las alas palabras en latin. El milagro huele á seminario ó sacristía, pero no es nuevo. Nosotros sabemos de ciertas langostas que viven há muchos, muchísimos años sobre el país, devorándolo y devastándolo, y que no se contentan con llevar el latin debajo de las alas, sino que saben hablarlo y escribirlo. ¿Si serán estas las que habrán escrito el *Dies iræ, ira Dei,* descubierto por el *Diario de Barcelona*? Tal vez podrá sacarnos de dudas el *Consultor de los Párrocos.*

*
* *

Dice el *Diario Español*:

«El *púlpito,* el *confesonario,* el periódico, la influencia del sexo débil en el santo hogar de la familia, todo se utiliza en esa cruzada rencorosa en que á los defensores de los fueros de la conciencia se nos quiere presentar nada ménos que como herejes impíos que trabajamos por la destruccion de la Santa Iglesia de Cristo.»

»El fanatismo de hoy, como el fanatismo de todos los tiempos, no atiende á razones, no oye á nadie, no reconoce prójimo, no consulta más que à su pasion exacerbada por el odio à todo el que no piense como él. Reconocemos á los intransigentes de hoy; son los herederos de aquellos que bajo el balcon de Pilatos, viendo al Cristo humilde y maniatado, expuesto à su conmiseracion, gritaban como energúmenos: *¡Crucifixe, crucifixe eum!*»

Por estas y otras razones que omitimos por prudencia, preguntábamos nosotros: Si Jesucristo volviese hoy à predicar el mismo Evangelio ¿quiénes serian sus mayores enemigos, quiénes los que invocarian la fuerza del brazo secular para crucificarlo de nuevo? Entiéndase que en esta pregunta aludimos, no á los modernos sacerdotes, sino á los..... modernos sacristanes.

*
* *

El Príncipe de Gales, de religion protestante, y por consiguiente hereje, presunto jefe de la Iglesia anglicana y gran Maestre de los masones del Reino Unido, ha sido recibido con su herética servidumbre en la Catedral de Toledo por su Eminencia el Cardenal Arzobispo, Príncipe de la Iglesia católica, apostólica, romana, á la cabeza de una parte del clero de la diócesis. Aprendan en el Cardenal Moreno la tolerancia los firmantes de las exposiciones

pidiendo el absolutismo religioso, y persuádanse de que, cuando los prelados abren las puertas de los templos y agasajan á los protestantes, á los herejes y á los masones, sabiendo que son masones, herejes y protestantes, ni la masonería, ni la herejía, ni el protestantismo deben de ser invenciones diabólicas para la perdicion de las almas. Todos somos hermanos, hijos de Dios, y todos cabemos dentro de la Iglesia universal.

*
* *

Cada dia hay que lamentar un nuevo conflicto provocado por la intolerancia neocatólica, y estos conflictos irán en aumento si el gobierno no toma las medidas necesarias para evitarlos. Segun carta que tenemos à la vista, habiendo fallecido hace pocas semanas una vecina del pueblo de Vilagrasa, partido judicial de Cervera, el párroco no quiso permitir la inhumacion del cadáver en el cementerio, alegando que la difunta era espiritista. Cuarenta y dos horas estuvo el cadáver en la casa mortuoria y otras dos horas á la puerta del campo santo; pues, á pesar de órden escrita del Sr. Juez del partido, aun el celoso párroco se resistia á entregar la llave, temiendo tal vez que la herejía de la difunta pudiese turbar el reposo del cementerio. ¡Intoleráncia hasta para los muertos!..... Pero el mundo marcha, como dice Pelletan, y han pasado ya los tiempos en que se hurgaba la tierra para exhumar los cadáveres destinados á la hoguera. ¿No vé el párroco de Vilagrasa como el Cardenal Arzobispo de Toledo recibe en la Catedral de la metrópoli al mismísimo gran Maestre de los masones de Inglaterra?

*
* *

Hasta ahora habian sido inútiles todas las gestiones hechas ante las autoridades provinciales para lograr que fuesen atendidas por los pueblos las sagradas obligaciones de la primera enseñanza y satisfechos sus créditos á los maestros; pero desde que el gobierno puso al frente de la administracion de la provincia al nuevo Gobernador Sr. Terrer, las cosas han variado completamente de aspecto, merced à la energía desplegada por dicha autoridad. Los maestros van cobrando sus atrasos, y la enseñanza revive. Los buenos oficios de la Junta provincial y del inspector de Escuelas ya no se estrellan en la inesplicable inaccion que se venia observando en las oficinas del gobierno de provincia. Maestro ha habido que desde la revolucion no habia percibido un céntimo de sus haberes, y hoy no se le debe nada. Reciban nuestros más sinceros plácemes las autoridades que así saben fomentar el primero de los intereses morales de los pueblos, la instruccion y educacion de la infancia, base firmísima de prosperidad y de paz.

*
* *

El Consultor de los párrocos, tomándolo del P. Gury de la compañía de Jesús, y á propósito del Espiritismo, nos refiere: Que una persona *evidentemente indocta,* consultada de viva voz ó mentalmente acerca la enfermedad de otras personas ausentes y desconocidas, superaba en mucho la ciencia de los médicos; describia detalladamente los fenómenos anatómicos; señalaba la causa, el asiento y la naturaleza de en fermedades internas reconocidas como dificilísimas aun para los facultativos esperimentados, como igualmente sus progresos, variaciones y complicaciones, y todo esto valiéndose de los términos técnicos, propios de la ciencia; formaba con toda exactitud el diagnóstico de dichas enfermedades, y preceptuaba remedios sumamente simples y eficaces. Estas cosas las dice el *Consultor* en latin, porque, segun el mismo manifiesta, juzga peligroso el hacer creer que no son ridículas supercherías los hechos del Espiritismo. Tan peligroso lo juzga, que no vacila en desvirtuar las afirmaciones razonadas del presbitero D. Felix Sardá y Salvany, de que hicimos mérito en el cuaderno anterior de EL BUEN SENTIDO, á cuyo objeto dedica el *Consultor* seis columnas de su número 22, correspondiente al dia 7 del corriente mes de Mayo. Los ultramontanos conocen perfectamente que su dominacion se acaba; que su preponderancia se extingue; que su mas formidable enemigo es el racionalismo cristiano; y se aprestan á rechazarlo por todos aquellos medios que el despecho y el odio les sugieren. Compadezcámoslos; que harto sufren los desdichados viendo caer los postreros granos de arena del reloj que señala la duracion de su dominio sobre la conciencia humana.

*
* *

En la sesion del dia 12 de los corrientes fué votado en el Congreso el art. 11 del proyecto constitucional, habiendo triunfado por gran mayoría de votos la tolerancia religiosa, que, al decir de algunos diputados de la comision, significa la libertad del templo, del cementerio y del libro. Cierto es que, tal como está redactado el precitado artículo, así puede servir para los que desean la mas amplia libertad en materia de creencias religiosas como para los que ningun respeto guardarian á las manifestaciones de la conciencia agena; pero aun siendo así, el ultramontanismo ha perdido la batalla, que, hoy por hoy, es todo lo que nos podíamos prometer. La Europa, el mundo todo atraviesa una época en que todos los acontecimientos se suceden con pasmosa rapidez, siempre en daño de la secta ultramontana, cuya preponderancia declina de una manera notoria. Como esta secta no puede medrar sino por la oscuridad y la opresion, los crepúsculos de la libertad y de la luz le producen vértigos. Blasona de ser la depositaria, el arca santa de las verdades religiosas; y sin embargo no se atreve á discutirlas. ¿Ni cómo ha de atreverse, si su dogma es el absurdo y su religion el comercio? Por esto, y porque no lo ignora, se aferra á la intolerancia, única tabla de salvacion que vislumbra. ¿Qué será del

poder que aun le queda el dia que el racionalismo cristiano pueda hablar y discutir sin peligro? Y este dia llegará á no tardar, porque será necesario que llegue para que se dé sepultura á los cadáveres.

*
* *

Segun atestiguan Llorente y Leonardo Gallois, durante la odiosa, sangrienta é impía dominacion de Tomás Torquemada, primer inquisidor general de España, perecieron en las llamas del *Tribunal de la fé diez mil doscientas veinte personas,* se quemaron en efigie *seis mil ochocientas sesenta,* y fueron condenadas á otras penas, á mas de la confiscacion de bienes, *noventa y siete mil trescientas setenta y una.* Tal vez sea necesario hacer una observacion notable que aumenta el número real de las víctimas del rabioso celo del gran inquisidor, y es, que de los seis mil ochocientos sesenta individuos quemados en efigie hubo á lo ménos cuatro mil que perecieron en los higiénicos calabozos del *Santo Oficio,* y cerca dos mil cuyos huesos habian sido exhumados; no quedando por tanto sino un cortísimo número de los que pudieron escapar de manos de la Inquisicion. Resulta, pues, un total de más de catorce mil familias sumidas en el oprobio, el luto y la miseria durante el ministerio inquisitorial de Torquemada.

El dominico Diego Deza fué el segundo inquisidor general. Habia sido sucesivamente obispo de Zamora Salamanca y Palencia. El Papa firmó las bulas de confirmacion el dia primero de Diciembre de 1498, limitando sin embargo la autoridad del segundo inquisidor á los asuntos de Castilla. Deza quedó descontento de tal restriccion, que le dejaba sin influencia en Aragon, y se negó á aceptar hasta que el Papa le invistió de los mismos derechos que á Torquemada.

Durante el reinado inquisitorial del dominico Deza fueron quemados vivos *dos mil quinientos noventa y dos* individuos, *ochocientos veinte y nueve* en efigie y *treinta y dos mil novecientos cincuenta y dos* sufrieron prision, tormento ó galeras con confiscacion de bienes. Lo que aumentaba más, si cabe, el horror á la Inquisicion, era la conducta intolerable de los agentes de aquel bárbaro tribunal: robaban y asesinaban impunemente, y ultrajaban sin decoro á las doncellas y mujeres que tenian la desgracia de caer en sus manos. Diego Deza renunció voluntariamente á su empleo y se retiró á su diócesis con las manos y la conciencia ensangrentadas, y en su diócesis murió aborrecido de todos los españoles.

Continuaremos estos ligeros apuntes, que no dejan de hacer alguna luz en la historia de la intolerancia ultramontana

---

LOS INCRÉDULOS.

Algunos de los que hoy creemos en el Espiritismo, hemos sido incrédulos y sus impugnadores, cuando encastillados en nuestro

vano saber dirigíamos nuestra compasiva mirada á los *nécios* que con afan buscaban los medios de ensanchar el círculo que les rodeaba.

Para nosotros que lo *sabíamos todo*, considerábamos como una quimera, como un sueño, la pluralidad de mundos y por consiguiente su habitabilidad. Es cierto que veíamos esta razonable teoría confirmada por espíritus adelantadísimos, pero ¿qué eran éstos á nuestro lado? Nada.

El Espiritismo vino á herir nuestro oido, y aun que era desconocido para nosotros, no se libró de nuestra terrible censura. Preguntamos lo que significaba, lo que pretendia etc., pero, ¿á quién lo preguntamos? á otros *sàbios tan esclarecidos como nosotros*. Ellos, que *conocian* perfectamente la materia, nos dieron de ella tales lecciones, que la risa asomó à nuestros labios y dimos al Espiritismo y á los *tontos* à él afiliados su *merecido*.

Considerad cómo y de qué manera lo pondríamos; qué acertados estaríamos en nuestros juicios. Pero apesar de nuestra *reconocida sabiduría*, de nuestra *profunda experiencia científica*, sentíamos algo en nuestro interior que se rebelaba contra nuestras apreciaciones; y decíamos—quedo, muy quedo:—¿quién sabe?.....

—Porqué no leeis? nos decian algunos; porqué no estudiais lo que os atreveis à impugnar?

¿Para qué? contestábamos nosotros enorgullecidos por nuestro saber. Para refutar esa aberracion, ese absurdo, ese parto pernicioso, no se necesita perder el tiempo en la lectura de sus libros fundamentales. Cualquier criterio por mediano que sea puede anonadar, confundir esa creencia y á los *ilusos* que la sustentan. Y sin embargo, nosotros no deciamos lo que sentíamos, pero nuestro saber, nuestro orgullo, nuestro amor propio, nuestra posicion social etc. etc., exigía esta conducta.

Rechazábamos y sentíamonos dominados por la curiosidad, é impelidos por ella proponíamonos conocer al Espiritismo, pero ¿qué dirian de nosotros aquellos que nos habian oido vituperarlo y acriminarlo?

La casualidad (palabra que aplicábamos á todo lo que ignorábamos) vino á favorecernos.

Un amigo, espiritista convencido—(loco y visionario, segun nosotros)—nos invitó para asistir á una sesion.

Si hemos de ser francos diremos que aceptamos por compromiso, pues en nuestra imaginacion se forjaron ideas tan terroríficas y supersticiosas, que con muchísimo gusto habríamos retirado la palabra empeñada.

—¡Una sesion espiritista! nos decíamos, debe ser una cosa análoga à la representacion de una comedia de mágia donde la aparicion y desaparicion de objetos y personajes se suceden sin interrupcion. ¡Oh! ¿y si vemos los cadavéricos semblantes de los espíritus evocados, ó las descarnadas armazones de los que fueron, y si se nos obliga á estrechar los emohecidos huesos de sus manos, á oir el lúgubre silbido de sus palabras al abandonar la profunda cavidad de su boca?..... ¿Y si al diablo, protagonista de es-

tos conciliábulos, se le ocurre darnos un disgusto haciéndonos ver el terrible ántro de los condenados, ó las candentes lagunas del Erebo y el eterno castigo de las danáides? Nó; no presenciemos tan terrible espectáculo; desistamos, escusémonos, evitemos.....

Tales eran las ideas que en nuestra mente se forjaban y que al amparo de la supersticion y la ignorancia tomaban un valor que no tenian para agitar nuestro pusilánime espíritu.

Si nosotros antes de asistir á la sesion hubiésemos tenido conocimiento de lo que en ella se trataba, y si nuestro amigo antes de invitarnos nos hubiese exigido un exámen de los conocimientos que teníamos sobre el Espiritismo, es bien seguro que no habriamos hecho un juicio tan equivocado ni en nuestra imaginacion habrian tomado forma ideas tan absurdas y disparatadas.

Asistimos pues, á la sesion. En vez de una sala tapizada de negro con inscripciones cabalísticas, simbólicas lámparas alimentadas de alcohol etc., etc., vimos una sala sencillamente amueblada é iluminada por vulgares lámparas alimentadas de petróleo; y vimos allí reunidas personas respetables y de esclarecido talento que se expresaban de tal manera respecto á la doctrina que profesan, que nuestra decepcion fué singularísima.

En vez de unos fanáticos, habia unos creyentes razonados, esto es, que buscaban la razon antes de admitir en absoluto los hechos, la manifestacion de los espíritus; que discutian y comentaban con rígida imparcialidad las comunicaciones recibidas por los Médiums, y en fin, que la verdad, y la razon y el mètodo tenian allí su imperio.

Por las pocas palabras que oimos pronunciar al que hacia de Presidente, comprendimos nuestra equivocacion, y confusos y reconocidos de nuestra pequeñez, sentimos nuestro rostro enardecido por la vergüenza. La conciencia nos acusaba de ligeros y pedantes, y como aquella acusacion era justa, no podiamos rebelarnos contra ella.

Entonces recordamos haber leido estas sublimes frases de un filósofo contemporáneo: «La verdad es un objeto de contínuo estudio para el hombre. No es el fruto del azar ni el premio de la ligereza. Es un tesoro escondido en los profundos abismos de la conciencia.»

Ahora que espiritistas somos, ó mejor dicho, que procuramos serlo, comprendemos cuan equivocados estàbamos en nuestras apreciaciones respecto al Espiritismo. Mucho nos reimos de él y de sus adeptos. Con nuestros vacíos argumentos intentamos desprestigiarle, ridiculizarle, empero nos sucedió lo que à Icaro, que al aproximarnos al sol se derritió la cera de nuestras alas y dimos en tierra viendo disiparse nuestros atrevidos sueños.

Tal sucede á todo el que impugnar quiere lo que no comprende.

Es un lecho evidente, comprobadísimo, que toda idea nueva es escarnecida, repudiada, considerada como perjudicial, como utopia en una palabra, pero que gracias á las benéficas evoluciones del

progreso pierde el carácter de delirio, y ennoblecida por las condiciones de los pueblos, va imperando en las conciencias; iluminada por la razon y sancionada por la verdad concluye por ser acojida por lo que es, verdad incontrovertible. Mas este triunfo no se consigue de momento, es preciso que haya seguido el curso de la civilizacion.

El Espiritismo, que es un hecho evidente é irrefutable, tambien ha pasado y pasando está infinitas peripecias, pero como todo lo que se intenta para anonadarlo sólo sirve para elevarlo, comienza, si no ha comenzado yá, á invadir el terreno de la ciencia, porque la razon le asiste y la verdad le ampara.

Los incrédulos inofensivos se solazan llamándonos *locos, soñadores* é *ilusos,* pero los incrédulos malévolos, los que finjen la incredulidad, pues que conocen la bondad y trascendencia de la doctrina, éstos nos califican de *herejes, anti-cristianos, endemoniados* y otros lindezas más. Para los primeros sólo decimos: Ya verás cuando tu seas creyente; entonces pagarás la burla convirtiéndote quizá en el más ardiente y entusiasta propagandista.—Para los segundos, procuramos cobijarlos bajo el manto de la Caridad y elevar á Dios nuestro espíritu repitiendo las sublimes palabras del divino Maestro: *Perdónalos, Dios mio, que no saben lo que hacen.*

JOSÉ ARRUFAT.

(De la *Revista de estudios psicológicos* de Barcelona.)

*
* *

El Director de «La Educacion», D. A. Segura Escolano, que se halla al frente de un colegio de primera y segunda enseñanza en Alicante, en el cual ha sabido conquistarse la estima de las personas ilustradas, ha ofrecido al Ayuntamiento y Diputacion de aquella capital suministrar gratuitamente la instruccion primaria en sus tres grados; los estudios de segunda enseñanza indispensables para obtener el grado de Bachiller en Artes; los preparatorios para carreras especiales del Estado, civiles y militares; los de teneduría de libros, lengua francesa é inglesa, dibujo, música, etc., etc., á *cuatro* niños de Alicante y *seis* de la provincia, huérfanos de padre muerto en la felizmente terminada guerra fratricida, que por espacio de cuatro años ha ensangrentado el suelo patrio.

Actos como el del Sr. Segura Escolano no necesitan comentarios: basta hacerlos públicos para que brillen como una esperanza de regeneracion en medio del egoismo y del positivismo utilitario que corroe nuestras sociedades.

Reciba el Director de la *Educacion* nuestros mas sinceros plácemes, hijos de la satisfaccion que nos causan todos los actos inspirados en el noble sentimiento de caridad, alma y raíz de todas las virtudes evangélicas.

LÉRIDA.—IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.—1876.

EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO II. Lérida, Junio de 1876. Número IX.

SUMARIO.—«La Humanidad y su Educacion,» por M.—«La Religion y el Universo,» por F. M.—«El pecado original.»—«Variedades.»

LA HUMANIDAD Y SU EDUCACION.

III.

Cuál es el orígen del hombre, cuál el estado actual de su naturaleza y cuál la mision de su incumbencia en las diferentes etapas de la vida? He aquí una cuestion múltiple, sobradamente árdua, muy difícil de contestar á todos sus extremos de un modo definitivo y satisfactorio; pero en vista de lo que se observa, ante el conjunto y relaciones de las cosas que se ofrecen á nuestra consideracion, nos aventuraremos á decir desde luego que este ser, bien que privilegiado entre todos los de la creacion, hubo de venir al mundo, en su hora de oportunidad, á la manera que lo fueron verificando los demas seres organizados.

El globo terráqueo, como todos los sistemas astrales y planetarios que giran en la inmensidad de los espacios, se ha ido formando siguiendo la gran ley del progreso, debiendo adquirir poco á poco nuevas y mas ventajosas condiciones para continuar en su carrera de desenvolvimiento en pos siempre del fin para que fué destinado; resultando de aquí que, á medida que fué entrando en las creces de su formacion, vinieron apareciendo paulatinamente los seres que habian de poblarlo, y

hubieron de efectuarlo en series progresivas, empezando por las que hemos hecho conocer con el nombre de *creaciones espontáneas*, gérmenes y eslabones primitivos de todos los organismos. Mas ya en lo sucesivo, andando los siglos, debieron de ser reemplazadas aquellas por generaciones de padres á hijos, cual se observa en la actualidad en la organizaciones más ó ménos adelantadas, bien que ello no pueda explicarse por ahora de un modo absoluto y satisfactorio.

Los seres hubieron de aparecer oportunamente en la tierra á medida de las circunstancias de habitabilidad que les eran respectivamente necesarias, y por cierto que no podia ser de otra manera, atendida la marcha de la naturaleza, donde todo nace, crece y se desenvuelve incesantemente en via de sus progresos; lo cual prueba una vez más que el planeta contenia en sí, en su origen, es decir en su primitiva materia cósmica, los gérmenes de las diversas generaciones que al través de las edades habian de aparecer y sucederse, desarrollándose cada cual á su manera en fuerza de lo favorable de aquellas circunstancias que dejamos indicadas.

El hombre, pues, á la manera de los demas seres, debió de aparecer en la escena de la vida cuando ya nada podia oponerse completamente á su desarrollo; por lo que cabe establecer en principio, que hubo de sentar sus primeras plantas en puntos diferentes y simultáneamente sobre la tierra, en cuyo caso, lo que la historia y la tradicion afirman en diversos pueblos de la tierra acerca la unidad de orígen y descendencia de Adan como el tronco del género humano, no puede en buena lógica aceptarse mas que como una alegoría.

Tambien se deduce de lo dicho y de la observacion que puede hacerse sobre los vestigios que revelan en cierto modo el génesis de los seres en el planeta, que la venida del hombre no se verificó apareciendo ya en un estado completo de desarrollo; no, antes bien se persuade uno de que empezó á existir en un estado incipiente, rudimentario, cual sucede con todo ser que viene por primera vez á la escena de su existencia en el mundo. Estudiemos la aparicion y modo de existir de los seres, remontándonos en lo posible á su orígen,

y nos convenceremos unánimemente que hubo de suceder de una manera análoga respecto al nacimiento originario del hombre y á su desarrollo, puesto que todo se enlaza armónicamente en la naturaleza marchando con sujecion á la ley del comun é indefinido progreso.

No todos asentirán á este nuestro modo de ver sobre el particular, ni lo estrañaremos por cierto, ya que es propension de muchos encerrarse en un círculo de miras muy limitado; mas cualquiera que sea su especial manera de pensar, y sin que pretendamos nosotros asentar afirmaciones definitivas, no podemos menos de recomendarles el estudio reflexivo sobre el asunto que nos ocupa, pudiendo valerse para ello del grande y sublime libro de la creacion, libro escrito por la mano del mismo Dios para la revelacion de las verdades á medida que las vamos necesitando; pero á condicion de buscarlas con la asiduidad de nuestro estudio. Si, estúdiense las leyes y fenómenos de la naturaleza en cuanto sea dado á la investigacion del hombre, y á buen seguro que en lo sucesivo se irá vislumbrando poco á poco lo que hasta ahora apenas se ha sabido entrever por falta de exámen y reflexion y por el atraso de los tiempos.

La expresion de Moisés de que *Dios formó al hombre del polvo de la tierra y le infundió un alma á su imágen y semejanza*, es una gran frase, la cual, aunque en sentido figurado, representa en su fondo una incontrastable verdad. Dios hizo al hombre análogamente á la creacion y formacion de los demás seres, pues todo cabe en su sapientísimo plan y es obra suya, debiendo marchar cada cosa á su manera bajo el impulso de la única y primitiva ley; y así hubo de proceder todo en la mas perfecta armonía, apareciendo en oportuna é incesante sucesion los gérmenes que fueron por la Sabiduría confiados desde el principio á la materia cósmica generadora.

Antes que el hombre apareciera en la tierra debieron de tener nacimiento y desarrollo en ella todos los demás seres orgánicos que en la creacion y en el tiempo habian de precederle, preparándole el material que habia de servirle para su organizacion: solo así puede concebirse el principio de

su existencia, puesto que debia hallar al venir á la escena de la vida todo 'lo necesario á su nutricion y crecimiento. Por manera que, si no puede determinarse á punto fijo la época de su aparicion, no cabe duda al ménos, que en la sucesion de los seres fué el primer nacimiento del hombre posterior al de los otros seres que hoy pueblan la tierra en todas sus mas adelantadas organizaciones.

El hombre, permítasenos repetirlo, en cuanto á su cuerpo es la forma, la organizacion mas acabada, mayormente si lo consideramos en el bello ideal de sus completos desarrollos; y en cuanto á su espíritu, ya sabemos que este es un destello de la Divinidad, de que emana, presentándose en este doble sentido y muy justamente como el rey, el pontífice de la naturaleza, y en fin como la verdadera síntesis del mundo que le sustenta. Y por lo mismo, siendo el complemento de la creacion, en la que no caben soluciones de progresiva continuidad, debe uno convenir en que es un ser que nace, crece y se desarrolla, como nacen, crecen y se desarrollan los demás seres, bien que distinguiéndose cada cual en su esfera y en el modo de verificarlo, siendo el destino del hombre mucho mas elevado, como igualmente su organizacion, que es el instrumento de su yo, ó sea del alma.

Y este destino, comprendámoslo bien, es venir al mundo á cumplir su particular y ennoblecida mision, pasando por las pruebas que le fueron designadas por el Eterno Autor de las cosas, y que deberá sobrellevarlas y cumplirlas en esta su actual existencia en todas las fases de su actividad bien aplicada, para luego despues y á su tiempo irlas continuando en progresiva sucesion en otras mansiones relativamente superiores á medida de su adelanto y mejoramiento; y de esta manera, incesantemente irá marchando por el camino de la eternidad, debiendo seguir siempre el cauce del gran rio que pueda conducirle al insondable mar de las perfecciones y de las felicidades.

Es tan elevada la mision del hombre sobre la tierra y tan excelsos sus eternos fines mas allá de la tumba, segun los decretos de la Sabiduría, que apenas puede uno comprender y descifrar su grandeza. Es el único ser de la creacion que

puede llamarse grande, no por su hermosura orgánica, ni por los actos de su vida animal, sino por la esencia y fin de su alma, *imágen y semejanza de Dios*, cual ya se ha dicho, y hácia el que debe encaminarse siempre, dejándose llevar generosamente de sus inefables aspiraciones alentadas por el amor divino.

Y para este fin supremo del hombre, que habrà de cumplirse tarde ó temprano, pues para él Dios lo ha criado, cuenta con todo lo necesario para alcanzarlo dignamente, que será en fuerza del buen uso de los recursos recibidos, inherentes á la humana naturaleza, y de la constante y misericordiosa ayuda de Dios. Veamos pues cuales son los poderes con que cuenta el hombre para el cumplimiento de sus enaltecidos destinos; que esta, como se concibe, es cosa de suma trascendencia.

Desde luego debemos tomar por base de todas sus elevaciones morales el *sentimiento*; él mueve al hombre para todo lo grande y generoso, lo eleva á las aspiraciones mas ennoblecidas tan pronto que lo traduce en verdadero *amor*, que es el que despierta en el alma el inefable deseo, la laudable ansiedad que conducirle puede al saber, á la verdadera sabiduría y á la práctica generosa del bien. El *amor*, como todo, empieza por poco, saliéndose paulatinamente de su estado incipiente y rudimentario, material y egoista; mas logrará desarrollarse con el tiempo hasta llegar al fin el hombre á amar con complacencia y conviccion, conduciéndose con espansion y ternura con sus semejantes, y ello será ya un gran adelanto moral en vía del perfeccionamiento. El hombre que ama á Dios y á sus semejantes los demás hombres, vive en vida tranquila y gozosa, que es la normal vida del espíritu, la elevada vida humana. El que ama como debe, está dispuesto á todo lo bueno, gozándose en fruiciones de dicha cuando al amor añade la contemplacion de las grandezas de Dios, que es lo que constituye la verdadera sabiduría. El que no sabe conocer y amar, no puede ni podrá ser jamás feliz: *conocer* y *amar*, tal debe ser la doble aspiracion de la vida humana.

¡Cuánto deberíamos trabajar en nuestras meditaciones

para conocer los grandes resortes y atributos del alma! ¡El alma!.... ¡Cuántos hay que se empeñan en desconocer y negar la existencia de este ser misterioso, autorizándose á explicar los actos de la naturaleza humana allá á su manera, rébajándola hasta colocarla al nivel de los animales! Los que así proceden no tienen razon; obran por orgullo mas bien que por conviccion, dejándose llevar comunmente por la vanidad, sin otra mira que la de separarse de la vulgar corriente, segun ellos infundadamente la llaman; al paso que para los que discurren con alguna sensatez es la existencia del alma una verdad de sentimiento á la que no pueden de ningun modo sustraerse. Cábenos, empero, la esperanza que poco á poco desandarán su camino y abrazáran la verdad, despues que se hayan desengañado de lo que han creido poder explicar por las solas propiedades y estados de la materia.

¿Qué es pues el alma humana? Podremos definirla? No por cierto, esencialmente hablando y por solo los esfuerzos de nuestra razon; mas aun cuando su esencia nos sea inexplicable, podemos no obstante conocerla por sus efectos, por los actos y fenómenos que le pertenecen exclusivamente, por todas sus manifestaciones intelectuales y morales, las cuales nos permiten considerar en el alma otras tantas facultades impropias de la pura materia y de la vida vegetal y animal.

Podemos decir que el *alma humana* es la sustancia que *piensa*, *siente* y *quiere*, y con decir que es una sustancia se comprende que no entra en nuestro propósito considerarla como una abstraccion, cual muchos han creido. Antes bien es á nuestra consideracion una como sustancia quintisenciada, muy distante de lo que se llama materia en el comun sentir de las gentes, aun cuando se la considere en el mas sutil estado imaginable. Es para nosotros una sustantancia *sui generis*, indefinible y misteriosa, emanada de Dios sin ser Dios ni parte de su divina naturaleza, aunque destinada á elevarse y aproximarse perpetuamente al gran tipo generador de todas las sustancias, á la Divinidad, principio y fin de todas las creaciones.

Se sabe actualmente, y lo habia indicado ya S. Pablo entre algunos otros filósofos de todos los tiempos, que el alma hu-

mana está formada de dos partes, denominadas *espíritu* y *perispíritu*, el primero es la sustancia que piensa, siente y quiere, es el ser capaz de razon y sentimiento, de conocer á Dios y amarle rindiéndole justo homenaje; y el perispíritu es el lazo material, bien que de muy sutil naturaleza, destinado á unir el espíritu á la materia de nuestro cuerpo durante el estado de encarnacion, ó sea de la vida presente que todos conocemos.

El espíritu no abandona jamas al perispíritu, le modifica segun le conviene, y sigue éste al espíritu en su ascenso de purificacion constituyendo siempre parte, digámoslo así, de su individualidad. Posee el espíritu la facultad de poderse trasladar con la velocidad del pensamiento á donde quiere, permitiéndolo Dios, sin cuya voluntad nada se cumple. Viven las almas, así consideradas, en esferas de accion y de estado màs ó ménos gozoso, en proporcion siempre de su adelanto y perfeccion. Ellas se sustraen por lo comun á nuestras miradas, mas pueden manifestarse excepcionalmente á la vista de los encarnados segun su voluntad y la permision divina, en cuyo caso toman las formas que les convienen modificando su perispíritu, sustancia fluidífica que las envuelve y pueden á su gusto condensar para hacerse realmente perceptibles á la vista y afectar alguno que otro de los demás sentidos. Este es un hecho tan experimentado y probado, que no puede ya dudarse de su realidad.

Ya hemos dicho que el perispíritu se depura cada vez mas por la elevacion del espíritu, pues siendo aquel el instrumento de sus actos, necesario es que se afine y que á la par marchen ambos en su vía de progreso y de armonía.

El alma humana se irá comprendiendo cada vez más, á medida que el hombre aumente sus luces por medio de la experiencia y del estudio, en lo que vendrá tambien á ser auxiliado por la inspiracion divina en sus justas necesidades, la que deberá en todo caso merecer por sus esfuerzos y humildad, pidiéndola además por medio de la bien sentida y fervorosa oracion.

No debe olvidarse nunca que el alma humana tiene que levantarse del estado de ignorancia y sencillez en que fué

creada, hallándose dispuesta, á beneficio de su libre albedrío, así para el bien como para el mal, pero no para permanecer perpetuamente inclinada al mal obrar. Dios, Padre bondadoso, le ha allanado generosamente el camino de su sucesivo adelanto y perfeccionamiento, como igualmente y en su consecuencia el de su felicidad, auxiliándole con la luz natural y la revelacion, y en particular y sobre todo por las enseñanzas de la *redencion*, puestas al alcance de los hombres por Jesús, cuya excelsa y divina doctrina es la paz, la mansedumbre y el amor. La felicidad humana en la tierra, conquistada por las buenas obras, es el preludio de la eterna dicha á que debiéramos aspirar siempre por la práctica de las virtudes: tal es el camino que nos ha sido trazado en la sacrosanta doctrina y mision divina del Redentor. El víno á enseñarla y cumplirla en el mundo dándonos el ejemplo y dejándonos en testamento sus celestiales enseñanzas, para que por su cumplimiento pudiésemos transformarnos moralmente, elevándonos del grosero instinto á la legítima sensacion, y luego al sentimiento de ese amor universal tan recomendado y practicado por el Cristo. Con razon se ha dicho que él es la *luz*, la *verdad*, el *camino* y la *vida*.

Lo que conviene pues al hombre es el estudio de sí mismo, examinándose detenidamente hasta comprender en lo posible los resortes y virtualidades de su vida, todas las enaltecidas facultades del alma y todas sus tendencias y aspiraciones, marchando luego, guiado por la excelsa doctrina del amor, hácia la práctica del bien y elevándose cada vez más en espíritu y en verdad hácia el Dios de los Cielos como bien, amor y felicidad, como centro de armonía para todas sus criaturas. Facilitemos pues en el hombre, por medio de la educacion, los desarrollos armónicos de su organizacion, todas las funciones y actos de su vida, todas las nobles tendencias de su alma, pues de ello dependen el vigor, la lozanía, la fuerza y la salud material y moral que necesita para el trabajo á que debe dedicarse para su bienestar propio, de la familia y de la sociedad, y todo y siempre para honra y gloria del Autor del universo.—M.

(Se continuará).

LA RELIGION Y EL UNIVERSO.

IV.

«Tenemos, dice Chateaubriand, por desgraciado al astrónomo que pasa las noches leyendo en los astros, sin descubrir en ellos el nombre de Dios.»

«Ah! será posible que en tanta variedad de figuras, en tan gran diversidad de caractéres, no haya de poder encontrar las cuatro letras de su nombre?»

«Acaso no está resuelto en los misteriosos cálculos de tantos soles el problema de la divinidad?»

«Una álgebra tan brillante, no puede servir para descubrir esta grande incógnita?»

Pero hay algun astronomo ateo? preguntamos nosotros.

Los seres privilegiados á quienes la Providencia ha concedido la dicha de vivir fuera de este mundículo, de admirar mayor suma de bellezas, pagarian con ingratitud tal beneficio?

Citamos á Chateaubriand y debe sernos permitida una pequeña digresion.

Nunca hemos logrado comprender ciertas contradicciones del gran escritor cristiano.

Para él la divinidad es un problema que se resuelve por la astronomía, una gran incógnita que se despeja por el álgebra; y sin embargo truena contra las ciencias, aun reconociendo que sus dogmas no se oponen á ninguna verdad natural.

Le parece bien que la iglesia Romana haya desalentado en momentos dados los estudios abstractos, «en lo que acreditó su acostumbrada sabiduría, dice, porque por mas que los hombres se atormenten y afanen, jamás llegarán á comprender cosa alguna en la naturaleza, porque no son ellos los que han dicho al mar llegarás hasta aquí y no pasarás mas léjos, y estrellarás en este sitio la soberbia de tus olas.»

Aduce como razon en apoyo de sus opiniones el que los Griegos obligáran á Sócrates á beber la cicuta librándose de la filosofía por medio de un crímen.

Admira, casi con fruicion, el decreto del Senado Romano espedido el año 591 de la fundacion de Roma, en que se destierra á los filósofos; á Caton despidiendo á Carneades, temeroso de que la juventud tomase gusto á las sutilezas de los Griegos, perdiendo así la sencillez de las antiguas costumbres; y á Cleanto persiguiendo á Aristarco de Samos por su opinion sobre el movimiento de la tierra. Celebra por fin que Hobbes haya escrito muchos tratados sobre la incertidumbre del estudio mas exacto de todos, las matemáticas. ¿No parece imposible que un sábio eminente diga que la ciencia en poder del hombre consume su corazon, desencanta la naturaleza, y conduce los espíritus débiles al ateismo y desde el ateismo al crimen?—¿No asombra ver que tan esclarecida lumbrera trate con desvío á Arquímedes, á Newton, y solo respete á Pitágoras y Platon como moralistas y legisladores, á Descartes y Leibnitz como metafísicos, y á D' Alambert por su reputacion literaria?

«La gloria científica nació sin alas» esclama: cierto, y para qué las necesita?

Las alas son útiles cuando mas para remontarse al templo de la fama, y la fama es modesta y virtuosa.

La gloria alada es un mito, mas bien que pagano, ateo; y la ciencia es la aspiracion á la verdad divina.

No le hacen falta las alas para marchar hàcia Dios, porque es una emanacion de la eterna sabiduría.

«Las ciencias, continúa, son un laberinto donde el hombre se sepulta mas profundamente en el mismo instante en que piensa salir de él.» ¡Cuántos errores hijos de una triste obcecacion!

Al ver la insistencia con que ataca á los conocimientos humanos el filòsofo Francés á quien tanto admiramos, el espíritu que de buena fé marcha en demanda de alguna chispa luminosa que aclare las tinieblas de la inteligencia, casi entra en tentacion de apartarse de los senderos de la averiguacion y del estudio y pasar el resto de la vida en tan santa ignorancia, como «aquellos pastores que en los magníficos desiertos de la creacion arrastraban sus tiendas de pieles de una á otra selva, cuyas familias se atenian en todos sus usos al paso de las

constelaciones, y veian los astros de la noche caminar al frente de los rebaños.»

Pero no, examinando mas detenidamente sus trabajos, tal vez vendremos en conocimiento del sentimiento que los inspira.

«Si nos fuera permitido decirlo, añade, sostendrìamos que es una miseria ver en el dia al hombre, animal mamífero, colocado en el sistema de Linneo con los monos perezosos y los murciélagos.»

«¿No fuera mas acertado dejarle al frente de la creacion, donde le habian colocado Moisés, Aristóteles, Buffon y la naturaleza?»

«Tocando con su alma en los cielos y con su cuerpo en la tierra, complacia al verle formar en la cadena de los seres aquel simbólico anillo, que une el mundo visible con el invisible, y el tiempo con la eternidad.»

Está comprendido: lo que inspira á Chateaubriand su repugnancia á los adelantos modernos, es el amor propio ofendido, el orgullo de raza que se subleva.

¡El rey de la creacion! ¡El monarca sublime para quien se habian formado cielos y tierra, especie de vice-Dios á quien rendia homenaje todo en el universo al cual poseia en dominio mediano, sin mas gravámen que un pequeño censo á la Divinidad, ver sus nobles restos colocados en un gabinete junto á los despojos de un mono, su respetable nombre genérico en un catálogo confundido con el de todos sus vasallos!

Verdaderamente es una falta de consideracion imperdonable en los hombres de la ciencia; es mas, es una grave ofensa, un insulto que merece un condigno castigo.

Por esto se lanzan rayos contra las matemáticas, la física, la química y la astronomía; se dice que los gabinetes son escuelas donde la muerte con la guadaña en la mano es el demostrador, cementerios con sus relojes en el centro á fin de poder contar sus minutos á los esqueletos y señalar las horas à la eternidad, sepulcros donde la nada junta sus maravillas, causa del naturalista ateo, que à fuerza de pasearse por la atmòsfera de los sepulcros contrajo su alma la muerte.

Pero tales calificaciones se hacen en capìtulos en que á la par se graba la inmortal frase del Rey Profeta: «Los cielos cuentan á todos los hombres la gloria del altísimo;» en que se asegura que no son mudos los astros, y que con frecuencia

las ciencias no tuvieron otro asilo que el santuario de las iglesia.

¡Oh consecuencia!

Vamos á transcribir integros unos párrafos por solo los cuales permitiríamos á Chateaubriand hablar eternamente contra las ciencias.

«Desde el descubrimiento del telescopio el ingenio del hombre se remontó hasta la altura de los cielos, los caminos de la inmensidad se hicieron transitables acortándose, y los astros descendieron para dejarse medir.»

«Tantos descubrimientos anunciaban todavía otros mayores, y tan cerca se estaba del Santuario de la naturaleza, que no se podia pasar mucho tiempo sin penetrar en él.»

«En breve se atrevió Descartes á transportar al Gran Todo las leyes físicas de nuestro globo, y por uno de aquellos rasgos de ingenio de que apenas se cuentan cuatro ó cinco en la historia, obligó al álgebra á unirse con la geometría como la palabra con el pensamiento.»

«Newton no tuvo ya que hacer sino poner en obra aquellos materiales que tantas manos le dejaron preparados; pero lo ejecutó como un artista sublime, y entre los diversos planes sobre que podia levantar el edificio de los globos, tal vez adivinó el diseño del mismo Dios.»

«Finalmente conoció el entendimiento el órden que la vista admiraba; fuéronle devueltas las balanzas de oro que Homero y las Escrituras confiesan pertenecer al Soberano Arbitro.

«El cometa se somete; el planeta atrae al planeta por entre una inmensidad; el mar siente la presion de dos grandes moles que flotan á muchos millones de leguas de su superficie, y desde el sol hasta el mas mínimo átomo, todo se ordenó en un admirable equilibrio.»

¡Pobre mariposa que se empeña en huir de la luz! cuán vano es su trabajo! Revoloteará largo tiempo sin lograr separarse jamás; describirá millares de círculos en torno de la llama que la fascina y atrae, é irá á morir entre sus resplandores.

Chateaubriand, presa de vagos é infundados temores, quiere poner la cara fosca á la ciencia, y apenas la contempla de frente siente su corazon henchido del mas sublime entusiasmo.

Al ver á los astros bajar humildemente para dejarse medir, olvida todas sus preocupaciones, y entrega á aquel hombre, compañero del mono en los gabinetes de la muerte, las balanzas de oro que pertenecen al Soberano Arbitro.

Deja apenas al inmortal Newton un pequeño átomo de gloria, que aun afirma debe á la pluma de Voltaire, y le confiesa tan grande, que se atreve á creér adivinó en sus trabajos el diseño del mismo Dios.

¡En qué contradiciones incurre el que lucha contra la verdad!

Ah! no: Chanteaubriand, y con él otras muchas eminencias de todos los tiempos, no repugnan la ciencia; solamente que la confunden con la petulancia.

Llaman ciencia á las incomprensibles aberraciones de esas pobres gentes á quienes el esceso de luz ha desvanecido; infelices ciegos vueltos al rico campo de la vision, que al abrir por primera vez sus ojos confunden el brillante aspecto del sol con los terribles fulgores de un colosal incendio; tristes viajeros que en áridos desiertos toman por lo serio los fenómenos del espejismo, y á quienes el estrépito de las máquinas de la industria moderna ha ensordecido hasta el punto de no oir los acordes armoniosos de la naturaleza, ni una sola nota del concierto sublime que el universo entero dedica á su autor.

El rápido movimiento, el silbido del vapor ha helado la sangre en sus venas sumiéndoles en una grave anestesia; las vibraciones de los alambres, cuyos átomos se polarizan al paso de la corriente eléctrica, los ha asombrado hasta el punto de turbar su inteligencia. Y así desprovistos de cuantos recursos ausilian à la familia humana en su marcha por la senda del progreso, quieren esplicarse la razon de cuanto les rodea.

Pero estos son unos desgraciados, para los que el fondo de las retortas constituye el horizonte: trituran, pesan, combinan y analizan, sin hallar màs que materia: sin saber ver à Dios que presencia todas sus operaciones.

Fanáticos de la materia, todo lo refieren á la impresion fatal que les domina, y el nacimiento, la vida, la muerte, la luz, el pensamiento, belleza, òrden, sensaciones y movimiento son para ellos solo materia, pura materia.

Es verdad que tales gentes se permiten llamarse representantes de la ciencia; que en tan venerando nombre proclaman la divinidad del azufre y del carbono; que sin reparar en lo vicioso de sus razonamientos, en lo infundado de sus cálculos y pensamientos sistemáticos, los presentan como fecundados por el hàlito puro de la verdad

Pero à poco que se fije la atencion se viene en conocimiento del engaño. Buscad el peso específico de su oro fino, y hallaréis que es solo laton.

Sus doctrinas falsas y funestas no son la ciencia, como no es el sol el brillante fulgor eléctrico que despiden los ojos del gato en la oscuridad.

De las fuentes de su saber brota el mas terrible veneno: ¡ay de los tristes espíritus que acudan á ellas para apagar su sed de conocimientos!

No, y mil veces no: tales absurdos no constituyen la ciencia.

No debe nunca confundirse la verdad con el charlatan empirismo: si no tomamos esta precaucion, si no hacemos esta salvedad, podremos abominar todas las sublimidades que arrancan del corazon humano.

A nombre de la libertad se han pregonado utopias espantosas y cometido hechos vandálicos.

A nombre de la familia se han ejecutado maldades sin cuento y crímenes inauditos.

Bajo el manto de la dignidad se presenta con frecuencia el necio orgullo.

Ninguna falsedad, engaño alguno, han dejado de llamarse nobleza y lealtad.

Y al decir esto no rehuimos los delicados sentimientos, ni abominamos la familia ni la libertad.

La ciencia es Oersted afirmando que el mundo està gobernado por una razon eterna, que nos manifiesta sus efectos en las leyes inmutables de la naturaleza.

Es Pascal basando en ella su sublime apología del Cristianismo.

Es Bacon dirigiendo la ferviente plegaria á Dios cada vez que emprendia sus trabajos.

Es Newton, que pesa los mundos y descubre su noble cabeza cada vez que pronuncia el màs santo de los nombres.

Es Clarke, que halla en ella su tratado de la existencia de Dios.

Leibnitz, á quien inspira su Teodicea; Malebranche, escribiendo su investigacion de la verdad.

La ciencia es el americano Morse, esta figura colosal de nuestro siglo, que ha anulado el tiempo y las distancias, que ha he-

cho de la tierra un pueblo y de la humanidad una familia, lanzando por los alambres telegráficos, su «gloria á Dios en las alturas», que resonó en todos los ámbitos de nuestro planeta.

Es Flammarion confesando que Dios es el alma del mundo.

Todos los geómetras inventores son religiosos, dice Chateaubriand.

Pues entónces, si se reconoce que no hay mas soles que los que brillan en los firmamentos, ¿por qué confundir con ellos los àtomos de polvo que flotan en la oscuridad?

No, no maldigais la ciencia que es el anuncio de la salvacion eterna.

Hoy, en su aurora, vuelve ya por sus derechos hollados y sella con el estigma del ridículo á los que pretenden desvirtuar sus aspiraciones.

Se la llama atea, y se convierte en única tabla de salvacion de todo sentimiento religioso: se la califica de «muerte», y dá la vida á cuantos espíritus se le acercan: se la rechaza por temor á las tinieblas que se supone la acompañan, é inunda de purísima luz hasta los más recónditos lugares; se la llena de improperios, y ella generosa y grande aumenta nuestro bienestar material en la tierra y descorre en los cielos el brillantísimo manto de estrellas que nos oculta á la Divinidad.

Dios quiere que se amen sus obras, y para amarlas hay que conocerlas. La ciencia cumple con este mandato: no debe, pues, acriminársela por el cumplimiento de su deber.

No nos preocupe el que reduzca á sus verdaderas proporciones al hombre, al fantàstico atleta de las místicas leyéndas; pues es solo con el objeto de llevarle luego en alas de la verdad à recorrer los espacios infinitos del universo, cuyo imperio recobra à medida que se aproxima á Dios.

F. M.

EL PECADO ORIGINAL.

IX. (1)

El quinto cuarto.

Los que hayan leido la «Ilustre Fregona» de Cervantes, recordarán que Lope el Asturiano perdió en el juego, un cuarto tras otro cuarto, los cuatro cuartos de un asno que acababa de comprar por diez y seis ducados que pagó en escudos de oro. Ibase á entregar del asno el jugador ganancioso, cuando levantándose Lope le advirtió que él solamente habia jugado los cuatro cuartos; pero la cola que se la diese con todo lo á ella anejo y concerniente, que era desde la punta del celebro con toda la osamenta del espinazo, donde tomaba principio y descendia, hasta parar en los últimos pelos de ella, Concertàronse ambos, y jugando la cola contra un cuarto, á las cuatro manos hubo recobrado su asno el Asturiano. Veamos si seremos nosotros tan afortunados como Lope, y si, suponiendo perdidos los cuatro cuartos del pleito en la cuestion del pecado original, podremos recobrarlo apostando el quinto cuarto.

Es doctrina universalmente admitida dentro del gremio romano que, si bien es cierto que todos venimos á la luz manchados con el pecado de nuestros progenitores, no lo es ménos que tenemos á mano el medio de purificarnos de él, sumamente fácil y sencillo. Consiste la purificacion en rociar con agua la cabeza del recien nacido, con lo cual venimos á parar á que las almas se purifican por el mismo procedimiento que los cuerpos. No se crea que con estas palabras intentamos ridiculizar el acto del bautismo: el bautismo en agua es una figura del bautismo del espíritu en la fé, y nos

(1) Véase el cuaderno V., pág. 117.

merece todo el respeto de que son dignas las figuras que recuerdan los puntos esenciales de la verdadera religion. Lo único que nos proponemos es ponerde relieve la facilidad con que, dentro de la escuela ultramontana, se confunde lo esencial con las formas accidentales.

Ahora bien: el hombre, por el agua del bautismo, queda perpétuamente libre de la mancilla hereditaria, y ya no le resta en lo sucesivo otra responsabilidad moral que la que contraiga por sus actos personales. El alma del recien bautizado, blanca como la nieve y diáfana como el diamante cincelado, se eleva sin dificultad á la mansion de los goces inmortales, si tiene la dicha de dejar su envoltura corporal en el instante de recibido el sacramento, ó ántes de mancharse de nuevo en uso de su libertad de albedrío. Pero demos que el bautizado no muere; que está *predestinado* á correr las eventualidades y riesgos de la vida terrenal; que llega á edad de contraer matrimonio, y que se casa y Dios le concede fruto de bendicion. ¿Qué sucederá? El buen sentido, la lógica, el sentimiento, la conciencia y la justicia claman que los hijos no deben contraer una deuda oportunamente saldada por el padre: que si el padre fué purificado en el bautismo de la lepra hereditaria, no es posible concebir que la traspase á sus hijos y descendientes. Y sin embargo, el ultramontanismo asegura lo contrario: el ultramontanismo prefiere condenar la justicia, la conciencia, el sentimiento, la lógica y el buen sentido, ántes que retirar una palabra de la condenacion cruel que ha fulminado contra toda la humanidad, en cada uno de sus miembros.

Los efectos del bautismo son recobrar al bautizado la gracia espiritual perdida con el pecado de nuestros primeros padres: esto significa que la criatura humana vuelve por el sacramento al estado de Adan y Eva ántes de consumar la fatal desobediencia. Dijérase, por tanto, que si en adelante no peca, no puede trasmitir pecado alguno á sus hijos, y que para trasmitirlo es precisa otra infraccion de la ley divina, y tendria visos de verosimilitud el dogma de que nos ocupamos. ¿Por qué el ultramontanismo no abre sus compuertas á la *letra*, que mata, para dar paso á la corriente vivificadora del *espíritu*?

**

X.

Un episodio.

Son las doce de la noche. No importa la fecha ni tampoco el lugar donde van á desarrollarse las escenas que nos proponemos narrar. La fecha puede ser cualquier dia del año, y el lugar una ciudad del mundo cristiano, la que al lector se le antoje.

Son las doce de la noche, hora de recogimiento y silencio; y no obstante, un movimiento inusitado se observa en el primer piso de una casa cuya magnificencia exterior revela la alta calidad y distincion de sus afortunados moradores. El subir y bajar de lacayos y doncellas, sus misteriosos cuchicheos, la llegada apresurada de un sacerdote, y algunos coches parados delante de la casa indican que en ella ocurre alguna novedad estraordinaria. ¿Qué podrá ser? Salgamos de dudas, entrando en el sitio de la escena confundidos con algunos de los nocturnos visitantes.

Una mujer jóven y hermosa yace sobre una mullida y suntuosa cama, luchando con las ansias de un parto laborioso y prematuro. Rodéanla médicos y amigos, y la asisten solícitos sus deudos y servidores. Fuera de la alcoba, en un rincon de la antecámara, aguarda el sacerdote para ejercer su ministerio en caso necesario, rogando al Todopoderoso por la preciosa salud de la mujer que vé amenazada su existencia. Afortunadamente, llega el momento crítico, y gracias á las piadosas súplicas del sacerdote ó á la pericia é inteligentes cuidados de los médicos, se oye el quejido lastimero de un infante y la voz del facultativo anunciando que respondia de la vida de la enferma. No así de la del recien nacido, á quien augura una inmediata muerte. Oido lo cual, el sacerdote derrama agua sobre la cabeza del infante, y pronunciando las frases sacramentales, le abre las puertas de la celestial morada. Cinco minutos despues el niño es un cuerpo inanimado, y el presbítero se despide de la madre diciéndole

conmovido: consoláos, señora, en la seguridad de que vuestro venturoso hijo está en el cielo.

Como respondiendo á estas palabras, un grito desgarrador que viene de afuera, amortiguado por la distancia y el ruido de los coches que paran en frente de la casa, llega hasta nosotros. Sale de la estancia el sacerdote y nosotros en su compañía, y juntos llegamos á la calle, desde donde oímos repetir distintamente el grito de dolor que momentos ántes acabábamos de oir. La voz párte del interior de una casucha de miserable aspecto, situada á pocos pasos de distancia, cuya puerta, sin embargo lo adelantado de la noche, permanece entreabierta. ¿Habrá alguna desgracia? nos pregunta el sacerdote. Podemos cerciorarnos de ello, contestamos: y empujando la puerta entreabierta, penetramos, seguidos del religioso, en la casa de donde sospechamos han salido los lastimeros ayes. Subímos una escalera difícil y tenebrosa, hasta que por último desembocamos en un pequeño desvan, escasamente alumbrado por un cabo de vela, que arde en el interior de una jícara puesta en sustitucion de candelero. ¡Cuánta miseria, buen Dios! Dos sillas y una mesa que apenas pueden tenerse en pié, unos pocos utensilios de cocina, una arca resquebrajada y encima un vestido harapiento de mujer, he aqui todo el mueblaje y riqueza que descubren nuestros ojos. ¡Ah, no! algo mas se descubre: en un rincon del desvan aparece un jergon, y sobre el jergon una mujer que nos contempla atónita, estrechando al mismo tiempo contra su corazon á una criatura recien nacida, á quien parece querer volver á la vida con el calor de su pecho. ¿Quiénes sois? nos pregunta la pobre madre.—Hemos creido oir una voz que pedia socorro, y venimos á consolaros.—Teneis razon... estaba sola... mi marido en el hospital... mi hija acababa de salir para correr en busca.... no sé de quién.... pero estaba sola.... los dolores del parto.... ¡mi hijo!, vedlo, señores, ... ¡muerto!..., ¡muerto!.... Y estaba vivo!... sí, ¡vivo! yo lo he visto.... Pero me dió una congoja.... y al volver en mí... he gritado.... porque es mi hijo.... y mi hijo habia muerto! ..... Señores, volved la vida á mi hijo!.....

—¡Muerto, sin el agua del bautismo! ¡Desdichado! El cielo eternamente cerrado para tí: esclama el sacerdote en voz alta.

—No blasfemeis de Dios, interrumpímos sin podernos contener. ¿Es posible que la salvacion de un alma se deba á un capricho de la suerte, á un juego de azar, á las veleidades de la fortuna, á formas externas en que el alma no tiene ni puede tener intervencion ni parte? ¿Cómo concebís que Dios cierre las puertas de la felicidad á una pobre criatura abandonada, hechura de su omnipotente voluntad, sólo por no haber recibido el agua del bautismo, que no ha podido recibir, porque ha muerto en el regazo solitario de su infeliz madre desmayada? No, y mil veces no; esto no es concebible; esto seria monstruoso é inhumano, y Dios no es sino providencia y amor. Abrís y cerrais el cielo á vuestro antojo; mas Dios está sobre vosotros, y lo abre y cierra segun las leyes soberanas de la justicia y del amor. Las circunstancias de nacimiento y lugar nada pueden significar en la presencia del Altísimo, ni tampoco los actos que caen fuera del dominio de la conciencia individual. Si ese niño, á quien tan cruelmente condenais, hubiese venido á la luz en un palacio, entre finísimas sábanas soberbiamente recamadas, su alma se meceria ahora en el ambiente de la dicha en la presencia de Dios, porque no habrian faltado una docena de manos que derramasen sobre su cabeza el agua purificante; pero el desdichado ha nacido en la soledad y en la miseria, y este pecado le arroja á las mansiones eternamente oscuras, donde jamás penetran del amor divino los efluvios ni de la esperanza los consuelos. No imputeis tamaña monstruosidad al Autor de todas las armonías: no separeis de Dios á los hombres por un abismo de injusticia: no le hagais odioso á los corazones henchidos de caridad y adoracion.

Tranquilizáos, pobre madre: Dios no se ceba cruel en las víctimas del infortunio; antes oye con amor los sollozos de los pequeñuelos. Vuestro hijo ha sido criado para el cielo, y allí le encontraréis un dia, radiante y hermosísimo, envuelto en la misericordia del Padre celestial de las criaturas. Yo

ignoro si ha sonado ya la hora de su felicidad; mas, si no ha sonado, sonará, como sonará para vos cuando habréis triunfado de las pruebas á que os sujeta la amorosa mano de la divina Providencia.

—¡Gracias, señor!—me dice la pobre mujer. Habeis infundido en mi alma un consuelo desconocido. Una voz misteriosa me asegura que habeis dicho la verdad. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito seais vos, que me le habeis hecho conocer!

—¡Hereje! ¡hereje! ¡maldicion!—repite en tanto el sacerdote, bajando apresurado la escalera.

XI.

La naturaleza humana.

El hombre viene al mundo con imperfecciones, con vicios, con responsabilidades congénitas. Negar esta verdad, que harto palpamos por desgracia, monta tanto como negar la existencia de Dios; porque equivale á destruir su justicia, sin cuyo atributo esencial su concepcion es absurda. Nace el uno en la miseria, en la orfandad, en brazos de la corrupcion ó del crímen; y el otro en la abundancia, en el seno de una familia solícita y amorosa y bajo la benéfica sombra de una virtuosa educacion. Este abre sus ojos en un país cuyos moradores apénas tienen una vaga idea de la moralidad de las acciones humanas; y aquel en un centro de civilizacion adelantada, donde la moral tiene una código en cada corazon, y la verdad un admirador en cada entendimiento Diferencias esenciales en la conciencia y la razon, en los temperamentos, en las inclinaciones, en las concausas internas y externas, morales y físicas, de las acciones de los hombres, en una palabra, todos los grados de prueba y expiacion, he aquí el cuadro que ofrece la desvalida naturaleza humana á la consideracion del que se propone estudiar los misteriosos problemas de la vida. La robustez y la debilidad, la salud y las enfermedades, el placer y el dolor, el talento y la ineptitud, la tendencia natu-

ral al bien y la inclinacion al mal, la dicha y el sufrimiento, el bienestar y el infortunio, la belleza y la fealdad, la riqueza y la miseria, son algunos de los infinitos contrastes que saltan á la vista y que revelan, ante la divina ley de la justicia, la diversa responsabilidad con que nacemos.

La vida es un combate de expiacion y prueba. Venimos para sufrir y acrisolar por el sufrimiento nuestro mérito. ¿Hay por ventura algun hombre que pueda con verdad decir: yo no he sufrido? ¿Hay alguno que escape á la lucha más ó ménos empeñada de las pasiones, de los sentimientos, de los instintos groseros de la materia, que pretenden sobreponerse á la razon y nublar el cielo de la conciencia? Y siendo esto así ¿hemos de dudar de que la naturaleza humana adolece desde su nacimiento de imperfecciones y vicios, de algun *pecado original*, de alguna mancha que es preciso lavar, si observamos que desde la cuna hasta el sepulcro la historia del hombre es el saldo no interrumpido de una cuenta pendiente, de una deuda no pagada? ¿Ó habríamos de suponer que en Dios hay acepcion de personas, y que se complace en exponer á sus criaturas á penas no merecidas?

Se nos hace efectiva una responsabilidad, y esto porque la hemos contraido; pues de otro modo no se concebiria la existencia de un Dios infinitamente justo. Mas, de la misma manera que la expiacion prueba la responsabilidad; la diversidad de expiaciones prueba los diversos grados de las responsabilidades contraidas. Idénticos pecados merecen idénticos castigos; y como quiera que no hay en la tierra dos criaturas racionales que sufran una misma expiacion, debemos concluir que tampoco han cometido la misma infraccion de la ley.

Y no se diga, como para justificar la diversidad de los castigos aplicados á una misma falta comun hereditaria, que siendo las consecuencias de ésta pruebas y expiacion al mismo tiempo, á mas difícil prueba corresponderá mayor merecimiento, y de consiguiente mayor glorificacion. Todos

los grados de merecimiento y glorificacion caben en la igualdad de pruebas, que no serian de la misma manera sobrellevadas dentro de la libertad de las acciones humanas; ¿á qué, pues, apelar á diferencias innecesarias, que revisten todos los caractéres de caprichosas é injustas? Y si la mayor dificultad en la prueba motiva mi eterna perdicion, poco tendré que agradecer á Dios por ello. ¿Cómo he de agradecerle aquella mayor dificultad, cuando sin ella habria fácilmente conquistado un asiento, bien que fuese el mas humilde, en las celestes moradas?

Estas breves consideraciones nos llevan, en buena discusion filosófica, á una conclusion trascendental: á la negacion más rotunda y terminante del principio que atribuye á una falta comun hereditaria, igual en todos los hombres, el orígen de la corrupcion de la naturaleza humana. ¿Cuál será pues la causa de la innegable responsabilidad con que nacemos á la vida? De esto nos ocuparemos en los párrafos siguientes.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

CARTAS SOBRE LA COMUNICACION ESPIRITUAL.

II.

No podia yo presumir, estimado Fortunato, que mi primera carta acerca de la comunicacion espiritual habia de llamar la atencion del *Consultor de las Pàrrocos* hasta el punto de comentarla largamente en una de sus últimas revistas semanales. Siento, con sinceridad lo digo, haber sido objeto de tan señalada honra. Escribo estas semiconfidenciales epístolas á un amigo, quien á su vez las dedica à otro amigo suyo; y yo sé que en este generoso circulo de amistades no ha de serme necesario, para apoyar ciertas verdades religiosas, recurrir á sutilezas teológicas y dogmáticas, tan en uso entre los que, como el *Consultor*, han proscrito de las discusiones la razon y el buen sentido sometiéndolos á la autoridad y á la fé. La autoridad y la fé ciega son argumentos de gran peso tratándose de personas que tienen á pecado el discurrir; pero de ningun valor ante aquellas otras que se juzgan con derecho à servirse de la razon, el mas noble de los dones que la criatura ha recibido. Por esto no podré yo hacerme cargo en estas cartas de los largos comentarios del *Consultor*, y por lo mismo, repito, siento haber sido objeto de la señalada distincion con que me favorece comentando mis escritos. Si discusion desea el ilustrado periódico clerical, cumplidamente se la ofrece la Redaccion de El Buen Sentido en uno de los sueltos del mismo cuaderno donde se publica esta carta.

Como de las observaciones de tu amigo Bernardo, de que he podido enterarme por la lectura de alguna de sus cartas, se desprende con toda claridad que pertenece á la escuela espiritualista, tenemos andado unos y otros un buen tercio del camino para llegar à darnos la mano y marchar unidos en creencias. Toda la cuestion, en mi concepto, estriba en la diversidad de apreciaciones tocante á la naturaleza dei espíritu: si logramos ponernos de acuerdo en este punto, ni á mí me ha de ser difícil demostrar la posibilidad y realidad de la comunicacion espiritual, ni à Bernardo le ha de costar mucho trabajo el aceptarlas.

¿Qué es, pues, el *espíritu*, ó si se quiere el *alma*, como más vulgarmente se le llama?

Cada uno siente en sí mismo la presencia de esa entidad, de esa unidad, de esa sustancia inteligente y libre que es el sugeto intimo de todas nuestras sensaciones, de todos los fenómenos subjetivos del entendimiento, de todos los actos de la voluntad; y sin embargo, no podemos estudiarla directamente cual hacemos con las sustancias del mundo externo que se hallan en relacion con nosotros, y sí sólo por deduccion, por el exámen comparativo de sus actividades y fenómenos. De esto dimana la imposibilidad en que nos hallamos de conocer en su esencia la naturaleza del principio espiritual, y de definirlo, á ménos que lo definamos en órden á sus manifestaciones y propiedades, tal como lo hacemos con el flúido eléctrico, cuyos efectos tocamos y cuya naturaleza la ciencia desconoce. Así decimos que el alma es una sustancia incorpórea, individualizada, dotada de las facultades de sentir, pensar y querer, que se manifiestan exteriormente, durante la vida sobre la tierra, por conducto del organismo.

Obsérvese que llamo *incorpórea* á la sustancia anímica, y no *inmaterial*; y aun empleo aquel primer calificativo, no por creer lo rigurosamente propio, sino porque, en mi concepto, espresa con alguna mayor claridad el pensamiento. Nuestro lenguaje no se estiende mas allá del radio de las cosas y fenómenos sujetos á nuestro análisis, y nos faltan palabras para todo aquello que no pueden abarcar nuestros groseros sentidos y nuestra limitada observacion. Llamo *incorpóreo* al espíritu, en razon á que no le considero ceñido á determinadas formas; pero no puedo llamarlo de una manera absoluta *inmaterial*, porque el espíritu es una sustancia real con fenómenos reales, y lo absolutamente inmaterial no se concibe mas que como una pura abstraccion, como una pura idea, sin ninguna realidad.

El espíritu, ó no es nada, ó ha de ser una sustancia, con sus propiedades peculiares, reales, positivas, sujetas á observacion. El estudio de nosotros mismos nos revela que esta sustancia existe, porque tocamos sus propiedades en todas nuestras modificaciones internas ó subjetivas. Ahora bien: ¿qué es lo que en filosofía se entiende por sustancia? ¿No es lo que constituye la esencia, el ser, el principio, la naturaleza de las cosas? Y la esencia, el ser, el principio, es el sujeto, el punto de apoyo de todas las propiedades y modificaciones inherentes, y suponer que dicho sugeto es una entidad inmaterial monta tanto como afirmar que no hay tal sugeto y que lo abstracto puede producir hechos positivos, absurdo por ningun concepto admisible.

En toda sustancia hay que considerar su naturaleza y sus propiedades, dos cosas completamente distintas, pero inherentes y constituyendo, por decirlo así, una individualizacion. Las propiedades de un ser no son el mismo ser, pero necesitan de él para realizarse. Así las propiedades del espíritu no son la misma sustancia espi-

ritual, pero ésta es necesaria para la manifestacion de aquellas. Y como la idea de toda sustancia implica necesariamente la idea de materia, resulta que, siendo, como son, una realidad las propiedades del espíritu, en la esencia del espíritu ha de haber un *algo material.*

Acaso se asuste tu amigo de esta atrevida, pero lógica conclusion. Si así fuere, ruégale que no la prejuzgue; que no forme acerca de ella un juicio definitivo hasta haber leido mi tercera carta, en que me ocuparé mas estensamente de este punto.

Tuyo,

José.

Lérida 15 Junio 1876.

INSTRUCCIONES POPULARES.

II. (1)

El hombre ha nacido para vivir en sociedad; y sea por necesidad, sea instintivamente, va agrupándose siempre: de aquí que tengamos para con nuestros semejantes, para con la sociedad, deberes no menos sagrados é imprescindibles que los que á nosotros mismos se refieren. De la misma manera que se divide la sociedad se dividen tambien nuestros deberes para con ella. Existen, podemos decir, cuatro clases de sociedades, que se enlazan y sostienen mútuamente, hasta el punto que ninguna de ellas puede prescindir del apoyo de las demás.

En primer lugar encontramos la familia, en cuyo seno hemos de cumplir los deberes referentes al padre, al esposo, á los hijos y á los hermanos. Luego se nos presentan las relaciones que hay entre una familia y otra familia, donde tendremos que llenar los deberes que se nos exigen para con todos nuestros semejantes, porque participan con nosotros de todas las obligaciones y derechos de la naturaleza humana. En tercer lugar estas familias, que separadamente se rigen por leyes naturales, van reuniéndose para adoptar leyes positivas y formar lo que llamamos Estados ó Naciones. Allí nos tocará cumplir los deberes del ciudadano para con el Estado, y recíprocamente. Por último, los pueblos ó naciones no pueden quedar aislados: tienen entre sí muchas relaciones necesarias y que se ensanchan cada dia más, las que los llevan á reconocer obligaciones mútuas: aquí nos cabe llenar los deberes prescritos por el llamado derecho internacional.

La familia es la primera forma de la sociedad, esto es su raíz, su asiento. Al formarla, da el hombre el primer paso en la vida moral; pues allí donde no está constituida la familia, son muy

(1) Véase el cuaderdo VI., pág. 150.

groseras las costumbres, no habiendo podido aun despertarse el sentimiento, base de la moral. ¡Ojalá llegue allí pronto el amor, llevado por personas desinteresadas y sólo impelidas por el deseo del bien, á fin de que cultiven aquel género de sensibilidad que Dios puso en el corazon de cada hombre, y que el frio de la barbarie no ha dejado brotar aun!

Afortunadamente, las naciones mas adelantadas han tomado y siguen tomando medidas en este sentido. Desaparezca, pues, cuanto antes y entre otras cosas el tràfico vergonzoso que allì se hace de la mujer, el desprecio con que se la mira y los duros trabajos á que está sujeta; desaparezca aquella costumbre de abandonar, de desprenderse de los hijos, vendidos como verdaderas acémilas; y enséñese á los hombres todos, así á los atrasados como á los màs civilizados, que Dios no nos ha creado para la guerra ni para la destruccion, sino para que nos amemos unos á otros como hermanos, y que el fuerte ayude al débil.

Si es completa, la familia abraza tres órdenes de relaciones, muy distintos, aunque inseparables: la union ó sociedad del marido y de la esposa; la sociedad de los padres con los hijos; y la sociedad de los hijos entre sì. Cada una de estas sociedades trae consigo obligaciones particulares, y está sujeta tambien á reglas y condiciones especiales.

Siendo el matrimonio el punto de partida de la familia, de la sociedad, requiere de las partes contratantes previa meditacion sobre la gravedad de los compromisos que envuelve, compromisos que han de durar toda esta vida. De desear seria, y en eso obedecerian á las leyes naturales, que los padres no contrariasen las inclinaciones de sus hijos, sin dejar empero de hacerles todas las advertencias que creyeran convenientes para ayudarles á que tuviesen acierto en la eleccion.

Las personas que han de unir sus vidas tendrian que tratarse para estudiar reciprocamente su carácter, sus cualidades, en una palabra, para despertar ese sentimiento de amor, de mútuo aprecio indispensable á un enlace bueno y duradero. Las uniones no han de ser contratas especulativas, negocios de interés.

Harto sabido es cuantos sinsabores, cuantas desgracias y cuantos escándalos dimanan de semejantes enlaces. ¿Qué corriente simpàtica puede haber, en efecto, entre un sujeto anciano, achacoso, y una jóven, llena de savia y robustez; entre uno que tenga enfermedades crónicas ó defectos físicos, y otro que reuna á la salud del cuerpo la hermosura; entre dos caractéres opuestos por sus aspiraciones y tendencias?

Los padres no deben ejercer presion alguna sobre sus hijos para contrariar el curso de la naturaleza: obrando así se ahorrarán los remordimientos que indudablemente los atormentan al ver los disgustos producidos por su despotismo. Por otra parte, si resultase desacertada una union hecha con libertad completa, po-

drian los padres tener un sentimiento, pero nunca un cargo de conciencia, de lo poco acertados que estuvieron sus hijos; en cuyo caso estos no tendrian nada que echar en cara á los autores de sus dias, y soportarian entónces con resignacion las contrariedades que ellos mismos no hubieran sabido evitar.

Que los ancianos, achacosos y de constitucion viciada no se impongan con su oro; ni noble, ni decoroso es este proceder: al obrar así no solamente son los verdugos de su familia, si que tambien labran su propia desdicha, bien lo saben de antemano, à no ser que acierten á encontrar un ángel de virtud y desprendimiento.

El matrimonio, segun los designios de Dios y tal como lo siente nuestra alma, es una donacion espontánea y recíproca, acordada entre dos personas de sexo diferente que han sido atraidas por el aprecio, el amor y el deber. En estos sentimientos está el verdadero, el santo compromiso; sin dichos requisitos, vanas son las fórmulas establecidas por las autoridades civiles y religiosas. ¡Ay! cúanto bien reportaria á la sociedad la formacion de la familia en semejantes condiciones; cuántos disgustos se ahorrarian los casados; y cuántas malas palabras y malos ejemplos dejarian de recibir los hijos, malas palabras y ejemplos que estos, como imitadores de sus padres, recogerán y propagarán llevàndolos al seno de otras familias!

A los deberes de esposos siguen pronto, segun el curso trazado por la naturaleza, los no menos sagrados de padres. Bien se nos alcanza que no todos tenemos bienes de fortuna para criar sosegadamente á nuestros hijos; sin embargo, hemos de confesar que es casi un crímen dar el ser á una criatura cuando no tenemos los medios de satisfacer sus necesidades mas apremiantes y nos vemos precisados á dejarla en condiciones tales, que no pueda salir de la miseria, teniendo que sufrir asi los efectos de tan triste situacion. ¡A cuántas fámilias, por desgracia, vemos en este estado! Quizà cuando tome mayor vuelo el amor, la fraternidad, la caridad; cuando conozcamos mejor los deberes que nos obligan hácia nuestros semejantes, y haya desprendimiento espontáneo por parte del poderoso, quizà, repetimos, no tengamos que presenciar espectáculos tan lastimosos.

Sometámonos á los designios insondables del Altísimo, llenos todos de justicia á la par que de misericordia; pero al mismo tiempo sirvàmonos del sentimiento y de la razon que de èl hemos recibido, para hacer mas llevadera la vida de pruebas á que estamos sujetos en la tierra.

Los jóvenes esposos, cuyos talentos y adelantos morales les permitan entender mejor sus obligaciones, han de pensar en el porvenir de los hijos ántes que nazcan estos. Llamar un ser humano á la existencia es contraer el compromiso de velar por su conservacion, por su mantenimiento: es obligarse á cultivar sus

facultades, enseñarle un oficio ó darle una carrera, á satisfacer en fin todas sus necesidades, hasta que pueda bastarse por si solo, hasta que tome posesion de sí mismo.

Criar à un hijo y enseñarle un oficio ú otra profesion es ocuparse de la vida material, del sustento del cuerpo. Al lado del alimento del cuerpo ha de haber la educacion y la instruccion, alimento del alma, mas preferible aun que el primero, puesto que es perecedero el cuerpo é imperecedera el alma.

La educacion moral, si supiésemos comprenderlo, habia de principiar desde que nuestra edad y razon nos permiten poder aprovecharnos con fruto de las lecciones y consejos de los padres ó maestros. El temprano desarrollo de los sentimientos de justicia y de amor despertarian más pronto los sentimientos del deber, que ayudarian á dar mejor sesgo á la inteligencia y à la educacion industrial ó profesional.

No son aptos todos los padres para dar por sì solos la educacion á sus hijos; y, aun cuando pudiesen, son pocos los que lo hacen, en vista de que en los paises ya civilizados y bien organizados no faltan escuelas públicas donde recibirán los niños el grado de cultura que conviene á cada cual segun sus facultades y la posicion de su família. Si bien es verdad que el rico ó el acomodado pueden dar mayores proporciones á la instruccion de sus hijos, hemos de convenir en que puede el pobre instruirse convenientemente en las escuelas gratuitas ó públicas, donde siempre hay un asiento para él. No aplaudiremos nunca bastante al municipio, á la Provincia, al Estado, y aun à ciertas personas, que toman por su cuenta los gastos de la perfecta instruccion de un niño pobre en quien se reconocen aptitudes especiales para alguna ciencia ó arte de superior utilidad.

Sabido ya que por medio de la instruccion se ha de conocer y respetar mejor la justicia; que con ella se suavizan las costumbres; que las creencias religiosas se hacen mas firmes y sólidas, por ser mejor conocidas, no deben perdonar medios los gobiernos para que se difunda la instruccion.

Puede decirse que es la instruccion la gran palanca de la educacion. Es muy difícil, sino imposible, educar, moralizar á un ignorante. Pero no bastan para eso los libros ni los maestros; no se trata sólo de conocer teóricamente la moral: se necesita el ejemplo constantemente á la vista.

Así, pues, que todos cuantos contribuyen á la instruccion y educacion de la niñez, y en especial el padre, la madre y el maestro ofrezcan los ejemplos de decencia, honradez, y mansedumbre de que nuestra vida ha de estar sembrada. Severas y formales tienen que ser las observaciones y amonestaciones del padre; indulgentes y tiernas las de la madre; prudentes é instructivas las del maestro. Sí; para formar los tiernos corazones, tarea en verdad muy espinosa, á la autoridad que manda ha de acompañar la persuasion que atrae; á la firmeza que debe exigir, la paciencia que sabe

aguardar; á la razon que instruye, el amor que alienta y satisface.

Con palabras, con ciertas privaciones, y nó con duros tratamientos, hay que corregir á los hijos. Para que en el hogar doméstico no se susciten celos, odios ni rencores, deben los padres querer á todos sus hijos con igual amor, y repartirles todos sus bienes en iguales proporciones.

La misma instruccion y educacion que se dará á la juventud en las familias se reflejará invariable en las instituciones y costumbres públicas.—J. B. C.

¿Desea realmente el *Consultor de los Párrocos* discutir con los que defienden la posibilidad y la realidad de la revelacion espiritual, de la cual es continuacion la comunicacion espiritista de nuestros dias? ¿Le será permitido entrar en este *peligroso* terreno y romper una lanza en buena lid, empleando en la discusion el lenguaje cortés y mesurado propio de quien presume sostener los fueros de la verdad? ¿Sabrá desprenderse de sus inveterados hábitos de sacristía, hijos de una educacion especial, del todo opuesta á la educacion que se usa de sacristía afuera entre los pobres pecadores? Dígnese el *Consultor* contestar categóricamente á estas preguntas; pues en caso de que las contestaciones sean afirmativas, nosotros nos ponemos respetuosamente á sus órdenes para discutir con él, no tan solo en defensa de la posibilidad y de la realidad de la comunicacion ó revelacion espiritual, sino tambien acerca de cualquiera de los dogmas aceptados como fundamentales por el racionalismo cristiano, que es como si dijéramos, por el cristianismo espiritista.

Ya vé el periódico de los párrocos que no huimos el cuerpo, ántes muy al contrario, lo presentamos todo al descubierto. Si el asunto propuesto no es el que más le satisface, elija otro, y su eleccion será la nuestra: todos los puntos nos parecen igualmente buenos para que resalten las excelencias del Evangelio de Jesús sobre las miserias de la secta ultramontana.

Mas como para discutir con provecho es preciso en primer término discutir de buena fé, no desfigurando ni torciendo los argumentos y conceptos presentados por el adversario como acostumbra el *Consultor*, nos vemos en la imperiosa necesidad de exigirle garantías de aquella buena fé que en él echamos de ménos en todos sus escritos de polémica. ¿Quiere el colega discutir? Enhorabuena: lo mismo deseamos nosotros; pero á condicion de que, *así como* EL BUEN SENTIDO *trasladará integros á sus columnas los artículos del Consultor referentes á la cuestion que se ventile, el Consultor trasladará tambien integros á las suyas nuestros artículos.* ¿Acepta? Señale el tema de su preferencia, y cruzaremos noblemente nuestras armas. ¿No acepta? En este caso probable, y más que probable seguro, seríale mas decoroso callarse que arrojar al viento baladronadas de mal gusto.

Y el *Consultor* no aceptará: ya lo verán nuestros lectores. No le

altarán pretestos para esquivar una polémica que, bajo las condiciones de imparcialidad que le proponemos, *de ninguna manera le conviene.*

*.

Al objeto de que nuestros lectores sepan los puntos de buena fé que calza el *Consultor de los Párrocos* cuando trata de combatir ó censurar los escritos de los que no comulgan con él en materias religiosas, lean, si les viene á mano, el artículo que el colega nos dedica en su número 26, correspondiente al dia 3 del mes corriente. Ocúpase en él de nuestra primera carta sobre la comunicacion espiritual, inserta en el cuaderno VIII de EL BUEN SENTIDO; mas como el *Consultor* pertenece á la escuela de los que á trueque de lograr el fin propuesto todos los medios les parecen legítimos y santos, trunca sin el menor escrúpulo nuestros conceptos, haciéndonos decir lo que le coviene y no hemos dicho. Esta táctica es peculiar de la secta á que está afiliado el *Consultor*: de su aplicacion á las Sagradas Escrituras procede todo el negocio de la escuela ultramontana. ¡Y qué negocio! ¡qué negocio! Ya hablaremos de él cuando podamos llamar á cada cosa por su nombre sin vacilaciones ni temores. La tierra sigue su curso, y las estaciones se suceden.

El órgano de los párrocos nos atribuye la siguiente afirmacion, que pone entre comillas, como tomada literalmente de las columnas de EL BUEN SENTIDO: «La revelacion espiritista es un descubrimiento de nuestros dias, sin precedente histórico:» Y á renglon seguido nos arguye de contradiccion y falta de lógica. ¿De qué le argüiremos nosotros viéndole tervigersar nuestros pensamientos para combatirlos? ¿Dónde hemos sentado de una manera absoluta, como el *Consultor* afirma, que la revelacion es un descubrimiento moderno? En ninguna parte. Lo que nosotros hemos dicho es que «los hechos, cuando su naturaleza se escapa de la esfera de los conocimientos humanos, sólo hablan á la generacion, al pueblo ó al individuo que los ha presenciado; y *bajo este punto de vista* la revelacion es un descubrimiento de nuestros dias, sin precedente histórico, *porque los precedentes que recibimos de la historia no nos trasmiten la clave de aquellos hechos.*» (1) En vista de esto ¿tenemos ó no motivo para exigir al *Consultor* garantías de imparcialidad y de buena fé en la discusion? ¿Nos las dará como se las pedimos? No; porque la discusion imparcial abriria los ojos de algunos de los lectores de la revista ultramontana.

*
* *

El cardenal Francisco Jimenez de Cisneros fué el tercer inquisidor general de España. Enemigo acérrimo de la Inquisicion antes de ser nombrado inquisidor general, fué despues un acérrimo defensor de los desmanes y abusos cometidos por el Santo Oficio. En los once años de su inquisitorial ministerio, que ter-

(1) EL BUEN SENTIDO, cuaderno VIII, pág. 214.

minó con su muerte en Noviembre de 1517, el Tribunal de la fé mandó quemar en persona *tres mil quinientos sesenta y cuatro* individuos, *mil doscientos treinta y dos* en efigie, y fueron condenados á prision, galeras ú otras penas, con confiscacion de bienes, *cuarenta y ocho mil cincuenta y nueve* desgraciados, víctimas de la bárbara piedad de aquel odioso tribunal.

A Cisneros le sucedió en el ministerio inquisitorial, el cardenal Adriano, elevado mas tarde, en Enero de 1522, al solio pontificio, á la muerte de Leon X. No obstante que se le atribuia un carácter benigno y apocado, permitió Adriano que fuesen condenados, en menos de cinco años, *veinte y cuatro mil veinte y cinco personas*, de las cuales fueron entregadas á las llamas en persona *mil seiscientas*, y *quinientas sesenta* en efigie. Aun conservó el ministerio de gran inquisidor los dos primeros años de su pontificado, durante los cuales la Inquisicion envió à la hoguera *trescientos veinte y cuatro* desdichados, á más de los *cuatro mil ochenta y uno* condenados à otras penas.

Continuaremos estos ligeros apuntes.

*
* *

Parece que se ha fugado, llevándose mas de 6.000 duros en metálico, el tesorero de una conocida hermandad sagrada de Madrid.

*
* *

Refiriéndose *El Globo* al libro que và á publicar el presidente de *La Espíritista Española*, se espresa en estos terminos:

«Nuestro distinguido colaborador el señor vizconde de Torres-Solanot, publicará á la mayor brevedad, coleccionados en un volúmen, los notables *Estudios Orientales*, que con general aplauso ven la luz en nuestras columnas. Dicho libro se titulará *El Catolicisno antes de Cristo.*

«La importancia de este género de estudios y el acierto con que los ha llevado á cabo el señor vizconde de Torres-Solanot, son garantía segura de éxito para la obra á que nos referimos, encaminada á desvanecer graves errores y á sembrar la semilla de la *buena doctrina*, empresa siempre loable, sobre todo en tiempos como los presentes, en que dominan, siquiera temporalmente, principios erróneos y desacreditados.»

*
* *

La prensa de Barcelona y de esta capital se ha ocupado muy favorablemente de una linda Americana à cuatro manos titulada «¡Qué bella es!», obra de nuestro amigo el jóven pianista y compositor D Jaime Jou. Hemos tenido el gusto de oirla, y la recomendamos, toda vez que se ha puesto ya en venta, á los aficionados á la música sentimental. Tambien se pondrán á la mayor brevedad en venta cuatro Melodias, un Wals y una Redowa del mismo autor, que no dudamos alcanzarán un éxito lisonjero.

LÉRIDA.—IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.—1876.

EL
BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIÁNA.—

AÑO II. Lérida, Julio de 1876. Número X.

SUMARIO.—«La Sávia del Cristianismo,» por J. A.—«La Humanidad y su Educacion,» por M.—«El pecado original.»—«Variedades.»

LA SÁVIA DEL CRISTIANISMO.

VI.

¡Oh divino libro! ¡oh Evangelio de Jesús! Sólo en tus inspiradas palabras halla el espíritu la dulce paz, la bienhechora fé, la consoladora esperanza que puede sostenerle y alentarle en medio de las amarguras y de las fluctuaciones de la vida. La vida humana es una perpetua y reñida lucha entre los opuestos elementos al través de los cuales se elabora la conciencia individual, y la conciencia, el alma, el espíritu, una semilla, un principio divino, un gusano, hijo de la Sabiduría increada, sujeto á una série indefinida de trasformaciones, á una depuracion eterna. Arrástrase trabajosamente por la tierra en sus principios la larva espiritual, y de la tierra no puede levantarse y en ella labra su capullo una y diez veces, para resucitar siempre de su muerte aparente en estado de miserable gusano. ¿Quién contará los siglos de su primera formacion, de la primera fase de su eterna vida? ¿Quién medirá la enorme distancia que separa del oscuro nacimiento de la oruga su luminosa resurreccion en nítida ma-

riposa? ¿Quién abarcó con su mirada la sucesion de los dias desde las primeras densísimas tinieblas á la luz?

En esta brava pelea, en este perpetuo choque de instintos, de tendencias, de pasiones, de sentimientos, de juicios encontrados, á cada nueva embestida siente el hombre flaquear su fé, que es la promesa de una felicidad que se pierde de vista, y su razon que es la brújula de su fé. ¡Allá va la nave! ¡allá va el espíritu del hombre! ¿A qué inesploradas playas le arrojará el furor de la tempestad? Apodérase de él con frecuencia el vértigo de lo tenebroso, de lo insondable, de lo incomprensible, de la muerte, de la duda, de la negacion, que es el vértigo de la tempestad, que es el delirio de *la nada*, y entónces ya no lucha, ya no pregunta á los vientos, ya no escudriña el horizonte; cierra los ojos y se entrega en cuerpo y alma á la agitacion que le rodea, creyendo que en aquella agitacion ha nacido, que el torbellino que le ahoga le engendró, y que en el mismo torbellino ha de volver á confundirse. ¡Horrible desfallecimiento! Sólo un vivísimo rayo de sol puede volverle à la realidad: à la esperanza, á la fé, á la victoria por la resistencia y el trabajo.

Este clarísimo rayo de luz brilla á los ojos de todas las generaciones, de todas las edades, de todas las sectas, de todas las ramas de la gran familia humana universal, en la esencia pura de sus tradiciones, en el fondo venerando de sus creencias, en el espíritu y en las profecías apocalípticas de sus libros sagrados, que son el *sancta sanctorum* de su fé, y brilla á los nuestros, á los de los pueblos regenerados por la sávia del Cristianismo, en el código moral de las enseñanzas de Jesús, compiladas por algunos de los discípulos que las recogieron de su lábios ó que las bebieron puras de las nacientes tradiciones. Á este código hemos de volver nuestras miradas en las horas de ponzoñosa duda, de infernal vértigo, de desfallecimiento, de desesperacion, y en sus preceptos y máximas beberemos siempre el consuelo, la fortaleza y la alegría.

Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados (1),

(1) Matheo XI, 28, 29 y 30.

los que cien veces habeis sucumbido á las sugestiones impuras del egoismo y de la carne; los que os sentís arrastrados en la impetuosa corriente de los mentidos goces, de la corrupcion y del orgullo; los que llevais vuestras túnicas manchadas en la sangre que destilan los feroces instintos del odio y de la venganza; los que exhalais con vuestro fétido aliento el vaho de la podredumbre del alma; los que habeis perdido la fé que regenera, la fé que salva, la fé que trasporta las montañas; los que os sentís enervados para el bien; los que dudais de todo y lo negais todo; los que os hartais de materia y os creeis condenados á perecer en una de sus trasformaciones, los que no veis la jnsticia de la creacion ni la adivinais; los que no acertais á descubrir la armonía inteligente y el amor providencial en la marcha de los sucesos y en los destinos de los seres; los que desfalleceis en las contradicciones aparentes de la vida y arrojais á la faz del cielo una estridente, una impía carcajada; *venid, venid á mí todos, y yo os aliviaré*, yo trocaré vuestra inmundicia en oro, vuestra enfermedad en salud, vuestro escepticismo en fé, vuestra desesperacion en esperanza. *Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que manso soy y humilde de corazon*, y en esta mansedumbre y en esta humildad *hallaréis el reposo de vuestras almas: porque mi yugo suave es y mi carga ligera.*

Sí, suavísimo es el yugo del Evangelio. Jesús, que es *el camino* (1), por el ejemplo de sus virtudes, *la verdad*, por el divino orígen de su palabra, y *la vida*, por la fecundidad regeneradora de su moral, *misericordia quiere, y no sacrificio.* (2) No exige de sus discípulos mortificaciones y sufrimientos estériles, esterioridades que á nada conducen, olvido de los afectos y de las relaciones sociales, estrañamiento ó separacion egoista del mundo para entregarse á una contemplacion mística constante; nada de esto entra en las prescripciones de su código, que no respiran aridez y melanco-

(1) Juan, XIV, 6.
(2) Matheo, XII, 7.

lía, sino alegría y espansion, la alegría de la pureza y la espansion de la sencillez y de la bondad en medio de las condiciones de la vida propiamente humana. Tan suave es su yugo, tan fácil el cumplimiento de sus preceptos, que todos los reduce al amor de Dios y del prójimo (1), haciendo depender de este doble amor, de este esclusivo mandamiento de caridad, toda la ley de regeneracion y todas las profecías. Fundados en esto hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo, que Jesús no vino á establecer un culto en que hubiesen de continuar como esenciales los signos y prácticas esteriores, sino el culto verdad, el culto del sentimiento, ni á fundar *una* religion, sino á hacer comprender que *la* religion de la religiones, la que las abraza y refunde todas en una, es la práctica de la moral, compendiada en el amor á Dios y á las criaturas. Todo lo que es amor, amor del alma puro y desinteresado, es religion, es Cristianismo, es la Religion universal establecida desde el principio de los tiempos y esplicada por Jesús, eterna como la subordinacion de la criatura inteligen- y libre á la Causa creatriz, á la Inteligencia soberana. Y todo lo que no es amor, ni del amor procede, ni al amor encamina, aun cuando religion se llame no es de la Religion, aun cuando cristianismo se titule no es del Cristianismo: podrá ser, y será indudablemente, algo hijo de la convencion, de la ignorancia ó de la malicia de los hombres, rito, ceremonia, culto esterno; pero Cristianismo, pero religion, jamás. El Cristianismo, la Religion, es el culto espiritual, la adoracion íntima, el amor, la fraternidad estrechando en una sola familia á los hombres de todos los pueblos, de todas las razas, de todas las generaciones que se suceden en la posesion del mundo. *Que os ameis los unos á los otros: si tuviereis caridad entre vosotros,* EN ESTO *serán conocidos mis discípulos,* dijo Jesús (2).

J. A.

(1) Matheo, XXII, 37, 38, 39 y 40.
(2) Juan, XIII, 34 y 35.

LA HUMANIDAD Y SU EDUCACION.

IV.

Es la *humanidad* el conjunto de los seres sensibles é inteligentes dotados de razon y libre albedrío, y por lo mismo capaces de progreso y perfectibilidad en todos los actos de su existencia, y muy especialmente en los de su espiritual y presente vida. Pueden á su vez elevarse, aun en su estado de encarnacion, hasta el conocimiento de Dios, estudiándolo en sus obras, donde se revela ostensiblemente á la inteligencia y al sentimiento. Séanos permitido representarnos la *humanidad* como un inmenso bosque, ó mejor como un gran campo sembrado de trigo, pudiendo considerar cada tallo como un hombre, y todos juntos representando aquella grandiosa colectividad. No importa que la comparacion sea poco exacta; bien que remota, será bastante expresiva sin embargo para darnos una idea, siquiera sea aproximada, de esa inmensidad colectiva, objeto de nuestro estudio, de todo nuestro deseo y exámen, bien que solo en la extension que permite nuestra tarea en la limitada serie de estos artículos. Lo cierto es que á un campo sembrado le sucede lo que á una sociedad, á la humanidad entera, en una palabra. Si aquel no se cultiva convenientemente, no produce sino escasos frutos, y así tambien el gran campo de la humanidad, si no se le sujeta á un regular y apropiado cultivo, á una prudente, adecuada y perseverante cultura, quedará estéril y no fructificará, no podrá dar nunca sazonados frutos de vida. En el campo cultivan los labradores aplicando la habilidad de su arte, de su ciencia y esperiencia, así como en el in-

menso campo de la humanidad los cultivadores son los hombres de saber, vocacion y fuerte voluntad, los hombres de luz, moralidad y buen deseo.

Y así como al labrador le corresponde conocer del mejor modo posible las necesidades de la organizacion y vida de las plantas, de igual manera al educador le incumbe no ignorar, antes al contrario conocer y comprender bien la naturaleza del hombre y sus tendencias, sus facultades, inclinaciones y aspiraciones: además de que, tanto respecto de las plantas como de los animales y del hombre, habrá de haber á su vez el necesario conocimiento de las circunstancias que influir puedan más ó ménos directamente en el desarrollo de todos aquellos seres, y muy especialmente en el desenvolvimiento de la vida humana, el cual debe ser nuestro principal objeto en este gran cultivo de la *educacion de los pueblos*, que así puede llamarse.

Ya sabemos que la *humanidad* apareció en su hora de oportunidad y por voluntad de Dios en la escena de la vida, llevando en su destino la obligacion y la necesidad del trabajo y del merecimiento en toda la aplicacion de su actividad y dentro el límite de sus fuerzas; pero hemos de comprender tambien que el hombre en todo ello suele perder tiempo por punto general, hasta que elevándose en sí mismo, llega á conocerse cual conviene, en cuyo caso podrá solamente darse razon de lo que es, y adivinar tal vez lo que ha sido y lo que será, ó lo que debe ser; es decir, podrá en cierto modo resolver el doble y oscuro problema, la gran cuestion de su vida, referente á vislumbrar ó saber de donde viene y á donde va, que por cierto es este asunto muy trascendental para la débil y vacilante humanidad. Entónces es cuando poniéndose gradualmente de manifiesto al hombre las relaciones que le unen á los demas hombres y á su Dios, y conduciéndose bien con sus hermanos de la tierra, podrá marchar con paso firme hácia ese seno celestial, centro de perfeccion y dicha á que debiera aspirar sin cesar. Mas como no sea fácil ni tal vez posible á los individuos del género humano adquirir la

esperiencia y los conocimientos por sí mismos, cual al efecto se necesita, se hace preciso que reciban la instruccion y el saber de otro, y de aquí la necesidad de la educacion del hombre por el hombre y de la humanidad por la humanidad, dejándose impregnar poco á poco cada uno de las luces de la atmósfera social en que vive, todo segun las necesidades que le rodean y en armonía siempre con las respectivas condiciones de la vida.

La enseñanza que mas conviene al ser racional para su enaltecimiento, debe referirse principalmente al estudio de la creacion y del hombre. A Dios deberia referirse en primer término, más ¿cómo conocer lo absoluto y lo infinito? Podrá sin embargo conseguirlo á su manera y segun necesita, por el estudio y la continuada observacion de sus obras: así parece haberlo manifestado San Pablo, al decir que *lo invisible de Dios se nos hace visible por las obras de su ostensible creacion.* Estudiemos, pues, las obras de la naturaleza, y de esta manera, si con perseverancia procedemos, poco á poco nos iremos levantando de la ignorancia, hasta venir á una íntima conviccion de la existencia del Ser divino y de sus principales atributos; debiendo suceder tambien á su vez que, al conocer el hombre sus relaciones de criatura con el Criador, verá despertarse en su corazon el sentimiento del amor hácia su soberano Autor, que es al propio tiempo el Padre comun de todas las criaturas sensibles é inteligentes; y en consecuencia, por lo tanto, de esta comun paternidad, reconocerá que todos somos hermanos y que nos debemos mutuo auxilio, como perteciendo sólidariamente á la gran vida de la familia humana dentro de la mas estrecha é intima fraternidad. Entónces es cuando nace y se desarrolla el amor en el corazon del hombre, que se hará poco á poco extensivo hácia sus semejantes, hasta convertirse en el verdadero sentimiento de caridad, que en todo caso no es mas que el amor puro y generoso, referido en primer término á Dios como causa primera, y luego con plausible estension á todas sus criaturas. He aquí la síntesis de la religion, de la moral, de esa religion y moral de

sentimiento y justicia, la verdadera ley de Dios y de Jesús y de los Profetas, fuera de la cual no hay camino de redencion, elevacion y salvacion de los hombres.

Debe recordarse y recomendar aquí encarecidamente el estudio del hombre en sí mismo, el estudio de su organizacion, de sus funciones en sus principales fenómenos vitales, fijándose sobre todo en el exámen detenido de sus facultades intelectuales y morales, como tambien en las tendencias de sus naturales instintos, y en particular en todo lo que en sí es y puede ser sentimiento en sus nobles elevaciones. Porque es necesario saber, para no olvidarlo nunca, que la razon de los deberes y su cumplimiento dependen principalmente del conocimiento que el hombre tiene de sí mismo y de sus relaciones con Dios y con los demás hombres. Y aun así, no basta; hay que añadir á ello la necesidad de un deber que nos incumbe altamente, cual es el de elevarnos en nuestra inteligencia y sentimiento, en nuestra conciencia, para dirigir dignamente la voluntad, debiendo en todo caso implorar en apoyo de nuestros esfuerzos el auxilio divino por medio de la sentida y ferviente oracion, puesto que nosotros, por nosotros mismos, en nuestro orgullo, nada somos apenas, nada casi valemos. La oracion debe ser el áncora de nuestra navegacion en el peligroso piélago de la vida; mas ya lo hemos dicho, ha de ser la oracion del corazon, acompañada del mas vivo y legítimo deseo, de humildad y confianza, es decir, la oracion fervorosa de fé, esperanza y caridad, que es la que nos conduce y sostiene, la que nos hace fuertes en esta nuestra peregrinacion terrestre.

He aquí el objeto preferente de las aspiraciones humanas mas importantes. ¿Qué mejor, pues, que propender esforzada y eficazmente á tan bello y santificado resultado, endulzando y haciendo digna y dichosa la vida con la satisfaccion inefable de una conciencia pura y tranquila por el exacto cumplimiento del deber? Mas para ello, bien se comprende, se requiere mucha asiduidad, mucha constancia en la virtud, pues ella es la que completa y corona los esfuerzos

bien aplicados y sostenidos. Sin la conveniente perseverancia propia de un buen carácter, se malogran las mejores disposiciones; sin el ejercicio y la prudente aplicacion de la actividad humana, no se desarrollan ni fortalecen las facultades del espíritu, aun cuando en el fondo estén bien dispuestas para los mejores alcances. ¿Quién, en efecto, desconoce, si sobre la naturaleza del hombre ha reflexionado, que la virtualidad embrionaria de sus facultades no se desenvuelve ni armoniza sin la asiduidad y solicitud en el trabajo, el único medio que puede conducirnos al progreso, á la perfectibilidad y á la dicha?

Progreso, perfectibilidad, dicha, ¡oh! cuán grandes ideas encierran estas palabras! Pero no olvidemos que el progreso y la dicha solo pueden realizarse y alcanzarse con el desarrollo armónico de las facultades humanas, ejercitándolas convenientemente y poniendolas al servicio del bien, de toda virtud practicable: tal y tan trascendental objeto, entendámoslo bien, sólo puede venirse consiguiendo por medio de una generosa y sostenida ocupacion por la actividad bien aplicada en el triple órden físico, intelectual y moral, y sobre todo en el de la inteligencia y corazon, ó sea de la razon y del sentimiento.

Tengamos siempre á la vista y á nuestra consideracion el gran libro de la naturaleza, tan lleno de maravillas y verdades incontrastables; ¡cuánto hay en él que aprender y admirar para el que sepa reflexionar y meditar! Allí es donde se nos presenta manifiestamente la marcha de las cosas y de los tiempos sin solucion de continuidad; allí el órden en asombrosa constancia, á veces en aquello mismo que en apariencia acusa desórden, y siempre y en todo el movimiento y el progreso. ¡Oh! cuán atractivo é importante es el estudio de la naturaleza! Estudiémosla en los minerales, en las plantas, en los animales, y sobre todo en el hombre. ¡Qué de fenómenos, qué de maravillas y misterios no se observan en este grandioso é inmenso espectáculo! ¡Qué de lecciones, á cual mas instructiva y edificante, no nos ofrece en su conjunto y detalles! Y luego la vista del cielo estrellado, ¡cuán majestuosa y esplendente no se presenta en

una serena y oscura noche; qué de ideas y elevados sentimientos no infunde! Mas ello no obstante, hay hombres que solo viven la vida del gusano acá en la tierra, sin haberse dignado fijarse, tal vez nunca, en los asombrosos portentos de la creacion! ¡Cuánta estupidez, cuánta ingratitud hácia el autor de tanto bien, de tantos esplendores!

Estudiemos tambien y muy detenidamente los fenómenos de la vida. Pero la vida en su esencia ¿quién la conoce, quién puede concebirla y esplicarla? En cambio ella se nos manifiesta muy visiblemente en todas sus fases fenomenales. y en todos sus grados, haciéndose siempre digna de la mas atenta observacion. La vida orgánica vegetativa, la vida sensible y de instinto, la vida de inteligencia y sentimiento, ¡qué misteriosas fuerzas, qué admirable encadenamiento en sus resultados! No seamos, pues, indolentes y frívolos; reflexionemos, meditemos mucho; multipliquemos nuestros esfuerzos por el estudio de esa prodigiosa fecundidad de la vida, que bien pudiera llamársela el alma universal de los materiales mundos del espacio.

Y añadamos á esto tambien lo que de consideracion edificante ofrecernos puede la muerte de los seres. Las plantas mueren, los animales mueren y tambien muere el hombre; pero comprendamos bien lo que es la muerte en la naturaleza humana. El hombre muere, pero ello es mas bien en apariencia que en realidad, si así cabe el poderlo expresar. Porque, en efecto, si muere, no es para acabar definitivamente, sino para vivir de nuevo en la vida del renacimiento y de la inmortalidad. Debemos repetirlo: la muerte en el hombre no es una verdadera muerte; es solo una transicion, un paso de la vida del espíritu encarnado á la vida normal y libre, realmente hablando, que es la vida propia y esencial de las almas.

Así, con justo motivo debemos fijar nuestras mas hondas y penetrantes meditaciones sobre este trascendental punto, ya que de él depende el principal y final destino de la humanidad. Estudiémoslo en la excelsa sabiduría de Dios, en su amor, en la divina providencia con que lo gobierna

todo; y téngase entendido, sin que quepa siquiera dudarlo, que el tal estudio á su buena práctica llevado, es, sobre todos los otros medios, el que mejor puede conducirnos á la perfeccion y felicidad. ¡Cuán sabio y poderoso es el Señor de los cielos! Que la educacion, la edificante y fortaleciente educacion de los pueblos, tal como la deseamos en via de este enaltecido y santo objeto, se difunda en la mente y en el corazon de las generaciones; pueda ella con su saludable influjo elevar á los hombres todos á su material engrandecimiento, y sobre todo, á esas acrisoladas regiones de moral ennoblecimiento y justicia, que debiera desde luego ser la divisa, el blason de los moradores de la tierra, prévia y segura señal de su predestinacion para las perennes é inefables fruiciones del cielo.

M.

(Se continuará.)

EL PECADO ORIGINAL.

XII.

Más sobre la naturaleza humana.

«La miserable condicion de la humanidad acusa á Dios ó al hombre,» dice Augusto Nicolás, uno de los más sólidos y elocuentes apologistas del cristianismo romano. «Es preciso, añade el mismo autor, abrazar la monstruosidad del ateismo, ó admitir el misterio del pecado original.» Afortunadamente, Augusto Nicolás no es infalible, y su dilema flaquea por ambos cuernos; de lo contrario, el ateismo dejaria de ser una monstruosidad, y el universo moral caeria abismado en los horrores de la negacion y del vacío. Porque, si monstruoso es el ateismo, monstruoso es suponer que nosotros somos castigados por un pecado en que no tuvimos parte; y en este caso la miserable condicion de la humanidad acusaria, no al hombre, obra de la voluntad soberana, sino á Dios, que crea las almas inficionadas con una mancha, con una iniquidad involuntaria. El dogma romano del pecado original abre, contra la voluntad de sus defensores, las puertas al ateismo.

Que el dogma no satisface completamente aún á sus mismos apologistas, tenemos de ello una prueba en el autor citado, testigo de mayor excepcion en la materia. En medio de sus ciclópeos esfuerzos por sostener el quebrantado edificio erigido sobre la caida del primer hombre, tiene Augusto Nicolás la debilidad, la sinceridad mejor, de decir que «si Dios parece injusto al imputar al hijo la falta del padre, *mucho más injusto sería* si le castigase por una culpa que ni siquiera hubiese su padre cometido.» Llamamos sériamente la aten-

cion del lector sobre las palabras transcritas: su autor conviene en que Dios *parece injusto* estudiado al través del dogma, y qne *lo sería mucho más* si nos castigase por una culpa en que ni siquiera hubiesen intervenido nuestros padres. Este modo de discurrir no es el propio del filósofo moralista, sino del defensor obligado de una tésis insostenible. La misma injusticia revela el hecho de castigar á un hijo por el pecado de su padre, que castigarlo sin que su padre haya delinquido; pues en uno y otro caso la aplicacion del castigo recae sobre un inocente. Si ningun mérito heredamos por las obras buenas de nuestros progenitores, tampoco podemos en justicia heredar responsabilidad alguna por sus faltas.

¡Que Dios *parece* injusto!... Y por qué? Porque el orgullo ha cegado á algunos hombres, y pretenden que su palabra es la espresion infalible de la verdad inmutable. Porque ensoberbecidos creyendo tener en el puño la sabiduría universal, cierran los ojos y los oidos á toda luz que no emane de ellos, y à toda palabra que no salga de su boca. Porque se les ha antojado atribuir á la Divinidad sentimientos y propósitos de orígen esclusivamente humano. No; Dios ni es injusto, ni puede parecerlo, sino haciéndole copartícipe de los errores de los hombres. Si realmente pareciese injusto ante la conciencia y la razon, el ateismo quedaria justificado en la aparente injusticia de Dios.

«El alma que pecare, esa morirá: el hijo no llevará la maldad del padre, y el padre no llevará la maldad del hijo: la justicia del justo sobre él será, y la impiedad del impío sobre él será.» Esta es la justicia divina por boca del profeta Ezechiel, justicia recta, intachable, racional, sin asomos ni apariencias de injusticia, no sospechosa ni contradictoria como la que se ha inventado en los consejos de la ignorancia y del orgullo. El hombre es hijo de sus obras y no de las ajenas: si sufre, es porque merece sufrir; si su alma está empañada, es porque ha delinquido, pero libremente, haciendo mal uso de su libertad individual. Dios no es injusto ni lo parece: esculpió su ley en la conciencia del hombre, y las infracciones llevan en pós el castigo del culpable. Su ley es la armonía y

el equilibrio; y al infringirla, rompemos el equilibrio armónico de nuestra felicidad, y sufrimos hasta recobrarlo. En su inmensa sabiduría, hizo derivar la pena de la falta, á fin de que, escarmentando con las consecuencias del mal, busquemos en el bien los supremos goces del espíritu. No acusemos, pues, á Dios: acusemos á nuestros piés, que no andan en los rectos caminos de la virtud, y á nuestras manos, que no edifican conforme á la ley sacrosanta del Señor, escrita en nuestros corazones.

XIII.

Dos palabras sobre el Génesis.

Entónces ¿cómo conciliar con la justicia de Dios la verdad del Génesis tocante á la caida del primer hombre? ¿Hemos de suponer que Moisés habló por hablar y que sus palabras no espresan sino la opinion individual de un hombre acerca del gran problema de la creacion de la humanidad? ¿Deberemos dejar de considerar el Génesis como libro de inspiracion superior, ya que sus primeras afirmaciones parece están en contradiccion con las nociones de justicia, de sabiduría y amor que poseemos con respecto al Autor del universo?

No cabe duda que el Génesis, tomado á la letra, contiene errores manifiestos, á los cuales no podemos asociar el santo nombre de Dios. La futilidad del precepto impuesto á Adan y Eva, lo monstruoso del castigo, la injusticia de la trasmision del pecado y las circunstancias en que este se cometió, son otros tantos flancos vulnerables de la narracion de Moisés. Más ¿por qué tomar á la letra esta narracion en aquellos puntos en que el historiador sagrado quiso indudablemente velar ciertas vérdades profundas, incomprensibles para las generaciones de su tiempo? Habla de los seis dias de la creacion; y estos dias, considerados hasta hoy como naturales, toman jigantescas proporciones, proporciones de millones de siglos, sin las cuales, la ciencia quebranta y confunde la palabra revelada. Habla del árbol prohibido, del

árbol de la vida, de la primera pareja, de la costilla de Adan, de la fruta y de la serpiente; y la conciencia universal no transige ya con serpientes que hablan, con mujeres formadas de costillas, con la generacion de todos los hombres de una sola pareja, ni con árboles cuyo fruto causa la vida ó la muerte del espíritu. Todo esto no puede ser sino figuras, formas simbólicas de los conceptos inspirados, puntos de estudio presentados á la humanidad para el conocimiento sucesivo de sí misma. Increible parece que aun haya quien pretenda, en nombre de la verdad y de la religion, sostener la letra de los tres primeros capítulos del Génesis, y prescindir de su espíritu, que es la sancion más solemne y elocuente de la intervencion divina en el primer libro de Moisés. El legislador hebreo escribió para los maestros, y los que han presumido de maestros han leido superficialmente como los niños de la escuela, traduciendo en puerilidades los pensamientos mas-profundos y los misterios mas sublimes. Los errores en este caso no son del historiador sagrado, sino de la ignorancia ú ofuscacion de la intérpretes. Han estudiado el Génesis ántes de estudiar á Dios, y luego construyeron un Dios en el molde de sus insuficientes y mezquinos estudios sobre el Génesis; olvidando que la revelacion debia acomodarse á la idea de la Divinidad, y no la Divinidad á los estrechos límites de la palabra de un hombre, por mas que este hombre fuese un sabio historiador y un legislador profundo. Trocados los términos, la revelacion fué mal interpretada, porque no arrancó del conocimiento de Dios; y Dios fué mal definido, porque se le hizo surgir de una interpretacion errónea. No desechemos, no, los libros inspirados; pero sin olvidar que debemos basar su sancion en los atributos del Ser que dictó la ley de la inspiracion y la ley del universo. El error no puede jamás venir de arriba: si errores aparecen en la revelacion divina, escudriñemosla cuidadosamente, levantando el velo de la letra, para descubrir el espíritu que oculta; y si esto no nos es posible, ántes que atribuir el error al Autor de la verdad, culpemos nuestra ignorancia y respetemos sus secretos.

XIV.

La generacion humana

La humanidad de la tierra no procede de un solo hombre y de una sola mujer. Segun refiere Moisés, los primeros hijos de Adan fueron Cain y Abel, y no tuvo otros hasta la edad de ciento veinte años, en que, muerto ya Abel y errante por el mundo el homicida Cain, engendró á Seth y tuvo despues hijos é hijas. Luego de consumado el horrible fratricidio, huyo Cain y habitó fugitivo hácia el lado oriental de Eden, ó en tierra de Nod, conforme se lee en el texto original. Allí conoció á su mujer, que no podia ser hermana suya, por cuanto Adan y Eva no habian aun tenido hijas; y su mujer concibió y le dió un hijo, á quien llamó Henoch. Este mismo nombre puso á una ciudad que edificó, con ayuda seguramente de otros hombres, para que sirviese á todos de comun abrigo y de morada.

El testimonio, pues, de la Sagrada Escritura, nada sospechoso para los que pretenden que la humanidad terrestre procede de una sola pareja, es contrario á semejante afirmacion, y completamente conforme con el testimonio que resulta de los estudios hechos acerca de los diferentes pueblos ó familias derramadas sobre la redondez de la tierra. ¿Cómo es posible concebir que el europeo, el indio y el etíope reconozcan un mismo orígen, un mismo tronco genealógico, cuando nada tienen de comun, cuando sus costumbres, sus tradiciones, sus progresos, sus aptitudes y hasta el color y estructura de su cuerpo revelan diferencias esenciales, caractéres diametralmente opuestos y procedencias distintas? Sólo rasgando el Génesis y cerrando los ojos á la evidencia se puede sostener la comunidad de orígen de todos los miembros de la gran familia humana.

Y no siendo uno el orígen, dígasenos en que viene á parar, en su letra, el dogma del pecado original. Porque en este caso, hubo de haber en el principio muchos Adanes

y Evas, y para esplicar la trasmision del pecado hemos de suponer para cada Adan un paraiso, por cada paraiso una serpiente y un precepto, y por cada precepto una infraccion ó pecado. Y así tendremos por cada *misterio* cien *misterios.*

De tódo esto resulta que al hablar Moisés de la aparicion de Adan y Eva sobre la tierra, no pudo ni quiso significar que fueron sus primeros y únicos pobladores, por cuanto semejante hipótesis viene desmentida en la misma narracion del historiador y legislador hebreo. A tenor de dicha narracion, Adan es un tipo alegórico y no un personaje histórico; el paraiso se pierde de vista; la culebra se vuelve á su madriguera; y el sueño, la costilla, la mujer, el árbol y la fruta, con todo lo que se refiere á la caida original, se desvanece como las imágenes de un sueño; porque el edificio está levantado sobre una base fantàstica, sobre la opinion de que Adan es el tronco y raíz de todo el linaje humano. He aquí á donde conducen la imprevision y lijereza de los intérpretes y sus estrechos comentarios, concediendo á la letra toda la importancia que debian dar al pensamiento. Así es como se fomenta la incredulidad y se dá armas á los adversarios del Cristianismo. Rasguemos, pues, esos mezquinos é imprudentes comentarios, que hacen imposible la inteligencia racional de los libros revelados; y pidiendo á Dios inspiracion y luz, procuremos escudriñar con humilde corazon el pensamiento encerrado en la palabra simbólica del Génesis.

(*Se continuará*).

**

VARIEDADES.

LA PRIMERA FALTA.

Entre tus labios, hermosa Elisa,
niña hechicera,
ayer vagaba dulce sonrisa,
fiel mensajera
del corazon;
de tus mejillas las frescas rosas,
dos rosas bellas,
y tus miradas, vagas, graciosas,
eran las huellas
de tu candor.

Cual brisa suave que dicha inspira,
cual arroyuelo,
cual mariposa que leve gira
con fácil vuelo
buscando luz,
cual tortolilla que el pico asoma
desde su nido,
cual el capullo que rico aroma
guarda escondido,
niña, eras tú.

Ayer corrias por la llanura
buscando flores,
sin que sintieras en tu alma pura
otros amores
que tu vergel:

era à tus ojos bella la vida,
como la aurora
que de radiantes luces henchida
los montes dora
de un vasto eden.

Hoy estás triste!..... Dime, qué has hecho
de tu alegría?
¿Qué es de la calma con que tu pecho
ántes solia
siempre latir?
¿Dónde se fueron ¡ay! los colores
de tus mejillas?
¿Por qué al olvido dás tus amores,
las florecillas
de tu jardin?

¿Por qué no corres por la pradera,
dó veces tantas,
cual cervatilla, te ví, ligera?
¿Por què no cantas
cual ruiseñor?
Por qué la pena nubla tus ojos,
y en el bullicio
en vez de encantos hallas enojos?
¿De qué es indicio
tanto dolor?

Si la vergüenza, que así te embiste,
tu rostro esmalta,
es ¡ay! Elisa, que cometiste
la primer falta,
¡crìmen tal vez!.....
Perdida llora la paz dichosa
de su existencia
la pobre niña, la niña hermosa:
¿Quién su inocencia
robòle cruel!....

Isidoro Pellicer.

ESPIRITISMO.—PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS DEL ALMA.

¿Es injusto ó culpable el hombre que en ciertas ocasiones maldice su estrella y le pesa el haber nacido?

Procuraremos contestar á esta pregunta, aunque tememos no poderlo hacer satisfactóriamente.

Nosotros juzgamos que cuando el hombre carece de una creencia que pueda moralizarle y encauzarle por la senda del bien; cuando su espíritu gira en un círculo vacío; cuando el indiferentismo le asédia y cree que los dolores, así físicos como morales, son resultados inevitables de una fatalidad cruel, no es injusto en maldecir y renegar, pues no tiene èl la culpa de desconocer la conformidad y la resignacion. Si á aquel hombre le hubiesen inculcado ideas morales dentro del verdadero conocimiento del Creador; si le hubiesen enseñado á comprender el *por qué* de sus dolores y de las múltiples vicisitudes de su existencia, la conformidad y la resignacion habrian sido la fuerte roca donde se habrian estrellado las embravecidas olas del agitado mar de sus pasiones.

Si el cumplimiento del deber legado por el divino Maestro no sufriera con harta frecuencia las consecuencias del olvido; si el ejemplo de aquel sublime modelo fuera la norma de nuestros actos, no serian tan grandes los males que á la humanidad aquejan.

En las épocas calamitosas ha aparecido, casi siempre, un hombre ó una idea para enfrenar las fuerzas dominantes y llevar á la humanidad el consuelo necesario; empero el hombre ha sido zaherido, perseguido, martir izado y sacrificado, y la idea despreciada, anatematizada y excomulgada, y no se han ceñido sòlo al hombre y à la idea las persecuciones, si que tambien han participado de ellas los adeptos y propagadores.

A primera vista parece un contrasentido que lo que se revela como un beneficio y consuelo para la humanidad, sea encarnizadamente combatido y perseguido por los mismos que del beneficio participan; mas si tenemos en cuenta que el egoismo ejerce aún en nuestro mundo una poderosa influencia en la generalidad de los espíritus, no lo veremos tan ilógico.

Hoy por hoy, muchos reconocen en el Espiritismo un le-

nitivo á los padecimientos de la humanidad, entreven la gran trascendencia de su mision, y sin embargo, ¡cuántos se levantan amenazadores para detener su ascendente carrera!

El Espiritismo ha venido á revelarse ámpliamente en una época en que era de todo punto necesaria su revelacion, pues los continuos abusos en materias religiosas habian llevado el desengaño á muchos espíritus que sentian la necesidad de creer en un Dios despojado de atributos opuestos á su justicia y á su misericordia; necesitaban creer en Dios, bondadoso y amoroso, en un Padre en fin. El Espiritismo ha venido à satisfacer esta necesidad; y ¿cómo? Enseñando, ante todo, à conocer la infinita y absoluta grandeza de ese Padre, que tanto nos quiere dentro de su infalible justicia y equidad. El Espiritismo ha venido á moralizarnos y à guiarnos por la senda del bien y de la virtud, haciéndonos comprender que las cosas de esta vida son efímeras, pero necesarias para nuestro progreso, y que la doctrina de la reencarnacion, ó sean las vidas sucesivas en este y en otros mundos, nos indica que tal vez aquellos para nosotros injustos dolores, por los que, como he dicho, el hombre maldice y reniega, pueden ser pruebas escojidas al venir á la tierra, para poder reparar males ocasionados en existencias pasadas. Este es un dogma del Espiritismo, que muchos no admiten por creerlo absurdo; y que, sin embargo, es el único que resuelve satisfactoriamente el problema de las contradicciones aparentes de la vida y de las penas y recompensas futuras. Solo por la reencarnacion podemos comprender y admitir, sin calificar de injusta á la Causa creadora, la desigualdad de inteligencias y las deformidades físicas; y tèngase en cuenta que la doctrina de la reencarnacion no ha sido enventada por el Espiritismo, sino que es tan antigua como el mundo. La India, cuna de la filosofía y de la ciencia, la profesaba, y en sus mejores cantos à la Divinidad está consignada, como puede verse en sus libros sagrados. Jesús tambien la sanciona, y sinò, ¿que le quiso manifestar á Nicodemo cuando le dijo: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez no puede ver el reino de los cielos.» Mucho podriamos decir en pró de esta doctrina, pero seria repetir lo que ya se ha dicho; diremos, sí, que la reencarnacion la consideramos necesaria, indispensable, no tan solamente para nuestro progreso, sinó como el único medio de morali-

zarnos, respetarnos, amarnos y perfeccionar las condiciones de nuestra transitoria morada.

Por ningun concepto podemos creer que hemos sido creados con el único objeto de nacer y vivir dentro de los prolongados padecimientos y brevísimos goces de este planeta, cuando sabemos que la uranografía lo reconoce como uno de los mas inferiores: la tal creencia no puede admitirse sin despojar al universo de su grandiosidad.

La pluralidad de mundos habitados es hoy un hecho demostrado por la ciencia y sancionado por la razon. Solo una falange de espíritus supersticiosos y fanatizados se atreven á ponerlo en duda, ¿y por què? Porque los sustentadores de la ignorancia, los monopolizadores de la fé ciega, se obstinan en estender ante sus ojos un espeso velo para que no sean iluminados por la explendente luz del progreso; pero como esta luz es divina, el hombre es impotente para detener su benéfica carrera.

Es necesario que el hombre despierte, que admire la *feliz aurora del nuevo dia*; que contemple los últimos crepúsculos de la noche de la ignorancia, sin maldecirla, porque sin su oscuridad horrible no podria apreciar las nacaradas tintas de la mañana. Es necesario que consulte á su conciencia: que busque en el fondo de ella esa intuicion íntima que nos confirma la realidad de la vida espiritual, sin la cual no puede comprenderse la razon de la vida material.

Los que dudan y se rien de la doctrina de las *vidas anteriores*, si les preguntais còmo se esplican la causa de las deformidades físicas y la diversidad de inteligencias, os contestan, que sucede porque así á Dios le plugo, y que siendo Todo-poderoso, puede, en un momento dado, quebrantar las leyes establecidas y conceder privilegios. Esta solucion la rechazamos, porque la consideramos antimoral y antiracional. Dios no puede hacer y deshacer sin ton ni son, puesto que siendo inmutable, las leyes por Él establecidas inmutables tambien son.

Procuren los hombres observadores estudiar la *pluralidad de existencias del alma* y expongan imparcialmente sus opiniones, á fin de contribuir por este medio á la regeneracion humana y á la aparicion del buen sentido religioso, y no duden que al hacerlo así, mucho tendremos que agradecerles todos,

puesto que nos darán la clave de las desigualdades y contradicciones de la vida, y la prueba de que practicando la moral evangélica, que comprende el amor á nuestro prójimo y la caridad en toda su pureza, podremos redimirnos y mejorarnos.

José Arrufat.

Barcelona Julio 1876.

CARTAS SOBRE LA COMUNICACION ESPIRITUAL.

III.

En la esencia del espíritu ha de haber un algo material: esto decia, amigo mio, al final de mi segunda carta, añadiendo á renglon seguido que no se formase acerca de esta atrevida conclusion un juicio definitivo, hasta haberse oido algunas ampliaciones que juzgaba necesarias para aclarar un punto tan interesante. A esas ampliaciones voy en la presente carta, sin las cuales indudablemente caeria sobre mi tésis el anatema de muchas personas de criterio recto y buen sentido, ya que de todos modos no he de poder evitar el de los filósofos rancios, que no por ser rancios y *discurrir en latin* discurren siempre cuerdamente.

Que el alma humana es inmaterial; que la idea de espíritu escluye la idea de materia; ha sido dicho en todos los tonos, rotundamente afirmado en todas las aulas y considerado como axioma filosófico por todas las escuelas que han venido aceptando entre sus dogmas la inmortalidad del alma. Han sentado que la materia no puede sentir, no puede pensar, no puede querer, fundándose en la simplicidad del sugeto de estos fenómenos y en la multiplicidad de la materia, y como el alma (1) siente, piensa y quiere, resulta que ha de ser necesariamente inmaterial. Lógica es la consecuencia si ambas premisas son verdaderas; pero ¿por dónde se demuestra que á la materia le repugna *en absoluto* la sensacion, la voluntad, el pensamiento? Lo que no se concibe, lo que á la razon repugna, es la idea de una *sustancia* absolutamente *inmaterial*, dos palabras, un sugeto y un predicado, que recíprocamente se contradicen, se destruyen, porque el sugeto es la negacion del predicado y el predicado la negacion del sugeto. Si, pues, el alma humana, el espíritu, es una sustancia real, como nos lo declara la permanencia y la identidad de su ser en medio de sus modificaciones incesantes, fuerza será convenir en que en la esencia del espíritu ha de haber *un algo material*, y que existe en el universo un algo material, reproducido é individualizado en

(1) Alma ó espíritu. Aplicaré indistintamente ambas palabras como signos de una misma idea.

millones de millones de criaturas, capaz de realizar las maravillosas armonías de la sensacion, de la voluntad y del pensamiento.

Yo entiendo que cuantos han negado de una manera absoluta à la materia las facultades del alma, lo han hecho confundiendo en una sola idea la de *materia* y la de *cuerpo*, sin embargo de espresar estas palabras dos ideas completamente distintas; confusion que es preciso evitar para no caer en el absurdo de la *sustancia inmaterial*. El sugeto espiritual, han dicho, es *uno* y *simple*, y la materia *múltiple* y *compuesta*; luego el espíritu no es materia. Aquí, como es fácil observar, se afirma de la materia lo que sólo puede afirmarse del cuerpo, *la composicion* y la *multiplicidad*. La materia, considerándola en la sustancia elemental, generatriz, es simple y una, y únicamente los cuerpos son compuestos, como resultados de las infinitas combinaciones y modificaciones de la materia primitiva. Por esto los cuerpos están sujetos à la ley de corrupcion, de descomposicion y de muerte, al paso que la materia pura no se corrompe, ni se descompone, ni muere. Una y simple es como el sugeto de la sensibilidad, de la voluntad y del pensamiento; y por tanto, ninguna fuerza tiene el argumento de los que le niegan las facultades propias de la sustancia espiritual apoyados en que el sugeto de dichas facultades es simple y la materia compuesta.

Al llegar á este punto, he leido la carta de tu amigo Bernardo, de 30 de Junio último, y de sus razonamientos veo que, con la generalidad, confunde con los cuerpos la materia. «¡Ay de la humanidad, esclama, si en el espíritu hubiese el mas insignificante átomo material! ¡Cuántas veces hubiera sido llevado á la hoguera y destruido en sus llamas!» A la hoguera han ido, empujados por la iniquidad y la ignorancia, infinidad de apóstoles de la ciencia y del deber; pero el fuego que redujo á cenizas el deleznable cuerpo del màrtir, respetó la sustancia, la *materia* espiritual incorruptible, y el alma voló con sus ideas de regeneracion y de vida á las regiones del pensamiento, acrisolada en el dolor, aquilatada en la libertad, para reaparecer de nuevo en el seno de otras generaciones y guiarlas por las vias siempre ascendentes del progreso.

Aun he de estenderme en algunas consideraciones para dejar bien establecidas mis ideas tocante á la naturaleza del espíritu, punto que es necesario aclarar antes de penetrar en el fondo del pensamiento que me he propuesto desenvolver en estas cartas. Aplazo para la próxima este trabajo, á fin de no hacerme pesado en la presente. Y me despido por hoy dando gracias á tu amigo por las lisónjeras frases con que me honra à causa de estas epístolas, frases ciertamente inmerecidas, pero que descubren los generosos sentimientos de tu buen amigo Bernardo.

JOSÉ.

Lérida 5 Julio 1876.

LA CREACION.

SEGUN LA CIENCIA, LA FILOSOFÍA Y LA NUEVA REVELACION. (1).

(*Continuacion.*)

La Creacion Universal.

Despues de habernos remontado en cuanto nos ha sido posible hácia el orígen oculto de donde emanan los mundos, consideraremos la marcha de las creaciones sucesivas y de sus desenvolvimientos en sus diferentes series.

La *materia cósmica primitiva* encerraba los elementos materiales, fluidíficos y vitales de todos los universos que despliegan sus magnificencias delante de la eternidad; ella es la madre fecunda de todas las cosas, la generatriz eterna. No ha aun desaparecido esa sustancia de que provienen las esferas siderales; ella no está muerta; dá todavía nacimiento incesante á nuevas creaciones, y recibe constantemente los principios reconstituidos de los mundos que van borrándose del libro de la existencia.

Dicha sustancia penetra los cuerpos á manera de un inmenso océano. En ella reside el *principio vital* que dá nacimiento á la vida de los seres y la perpetúa sobre cada globo segun sus condiciones peculiares. Cada criatura, ya sea mineral, vegetal ó animal, ya de otra naturaleza,—porque puede haber otros reinos naturales cuya existencia nos sea desconocida,—sabe, en virtud de su principio vital universal, apropiarse las condiciones de su existencia y de su duracion.

Las moléculas del mineral tienen su correspondiente parte de esa vida, como la tienen la semilla y el embrion, y se unen en figuras simétricas, que vienen á constituir los individuos.

Conviene mucho penetrarse de esta idea: que la *materia cósmica primitiva* estaba revestida, no solamente de las leyes que afianzan la estabilidad de los mundos, sino tambien del *principio vital universal* que forma las generaciones espontáneas sobre cada mundo, á medida que se manifiestan las condiciones de la existencia sucesiva de los seres y cuando suena la hora de la aparicion de los hijos de la vida.

Así se efectúa la creacion universal: luego es una verdad el decir que, siendo las operaciones de la naturaleza la espresion de la voluntad divina, Dios ha creado siempre, crea sin cesar y creará siempre.

Pero hasta aquí hemos pasado en silencio el *mundo espiritual*,

(1) Véase él cuaderno VIII, pág. 215.

que forma asimismo parte de la creacion, y cumple sus destinos segun las augustas prescripciones de la ley.

Sobre el orígen del principio inteligente, filosóficamente hablando, no pueden hacerse mas que conjeturas. Hay, con todo, quien supone que puede proceder de la *sustancia espírita* convenientemente elaborada y modificada por el trabajo sucesivo de la naturaleza, inconsciente de su destino hasta el momento en que recibe la iluminacion divina, la cual, ya individualizada, le dá al propio tiempo que el libre arbítrio y la conciencia, la nocion de sus altos destinos; pero solo despues de haber pasado por la serie divinamente fatal de los séres inferiores, al través de los cuales ha venido elaborándose lentamente la obra de su individualidad: solo desde el momento en que el Señor imprime sobre la sustancia espiritual individualizada su augusto tipo, es cuando el espíritu toma rango entre las criaturas racionales que forman la humanidad.

El espacio y el tiempo.

Muchas definiciones se han dado hasta ahora del espacio, siendo las principales las siguientes: El espacio es la estension que separa los cuerpos;—el lugar en que se mueven los mundos;—el vacío en que se agita la materia, etc. etc.

Nosotros solo diremos que el espacio es una de esas palabras que representan una idea primitiva y axiomàtica, evidente por sí misma, tanto que las diversas definiciones que puede uno dar de él no sirven mas que para oscurecer la idea.

Lo que conviene saber es que el espacio es infinito, puesto que es imposible poderle asignar algun límite, y, no obstante la dificultad en que nos hallamos de concebir el infinito, nos es con todo mas fácil marchar eternamente con el pensamiento en el espacio, que detenernos en un punto cualquiera, mas allá del cual no hubiésemos de encontrar mas estension que recorrer.

El tiempo, como el espacio, es una palabra definida por sí misma: se forma de él una idea aproximada estableciendo su relacion con el todo infinito.

El tiempo es la sucesion de las cosas; está ligado á la eternidad, de la misma manera que las cosas lo están al infinito. Supongámonos al órigen del mundo nuestro, allá en aquella época primitiva en que la tierra no se balanceaba todavía bajo la divina impulsion; en una palabra, al principio del Génesis. Entónces el tiempo no habia salido aun de la misteriosa cuna de la naturaleza, y nadie podia decir en que época de los siglos nos hallábamos, puesto que el balancin de los siglos no estaba todavía en movimiento.

Mas, ¡silencio!.....la primera hora de una tierra aislada suena en el reloj eterno; el planeta se pone en movimiento en el espacio, y desde entónces hay ya *tarde* y *mañana*. Mas allá de la tierra

la eternidad queda impasible é inmóvil, y en la tierra el tiempo reemplaza á la eternidad, y durante una serie de generaciones se contarán los años y los siglos.

Trasportémonos ahora al último dia de este mundo, á la hora en que, encorvada bajo el peso de la descomposicion, la tierra será borrada del libro de la vida para no reaparecer: aquí la sucesion de los sucesos se detiene; los movimientos terrestres que medían el tiempo se interrumpen, y con ellos el tiempo acaba.

Esta simple exposicion de las cosas naturales que dan nacimiento al tiempo, le alimentan y le dejan extinguir, basta para manifestar que, visto desde el punto en que debemos colocarnos para nuestros estudios, el *tiempo* es una gota de agua que cae de la nube en el mar, y cuya caida nos es permitido medir.

Cuantos mundos en el vasto espacio de los Cielos, en esa inmensa estension, otros tantos diversos é independientes tiempos. Fuera de los mundos, la eternidad sola reemplaza esas sucesiones efímeras, llenando apaciblemente con su luz inmovible la inmensidad de los espacios. Inmensidad sin confines, eternidad sin límites; tales son las dos grandes propiedades de la naturaleza universal.

El ojo del observador que atraviesa, sin encontrar nunca don de detenerse, las distancias inconmensurables del espacio, y el del geólogo que se remonta mas allá de los límites de las edades, ó que desciende á las profundidades de la eternidad, donde aquellos se perderán algun dia, obran de concierto, cada cual en su via, para adquirir esa doble nocion del infinito de la *extension* y de la *duracion*.

Así, conservando este órden de ideas, nos será fácil concebir que, no siendo el tiempo mas que la relacion de las cosas transitorias, y dependiendo únicamente de las cosas que se miden, si tomamos los siglos terrestres por unidades y amontonamos miles y miles para formar con ellos un número colosal, este número no representará jamás sino un punto de la eternidad; de la misma manera que miles y millones de leguas no son mas que un punto en la extension.

El tiempo, pues, no es más que una medida relativa de la sucesion de las cosas transitorias; la eternidad no es susceptible de ninguna medida bajo el punto de vista de la duracion; para ella no hay principio ni fin; todo es para ella presente. Ahora bien, si siglos de siglos son ménos que un segundo con relacion á la eternidad, ¿qué es la duracion de la vida del hombre?

M.

(Se continuará.)

El *Consultor de los Párrocos* dice que acepta con placer sumo la discusion que le propusimos en el cuaderno de EL BUEN SENTIDO correspondiente al mes de Junio; pero á condicion de que

los temas que hayan de discutirse sean los cuatro siguientes:

1.° «El Espiritismo no sabe lo que son los espíritus.»

2.° «El Espiritismo no sabe si los *mediums* se engañan ó engañan.»

3.° «El Espiritismo no sabe si las *comunicaciones* proceden de los espíritus, ó si son parte de la alucinacion ó la superchería del *medium*.»

4.° «Las comunicaciones espiritistas conocidas hasta ahora, no contienen nada que no sea vulgar, ó que no haya podido saberse por los mismos *mediums* que las reciben ó se figuran ó dicen que las reciben.»

Estas cuatro proposiciones, como los preceptos del Decálogo, podemos reducirlas á dos: á la primera y á cualquiera de las otras; pues las tres últimas, aun cuando son tres versiones distintas, no encierran sino un solo tema verdadero. Para no divagar, pues, concretémos las cuestiones que el *Consultor* nos ofrece, y sobre las cuales *esclusivamente* ha de versar la discusion.

1.ª El Espiritismo no sabe lo que son los espíritus.

2.ª El Espiritismo no sabe si los *mediums* se engañan ó engañan.

Para este viaje, como vulgarmente suele decirse, no se necesita alforjas. El Espiritismo no sabe lo que son los espíritus; pero el *Consultor* tampoco. La sustancia espiritual, la naturaleza del alma, ni la conoce el Espiritismo ni nadie, incluyendo á Balmes, á S. Agustin, á Santo Tomás y á todos los padres y doctores de la Iglesia. Balmes dice que el conocimiento del alma, en cuanto á su sustancia, queda reducido á la idea de *un ser simple*; San Agustin, que no podemos conocerla sino indirectamente, no en su esencia propia, sino en lo que se diferencia de las otras cosas; y Santo Tomás, que el entendimiento no se conoce á sí mismo por su esencia, sino por su acto. La indeterminacion en el conocimiento de la sustancia del alma es tan general, que se estiende á todos los hombres y á todas las escuelas. Declinamos, pues, la alta honra de discutir con el *Consultor de los Párrocos* la primera proposicion que nos presenta.

El Espiritismo sabe que es necesaria una revelacion que amplíe y aclare las enseñanzas de Jesús, principalmente para destruir los errores y matar los abusos y el escándalo que, prevaliéndose de la ignorancia del pueblo, han introducido en las creencias, con sus intencionadas interpretaciones del Evangelio, los mercaderes religiosos: sabe que, siendo necesaria la nueva revelacion, es un hecho real, porque todo lo necesario sucede: y para aquilatar, por último, el valor y la bondad de las revelaciones, tiene una piedra de toque en la revelacion mesiánica y otra en la razon y el sentimiento, que le han servido para conocer la enorme distancia que separa de las máximas de Cristo y de los sanos preceptos de justicia los dogmas de la escuela ultramontana. Falsos profetas y falsos apóstoles ha habido en todos tiem-

pos, y en los actuales habrá indudablemente falsos mediums; pero, aparte de que las revelaciones se conocen por la bondad de sus doctrinas, y los *mediums* por sus frutos, esto nada dice contra los principios que el Espiritismo, que el racionalismo cristiano sustenta A este terreno ha de venir el *Consultor* si realmente desea discusion y que la discusion sea provechosa: todo lo demás es escurrir el cuerpo, y andarse por las ramas. Elija como temas de controversia los dogmas fundamentales del Espiritismo, la pluralidad de mundos y de existencias, la no eternidad de penas, la perfectibilidad progresiva del alma por los merecimientos, la necesidad, la posibilidad y la realidad de una revelacion constante y progresiva, etc. etc., y entónces podremos entendernos. Y cuenta que, en la controversia, el *Consultor* llevará la inapreciable ventaja de que la legislacion vigente sobre imprenta le concede toda la amplitud que puede desear para la defensa y el ataque, al paso que nosotros nos veremos constreñidos dentro del círculo de hierro á que sujeta nuestra pluma el art. 1.°, párrafo 8.°, del Real decreto de 31 de Diciembre.

Terminarémos este suelto con unas líneas del órgano de los párrocos, y un pequeño comentario. Dicen así:

«Si el espiritismo fuese una luz estraordinaria, si no fuese *una alucinacion ó una supercheria*, cuadraria el círculo, diria cual es la relacion exacta entre el diámetro y la circunferencia, ó, por lo menos, resolveria el problema de la navegacion aérea. ¿Ha hecho algo de esto? No. ¿Cuál es, pues, la luz extraordinaria del espiritismo?»

Tenemos, en concepto del *Consultor*, que la revelacion, cuando no resuelve la cuadratura del círculo ó el problema de la navegacion aérea, no es tal revelacion, sino *alucinacion ó supercheria*. ¿Resuelven estos problemas el Antiguo y el Nuevo Testamento? No. He aquí, por tanto, al periódico clerical, entre los difamadores de la revelacion contenida en los libros divinamente inspirados desde Moisés hasta Jesucristo y los Apóstoles.

Nec semper feriet, quodcumque minabitur, arcus.

*
* *

D. Alfonso Manrique, arzobispo de Sevilla, fué el quinto inquisidor general de España, habiéndole expedido Leon X las bulas de institucion el 10 de Setiembre de 1523. Ejerció el ministerio inquisitorial hasta su muerte en 28 de Setiembre de 1538. Sin embargo de las persecuciones que por aquel entónces precedieron á la espulsion de los moriscos y de que la naciente reforma luterana no dejaba de hacer prosélitos en España, especialmente entre el clero, el número de víctimas de la ferocidad del santo Tribunal fue comparativamente muy inferior, durante los quince años que estuvo al frente de él el inquisidor Manrique, al de las que sucumbieron bajo el odioso imperio de los cuatro inquisidores generales precedentes. En dichos quince años el Santo Oficio no hi-

zo quemar vivos mas que *dos mil doscientos cincuenta* individuos, y *mil ciento veinte y cinco* en efigie, ademas de *once mil doscientos cincuenta* que condenó á otras penas ménos graves. Manrique tuvo varios hijos naturales, uno de los cuales llegó, andando el tiempo, á ser sucesivamente inquisidor provincial, consejero de la Suprema, presidente de la cancillería de Valladolid, y finalmente inquisidor general.

Sucedió á Alfonso Manrique el Cardenal Juan Pardo de Tabera, nombrado inquisidor general por Carlos V á fines de 1538 y confirmado en su cargo por Paulo III á fines del año 1539. La herejía de Lutero, la hechicería, la magia y mil otras artes inventadas por el diablo en los formidables antros del infierno, no dejaron punto de reposo al celo apostólico del nuevo inquisidor, quien conocia cuanta era la eficacia del fuego para purificar las almas contaminadas con el trato y la amistad del príncipe de las tinieblas. Sobre seis años no más ejercitó su piadosa ferocidad sobre los españoles manchados de heregía, de brujería, ó de cualquier otro de los nefandos delitos que son la perdicion de las almas; pues murió él primero de Agosto de 1545, bendecido probablemente de los muertos á cuya eterna salvacion tanto habia contribuido, pero execrado de los vivos. *Ochocientas cuarenta* personas quemadas vivas, *cuatrocientas veinte* en estatua, y *seis mil cuatrocientas sesenta* condenadas á penas ménos severas, fueron el pasto del religioso celo del cardenal Juan Pardo de Tabera, sesto inquisidor general.

Continuaremos estos instructivos apuntes.

*
* *

No hemos recibido aun *La Revelacion* de Alicante correspondiente al mes de Junio. Sentiríamos que esto fuese á causa de alguna denuncia del fiscal de imprenta, con tanto mayor motivo cuanto que *La Revelacion* es una de las revistas cristianas que con mas valentía y acierto propagan y defienden las buenas doctrinas religiosas en España.

*
* *

El dia dos de Junio han sido condenados en Florencia dos sacerdotes y un obrero á catorce, doce y seis años de presidio respectivamente, acusados de torpes violencias ejercidas sobre algunos jóvenes discípulos de la *Doctrina Cristiana*. La vista del proceso se ha verificado á puerta cerrada, y su relato no puede oirse ni leerse sin ofensa de la honestidad y del pudor. El pueblo, que en Noviembre del año pasado quiso castigar por su propia mano á los culpables, ha recibido con aplauso el veredicto del Tribunal.

Con alguna frecuencia los periódicos dan cuenta de atentados de esta naturaleza cometidos por clérigos qne olvidan, no solo su

mision como sacerdotes, sino tambien aquellos deberes morales que, por su especial índole, infunden respeto aun á los hombres de costumbres depravadas. Repugnante es el tipo del clérigo trabucaire, de cuya abundancia responde la reciente guerra civil que ha ensangrentado el suelo de nuestra patria; pero mas repugnante, mucho mas repugnante es todavía el del sacerdote que no sabe respetar la angelical pureza de las inocentes criaturas confiadas á su direccion y cuidado por la ternura paternal.

*
* *

«El pensamiento humano jamás podrá saber cuantos libros religiosos, reveladores, luminosísimos, vendrán mañana en progresion ascendente á continuar la obra que los otros comenzaron, á embellecer, á santificar el humano espíritu, para el cual guardan los cielos en sus profundidades una revelacion eterna é incesante.» —Castelar.

La revelacion es progresiva y eterna, y cada generacion la recibe segun su cultura y necesidades. La Providencia educa gradualmente á todas las generaciones y á todas las humanidades como el padre educa á sus hijos. A medida que la razon y el sentimiento humanos se van elevando, la revelacion abre mas luminosos horizontes al espíritu.

*
* *

De nuestro distinguido colega de Méjico, *La Ilustracion Espírita,* tomamos las siguientes noticias:

Mr. Aksakof, espírita muy conocido, salió de San Petersburgo hace algun tiempo, con objeto de visitar sus haciendas en los confines de la Rusia asiática, y se propone visitar á Londres, á fin de ultimar un arreglo con algunos mediums que deben acompañarle á la Capital del Imperio moscovita, donde trabajarán bajo la inspeccion del comité científico de la universidad de esta ciudad.

*
* *

El Espiritismo cuenta en sus filas otro eminente hombre científico, recientemente convertido: el distinguido zoólogo ruso Mr. Wagner, profesor de la Universidad Imperial de San Petersburgo.

*
* *

Mr. W. Carpenter, en su notable obra «Principios de fisiología mental,» se ocupa de la electro-biologia, del sonambulismo y del Espiritismo. Citamos este hecho como una prueba más de que la ciencia no desdeña ya ocuparse de este ramo de los conocimientos, despreciado antes casi por todos los que no eran espiritistas.

*
* *

Victor Hugo, en su reciente obra acerca de Shakespeare, critica á los hombres científicos que se burlan de los fenómenos espíritas. —La mision de la ciencia, dice, es estudiar é investigar todas las cosas, y no menospreciarlas sin conocerlas.

* * *

De un colega de Boston copiamos lo siguiente:

«Ya no es un secreto para los italianos que Garibaldi es espírita decidido. Demostró sus ideas acerca de nuestra doctrina en un banquete con que le obsequió una asociacion de trabajadores en Frascati, cerca de Roma. Brindando por la prosperidad de Roma, dijo entre otras cosas, que la ciudad eterna habia tenido dos épocas de civilizacion, y exhortó á todos que siguieran ahora la religion de la verdad y la ciencia, que existe en toda conciencia que no está pervertida. Concluyó diciendo que Roma tenia que iniciar su tercer período de civilizacion adoptando esta nueva religion.»

* * *

El Dr. Slade, ilustrado espírita y el mejor médium seguramente de los Estados Unidos para someterse á todo género de pruebas, pues produce los fenómenos á la luz, ha aceptado la invitacion del comité de sabios de San Petersburgo que están estudiando los fenómenos del Espiritismo, y partirá en breve para Rusia.

* * *

De *El Criterio* de Madrid:

Tenemos noticia de algunos círculos privados, recientemente constituidos en Madrid para el estudio y propagacion de la doctrina espiritista.

* * *

La librería académica de Didier y Compañía acaba de editar la 24 edicion de la *Pluralidad de mundos habitados*, por Camilo Flammarion.

* * *

La revista de Turin *Annalli dello Spiritismo* publica una carta del distinguido espiritista Mr. Valentin Tourmier, autor de varios libros, en la cual reta á discusion al director del *Petit Moniteur Universel*, que, con la ligereza que distingue á algunos periodistas, atacó al Espiritismo, sin conocerlo.

* * *

La Ilustracion Espírita, de Méjico, publica el discurso pronunciado por el ex-presbítero D. José María Gonzalez, en la inauguracion del círculo espiritista *Jesús*.

LÉRIDA.—IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.—1876.

EL
BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIÁNA.—

AÑO II. Lérida, Agosto de 1876. Número XI.

SUMARIO.—«La Sávia del Cristianismo,» por J. A.—«La Humanidad y su Educacion,» por M.—«El Dogma del pasado y el Dogma del porvenir,» por José Mazzini.—«Variedades.»

LA SÁVIA DEL CRISTIANISMO.

VII.

Jesús, en la elevacion inmaculada de su espíritu, no tan solamente sondea y conoce los vicios y los errores de su época, sino que además rasga con su profética palabra el velo que oculta los arcanos del porvenir, en cuyos horizontes descubre nubes amenazadoras, oscuras, hinchadas del viento de los egoismos humanos. ¿Qué será de sus enseñanzas, de su testamento, de la luz que, para la salud de los hijos de los hombres, ha traido de las alturas, donde resplandecia entre los justos con la gloria de sus virtudes? ¿Será el Evangelio fielmente trasmitido y leal y amorosamente esplicado á las generaciones venideras, ó caerá en manos de mercaderes que lo hagan servir á su desapoderada sed de dominacion y medro personal? Momentos hay en la vida de Jesús en que su prevision de los sucesos que más tarde han de venir es tan clara, tal la viveza del colorido con que los presenta y la minuciosidad en los perfiles y detalles, que no es posible confundirlos con otros sucesos y otras épocas. Oigámosle en el capítulo XXIII del evangelista Matheo, y le veremos profe-

tizando con toda precision los acontecimientos religiosos y condenando con toda la energía de su alma los errores y mistificaciones del cristianismo oficial de nuestros tiempos (1).

Sobre la cátedra de Moisés, dice Jesús, *se sentaron los Escribas y los Fariseos*, los que juzgándose más sabios que los demás monopolizan la interpretacion de la Ley, y los que aparentando hipócritamente más virtudes se arrogan una jurisdiccion espiritual que no tienen, el derecho de juzgar á los otros hombres y dirigir las conciencias. No irriteis, pues su soberbia; *guardad y haced todo lo que os dijeren*, si no quereis provocar sus anatemas; *pero no no hagais segun sus obras; porque dicen y no hacen*, y no consienten en el vulgo de las gentes lo que en ellos es comun. *Atan cargas pesadas é insoportables*, observancias arbitrarias, inspiradas en sus miras de dominacion y granjería, *y las ponen sobre los hombros de los hombres*, protestando que son mandamientos ineludibles de la Ley; *mas ellos, ni aun con el dedo intentan levantar las cargas que con tanta solicitud atan para los demás*. Su religion es pura hipocresía: *hacen todas sus obras para ser vistos de las gentes, y aman los primeros lugares en las cenas, las primeras sillas en las Sinagogas, ser saludados en la plaza, y que los hombres los llamen maestros*, esto es, intérpretes de la palabra revelada (2).

Mas vosotros, continúa Jesús, dirigiéndose á los Apóstoles, *no querais ser llamados maestros*, pretendiendo que vuestras decisiones son oráculos infalibles; *porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros todos sois hermanos*, todos igualmente falibles y débiles, como criaturas imperfectas expuestas á la seduccion de la concupiscencia y al error. *Y á nadie llameis padre vuestro sobre la tierra*, como invistiéndole de una autoridad ó de un sacerdocio superior al de los demás; *porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos*, y Él no reconoce entre los hombres otra superioridad que la que nace de la observancia humilde de las virtudes. *El que en-*

(1) Aludimos al ultramontanismo; no á la Iglesia.
(2) Matheo, XXIII, 1 á 7.

tre vosotros se creyere mayor, mas digno ó justificado, y con derecho á juzgar y á hacer prevalecer su juicio, *aquel será vuestro siervo* ante el juicio infalible cuando suene la hora de la purificacion del sentimiento y de la reparacion de las obras. *Porque el que se ensalzare, será humillado, y el que se humillare, será ensalzado* (1).

Considerando la significacion y trascendencia de estas doctrinas, selladas con la autoridad de Jesús, el gran Pontífice de la Religion Cristiana, ya no nos maravilla que durante siglos se haya prohibido al pueblo su lectura. ¡Se presta á tantos comentarios! ¡Son tan luminosas sus enseñanzas, y tan instructivas las comparaciones que despierta! ¿Cómo habia de ser conveniente que el vulgo de las gentes, *la plebe indocta*, comentase estos y otros delicados puntos, que son para guardados con sacerdotal sigilo, y comparase los tiempos, y graduase la observancia de los preceptos de humildad y fraternidad universal dados por Jesucristo á sus discípulos? Lo mas cuerdo, para legitimar las innovaciones y fragilidades del presente, era archivar las prescripciones del pasado; cerrar con el fuerte candado de la prohibicion el libro de la Escritura, abierto solamente á los iniciados en el provechoso arte de la hermenéutica sagrada, de cuyas acomodaticias reglas podia sacarse gran partido para llevar la interpretacion al conveniente cauce.

Pero hay en el Evangelio pasajes en abundancia donde no bastan todos los equilibrios y habilidades de la hermenéutica á torcer su sentido recto y acomodarlo á las conveniencias é intereses de las sectas que han tomado la revelacion por instrumento de su preponderancia en el mundo. Pudo esto hacerse sin riesgo cuando la lectura de los libros sagrados era monopolizada por una clase, precisamente por la que podia tener interés en ocultar ó mistificar ciertas verdades reveladas; mas ahora, que la aficion al estudio de los problemas religiosos cunde, que el pensamiento vuela en alas de su natural libertad recientemente conquistada, que

(1) Matheo, XXIII, 8 á 12.

son muchos los que desconfian de la autoridad y reivindican el derecho de juzgar y creer por cuenta propia, que las prohibiciones del *Índice* avivan el deseo de conocer las obras condenadas, muchas tal vez injustamente, á la publica execracion, ahora, puede la hermenéutica con sus recursos y sofismas disfrazar el sentido de los pasajes evangélicos, pero no sin que haya personas ilustradas y resueltas qué, conociendo el disfraz, lo denuncien y llamen sobre él las sospechas de los crédulos.

¿Cómo disimular, por ejemplo, que las proféticas palabras de Jesús que hemos reproducido en este artículo se acomodan perfectamente á nuestra época? ¿No se condena en ellas de una manera terminante actos concretos de hipocresía y orgullo que todos presenciamos, barnizados, eso sí, de un subido color de piedad religiosa? ¿No pasan erguidos á nuestra vista Escribas y Fariseos que, como los de la ley antigua, atan para los demás cargas insoportables, que ellos no tocan con el dedo? (1). ¿No hacen sus obras para ser vistos de los hombres? ¿No aman los primeros lugares en las cenas, las primeras sillas en las Synagogas, ser saludados en las plazas y tenidos como maestros y padres infalibles, superiores á los otros hombres, en materia de costumbres y de ciencia espiritual? ¿Quiérese prueba mas palmaria de que nuestros dias son los de la profecía de Jesús? Pues, si se quiere, continuemos el capítulo XXIII del evangelista Matheo.

Mas ¡ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! que, multiplicando los mandamientos y atando cargas pesadas, *cerrais el reino de los cielos delante de los hombres*: *pues ni vosotros entrais*, por la malicia de vuestro corazon, *ni á los que entrarian dejais entrar*, porque les haceis difícil, insoportable la virtud. *¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! que devorais las casas de las viudas con largas oraciones*; que esplotais la piedad ajena, atribuyendo á la oracion pagada una eficacia que no tiene, y de esta suerte os enriqueceis con los despojos de la credulidad y del temor:

(1) Nos referimos al fariseismo ultramontano.

por esto llevaréis un juicio mas riguroso. ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! que diezmais la yerba buena y el eneldo y el comino; que exigis con el mayor rigor el cumplimiento de las cosas que atañen á vuestros intereses, como son las formas exteriores del culto, *y habeis dejado las cosas mas importantes de la ley, la justicia, la misericordia y la fè. Guias ciegos, que colais el mosquito,* haciendo mucho escrúpulo de actos de poquísima importancia que no proceden de perversidad del corazon, *y os tragais el camello* cerrando los ojos á grandes iniquidades y abusos, mediante que afecten exteriormente religiosidad ó devocion. *¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! que limpiais lo defuera del vaso y del plato;* que curais en gran manera de aparecer como los más celosos cumplidores de la Ley, *y por dentro estais llenos de rapiña y de inmundicia,* de grangería y liviandades. *Semejantes sois á los sepulcros blanqueados, exteriormente hermosos, y llenos interiormente de corrupcion y suciedad. Os mostrais, en verdad, justos á los hombres; mas vuestro corazon es iniquidad é hipocresía (1).*

Despues de leidos estos pasajes evangélicos, no miremos á nuestro alrededor. Como el Profeta lloraba sobre las ruinas de la Jerusalen que derramó la sangre del justo, acaso nosotros lloraríamos sobre las ruinas de la Jerusalén cristiana, mal disimuladas entre el humo del incienso. La primera crucificó al Hombre; la segunda mata la idea (2). Pero la idea, como Jesús, resucitará al tercero dia, porque lleva en sí la virtud, el gérmen, la sávia de la resurreccion; porque el sol y la luna se oscurecen y las estrellas caen del cielo; porque se oyen ya de los cuatro vientos las trompetas de los ángeles del Señor allegando los hombres para el gran juicio en que la verdad ha de salir triunfante del error; porque el velo del firmamento se rasga, y la humanidad auxiliada de la revelacion y la ciencia, descubre al otro lado cielos nuevos y

(1) Matheo XXIII, 13 á 28.

(2) Repetimos que estos cargos no van dirigidos á la Iglesia Cristiana, establecida por Jesús, que continúa en su pristina pureza; sino á la secta ultramontana, á la cual pertenecen los Escribas y Fariseos de nuestros dias.

tierras hasta hoy ignoradas, donde mora la justicia, cielos y tierras que magestuosamente se balancean en el infinito, como diciendo á la humanidad atónita: La tierra es tu presente, tu prueba; los mundos que brillan sobre tu cabeza tu porvenir, tus esperanzas; el cumplimiento del ideal cristiano la fuerza que te llevará de playa en playa, de mundo en mundo, de cielo en cielo, bogando siempre en mares más tranquilos, respirando aires más puros, visitando climas más venturosos y marchando eternamente á Dios.

J. A.

LA HUMANIDAD Y SU EDUCACION.

V.

La *humanidad*, qué es la *humanidad*, cuál es su principio y cuál su fin?—Hé aquí unas preguntas bien interesantes por cierto; y como nos hayamos ocupado ya algo de este punto en nuestro artículo anterior, continuaremos diciendo que la *humanidad* es hija del amor, la hija predilecta y la más pura expresion del poder, bondad y sabiduría del sosoberano autor de la naturaleza. ¿Quién dudar pnede que el hombre es el ser privilegiado de la creacion, bien que la palabra privilegio no pueda tomarse en rigor ante la consideracion de la divina justicia? Nace, repetimos, del *amor*, y por el amor han de elevarse las criaturas sensibles, inteligentes y libres, hácia sus supremos fines, volviendo por la práctica de las virtudes hácia Dios, de cuyo seno han emanado, emanan y emanarán, por vía de creacion, desde el principio, ahora y siempre, durante toda la eternidad. *Amar, amar*, siempre,. incesantemente y cada vez más: tal es el principal deber del hombre, quien, por lo mismo, no debiera jamás sustraerse á las dulces y atractivas emociones de este celestial sentimiento. El *amor* es su orígen, su vida, su mision; hablamos aquí solamente del puro y legítimo amor, del amor de acrisolado sentimiento, desconocido por desgracia de la generalidad de las gentes.

No hay que dudarlo; el *amor* es la vida de los individuos, de las familias, de los pueblos, de las sociedades, de la humanidad entera. Les es una necesidad, y por lo mismo debieran estar siempre funcionando en producciones de buen fruto, de ese fruto sustancialmente jugoso y nutritivo que sólo puede ser producido por la actividad perseverante en la

generosa ocupacion, en el trabajo solidario y armónico de las manos, de la inteligencia y del sentimiento.

El *amor*, base y fin de la vida, debe ser dirigido al bien en todos sus impulsos y emociones, siempre en pós del mejor deseo y segun las prescripciones de la conciencia y la luz de la sabiduría: si llega á extraviarse por los halagos del instinto concupiscente, obedeciendo únicamente á las veleidades, al atractivo de los goces mundanales y livianos; entónces ¡ah! el *amor* deja de ser puro sentimiento, para trocarse en sensacion material y grosera: no será ya amor en la verdadera significacion de la palabra, sino desenfreno, vergonzoso libertinaje, que llevará al que así se conduzca á un lamentable estado de degradacion y miseria infamante. ¿A qué no puede conducir el amor al vicio, á la ambicion, al egoismo y à los asquerosos apetitos de la vida?

Despues de lo dicho, no ha de costarnos gran trabajo comprender lo mucho que interesa saber dirigir bien el *sentimiento del amor*, al paso que por otra parte se procura su desarrollo: tan importante es este asunto, que tal vez no cabe en el lenguaje humano expresarlo en toda su significacion. Pero hemos de tener presente y bien entendido que para *amar* es necesario conocer bien el objeto á quien el amor se dirige, el objeto digno de ser amado. El *amor* debe estar fundado en el valor conocido de la persona ó cosa amada. Por lo demás, la pauta del verdadero amor nadie puede ignorarla; está escrita por Dios en el libro de la vida desde el orígen de los tiempos, haciéndose sentir de un modo inefable en el seno de todo corazon puro.

Ya sabemos que *amar* á Dios y al prógimo es lo esencial, el todo de la vida moral del hombre: es lo que la humanidad debe practicar espontánea y generosamente, puesto que para ello ha sido criada, y este fin, en fuerza de la ley que á él providencialmente conduce, tarde ó temprano tendrá que realizarse, como todo lo que en las leyes divinas y eternas está previsto por el Autor Soberano. Que la *educacion* é *instruccion* que todos nos debemos solidaria y recíprocamente, y sobre todo la que puede esperarse de la luz y bondad, del saber y virtud de los hombres de espíritu ele-

vado segun la humana y divina sabiduría, nos conduzca á todos directamente al santo cumplimiento de nuestros deberes, que tal es el medio y el fin de nuestro perfeccionamiento. En efecto, este y no otro es el norte á que deben dirigirse nuestras tendencias, todas nuestras nobles aspiraciones. Que nuestro celestial y eterno Padre aliente nuestros deseos, enderezando al par nuestro entendimiento y voluntad por los más rectos caminos. No olvidemos nunca que la *instruccion* y la *educacion* convenientemente dirigidas serán siempre, para la elevacion moral de los hombres, los factores del más grande y sublime problema de la vida; de su buena solucion dependerá siempre, en toda la variedad de sus benéficos resultados, el mejor medio y la más segura garantía del progreso y bienestar de los individuos y de las naciones, desde luego acá en la tierra para todos, ya en la familia, ya en la sociedad, y despues para cada individuo en la vida espiritual allá en el interminable curso de la eternidad.

La *educacion*, efectivamente, con una conveniente y edificante instruccion, forma la verdadera cultura de la inteligencia y del sentimiento, la gran obra de la regeneracion y mejoramiento de los hombres, de las sociedades, de la humanidad entera. Ella, respecto del individuo, debe empezar en la cuna, y terminar, puede decirse, nunca; puesto que habrá siempre necesidad de ella, hasta que nada falte al desarrollo anímico, al verdadero desenvolvimiento del hombre en pós del indefinido progreso y perfeccionamiento. Mas ¡cuánto no deberá trabajarse para que la *educacion*, la sabia cultura, produzca los felices resultados que las sociedades humanas necesitan! ¡Qué de condiciones no deben de adquirir los que se sienten llamados á ejercer el gran apostolado, la santa mision de la educacion de los pueblos! ¡Cuán bella institucion la del hombre educador! Pero tambien ¡cuánta responsabilidad no envuelve! Apénas se la considera y concibe en este doble y genuino sentido, y es porque las sociedades, ó mejor los gobernantes y los mismos padres de familia, no comprenden ni quieren comprender sus mas caros y apreciables intereses.

Si los hombres comprendieran bién cual es el curso y el

objeto de su peregrinacion en la tierra y lo que les importa saber y valer para cumplir dignamente sus deberes y realizar su mejoramiento y perfectibilidad marchando hácia su destino, de seguro reconocerian mejor que en la actualidad, hablando por punto general, la importancia y necesidad de aquella benéfica institucion, ya que tiende, segun su especial objeto, á elevarlos á su ennoblecida esfera. Es precisamente la institucion que, á costa de penosos sacrificios, está llamada, no obstante la general indiferencia con que suele mirársela, á regenerar á los hombres, separándolos del vicio y brindándolos y empujándolos generosa y libremente hácia la virtud. Ella está destinada à cambiar á su vez y tiempo, para el bien general, el modo de ser de los individuos, de las familias y de los pueblos. Así esperamos que habrá de suceder, porqué está en la ley de trasformacion y mejoramiento de los seres el que tal se cumpla, y se cumplirá indefectiblemente, ya que así por Dios está previsto y ordenado. Todo en el curso de los tiempos ha de ir marchando, de etapa en etapa, de iluminacion en iluminacion, de progreso en progreso, por los propios esfuerzos de cada uno y por la misericordia y bondad de Dios, á la realidad del gran ideal que ya presienten los hombres de levantadas miras y de acrisolado sentimiento; la realidad armónica de los destinos humanos, desde luego en la tierra su actual morada, para ir continuando despues sucesiva y progresivamente en la eternidad de los tiempos y en la inmensidad del espacio.

Ea, pues, educadores de la juventud, los que sentís en vuestra alma la imprescindible necesidad del progreso, presintiendo la posibilidad de la armonía de los destinos de la humanidad en esta tierra de prueba, de depuracion y regeneracion, pensad cuerda y reflexivamente y sin volver la vista atrás, en las obligaciones que os imponen vuestra vocacion y el honroso ejercicio de vuestra carrera; sed valiosos en lo que cabe; no desfallezcais en vuestra árdua y penosa tarea; antes bien, llenadla por deber, y mejor aun inspirados en la generosidad misma del sacrificio y de la abnegacion. Ella envuelve la mision mas grande, la mas ennoblecida, pudiéndosela comparar á una elevada magistratura; y cierta-

mente que debe ser así, puesto que tiene por objeto la elevacion y dignidad del hombre, infundiéndole la virilidad, la plenitud de su honrosa y presente vida, y dándole á su vez valía para conseguir mas fácil, mas pronta y directamente la perfeccion y la dicha, bien que relativamente y no en absoluto, en la vida futura, en la que ya sabemos debe progresarse indefinida y perpétuamente.

La *educacion*, segun ya se ha dicho, debe empezar desde la primera infancia: educar en aquella tierna edad. es tomar al niño débil é ignorante, pero llevando en su infantil naturaleza la capacidad del desenvolvimiento de todos sus poderes embrionarios, de todas sus incipientes facultades; es proponerse hacerle sucesiva y progresivamente hombre cabal y completo, así en el órden físico, como en el órden intelectual y moral. Obra el *educador* en su *educando* imprimiendo en su naturaleza trasformaciones saludables y huellas hasta cierto punto indelebles. En él realiza y consigue una cosa análoga á la que el estatuario y el pintor se proponen en la fijacion y representacion de su bello ideal artístico; pero aun el *educador* hace y consigue mucho más; no obra solamente en la materia embelleciendo sus formas, como lo hace el *artista*, sinó que obra á la vez sobre la materia y el espíritu, armonizando y enalteciendo sus condiciones y todo su modo de ser y obrar. El *educador* imprime su accion sobre el hombre material y moral, sobre la vida orgánica y anímica, dirigiendo sobre todo la última por la recta senda de sus tendencias y aspiraciones.

El *educador* es el que desarrolla, perfecciona, dirige, dando, segun hemos dicho, fuerza á la vida física y moral del niño, para el mas fructífero funcionamiento en la marcha de su sucesiva y ulterior existencia. Es el gran agente que despierta, cultiva y regenera las facultades del hombre; el que produce en su naturaleza la sávia de su engrandecimiento, impulsándole á marchar hacia el centro del bien, de su mejoramiento y perfectibilidad, por el buen ejercicio de sus actos en la libre actividad de su conciencia.

Hacer entrar al hombre en conocimiento de sí mismo, de todos los resortes, de todos los poderes que posee, bien

que embrionarios, en su tierna é infantil naturaleza; tal es el objeto, la obra de la educacion, por cuyo medio es como le será posible y fácil al hombre marchar por el ordenado camino del saber, del trabajo y de las virtudes. No sin motivo, pues, puede decirse, que la educacion es una obra del mas levantado propósito, una obra de inteligencia y sentimiento en via siempre de positivos y ópimos resultados tocante á la regeneracion de los pueblos. ¿Qué mejor tarea, ó qué mision mas hermosa pudiera ya escogerse plausiblemente de entre las mas útiles y trascendentales de la vida? Dichosos una y mil veces los que más y mejor y con mayor perseverancia sabrán trabajar en esta gran viña del Señor, dirigiendo y haciendo que se desenvuelvan los seres de su especial cultivo, esas plantas de inteligencia y razon susceptibles de indefinido crecimiento: felices, sí, los jardineros, si á las tales plantas saben conducir llevándolas á la produccion de aquel moral y bien sazonado fruto del bien, del fruto de la verdad y de la sabiduría.

No; permitásenos repetirlo antes de concluir el presente artículo: no hay mision mas laudable, grandiosa é importante que la obra de educar á los indivíduos, á las familias y á los pueblos; pero debe entenderse aquí que solo hablamos de la bien sentida y completa educacion, y del educador instruido, experimentado, solícito, probo y laborioso, educador por gusto, por vocacion y por generosidad, más que por la consideracion del estipendio; del educador de sentimiento y amor, qué, cual apóstol sincero de la humanidad, trabaja principalmente para difundir la luz y hacer el bien, todo con el posible desinterés y sólo y principalmente por el puro y verdadero cumplimiento del deber. Fuera de estas bellas y santas condiciones, no hay ni puede haber un levantado y *digno apostolado* en la obra de la educacion, y mucho ménos en la direccion espiritual, que hoy tanto necesitan nuestras descreidas y marchitas sociedades.

M.

(Se continuará.)

EL DOGMA DEL PASADO

Y EL DOGMA DEL PORVENIR

FRAGMENTO.—DEL CONCILIO, A DIOS. (1)

La fé se apaga en los pueblos, porque el dogma que la inspiraba no corresponde ya al grado de cultura que, por designio de la Providencia, han conseguido aquellos.

El dogma romano perece: su cielo es demasiado estrecho para contener la tierra. A través de sus bóvedas, por el camino del infinito, vislumbramos hoy más vastos mares rielando los albores de un nuevo dogma. A su primera sonrisa, el vuestro se desvanecerá.

Nosotros solo somos sus precursores; pocos, pero fervidamente creyentes, fuertes por nuestro colectivo instinto, y bastantes, si fijais en nosotros el pensamiento, á convenceros de que, vencida la marea del materialismo, tendréis otro más poderoso adversario. No adoramos la anarquía, adoramos la autoridad; pero no un cadáver de autoridad, cuya mision terminó en el remoto pasado, y que no teniendo hoy ninguna, solo puede perpetuarse por la mentira y la tiranía.

Nuestra mision se funda en el libre y meditado asentimiento, en el popular y voluntario culto de la verdad conquistada por nuestro siglo, en el concepto de la independiente y eterna vida que Dios derrama, en tiempo y espacio, sobre las almas que le aman y que cumplen su ley.

---

(1) Tomamos de la revista mensual *Annalli dello Spiritismo in Italia*, que se publica en Turin, la importantísima declaracion de principios religiosos opuesta por el célebre italiano José Mazzini á las decisiones dogmáticas del Concilio Vaticano. Tambien la ha trasladado á sus columnas *La Revelacion* de Alicante. Creemos que nuestros lectores la verán con gusto, por la indisputable importancia que tiene. Al reproducirla, la hacemos nuestra en todos sus estremos.

Nota de la Redaccion.

Vuestro dogma se encierra en dos palabras: *caida* y *redencion*: el nuestro en otras dos: DIOS y PROGRESO. Término de union entre la Redencion y la caida es para vosotros la incarnacion instantánea, y á plazo fijo, del hijo de Dios. Término para nosotros entre Dios y la Creacion, es la incarnacion progresiva de sus leyes en la humanidad, llamada á descubrirlas lentamente y conquistarlas á través de un porvenir inmensurable, indefinido. Creemos en el Espíritu, no en el hijo de Dios.

Y esa voz progreso significa para nosotros, no un sencillo hecho de historia y de ciencia, limitado tal vez á una época, á una fraccion ó á una série de actos de la humanidad, sin raíces en el pasado, sin prenda de persistencia en lo futuro, sino un concepto religioso de la vida, radicalmente distinto del vuestro, una ley divina, una suprema fórmula de la actividad creadora, eterna, omnipotente, universal como ella.

La definicion de la vida y de su objeto, de su *mision*, es la base de toda religion posible: para vosotros, es la culpa original, es el retorno á Dios por la fé en un ser divino descendido á la tierra y sacrificado para redimirla: para nosotros, es la imperfeccion de la criatura finita, es la posibilidad de corregirnos gradualmente, por virtud otorgada á *todos*, con nuestras obras; con el sacrificio del egoismo á favor del comun mejoramiento; con la fé en el ideal divino, que cada cual debe llevar incarnada en sí, creyendo en Dios, padre y mentor, en la ley dada por él á la vida, y en la capacidad esencial de todo ser para observarla. Libertad, condicion del mérito; el *progreso* sobre la senda que lleva á Dios, como premio de una cuerda eleccion; ved aquí los términos de nuestra creencia. En el dogma del pecado original, piedra angular de vuestra fé, nosotros (con un presentimiento de solidaridad humana, equivocado por vosotros) no vemos sino el mal, dado como un bautismo profanador de la vida, la imposibilidad de armonizar la desigualdad de las tristes tendencias en los hombres, y una condenacion hereditaria que niega la libertad y la responsabilidad humana al mismo tiem-

po. En la redencion por obra de la encarnacion del Hijo de Dios, (símbolo por vosotros oscurecido de la aspiracion de lo *finito* al *infinito*) no vemos sino una sustraccion á la potencia educatriz de Dios, la sustitucion de un hecho arbitrario á la magestad de las divinas leyes, la violacion de la vida colectiva de la humanidad, y un injusto dualismo entre las generaciones anteriores y posteriores al Calvario.

De esta diversidad en las bases de nuestras creencias se deriva una numerosa série de consecuencias que tocan á cielo y tierra, dogma y moral. Vosotros creeis en la *divinidad* de Jesús, y yo miro como orígen de esa creencia la necesidad del tiempo en que ella sola podia afirmar la combatida victoria del Cristianismo. Cuando se ignoraba la ley del progreso, ignorado hasta el concepto de la manifestacion de Dios en sus leyes, no podiais eximiros de atribuir al nuncio de la verdad un carácter que obligase á los hombres á seguir sus preceptos.

Pero hoy, nosotros, que creemos en la revelacion continua de Dios en la vida de la humanidad, no necesitamos, para adorar su poder y sentir su amor, de un único inmediato *revelador*. Dios se incarna eternamente en los grandes hechos que revelan la vida universal, en los génios santificados por la virtud, que la profetizan ó interpretan en las nobles aspiraciones de la conciencia individual, y que presienten ó aceptan la verdad. Nosotros veneramos en Jesús al fundador de una época emancipadora del individuo; al Apóstol de la unidad de las leyes, más ámpliamente comprendidas que en los tiempos anteriores; al Profeta de la identidad de las almas; y nos postramos ante él como ante el hombre que amó más entre los que conocemos, y cuya vida, armonía sin ejemplo entre la inteligencia y los actos, promulgó el santo dogma del sacrificio, base eterna en lo porvenir de toda virtud y de toda religion; pero no abismamos al hombre en Dios; no le elevamos á donde no podremos ya alcanzarle; queremos antes amarle hermano mayor nuestro, que adorarle y temerle juez inexorable y dominador intolerante de lo futuro.

Vosotros creeis, negando así todo fundamento de certidumbre, todo criterio de verdad á la inteligencia, en el *milagro*, en lo sobrenatural, en la violacion de las leyes reguladoras del Universo; nosotros creemos en lo ignorado, en el misterio, que se descubrirá un dia y que hoy se oculta para todos en el secreto de una intuicion inaccesible al análisis, en la realidad de los más singulares presentimientos de un *ideal* que es la primitiva patria del alma, en un imprevisto poder de accion dado al hombre en un raro momento de amor, de fé, de concentracion suprema de todas las facultades, *merecido* y hasta análogo á la potencia reveladora que una creciente concentracion de los rayos luminosos comunica con el telescopio á nuestra mirada; pero creemos todo esto *preordenado*, efecto de leyes hasta ahora ocultas al conocimiento; no creemos en el *milagro* tal como lo entendeis vosotros, en un capricho que infrinja leyes conocidas, en hechos que contradigan el designio general de la Creacion, y que para nosotros no demostrarian sino una falta de ciencia ó de justicia en Dios.

Vosotros creeis en un Dios que ha creado y descansa: nosotros en la continuidad de la Creacion; en un Dios, que sin cesar evoca del infinito, fuente perenne de vida, de pensamientos que en él se traducen inevitablemente en actos, de conceptos que se realizan en el mundo. Vosotros admitís un cielo fuera del Universo, separado de la Creacion, en el que olvidaremos, al conquistarle, todo pasado, toda vida anterior, todo afecto, todas las ideas que hacen hoy latir nuestros corazones: nosotros creemos en un *cielo* en el que seamos, amemos, vivamos, que abrace, como un Oceano sembrado de islas, la série infinita de nuestras existencias; creemos en la *continuidad* de la vida, en la conexion de sus diversos períodos, á través de los cuales se transforma y desarrolla; en la eternidad de los afectos virtuosos guardados con cariño hasta el último dia de cada existencia; en la influencia cierta de cada período sobre el siguiente; en la santificacion progresiva de cuantos gérmenes de bien recoje el alma, peregrina de la Tierra ó de otros mundos, en su rea-

lizacion sucesiva. Vosotros creeis en una gerarquía de séres de naturaleza esencialmente distinta é inmutable, y del solemne presentimiento encerrado en el símbolo del *ángel* no habeis sabido traducir sino la existencia de una aristocracia celeste, base de todos los conceptos de aristocracia terrestre, é inaccesible al hombre: nosotros vemos en los ángeles las almas de los justos que vivieron en la fé y murieron en la esperanza; en el *ángel custodio* é inspirador el alma de la criatura que más pura y constantemente nos amó, atraida sobre la tierra y recompensada con la mision y el poder de velar sobre nosotros y protejernos. La escala entre el cielo y la tierra, entrevista por Jacob en su sueño, representa para nosotros la doble corriente ascendente de *nuestras* trasformaciones sobre el sendero de la iniciacion al ideal divino, y de la influencia benéfica ejercida sobre nosotros por los séres queridos que en ella nos precedieron.

Vosotros creeis en un Eden colocado en la cuna de la humanidad, y perdido por la culpa de nuestros primeros padres: nosotros en un Eden hácia el cual Dios quiere que la humanidad marche y se aproxime siempre, á través de sus errores y sacrificios. Vosotros creeis que el alma puede caer de un golpe en la irrevocable y absoluta perdicion; nosotros vemos el período humano demasiado distante del ideal sumo, demasiado lleno de imperfecciones, para que la virtud de que hoy somos capáces pueda ya *merecer* tocar el vértice de la escala que á Dios nos guia: creemos en una série indefinida de reencarnaciones del alma, de vida en vida, de mundo en mundo, cada una de las cuales representa un mejoramiento sobre la anterior; y en cuanto á la perdicion irrevocable, nosotros rechazamos su posibilidad como blasfemia hácia Dios, que no puede ser suicida en criaturas de él emanadas, como negacion de las leyes de la vida, como violacion del concepto de amor inseparable del Ser Supremo. Nosotros podemos recomenzar nuestro camino cuando no hemos sabido superarle; pero no retroceder ni perecer espiritualmente.

Creeis vosotros en la resurreccion del cuerpo tal como era al abandonar la existencia terrestre; nosotros en su *trasfor-*

**

macion, como instrumento ofrecido al espíritu en el trabajo de perfeccionarse, segun su progreso relativo y segun la mision que debe cumplir en cada etapa. Todo para vosotros es finito, limitado, inmediato y petrificado en nó sé qué inmovilidad que recuerda el concepto materialista; para nosotros todo es vida, movimiento, sucesion, continuidad: nuestro mundo se abre por todos lados al infinito. Vuestros dogmas humanizan á Dios; los nuestros tienden á divinizar lenta, progresivamente al hombre.

Vosotros creeis en la Gracia, nosotros en la Justicia. Creeis más ó ménos esplícitamente en la *predestinacion*, que no es sinó el dogma pagano y aristocrático de los semidioses y simples hombres trasformado. La *Gracia* vuestra no es concedida á todos ni conquistada con obras, pende del arbitrio divino, y son *pocos* los elegidos. Para nosotros, Dios, al crearnos, nos llama, y el llamamiento suyo no puede ser impotencia ni mentira; la salvacion es para todos. La *Gracia*, como nosotros la entendemos, estriba en la tendencia y la facultad á todos concedida, de incarnar nuestro ideal en la Ley del progreso, que Dios coloca como bautismo imborrable en nuestra alma. Esa ley debe cumplirse; el tiempo y el espacio nos pertenecen, para en ellos ejercitar nuestra libertad; podemos con nuestras obras apresurar ó retardar el cumplimiento de las leyes, multiplicar ó reducir las pruebas, las luchas, los dolores del *individuo*, pero nunca eternizar, como vuestro dogma dualista, nunca dar la victoria al mal. Sólo el Bien es eterno: solo Dios vence.

Y ese dualismo, que domina vuestra doctrina de la gracia, de la predestinacion, del infierno, de la redencion en la mitad del desarrollo histórico humano y de tantas otras afirmaciones vuestras, infirma y limita vuestra moral, y la hace irremediablemente imperfecta é ineficaz para regular y dirigir la vida de la generacion presente.

JOSÉ MAZZINI.

VARIEDADES.

Á «EL CONSULTOR DE LOS PÁRROCOS.»

Ni *al parecer*, como dice *El Consultor de los Párrocos*, ni sin parecerlo, hemos aceptado la polémica sobre las dos proposiciones planteadas por el colega, de que dimos cuenta, segun recordarán nuestros lectores, en el cuaderno anterior de EL BUEN SENTIDO (1). Esto no obstante, el *Consultor* la considera como aceptada: reproduce en sus columnas nuestro suelto, lo analiza y discute, y concluye esperando que, en justa reciprocidad, reproduciremos nosotros su artículo de réplica.

Habilísimo es el órgano ultramontano para llevar la discusion al terreno que le conviene; pero como nosotros no vamos donde se nos quiere llevar, sino donde queremos ir, y no queremos ir sino donde no gastemos el tiempo en discusiones ociosas, la habilidad del *Consultor* es, por esta vez, habilidad perdida. ¿De qué aprovecharà á los lectores de una y otra revista saber que el Espiritismo, el racionalismo cristiano, ignora lo que son los espíritus, si tambien lo ignoran las demás escuelas filosóficas, las religiones todas, los padres y doctores de la Iglesia y aun el mismo *Consultor*? ¿Es achaque únicamente del Espiritismo la indeterminacion en el conocimiento de la sustancia del alma? Cierto es que el *Consultor* niega rotundamente que exista tal *indeterminacion*, y afirma que para él y para los que siguen á Balmes, Sto. Tomás, S. Agustin y demàs padres de la Iglesia, dicho conocimiento es *determinado*; mas como Balmes, Sto. Tomás, etc., afirman lo que la revista ultramontana niega, y niegan lo que esta afirma, resulta que se halla en abierta contradiccion con las autoridades que cita para refutar

(1) Pág. 283 y siguientes.

nuestros asertos (2). En concepto del *Consultor*, para que el conocimiento de una cosa sea determinado, *basta con conocer su existencia*; es decir, que basta conocer la existencia de las Matemáticas, de la verdad, de Dios, para tener un conocimiento determinado de Dios, de la verdad, de las Matemáticas. Al ciego de nacimiento, para tener un conocimiento determinado de la luz, le basta con conocer que la luz existe. ¿Será todo esto resultado de que nos salimos del terreno filosófico y descendemos á una cuestion que no es sino de palabras? Bien podria ser. De todos modos ¿á qué discutir acerca de la determinacion ó indeterminacion de la sustancia del alma, controversia que, en el presente caso, ha de ser de todo punto estéril, cuando hay á mano temas importantísimos, que permiten poner frente á frente el ultramontanismo y el Espiritismo, estudiarlos, compararlos y juzgarlos? ¿Es qué al *Consultor* no le conviene este estudio comparativo, temiendo acaso que las monstruosidades y abusos de la secta ultramontana, puestos una vez más al descubierto, han de abrir los ojos á algunos de los pocos sectarios de buena fé que aun creen y piensan por medio de procurador ó apoderado?

Y vamos á la segunda proposicion del órgano del clericalismo: «El Espiritismo no sabe si los *mediums* se engañan ó engañan.» Que esta proposicion la plantee un discípulo de la escuela materialista, se comprende; pero que venga de un campeon del catolicismo romano, para quien la comunicacion ó revelacion espiritual ha tenido un instrumento, un *medium*, en cada santo canonizado por la Iglesia, y lo tiene en cada sacerdote cuando pronuncia las palabras de la consagracion en el sacrificio de la misa, es cosa que no se explica, como no sea por el inmoderado afan de monopolizar la revelacion y vincularla en una clase social, en una casta privilagiada, que hubiese recibido de las alturas carta de privilegio perpetuo. Si esta carta existe, muéstrela el *Consultor* á los tribunales y reclame contra los intrusos; más si no existe; si todos somos igualmente hijos de Dios, en quien no hay acepcion de personas ni de castas; si la existencia de los *mediums* está sancionada en el Antiguo y Nuevo Testa-

(2) «Creerán algunos que la *indeterminacion* en el conocimiento de la substancia del alma es un hecho descubierto recientemente por Kant; pero es fácil probar que este hecho habia sido notado de muy antiguo, hallándose consignado de una manera *muy especial* y muy interesante en los escritos de Santo Tomás.»—Balmes.

mento, y los hechos y la Iglesia misma la atestiguan desde Jesucristo y los apòstoles hasta hoy ¿á qué viene la proposicion del *Consultor*? Si él y los suyos se creen humildemente los únicos herederos de las promesas de Cristo, de la interpretacion del Evangelio, de la mision de los Apòstoles, y de la gracia y dones del Altísimo ¿de dónde arrancan su creencia y su derecho? ¿Cuáles son sus títulos de propiedad esclusiva en la herencia de Jesús? Supongamos por un momento que todos los *mediums*, ménos uno, se *engañan ó engañan*, y que este que ni se engaña ni engaña es, por ejemplo, *El Consultor de los Párrocos*: ¿no legitimará y confirmará el medium *Consultor* lo que el Espiritismo cree tocante á la existencia de los mediums y á la realidad de la comunicacion espiritual? El Espiritismo sabe que hay mediums, entre otras razones, porque la Iglesia, cuyo testimonio es infalible para el colega, lo ha declarado, aceptando y dando validez canónica á las inspiraciones por algunos de ellos recibidas. El Espiritismo no ignora que hay falsos y verdaderos *mediums*, como ha habido en todos tiempos falsos y verdaderos profetas, falsos y verdaderos sacerdotes: lo falso andará siempre mezclado con lo verdadero mientras el hombre no haya logrado desprenderse de todas sus impurezas; pero la falsía ó la alucinacion de algunos hombres ¿invalidarán jamás la bondad de las doctrinas de que se dicen partidarios? El Espiritismo es la moral de Cristo, la verdad cristiana, ó no lo es: no discutamos, pues, á los hombres; discutamos el Espiritismo. El ultramontanismo es la negacion de la moral de Cristo, la hipocresía de la verdad cristiana, ò no lo es: no discutamos, pues, à los hombres de la secta, discutamos el ultramontanismo. Pongamos frente á frente los principios, los dogmas, las creencias del ultramontanismo y Espiritismo, y los lectores del colega y los nuestros podrán juzgar con pleno conocimiento de causa.

La escuela ultramontana toma á la letra la alegoría del pecado original; el Espiritismo afirma que no hay ni puede haber, siendo Dios justo, como es, otros pecados que los personales: la escuela ultramontana atribuye al pecado que llama mortal consecuencias eternas para el pecador que muere impenitente; el Espiritismo consecuencias transitorias: la escuela ultramontana sustenta la eternidad de penas para el desdichado que muere con el alma gravemente contaminada por el quebrantamiento de la ley; el Espiritismo afirma que las puertas de la rehabilitacion

jamás se cierran: la escuela ultramontana considera como definitiva la suerte de las almas despues de la presente existencia; el Espiritismo establece la perfectibilidad eternamente progresiva, à cuyo término, que es Dios, jamás podrá llegar la criatura: la escuela ultramontana reduce á una sola las existencias de prueba del alma humana; el Espiritismo cree en la pluralidad de dichas existencias: la escuela ultramontana jùzga que la revelacion lo ha dicho ya todo; el Espiritismo que estamos en las primeras páginas de la revelacion, la cual es progresiva como el hombre: la escuela ultramontana se arroga el don y el monopolio de la revelacion ó comunicacion superior; el Espiritismo hace estensivo aquel don, que la Providencia concede profusamente á los hombres, sin distincion de estados, sexos ò condiciones, cuando la humanidad, como en la época presente, la necesita para su salvacion y progreso. ¿No son todas estas, cuestiones capitalísimas? ¿No dan todas ellas espacio para discutir ampliamente las doctrinas espiritistas y compararlas con las que el ultramontanismo enseña? Elija, pues, el *Consultor* cualquiera de los temas propuestos, y nos ponemos á sus órdenes. Hágalo así, y publicaremos íntegros sus artículos de réplica, sin notas ni comentarios intercalados, que, apartando la atencion del lector y truncando el pensamiento general del escrito, despojan á éste de su importancia y de gran parte de la fuerza de su argumentacion, táctica constantemente seguida por el *Consultor* y que revela más habilidad que buena fè. ¿Cómo hemos de copiar en en EL BUEN SENTIDO los retazos de artículo que el colega nos dedica en su núm. 35, si para ello serìa necesario hacerlos preceder de los párrafos del suelto á que contesta? Nosotros reproduciremos los artículos del periòdico ultramontano; más no podemos ni debemos obligarnos á reproducir nuestros propios escritos como complemento de los suyos.

Antes de terminar, diremos:

1.° Que la revelacion espìrita, como aclaracion y continuacion de la revelacion mesiánica, es sólo la manifestacion de verdades pertenecientes al órden moral y espiritual; no una obra que tenga por objeto resolver problemas científicos, entregados á las investigaciones humanas. Exigirle, pues, la resolucion de estos problemas, es desconocer su carácter.

2.° Que el Espiritismo no cura las enfermedades del cuerpo, ni descubre tesoros ocultos en la tierra, ni eleva cuerpos anu-

lando la fuerza de gravedad. Las enfermedades que combate son las del espíritu; los tesoros ocultos que descubre son los de la fé ilustrada por la razon; lo que eleva es el sentido moral del pueblo, el sentido moral, que se arrastra por los suelos á causa de la perturbacion que ha introducido en èl la secta ultramontana con sus dogmas absurdos y su religion de apariencias. Si en el Espiritismo se registran casos de curacion de enfermedades y algunas manifestaciones físicas, como en el Cristianismo, del cual es continuacion, son accidentes del Espiritismo, que no forman parte de su naturaleza ó esencia. Las manifestaciones físicas preparadas y anunciadas de antemano, serán todo lo que se quiera ménos Espiritismo: los prodigios á son de trompeta ó de organillo son la caricatura de los verdaderos prodigios y ligereza de manos.

3.° Que el Espiritismo no tiene á su disposicion el mundo de los espíritus. Quien tiene á su disposicion el mundo de los espíritus es Dios, el cual permite la comunicacion ó revelacion de los espíritus á los hombres, no segun la voluntad ó el capricho de estos, sino segun sus providenciales y amorosos designios, siempre en beneficio de la humanidad estraviada.

4.° Que el Espiritismo es el mismo Cristianismo, la Religion universal, compendiada en las palabras de Jesús: *amar á Dios y al prójimo*. El que siente este doble amor y practica la caridad, es cristiano, aun cuando no sepa que ha existido Cristo; es espiritista, aun cuando no conozca el Espiritismo de nombre. Cristo no hizo obligatorio el nombre sino el precepto. El bien es bien por sì mismo, y merece la superior aprobacion, sea quien fuere el que lo haga. Dios implantó en el hombre la conciencia, á fin de que este no pudiese escusar el olvido de la práctica del bien pretestando las circunstancias de nacimiento, de educacion ó de secta. El progreso del espíritu está al alcance de todos los hombres, porque todos tienen la aptitud necesaria para practicar el bien de conformidad con la elevacion relativa de su espíritu.

Al Espiritismo, pues, no se le puede exigir sino lo que al Cristianismo: moral intachable, creencias racionales y sólidas y virtualidad para empujar á las generaciones humanas hácia la felicidad por el progreso.

CARTAS SOBRE LA COMUNICACION ESPIRITUAL.

IV.

Vanos de todo punto serian mis esfuerzos, si por ventura me propusiese conocer y esplicar el espíritu en su naturaleza, en su sustancia, en la esencia íntima de su ser: cuando los titanes de la ciencia se declaran impotentes y convienen en que la empresa es imposible á toda humana concepcion, ridículo fuera que un miserable pigmeo, que con dificultad empieza á deletrear las primeras sílabas del libro de los conocimientos humanos, acumulase las hinchadas montañas de su orgullo, para escalar el trono de Júpiter, el misterio de la sabiduría, cuyas sombras velarán, tal vez eternamente, al entendimiento de la criatura, la clara nocion de la naturaleza del alma. Yo no aspiro á este claro conocimiento: pero, sin él, puedo afirmar, por la naturaleza, relaciones y estrecho enlace de los actos sucesivos de mi espíritu, que este es, no una idealidad abstracta, sino una cosa positiva, una realidad, sin la cual no es posible concebir ni la voluntad ni el pensamiento.

El espíritu es causa; no efecto: es la cosa positiva, la sustancia real que hay en nosotros productora de los actos de la mente y de la voluntad, no la síntesis, no la resultante de estos mismos actos. Si estos actos constituyesen el espíritu, única hipótesis formal que le despoja de su realidad presentándolo como una abstraccion, como una pura idea, como un efecto, la multiplicidad sucesiva de dichos actos borraria la unidad, la identidad permanente del espíritu, y nuestro espíritu seria una sucesion de espíritus independientes, sin conexion unos con otros. Si los fenómenos de la voluntad y del entendimiento fuesen el mismo espíritu, y no resultado de la actividad del espíritu, este variaria incesantemente, no tan solo con la sucesion de aquellos fenómenos, si que tambien con las condiciones determinantes de los mismos. Y ¿sucede esto? Muy al contrario: nuestro espíritu permanece uno, idéntico, desde el nacimiento hasta la muerte, al través de todas las modificaciones, condiciones y trasformaciones del organismo, y de la constante variedad y sucesion de los fenómenos que se refieren á la sensibilidad, á la voluntad ó al entendimiento. Fuerza es, pues, convenir en que el espíritu es *un algo* positivo, una realidad, una sustancia, con facultades para producir las admirables armonías psicológicas que se realizan en lo mas íntimo y noble de nuestro sér.

Y si es una sustancia, ¿por qué no hemos de llamarla *materia*, cuando sólo dentro de la materia es concebible la sustancia? Los que, por no poder alcanzar la naturaleza del espíritu, han pretendido esplicarlo llamándolo *sustancia inmaterial*, están en el caso de demostrar la posibilidad y la realidad de esta clase de

sustancias, sin caer en el círculo vicioso de dar como demostracion la existencia del espíritu. Nada habla en confirmacion de su pretendida sustancia, como si la naturaleza entera se hubiese propuesto desmentirla.

No faltará quien de mis declaraciones deduzca que enarbolo bandera materialista, ya que tanta importancia atribuyo á la materia. Enhorabuena: si ser materialista consiste en discurrir como discurro, en dar á la materia la importancia que le doy hasta el punto de arrancar de ella la sustancia espiritual; si en esto consiste ser materialista, venga la palabra, que no ha de asustarme la nueva filiacion. Pero, vamos á cuentas: ¿es lo que yo defiendo lo que los materialistas defienden? Precisamente todo lo contrario. Ellos; con Büchner á la cabeza, sustentan que el alma, el espíritu, es inmaterial; al paso que yo la considero brotando de la materia pura primitiva: ellos la toman de las modificaciones y actos psicológicos; yo la establezco como reina, como sujeto, como generatriz de aquellos actos, de aquellas modificaciones: ellos la abaten hasta los efectos; yo la elevo hasta las causas: ellos, despojándola de todo lo que sea sustancia, la reducen á mero fenómeno, sin existencia por sí misma; yo, reintegrándola en la plenitud de su naturaleza, le restituyó su actividad y su existencia propia. Y por lo mismo que partimos de premisas diametralmente opuestas, opuestas son tambien las conclusiones: ellos destruyen, lógicamente, el alma con el cuerpo; y yo, con no menos lógica, la adivino sobreviviendo á la descomposicion del organismo, en eterna actividad.

Ya sé, querido Fortunato, que á tí no te asustan estas ideas sobre la materia y el espíritu; pero conviene que no asusten á nadie; porque á nadie ha de asustar la realidad de las cosas cuando trabajamos en su estudio. Una realidad más conquistada, es un nuevo obstáculo vencido en el camino del progreso, que es el camino de la felicidad. Porque vemos y tocamos esa materia grosera (1) que nos rodea y asfixia ¿hemos de condenar en ella toda materia, y acomodar al concepto que de ella formamos todo concepto de sustancia? ¿Confundiremos en un mismo anatema el agua cenagosa que mata y el agua pura que refrigera y vivifica? ¿Qué sabemos de la esencia de la materia, para negarle propiedades que con sobrada ligereza atribuimos á meras abstracciones? Los sólidos, los líquidos, los gases, los flúidos sutiles de cuya existencia no tenemos conocimiento sinó por sus fenómenos, ¿qué son sinó el principio de una série indefinida de depuraciones y propiedades de la materia, cuyo último y mas elevado término se pierde allá en el mas lejano misterio de la creacion, en el remotísimo nacimiento de las sustancias, en el manantial, en el orígen primero de los séres? Pues bien; la sustancia, la *materia espiritual*, no la tomemos de los sólidos, de los líquidos y gases que nos rodean; remontemos

(1) Tomo aquí la palabra *materia* en el sentido vulgar.

la série hasta su término más puro, y busquemos el nacimiento de aquella sustancia en la sustancia primitiva, en la materia generatriz del Universo.

Saluda afectuosamente en mi nombre á Bernardo, de quien, como de tí, se despide hasta otra carta tu amigo,

JOSÉ.

Lérida 29 Julio de 1876.

INSTRUCCIONES POPULARES.

III. (1)

Si los padres tienen deberes que cumplir para con sus hijos, mayores serán aun las obligaciones de los hijos para con sus padres.

»Honra á tu padre y á tu madre.

»En ellos ha delegado el Criador una parte de su poder.

»Son una manifestacion visible de la providencia divina, que cuida de las criaturas desde el instante mismo de nacer.

»Si vieres que tu padre quebranta el precepto, y no anda en la virtud, cierra los ojos y no te acuerdes del pecado de tu padre, y ruega al Señor que borre de su presencia el pecado de tu padre.

»Si tu padre está ciego, que tus ojos sean sus ojos; si está tullido, que tus piés sean sus piés, y tus manos sean sus manos:

»Porque tus ojos, y tus manos, y tus piés, de tus padres los has recibido, por delegacion del Padre.

»Jamás dirás delante de tu padre: Yo soy;

»Porque tus padres fueron ántes que tú; y sin ellos ¿dónde tu alma y la razon de tu soberbia?

»El nombre de tus padres siempre sobre tu cabeza, y el sacrificio de tu nombre por el nombre de tus padres.

»Cuando oyeres de tu padre: «Pecador es»; defiende el nombre de tu padre: y si el pecado subsistiere, llorá en tu corazon, y ruega á Dios por el pecado, y borra el pecado de tu juicio.

«Y Dios honrará tu nombre en tus hijos, y borrará tus pecados del juicio de tus hijos, y tu galardon de vida eterna.»

Desde luego el niño ha de ser obediente; pues, de otro modo ¿cómo podrian sus padres llenar las obligaciones que la naturaleza y la sociedad les imponen? ¿Cómo criar é instruir á sus hijos, si estos no respetasen su autoridad y no acatasen sus consejos y mandatos? No nacerá empero de la fuerza este respeto, sino de la sumision del corazon y de la voluntad con que nos persuadiremos que todo cuanto nos enseñan y mandan los padres tiende únicamente á nuestro bien.

(1) Véase el cuaderno IX, pág. 250.

El hijo sumiso se entregará ciegamente á la ternura, à las razones y à la prevision de sus padres, convencido de que no tiene otros guias mas seguros, mas adictos y desinteresados. Caso de que alguna vez se equivocasen, al niño no le toca reprenderlos: aguardará resignado á que la experiencia y el amor rectifiquen el error de los autores de sus dias.

Cuando esté el hijo emancipado por su edad, no deberá ya à sus padres aquella obediencia incondicional de los primeros años; procurará, sin embargo, pedir consejo á su experiencia, prudencia y sabiduría, que siempre desarrolla el tiempo; les conservará el respeto, el amor y el agradecimiento á que se hicieron acreedores por los solícitos cuidados que emplearon criándole y educándole, y tambien por la posicion que le proporcionaron en la sociedad y lo que consiguieron pasando à veces por fatigas y privaciones que soportaron alegres.

Si viesen agotados sus recursos nuestros padres, ó que no pudiesen ya trabajar para hacer frente à sus necesidades, con verdadero arranque de corazon hemos de devolverles todas las cariñosas atenciones que sin titubear ellos nos prodigaron.

Procuren á su vez los padres repartir con igualdad sus afectos y bienes entre sus hijos, pues todos tienen iguales títulos á su amor, y desarrollen sus sentimientos de caridad, à fin de que desaparezcan esos antagonismos y luchas que con frecuencia nublan la dulce paz de la familia y dividen nnos de otros los hermanos.

Estrechos lazos unen à los hijos de unos mismos padres, á aquellos por cuyas venas corre la misma sangre, que se han criado y visto crecer juntos en el mismo hogar, que han participado durante su infancia y juventud de las mismas alegrías y tristezas, que han estado sujetos á las mismas reglas, que han recibido la misma educacion. El roce íntimo y la comunidad de necesidades, de vida y de costumbres por tantos años, despiertan naturalmente en las almas aquella ternura mútua, aquellos afectos y confianza sin límites que hacen que miremos á nuestros hermanos como si fuesen la mitad de nuestro sér y que contemos con ellos lo mismo que ellos pueden contar con nosotros.

La fraternidad humana, hija del amor y de la caridad, aspiracion sublime que brota de todos los corazones nobles y generosos, no podria estenderse á todos los hombres si no empezára á arraigar primero en el seno de la familia. Ni tampoco podria existir sin este lazo la misma familia, puesto que es el resultado necesario de su organizacion, y una de las fuerzas que más eficazmente contribuyen à su conservacion. La verdadera fraternidad tiene que manifestarse con obras y sacrificios recíprocos.

Así, pues, la fraternidad es como la fé: la fraternidad sin obras es fraternidad muerta. No ama á su hermano quien no está dispuesto à fiarse de él, á tomar sus consejos, á comunicarle sus pesares, á abrirle su corazon y su bolsillo, ó bien á pedirle apoyo, caso de necesitarlo.

La falsa fraternidad que vemos en muchas familias nace del poco cuidado que se han tomado los padres en desarrollar los sentimientos de amor, de confianza y desprendimiento, á cuyo benéfico calor madura el sabroso fruto del socorro mútuo, de la abnegacion fraternal.

Graves obligaciones incumben á los hermanos mayores, si tienen la desgracia de perder á sus padres y no hay ningun pariente cercano que pueda sustituir con su solicitud la solicitud paternal. La hermana mayor hará entónces abnegacion de sí misma, para desempeñar el árduo papel de madre; y al hermano mayor competen los sagrados deberes que la paternidad impone: á los que disfrutaron de las caricias y cuidados de la paternal solicitud les toca transmitirlos á esos huerfanitos que los necesitan aún y que los recibirán sumisos y agradecidos. Grande en verdad será la responsabilidad de aquellos hijos convertidos prematuramente en padres; más ¡cuánta satisfaccion si logran cumplir debidamente esa mision excepcional! Pero tambien ¡cuántos remordimientos si, por perversidad de corazon, y no pensando más que en sí, abandonan ó descuidan á sus hermanitos!

Parece que si no bastára el amor para empujarnos al cumplimiento de estos deberes, la *honra de la familia*, como decimos, y que sin duda alguna es la manifestacion de un buen sentimiento natural, habria de ser otro empuje poderoso para dispertarnos y llevarnos á dicho cumplimiento.

Lo hemos dicho ya; la familia es el punto de partida de la sociedad. Dejaria de existir la familia si, fuera de su seno, no tuviese el hombre ningun trato con sus semejantes, ninguna comunidad de sentimientos é intereses. Es más: á no haber esa tendencia de sociabilidad, ni siquiera se hubiese formado la familia. En los países salvajes, es por instinto de conservacion que se juntan los hombres, que las familias se unen. En los paises civilizados, además de saber el hombre que no puede física ni moralmente bastarse por sí solo, reconoce que la humanidad ha sido creada para que se amen y ayuden mútuamente los individuos que la componen.

La vida social es, pues, el complemento necesario de la vida doméstica. Es cosa tan evidente la sociabilidad humana que casi no necesita demostracion. Físicamente, es imposible que viva el hombre y se conserve sin el concurso de la sociedad, ni tampoco que pueda defenderse contra los rigores del tiempo y los ataques de las fieras. Moralmente, el corazon del hombre está lleno de sentimientos y aspiraciones naturales que de nada le servirian si no pudiese manifestarlos y si no fuese correspondido. Como sér racional y dotado del lenguaje, no podria aguzar su entendimiento ni hacer uso de la palabra sin las relaciones sociales. Así, pues, la sociedad es consecuencia obligada de las facultades de la criatura humana.

Deberes iguales á los que á nosotros mismos se refieren, ten-

mos para con los demás; pues la sociedad entera, lo mismo que cada uno de sus individuos, está sujeta á las prescripciones absolutas de la regla inmutable del deber.

Los hombres todos son nuestros semejantes; reconocemos en ellos una comun naturaleza y facultades idénticas en su esencia, aunque desiguales en sus manifestaciones. De la identidad de sus facultades se deduce la identidad de sus deberes. Es una misma razon que los guia desde que abren los ojos á la luz; es una misma conciencia que les indica el sendero del bien y procura apartarlos del camino del mal; es una misma libertad que los hace responsables de sus actos.

Esa unidad de esencia nos obliga naturalmente á obrar de consuno para acercarnos de más en más al perfeccionamiento moral, cuyo fin no conseguiríamos sin el concurso de nuestros semejantes. Nuestra sola inteligencia, nuestras fuerzas aisladas no bastarian para esa tarea, ya que para cumplirla no sobran, ni mucho ménos, los continuos esfuerzos reunidos de todos los hombres.

El papel que hemos de representar entre nuestros semejantes, por toda la tierra esparramados, será igual al que ha desempeñado el hermano para con su hermano en el seno de la misma familia. Hechuras todos del mismo Criador, cuyos bienes nos ha repartido en iguales proporciones; llamados todos al cumplimiento de una ley única; alentados y sostenidos en nuestras fatigas por una misma esperanza, no podemos ménos los hombres de formar un solo pueblo de hermanos. A la fraternidad universal nos llevan los principios enseñados en el Evangelio y proclamados por los sabios filósofos, antiguos y modernos.

Es preciso, es justo que los hijos mayores de la ciencia, de la civilizacion, del poder, concedan á sus hermanos menores, esto es, ménos adelantados, la misma proteccion que se exige en una familia á los que tienen más edad. Solidarios los hombres unos de otros, en la medida que cabe á la responsabilidad personal de cada cual, expiarán á un tiempo el mal que habrán hecho y el bien que habrán descuidado de hacer.

Difundan, pues, los mayores sus luces, sus virtudes y su bienestar, para que desaparezcan los errores, los vicios y las miserias de todos.

J. B. C.

LA CREACION,

SEGUN LA CIENCIA, LA FILOSOFÍA Y LA NUEVA REVELACION.

(*Continuacion.*)

Principio vital.

Sin hablar del principio inteligente, que es cuestion aparte, hay

en la materia orgánica un principio especial que no ha podido ser definido todavia: es *él principio vital.* Este principio vital ¿es alguna cosa distinta, teniendo una existencia propia? ¿O bien un estado particular, una de las modificaciones del *flúido cósmico universal,* que se convierte en principio de vida, como se convierte en luz, fuego, electricidad? En este último sentido se ha supuesto en otro lugar, segun hemos visto.

Pero cualquiera que sea la opinion que uno se forma sobre la naturaleza del *principio vital,* él existe, puesto que no puede dudarse de sus efectos. Se puede, pues, admitir lógicamente que al formarse los séres organizados, se han asimilado el principio vital que es necesario á su destino, ó bien, si se quiere, puede admitirse que este principio se ha desarrollado en cada individuo por el efecto de la combinacion de los elementos, á la manera que bajo el imperio de ciertas circunstancias se ve desarrollar el calor, la luz y la electricidad.

El oxígeno, el hidrógeno, el ázoe y el carbono, combinándose sin el principio vital, no hubieran formado sino un mineral ó cuerpo inorgánico; el principio vital, modificando la constitucion molecular de ese cuerpo, le comunica propiedades especiales. En lugar de una molécula mineral se obtiene una molécula de materia organica.

La actividad del principio vital es producida, ó mejor, sostenida, durante la vida, por el juego de los órganos, como el calor lo es por el movimiento de rotacion de una rueda: cesando esta accion con la muerte, el principio vital desaparece, como el calor cuando la rueda deja de girar. Mas *el efecto* producido sobre el estado molecular del cuerpo por el principio vital subsiste despues de la extincion de dicho principio. En el análisis de los cuerpos orgánicos, la química halla sus elementos constitutivos, oxígeno, hidrógeno, ázoe y carbono; pero no puede constituirlos, porque dejando de subsistir la causa, no puede ya producirse el efecto, al paso que puede reconstituir una piedra, un mineral cualquiera.

Hemos tomado por punto de comparacion el calor desenvuelto por el movimiento de una rueda, puesto que es un efecto vulgar conocido de todo el mundo, y más fácil de comprender; pero hubiera sido màs exacto el decir que en la combinacion de los elementos para formar los cuerpos orgánicos se desarrolla electricidad. Los cuerpos orgánicos serian así verdaderas pilas eléctricas que funcionarian mientras los elementos de esas pilas se hallen en las condiciones requeridas para producir la electricidad: esta seria la *vida*: y la *muèrte,* sucederá cuando cesen las tales condiciones. Segun esto, el *principio vital* no seria sino otra especie de electricidad, designada bajo el nombre de *electricidad animal, ó electricidad sensibilizada*, desprendida durante la vida por la accion de los órganos, y cuya produccion queda anulada á la muerte por la cesacion de esa accion.

Creacion espontánea.

Se pregunta uno naturalmente, por qué ya no se forman séres vivientes en las mismas condiciones que los primeros que aparecieron sobre la tierra.

La cuestion de la generacion espontánea, que hoy preocupa á la ciencia, bien que diversamente resuelta, no puede ménos de arrojar alguna luz sobre este asunto. El problema propuesto es el siguiente: ¿Se forman en nuestros dias espontáneamente séres orgánicos por la sola union de los elementos constitutivos, sin gérmenes prévios producidos por la generacion ordinaria, ó lo que es lo mismo, sin padres ni madres?

Los partidarios de la generacion espontánea responden afirmativamente, apoyándose en observaciones directas que parecen concluyentes. Otros piensan que todos los séres vivientes se reproducen los unos por los otros, y se apoyan en el hecho, confirmado por la experiencia, de que los gérmenes de ciertas especies vegetales y animales, dispersos, pueden conservar una vitalidad latente durante un tiempo considerable, hasta que las circunstancias sean favorables á su desarrollo. Esta opinion deja en pié la cuestion de la formacion de los primeros tipos de cada especie.

Sin discutir los dos sistemas, conviene hacer notar, que el principio de la generacion espontánea no puede evidentemente aplicarse sino á los séres de los órdenes inferiores del reino vegetal y animal, á aquellos en que empieza á ensayarse la vida, y cuyo organismo es sencillo y en cierto modo rudimentario. Estos son los primeros que han aparecido sobre la tierra y cuya generacion ha debido de ser espontánea.

Más entónces ¿por qué ahora no se ven formar de la misma manera los séres de una organizacion compleja? Los tales séres no han existido siempre, este es un hecho positivo; luego ellos han principiado á ser. Si el musgo, el liquen, el zoófito, el infusorio, los gusanos intestinales y otros pueden producirse espontáneamente, ¿por qué no sucede lo mismo con los árboles, peces y demás plantas y animales?

Aquí terminan por ahora las investigaciones; el hilo conductor se pierde, y hasta que llegue á encontrarse, el campo de esta cuestion quedará abierto á las hipótesis; sería pues imprudente y prematuro fundar sobre ello sistemas como verdades absolutas. Dejemos al tiempo el cuidado de hacer luz en el fondo de este abismo, si algun dia puede sondearse. Estos conocimientos son interesantes sin duda bajo el punto de vista de la ciencia pura; pero no son de aquellos que influyen en el destino del hombre.

M.

(Se continuará.)

A Pardo de Tabera sucedióle en el ministerio inquisitorial, en la mision de llevar las almas al cielo tostando los cuerpos en la tierra, el cardenal Garcia de Loaisa, confesor de Cárlos V, Prior general de la órden de Santo Domingo y Comisario apostólico de la Santa Cruzada. Pocas almas pudo salvar Loaisa; pues, elevado al cargo de inquisidor general en Agosto de 1545, murió en Abril de 1546. En estos nueve meses escasos, el Santo Oficio no condenó más que á *setecientos ochenta* individuos, de los cuales *sesenta* fueron abrasados en efigie, *ciento veinte* murieron de veras en el fuego, y los *seiscientos* restantes sufrieron otras condenas ménos graves.

Muerto Loaisa, fué nombrado para el ministerio inquisitorial vacante y arzobispo de Sevilla un anciano septuagenario, Fernándo Valdès, que para desdicha de los españoles tuvo aún vida para ejercer su cargo por espacio de veinte años, diez años reinando aun Cárlos I de España, y otros diez bajo el reinado de su sucesor Felipe II. La sangrienta historia de este largo período merece capítulo aparte. Se lo consagraremos en el próximo cuaderno de EL BUEN SENTIDO, ya que en este nos falta espacio para ello, y nuestros lectores se persuadirán de que cuando un pais tiene inquisicion, y un inquisidor general como Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, ni el tífus, ni el cólera, ni la fiebre amarilla, ni la guerra hacen falta para el exterminio de los hombres.

*
* *

Tenemos las mejores noticias respecto al desarrollo del Espiritismo en Puerto Rico. Cartas que tenemos á la vista, procedentes de San Juan, capital de la isla, y de Utuado, dan cuenta de haberse formado allí centros de estudio y propaganda, y de la mucha estima con que ha sido acogido en dichos centros el libro ROMA Y EL EVANGELIO. Reciban nuestros correligionarios de Puerto-Rico la espresion de nuestras fraternales simpatías.

*
* *

El Círculo Cristiano Espiritista de Lérida trabaja en la terminacion de un libro que creemos será acogido por el público no ménos favorablemente que ROMA Y EL EVANGELIO.

LÉRIDA.—IMPRENT DE JOSÉ SOL TOR

EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO II. Lérida, Setiembre de 1876. Número XII.

SUMARIO.—«La Humanidad y su Educacion,» por M.—«El Pecado Original,» por J. Amigó y Pellicer.—«El Espiritismo y la Ciencia,» por C. Flammarion.—«Variedades.»

LA HUMANIDAD Y SU EDUCACION.

VI.

La *humanidad* está sujeta á las leyes de trasformacion y del progreso, así en su parte física como en su parte moral, à la manera que los demás séres estan análogamente subordinados á las leyes físicas, químicas y vitales de la naturaleza, marchando todo hácia el cumplimiento de su destino, cada cosa segun su índole y estado y sus especiales tendencias.

Los seres todos de la creacion, cualquiera que sea su clase, estàn, pues, bajo el imperio de sus respectivas fuerzas y leyes, pudiendo éstas ser consideradas como generales unas, y otras como particulares, y bajo cuyo influjo cada cosa sigue evolucionando en sus correspondientes desarrollos, siempre al través de obstáculos y resistencias que ponen á los séres en continuada accion y reaccion, resultando de ello poco á poco su natural y completo desenvolvimiento. Obsérvase esto particularmente en el hombre, quien, por la mayor complexidad de su naturaleza y por las fuerzas distintas que le envuelven y agitan, esperimenta una lucha de

contradiccion constante, en la que obran por mucho las *inclinaciones* con todos los instintos y sentimientos de que proceden, como tambien los *resabios* del espíritu y todas las *pasiones* de que es humanamente susceptible.

Si; las *mismas pasiones*, si se las observa bien, no dejara uno de ver que obran ó pueden obrar en el hombre como otras tantas fuerzas que le mueven é impulsan, aguijoneándole más ó ménos acentuadamente y provocándole á determinaciones y resoluciones de toda especie en las diversas direcciones y estados de la vida. Pero entiéndase bien que en él cabe y á él incumbe el deber de dominarlas y dirigirlas por sus voluntarios esfuerzos, debiéndolas encaminar siempre al bien, lo cual conseguirá indudablemente con el tiempo, ayudado de la luz de la razon y de la conciencia y cooperando á ello con la accion perseverante de su buena y libre voluntad. ¡Dichosos los que en las vicisitudes y rigores de su vida de prueba, sepan trabajar, luchar y vencer dignamente, en pós siempre de la depuracion y elevacion de su espíritu!

Las *pasiones* son inherentes á la naturaleza humana; en ella tienen su orígen, guardando en cuanto á su desarrollo y modo de obrar, manifiesta relacion, en razon directa, puede decirse, del estado de inferioridad en que aquella puede hallarse; pues proceden en su principal parte de la ignorancia y rudeza, y particularmente del atraso moral en que suelen encontrarse los seres de la humanidad en sus primeros desenvolvimientos.

Conviene comprender, para tenerlo bien presente, que todo ello y tal como acaba de indicarse está en las armonías de la creacion y en la ley universal y eterna del progreso, á que los hombres están sujetos, sin que á su realizacion puedan sustraerse en absoluto, puesto que cuanto hay subordinado á las diversas leyes, y lo está todo ser criado, habrá de tener un dia ú otro cumplido efecto. Esta es cuestion, por cierto, que merece ser bien estudiada, examinada reflexiva y profundamente, en especial por los que se dedican al grande apostolado de la *educacion* y aspiran

á ejercer y fomentar la verdadera civilizacion y engrandecimiento moral de los individuos y de las familias; con mayor motivo en el estado en que hoy se hallan las sociedades, abocadas todas á una transicion y renovacion en su manera de ser, necesitando por lo mismo todo el empuje y sostenimiento que esperarse puede de los más sólidos y conducentes medios regeneradores. Y á propósito de este tan trascendental asunto, conviene no ignorar que las *pasiones* en el hombre, por más que en sí parezcan perturbadoras del moral órden que debe reinar en su naturaleza, de conformidad con la recta conciencia, siempre, no obstante, que ellas estén bien dirigidas, son y serán el crisol de las grandes virtudes. Quítese de la naturaleza humana el aguijon de las pasiones en el curso de su desenvolvimiento al través de la vida, y ¿cuál será entónces el medio de elevarse; cuál su mérito? ¿Puédese acaso triunfar sin lucha, merecer y depurarse cuál conviene?

No sin motivo hemos dicho, que las *pasiones* son inherentes á la naturaleza humana, siéndole necesarias, indispensables para su conveniente desarrollo y elevacion, para merecer, moralmente hablando; pues sin el estímulo de aquellas los actos del espíritu serian de ningun valor y no podria realizarse su progresivo desenvolvimiento. Ya se ha dicho que la vida humana es vida de constante y sostenida lucha, la cual no existiria si no fuese la provocadora excitacion de las pasiones, que han de contrariar el buen sentido de la conciencia poniendo en ejercicio y á prueba la libre voluntad. Es de todo punto incuestionable que el hombre ha nacido para irse elevando poco á poco por el mérito debido á sus generosos y sostenidos esfuerzos, y comprendamos bien que el mérito depende absolutamente del verdadero triunfo en la lucha: ésta, y solo ésta, es la que proporciona al espíritu ocasion y medios para merecer y progresar.

No dejará de haber quien se alarme y subleve contra nuestro aserto, pero será sin causa, sin razon fundada; será porque no habrá reflexionado filosófica y detenidamente

sobre los resortes de la naturaleza humana, estudio por lo general muy olvidado. Medítese bien, y se verà que lo que parece ser un error, un desvío en nuestro modo de pensar, está por el contrario fundado en las armonías de la creacion. ¡Oh! cuánto aprenderíamos si supiésemos estudiar con la reflexion y meditacion debidas las verdades que nos ofrece el gran libro de la naturaleza, de esas esplendorosas obras de Dios que nos envuelven por doquiera! Permítasenos repetirlo: sin las *pasiones*, que en más ó en ménos vienen sobreexcitando las veleidades del hombre, haciéndole sentir las miserias que, cual un pesado lastre, le brindan á la vida puramente animal y de procaz instinto, y sin sus deseos á la vez y su firme voluntad para obrar el bien, su vida seria vida de estúpido sueño, de inaccion y verdadera negacion, lo cual no cabe ni ha podido caber en las miras de Dios.

Ya en otra ocasion dijimos en nombre de una elevada inteligencia y á la que el mundo debe mucho por sus luminosos escritos: *El hombre es la ley, es el progreso, es la perfectibilidad, es la elevacion por la materia, es la purificacion por la luz, es el mejoramiento por el mèrito, es la felicidad por el deber, es la palabra de Dios que subsiste con la eternidad.* Y es que el hombre, á la manera de los demás seres, pero en diverso y muy superior grado, sigue y cumple la ley de las trasformaciones: sin su natural conformacion, tal como Dios lo ha criado, sin los resortes de virtualidad que le son inherentes y que obran de un modo encontrado, ó sea en opuestos sentidos, no hubiera podido realizar sus necesarias metamórfosis y modificaciones, ni experimentar el efecto de sus convenientes desarrollos, ni llegar tampoco al cumplimiento de su destino.

Sentado esto en principio, continuaremos diciendo, que *educar* moralmente, es enseñar á dirigir convenientemente los *instintos* y *pasiones* que vienen agitando al ser humano, debiendo procurarse á la vez todo el desarrollo armónico posible de las facultades del alma, tales como la *razon*, el *sentimiento*, la *conciencia* y la *voluntad*. Mas, bien se nos

alcanza que para ello se requieren esfuerzos supremos, sobre todo actividad suma y el más decidido y perseverante deseo por la práctica del bien. Por otra parte, se ha dicho ya cuán importante y necesario es *estudiar* y *conocer* al *hombre* en todos los resortes y fases de la vida, puesto que solo así es como se sabrá y podrá dirigir y sostener la verdadera educacion moral, conduciendo à los educandos en alas de su aspiracion hácia lo *bello*, lo *verdadero* y lo *bueno*. Y para este normal y edificante efecto, bien se comprende á su vez que será de todo punto preciso, ya que el asunto altamente se lo merece, saber pulsar la lira de los sentimientos, los cuales pueden ser considerados bajo aspectos distintos, bien que, refundidos ó en síntesis, no reconozcan por base mas que el *sentimiento moral*, que es lo mismo que decir el sentimiento de conciencia, de razon y buen deseo, puesto en accion por la libre y fecunda actividad del alma.

Es el *sentimiento moral* principalmente el que hace experimentar al hombre, como ser *racional* y *sensible*, la necesidad y el gusto del bien, impulsándole hácia su hallazgo y prosecucion, y de tal manera á ello le conduce, que, á medida que se lo hace conocer y comprender, se lo hace amar, obligándole cada vez más á aceptarlo con agrado y á practicarlo con generosa y fuerte voluntad.

El *sentimiento moral* no debe ser considerado como una facultad ó principio aislado; aunque en rigor sea uno en el fondo, es empero múltiple y complexo en sus manifestaciones, segun viene sucediendo de un modo análogo al espíritu ó alma, la cual, siendo simple en su esencia, se manifiesta no obstante con mucha variedad en sus maneras de obrar, á las cuales se les da con bastante generalidad el nombre de facultades, como tambien el de funciones anímicas. Así, lo que llamamos sentimientos ó buenas cualidades del alma, del corazon, no son mas que modos de ser y obrar de la sustancia espiritual, cuya bondad ó elevacion se manifiesta por ese bello sentimiento moral de que venimos hablando, considerándolo como el punto de partida de todos los ac-

tos y cualidades morales, si así cabe expresarnos. Puede decirse, en consecuencia de lo que se lleva precedentemente manifestado, que el sentimiento, en la significacion en que lo hemos venido tomando, es la gran divisa de la humana naturaleza: por medio de él se distingue el hombre, esencial y ostensiblemente, de los animales, á la par que de ellos se distingue muy perfectamente tambien por los actos superiores del entendimiento, que le pertenecen única y exclusivamente. En efecto; la *inteligencia* elevada á razon, y el *sentimiento moral*, produciendo ambos la *conciencia* por su accion mútua, son los distintivos mas característicos del ser humano; son el conocimiento de la naturaleza, la imàgen, el verbo de su Autor.

Unidad en su asencia y variedad indefinida en sus modos de ser y en todas sus manifestaciones; he aquí lo que se observa visiblemente en toda la naturaleza, y especialmente en sus fuerzas y leyes. Estudiémosla ávidamente en sus principales fases, y en particular en el hombre, que es la síntesis de toda ella en sus fuerzas y materia. Estudiemos las armonías de la creacion y aprendamos á armonizar nuestra inteligencia con el sentido moral, de cuyos dos factores y de su buen cultivo resulta la elevacion de la conciencia. Allí hallaremos seguramente el gran medio de nuestra grandeza, pudiendo marchar con acierto en pós de nuestras dignas aspiraciones hácia esa dicha que el hombre presiente y que á su tiempo habrá de alcanzar por sus méritos y por la misericordia y gracia del Señor.

Volviendo á la *educacion*, se ha indicado ya que ella es la que empuja, la que dirige y sostiene, la que hace marchar progresiva y sosegadamente á los pueblos á sus naturales destinos, fomentando el bienestar general, asequible y realizable por la luz, sucesivamente aumentada y sostenida por la actividad de la inteligencia y por los esfuerzos solidarios de cada uno para todos y de todos para cada uno; debiendo advertir á la vez, que allí donde una general y sana educacion no ejerce su benéfica influencia, todo queda infecundo, todo se marchita y decae. Pero para su mejor

efecto, para sus más trascendentales resultados, tengamos siempre entendido que la *educacion* ha de ser en primero y último término *religiosa y moral*: hablamos aquí de la religion verdaderamente cristiana, que es la que mejor enseña el cumplimiento del deber en proporcion siempre de los alcances de la inteligencia y del sentimiento.

Debe ser *religiosa* la educacion, porque el hombre, segun el pensar de Mons. Dupanloup, con cuyas ideas en este punto estamos muy conformes, ha de propender á marchar hácia su Dios, y la *religion* es la que para este órden superior, fórma, eleva, esclarece y fortifica el alma; es la luz que nos revela, por la fé razonada é ilustrada, ese destino supremo que es el término ulterior de nuestra vida; porque la *religion* siendo *ley*, *regla* y *autoridad*, es la que ordena por lo mismo al ser humano todo cuanto debe hacer y practicar para elevarse á ese fin sublime y eterno, donde moran la *perfeccion* y la *felicidad*; por medio de ella forma y completa su *conciencia*, puesto que le revela con certeza el conocimiento del bien y del mal, inspirándole el gusto de la rectitud y el retraimiento del vicio y del error; y forma además su *corazon* llenándolo de sensibilidad tierna y noble, á la vez que pura, manantial inefable de las afecciones virtuosas. Por otra parte, siendo la *religion*, gracia, auxilio divino, ofrece los socorros para llegar á ese fin último y magnífico de la vida humana, hácia el cual deben gravitar todas sus tendencias, todas sus ennoblecidas aspiraciones. ¿Quién, si con cordura juzga, dejará de asentir á esas filosóficas y evangélicas enseñanzas del ilustrado prelado de Orleans?

M.

(Se continuará.)

EL PECADO ORIGINAL.

XV.

La alegoría.—El hombre y la mujer.

Ni el testimonio de la ciencia, que en sus sucesivos descubrimientos puede considerarse como una revelacion no interrumpida, ni el testimonio de la revelacion, que no puede ser tal revelacion sino en cuanto no se halle en contradiccion con las verdades demostradas por la ciencia, son favorables á la hipótesis, admitida por algunos como verdad incontrovertible, que hace de Adan y Eva los progenitores de todo el linaje humano. La geología, la antropología y la fisiología comparada demuestran con gran copia de datos irrecusables que la edad de la tierra se remonta á muchos millones de años y que la edad del hombre sobre el planeta no baja de algunas centenas de centurias. Adan, pues, que vino ayer, no puede, á los ojos de la ciencia, reclamar el primer término, el punto de partida, la progenitura del linaje de los hombres.

Y el testimonio de la revelacion anda en esto, como debe andar en todo, conforme con el testimonio de la ciencia. Moisés no oculta que además de Adan y Eva, y con anterioridad á estos, existian otros hombres y mujeres, descendientes indudablemente de los aborígenes de la tierra, si consideramos á la raza adámica como alienígena, estrangera, sobrevenida al planeta en el tiempo próximamente que fija el historiador hebreo en el primero de sus libros. Consta de la Escritura que los primeros hijos de Adan fueron Cain y Abel, *únicos* hasta que Adan alcanzó la edad de cien-

to treinta años (1), en que engendró á Séth, y tuvo despues hijos é hijas (2). Consta tambien que Cain consumó el fratricidio *ántes* del nacimiento de Seth y de los demás hijos é hijas que posteriormente tuvo Adan; y sin embargo, no se considera solo sobre la tierra; teme que su iniquidad le ha de salir al rostro y que morirá á manos de *otros hombres*, recibiendo del Señor una señal *para que no le matase todo el que le hallase* al separarse del pais donde hasta entónces habia morado en compañía de sus padres (3). Y consta, por último, de la misma Escritura, que el fugitivo Cain habitó *en tierra de Nod*, donde conoció á su mujer y tuvo de ella un hijo, Henoch, nombre que dió tambien á una ciudad que edificó en la nueva region donde acababa de establecer su residencia (4). Ahora bien: ¿cómo Cain supone ó sabe que hay en la tierra otros hombres á más de él y su padre, mucho tiempo ántes que Adan engendrase á su hijo Seth, que fué el tercero? ¿Cómo Cain encuentra mujer, y tiene de ella á su hijo Henoch, ántes que Adan, segun el testimonio de la Escritura, hubiese engendrado hijas? ¿No es verosímil que al decir Moisés que Cain vivió fugitivo *en tierra de Nod*, quisiese designar con este nombre el de algun caudillo poderoso que moraba hácia el oriente del pais donde se habian establecido Adan y Eva? El Señor, al poner en Cain una señal para que respeten la vida del fratricida los que le hallen ¿no confirma la opinion ó certidumbre de Cain respecto á la existencia de otros hombres? ¿Hubiese podido Cain edificar sin ausilio ajeno una ciudad; la habria edificado, si no hubiese habido gentes que pudiesen habitarla?

Todas estas contradicciones, que resultan de tomar á la letra los cinco primeros capítulos del Génesis, desaparecen, si consideramos los puntos á que se refieren como términos

(1) Por un error material de caja dijimos ciento veinte en el párrafo XIV, página 272 de El Buen Sentido.
(2) Génesis, V, 3 y 4.
(3) Génesis, IV, 13, 14 y 15.
(4) Génesis IV, 16 y 17.

de una alegoría, forma que emplean con suma frecuencia los historiadores sagrados, desde Moisés hasta el evangelista Juan, para embellecer ó velar sus pensamientos, y la más en uso en todos los escritores orientales, amantes hasta la exageracion de las formas poéticas del lenguaje.

Y crió Dios al hombre á su imágen: á imágen de Dios lo crió: macho y hembra los crió (1). *Formó, pues, el Señor Dios al hombre del barro, y inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente* (2). En el primero de estos dos versículos Moisés afirma el acto de la creacion de la humana especie, y en el segundo lo describe.

La semejanza del hombre con Dios debe entenderse en órden á las facultades espirituales de la criatura racional, reflejos, dentro de lo finito y relativo, de los infinitos y absolutos atributos propios de la naturaleza divina. La sustancia espiritual, que, individualizada al través de los tiempos en infinidad de seres, ha de ser, digámoslo así, un manantial inagotable de inteligentes espíritus, recibe desde el principio, desde la eternidad, los gérmenes del *poder*, de la *sabiduría* y del *amor*, emanaciones de la Divinidad, en quien brillan con todo el esplendor y magestad de lo infinito. Las individualizaciones de la sustancia espiritual habian de manifestarse, merced á su union y elaboracion al través de las sustancias corpóreas, en dos organismos recíprocamente complementarios, capaces de perpetuar y multiplicar la humana especie: *macho y hembra los crió.*

Mas ¿cómo se consumó este divino acto de la creacion? *Formando* el Señor Dios al hombre del *barro de la tierra*, *inspirando* en su rostro *soplo de vida*, y *haciéndole en ánima viviente*: de donde resulta que *crear* no significa dar el ser á lo que no era, sino fecundar y armonizar los gérmenes preexistentes en las sustancias, para producir seres que, sin aquella fecundacion y armonizacion, habrian existido siempre en gérmen. Y la actividad fecundante es coeterna

(1) Génesis, I, 27.
(2) Génesis, II, 7.

con Dios: Dios crea desde la eternidad, como el sol irradia su luz desde que es sol. Las creaciones sucesivas ¿qué son sino irradiaciones del divino Sol, cuya luz brilla desde el principio en el corazon del Universo?

La formacion del hombre terrestre es resultado de la union é individualizacion, en un solo ser, del *barro de la tierra*, del *soplo de vida* y de la sustancia espiritual ó *ánima viviente*. *Barro de la tierra*, esto es, sustancia material corpórea, tomada de los elementos materiales de la tierra: *soplo de vida*, esto es, principio ó fuerza vivificante, de naturaleza desconocida, causa de todos los fenómenos vitales, así en el vegetal como en el animal y en el hombre: *ánima viviente*, es á saber, principio ó sustancia espiritual, desconocida tambien, sugeto de las facultades superiores de la criatura inteligente y libre. La formacion del hombre, como la del planeta que habia de habitar, es obra de centenares de siglos: los dias de la creacion son grandes épocas en que el entendimiento se pierde. Elaborábanse á la par, en la sucesion de los grandes dias genesíacos, las sustancias que habian de constituir el organismo humano, la fuerza vivificante que habia de penetrarlas y aproximarlas para introducirlas en las corrientes y evoluciones de la vida, y el principio espiritual que habia de servirse de ellas como de instrumento para sus manifestaciones y progresos en la tierra. Llegaron los tiempos, y elaborada ya la individualizacion de estos tres principios constitutivos del ser humano, aparecieron el hombre y la mujer, digno coronamiento de la obra de la creacion terrestre.

XVI.

Continúa la alegoría.—Adan y Eva.—El Paraíso.

Demostrado con la autoridad de la ciencia y con la autoridad de la revelacion mosaica que la primera aparicion del hombre sobre la tierra fué muy anterior á la aparicion del Adan bíblico, desmorónase el edificio dogmático erigido

sobre la falsa base de que Adan es el tronco genealógico de toda la humanidad. Pero una cosa es el dogma, y otra las verdades reveladas: aquel se viene al suelo, porque los hombres lo amañaron y acomodaron á su ignorancia y egoismo; mas las verdades no desmerecen jamás, porque, al contrastarlas, la ciencia y la esperimentacion darán fé de sus quilates.

¿Qué representa, pues, el Adan de la Escritura? Un emblema, una generacion, una raza típica implantada providencialmente en la tierra muchos miles de años despues del nacimiento de las generaciones primitivas. *Adan* no es el nombre de un hombre, sino el de toda la generacion que simboliza. *En el dia que crió Dios al hombre, á la semejanza de Dios lo hizo. Macho y hembra los crió y bendíjolos, y llamó el nombre* DE ELLOS *Adam, en el dia en que fueron criados* (1). De estas palabras se desprende con toda claridad que la Escritura no aplica el nombre *Adam* á él, es á saber, á un solo hombre, sino *á ellos*, á los hombres, á la humanidad entera en primer término, y luego á la raza típica que posteriormente tomó asiento entre los descendientes de las primitivas razas. Y claro es tambien que no siendo Adan una individualidad, tampoco pudo serlo Eva, y que la revelacion de Moisés tocante á la caida original, ó no es nada, ó tuvo por objeto velar, por medio de imágenes materiales, profundas verdades de órden moral, incomprensibles para el grosero é ignorante pueblo hebreo.

Las conquistas hechas por la ciencia, que cada dia arranca á la naturaleza alguno de sus innumerables secretos, permiten ya esplicar muchos enigmas que para los sabios de la antigüedad hubieron de ser indescifrables. Hoy sabemos, por ejemplo, que la tierra no es sino una pequeña isla del inmenso archipiélago de la creacion; que infinidad de jigantescos mundos se balancean en el espacio; y que en todos se elaboran la vida, para embellecer la obra de Dios, y la inteligencia y el sentimiento, para sentir y admirar los pro-

(1) Génesis, V, 1 y 2.

digios de la Sabiduría que preside al movimiento universal. Puestos estos mundos á manera de ciudades flotantes en el océano del éter, el espíritu humano está llamado á recorrerlos en cumplimiento de la ley eterna del progreso y en busca siempre de mayor felicidad.

Ahora bien; desde este punto de vista filosófico, sin dificultad se descubre el pensamiento moral oculto bajo las imágenes materiales de los cinco primeros capítulos del Génesis. Adan y Eva no son el tronco de la humanidad terrestre; simbolizan, sí, una raza de espíritus, que, habiendo sido colocados en un mundo más adelantado y feliz que nuestro globo, no supieron hacerse dignos por sus obras de habitar aquella superior mansion, y fueron desterrados á la tierra, como lugar donde habian de expiar las faltas cometidas y reconquistar el perdido paraiso. Su caida, verdadero orígen de la leyenda de los ángeles expulsados de las regiones celestes, señala el momento de su inmigracion en la tierra y de su encarnacion en el seno de la humanidad terrestre primitiva.

Adan, como todos los hombres, es formado en su cuerpo del barro de la tierra, de la elaboracion de sustancias materiales. Recibe por compañera á la mujer, á Eva, que Dios forma de una costilla de Adan, figura de la igualdad de orígen y naturaleza de ambos, y del amor que habian de profesarse como complemento el uno del otro para la perpetuacion de la especie. Graba el señor en sus almas, por medio de la conciencia, el precepto del cumplimiento del deber, y los establece en el paraiso, en uno de esos mundos que á millares ruedan por el espacio, dotados de condiciones de vida superiores á las de nuestro mísero planeta. Allí crecen el árbol de la vida, imágen del bien que se puede obrar en aquel privilegiado suelo, y el árbol de la ciencia del bien y del mal, figurando la satisfaccion de los apetitos desordenados puesta al alcance de los que dan oídos á la serpiente de la tentacion, á las engañosas seducciones de la concupiscencia propia. El árbol de la vida y el árbol de la ciencia, la ley natural escrita en el corazon y la tentadora

serpiente de nuestros estímulos carnales y egoistas, he aquí el libre albedrío de las criaturas racionales, los medios de merecer ó de hacernos indignos de la felicidad prometida á los espíritus cumplidores de la ley. Adan y Eva, elevados por la misericordia á un mundo superior á sus merecimientos, no saben hacérselo suyo por la justicia: infringen violentamente los preceptos naturales, y son expulsados de la compañía de los justos, y condenados á la tierra, que ha de ser el lugar de su expiacion y el crisol de sus virtudes. En el seno de la humanidad terrestre nace la generacion proscrita, simbolizada en Adan, llevando consigo, al mismo tiempo que la mancha de su pecado, la luz de su aventajada inteligencia, que habrá de contribuir al progreso intelectual y moral de las razas primitivas. De la muger nacerán las generaciones venideras, que, con el curso de los tiempos, aplastarán la cabeza de la serpiente, triunfando, por el trabajo y la virtud, de los incentivos de la carne.

¡Cuán profundos y morales son los pensamientos encerrados en la palabra simbólica del Génesis!

XVII.

EPÍLOGO.

El pecado original.

¿Por qué lloramos al nacer? ¿Qué mano impía ha sembrado de dolores el camino de nuestra peregrinacion sobre la tierra? ¿Qué voluntariosa deidad ha establecido la diversidad de condiciones, así morales como físicas, que se observa entre los hombres? ¿A quién culparemos, á quién echaremos en cara esas iniciativas para el mal, que con frecuencia vemos despertarse en niños que aun no han alcanzado el discernimiento y la responsabilidad de sus acciones?

¡Ay! no culpemos sino á nosotros mismos. Cada alma, al nacer á la vida terrenal, tiene su historia, y en su historia la razon de sus lágrimas, de sus dolores, de sus prue-

bas, de sus iniciativas y miserias. No venimos á la tierra como súbitamente caidos de la nada; venimos de la vida, de la libertad, del pasado, y de la misma manera que nuestro porvenir será hijo de nuestro actual comportamiento, las condiciones de la actual existencia son hijas de las obras consumadas por el alma en otra existencia precedente. Nuestras vidas son los renacimientos necesarios de que hablaba Jesús á Nicodemo (1). ¿Quién podrá negar esta verdad sin despojar á Dios de su justicia? El sentido moral se rebela contra un castigo impuesto á toda la humanidad siendo sólo un hombre el delincuente. Si nazco al sufrimiento, es porque personalmente lo merezco; si lo merezco, es porque he pecado; y no podia haber pecado si ántes no hubiese existido con la libertad de mi conciencia y la iniciativa de mi espíritu. No hay misterio que pueda sancionar la imposicion de una pena sin haber intervenido personal y voluntariamente en la ejecucion de la falta.

Nacer es continuar la vida y el progreso de nuestra alma, y cada existencia un minuto de nuestra eternidad. El destino de la criatura consiste en marchar eternamente á Dios en alas de la práctica del bien. Una existencia perdida para el bien, es un capital disipado inútilmente, una prueba frustrada que será preciso recomenzar. Nacemos para saldar la cuenta del pasado y abrir la cuenta del porvenir; porque cada uno es hijo de sus obras. Está es la ley, ésta la justicia, ésta la igualdad, la verdadera igualdad de las condiciones de la vida.

Los espíritus, en el albor de su primera existencia, son igualmente sencillos, y vienen á la luz con el mismo grado de responsabilidad, adecuado á la libertad relativa de que disfrutan. A partir de este punto, ellos son los árbitros de sus futuros destinos, y con sus manos labrarán las condiciones de sus ulteriores existencias. Nacen en la sencillez, progresan por la libertad, y la felicidad es su constante aspiracion. El punto de partida es el mismo para todos los es-

(1) Juan, III, 8, 5 y 7.

píritus; pero las vias de su peregrinacion, innumerables, á causa de su libertad individual. El cumplimiento del deber conduce directamente á la felicidad, á la armonía; las infracciones de la ley retardan el progreso y llevan al sufrimiento. Y ¿cuál es el espíritu que desde su primera encarnacion obedece puntualmente los preceptos de su conciencia, sin desviarse poco ni mucho del camino trazado por la ley moral á las criaturas libres? Sin atrevernos á afirmar en absoluto que ninguno, bien podemos asegurar que son innumerables las criaturas más ó ménos delincuentes; y como los grados de delincuencia varían al infinito desde la más ligera falta al crímen más abominable, de aquí la infinita variedad de responsabilidades, de sufrimientos, de reparaciones, de pruebas y de condiciones que sirven para depurar y acrisolar las almas en sus terrenales existencias.

Este es el *pecado original*, pecado que todos hemos cometido, no por Adan, sino por nosotros mismos. Esta es la mancha que empaña nuestros espíritus, mancha voluntaria y personalmente contraida, lastre que nos abate á la tierra, y causa de las desigualdades humanas. Esta es la justicia de Dios, justicia que retribuye á cada uno segun la bondad ó malicia de sus obras, justicia de recompensas para la virtud, y de expiacion y reparacion para la iniquidad y el vicio. Suframos, pues, resignados nuestra merecida suerte, procurando grangearnos un mas risueño porvenir, y bendigamos todos los dias á la Misericordia increada, que, en medio de las amarguras de la vida, hace brillar sobre nosotros, sin apagarlo jamás, el sol de la esperanza y del consuelo.

J. AMIGÓ Y PELLICER.

EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA.

Discurso pronunciado en la tumba de Allan Kardec (1) por Camilo Flammarion.

SEÑORES:

Accediendo gustoso á la simpàtica invitacion de los amigos del pensador laborioso, cuyo cuerpo terrestre yace en este momento á nuestros piés, recuerdo un triste dia del mes de Diciembre de 1865. Pronuncié entonces supremas palabras de despedida en la tumba del fundador de la Librería Académica, del honorable Didier, que, como editor, fué el colaborador convencido de Allan Kardec en la publicacion de las obras fundamentales de una doctrina que le era querida, quien murió tambien de repente, como si el cielo hubiese deseado evitar á estos dos espíritus íntegros el embarazo filosófico de salir de esta vida por camino diferente del vulgarmente seguido. Igual reflexion es aplicable á la muerte de nuestro antiguo colega Jobart, de Bruselas.

Mi tarea de hoy es mas grande aún; porque quisiera representar al pensamiento de los que me oyen, y al de los millones de hombres que en toda Europa y en el nuevo mundo se han ocupado del problema aun misterioso de los fenómenos llamados espiritistas;—quisiera, digo, poder representarles el interés científico y el porvenir filosófico del estudio de esos fenómenos (al que se han entregado, como nadie ignora, hombres eminentes entre nuestros contemporáneos). Me placeria hacerles entrever los desconocidos ho-

(1) Muerto en Paris el 31 de Marzo de 1869, é inhumado, en entierro civil, el 2 de Abril, en el cementerio del Norte.

rizontes que se abrirán al pensamiento humano, á medida que este extienda el conocimiento positivo de las fuerzas naturales que á nuestro alrededor funcionan; demostrarles que semejantes comprobaciones son el más eficaz antídoto contra el cáncer del ateismo, que parece ensañarse particularmente en nuestra época de transicion, y atestiguar, en fin, de un modo público el inmenso servicio que prestó á la filosofía el autor del *Libro de los Espíritus, despertando la atencion y la discusion* sobre hechos que, hasta entónces, habian pertenecido al funesto dominio de las supersticiones religiosas.

En efecto, seria importante establecer aquí, ante esta tumba elocuente, que el exámen metódico de los fenómenos, llamados sin motivo sobrenaturales, léjos de renovar el espíritu supersticioso y de amenguar la energía de la razon, destruye, por el contrario, los errores y las ilusiones de la ignorancia, favoreciendo más el progreso que la ilegítima negacion de los que no quieren tomarse el trabajo de ver.

Mas no es éste lugar para abrir el campo á una discusion irrespetuosa. Concretémonos únicamente á dejar caer de nuestros pensamientos, en la faz impasible del hombre que duerme ante nosotros, testimonios de afecto y sentimientos de pesar, que queden en su tumba y á su alrededor como un bálsamo del corazon. Y puesto que sabemos que su alma eterna sobrevive á esos despojos mortales, como á ellos preexistió; puesto que sabemos que indestructibles lazos unen nuestro mundo visible al invisible; puesto que su alma existe hoy como hace tres dias, y puesto que no es imposible que actualmente se encuentre aquí, delante de nosotros; digámosle que no hemos querido ver desaparecer su imágen corporal y encerrarla en el sepulcro, sin honrar unánimemente sus trabajos y su memoria, sin pagar un tributo de gratitud á su encarnacion terrestre, tan útil y dignamente empleada.

Ante todo, trazaré rápidamente las principales líneas de su carrera literaria.

Muerto á la edad de 65 años, Allan Kardec (1) habia consagrado la primera parte de su vida á escribir obras clásicas elementales, destinadas especialmente al uso de los institutores de la juventud. Cuando, hácia 1850, las manifestaciones, al parecer nuevas, de las mesas giratorias, golpes sin causa ostensible y movimientos inusitados de objetos y muebles, empezaron á llamar la atencion pública, determinando, aun en las imaginaciones aventureras, una especie de fiebre, debida á la novedad de estos experimentos; Allan Kardec, estudiando á la par el magnetismo y sus extraños efectos, siguió con la màs grande paciencia y juiciosa observacion los experimentos y numerosas tentativas hechas por entónces en Paris. Recogió y ordenó los resultados obtenidos por esa larga observacion, y con ellos organizó el cuerpo de doctrina publicado en 1857 en la primera edicion del *Libro de los Espíritus.* Todos vosotros sabeis la acogida que mereció esa obra, en Francia y en el extrangero.

Habiéndose tirado hasta la fecha su décima sexta edicion, ha propagado entre todas las clases ese cuerpo de doctrina elemental, que en su esencia no es nuevo, puesto que la escuela de Pitágoras en Grecia y la de los druidas en nuestra Galia enseñaban esos principios; pero que tomaba una verdadera forma de actualidad por su correspondencia con los fenómenos.

Despues de esta primera obra, aparecieron sucesivamente el *Libro de los Mediums* ó *Espiritismo experimental;—Qué es el espiritismo?* ó compendio en forma dialogada;—*El Evangelio, segun el Espiritismo;—El Cielo y el Infierno;—El Génesis;*—y la muerte ha venido á sorprenderle en los momentos en que, en su infatigable actividad, escribia una obra sobre las relaciones del magnetismo y del espiritismo.

Por medio de la *Revista Espírita* y de la Sociedad de París, cuyo presidente era, habíase constituido hasta cierto punto en centro á que todo convergia, en lazo de union de todos los experimentadores. Hace algunos meses, presintien-

(1) Leon, Hipólito, Denisart, Rivail.

do su fin próximo, preparó las condiciones de vitalidad de esos mismos estudios para despues que él muriese, y estableció el comité central que le sucede.

Allan Kardec despertó rivalidades, creó una escuela bajo forma algun tanto personal, y aun existe cierta division entre los «espiritualistas» y los «espiritistas». En adelante, señores, (tales por lo ménos son los votos de los amigos de la verdad), debemos estar unidos todos por una solidaridad cofraternal, por los mismos esfuerzos encaminados á la dilucidacion del problema, por el general é impersonal deseo de lo verdadero y de lo bueno.

Se ha argüido, señores, á nuestro digno amigo, á quien tributamos hoy los fúnebres obsequios, se le ha argüido que no era lo que se llamaba *un sabio*, que no fué ante todo un físico, naturalista ó astrónomo, sinó que prefirió construir primeramente un cuerpo de doctrina moral, sin haber antes aplicado la discusion científica á la realidad de los fenómenos.

Quizá es preferible que así hayan empezado las cosas. No siempre debe rechazarse el valor del sentimiento. ¡Qué de corazones no han sido consolados por esa creencia religiosa! ¡Qué de lágrimas enjugadas! ¡Qué de ciencias abiertas, á los destellos de la belleza espiritual! No todos son felices en la tierra. Muchos son los afectos quebrantados y muchas las almas narcotizadas por el escepticismo. ¿Y es por ventura poca cosa haber despertado el espiritualismo en tantos séres que flotaban en la duda, y que no apreciaban ni la vida física, ni la intelectual?

Si Allan Kardec hubiese sido hombre de ciencia, no hubiera podido indudablemente prestar ese primer servicio, ni dirigir á lo léjos aquella como invitacion á todos los corazones. El era lo que llamaré sencillamente «el sentido comun encarnado». Razon juiciosa y recta, aplicaba sin olvido á su obra permanente las íntimas indicaciones del sentido comun. No era esta una pequeña cualidad en el órden de cosas que nos ocupan; era, podemos asegurarlo, la primera entre todas y la más preciosa, aquella sin la cual no hubiese podido llegar á ser popular la obra, ni echar tan profundas raices en el

mundo. La mayor parte de los que se han consagrado á semejantes estudios han recordado haber sido en su juventud, ó en circunstancias especiales, testigos de inexplicables manifestaciones, y pocas son las familias que no hayan observado en su historia testimonios de este órden. El primer paso que debia darse, pues, era el de aplicar la razon firme del sentido comun á esos recuerdos, y examinarlos segun los principios del método positivo.

Segun lo previó el mismo organizador de este estudio lento y difícil, actualmente debe entrar en su período científico. Los fenómenos físicos, en los cuales no se ha insistido, deben ser objeto de la crítica experimental, sin la que no es posible ninguna comprobacion séria. Este método experimental, al que debemos la gloria del progreso moderno y las maravillas de la electricidad y del vapor; este método debe apoderarse de los fenómenos del órden aún misterioso á que asistimos, disecarlos, medirlos y definirlos.

Porque, Señores, el espiritismo no es una religion, sino una ciencia de la que apénas sabemos el abecedario. El tiempo de los dogmas ha concluido. La naturaleza abraza al universo, y el mismo Dios, que en otras épocas fué hecho á semejanza del hombre, no puede ser considerado por la metafísica moderna mas que como *un espíritu en la naturaleza*. Lo sobrenatural no existe. Las manifestaciones obtenidas con la intervencion de los mediums, lo mismo que las del magnetismo y sonambulismo, *son del órden natural*, y deben ser sometidas severamente á la comprobacion de la experiencia. Los milagros han concluido. Asistimos á la aurora de una ciencia desconocida. ¿Quién puede prever las consecuencias à que, en el mundo del pensamiento, conducirá el estudio positivo de esta nueva psicología?

La ciencia rige al mundo, y no ha de ser extraño, Señores, á este discurso fúnebre, notar su obra actual y las nuevas inducciones que precisamente nos revela bajo el punto de vista de nuestras investigaciones.

En ninguna época de la historia ha desarrollado la ciencia, ante la mirada atónita del hombre, tan grandiosos hori-

zontes. Hoy sabemos que *la Tierra es un astro*, y que *nuestra vida actual se realiza en el cielo*. Por medio del análisis de la luz, conocemos los elementos que arden en el sol y en las estrellas, á millones, á trillones de leguas de nuestro observatorio terrestre. Por medio del cálculo, poseemos la historia del cielo y de la tierra, así en su remoto pasado como en su porvenir, que no existen para las leyes inmutables. Por medio de la observacion, hemos pesado las tierras celestes que gravitan en el espacio. El globo donde moramos se ha convertido en un átomo estelar que vuela por el espacio en medio de infinitas profundidades, y nuestra misma existencia en este globo ha venido á trocarse en una fraccion infinitesimal de nuestra vida eterna. Pero lo que con justo título puede impresionarnos más aún, es este maravilloso resultado de los trabajos físicos hechos en estos últimos años, á saber: que *vivimos en medio de un mundo invisible*, que incesantemente obra en torno nuestro. Si, Señores; ésta es para nosotros una inmensa revelacion. Contemplad, por ejemplo, la luz que en este momento derrama por la atmósfera ese brillante sol, contemplad ese suave azul de la bóveda celeste, reparad esos eflúvios de aire tibio que acarician nuestro rostro, mirad esos monumentos y esa tierra; pues bien, aun cuando empleemos toda la fuerza de nuestra vista, no veremos lo que aquí está pasando. Sobre cien rayos emanados del sol, una tercera parte únicamente es accesible á la vision, ya sea directamente, ya reflejada por esos cuerpos; las dos terceras partes restantes existen y obran al rededor nuestro, pero de un modo, aunque real, invisible. Sin ser luminosos para nosotros, son cálidos, y mucho mas activos aun que los que impresionan nuestra vista, pues ellos son los que vuelven las flores hácia el sol, los que producen todas las acciones químicas, (1) y ellos son tambien los que levantan, bajo una forma igualmente invisible, en la atmósfera, el vapor de agua, para con él formar las nubes,

(1) Nuestra retina es insensible á esos rayos, pero otras sustancias, por ejemplo, el yodo y las sales de plata, los perciben. Se ha fotografiado el espectro solar químico, que no ve nuestro ojo. La plancha del fotógrafo, además, no presenta nunca imágen alguna visible, al salir de la cámara oscura, aunque la posea, pues su aparicion se debe á una operacion química.

ejerciendo así á nuestro alrededor incesantemente, de una manera oculta y silenciosa, una fuerza colosal, mecánicamente equivalente al trabajo de muchos millares de caballos.

Si los rayos caloríficos y químicos que obran constantemente en la naturaleza, son invisibles para nosotros, débese á que los primeros no hieren con bastante prontitud nuestra retina, y á que los segundos hieren con prontitud excesiva. Nuestros ojos no ven las cosas mas que entre dos límites, fuéra de los cuales nada perciben. Nuestro organismo terrestre puede compararse á un arpa de dos cuerdas, que son el nervio óptico y el auditivo. Cierta especie de movimientos hacen vibrar á aquel, y otra especie de movimientos hacen vibrar á éste. Esta es *toda la sensacion humana*, más limitada en este punto que la de ciertos séres vivientes, ciertos insectos, por ejemplo, en los cuales esas mismas cuerdas de la vista y del oido son mas delicadas. Y realmente existen en la naturaleza no dos, sino diez, cien, mil especies de movimientos. La ciencia física nos enseña, pues, que vivimos en medio de un mundo invisible para nosotros, y que no es imposible que séres (igualmente invisibles para nosotros) vivan asimismo en la tierra, en un órden de sensaciones absolutamente diferentes del nuestro, y sin que podamos apreciar su presencia, á ménos que no se nos manifiesten con hechos que entren en nuestro órden de sensaciones.

En presencia de semejantes verdades, ¡cuán absurda y falta de valor no parece la negacion *á priori!* Cuando se compara lo poco que sabemos y la exigüidad de nuestra esfera de percepcion con la cantidad de lo que existe, no puede menos de concluirse que nada sabemos y que todo hemos de aprenderlo aún. ¿Con qué derecho pronunciaríamos, pues, la palabra «imposible» ante hechos que evidenciamos sin poder descubrir su causa única?

La ciencia nos ofrece horizontes tan autorizados como los precedentes sobre los fenómenos de la vida y de la muerte, y sobre la fuerza que nos anima. Bástenos observar la circulacion de las existencias.

Todo es metamórfosis. Arrebatados en su eterno curso,

los àtomos constitutivos de la materia, pasan sin cesar de uno á otro cuerpo, del animal á la planta, de la planta á la atmósfera, de la atmósfera al hombre, y nuestro mismo cuerpo, durante nuestra vida toda, cambia incesantemente de sustancia constitutiva, como la llama solo brilla por la incesante renovacion de sus elementos. Y cuando el alma se ha desprendido, ese mismo cuerpo, tantas veces trasformado ya durante la vida, entrega definitivamente á la naturaleza todas sus moléculas para no volverlas á tomar más. Al dogma inadmisible de la resureccion de la carne, se ha sustituido la elevada doctrina de la trasmigracion de las almas.

Hé ahí el sol de Abril que fulgura en los cielos, inundándonos en su primer rocío caloriciente. Ya las campiñas salen de su sueño, ya se entreabren los primeros capullos, ya florece la primavera, sonríe el azul celeste, y la resurreccion se opera; y esa nueva vida, sin embargo, solo en la muerte se origina, y ruinas encubre únicamente! ¿De dónde procede la sávia de esos árboles que reverdecen en este campo de los muertos? ¿de dónde la humedad que nutre sus raices? ¿de dónde todos los elementos que haràn nacer, á las caricias de Mayo, las florecillas silenciosas y las cantadoras avecillas? —De la muerte!..., señores..., de esos cadáveres envueltos en la siniestra noche de las tumbas!... Ley suprema de la naturaleza, el cuerpo material no es mas que un agregado transitorio de partículas que no le pertenecen, y que el alma ha reunido, siguiendo su propio tipo, para crearse órganos que la pusiesen en relacion con nuestro mundo físico. Y miéntras así, y pieza por pieza, se renueva nuestro cuerpo por medio del cambio perpétuo de materias, miéntras que, como masa inerte, cae un dia para no levantarse más; nuestro espíritu, sér personal, ha conservado perennemente su *identidad* indestructible, ha reinado como soberano sobre la materia que le revestia, estableciendo de tal modo, por medio de este hecho contante y universal, su personalidad independiente, su esencia espiritual no sometida al imperio del espacio y del tiempo, su grandeza individual, *su inmortalidad.*

¿En qué consiste el misterio de la vida? ¿Qué lazos unen el alma al organismo? ¿Por qué desenlace se separa de él? ¿Bajo qué forma y con qué condiciones existe despues de la muerte? ¿Qué recuerdos, qué afectos conserva? ¿Cómo se manifiesta? Hé aquí, Señores, problemas lejos aun de estar resueltos, y cuyo conjunto constituirá la ciencia psicológica del porvenir. Ciertos hombres pueden negar, así la existencia del alma como hasta la de Dios, afirmar que la verdad moral no existe, que no hay leyes inteligentes en la naturaleza y que nosotros los espiritualistas somos juguete de una ilusion enorme. Otros pueden, por el contrario, declarar que conocen la esencia del alma humana, la forma del Sér supremo, el estado de la vida futura, y tratarnos de ateos, porque nuestra razon se resiste á su fé. Ni los unos ni los otros impedirán, Señores, que estemos frente à los más grandes problemas, que nos interesemos en estas cosas (que muy léjos están de sernos extrañas), y que tengamos el derecho de aplicar el método experimental de la ciencia contemporánea á la investigacion de la verdad.

Por el estudio positivo de los efectos nos remontamos á la apreciacion de las causas. En el órden de los estudios reunidos bajo la denominacion genérica de «espiritismo» *los hechos existen*, pero nadie conoce su modo de produccion. Existen tan realmente como los fenómenos eléctricos, luminosos y caloricos; pero no conocemos, Señores, ni la biología, ni la fisiología. ¿Qué es el cuerpo humano? ¿Qué el cérebro? ¿Qué la accion absoluta del alma? Lo ignoramos, é igualmente ignoramos la esencia de la electricidad y de la luz. Es, pues, prudente observar sin prevencion esos hechos, y procurar determinar sus causas, que son acaso de diversas especies y más numerosas de lo que hasta ahora hemos sospechado.

No comprendan, en buen hora, los de vista limitada por el orgullo ó por la preocupacion, no comprendan estos ansiosos deseos de mis pensamientos, ávidos de conocer, y escarnezcan ó anatematicen esta clase de estudios; nada importa, yo levantaré á mayor altura mis contemplaciones!.....

Tú fuiste el primero, ¡oh, maestro y amigo! tú fuiste el primero que, desde el principio de mi carrera astronómica, demostraste una viva simpatía hácia mis deducciones relativas á la existencia de humanidades celestes; porque, tomando en tus manos el libro de la *Pluralidad de mundos habitados*, lo colocaste inmediatamente en la base del edificio doctrinario que entreveías. Con suma frecuencia departíamos juntos sobre esa vida celeste y misteriosa. Actualmente, ¡oh, alma! tú sabes por una vision directa en qué consiste esa vida espiritual á la cual todos regresamos, y que olvidamos durante esta existencia.

Ahora tú ya has regresado á ese mundo de donde hemos venido, y recoges el fruto de tus estudios terrestres. Tu envoltura duerme á nuestras plantas, tu cerebro se ha extinguido, tus ojos están cerrados para no volverse á abrir; tu palabra no se dajará oir más... Sabemos que todos llegaremos á ese mismo último sueño, á la misma inercia, al mismo polvo. Pero no es en esa envoltura en lo que ponemos nuestra gloria y esperanza. El cuerpo cae, el alma se conserva y regresa al espacio. Nos volveremos á encontrar en un mundo mejor, y en el cielo inmenso en que se ejercitarán nuestras más poderosas facultades, continuaremos los estudios para cuyo abarcamiento era la tierra teatro demasiado reducido. Preferimos saber esta verdad á creer que yaces totalmente en ese cadáver, y que tu alma haya sido destruida por la cesacion del juego de un órgano. La inmortalidad es la luz de la vida, como ese brillante sol es la de la naturaleza.

Hasta la vista, querido Allan Kardec, hasta la vista.—Camilo Flammarion.

VARIEDADES.

LA CREACION,

SEGUN LA CIENCIA, LA FILOSOFÍA Y LA NUEVA REVELACION

(*Continuacion.*)

El instinto y la inteligencia.

¿Qué diferencia hay entre el instinto y la inteligencia?

¿Dónde acaba el uno y empieza la otra? El instinto es una inteligencia rudimentaria, ó bien una facultad distinta, un atributo esclusivo de la materia?

El instinto es la fuerza oculta que solicita á los seres organizados á actos espontáneos é involuntarios favorables à su conservacion. En los actos instintivos no hay ni reflexion, ni combinacion, ni premeditacion.

La *inteligencia* se revela por actos voluntarios, reflexivos, premeditados, combinados, segun la oportunidad de las circunstancias. Es incontestablemente un atributo esclusivo del alma.

Todo acto maquinal es instintivo; es inteligente cuando envuelve reflexion y combinacion; el uno es libre, el otro no.

El *instinto* es un guia seguro, que no engaña jamás; la *inteligencia*, por lo mismo que es libre, está frecuentemente sugeta á error.

Si el acto instintivo no tiene el carácter del acto inteligente, revela no obstante una causa inteligente, esencialmente previsora. Si se admite que el instinto tiene su orígen en la materia, es preciso admitir que la materia es inteligente; más inteligente y aun previsora que el alma, puesto que el instinto no se equivoca y la inteligencia sí.

Hay varias opiniones sobre la naturaleza y diferencia del instinto y la inteligencia, mas es necesario confesar que en todo ello hay algo ó mucho de hipotético, sin fundamento suficiente de certeza, para que pueda darse sobre ello una solucion definitiva.

La cuestion podrá resolverse ciertamente algun dia, y será cuando se hayan reunido los elementos de observacion que faltan todavía; hasta entónces será preciso someter todas estas opi

niones á una prudente reserva, esperando que la luz se haga: la solucion que se acerque más á la verdad, será necesariamente aquella que corresponda mejor á los atributos de Dios, es decir, á su soberana bondad y á su soberana justicia.

Principio espiritual.

La existencia del principio espiritual es un hecho que no tiene mas necesidad de demostracion que el principio material; es en cierto modo una verdad axiomática; se afirma por sus efectos, como la materia por los que le son propios.

Reconociendo todo efecto una causa, todo efecto intelectual debe reconocer una causa inteligente. Es fácil hacer diferencia entre el movimiento mecánico de una campana agitada por el viento, y el movimiento de la misma destinada á dar una señal, un aviso, involucrando un pensamiento ó una intencion. Luego, como á nadie puede ocurrir la idea de atribuir el pensamiento á la materia de la campana, se concluye que ella está movida por una inteligencia á la que aquella sirve de instrumento para manifestarse.

Por la misma razon, á nadie ocurre la idea de atribuir el pensamiento al cuerpo de un hombre muerto. Si el hombre viviente piensa, es porque hay en él alguna cosa que falta cuando está muerto.

La diferencia que existe entre él y la campana es que la inteligencia que hace mover á esta, está fuera de la misma; miéntras que la que hace obrar al hombre está en él.

El *principio espiritual* es el corolario de la existencia de Dios: sin aquel principio, Dios no tendria razon de ser; porque no podria concebirse la soberana inteligencia no reinando durante la eternidad sino sobre la materia bruta, como tampoco un monarca terrestre no reinando durante toda su vida mas que sobre las piedras. Como no puede admitirse á Dios sin los atributos esenciales de la divinidad, la *justicia* y la *bondad*; es necesario convenir en que estas cualidades serian inútiles si ellas no hubiesen de ejercerse mas que sobre la materia.

Por otro lado, no podria concebirse un Dios soberanamente justo y bueno creando seres inteligentes y sensibles para destinarlos á la nada despues de algunos dias, satisfaciendo su vista en esa sucesion indefinida de seres que nacen sin haberlo pedido, piensan un instante, y se extinguen para siempre despues de una existencia efímera.

Sin la sobre-vivencia del ser pensador, los sufrimientos de la vida serian de parte de Dios una crueldad sin objeto. He aquí tambien porque el *materialismo* y el *ateismo* son colorarios el uno del otro: negando el efecto no puede admitirse la causa. El materialismo es, pues, consecuente consigo mismo, ya que deja de serlo con la razon.

La idea de la perpetuidad del ser espiritual es innata en el hombre; existe en él en estado de intuicion y de aspiracion, adivinando la criatura que solo en la perpetuidad de su ser se encuentra la compensacion de las miserias de la vida. Por esto ha habido, hay y habrá siempre más espiritualistas que materialistas, y mas deistas que ateos.

A la idea instintiva y al poder del raciocinio el *espiritismo* viene á añadir la sancion de los hechos, la prueba material de la existencia del ser espiritual, de su sobrevivencia, de su inmortalidad y de su individualidad; él precisa y define lo que ese pensamiento tenia de vago y abstracto. El nos manifiesta al ser inteligente obrando fuera de la materia, así despues, como durante la vida del cuerpo.

El principio espiritual y el principio vital son una misma cosa?

Partiendo como siempre de la observacion de los hechos, diremos que, si el principio vital fuese inseparable del principio inteligente, habria alguna razon en poderlos confundir, lo cual no sucede; puesto que conocemos muchos seres, como las plantas, que viven y no piensan: observamos, tambien, que seres humanos en ciertos estados están animados por la vida orgánica solamente, no habiendo ninguna manifestacion del pensamiento; que se producen en el ser viviente movimientos vitales independientes de todo acto de la voluntad; que durante el sueño, la vida orgánica está en toda su actividad, miéntras que la vida intelectual no se manifiesta por ningun signo exterior; por lo que hay lugar para admitir que la vida orgánica reside en un principio inherente á la materia, é independiente de la vida espiritual, que es inherente al espíritu.

Ya, pues, que la materia goza de una vitalidad independiente del espíritu, y que el espíritu tiene una vitalidad independiente de la materia, queda evidente que esta doble vitalidad descansa sobre dos principios diferentes.

El *principio espiritual* tendria su orígen en el elemento *cósmico universal*? ¿No seria sino una transformacion, un modo de existencia de ese elemento, como la luz, electricidad, calórico, etc?

Si así fuése, el principio espiritual esperimentaria las vicisitudes de la materia y se extinguiria por la disgregacion como el principio vital; el ser intelectual no tendria mas que una existencia momentánea como el cuerpo, y á la muerte volveria á sumergirse en la nada, ó lo que es lo mismo, volveria al flúido universal: esto seria, en una palabra, la sancion de las doctrinas materialistas.

Las propiedades *sui-generis* que se le reconocen al principio espiritual, prueban que él tiene su existencia propia, independiente; pues que si tuviese orígen en la materia tal como la conocemos, no tendria tales propiedades.

Y puesto que la inteligencia y el pensamiento no pueden ser atributos de la materia, es preciso admitir, partiendo de los efec-

tos á las causas, que el elemento material y el elemento espiritual son los dos principios constitutivos del universo. El elemento espiritual individualizado constituye los seres llamados *espíritus*, como el elemento material individualizado constituye los diferentes cuerpos de la naturaleza, orgánicos é inorgánicos.

Admitido el ser espiritual, y no pudiendo tomar orígen en la materia, ¿cuál, pues, será su procedencia, su punto de partida?

Aquí los medios de investigacion carecen de todo valor, como en todo aquello que se relaciona con el principio de las cosas. El hombre no puede darse razon mas que de lo que conoce por los sentidos; en lo demás no puede emitir sino hipótesis; y ya sea que este conocimiento exceda al alcance de la inteligencia actual, ó ya que al hombre le sea inútil ó traiga inconveniente poseerlo ahora, lo cierto es que Dios no ha querido revelarlo.

Lo que Dios le ha hecho saber por sus *enviados*, y lo que por otra parte puede deducir él mismo por la ciencia, y sobre todo por el principio de soberana justicia que es uno de los atributos esenciales de la Divinidad, es que todos los espíritus han sido creados *simples* é *ignorantes*, con igual aptitud para progresar por su actividad individual; que todos alcanzarán el grado de perfeccion compatible con la criatura por sus fuerzas personales; que todos, siendo hijos de un mismo padre, son el objeto de igual solicitud; que no hay ninguno mas favorecido ó mejor dotado que los otros, ó dispensado del trabajo que se ha impuesto á los demás para alcanzar su fin.

Al mismo tiempo que Dios ha creado mundos materiales desde la eternidad, ha igualmente creado seres espirituales de toda eternidad: sin eso los mundos materiales hubieran existido sin objeto. Se conciliarian mas fácilmente los seres espirituales sin los mundos materiales, que estos últimos sin los primeros. Son los mundos materiales los que deben proveer á los seres espirituales de los elementos de actividad para el desarrollo de su inteligencia.

El progreso es la condicion normal de los seres espirituales, y la perfeccion relativa el fin que deben alcanzar; luego, habiendo Dios creado de toda eternidad, y creando sin cesar, hay tambien de toda eternidad quien haya alcanzado el punto culminante de la escala en la série inmensa de la Creacion.

Antes de que existiese la tierra, otros mundos habian sucedido á otros mundos, y cuando la tierra salió del cáos de los elementos, el espacio venia ya lleno de seres espirituales en todos sus grados de adelantamiento, desde los que nacen á la vida hasta los que de toda la eternidad habian tomado rango entre los espíritus vulgarmente llamados ángeles.

Union del principio espiritual y la materia.

Habiendo de ser la materia el instrumento del espíritu para el desarrollo de sus facultades, era preciso que pudiera obrar so-

bre la materia; para ello ha venido á habitarla, como el leñador habita en el bosque. Debiendo aquella ser á la vez objeto é instrumento del trabajo, Dios, en lugar de unirlo á la piedra rígida, creó para su uso seres organizados, flexibles, capaces de recibir todas las impulsiones de su voluntad y de prestarse á todos sus movimientos.

El cuerpo es, pues, al mismo tiempo, el vestido, la cubierta y el instrumento del espíritu, y á medida que este adquiere nuevas aptitudes, reviste una cubierta apropiada al nuevo género de trabajo que debe realizar, á la manera que se le proporciona á un obrero instrumentos ó útiles ménos groseros á medida que se hace capaz de un trabajo mas esquisito.

Para ser mas exacto, es preciso decir que es el mismo espíritu el que elabora su cubierta, apropiándola á sus nuevas necesidades; él la perfecciona, desenvolviendo y completando el organismo á medida que experimenta la necesidad de la manifestacion de nuevas facultades: en una palabra, la pone á la talla de su inteligencia. Dios le provee de los materiales; al espíritu corresponde emplearlos con provecho; y así es como las razas adelantadas tienen un organismo, ó sea un instrumento, más perfeccionado que las razas primitivas. Así se esplica el sello especial que el carácter del espíritu imprime á los rasgos de la fisonomía y á las maneras del cuerpo.

Desde que un espíritu nace á la vida espiritual, debe, para su adelantamiento, hacer uso de sus facultades, en un principio rudimentarias, porque se reviste de una envoltura corpórea apropiada á su estado de infancia intelectual, envoltura que deja, para tomar otra, á medida que se agrandan sus fuerzas. Luego, como en todo tiempo ha habido mundos, y estos mundos han dado orígen á cuerpos organizados, propios para recibir espíritus, en todo tiempo los espíritus han hallado en aquellos, cualquiera que haya sido su estado de adelanto, los elementos necesarios á su vida terrenal.

Siendo el cuerpo exclusivamente material, experimenta las vicisitudes de la materia. Despues de haber funcionado por algun tiempo, se desorganiza y descompone: el principio vital, no hallando ya el elemento de su actividad, se extingue, y el cuerpo muere. El espíritu, para quien el cuerpo privado de vida es completamente inútil, lo abandona, como se abandona una casa en ruina ó un vestido inservible.

El cuerpo no es, pues, sino la envoltura destinada á recibir el espíritu: desde luego, poco importa conocer su orígen y los materiales de que se halla constituido. Que el cuerpo del hombre sea ó no una creacion especial, no por eso deja de ser compuesto de los mismos elementos que el del animal, animado del mismo principio de vida, ó de otro modo dicho, calentado por el mismo fuego é iluminado por la misma luz, sujeto á las mismas vicisitudes y á las mismas necesidades: este es un punto acerca del cual no cabe contestacion.

A no considerar mas que la materia, el hombre nada tiene que

le distinga del animal; pero todo cambia de aspecto si se hace distincion entre la *habitacion* y *el habitante.*

Un gran señor, bajo el vestido grosero ó basto del aldeano, no por eso deja de ser el mismo gran señor. Lo mismo sucede con el hombre: no es su vestido de carne el que lo eleva sobre el bruto, haciendo de él un ser esencialmente diferente; es su ser espiritual, su Espíritu.—M.

(Se continuará.)

Por lo visto, *El Consultor de los Pàrrocos* no acepta la discusion en los términos por nosotros propuestos, esto es, obligándose á reproducir nuestros artículos de polémica, sin notas ni comentarios, como nosotros habríamos reproducido los suyos. *El Consultor* es prudente, y comprende que esto seria contribuir desde sus columnas á derribar el gran coloso de barro de los dogmas ultramontanos. Entre los lectores del colega hay muchos que comulgan aún con ruedas de molino, y no le conviene hacer entrever la fé razonada á las ovejas que apacienta en las verdes praderas de la fé ciega. Cuando se pone á la vista el mercantilismo religioso, se está por lo ménos en *potencia propincua,* como dirian Cervantes y *El Consultor,* de conocerlo y despreciarlo. *Qui amat periculum, in illo peribit*; más el colega no ama el peligro, y huye de perecer en él.

Pero si *El Consultor* huye de las situaciones comprometidas, EL BUEN SENTIDO se ha propuesto evitar las discusiones ociosas. El órgano clerical se muestra muy aficionado á controversias gramáticales (gramática de sacristía), y nosotros hemos venido á la prensa á algo más que á discurrir acerca del buen empleo de los adjetivos (1) posesivos. Si lecciones quisiéramos darle de gramática castellana, fácil nos fuera prodigárselas, aprovechando los descuidos que ha tenido en el mismo artículo ó artículos en que hace quijotesco alarde de una superioridad, que le cedemos de buen grado; pero ¿no seria esto gastar el tiempo inútilmente? Al gramático que nos reprende porque hemos escrito *el porvenir,* advirtiéndonos que en España se dice *lo porvenir* (2), ¿hay más que dejarle en su fátua presuncion? Y como las otras faltas que nos atribuye son tan imaginarias como la de que hemos hecho mérito, probado queda que el clérigo censor podrá llegar á ser canónigo ú obispo pero nunca académico de la lengua.

Si *roer* es discutir, hemos de confesar que *El Consultor de los Párrocos* es un *roedor* ó un *discutidor* infatigable. Y con esta confesion damos por terminada la polémica, prometiendo no tomar en serio en lo sucesivo los alardes filosóficos de la revista clerical.

---

(1) ¿Adjetivos? esclamará *El Consultor.*
(2) Segun el Diccionario de la Academia, *porvenir* es sustantivo masculino.

LÉRIDA.—IMP. DE JOSÉ SOL TORRENS.—1876.

EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO II. Lérida, Octubre de 1876. Número XIII.

SUMARIO.—«La Sávia del Cristianismo,» por J. Amigó y Pellicer.—«La Humanidad y su Educacion,» por M.—«Variedades.»

LA SÁVIA DEL CRISTIANISMO.

VIII y último.

Dijímos, y quedó demostrado en el segundo de los artículos de esta série, que la *abnegacion* es el primer principio de la semilla cristiana, y añadímos que en los artículos sucesivos veríamos en las enseñanzas evangélicas el *amor* y el *sacrificio* constituyendo con la *abnegacion* la sávia, el pensamiento completo de la gran revolucion moral iniciada por Jesús. Sí; en el desprendimiento propio, en el amor á Dios y á las criaturas y en el sacrificio por el bien de los demás está todo el misterio de la humana redencion. Esta es la tésis que hemos venido desarrollando, aunque no con toda la amplitud que podria darse á este género de estudios, con la necesaria para que todo el mundo se persuada de que el Cristianismo, religion purísima del alma, no es el ultramontanismo, secta que se nutre y vive de ostentacion y ceremonias.

Que es el Cristianismo? Dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; es el desinterés, es la oracion

elevada desde lo más secreto del hogar, es la persuasion por el amor y el sacrificio, es la igualdad de todos los hombres, es la redencion por las obras, es el culto del corazon, es la abnegacion de los ministros de la palabra, es la falibilidad de la criatura y la infalibilidad de Dios, es, en suma, Dios reinando en las almas y la beneficencia en las costumbres.

Qué es el ultramontanismo? Es la política del dominio clerical, ó el César á los piés del sacerdote; es el diezmo, es la primicia, es la bula de composicion, es la oracion retribuida, es el impuesto religioso sobre el hombre desde que nace hasta despues de muerto, es el despotismo sobre el entendimiento y el corazon, es la muerte de la libertad humana, es la elevacion de un hombre al trono del mismo Dios, es el cielo para el rico y el purgatorio para el pobre, es la salvacion por el temor y no por la virtud, es el culto farisaico de las formas, es, en una palabra, el mercantilismo en el templo y el dominio de la tribu de Leví sobre todo el pueblo de Israel.

Y, sin embargo, la escuela ultramontana blasona de ser la única que posee el testamento de Cristo. Lo peor es, no que ella lo diga, sino que haya quien lo crea. Porque, en realidad, tales son aun la ignorancia y el fanatismo de nuestros tiempos, que una gran parte del pueblo que se titula cristiano cree á pié juntillas en la infalibilidad de aquella escuela.

Por esta razon es de todo punto necesario que las verdades evangélicas lleguen á conocimiento del pueblo. La ocasion es oportuna, porque las huestes ultramontanas pelean á pecho descubierto y han arrojado la máscara que cubria sus propósitos. Aspiran á la dominacion universal, y no lo ocultan; quieren imponer la inquisicion al pensamiento, y hacen de ello alarde; buscan en los procedimientos de la política la anulacion de los derechos mas sagrados de la personalidad humana, y provocan con el mayor descaro sangrientas guerras civiles halagando la ambicion de cualquier pretendiente desalmado que los admita á sus consejos. Rebélanse contra los poderes constituidos; emplean sus riquezas, que debieran

distribuir entre los pobres, en pólvora y fusiles, y, no obstante haberlas recibido de los gobiernos, sírvense de ellas para derribar á los gobiernos. ¿No lo hemos, acaso, visto en España en estos últimos años? ¿Quién ha olvidado á los curas de Santa Cruz y de Flix, y á tantos clérigos que abandonaron su parroquia y el cuidado de sus ovejas para consagrarse por entero á los azares de la guerra? ¿Qué pueblo no llora las consecuencias de esa cruzada inmoral, que, á título de *guerra santa*, ha sembrado la discordia entre los hijos de un mismo suelo, el luto en las familias y la miseria en los hogares?

Si estas palabras encierran gravísimos cargos y duras acusaciones, no es nuestra la culpa, sino de aquellos que de error en error y de mistificacion en mistificacion han acabado por llevar el Cristianismo al mercado, comerciando con él como pudieran hacerlo con uno de los productos de la industria. Hipócritas, guías de ciegos, sepulcros blanqueados, llamaba Jesús á los fariseos de su época: léjos de escusarlos y disimular sus injusticias, los denunciaba en público para que todos huyesen de ellos y de sus engaños como de una raza de víboras. Son harto fatales las consecuencias de toda esplotacion ó fraude de carácter religioso, para que la sufran en silencio los corazones que laten á impulsos de un generoso sentimiento.

Perdonemos todos, porque todos tenemos necesidad de perdon; pero sin olvidar las enseñanzas históricas del presente, que conviene archivemos en la memoria con las enseñanzas del pasado, para utilizarlas con oportunidad y no dejarnos prender en las redes que tienden á los hombres los enemigos del progreso. Á los que nos hablen de cristianismo, probémoslos en la piedra de toque del Evangelio; y de esta suerte nos será fácil conocer si buscan nuestra salvacion ó su negocio. ¿No significa algo, y aun mucho, la prohibicion que por tanto tiempo ha pesado sobre la lectura de los sagrados libros? ¿Obedecia, por ventura, al temor de que sus máximas fuesen torcidamente interpretadas por el pueblo? Pues no se olvide que Jesús las predicaba á las muchedumbres, y que en

los principios de la iglesia eran leidas al pueblo con frecuencia; y esto sucedia en aquellos tiempos en que habia apóstoles y mártires, apóstoles que imitaban al Maestro en la mansedumbre, en la humildad, en la pobreza, en la tolerancia, y mártires que ofrecian su vida en testimonio de su fé. ¡Cuánto han cambiado las costumbres, los hombres y las creencias!

Esperemos!..... No en balde vino á la redencion de la humanidad terrestre un mensajero del Altísimo. No en balde fué el sarcasmo de los escribas y fariseos, cuya hipocresía les echaba al rostro, y el blanco de las iras de los sacerdotes, cuya preponderancia temporal recibia, con la palabra de Jesús, una violenta sacudida. No en balde amenazó de inmediata ruina al templo de piedra y barro, figura de la adoracion exterior, que ha de ser sustituida por la adoracion íntima del alma, cuyo templo no puede ser otro que la inmensidad del espacio. Algunos siglos de ofuscacion y tinieblas ¿son algo más que un paréntesis oscuro en la inagotable historia de las generaciones, algo más que un dia nebuloso en la eterna sucesion de las edades? Los principios constituvos de la sávia del cristianismo, la abnegacion, el amor y el sacrificio, conservan aun su fecundante virtud. El árbol está enfermizo, pero no muerto. Caerán pronto las ramas chuponas que entorpecen su ordenado crecimiento y absorben su lozanía, y entónces recobrará su vigor, y á su bienhechora sombra vendrán à guarecerse de las tempestades de la vida, uno tras otro, todos los pobres viajeros de la tierra.

J. Amigó y Pellicer.

LA HUMANIDAD Y SU EDUCACION.

VII.

Recordando lo que sobre la necesidad de la *educacion religiosa* y *moral* queda consignado hácia el final del precedente artículo, hemos de observar que su importancia, tal como la hemos venido recomendando, no es por cierto desconocida por los hombres altamente pensadores: bien sabemos que la comprenden en su fondo y la ensalzan muchos de ellos; pero, en general, es sobramente mirada con indiferencia y hasta con desden, cosa que parece imposible, lo cual es un mal grave, una rémora y grande obstáculo para el progreso y mejoramiento de los individuos y de las sociedades.

Y de aquí el desenfreno del fatal instinto, que cunde por doquiera; las tendencias y el apego á las sensaciones del más grosero egoismo; las prevaricaciones y los funestos y consiguientes desconciertos; los contratiempos con todo género de desazon aflictiva y perturbadora, y, por consiguiente, las miserias y sufrimientos que nos asaltan de continuo, y lastiman cada vez más y màs nuestra atribulada vida, privándola de las dulzuras del bien, de ese goce tranquilo que solo pueden proporcionarnos la cultura, la erudicion y las virtudes bajo el potente y suave influjo de una sólida y sabia educacion.

Recordemos aquí de paso que el hombre, aun en la presente vida y en su natural atraso, es imágen y reflejo de la naturaleza de un Dios y Padre supremo; pero es de él imágen tosca y embrionaria, destinada à desenvolverse y acentuarse cada vez más, á resplandecer sucesiva y progresivamente por el libre ejercicio interior y exterior de sus fa-

cultades, debiendo, mediante su gradual y cooperativa cultura, tender siempre á desarrollarse y fortificarse convenientemente depurándose de sus imperfecciones, hasta adquirir la plenitud de su fuerza física y moral, cual requiere el verdadero cumplimiento de su destino.

Nacemos impotentes casi para todo; nuestras capacidades dormitan, á escepcion del instinto en algunas de sus manifestaciones indispensables á los primeros ensayos de la vida; y si bien en fuerza de las circunstancias pueden aquellas empezar á desenvolverse, lo verifican empero de un modo todavía estéril, en términos que, de poca cosa le servirian al hombre aquellas naturales é incipientes influencias, si desde luego no le amparara la Providencia, y si á la par tambien no viniese en su apoyo el roce social á medida de su crecimiento, y á su vez el eslabon de la educacion en la familia y en la escuela. Con respecto á la educacion, viene sucediendo lo que en el pedernal por la percursion del acero; aquella análogamente hace brotar tambien la chispa de la actividad, la eficacia y la valía de la vida, vigorizándola gradualmente para todos los actos que puedan tener orígen en su misterioso laboratorio, mecánico, intelectual y moral, tal como el interés de la sociedad y la voluntad de Dios imponen al hombre como criatura racional y libre.

Dejamos ya sentado, y conviene traerlo á nuevo y buen recuerdo, que lo que debe procurarse en la esfera de nuestra vida humana, es preparar al niño á esta misma vida, dándole paulatina y metódicamente la fuerza y la perseverancia por médio del hábito, á fin de formar en lo posible su virilidad, su verdadero y sólido carácter; hacer al niño hombre capaz del cumplimiento de su mision, desde luego acá en la tierra, conduciéndole siempre por la senda del trabajo y del bienestar, y sobre todo de la rectitud, pues que sin ella no cabe esperar paz y tranquilidad en la vida presente, ni puede haber esperanza para la felicidad del porvenir allà en la vida espiritual y eterna. Tal es el objeto de la educacion que venimos recomendando, en su triple y trascendental acepcion, para el verdadero progreso y perfectibilidad de los individuos y de los pueblos.

Es decir: la *educacion física* para el desarrollo de la organizacion y el normal ejercicio de la vida; la *educacion intelectual*, para la buena direccion y aplicacion de las facultades mentales en pós de la investigacion de la verdad, con aplicacion, al propio tiempo, á los negocios propios y sociales; y la *educacion moral*, para la sólida cultura del sentimiento, de la conciencia, y tambien de la razon, enseñando al hombre á conducirse y gobernar su voluntad para el mejor acierto en las resoluciones de la vida, en seguimiento siempre de la práctica del bien.

Y se comprende sin esfuerzo esta gran necesidad, hoy aun más que nunca, por la sobrescitacion en que se hallan el deseo y el sentir de la actual generacion, requiriendo ésta por lo mismo una direccion generosa y ennoblecida, á fin de poderla apartar de sus aviesas escentricidades y desvaríos, á que se la ve propender muy desgraciadamente casi en su generalidad. Siendo de desear, por lo tanto, que los gobiernos, con la espontánea y franca cooperacion de los hombres de sano juicio y acendrado sentimiento, procuren sin dilacion y con el mas firme propósito plantear las bases de la *mejor educacion popular*, haciéndola estensiva hasta á las más insignificantes aldeas; no olvidando que todos tienen derecho á la instruccion educativa fundamental, como tambien es un deber de los gobiernos el proporcionársela, siéndolo igualmente para los pueblos el de adquirirla por todos los medios posibles.

Sin este beneficioso fruto de la civilizacion, no diremos difícil, sino imposible seria aunar y dirigir convenientemente las encontradas tendencias y aspiraciones de los individuos y de las sociedades, fundiéndolas y encauzándolas por mas regular via; es decir, encaminándolas por la única senda capaz de afianzar la paz y sosiego, à la par que su progreso y mejoramiento para el general bien de la humanidad.

Mas es necesario tambien tener en cuenta que ello no será nunca asequible, si no se piensa á su vez en la organizacion y fomento del trabajo en toda la esfera de sus mejores aplicaciones y usos de la vida. Nadie debe descono-

cer que hemos nacido y venido al mundo para la accion y el movimiento, para el trabajo: como decia Job, *el hombre ha nacido para trabajar, como el ave para volar.* No es el trabajo una expiacion, segun suele creerse; es principal y esencialmente una condicion indispensable á la existencia y desenvolvimiento del ser humano, así en lo físico como en lo moral. La ocupacion útil y bien llevada, evitando el exceso en el cansancio, fortifica la organizacion y es creadora de prosperidad y bienestar, contribuyendo á la par al buen desarrollo y depuracion del espíritu, tanto, que bien puede decirse que la buena ocupacion es la reguladora eficaz de la vida del cuerpo como tambien de la vida del alma. A este propósito, pues, no en vano podremos afirmar que el trabajo de las manos, el trabajo de la inteligencia y el ejercicio ennoblecido del sentimiento, todo ello decididamente alentado por nuestra generosa y firme voluntad, es lo que única y eficazmente puede conducirnos á esa anhelada organizacion social que quisiéramos ver fecundada y sostenida por un bien ordenado sistema de educacion popular, convenientemente planteado y generalizado.

En el armónico consorcio y desarrollo de estos dos preciosos elementos de prosperidad individual y social, la *educacion* y *la organizacion del trabajo,* es donde hay que buscar por parte de los hombres el seguro remedio para la que en la actualidad parece ser crónica y exacerbada enfermedad, que aqueja y sobrescita muy miserablemente á las más de las generaciones de esta humanidad terrestre. Estudiemos cuidadosamente sus síntomas, y si por fortuna llegamos á conocerlos en toda su intensidad, cosa que no habrá de sernos difícil aplicando bien nuestra reflexion, entónces forzosamente habremos de convenir todos en que el único remedio es el que dejamos indicado, el planteamiento de un buen sistema de *educacion fundamental,* con la bien premeditada *organizacion* del *trabajo* en todos sus respectivos órdenes sociales.

Si seguimos paso á paso el movimiento de las diversas sociedades que se han ido sucediendo, envueltas entre alter-

nativas de pujanza y decadencia, en las que han dejado recuerdos de leccion viva los hombres, nos convenceremos hasta la evidencia de que en las más de las vicisitudes que aquellas han esperimentado, han ejercido un imperioso influjo el desden, el olvido y hasta el abandono de la educacion y del trabajo, así de parte de los individuos como de las familias y sociedades. ¡Cuán insensatos y estériles para todo gobierno y administracion son los hombres que desconocen la importancia y el valor de la educacion y del trabajo, y no aciertan á ver en estos dos medios los más seguros puntos de apoyo del gran rodaje del mecanismo social en todos sus principales órdenes y aplicaciones!

Es fácil ver y convencerse de que, sin la fecundidad de aquellas trascendentales influencias, todo viene decayendo, á veces precipitadamente, en términos de llegar á hundirse en insondable y miserable abismo. Podrá, sí, hablársenos de civilizaciones ficticias, de civilizaciones que en apariencia habrán podido brillar más ó ménos en virtud de especiales circunstancias; pero tambien es cierto que á falta de propio arraigo y consistencia, por carecer de fecundante y sostenedora sàvia, hanse derrumbado bien pronto y desaparecido en fuerza de su creciente y anticipada caducidad, ó bien por carecer de aquella virilidad que nutrir y sostener pudiera aquellos sociales organismos.

No debieran, pues, olvidar nuestros hombres de gobierno, en via de una administracion próvida y laudable, las sencillas pero sinceras insinuaciones que preceden, que bien vale la pena y bien lo merece nuestra España; por lo que habrian de ocuparse desde luego muy interesadamente sobre todo de la organizacion y fomento de la *educacion popular*, hoy tan lastimosamente abandonada y abatida. Hemos de repetirlo, porque quisiéramos que nadie lo ignorara: sin el saludable y potente influjo de la buena educacion, en vano será levantar la voz y el árbol de la libertad, la voz del progreso y del órden, de la paz, del mejoramiento y prosperidad nacional, cual nos incumbe ante la faz de la preponderante civilizacion de las más de las naciones europeas.

No hay que dudarlo; todo, sin la fecundidad de un principio regenerador, de una bien entendida educacion fundamental, aplicada desde luego al mejor desarrollo de las artes, de la industria, y en particular de la agricultura, todo decae visiblemente, ó bien los gérmenes de la prosperidad y bienestar de los pueblos quedan latentes; siempre nuestros adelantos serán estériles y sin provechoso efecto, síno se presentan y propagan los grandes medios de la instruccion y de la educacion que con tanto afan reclamamos para nuestra, hoy por hoy, desventurada patria. Comprendamos de una vez que nuestros horizontes de progreso y engrandecimiento son extensos, y muy suceptibles por cierto de halagüeño porvenir, si es que sepamos recorrerlos con actividad afanosa y con solicitud perseverante. Recorrámoslos, pues, segun nuestros alcances, en lo indefinido de su extension, en toda su amplitud, si tal pudiera ser: tal es la ley eterna impuesta al hombre para irse elevando y mejorando por su constante y bien aplicada actitud, siempre en cumplimiento del progreso, que es el cumplimiento del deber.

El espíritu humano no deberia, por lo mismo, sustraerse á ese sagrado cumplimiento, que al fin y al cabo ha de sernos ineludible, porque la ley de esa perfectibilidad inefable á que hemos aludido, tarde ó temprano habrà de cumplirse, puesto que es esta la voluntad del Criador, que es eterna é inmutable. Y ello debe verificarse por medio del trabajo y de la educacion, de la ayuda del hombre por el hombre y mediante el auxilio de Dios. Sí, del hombre por el hombre en todas las situaciones de la vida, especialmente en las primeras edades, como tambien á su vez de la humanidad por la humanidad, en via del progreso en la paz y en la libertad; debiendo tenerse entendido tambien que ello debe realizarse en fuerza de los naturales recursos del hombre puestos en conveniente y generosa actividad, y á la vez é indispensablemente bajo el apoyo y amparo de la Providencia, pues sin este celestial auxilio nada puede por sí mismo el ser humano, bien que dicho amparo no ha de faltarle nunca cuando lo implore férvida y humildemente y con firmes y elevados propósitos.

Sí, efectivamente, y no importa que lo repitamos, no debiéramos desentendernos nunca de la consideracion de que nos hallamos en una gran necesidad y obligacion moral que nos envuelve y atañe á todos, y es que por nuestra libre y generosa actividad debemos procurar elevarnos de fuerza en fuerza, de iluminacion en iluminacion y de amor en amor, siempre propendiendo en alas del *saber* y de la *caridad* hácia ese tipo increado, hácia ese seno divino, que es fuerza, inteligencia y amor en grado infinito.

Tal debiera ser incesantemente la aspiracion de los seres inteligentes y sensibles, de todas las criaturas humanas, ya en pós del bien propio, ya de la familia, ya de la sociedad en general; pues solo así es como las generaciones y las civilizaciones se engrandecen, y la humanidad puede marchar sin interrupcion á sus providenciales fines obedeciendo á la ley del perfeccionamiento. Entónces sí, á buen seguro, podrá esperarse que, predominando el bien más y más sobre la tierra, subyugando el hombre sus tendencias hácia el mal, se nos ofrezcan y hagan estables entre nosotros la paz y la dicha, en lugar de las tribulaciones y miserias, que son consiguientes cuando el mal y el vicio prevalecen; porque entónces, repárese bien, con el *amor*, que es la síntesis de la grandiosa ley moral del mundo, vendria á establecerse la entrañable benevolencia entre los hombres, esa hermosa y fecundante *fraternidad*, que, realizada en toda su genuina significacion y subordinada al amor divino, se convierte en pura y verdadera *caridad*, principio y fin de todas las elevaciones humanas.

Tal es tambien el principio y fin de nuestros deberes, el principio y fin de nuestra perfeccion y de la inefable felicidad á que debe aspirar constantemente el corazon humano, felicidad suprema á que solo pueden llegar los varones rectos, que son los que dichosamente saben obrar el *amor*, la *caridad*, la *humildad*, el *sacrificio*, la *abnegacion* y el *perdon de las ofensas*, segun las enseñanzas del Evangelio de Jesús.

M.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

EL ESPIRITISMO EN LA CREACION.

Estando una tarde en un centro espiritista, me fué presentado un jóven militar, cuya mirada lánguida y pensadora decia claramente que pasaba por una de esas crísis supremas que abaten el cuerpo y fatigan el alma.

Entablamos conversacion, y supe con tristeza que no me habia engañado en mis observaciones: el jóven en cuestion habia perdido à su esposa, y dos niños pequeños le preguntaban con su incesante llanto, qué habia hecho de su madre.

Como es natural, nuestro diálogo se fué animando; discutimos sobre las escelencias de la doctrina espiritista, poco más ò ménos en los términos siguientes:

—El dolor le hace á V. buscar los consuelos del espiritismo, no es verdad?.

—Sí, señora: ya hace algun tiempo que pensaba estudiar la filosofía de Allan Kardec, y he leido varios libros de esa escuela.

—¿Y què le parecen?

—Muy buenos, pero no me convencen.

¿Por què?

—Porque lo que yo quisiera es obtener algunas pruebas

—¿Pruebas, de qué?

—¿De qué? de la existencia de los espíritus; yo quisiera verlos, oirlos, sentirlos....

¡Oh! si tal sucediera, entònces. .. entónces yo le aseguro á V. que creeria sin restricciones.

—Y en tanto eso no suceda?

—En tanto .. en tanto dudaré; porque no acostumbro *creer* sin *ver*.

—Lastima es que sea V. mìope del alma.

—¿Míope, dice V?

—Si; porque pretende V. ver las pruebas de nuestra supervivencia espiritual pidiendo para esto tocar granos de arena, sin *ver* que ante sus ojos tiene altas montañas

—¡Altas montañas!

—Sí, señor, sí; para creer que el alma tiene pasado, presente y futuro, no es necesario que una mesa gire, ni que oigamos ruidos inusitados ni estemporáneos.

—Pues entónces ¿qué nos ha de dar el convencimiento?

—Nosotros mismos, examinándonos detenidamente.

—¿Y de tal exámen podremos deducir que el espiritismo es una verdad?

—Si. y mil veces sí; cada hombre es un libro cuyas páginas no tienen ni prólogo ni epílogo, no hay en sus hojas mas que fragmentos, y Dios que es el centro de la perfeccion no pudo hacer tantos libros incompletos.

—Me hace V reir con su comparacion.

—V. podrá reirse cuanto quiera, pero yo le invito á que mire conmigo las edades del hombre à ver que encuentra en ellas.

¿Què es el niño? En general es esencialmente egoista, caprichoso, voluntarioso, exigente, tirànico, descontentadizo y voluble, más que todas las mujeres coquetas del mundo.

¿Qué es el jóven? En su edad es cuando el hombre tiene mejor condicion: en la juventud hay más sentimiento, más abnegacion, más espontaneidad, más idealismo.... ¡Benditas, benditas sean las horas de la primavera de esta vida; porque el cálculo no apresura ni detiene los latidos del corazon!

¿Qué es el hombre en la edad madura? Razona con frio detenimiento: en su mente no arde la llama del entusiasmo; medita àntes de sentir, analiza ántes de juzgar. Su cabeza es el laboratorio de sus sentimientos.

¿Qué es el hombre en la ancianidad? Mucho se parece al niño, porque, como él, es tiránico y profundamente egoista; esto es hablando en general. Hay muchísimas escepciones; pero la mayoría de los habitantes de la tierra adolecen de los defectos antes citados: y ¿eree V. que un Dios tan grande, habia de haber creado á seres tan pequeños, limitando su vida á tan microscópicas proporciones?. No, amigo mio; no.

¿Cree V. que la vulgaridad de nuestros sentimientos no

tendrá ante sí un futuro ilimitado, para que pueda pulirse el diamante de nuestro corazon, y recibir las facetas del amor y de la caridad?

¿Cree V. que nuestras pasiones, tan materiales, tan mezquinas, tan rastreras, tan esclusivistas, no tendràn un mañana para ennoblecerse, para sublimarse, engrandeciéndose hasta divinizarse?

¿Cree V. que esas criaturas que quedan huérfanas en la cuna, como les ha sucedido à sus pobres hijos, no encontrarán un dia á la madre que aquí perdieron, y no seràn resarcidos y recompensados de todas las pérdidas que en esta étapa de su eterna vida sufren en los primeros momentos de su instalacion en este mundo?

¿Cree V. que el amor, ese sentimiento purísimo, esa condensacion del aliento de Dios, ese flúido universal, esa suprema causa de la cual resultan todos los efectos, no tiene màs intérpretes, no cuenta con mas instrumentos que con los hombres de este planeta?

¿Piensa V. que en la tierra sabemos querer?

Estudie detenidamente en el libro de la familia, y verá que somos los infusorios de las pasiones: únicamente la madre es la que escribe la primera página en la historia sagrada del amor; los demás deletreamos con sumo trabajo en el alfabeto de la ternura.

Dice un adagio: Nadie se muere de amor. Sí, se muere; las madres suelen morir, ó llorar constantemente recordando á sus hijos: la madre es el único ser que siempre perdona y jamás olvida.

Decia Lamartine que nadie se creyera desgraciado si habia recibido el beso de su madre.

Razon sobrada tenia el insigne poeta: el beso de una madre es la única caricia que Dios nos hace en la tierra.

Los demas afectos son tan deleznables, pasan tan veloces como las olas sobre la arena, sin dejar huella; del mismo modo se deslizan por nuestra mente las mas violentas pasiones.

¡El llanto brota de nuestros ojos!

¡Los gemidos, de nuestros labios!

Despues..., despues el simoun del olvido barre las arenas del dolor, y seguimos viviendo melancólicamente, segun dicen unos, ó avergonzados (digo yo) de nuestra veleidad; por-

que si bien es cierto que á la desesperacion primera puede sustituir la resignacion y el culto espiritual del imperecedero recuerdo, somos hechos de barro, y ¿qué ha de dar un poco de arcilla?

Una nube de polvo, si está seca por la indiferencia; y un poco de fango, si la riega el llanto de la contrariedad.

¿Y cree V. que Dios, ese artista de todos los tiempos, ese Pigmalion de todas las edades, ese increado progreso de todos los siglos, ese infinito de todos los infinitos: habiéndole dado belleza relativa al mas humilde insecto, á la flor de los prados, al inquieto pececillo, habia de haber dejado sin herencia al que llamamos rey de la creacion?

Rey por su razon.

Mas ¿de qué le sirve esta? llega en ningun estado de su vida terrenal á la perfeccion?

Nunca, nunca desgraciadamente.

Si en un sentido se engrandece, en los demás suele ser nulidad completa.

Los músicos, los grandes poetas, los inspirados pintores, los hijos de Fidias, todos los artistas, en fin, como igualmente los que son tenidos por filósofos y sábios, fuera de su centro especial les falta accion, movimiento y vida comunicativa.

Suelen tener tristezas estrañas, melancolías desesperantes, ssplen ingles, mal humor español, transiciones sombrías que han sido bautizadas por Emilio Castelar con el pomposo nombre de *nostalgia del infinito*.

Bellísima definicion, propia del primer orador poético de nuestro siglo; pero llámese como se quiera, en el terreno práctico de la vida, el artista y el filósofo sufren y hacen sufrir á los que les rodean; porque nunca los desequilibros orgánicos redundan en armonía individual, sino colectiva.

Queda sentado como irrefutable principio, que nuestra imperfeccion personal es patente; ningun ser reune la sublimidad y la sencillez, el valor y la humildad, la razon helada y la creencia ciega, la caridad y la discrecion, siempre, siempre una idea vive á espensas de otra, ¿y es el hombre, un conjunto tan imperfecto, la obra mas acabada del Creador?

¡Absurdo inconcebible! ¡error inaceptable!

Créame V., amigo mio, créame V.: para conocer la verdad del espiritismo no hay mas que mirar la humanidad.

El espiritismo está en la creacion.

El espiritismo está al alcance de todas las inteligencias.

El espiritismo es la más sencilla, la más lógica, la más exacta manifestacion de Dios.

No comprendo al deista sin ser espiritista.

No comprendo mas que dos estremos:

O la nada del materialismo, ó el todo del espiritismo.

He aquí porque digo que es miópe del alma aquel que necesita de un fenómeno para creer en la vida ultra-terrena.

Lea V. la historia, y verá la existencia de todos los grandes hombres cuán combatida ha sido.

¿Es justo, es noble, es digno de la justicia y de la sabiduría de Dios, que genios como Galiléo, Cristòbal Colon, Miguel Angel, Sòcrates, Homero, Séneca, Camóens, Cervantes.... y tantos millones de hombres como han dejado recuerdo en la tierra, hayan vivido muriendo y hayan muerto para siempre?

¿Para qué su talento?

¿Para qué su inventiva?

¿Para qué su abnegacion?

¡Ah! no, no, amigo mio; la vida es infinita, porque la vida es la síntesis de Dios.

¿Cree V., pobre visionario, que Dios rige los destinos de este mundo?

No; están regidos por nosotros mismos.

El bien es el punto de partida que el eterno le fijó al hombre: el mal lo creamos nosotros por nuestras leyes arbitrarias y anti-naturales, por nuestro esclusivismo, por nuestro despòtico deseo, que es el que ha inventado las castas y las diferencias sociales, las necias gerarquías, cuando no hay mas nobleza positiva que la nobleza de los sentimientos, ni mas riqueza incorruptible que los conocimientos científicos y las virtudes.

Si á Dios pudiera llegar la ofensa ¡cuàntas veces lo hubiéramos ofendido! Felizmente Dios no anda mezclado en nuestras torpes acciones: es infinito en su esencia, y no puede descender á las miserias humanas.

—Lo que V. me dice no me convence, pero sí me hace pensar, y prometo que iré leyendo y analizando, á ver si creo.

—Si, amigo mio; lea V, y principalmente lea en su conciencia y en la historia palpitante de la humanidad, y exami-

nándola y comparàndola, no pasará mucho tiempo sin que sea V. espiritista, no por pasajera impresion, sino por íntimo y profundo convencimiento.

—Me alegraré que se cumpla lo que V. predice.

—Si; se cumplirà, si V. no dice como los cardenales que juzgaron á Galileo cuando este desarmó y limpiò delante de ellos su telescopio y los invitò á que miraran por él: *No queremos mirar.*

Quiera V. ver, y verá; pues el espiritismo está en la creacion.

—Adios, señora, no olvidaré vuestro consejo.

—Plegue á Dios que algun dia me diga V. con melancólica alegría:

¡Ya soy espiritista.....

Amalia Domingo y Soler.

Barcelona.

CARTAS SOBRE LA COMUNICACION ESPIRITUAL.

V.

La esencia de la *materia espiritual* ¿es idéntica à la de la materia primitiva de donde proceden los sistemas estelares y los cuerpos todos que percibimos por medio de los sentidos? Cuestion tan árdua es la que envuelve esta pregunta, que, sin vacilar, podemos clasificarla entre aquellas cuya solucion se halla fuera del alcance de la inteligencia humana. Encierra un *verdadero* misterio; y claro está que, al decir *verdadero*, lo distingo de aquellos misterios monstruosos que la razon rechaza por absurdos, y lo considero entre los que podemos llamar *divinos secretos*, ante los cuales la razon se doblega confesando su impotencia. En este *misterioso* terreno no nos es lícito establecer afirmaciones, y sí sólo discurrir por congeturas más ó ménos probables, á manera de ensayos del entendimiento humano en una senda perdida entre profundísimas tinieblas.

Hecha esta salvedad, séame permitido aventurar una hipótesis que será la espresion de mi modo de ver en este punto. En todos los serés, en todas las cosas que la naturaleza expone á nuestra observacion y estudio, manifiéstanse con toda claridad y distincion dos sustancias, una activa y otra pasiva, la una señora y la otra esclava, la una inteligente y libre y la otra ciega é inerte, completándose mútuamente, y produciendo juntas la armonía universal. Así en la imperceptible molécula de polvo que flota al tenue soplo de la brisa, como en el más jigantesco de los cuerpos estelares que ruedan por los abismos del èter; así en el humilde liquen como en el orgulloso cedro; así en el reptil como en el ave; así en el zoófito, que se enlaza con el vegetal, como en el hombre, que bla-

**

sona de participar en cierto modo de la naturaleza divina, ¿quién no ve, quién no admira un sorprendente equilibrio de sustancias, distintas en sus manifestaciones; una inefable armonía de la sustancia que imprime la fuerza con la sustancia que la recibe, del principio vivificante con la materia inerte, de la inteligencia y el sentimiento, emanaciones, podemos decir, de la divina sustancia, con la materia inconsciente? ¿No palpita en todos los serés del universo y en cada uno de sus átomos una ley que no puede ser sino hija de un poder omnipotente, una luz que no puede ser sino irradiacion de una sabiduría infinita? La atraccion y repulsion molecular, la gravedad, la gravitacion universal, la armonía, la tendencia á la conservacion en los vegetales, la sensacion y el instinto en los animales, el sentimiento, la voluntad y la inteligencia en el hombre ¿pueden acaso concebirse como manifestaciones de la sustancia pasiva que entra en la formacion de los cuerpos orgánicos é inorgánicos?

Partiendo de todas estas consideraciones, muy dignas de ser tenidas en cuenta, yo opino que son dos las sustancias constitutivas del universo, procediendo de una la *materia corpórea*, y de otra la *materia* ó sustancia *espiritual*, puesta la primera al servicio de la segunda para el cumplimiento de la más sabia de las leyes que rigen la creacion. El universo corpóreo, en toda su inmensidad, al servicio del espíritu infinito, del alma de la naturaleza, de Dios: los cuerpos limitados, finitos, pequeños, al servicio de los espíritus en ellos individualizados, ó de las emanaciones espirituales que en ellos ensayan su individualizacion. Sólo así puedo esplicarme el marcado dualismo que se observa en los fenómenos y manifestaciones naturales.

Ya ves, por tanto, amigo mio, que, si distante estoy de aquella escuela espiritualista que tiene por cimiento de sus doctrinas una abstraccion inconcebible y, á mi modo de ver, absurda, no lo estoy ménos del materialismo, de ese materialismo audaz que atribuye á la materia palpable las más ennoblecidas funciones del entendimiento humano. En mi sentir, así como hay el éter generador de las individualizaciones y selecciones corpóreas, que son los mundos del firmamento y las materias orgánicas que contienen, hay asimismo el éter generador de las individualizaciones y selecciones espirituales, que son los espíritus en sus diferentes gerarquías y los ensayos de individualizacion del principio espiritual más ó ménos adelantados. Èter de los cuerpos y éter de las almas: dos sustancias reales, primitivas, recíprocamente complementarias para la constitucion del universo, necesarias ambas para la realizacion de todos los conciertos naturales. Digamos que el mundo moral es la palanca inteligente que mueve la creacion, y el mundo físico el punto de apoyo en que descansa.

Lérida 30 Setiembre 1876.

LA CREACION,

SEGUN LA CIENCIA, LA FILOSOFÍA Y LA NUEVA REVELACION.

(*Continuacion.*)

Encarnacion de los espíritus.

El espiritismo nos enseña la manera como se opera la union del espíritu y del cuerpo en la encarnacion.

El espíritu, por su esencia espiritual, es un ser indefinido, abstracto, que no puede tener accion alguna directa sobre la materia; le es indispensable un intermediario; este intermediario se halla en la envoltura fluidífica que en cierto modo forma parte integrante con el espíritu, envoltura semimaterial, es decir, participando de la espiritualidad por su naturaleza etérea; como toda materia, aquella deriva tambien del flúido *cósmico universal*, el cual, en esta circunstancia, experimenta una especial modificacion. Dicha envoltura, designada bajo el nombre de *perispíritu*, de un ser abstracto hace del espíritu un ser concreto, definido, concebible por el pensamiento; ella lo hace apto para obrar sobre la materia tangible, á la manera que todos los flúidos imponderables, que, como es bien sabido, son los más poderosos motores.

El flúido perispiritual es, pues, el lazo de union entre el espíritu y la materia. Durante su union con el cuerpo, es el que sirve de vehículo del pensamiento para trasmitir el movimiento á las diferentes partes del cuerpo ó del organismo, que obran bajo la impulsion de su voluntad, y para repercutir en el espíritu las sensaciones producidas por los agentes exteriores. Tiene por conductores los filamentos nerviosos, á la manera que en el telégrafo el *flúido eléctrico* tiene por conductores los hilos metálicos.

Cuando el espíritu ha de encarnarse en un cuerpo humano en via de formacion, un lazo fluidífico, que no es más que uua expansion de su perispíritu, le adhiere al gérmen, hácia el cual se halla atraido por una fuerza irresistible desde el momento de la concepcion. A medida que el gérmen se desenvuelve, el lazo se contrae. Bajo la influencia del *principio vital material del gérmen*, el perispíritu, que posee ciertas propiedades de la materia, se une, molécula con molécula, con el cuerpo que se forma: por lo que puede decirse que el *espíritu*, por el intermediario de su perispíritu, toma en cierto modo *raiz* en el gérmen, á la manera que lo verifica una planta en la tierra. Cuando el gérmen está completamente desarrollado, la union queda terminada y entónces nace á la vida exterior.

Por un efecto contrario, esta union del perispíritu y de la materia carnal, que se habia verificado bajo la influencia del principio vital del gérmen, cuando este principio cesa de obrar á consecuencia de la desorganizacion del cuerpo, lo que dá lugar á la muerte,

la *union* que se habia sostenido por una fuerza obrante, cesa cuando esta fuerza deja de obrar. Entónces el perispíritu se desprende de molécula en molécula, como se habia unido, quedando el espíritu en libertad. No es, pues, la desaparicion del espíritu la que causa la muerte del cuerpo, sino la muerte del cuerpo la que da lugar á la separacion del espíritu.

El espiritismo nos enseña, por los hechos que sujeta á nuestro estudio, los fenómenos que acompañan á esta separacion: ella es rápida algunas veces, fácil, dulce é insensible; otras veces es lenta, laboriosa, horriblemente penosa, segun el estado moral del espíritu, y puede durar meses enteros.

Un fenómeno particular, igualmente señalado por la observacion, acompaña siempre á la encarnacion del espíritu. Desde que éste con su perispíritu se une al gérmen, la turbacion se apodera de él: esta turbacion crece á medida que el lazo de union se contrae, y, en los últimos momentos, el espíritu pierde toda conciencia de si mismo, en términos que no es nunca testigo consciente de su nacimiento. En el momento en que el niño respira, el espíritu empieza á recobrar sus facultades, que se desarrollan á medida que se forman y se consolidan los órganos que deben servir para su manifestacion. Aquí otra vez resplandece la sabiduría que preside á todas las partes de la obra de la creacion. Facultades demasiado activas gastarian y destruirian los órganos aun delicados; de aquí el que su energía esté proporcionada á la fuerza de resistencia de esos órganos.

Pero al mismo tiempo que el espíritu recobra la conciencia de sí mismo, pierde el recuerdo de su pasado, sin perder las facultades, las cualidades y las aptitudes adquiridas en su estado anterior, aptitudes que momentáneamente habian quedado adormecidas y que, al volver á su actividad, van á ayudarle en la obra de su perfeccionamiento. Aquí igualmente se manifiesta la bondad del Creador; porque el recuerdo de un pasado las más veces penoso y humillante, uniéndose á las amarguras de la vida ó de su nueva existencia, podria turbar al espíritu y coartar su libertad. Si algunas veces conserva una vaga intuicion de los sucesos pasados, es como el recuerdo de un sueño fugitivo. Cuando vuelve á la vida espiritual, su pasado se despliega ante sus ojos, y juzga si ha obrado bien ó mal, si ha empleado bien el tiempo ó lo ha perdido inútilmente

No hay, pues, solucion de continuidad en la vida espiritual, no obstante el olvido del pasado: el espíritu es siempre el mismo, ántes, durante y despues de la encarnacion: la encarnacion no es más que una faz especial de su existencia. El olvido no tiene lugar sino durante la vida exterior de relacion; y el espíritu recobra la memoria de los hechos que le atañen, siempre que regresa á la vida propiamente espiritual.

Tomando la humanidad en su grado más ínfimo de la escala intelectual, en los salvajes más atrasados, se pregunta uno si es ese el punto de partida del alma humana.

Segun la opinion de algunos filósofos espiritualistas, el principio inteligente, distinto del principio material, se elabora pasando por los diversos grados de la animalidad: en estos es donde el alma se ensaya á la vida y desenvuelve sus primeras facultades por medio del ejercicio, siendo esto para ella, por decirlo así, su tiempo de incubacion. Llegada al grado de desarrollo donde empieza la libertad espiritual, recibe las facultades especiales que constituyen el *alma humana.* De este modo hay filiacion espiritual, como hay filiacion corporal.

Este sistema, fundado sobre la gran ley de unidad que preside á la creacion, responde, mejor que otro alguno, á la justicia y à la bondad del Criador: dà una salida, un objeto, un destino á los animales, que de otra manera no son mas que seres desheredados; así ellos encuentran en el porvenir que les està reservado una compensacion á sus sufrimientos. Lo que constituye al hombre espiritual, no es su orígen, sino los atributos especiales de que se halla dotado á su entrada en la humanidad, atributos que le trasforman, haciendo del mismo un ser distinto, á la manera que el fruto sabroso es distinto de la raiz amarga de que ha provenido. Por haber pasado por la hilera de la animalidad, el hombre no por eso deja de ser el hombre; ya él entónces no es el animal, como el fruto tampoco es la raiz, como el sabio no es tampoco el feto tal cual fué iniciado en la vida del mundo.

Mas este sistema solivianta, dando lugar á cuestiones de que no es oportuno ocuparse aquí ni en pró ni en contra, como ni tampoco de examinar las diferentes hipótesis que se han hecho sobre este asunto. Sin ir, pues, à buscar el orígen del alma y las vias por las cuales haya podido pasar, la consideraremos desde su entrada en la humanidad, desde el punto en que, dotada de sentido moral y libre arbitrio, empieza á contraer la responsabilidad de sus actos.

La obligacion que incumbe al espíritu encarnado de proveer al alimento de su cuerpo, á su seguridad, à su bienestar, le obliga á aplicar sus facultades, á ejercerlas y darles desenvolvimiento. Su union con la materia es útil á su adelanto, y por eso la encarnacion le es necesaria. Además, por el trabajo inteligente con que obra en provecho suyo sobre la materia, coopera á la trasformacion y al progreso material del globo que habita; y así es como, á la vez de progresar, él mismo concurre á la obra del Criador, de quien es agente inconsciente.

Pero la encarnacion no es ni constante ni perpetua; no es más que transitoria. Al dejar el espíritu un cuerpo, no toma otro instantáneamente: durante algun tiempo, más ó ménos considerable, vive en su vida de espíritu, que es su vida normal; de tal manera, que la suma de tiempo empleado en sus diferentes encarnaciones, es muy poca cosa, comparada á la del tiempo que pasa en estado de vida de espíritu libre.

En el intervalo de sus encarnaciones, el espíritu progresa igualmente, pues que en este sentido aprovecha para su adelantamiento la experiencia y los conocimientos adquiridos durante la vida corporal: se habla aquí del espíritu llegado al estado de alma humana, teniendo la libertad de accion y la conciencia de sus actos. El examina todo lo que ha hecho durante su peregrinacion terrestre, pasa revista de lo que ha aprendido, reconoce sus faltas, forma sus planes, tomando las resoluciones con las que cree poder guiarse en su nueva existencia con el objeto de mejorar. De este modo cada existencia es un paso hácia adelante, ó sea en la via del progreso; es para él una especie de escuela de aplicacion.

La encarnacion no es, pues, normalmente un castigo para el espíritu, como algunos han creido; es más bien una condicion inherente á la inferioridad del espíritu y un medio de progreso.

A medida que el espíritu progresa moralmente, se desmaterializa; es decir, se depura, sustrayéndose á la influencia de la materia: su vida se espiritualiza, sus facultades y sus percepciones se agrandan, y su felicidad viene como en consecuencia en proporcion del progreso realizado. Pero como él obra en virtud de su libre albedrío, puede, por negligencia ó por mala voluntad, retardar su adelantamiento; prolongar por consiguiente la duracion de sus encarnaciones materiales, que entónces se convierten para él en un castigo, supuesto que por su falta permanece en el rango de los seres inferiores, obligado por lo mismo á volver á comenzar su tarea. Depende, pues, del espíritu abreviar, por medio de su trabajo de depuracion sobre sí mismo, la duracion del período de las encarnaciones.

El progreso material de un globo marcha á la par con el progreso moral de sus habitantes: luego, como la creacion de los mundos y de los espíritus es incesante, y estos progresan más ó ménos rápidamente en virtud de su albedrío, resulta que hay mundos más ó menos antiguos, á diferentes grados de adelanto físico y moral, donde la encarnacion á su vez es más ó ménos material, y donde, en consecuencia, el trabajo para los espíritus es más ó ménos rudo. Es de suponer que la tierra es uno de los mundos poco adelantados: poblada de espíritus relativamente inferiores, la vida corporal es aquí más penosa que en otras moradas del espacio.

Cuando los espíritus han adquirido en un mundo la suma de progreso que le es compatible, lo abandonan para encarnarse en otro más adelantado, donde adquieren nuevos conocimientos, y así sucesivamente hasta que, no siéndoles ya necesaria la encarnacion en un cuerpo material, viven exclusivamente de la vida espiritual, en la que progresan todavía en otro sentido y por otros medios. Llegados al punto culminante del progreso, gozan de una felicidad estable: admitidos en los consejos del Todo-Poderoso, poseen su pensamiento, y se convierten en sus mensajeros, sus ministros directos para el gobierno de los mundos, teniendo bajo sus órdenes los demás espíritus en sus diversos grados de adelanto.

Así, todos los espíritus, encarnados ó desencarnados, cualquie-

ra que sea la gerarquía á que pertenezcan, desde el más pequeño hasta el más grande, tienen sus particulares atribuciones en el gran mecanismo del universo; todos son útiles al conjunto, al propio tiempo que son útiles á sí mismos.

La colectividad de los espíritus es en cierta manera el alma del universo; es el elemento espiritual que obra en todo y por todo, bajo la impulsion del pensamiento divino. Fuera de tal elemento, no hay más que la materia inerte, sin objeto, sin inteligencia, sin otro motor que las fuerzas materiales, que dejan muchos problemas insolubles.

Por la accion del elemento espiritual *individualizado,* todo tiene su objeto, su razon de sér; todo se explica: hé aquí porque, sin la espiritualidad, todo queda envuelto en las más insuperables dificultades.

Así que la tierra se ha hallado con las condiciones climatéricas apropiadas á la existencia de la especie humana, han venido espíritus á encarnarse en ella, y bien que los primeros venidos hayan debido ser poco adelantados, debió de haber existido entre ellos diferencias sensibles en sus caractéres y aptitudes segun el grado de su desarrollo intelectual y moral. Los espíritus semejantes debieron de agruparse naturalmente en razon de su analogía y simpatía. De esta manera, la tierra se ha encontrado poblada de diferentes categorías de espíritus más ó mémos aptos ó refractarios al progreso. Recibiendo el cuerpo el sello propio de la elevacion del espíritu, y procreándose los cuerpos segun su tipo respectivo, han debido resultar de ello diferentes razas, así en lo físico como en lo moral. Los espíritus similares, encarnándose con preferencia y sucesivamente entre sus semejantes, han podido perpetuar el carácter distintivo físico y moral de las razas y de los pueblos, que no se perderá sino lentamente y al través del tiempo por la fusion y el progreso de los espíritus.

Podrian compararse los espíritus que han venido á poblar la tierra á esas bandadas de emigrantes de orígen diverso, que van á establecerse en una tierra vírgen. Allí encuentran la madera y la piedra para construir sus habitaciones, dando cada cual á la suya una forma diferente, segun el grado de su inteligencia y de su gusto. Allí se asocian por analogía de orígen y simpatías, formando luego tribus, y despues pueblos, que tendrán sus costumbres y su carácter peculiares.

El progreso no ha sido uniforme en toda la especie humana: las razas más inteligentes han debido adelantar naturalmente más que las otras, además de que los espíritus nuevamente nacidos á la vida espiritual, habiendo venido á encarnarse sobre la tierra despues de los primeros, contribuyen á establecer más sensiblemente la diferencia del progreso. Seria ilógico, en efecto, dar la misma antigüedad de creacion á los salvajes que apenas se distinguen de los monos, que á los Chinos, ó que á los civilizados Europeos.

Los espíritus de los salvajes, no obstante, pertenecen tambien

á la humanidad: ellos alcanzarán algun dia el nivel de los civilizados; pero no será seguramente en los cuerpos de la misma raza física, impropios para un determinado desarrollo intelectual y moral. En cuanto el instrumento deja de tener la aptitud necesaria al conveniente estado de progreso, emigra el espíritu para encarnar en otro de un grado superior, y así sucesivamente, hasta que habrá podido conquistar mayores grados de adelantamiento en otros mundos y organismos superiores.

M.

(*Se concluirà.*)

INSTRUCCIONES POPULARES.

IV. (1)

Las obligaciones que nos ligan à nuestros semejantes están definidas en las dos palabras de *justicia y caridad.*

Con la justicia nos abstendremos de hacerles mal; con la caridad les haremos cuanto bien podamos. La justicia nos manda que no hagamos á los demás lo que no quisiéramos que se nos hiciese á nosotros mismos; la caridad nos dice que hagamos al prójimo todo el bien posible, que es tambien lo que desearíamos que se nos hiciese. Nunca habríamos de perder de vista estas máximas; mañana y tarde tendrian los padres que leerlas y explicarlas á sus hijos, los Maestros á sus alumnos, los superiores á sus subordinados: en cada casa, en cada establecimiento, en cualquier sitio de reunion tendria que haber inscripciones en letras de oro para recordarnos siempre esos dos grandes preceptos. ¡Cuán pronto desapareceria el egoismo que tanto aqueja á la sociedad, si trabajásemos, cada cual en la medida de sus conocimientos, en el desarrollo de los sentimientos de fraternidad, manantial de felicidades para los hombres!

Si reconoce el hombre que tiene deberes, es imposible no vea tambien que tiene derechos. Ambos nos representan la misma ley moral bajo dos aspectos diferentes. En efecto; cuando me manda algo la moral en cumplimiento de mi deber, prohibe al mismo tiempo á los demás que dificulten dicho cumplimiento, y me declara inviolable en el uso que hago de mi voluntad para obedecerla; y esta inviolabilidad que tengo para llenar mis deberes, es lo que constituye mi derecho. Suprímase la nocion del derecho, y mis deberes no tendrán ya nada de obligado ni necesario, puesto que podrá entónces sin injusticia la fuerza bruta impedirme el que yo

(1) Véase el cuaderno XI, pág. 311.

los cumpla. Suprímase el deber, y no se comprenderá la nocion del derecho, pues la consagracion de este no puede venir sino de una ley enteramente obligatoria á la par que universal, á cuyo cumplimiento he de dedicar mis facultades y mi existencia.

Para que mi persona y actos sean respetados en el ejercicio del deber, he de someterme y acatar esa ley superior que obliga indistintamente à todos los hombres.

El deber, que nos manda velar por nuestra conservacion y consagrar nuestra existencia al cumplimiento de nuestras obligaciones, nos protege contra la violencia y el asesinato.

El deber, que nos manda conservar nuestro libre albedrío, enseña que siempre ha de obrar uno como persona moral y responsable.

El deber, que nos manda cultivar nuestra razon y demás facultades del espíritu, nos dá el derecho de aprender para llegar al conocimiento de la verdad.

Hoy que la libertad del pensamiento es un derecho generalmente reconocido, sería una aberracion el no admitir la libertad de la palabra y de la discusion, por cuyos medios puede manifestarse nuestro raciocinio. El deber, que nos manda desechar los actos que la conciencia reprueba y entregarnos á los que ella reconoce buenos, exige que estemos en plena posesion de nuestra propia persona, esto es, que disfrutemos de la libertad individual.

En el conocimiento del deber está implícitamente el conocimiento del derecho; y al cumplir estrictamente el primero gozaremos plenamente del segundo.

Siendo universales los deberes y derechos y aplicables indistintamente á toda la humanidad, todos sin escepcion venimos obligados á respetarlos. De consiguiente, debemos reconocer en los demás los derechos inherentes á sus deberes, ó en otros términos, nuestras obligaciones tendrán por límite los deberes impuestos á los demàs, y nuestro derecho no irá más allà de lo que exigen nuestros propios deberes.

Tómese por norma esta línea de conducta, y desaparecerá ese afan de dominio, que se observa aun en ciertas clases sociales, tan opuesto á la justicia, esto es, fuera del deber y del derecho.

Como lo hemos dicho ya, hablando de la conservacion del cuerpo, si mi vida es necesaria al cumplimiento de la ley moral, es evidente que la de mis semejantes no es ménos sagrada que la mia; pues sus deberes son iguales á los mios, ya que están sujetos á la misma ley. Dijose tambien que cualquiera atentado á la vida era una infraccion de dicha ley. Añadiremos aquí, que semejante atentado es el mayor de los crímenes, por cuanto quebranta todos los derechos de la naturaleza humana é impide el cumplimiento de los deberes y obligaciones, á cuyo fin hemos sido todos creados.

El asesinato y el suicidio son crímenes reprobados por todas las

sociedades, y severamente juzgados en las leyes de todos los pueblos, aun de los ménos cultos.

El mismo principio que nos prohibe el matarnos, prescribe que nos defendamos, aun al precio de la vida de aquel que injustamente nos acomete. No es inviolable el agresor, el asesino de quien no puede uno librarse sin apelar á la fuerza, debiendo procurar por nuestra conservacion, que es uno de nuestros más capitales deberes.

Sin embargo, ántes de quitar la vida al que quiere arrebatarnos la nuestra, tenemos la obligacion de agotar cuantos medios se hallen á nuestro alcance para evitar aquel terrible desenlace.

Si tal ha de ser nuestra conducta, ¿cómo hemos de considerar la pena de muerte, escrita en nuestros códigos penales?

La pena capital, séanos permitido decirlo, es un homicidio premeditado y llevado á cabo con sangre fria. Se perdona, ó es á lo ménos una circunstancia muy atenuante, el crímen cometido en un momento de arrebato de cólera, en cuyo caso considérase al culpable como habiendo perdido momentáneamente la razon; pero se mira con horror al que ha preparado de antemano su criminal proyecto.

Nó, á nuestro humilde parecer, la sociedad, lo mismo que el individuo, nó tiene el derecho de quitar la vida á uno de sus miembros: sus facultades no pueden ir más allá que á impedir que el que manifiesta instintos sanguinarios pueda realizar y cebar sus apetitos feroces.

Alguna relacion parece tener á veces el duelo con el derecho de defensa, única circunstancia atenuante que en su apoyo puede invocar en ciertos casos. Rectamente juzgado, es suicidio y asesinato al mismo tiempo, y si no es raro que el mundo absuelva á los duelistas, la moral severamente los condena.

Hoy, afortunadamente, á nadie le está permitido hacerse justicia por sí mismo, ya que las leyes penales de la sociedad moderna civilizada pueden castigar toda clase de ultrajes y defender así nuestras personas, como nuestra honra y nuestros bienes.

Las leyes sociales, de acuerdo con la ley moral y la sana razon, nos prohiben disponer de la vida ajena para vengarnos, y nos prohiben tambien atentar á la nuestra propia, lo cual seria esquivar cobardemente el cumplimiento de nuestros deberes en la tierra.

La sociedad tiene derecho de castigar al hombre cuando falta á las prescripciones del deber. Al quebrantar este las leyes protectoras del órden social, deja de merecer la proteccion de dichas leyes, en virtud de aquel mismo derecho comun en que ántes radicaba su libertad, su seguridad, el goce tranquilo de sus bienes. Perdió todas estas ventajas en una medida igual á la intensidad de su delito. Atentando á la libertad ó á la propiedad de sus semejantes, hace patente el delincuente que la libertad suya es una amenaza para la sociedad, cuyo deber entónces es tomar las providencias necesarias á la seguridad pública. El que atenta á la

vida de su semejante, declara de un modo el más significativo cuan perniciosa es para el organismo social su libertad.

Toca, pues, á la sociedad el derecho de proveer á su defensa contra quien desconozca el cumplimiento del deber; pero los castigos que inflija, no pueden ir más allá de lo que exije la eficaz aplicacion de tal derecho. Sólo á Dios corresponde el juzgarnos de un modo definitivo; pues nadie sino él puede penetrar en nuestras almas, conocer el grado de perversidad, y determinar la expiacion y responsabilidad definitiva del culpable.

Hoy que la civilizacion va progresando y se desarrollan los sentimientos humanitarios, no pierda de vista la sociedad que todos somos hermanos; procure por la comun ilustracion, á fin de que conozcamos bien nuestras obligaciones; reprenda y castigue con paternal rigor á los que se apartan de la senda del deber; no quite á nadie los medios de arrepentirse y reparar en lo posible el daño hecho; y tienda sus brazos amorosos á los infelices delincuentes que, despues de haber cumplido con las exigencias de la ley, vuelvan á presentarse en su seno, avergonzados de su pasada conducta y llenos de buenos propósitos para portarse bien en lo sucesivo y hacer olvidar asi sus anteriores extravíos.

J. B. C.

Una Circular.

El *Boletin eclesiástico* de este obispado, inserta una Circular del Prelado diocesano, que copiamos íntegra, en la que, además de prohibir á sus feligreses la lectura de nuestra Revista, porque el *sembrador de cizaña* la derrama sobre sus páginas, atribuye al espiritismo doctrinas que no son suyas. Dice que confundimos el alma con Dios; que pretendemos tener la especial asistencia del Espíritu Santo sobre los mediums; que profesamos un ódio profundo á la Iglesia, etc., etc.

No nos tomaremos el trabajo de hacer grandes comentarios sobre la referida Circular: nuestros lectores comprenderán toda la idea que la misma encierra y encontrarán en las páginas de nuestra Revista todo cuanto ahora podríamos decir y que hemos dicho en otras ocasiones y por causas idénticas.

Permítasenos, sin embargo, hacer las siguientes declaraciones, para que no las ignoren el pre ado y sus fieles.

No profesamos ódio á nadie, ni siquiera á los que nos odian y persiguen por nuestras creencias; porque sabemos que con las verdades de todas las religiones se ha de levantar la universal Iglesia sobre la base puramente cristiana.

Sabemos que el alma progresando en moral y ciencia, camina hàcia Dios, pero nunca ha de confundirse con El Supremo Hacedor.

No eternizamos la materia como lo hacen nuestros contradictores, volviendo al alma el mismo cuerpo que tenia cuando vivió para destinarlos despues al suplicio eterno ó á la contemplacion eterna. Creemos sí, que la materia sufre transformaciones y modificaciones infinitas.

Para nosotros, los misterios dejan de ser misterios y los milagros dejan de ser milagros, cuando la ciencia nos hace conocer la ley que los rige; y por consiguiente, lo que está dentro de las leyes naturales establecidas por Dios, no creemos que sea sobrenatural; todo lo más que puede suceder es que la ley se ignore.

Serian, para nosotros, eternas las penas, si el alma pudiese ser eternamente criminal; pero no se concibe esta eternidad cuando es eterna el alma y la justicia de Dios infinita. Compárese la vida de un hombre con la vida eterna del Espíritu ó del alma.

Creemos, con Jesucristo, que hay muchas moradas en la casa de Dios, las cuales han de servir para nuestra purificacion, progreso y eterna dicha, segun sean nuestras obras; y no comprendemos como puede progresarse sin luchar con los obstáculos de todas clases y muy particularmente con los que nos opone la intransigencia de aquellos hermanos que se estacionan por gusto, por conveniencia ó por consideraciones mundanas.

Por último, concretándonos á los cargos que el Sr. Prelado nos hace, diremos: que la comunicacion del mundo espiritual con el corporal, es de todo tiempo y lugar, puesto que el espíritu no muere; y sin privilegios para nadie, es lo regular y lógico que esta comunicacion se establezca con más facilidad con aquellas almas ó espíritus que han vivido en este mundo, como queda probado hasta la saciedad. Las causas por que esto sucede, están consignadas en nuestras obras fundamentales, y si estas no fueren suficientes para nuestros contradictores, no dejarán de encontrarlas en sus propias creencias, *pues los muertos, en alguna parte han de esperar el gran acontecimiento del final juicio para levantarse cada cual con el mismísimo cuerpo que antes tenia.*

He aquí ahora la Circular:

«Circular.—Con honda pena de nuestro corazon nos dirigimos hoy á nuestros amados cooperadores é hijos para cumplir un acto de nuestro deber episcopal. Quisiéramos no tener que tomar la pluma sino para elogiar las producciones de la prensa de esta capital y demás poblaciones de esta querida Diócesis; pero desgraciadamente el sembrador de zizaña no está ocioso, y la derrama con lamentable profusion en el campo que el gran Padre de familias ha confiado á nuestra pastoral solicitud. Desde que empezamos á cultivar esta porcion de la viña evangélica, llegó á nuestra noticia que se publicaba aquí un periódico mensual, titulado *Revista de Estudios psicológicos*, y se nos manifestó que sus tendencias eran hácia el error y la heregía.

Nos proporcionamos algunos números de la expresada Revista,

leímos algunos de sus artículos, hemos dado á examinar otros á personas competentes por su ilustracion y recto sentir, y hemos adquirido el doloroso convencimiento de que la mencionada Revista no puede ser leida por los fieles sin evidente peligro de sus creencias religiosas. Por más que en dicha Revista se hagan sublimes elogios de la doctrina de Jesucristo, y se pondere la importancia de las virtudes evangélicas, se descubre bien pronto un ódio profundo á la Sta. Iglesia, y un vivo deseo de levantar sobre sus ruinas el edificio del Espiritismo. Esta Revista confunde el alma con Dios; hace eterna la materia; niega los misterios; rechaza los milagros; presenta las penas eternas como contrarias á la bondad y justicia de Dios; admite la condenacion, pero haciéndola consistir en pasar el espíritu de un estado ó mundo á otro inferior, y en las penas propias de aquel nuevo estado: habla de la gloria, pero al mismo tiempo afirma que los buenos habrán de progresar siempre, y que luchando es como se progresa; atribuye á los espiritistas la asistencia especial del Espíritu Santo, que Jesucristo prometió á la Iglesia, y abre la puerta á toda clase de errores y de supersticiones, puesto que la misma Revista confiesa que todos los dias se reciben de los espíritus revelaciones maravillosas por conducto de los mediums que los evocan, y que no pocos de estos mediums son fariseos, autores de mistificaciones sin cuento.

Considerando, pues, cuan perjudicial á la fé de nuestros amados hijos en el Señor sea la lectura de la mencionada *Revista de Estudios psicológicos*, que se publica en esta ciudad, impresa en el establecimiento tipográfico de Leopoldo Domenech, la declaramos prohibida, debiendo los fieles entregar los ejemplares de la misma que tuvieren en su poder á sus respectivos párrocos ó confesores para que los inutilicen.—Los reverendos párrocos de esta ciudad y Diócesis procurarán que esta nuestra Circular llegue oportunamente á noticia de sus respectivos feligreses.

Barcelona 31 de Julio de 1876.—Fr. Joaquin, Obispo de Barcelona. D. S. B.

(De la *Revista de Estudios psicológicos* de Barcelona.)

La índole de los apuntes que, á manera de noticias biográficas de los inquisidores generales de España, venimos publicando, no nos permite narrar, como desearíamos, los innumerables atropellos consumados *ad majorem Dei gloriam* por el tribunal del Santo Oficio en los veinte años que duró el ministerio *apostólico* de Fernando Valdés, octavo inquisidor general. Ni aun los excesos y atrocidades más culminantes pueden tener aquí cabida; debiendo concretarnos á un reducidísimo número de noticias que puedan dar al lector una ligera idea de los inhumanos instintos de aquel odioso tribunal, y de cómo interpretaba la flor y nata de los clérigos de la edad media las máximas de paz y caridad del Evangelio.

Bajo la jefatura de Valdés, el Santo Oficio tuvo ocasion de ocupar su celo en multitud de procesos célebres, que suministraron abundante alimento á la ferocidad de los inquisidores y à las hogueras de la fé. Maria de Borgoña, acusada por un esclavo, que pretendia haberla oido decir *los cristianos no tienen fé ni ley*, fué encarcelada por sospechosa de judaismo á los ochenta y cinco años de edad. Murió cinco años despues, protestando de su inocencia, en los calabozos de la inquisicion, á consecuencia de los crueles tormentos á que se la sujetó. Sus huesos y su estatua fueron arrojados al fuego, sus cuantiosos bienes entregados al fisco, y sus hijos y descendientes condenados à la infamia.

Doña Leonor de Vibero, esposa de Pedro de Cazalla, contador mayor de la Real hacienda, sepultada como católica en la iglesia de San Benito el Real de Valladolid, fué acusada más tarde de haber muerto en la herejía de Lutero. Apoyóse la acusacion en el testimonio de algunos encarcelados, á quienes se torturó para que prestasen la declaracion que se apetecia, y en su consecuencia, el cadáver de doña Leonor fué exhumado y entregado á las llamas, su memoria condenada á perpétua infamia, sus bienes fueron confiscados y asolada su casa con prohibicion de reconstruirla.

La piadosa ferocidad de Valdés no se dió por satisfecha con los huesos de la difunta doña Leonor de Vibero, sino que buscó nuevas víctimas entre sus infortunados hijos y parientes. Acusados de la misma herejía que su madre el doctor Agustin Cazalla, sacerdote y canónigo de Salamanca, Pedro Cazalla, cura de la parroquia de Pedrosa, Francisco Cazalla, cura del lugar de Hormigos, y doña Beatriz de Vibero Cazalla, fueron encarcelados, entregados al tormento y últimamente á la hoguera. Juan Vibero Cazalla y su hermana Constanza, de la familia del doctor Agustin, fueron sentenciados á perder sus bienes y la libertad y á llevar el *sambenito* perpétuo.

Alfonso Perez, sacerdote de Palencia, Antonio Herrezuelo, abogado de la ciudad de Toro, Cárlos de Sese, hijo del obispo de Plasencia, Domingo Sanchez, sacerdote de Villa-Mediana, Francisco Domingo de Boxas, sacerdote dominico, doña Catalina de Reinosa, monja de la órden del Cister, de veinte y un años de edad, Juana Sanchez, contada entre las mujeres que suelen llamarse beatas, Guillermo Franco, de Sevilla, de reputacion intachable, cuya felicidad doméstica habia turbado un sacerdote impúdico y escandaloso, acusados todos como sospechosos de luteranismo, sufrieron los mismos tormentos y el mismo suplicio que los hermanos Cazalla.

Para reasumir diremos: que entre las víctimas de la inquisicion en la época de que venimos hablando figuran arzobispos, canónigos, sacerdotes, frailes, generales de los jesuitas, multitud de monjas, gran número de moros y judíos que habian regresado del Africa esperando vivir y morir en paz en su pais natal, y ca-

si todos los hombres instruidos que no aprobaban los rigores del Santo Oficio. Familias enteras eran entregadas á las llamas y sus bienes á la voracidad del fisco. Si la inquisicion se mostraba benigna alguna vez, era principalmente con acusados que perteneciesen al clero secular ó regular. Un fraile capuchino, confesor de las monjas de un convento de Cartagena, convicto y confeso de criminal comercio con trece de las diez y siete monjas que componian la comunidad, fué tan solo sentenciado á abjurar *de levi* y sufrir un arresto de cinco años.

Diez y nueve mil seiscientas fueron las víctimas del fanatismo religioso de Valdés durante los veinte años de su sanguinario ministerio. De ellas, *dos mil cuatrocientas* perecieron en las llamas, *mil doscientas* personas fueron tostadas en efigie, y *diez y seis mil* condenadas á prision ó galeras y confiscacion de bienes.

Destituido Valdés en 1566, fué nombrado en su lugar don Diego Espinosa, obispo de Sigüenza y presidente del Consejo de Castilla. Este fué desterrado seis años después, habiendo autorizado la condena de *cuatro mil seiscientas ochenta* personas de ambos sexos, de las cuales murieron en la hoguera *ciento veinte* y fueron quemadas en figura *trescientas sesenta*. Las *cuatro mil doscientas* restantes acabaron su existencia en las galeras, en la cárcel ó en el oprobio y la miseria.

Pedro Ponce de Leon, obispo de Plasencia, sucesor de Espinosa, como murió sin tener tiempo de trasladarse á Madrid y comenzar el ejercicio de sus funciones, tampoco lo tuvo para procurar alimento á las purificadoras hogueras de la fé.

Muerto el anterior á los pocos dias de su nombramiento, en 1573, ocupó el cargo vacante don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo. Veinte y un años de guerra á la humanidad pueden considerarse los veinte y un años del ministerio de Quiroga. *Diez y ocho mil trescientas cuatro* fueron las víctimas de su fervoroso celo: condenadas á la hoguera y quemadas *dos mil ochocientas diez y seis*; personas quemadas en efigie *mil cuatrocientas ocho*; y sentenciadas á otras penas *catorce mil ochenta*.

Don Jerónimo Manrique de Lara, hijo del quinto inquisidor general, fué el décimosegundo en la série de los inquisidores generales. Falleció en 1595, pocos meses despues de don Gaspar de Quiroga, su predecesor, y del corto tiempo de su ejercicio nada notable ofrecen los anales del tribunal del Santo Oficio.

Continuaremos.

*
* *

Album fraternal espiritista.—Bajo este titulo se propone la redaccion de *El Espiritismo* coleccionar un folletito de pensamientos lacónicos y profúndos, para cuya realizacion ruega á todos sus hermanos en creencias cooperen con las ideas que tengan á bien remitirnos.

He aquí un modelo de nuestro pensamiento:

«El trabajo alcanza todos los progresos.»

R. A.

«No hay otro cielo ni otro infierno que la voz secreta de la ley moral en las conciencias.»

M. T.

«Luchar es vivir y progresar.»

X.

Suplicamos á las revistas espiritistas se dignen dar cabida á este anuncio en sus columnas, á fin de que llegue á conocimiento de la mayor parte de nuestros hermanos y puedan estos remitirnos sus obsequios, por los cuales les anticipamos las mas sinceras gracias.

(De *El Espiritismo* de Sevilla.)

Reproducimos con gusto el anterior anuncio, espresion de los buenos deseos que animan á la revista sevillana.

*
* *

Nuestro estimado amigo y distinguido correligionario el Señor Vizconde de Torres Solanot ha publicado en el diario político *La Tribuna* una série de eruditos articulos en defensa de los principios fundamentales del Espiritismo, que han llamado vivamente la atencion pública, contribuyendo á que muchas personas que habian condenado las doctrinas espiritistas sin conocerlas á fondo, las miren desde hoy como muy dignas de respeto, de consideracion y de estudio. Reciba el Sr. Vizconde nuestros mas sinceros plácemes por el acierto con que ha sabido presentar el Espiritismo tal como debe ser considerado y juzgado, y no dude que sus escritos en *La Tribuna* han desvanecido muchas prevenciones injustificadas, y despertado en no pocos el deseo de consagrarse al estudio de una ciencia que sabe dar solucion satisfactoria á los mas trascendentales problemas filosófico-religiosos.

*
* *

Dijimos en la pág. 189 que estàbamos dispuestos á remitir gratis EL BUEN SENTIDO á los empleados de correos que, por razones tal vez de economìa, lo leen sin suscribirse, bastando para ello que nos indicasen su deseo de ser considerados como suscritores. Como continuamos recibiendo frecuentes reclamaciones de los suscritores *que pagan*, quejàndose de que no llegan á sus manos, como debieran, todos los cuadernos de lá revista, reproducimos aquì nuestro ofrecimiento á los empleados del ramo de correos. Preferimos tener dos docenas de abonados *que no abonen nada*, á los continuos estravìos que esperimentan en correos los números de EL BUEN SENTIDO.

LÉRIDA.—IMP. DE JOSÉ SOL TORRENS.—1876.

EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO II. Lérida, Noviembre de 1876. Número XIV.

SUMARIO.—«La verdadera democracia,» por J. Amigó.—«La Humanidad y su Educacion,» por M.—«Variedades.»

LA VERDADERA DEMOCRACIA.

No es, por cierto, El Buen Sentido una revista que tenga por objeto terciar en las candentes discusiones que la política engendra, ni afiliarse á cualquiera de los partidos ó banderías que, fatalmente para el país, se disputan, más bien que la gloria de labrar la comun prosperidad, la ocasion de apagar su insaciable apetito de dominacion y medro desde las alturas del poder. Nuestros propósitos no miran ni tan alto, ni tan bajo: ni tan alto que aspiremos á abordar los trascendentales problemas de cuya solucion pende el buen gobierno de los pueblos, ni tan bajo que nos arrastremos por el lodo de las miserias políticas hasta confundirnos con los que hacen de la política el instrumento de vergonzosas cábalas y bastardos intereses. Aspiramos á contribuir con todas nuestras fuerzas á la moralizacion de los sentimientos y de las costumbres; y si alguna vez introducimos nuestra modesta hoz en el campo de la política, será solo para estudiarla en sus relaciones con las necesidades del progreso y en sus influencias sobre la cultura moral de las modernas sociedades.

Desde este elevado punto de vista, á donde no alcanzan los ruines propósitos, que todo lo empequeñecen, como ni tampoco las veleidosas pasiones, que todo lo enturbian y corrompen, nos permitiremos ocuparnos hoy de las aspiraciones democráticas del siglo, que son como el alma, como la fuerza incontrastable que mueve à los pueblos modernos á romper las cadenas de una larga y vergonzosa servidumbre. Todo el pasado ha sido necesario para que los hombres hayan llegado á apercibirse de que eran hombres; para que el derecho protestase contra el hecho, y la idea contra la fuerza; para que los viejos poderes se bamboleasen sobre sus carcomidos pedestales, y los antiguos dioses cayesen, entre la irrision y el desprecio de sus propios adoradores, al pié de las mismas aras donde por tantos siglos les ofreciera la ignorancia su nauseabundo incienso. Los errores en el órden moral son como las enfermedades en los cuerpos; pero así como estas nos han traido la ciencia médica, los errores dogmáticos de la filosofía religiosa nos han traido el racionalismo, y los errores políticos del despotismo la regeneradora democracia.

Mas la democracia, en sus albores, no es lo que debe ser, ni lo que será andando los tiempos: es solamente un conato de emancipacion, egoista, nacido del temor individual y del odio de cada uno á las pasadas tiranías; y debe ser, y será, la tranquila observancia del deber y del derecho, fundada en la confraternidad de los hombres, bien definida y bien sentida. Es una idea luminosa que brilla en los cerebros sin calentar aun los corazones; un espejismo moral que miente al viajero las riquezas de la fecundidad en los páramos del desierto.

¿Hay algo tan hermoso, tan justo, tan consolador ni tan rico de generosas promesas como el lema que la democracia lleva bordado en los pliegues de su bandera? *Libertad, igualdad, fraternidad*: tres palabras que espresan los tres grandes atributos de la naturaleza humana; como el *poder*, la *sabiduría* y el *amor* los tres infinitos atributos de la naturaleza divina. Cada una de ellas encierra las otras dos,

lo mismo que sucede con los divinos atributos. No hay *libertad*, si no somos *iguales* en la posesion del derecho, y no seremos iguales, si la *fraternidad* no nos une. Las tres palabras vienen à simbolizar el triángulo del progreso y de la perfeccion humana, que, por cualquier ángulo que se mire, se vé el triángulo completo.

La idea democrática es la promesa de la edad de oro en lo porvenir; la fórmula del reinado de la justicia y de la paz; el bello ideal de las aspiraciones humanas en todos los órdenes de su progresiva actividad; el paraiso terrestre del racionalismo, colocado con justicia en el término de los merecimientos de la criatura, en sustitucion del paraiso dogmático, caprichosamente colocado en el principio.

Un pueblo regido en los sanos principios de la verdadera democracia serà un pueblo próspero y feliz. El sentimiento de fraternidad, que ha de ser la sávia de su organismo, suavizará todas las asperezas, igualará todas las gerarquías, y facilitará la légitima expansion de todas las aspiraciones populares. Cada uno, considerando que el derecho individual tiene su límite en el derecho comun, y que el bienestar propio está armónicamente enlazado con el bienestar de todos, se moverá tranquilo y satisfecho en la órbita de sus derechos y deberes, ufano con el ejercicio nunca interrumpido de su libertad, y dichoso como el hijo que vé repartido por igual entre sus hermanos el cariño del bondadoso padre de familias. Todos serán felices, porque las fuentes de la felicidad estarán abiertas para todos. Ni el privilegio despertará menguadas concupiscencias, ni la arbitrariedad perturbadoras rebeldías. Una ley, fundada en la justicia é inspirada en el amor, será el código comun, la serpiente de bronce cuya vista curará las picaduras, los estímulos de las pasiones egoistas: como el sol, que fecunda con igualdad todas las simientes, así la ley fecundará los intereses de todos los ciudadanos. La ciencia, libre del dogmatismo opresor y de las coacciones de los gobiernos doctrinarios, elevarà magestuosa su vuelo, abarcando cada dia mas esplendorosos horizontes. El ignorante hallará escuelas donde emancipar

su inteligencia; los ingenios vasto campo donde ejercer su poderosa actividad; y la conciencia, sin temores que la opriman ni trabas que la coarten, antes, por el contrario, segura de la tolerancia ajena, como precio de la tolerancia propia, tributará sinceramente á Dios el homenaje de sus convicciones, el culto de sus creencias.

Esta es la democracia fecunda, aquella cuyo advenimiento labrará la paz y la ventura de los pueblos. Enemiga de los procedimientos de fuerza, no aspira á establecerse sobre lagos de sangre y montones de cenizas, sino sobre los escombros del fanatismo y la ignorancia. No presentará la batalla á los hombres, ni paseará por las ciudades la incendiaria tea, ni erigirá la guillotina para cercenar las cabezas de los tiranos; pero batirá sin descanso por medios tan seguros como pacíficos los baluartes de la opresion y las trincheras del error. Sus soldados son el maestro de escuela y todo aquel que despierta en el corazon del pueblo sentimientos de fraternidad y de justicia; sus armas, el libro, la palabra y el ejemplo. No es impaciente ni precipitada: sabe que las sociedades se acogerán más ó ménos pronto á su salvadora sombra, y espera tranquila que suene en el curso de los tiempos la hora de la regeneracion de los pueblos.

Hemos visto en España, y en época por cierto bien reciente, derrumbarse tronos y llegar al poder aquellos hombres que habian propagado entre las masas el culto de la idea democràtica. ¿Y cuàles fueron sus procedimientos de gobierno? Encontràronse con un pueblo que al grito de libertad cerraba las escuelas y apedreaba á los maestros; que entendia la igualdad atropellando el derecho ajeno y menospreciando el cumplimiento de los deberes más sagrados; que, léjos de entregarse á las legítimas espansiones de la fraternidad, perseguia con su odio á clases enteras y à cualquiera que le mostrase con dignidad sus estravíos ó le echase en cara sus desmanes: y al conocer, demasiado tarde por desgracia, que se habian equivocado; que el gérmen democràtico no habia aun echado raices en el corazon de las masas populares; viéronse en el duro trance de tener que go-

bernar por aquellos procedimientos que habian combatido con buen éxito en los gobiernos doctrinarios. Cayeron, víctimas de su error, y en su caida arrastraron, hecha girones, la bandera democràtica.

No culparemos á aquellos hombres por lo que hicieron en el poder; pero sí por lo que dejaron de hacer, ó por lo que dejaron de decir, durante los tiempos en que predicaban la democracia al pueblo. Habláronle tal vez demasiado de igualdad y de derechos, olvidándose de hacerle comprender que la observancia del deber es la sancion de todo derecho, y que la igualdad tiene por base el más escrupuloso respeto á la autoridad y á las leyes. A causa de tan lamentable olvido surgió una democracia inquieta y levantisca, que acataba la autoridad como de limosna, y que no reconocia otra ley que la conveniencia individual. Juzgaron haberlo hecho todo elevando el sentido político de la clase media y de las masas proletarias, sin tomar el pulso al buen sentido moral, de cuya cultura pende la posibilidad de un régimen político de libertad y generosa espansion, y se encontraron despues con una democracia ignorante, mezcla informe de incredulidad y fanatismo, atea en la ciudad, supersticiosa en la aldea, fácil á la seduccion, é impotente para el bien.

Esto no es la democracia. La verdadera democracia no es turbulenta; porque las turbulencias llevan á las dictaduras, y de consiguiente à la restriccion de los derechos: no es atea; porque el ateismo es la muerte de todas las virtudes, así morales como cívicas, y la honradez y el civismo del ciudadano son los puntos de apoyo del régimen democrático: ni cabe tampoco en ella el fanatismo religioso; porque la democracia es la libertad en todas las manifestaciones legítimas de la actividad humana, y el fanatismo es la servidumbre de la conciencia, que es la más depresiva de todas las servidumbres.

La democracia no es otra cosa que el cristianismo en la política; pero no el cristianismo corregido y aumentado á gusto y conveniencia de los hombres para sus particulares propósitos, armado de la intransigencia, del anatema, de la

inquisicion, sino el cristianismo original, la fé razonada, el homenaje de adoracion de la criatura al Criador y la fraternidad entre los hombres. Rousseau, confundiendo el cristianismo con el ultramontanismo, entendia que una sociedad cristiana no podia ser sino una sociedad de esclavos; nosotros, por el contrario, seguros de que la secta ultramontana es el más encarnizado enemigo del cristianismo, no vacilamos en afirmar que no hay libertad posible fuera de la práctica de los principios evangélicos. Hagamos cristiano al pueblo, y el régimen democrático vendrá naturalmente como una necesidad imperiosa, como una aspiracion universal incontrastable; pues *la verdadera democracia es la libertad basada en la fraternidad y en la honradez*, ó sea, *el cristianismo en la política*.

J. Amigó.

LA HUMANIDAD Y SU EDUCACION.

VIII.

Por la ilustracion y por el cultivo del sentimiento es como debe dirigirse la humanidad, segun se ha venido expresando, y es lo que cabe en el buen sentido de las gentes: seguiremos, por lo tanto, en nuestra tarea, manifestando desde luego lo que vale y puede en sí la *ciencia*, así como más adelante en otro género de estudios procuraremos hacer comprender tambien la necesidad é importancia del *principio* ó *sentimiento religioso* para la elevacion de la humanidad hácia sus naturales y finales destinos.

Hemos puesto la *ciencia*, en primer término, porque corresponde á una de las necesidades más atractivas é imperiosas de nuestra naturaleza; porque el hombre ha sido creado para el glorioso ejercicio de su actividad, y en este ejercicio entra por mucho la necesidad de conocer, de saber, de indagar y descubrir; es decir, la necesidad de engrandecer su razon, de poseerse por medio del trabajo perseverante de la inteligencia. Esta necesidad de su actividad exploradora le es inherente, extendiéndose no solamente á lo material y visible, sino à lo absoluto y relativo, à lo concreto y abstracto, á lo temporal y eterno. Ello està conforme con sus aspiraciones y legítimas necesidades, y á su vez con las miras de la Providencia; en tales términos, que la impulsion que experimenta hácia el magestuoso objeto de la ciencia, le es como una casi forzosa aspiracion, un deber sagrado é imprescindible, bien que no en la misma medida para todos, sino relativamente, en proporcion de sus respectivas capacidades.

En efecto; el hombre colocado en el mundo, debe as-

pirar á conocerlo, á conquistarlo y poseerlo; y de aquí necesariamente sus esfuerzos por arrancar á la naturaleza los secretos de su fecundidad y de sus riquezas, tomándola á su servicio, no solamente por el trabajo de las manos, si que tambien por el asíduo trabajo de la inteligencia, por el profundo y noble trabajo de la ciencia. Hay en este gran campo de exploracion secretos que no podremos penetrar, porque Dios se ha reservado el fondo, la llave, ó sea la última palabra; mas no obstante, no hay nada en la naturaleza que no pueda ser explorado; ningun límite le ha sido puesto á la ciencia: el espíritu humano será siempre libre en su afan de investigacion, teniendo para ello campo tan inmenso que raya en lo infinito.

Infinito puede decirse, puesto que la ciencia se ocupa y puede ocuparse de todo: de la naturaleza, del universo, del hombre y hasta del Supremo Hacedor, como causa y fin de cuanto existe y puede existir. Seguramente que esta grande idea está en el fondo de nosotros mismos, donde sentimos como una tendencia, una aspiracion hácia ese infinito ser, que nos solicita de continuo, sin duda por la misma imposibilidad en que nos hallamos de poder por nosotros mismos comprender las causas y explicarlas convenientemente sin el auxilio de la divina influencia ó inspiradora gracia.

Hay ciertamente una ciencia que puede llamarse divina, y es la *sabiduría*; y esta debiera ser siempre para nosotros la ciencia de las ciencias, la ciencia de nuestro principal afan, á la cual no debiéramos por lo mismo sustraernos nunca. Hermoso y laudable afan el de la ciencia, penetrar, comprender y saber; es un rasgo divino en el hombre, un sello de semejanza con Dios, de quien se hace en cierta manera partícipe, aproximándose en sus investigaciones cada vez más á aquella inteligencia suprema. La ciencia, en su verdadero objeto, en su más genuino fondo, es el estudio de las obras de Dios, y tambien y á su vez el estudio de Dios en sus obras. La naturaleza, el universo todo es su obra; Él es por excelencia el obrero de los mun-

dos, el principio de las cosas, el creador del hombre. Las esencias, las sustancias y las formas, las causas segundas y sus fenómenos, las leyes que rigen el universal movimiento; todo, todo ha sido hecho y preordenado por su poder infinito, por su bondad y sabiduría, habiendo dejado en su obra un vestigio, una impresion bien marcada de sí mismo, un esplendor que le revela haciéndole ostensible con toda evidencia.

Mas no debe causarnos admiracion la ciencia solo por sus magníficas revelaciones acerca del Ser divino, y por el profundo sentimiento que nos inspira obligándonos á prosternarnos ante su poder, bondad y sabiduría; hemos de admirar tambien en aquella la fuerza del espíritu humano y sus persistentes tentativas para penetrar la misma obra divina. Y cuenta que ésta no es doctrina esclusivamente nuestra: nace de las afirmaciones que sobre este trascendental asunto hace el ya citado Dupanloup, uno de los varones más esclarecidos y laboriosos de la Iglesia, à quien por lo tanto no podemos menos de tributar todo nuestro respeto, á la vez que no dudamos que el asentir à su buen criterio podrá servirnos de cabal garantía para todo lo que vendremos expresando sobre la grande importancia de la ciencia en la educacion de los pueblos. A él se deben principalmente los más de los pensamientos que en este artículo se emiten tendiendo á poner en armonía la fé con la razon, que es lo que hoy dia importa sobremanera.

Llénase uno de encanto á la vista de la multiplicidad de objetos que se presentan à nuestras miradas, y de esas avenidas, de esas grandes vias que se abren á la investigacion del hombre. La *ciencia*, que en su más simple y vasta idea abarca la comprension y explicacion de todo lo que existe, la toma de posesion del universo por la inteligencia y los sentidos, se multiplica y diversifica cada dia en su objeto, involucrando siempre nuevos y más diversos ramos, desde luego en su infancia, para irse desarrollando sucesivamente, en términos que cabe en la marcha del tiempo un génesis de ciencias, cada vez más sorprendente y admirable, análo-

go al génesis y multiplicidad de los seres en la continuada trasformacion que por doquiera se observa, y que sólo puede dirigir y sostener la poderosa mano del Altísimo.

Y ya que la ciencia es obra divina, preciso será que reconozcamos en ella la *unidad* en medio de su prodigiosa variedad, una fundamental unidad que enlaza y subordina todas las ciencias á un orígen comun, y en tal manera, que cualquiera que sea la division que establezcamos entre ellas no habremos de olvidar jamás esa profunda unidad ya indicada, bajo cuya influencia aquellas se coordinan y armonizan. Ciertamente, hay una ciencia superior encargada nada menos que de la magnífica mision de completarlas á todas y de constituir la gran unidad en la variedad; es la *sabiduría.*

La ciencia, en tal concepto considerada, puede comparar-se en cierto modo á un árbol en su conjunto y en sus detalles; y como ya hemos hecho notar en otro lugar, las ramas de primero, segundo, tercer órden, etc., suelen presentarse en multiplicidad notable, desarrollándose en todas direcciones, en busca del sol, ávidas como están por lo comun de luz y calor: estas influencias las vívifican llevándolas á su necesario crecimiento, de tal modo, que cada rama y ramita, los brotes todos, aparecen aisladamente como otros tantos pequeñitos àrboles con sus nuevas y respectivas ramas, con todas sus ramificaciones; mas ello no obstante, es bien cierto que todas esas partes secundarias y sucesivas, tanto las principales como las más insignificantes, no constituyen sino un solo y mismo árbol y con una sávia que circula por su tronco y ramas alimentando y sosteniendo el todo con una sola y comun vida.

Si ahora fijamos la consideracion sobre la importancia de las ciencias en sus diversas aplicaciones á las industrias, y tocante á la influencia que unas y otras ejercen en la civilizacion de los pueblos; pasma verdaderamente el observar la gran fecundidad que involucran bajo todo interés y aspecto y sus inmensos beneficios, sobre todo cuando se las sabe dirigir y explotar para el bien comun y particular,

bien que no se hiciera aquí cuestion sino de las que se ocupan de las leyes y fenómenos de la naturaleza en cuanto puede ofrecerse á los sentidos. Sucede, particularmente con las ciencias físicas, que, en medio de sus teorías más abstractas, pueden prestarse á aplicaciones màs ó ménos útiles y á veces inesperadas. No es el acaso, no la mera casualidad por cierto la que ofrece á las industrias sus más lucrativas invenciones: todo empieza por la ciencia bien dirigida y aplicada. Por medio del análisis y el profundo estudio, que es el grande instrumento de las ciencias, descubre Newton las leyes de la atraccion; con arreglo à las tablas del sol y de la luna se han calculado y anunciado las mareas; se ha estendido el dominio de la geografía, trazando pié firme á la navegacion; estudiando la electricidad, que no parecia ser en su principio susceptible de ninguna aplicacion, es como la ciencia, en su asiduo y concienzudo exàmen, ha hallado el gran medio, la sorprendente invencion del pararayos y de la telegrafía, además de otros muchos adelantos que se vienen obteniendo cada dia.

Es seguramente cosa muy admirable lo que con los esfuerzos de la ciencia se descubre y adelanta, en estos últimos tiempos especialmente: lo que ayer no era mas que un descubrimiento, se convierte hoy en una aplicacion trascendentalmente útil; por donde se vé que la ciencia, siguiendo su marcha hàcia las verdades especulativas, crea como inadvertidamente las más interesantes invenciones, ofreciendo á la sociedad adelantos positivos y altamente útiles, al paso que sigue siempre afanosa y perseverante, en via de lo verdadero y de lo bello. ¿Quién no se asombra en vista de lo que nuestro siglo ha realizado en todo género de progresos? Un descubrimiento nos conduce à otro descubrimiento, un progreso viene siendo punto de partida de otro progreso nuevo. La ciencia sirve à la industria; la industria sirve á su vez à la ciencia: así las ciencias todas con las luces que nos trasmiten, y todas las industrias con sus respectivas trasformaciones de la materia prima, se empujan y elevan mutuamente las unas á las otras, tendiendo de progreso

en progreso á su imprescindible y final objeto. Puede decirse que hay para ellas, una vez entradas en sus vias de adelanto, una como ley análoga á la ley física que atrae á los cuerpos con velocidad progresivamente acelerada.

Y en ello no es la vida material solamente, como à primera vista parece, sino la civilizacion al propio tiempo y en todos sus grados la que viene creandose poco á poco, modificándose sin cesar y colocándose cada vez en nuevas y màs ventajosas condiciones, así físicas como morales. No hay ningun punto, ninguno absolutamente en las diversas fases de la actividad humana, en las distintas esferas de la vida social, donde de una manera ú otra no se haya hecho sentir manifiestamente el influjo de la ciencia. ¡Qué de nuevos secretos no vienen arrancándose continuamente á la naturaleza! Las distancias se acortan; quedan domados los elementos; las comunicaciones se aceleran; los medios de accion se multiplican de un modo extraordinario; la palabra corre con la mayor velocidad, casi instantáneamente, de un continente á otro á través de los borrascosos mares, tanto que ha venido ya á decirse que todo marcha de un modo altamente extraordinario.

De aquí, el comercio, la industria, la agricultura, las artes, la navegacion, la política, las ideas, la religion, las costumbres; en una palabra, todos los elementos, todos los recursos sociales, ya en un concepto, ya en otro, se encuentran al nivel de este vasto movimiento de los descubrimientos y aplicaciones científicas; cada dia surgiendo de un desenvolvimiento otros nuevos, y con tal fuerza de fecundidad, que verdaderamente bien podria decirse á este propósito: quién sabe á donde iremos á parar? ¿cuàl vá ser el porvenir que se nos espera?

Tal parece ser en nuestros dias la importancia, la universal influencia de los estudios científicos, que con tanto afan se cultivan en las más de las regiones del mundo. Ellos son poderes inmensos en la actualidad, y lo serán aun más en lo sucesivo, segun es fàcil prever y cabe esperar si uno llega á fijarse en el gran vuelo y desarrollo que van toman-

do en todas las esferas de su actividad. Este movimiento es tá en la ley de los sucesos y de los tiempos, y por lo tanto no puede dejar de sucecer: siendo fàcil comprenderlo, si atendemos á que Dios al colocarnos con nuestras facultades, nuestras aspiraciones y nuestras necesidades, en medio de esta rica y esplendorosa creacion, nos ha entregado à las investigaciones de la ciencia: para ello concedió al hombre el triple don de la *razon*, del *sentimiento* y de la *voluntad*, dejándole abierto siempre el campo de la discusion: *mundum tradidit disputationi hominum*; cuyo pasaje y otros muchos que hallamos consignados muy claramente en las Sagradas Escrituras, nos confirman que la investigacion de las cosas por medio de la ciencia es un principio verdaderamente católico. Bastarà leer, para convencerse de este aserto, el libro de Job, y sobre todo el capítulo XXXVIII; pues en él verá el entendimiento el hermoso y profundo programa que Dios le presenta sobre los arcanos de la naturaleza, brindándole à su exàmen y estudio, â su activa y asídua investigacion.

Por lo mismo, despues de cuanto se ha dicho, estaria fuera de toda razon que hubiese quien llegara à alarmarse por los progresos de la ciencia, recelando de su estudio y propagacion un grave mal para la normal marcha de los individuos, de las familias y de las sociedades, una perturbacion grande para los intereses morales de la humanidad. Repetimos que no tienen razon y motivo de soliviantarse; antes bien debieran con nosotros persuadirse de que esas fuerzas de la inteligencia con sus consecuentes resultados, pueden emplearse y servir grandemente para el bien particular y general, para el adelantamiento material y moral, para el bien de la vida universal; en una palabra, tal como Dios manda, y cumple á la ley de sus miras, de su benéfica y eterna providencia. Así es como se comprende y explica esa natural tendencia del hombre hàcia la investigacion y hallazgo de la verdad, y ese convencimiento de que en su fecundidad única y exclusivamente es donde puede hallarse el primordial progreso del espíritu humano; pues es bien sabido que el saber es el que conduce al me-

joramiento de los seres inteligentes llevándolos suave y plausiblemente al cumplimiento de los deberes, á la práctica de todas las virtudes, mayormente si á la vez sabe desenvolverse el *sentimiento* en el *amór* y en la *caridad*. Esta es la *ciencia*, la *sabiduría*, mejor dicho, que venimos recomendando, que es *ciencia* de pureza en su unidad y variedad, guiada por la razon y fortalecida por la recta conciencia; la *ciencia*, en fin, que, al paso que nos lleva á inquirir los secretos de la creacion, nos conduce inefablemente por las sendas de las mas sentida y ferviente adoracion hácia el Ser Supremo, y de tal manera, que pueda hacer brotar del corazon humano los fraternales sentimientos que Jesus tuvo á bien recomendarnos en su excelsa y seductora doctrina.

M.

(Se concluirá.)

VARIEDADES.

LA COMUNICACION ULTRA-TERRENA.

I.

Somos enemigos declarados de los falsos mediums; perseguimos con todas nuestras fuerzas la superchería y el necio fanatismo; porque la creencia ciega raya en imbecilidad, y los idiotas no sirven para nada bueno: pero así como estamos convertidos en agentes de policia, en el buen sentido, se entiende, para no dejar propagar absurdos errores; del mismo modo prestamos atento oido á las relaciones sencillas, cuando nos las hacen personas bondadosas y veraces, y esperimentamos una dulcísima satisfaccion si nos refieren un hecho que nuestra razon pueda acoger sin reservas.

Y no vayan á creer nuestros lectores que nos juzgamos infalibles, ni mucho menos; pero sì existe un lazo especial entre la razon y la cordura, y muchas veces nos ha sucedido rechazar enérgicamente ciertas comunicaciones por parecernos apócrifas y creerlas una indigna superchería y suplantacion de nombres, y hacer otro tanto personas mucho más autorizadas que nosotros, muchìsimo más competentes en la materia por su ilustracion y esperiencia.

¡La verdad es tan dulce, tan tranquila! convence con tan pocas palabras! Necesita de tan pocos accesorios, que se recomienda por sí sola, y se la distingue entre mil y mil mentiras, por mas que estas se engalanen con la pompa de lo maravilloso y los atavìos de la elocuencia mas estudiada y perfecta.

Estas reflexiones nos la sugiere el recuerdo de una mujer que hemos conocido y que nos fué sumamente simpática

Pertenece á la clase aristocràtica, y sin embargo, sencilla,

modesta y humilde, se ha librado felizmente de ese pecado peculiar de la casta privilegiada, (segun dicen algunos), de la tierra.

Nuestra protagonista, no es orgullosa.

¡Loado sea Dios! una víctima ménos.

De claro entendimiento, pero sin fatuidad intelectual, expone sus ideas con verdadero sentimiento, sin lujo de palabras ni rebuscado estilo.

Sin alardes benéficos, al encontrarse en su opulenta morada, sus ojos atraviesan las marmóreas paredes de su palacio, y se fijan en la humilde casa de la triste viuda.

En la enlutada cuna de los huérfanos, y en el sombrio lecho de los ancianos moribundos, asì como en presencia de la desolacion y la miseria, su corazon late apresuradamente; algo afluye á sus ojos; y sin ostentacion, y sin ruido, enjuga algunas de las muchas làgrimas que se derraman en el mundo.

¡Dichosa ella!

¡Dichosos los ricos que se acuerdan de los pobres!....

II.

El trato con los seres buenos siempre nos instruye y aprovecha; por eso nosotros, ávidos de saber, cuando encontramos un alma buena, revoloteamos en torno suyo, como las mariposas en torno de la luz; á bien que nosotros, más felices que las flores del aire, que las hadas de los jardines, no la muerte, sino la vida, hallamos en la luminosa influencia de esas criaturas santificadas en el silencio y en el recogimiento del hogar.

¡Mártires de la tierra, que la iglesia no canoniza!

¡Virtudes ignoradas!

¡Dolores desconocidos!

¡Historias desapercibidas! pero que no por eso pierden su valor efectivo.

¿Hay una flor más linda que la violeta? ¿más escondida entre las hojas? Y sin embargo, ¿hay perfume más delicado que el suyo? No: pues así son las almas verdaderamente virtuosas.

Hablando una tarde con la señora á quien nos referimos nos decia con la más profunda tristeza:

«Créame V., amiga mia, la vida siempre es triste. Míreme V. á mí; cualquiera dirá al verme: *¡Cuán feliz es esa mujer! ¡es tan rica!* Mas ¡ay! á pesar de mis riquezas, yo no he conocido la felicidad.

«He tenido padres, pero los perdí en la cuna, y no he podido disfrutar de su cariño.»

«He sido inmensamente rica, pero nunca he tenido la tranquilidad suficiente para disfrutar de los placeres que proporciona la opulencia.»

«He sido casada, y no he gozado de las dulzuras del amor.»

«He sido madre, y no he podido acariciar á mi hijo: lo perdí al nacer..... En tan triste estado, busqué con afan algo que me consolara.»

«Siempre he sido deista, pero yo necesitaba los destellos de aquel gran foco que se llama Dios, y el espiritismo me los diò.»

«Yo anhelaba ser medium, y pedia con fé la concesion de esa gracia, ó en su defecto una prueba con que yo me convenciera de que los espíritus estaban cerca de mí.»

«Por ejemplo, que cuando todo durmiera, tres golpes me despertáran de mi sueño, lo que yo creia bastante difícil, pues mi sueño es tranquilo, profundo, y se prolonga hasta bien entrada la mañana.»

«La noche del dia en que hice mi peticion suplicante, me acosté como de costumbre y me dormí sin el menor cuidado ni recelo.»

«Algunas horas despues desperté, y me sorprendí; pues ví que era de noche, y en aquel momento sentí pasos en la calle y noté que el sereno se detuvo ante la ventana de mi dormitorio cantando *las tres* con sonora y clara voz: transcurridos breves instantes, en la corona que sostiene la colgadura de mi lecho sonó un golpe fuerte y seco y todo volvió á quedar en silencio.»

«Sobrecogìme y pensé si serian los espíritus que acudian á mi llamamiento; pero desechè tal idea recordando que yo habia pedido tres golpes y no se habia oido mas que uno. Sin embargo, ¿quién podia haber dado aquel golpe?

«Algo preocupada volví á dormirme, despertándome á la hora acostumbrada.»

«Á la noche siguiente se repitió con los mismos detalles la escena de la víspera, y esto ya escitó en alto grado mi atencion.»

«Llegó la tercera noche, y ocurrió lo mismo que las dos anteriores, lo que me puso inquieta y profundamente pensativa.»

«Pasé el dia siguiente deseando con viva ansiedad que llega-

**

ra la noche: esta llegó, me acostè, me dormí con cierto temor, y al despertarme, los rayos del sol penetraban por entre las persianas y las cortinas.»

«Entónces me avergoncé y me reconvine por mi incredulidad; porque ví claramente que me habian concedido los espíritus la manifestacion que yo deseaba: aun más, me habian dado tiempo, con sus intervalos de un golpe à otro, para que reflexionara y meditara, y me convenciera de la verdad de la comunicacion de ultra-tumba.»

«Desde entónces no he vuelto á despertarme sino á la hora acostumbrada, lo cual me prueba claramente que los seres invisibles oyeron mi plegaria.»

Ciertamente que la oyen, y los fenómenos que se verifican en el silencio, los que se piden no por satisfacer una simple curiosidad, sino para afirmarse más y más en una idea, esas comunicaciones consuelan, fortalecen, elevan el espíritu, porque este se persuade de que un ser inteligente nos habla y vela por nosotros desde el cielo.

Otro suceso nos contaron, que no titubeamos en trasmitirlo á nuestros lectores; pues, si bien no hemos tratado à las personas que lo presenciaron, en cambio hemos leido una preciosa historia, escrita por dos mediums cuyos espíritus se comunicaban entre sí durante el sueño del uno y la vigilia del otro; y así como estos espíritus encarnados, y á gran distancia sus respectivas residencias, contaron la historia de su existencia anterior, muy bien pudo suceder lo que vamos á relatar. Y el hecho es màs creible si se considera que no dió lugar á esplotacion alguna y pasó en un sitio donde no se representan comedias; porque el mar es un escenario donde solo se representan dramas, y dramas que comunmente se convierten en trajedias.

III.

Hace algun tiempo que saliò un vapor de Nueva-York. Al dia siguiente de su salida, la tripulacion miraba al cielo, y los pasajeros al capitan del buque, que es el mejor barómetro en las embarcaciones.

El horizonte se cubria de nubes, y se notaba cierta agitacion en todos los tripulantes. Hallándose el capitan sobre cubierta, subió el segundo para advertirle que en su cámara habia entra-

do un hombre desconocido, que se habia puesto á escribir. Siguiò el capitan á su compañero y entró en la càmara; pero la encontró desierta, por lo cual los dos marinos disputaron agriamente: el segundo afirmando haber visto á un hombre escribiendo en aquel lugar, y el capitan negando el hecho y llamándole visionario.

En lo recio de la disputa, apercibiéronse ambos de que sobre la mesa habia una pequeña pizarra, y en ella aparecian escritas las siguientes misteriosas palabras: *Vuelve á Nueva-York.*

Ante esta prueba, el capitan quedó mudo y pensativo; pero salió de su abstraccion, y dispuso que cuantos estaban en el vapor y supiesen escribir, escribieran aquellas mismas palabras. Casi todos las escribieron; pero ningun carácter de letra se asemejaba al del renglon escrito en la pizarra.

Este hecho naturalmente alarmò à todos, y con especialidad al capitan, que, como dominado por un presentimiento, decidiò volver á Nueva-York, resolucion que fué aprobada por unanimidad, en atencion à que la cerrazon del horizonte era completa.

Pocas millas habian retrocedido cuando se desencadenó la tempestad y á la fugitiva luz de los relámpagos vieron otro buque que luchaba desesperadamente por no sucumbir en un naufragio cierto. Diéronle ausilio, y pudieron recoger la tripulacion y pasajeros del buque náufrago pocos momentos antes de que fuese devorado por las olas.

Calmado ya el furor de la tempestad, á tiempo que el capitan conversaba con su segundo, vióle de pronto ponerse pálido y retroceder, fija la vista en uno de los pasajeros salvados del naufragio.—¿Qué es lo que os pasa? preguntóle, ¿os poneis malo?—Miradle, capitan, respondiò; miradle .... ¡ese es! .... ese jóven enlutado es el que ví escribiendo en vuestro camarote. ¡Oh! él es; le reconozco muy bien.

Al volver en sí el capitan del asombro que acababan de producir en él las palabras de su segundo, acercóse al viajero designado y le rogó le acompañase á su cámara, donde le espresó el deseo de verle escribir la misteriosa frase: *Vuelve á Nueva-York.* Escribiòla el jóven, y la letra resultó idéntica, exactamente igual al modelo que el capitan guardaba en la pizarra.

Nueva confusion de preguntas, y respuestas, y suposiciones,

y dudas y perplegidades, que se desvanecieron ante la sencilla relacion del jòven, que se espresó sustancialmente en estos términos: «Iba yo, como sabeis, de pasajero en el buque que ha zozobrado á vuestros ojos. Recuerdo que en lo más recio de la desencadenada tempestad un invencible sueño, impropio de tales circunstancias, se apoderò de mí, dominàndome por completo. Ignoro el tiempo que permanecí dormido. Despertáronme los gritos de angustia de los que me rodeaban; ví la muerte cerniéndose sobre nosotros; y ya me creia irremediablemente su presa, cuando vuestra providencial aparicion nos ha salvado. Reconozco por mias las letras de esa pizarra; pero ignoro cuando las he escrito: tambien me parece recordar confusamente haber estado otra vez en este sitio; más no puedo precisar cuándo ni cómo. Ya os lo he dicho todo: mi confusion iguala cuando menos á la vuestra.»

No faltò màs adelante quien esplicara este hecho de conformidad con las doctrinas del Espiritismo, desmontrándose una vez más que la humanidad no conoce aun en su más pequeña parte los medios de comunicacion que existen entre los hombres: medios que se manifiestan cuando ménos se procuran; cuando son verdaderamente necesarios.

¿Cómo podia figurarse la tripulacion del buque náufrago, que aquel pasajero dormido estuviese demandando ausilio, y que de él dependia la salvacion de todos?

Y sin embargo, nada más sencillo ni más natural. Su espíritu libre durante el sueño, vió en lontananza un puerto de salvacion y voló á èl, pidiendo que volviesen por sus compañeros de infortunio.

¿Quién podrá limitar el vuelo eterno del espíritu?

El espíritu se ha manifestado siempre: cuando un cierto número de hombres puede salvarse; cuando naciones enteras se regeneran por ellos, los espíritus reveladores se presentan.

¿Què otra cosa son los redentores, mas que mediums inspirados, que rasgan los harapos inservibles de la decrépitas civilizaciones, y presentan á la civilizacion nuevamente reencarnada, revestida con la blanca túnica de la esperanza, llevando en su diestra el tridente del progreso?

Las revelaciones son hechos innegables; pero el abuso de ellas es el orìgen de gran parte de los males que han pesado, pesan y pesarán por muchos siglos aun sobre este oscuro planeta.

Felices aquellos espiritistas que sin ruido, sin ostentacion y sin publicidad, enjugan algunas lágrimas de las muchas que se derraman, y reciben pruebas inequívocas de la comunicacion que tienen con nosotros los seres espirituales de ultra-tumba.

Porque, aunque el espiritismo está en la creacion, como somos aun tan pequeñitos y tan materiales, necesitamos pruebas al alcance de nuestra microscópica inteligencia.

Amalia Domingo y Soler.

Gracia.

CARTAS SOBRE LA COMUNICACION ESPIRITUAL.

VI.

Creo haber dicho lo bastante en mis anteriores respecto á la naturaleza del espíritu, para poder entrar ya en la cuestion de la posibilidad y realidad de la comunicacion espiritual. Resolver esta cuestion afirmativamente de un modo satisfactorio, fué lo que prometí en la primera de mis cartas, promesa que procuraré dejar cumplida, parte en estas lineas que hoy te escribo, y parte en las que te dedicaré, dando por terminado el asunto, en el cuaderno de El Buen Sentido correspondiente al próximo Diciembre. Aunque en mis epístolas he sido breve, no estoy seguro de no haber fatigado la atencion de los que me han honrado leyéndolas, y quiero apresurarme á llegar al término de un trabajo que ya va siendo largo con esceso.

Difícil es ciertamente comprender la posibilidad de la comunicacion espiritual, desde el momento que consideramos el espíritu como una abstraccion, como una idealidad, como una *sustancia inmaterial*, esto es, como una sustancia sin sustancia. Mas bien que *difícil*, podemos decir *imposible*. ¿Cómo concebir relacion directa de ningun género entre lo abstracto y lo concreto, entre lo imaginario y lo real? ¿Acaso un *ente de razon* puede poseer actividad propia y ejercerla sobre las sustancias que tienen una existencia positiva? El entendimiento se pierde en un laberinto metafísico, del cual solo puede sacarle la razon fria rechazando la hipótesis de las *sustancias inmateriales*, aceptadas por una filosofía que tenia empeño en sancionar las afirmaciones teológicas; filosofía que no se basaba en el estudio de la naturaleza, sino en una interesada y vergonzosa transaccion con ciertos errores que habian logrado imponerse como principios axiomáticos, fuera de toda discusion.

Pero si el espíritu es un *algo real*, una sustancia, y aun una sustancia con actividad voluntaria, ¿qué dificultad hay en comprender que pueda obrar sobre otra sustancia y servirse de ella

á manera de instrumento para sus manifestaciones? ¿No ejerce nuestro espíritu su actividad por medio del organismo que le envuelve? ¿No comunica sus pensamientos y recibe los ajenos por conducto de la materia corpórea de que dispone? Dudar, por tanto, de que pueda la sustancia espiritual poner en accion la materia tangible y revelarse por medio de ella, es dudar de lo que vemos y tocamos continuamente durante los dias de nuestra vida terrestre.

El cuerpo viene á ser como la cárcel del espíritu, y las paredes de una cárcel siempre ofrecen dificultades á la espansion y manifestacion de las aptitudes personales. El encarcelado necesita, para trasmitir sus ideas, que los demás se acerquen á los hierros de su prision; mas, una vez recobrada su ansiada libertad, dispone á su arbitrio de sí mismo, va y viene adonde mejor le place, busca á sus amigos y conocidos y conversa con ellos libremente, á no ser que el fallo de la ley constriña aun su libre accion y le sujete dentro los muros de una ciudad ó los límites de una comarca. Lo mismo le acontece al espíritu. Miéntras el cuerpo le encadena, su libertad natural está constreñida y limitada; pero al romper la grosera corteza dentro de la cual ha hecho el ensayo de sus especiales aptitudes, recobra la posesion de sí mismo, se mueve libremente en el espacio y se pone á su voluntad en relacion con los seres que lo pueblan, á no ser que el fallo armónico de la ley de eterna justicia, que es la ley de los espíritus, limite la esfera de su voluntaria actividad.

Admitida la existencia personal del espíritu, carece de todo fundamento racional la opinion de los que suponen que aquel, despues de abondonado el cuerpo, no puede servirse de los organismos vivientes para darnos pruebas de la continuidad de su ser. ¿Repugna á la razon este fenómeno? ¿Cómo ha de repugnarle, si la vida del hombre no es otra cosa que una continua manifestacion de su espíritu por medio de los órganos del cuerpo? Lo que sucede es que todos nos sentimos naturalmente inclinados á dudar de aquellas cosas que salen de la esfera de nuestras ordinarias percepciones; y como la comunicacion ó revelacion de los espíritus pertenece al número de los fenómenos extraordinarios, la miramos con prevencion, y antes de confesarla la negamos. Los Colones y los Galileos han sido siempre los locos de su época y los cuerdos de los tiempos posteriores. Muchas *realidades* de hoy fueron *imposibles* ante los hombres del pasado, y es de esperar que algunos *imposibles* del presente serán la *realidad* del porvenir.

La sustancia espiritual obra sobre la sustancia corpórea: esto lo esperimentamos en nosotros mismos y en todo lo que nos rodea; porque en todo lo que nos rodea vemos palpitar la armonía y la inteligencia. De consiguiente, dudar de que el espíritu pueda manifestarse por medio de la materia, orgánica ó inorgánica, es dudar, repito, de lo que vemos y tocamos.

Te desea salud y prosperidades tu amigo,

JOSÉ.

Lérida 1 Noviembre 1876.

INSTRUCCIONES POPULARES.

V y último. (1)

No es ménos sagrada nuestra libertad que la vida. ¿De qué nos serviria la vida, si no pudiésemos libremente entregarnos al ejercicio del deber y disfrutar de los derechos á fin de cumplir nuestro destino?

Para que sea libre el hombre, ha de de ser una persona moral y responsable; ha de poder hablar y obrar segun su conciencia impulsada por las ideas de verdad y de bien que arrancan de la inteligencia y de una fé razonada.

Será, pues, la libertad de conciencia la más indispensable de las libertades, el primero y màs sagrado de todos los derechos. Por el convencimiento que han de traernos la instruccion y el buen ejemplo, y no por la fuerza, deben desarrollarse los sentimientos de amor que paulatinamente nos acercarán al Criador y á nuestros hermanos. Respetar este derecho será cumplir con la justicia y además llenar una de las principales obligaciones que tenemos para con nuestros semejantes.

Como consecuencia de la libertad de conciencia, hemos de respetar en nuestros semejantes sus creencias religiosas, con tal que las prácticas de dichas creencias no tengan nada contrario á la moral universal, ni á las bases en que la sociedad se apoya. Actos contrarios á la justicia y á las buenas costumbres, sea que dimanen de una piedad extraviada, ó de la violencia, nunca los puede permitir ni aun tolerar la sociedad; pero tampoco ha de poner trabas á cualquiera religion ni á su culto, miéntras no se opongan á la tranquila práctica de los derechos comunes. Atentar á la libertad de conciencia ó á la de cultos, no es tan solo un acto de iniquidad para con los hombres, si que tambien una usurpacion del poder divino. Esto equivale á confesar que no se tiene fé en la superioridad y bondad de la verdad sobre el error, y á desconocer la accion continua de la Providencia, que tiende sin cesar á la ilustracion y mejoramiento de los hombres.

¿Creerá álguien que las naciones que han abogado por tanto tiempo y conseguido al fin la emancipacion de los esclavos no hayan pensado sino en redimirlos de cuerpo y no de espíritu? Y si no es así ¿ cómo podria el gobieno de un pueblo civilizado ni soñar siquiera en esclavizar á sus propios súbditos?

Siendo un deber reconocido ya el respetar á nuestros semejantes en su conciencia, es consiguiente que lo será tambien el respetarlos en sus acciones, esto es, en el derecho que les pertenece de emplear á su gusto sus facultades, siempre que no lasti-

(1) Véase el cuaderno XIII, pág 376.

men los derechos ajenos. Si no fuesen libres, libre no podria ser la conciencia. Es de todo punto inadmisible que se nos exigiese hacer lo que nos prohibe la conciencia, ó no pudiésemos cumplir lo que ella nos prescribe.

Que los hombres más adelantados en conocimientos empleen su superioridad y talento en sacar de la ignorancia á sus hermanos rezagados, y no en oprimirlos con leyes contrarias á la conciencia y à todo sentimiento de dignidad humana.

La libertad de pensar es el complemento indispensable de la libertad de conciencia y de la libertad individual; pues obrar libremente es obrar de conformidad con el propio pensamiento, ó con el pensamiento de otro, pero aceptado por la persuasion y nunca por la fuerza. La misma fé se depura con la ayuda de la inteligencia. ¿Para qué nos habria dado Dios la razon y la inteligencia sino à fin de ilustrarnos y afirmar así nuestras creencias? Dejémonos de fé ciega siempre que la razon pueda llevarnos á comprender aquello que es comprensible, y guardémosla para las cosas que se escapan á la penetracion del entendimiento humano, sobre las cuales solo la revelacion puede ilustrarnos.

Somos culpables al oponermos à que se instruyan nuestros semejantes; tambien lo somos si los engañamos; pues de esta suerte se les arrastra hácia el error. Con tales medios se dificulta el desarrollo de sus facultades intelectuales, y por lo tanto la adquisicion de los conocimientos necesarios, que todos, sin escepcion, tienen derecho á poseer. El hombre debe pensar y hablar con entera independencia: no puede aquilatar el valor de sus conceptos hasta haberlos sometido por la discusion al juicio de los demás.

¡Cuán vil y criminal es la mentira, con la que abusamos de la confianza de nuestros semejantes para inducirlos al error, y sobre todo cuando sirve á empañar su reputacion y su honra! Peor que el ladron es aun el calumniador; pues miéntras aquel no nos quita mas que una parte de nuestros intereses, éste nos arrebata la estimacion de nuestros semejantes, sin la cual nada vale la misma vida.

De tanto precio es la honra, tan necesaria es á nuestra existencia social, que ni aun está permitido atacarla con hechos verdadèros, esto es, difamando. Sabido es que la calumnia es una imputacion falsa é injuriosa, y la difamacion un ataque público à la honra de nuestros semejantes. Pues bien, si la ley prohibe echar en cara de uno las faltas que haya cometido, ¿con cuánto rigor no ha de castigar la imputacion falsa, inventada para perjudicar á otro? Se comprende muy bien que la ley castigue al difamador: porque el amor y la justicia nos mandan que no hagamos perder al culpable el fruto de su posible arrepentimiento y de los esfuerzos que ha hecho ó está haciendo para volver al buen sendero, del cual se habia desgraciadamente apartado. ¡Ay! ¡cuàntos infelices han caido otra vez en el mal, sólo por algunas pala-

bras ó actos despreciativos recibidos de personas poco caritativas y prudentes!

Hemos de perdonar, aunque no fuese más que por propio interés; pues todos necesitamos más ó ménos del perdon ajeno.

La murmuracion es parienta muy cercana de la difamacion: aunque no se manifieste más que en reuniones íntimas, daños incalculables causa muchas veces.

¿Qué hemos de pensar tambien de la adulacion y de los cumplimientos exagerados, de que es tan pródigo el mundo? Difícil es justificarlos ante la sana moral, pues pertenecen á la mentira, ó se le aproximan mucho. Corrijamos semejante exceso de cortesía, que casi siempre molesta tanto al obsequiado como al que obsequia. Acordémonos de que el hombre honrado no está en la obligacion de decir todo cuanto piensa; pero sí de pensar, y aun de pesar, todo lo que dice y hace.

Hemos de respetar en nuestros semejantes el fruto de su trabajo manual ó intelectual: todo cuanto hayan producido les pertenece en justicia. Tampoco podemos desconocer que hay propiedades legítimas sin que sean producto del trabajo ó de la actividad personal: si un hombre encuentra un objeto cualquiera, tierra, animal ó planta, que no pertenezca á nadie, y crea serle útil á sí mismo, puede con justicia apropiárselo y quedarse con él, puesto que no toma nada de otro. Esto es lo que se llama el derecho del primer ocupante ó poseedor, que ha sido el orígen de la propiedad entre los hombres.

Junto al derecho del primer poseedor colócase el derecho del trabajo. El que ha escogido un terreno, y lo desmonta, lo cultiva, lo hace producir, lo adorna y lo transforma, tiene completo derecho á poseerlo y á que la posesion le sea respetada. Lo mismo diremos con respecto á los metales, la piedra, la madera etc., cuando estos objetos no han entrado en el dominio de nadie. Y aun el derecho del trabajo es de un órden mucho más elevado que el del primer poseedor: la primera ocupacion del terreno no es sinó una libre y sencilla conquista sobre la naturaleza bruta, donde nadie tenia derecho personal; miéntras que las obras creadas por el trabajo, por la industria ó el estudio, son como una emanacion del individuo y fruto de su actividad é inteligencia.

Quien haya adquirido algo por cualquiera de los medios espresados tiene derecho á trasmitirlo; y á ninguna persona sensata se le antojará que el tal poseedor no pueda disponer del fruto de su propia actividad. La seguridad que tiene el hombre de ser dueño de sus bienes y que puede hacer de ellos el uso que le convenga, es además un gran estímulo para el buen desarrollo de todas sus facultades y una causa permanente de laboriosidad y economía. Atacar la propiedad legítimamente adquirida es fomentar la holgazanería y el despilfarro.

Sépanse emplear medios leales para adquirir; cúmplanse con

buena fé los compromisos de intereses que ligan el comprador al vendedor, el obrero al patrono, el criado al amo, el arrendatario al propietario, el que necesita fondos al capitalista, y viceversa; en una palabra, que se llenen con justicia y amor todos los compromisos sociales, y desaparecerá con ciertas utopias el encono que profesa al que tiene mucho el que no posee nada ó poco

J. B. C.

LA CREACION,

SEGUN LA CIENCIA, LA FILOSOFÍA Y LA NUEVA REVELACION

Reencarnaciones.

El principio de la reencarnacion es una consecuencia fatal de la ley del progreso. Sin la reencarnacion ¿cómo esplicar la diferencia que existe entre el estado social actual y el de los tiempos de barbarie? Si las almas han sido criadas al mismo tiempo que los cuerpos, las que nacen ahora habian de ser tan nuevas, tan primitivas, como las que vivieron hace ya mil años: añadamos que no hay entre ellas ninguna conexion; ninguna relacion necesaria; que son completamente independientes unas de otras: ¿por qué pues, las almas de hoy habian de ser mejor dotadas por Dios que sus primogénitas? por qué habian de ser más inteligentes? por qué habrian de tener instintos más depurados, y más suaves costumbres? ¿Por qué tienen intuicion de ciertas cosas sin haberlas comprendido? Tal no puede tener razon de ser sin admitir que Dios ha creado almas de diversas cualidades segun los tiempos y los lugares, proposicion inconciliable con la idea de una soberana justicia.

Decid, al contrario, que las almas de hoy han vivido ya en tiempos más ó ménos remotos; que ellas han podido ser bárbaras como su siglo, pero que han progresado; que á cada nueva existencia atesoran las adquisiciones de existencias anteriores; que, por consiguiente, las almas de los tiempos civilizados son almas no creadas mas perfectas, sino que se han ido perfeccionando en sí mismas y con el tiempo; y entónces tendréis la sola explicacion plausible de la causa del progreso social.

Emigraciones é inmigraciones.

(*Conclusion.*)

En el intervalo de sus existencias corporales, los espíritus se hallan en estado de erraticidad, y componen la poblacion ambiente del globo. Con las muertes y nacimientos, estas poblaciones se devuelven la una á la otra; verificándose diariamente emigraciones del mundo corporal al mundo espiritual, é inmigraciones del mundo espiritual al mundo corporal.

En ciertas épocas, reguladas por la sabiduría divina, esas emigraciones é inmigraciones se operan en masas más ó ménos considerables, en fuerza de las grandes revoluciones, haciendo partir á muchos espíritus que luego vienen á ser reemplazados sucesivamente por otros. Por lo que, deben considerarse las plagas destructoras y los diversos cataclismos como ocasiones de partida y llegada de generaciones; como medios providenciales de renovacion de la poblacion corporal del globo, y de revivificarlo con la introduccion de nuevos elementos espirituales mas depurados. Si en estas catástrofes hay destruccion de gran número de cuerpos, es como si no hubiera mas que vestidos destrozados; pero ningun espíritu perece: ellos no hacen más que cambiar de medio: en lugar de partir aisladamente, parten en mayor ó menor número, he aquí toda la diferencia; porque partir por una ó por otra causa, no por eso pueden dejar de partir fatalmente temprano ó tarde.

Las renovaciones rápidas y casi instantáneas que se verifican en el elemento espiritual de la poblacion, por consecuencia de las plagas destructoras, apresuran el progreso social: sin las emigraciones é inmigraciones que vienen de un tiempo á otro á darle una violenta impulsion, el adelantamiento marcharia con extrema lentitud.

Es notable que todas las grandes calamidades que diezman los pueblos, van siempre seguidas de una era de progreso en el órden físico, intelectual y moral, y, en su consecuencia, en el estado social de las naciones en que aquellas producen sus estragos.

Esa transfusion que se opera entre la poblacion encarnada y la poblacion desencarnada de un mismo globo, se verifica igualmente entre los mundos, ya individualmente en las condiciones normales, ya por masas en circunstancias especiales. Hay, pues, emigraciones é inmigraciones colectivas de un mundo á otro. Y de ello resulta la introduccion, en la poblacion de un globo, de elementos enteramente nuevos: nuevas razas de espíritus, viniendo á mezclarse á las razas existentes, constituyen las nuevas razas de hombres. Luégo, como los espíritus no pierden jamás lo que han adquirido, aportan con ellos la inteligencia y la intuicion de los conocimientos que poseen; y de esta manera imprimen su carácter á la raza corporal que vienen á animar. Y para esto no tienen necesidad de nuevos cuerpos creados especialmente para ellos, ó sea para su peculiar uso: puesto que la especie corporal existe, los encuentran en ella preparados á recibirlos, viniendo á ser nuevos habitantes en el globo de su encarnacion.

M.

Poco se cuenta de los hechos de la inquisicion bajo la jefatura de D. Pedro Portocarrero, décimotercero inquisidor general, ya sea porque estuviese dotado de más suaves sentimien

tos que sus predecesores, ya tambien porque se retiró á los pocos meses á la diócesis de Cuenca, políticamente depuesto por Felipe III en 1598. Designóle este monarca por sucesor al cardenal Fernando Nuño de Guevara, quien á su vez fué destituido á principios de 1602, esto es, á los tres años de su ministerio, durante los cuales el Santo Oficio condenó á *dos mil sesenta y cuatro* infelices, en esta forma: *doscientos cuarenta* á la hoguera, *noventa y seis* quemados en efigie, y á penas ménos crueles *mil setecientos veinte y ocho.*

Algunos meses no más (1602) estuvo al frente del Tribunal de la fé el décimo quinto inquisidor D. Juan de Zuñiga, comisario general de la Santa Cruzada y obispo de Cartagena. Hizo morir en las llamas *ochenta personas*, quemar los huesos de *treinta y dos* desdichados, muertos casi todos en los calabozos del Santo Oficio, y sufrir otras penas á *quinientos sesenta*, formando un total de *seiscientas setenta y dos* víctimas.

Desde 1603 á 1607 gobernó la inquisicion el arzobispo D. Juan Bautista de Acebedo. Fueron condenadas en su tiempo *tres mil trescientas noventa y seis* personas: de ellas, *cuatrocientas* al suplicio del fuego, *ciento diez y seis* fueron quemadas en estatua, y *dos mil ochocientas ochenta* condenadas á prision ó galeras y confiscacion de bienes.

Su sucesor, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, ejerció su ministerio por espacio de más de diez años, desde 1607 á 1618. Sus víctimas fueron *siete mil quinientas sesenta y ocho*: tostados, *ochocientos ochenta* individuos; quemados en efigie, *trescientos cincuenta y dos* y *seis mil trescientos treinta y seis* condenados á la infamia, á la confiscacion de bienes y á la pérdida de la libertad.

Muerto Sandoval, fué nombrado en su lugar el dominico Francisco Luis de Aliaga, confesor de Felipe III, cuyo ministerio duró unos tres años, hasta 1621. *Dos mil sesenta y cuatro* individuos condenados á diferentes penas atestiguan el celo apostólico de Aliaga: entregados vivos á las llamas, *doscientos cuarenta*; quemados en estatua, *noventa y seis*, y condenados á las penas inmediatas, *mil setecientos veinte y ocho.*

El Arzobispo D. Pedro Pacheco, su sucesor, entregó á la hoguera (1621 á 1626) *doscientas cincuenta y seis* personas vivas, *ciento veinte y ocho en efigie*, y condenó á diversas penas *mil doscientas ochenta*: lo cual forma un total de *mil seiscientas sesenta y cuatro* víctimas. Sólo en el último auto de fé que por su órden se celebró en Córdoba, figuraron ochenta condenados, sin contar los huesos de once infelices muertos de sufrimiento ó de desesperacion en las mazmorras del odioso tribunal.

El cardenal arzobispo de Burgos, Don Antonio de Zapata y Mendoza, fué el vigésimo inquisidor general de España. Entró en sus funciones á principio del año 1627, y las ejerció hasta mediados de 1632. A este período corresponden *dos mil cuatrocientas noventa y seis* condenas; es á saber: *trescientas ochenta y cuatro* personas tostadas vivas, *ciento noventa y dos* en estatua,

y *mil nuevecientas veinte* condenadas á otras penas. En tiempo de Zapata, el Santo Oficio de Madrid entendió en un curioso proceso: veinte y cinco monjas, de treinta que vivian en comunidad en un convento de la corte, fueron declaradas *poseidas* del demonio, porque aparecieron en un estado *extranatural* y sospechoso, habiendo la inquisicion mandado prender al confesor, á la abadesa y á las monjas *poseidas*.

A Zapata sucedió en 1632 el dominico Francisco Antonio de Sotomayor, el cual fué reemplazado por D. Diego de Arce y Reinosa en 1643. Sotomayor entregó á las llamas *setecientos ochenta* individuos en persona y *trescientos treinta y dos* en efigie, y condenó á prision, á galeras y otras penas *tres mil quinientas veinte* personas, formando en conjunto *cuatro mil seiscientas treinta y dos* condenas. Bajo el ministerio de D. Diego de Arce perecieron en la hoguera *mil cuatrocientos setenta y dos* infortunados, en figura fueron quemados *trescientos treinta y seis*, y condenados á diferentes penas *siete mil setecientos cincuenta y dos*; en junto, *nueve mil quinientas sesenta* víctimas de la intolerancia religiosa. Murió Arce á fines de 1665, el mismo dia que el rey don Felipe IV.

Cinco inquisidores generales se sucedieron en España durante el reinado de D. Cárlos II, conocido por el *Hechizado*, desde 1665 á 1670, y fueron: don Pascual de Aragon, Juan Everardo de Nitard, Diego Sarmiento de Valladares, Juan Tomás de Rocaberti y Alfonso Fernandez de Córdoba y Aguilar. En este lapso de treinta y cinco años el Santo Oficio causó *ocho mil seiscientas cuatro* víctimas, pereciendo en las llamas *mil seiscientas treinta y dos*, y siendo condenadas al fuego, en estatua, *quinientas cuarenta y cuatro*. Las *seis mil cuatrocientas veinte* y *ocho* restantes fueron infamadas, reclusas ó enviadas á galeras, además de ser entregadas al fisco sus haciendas.

Aun en el reinado de Felipe V, desde 1700 hasta 1746, hizo grandes estragos el Tribunal de la fé, sin embargo de que las ideas y las costumbres comenzaron á modificarse de una manera notable, presagiando la feliz trasformacion que en ellas habia de verificarse ántes de fenecer el siglo XVIII. Diez inquisidores generales gobernaron la inquisicion desde que Felipe comenzó á reinar hasta su muerte, cuyos nombres son: D. Baltasar de Mendoza y Sandoval, Vidal Marin, Antonio Ibañez de la Riva-Herrera, Francisco Judice, José de Molinos, Juan de Arzamendi, Diego de Astorga y Céspedes, Juan de Camargo, Andres de Orbe y Larreategui y Manuel Isidoro Manrique de Lara. En los tiempos de estos inquisidores el Santo Oficio hubo de entender en multitud de escandalosos procesos en que figuraban monjas y confesores, en términos que muchos conventos, más bien que casas de oracion, eran hormigueros de liviandades y repugnantes desórdenes. Las víctimas de la inquisicion en este período de cuarenta y seis años, á fines del cual nació la *fracmasonería* española, fueron *once mil cuatrocientas ochenta*: de ellas murieron en la hoguera *mil seiscientas*; *setecientas sesenta* fueron quemadas en figura, y las otras

nueve mil ciento veinte fueron condenadas á penas ménos severas.

A partir de la muerte de Felipe V, la decadencia de la inquisicion es rápida y el número de sus víctimas no tiene punto de comparacion con las horribles hecatombes de los tiempos anteriores. Aun se sucedieron ocho ó nueve inquisidores generales en los reinados de Fernando VI, Cárlos III, Cárlos IV y Fernando VII; pero la conciencia pública se habia hecho superior al poder de los inquisidores y habia cortado las garras á los buitres. *Doscientas ochenta y ocho* fueron las víctimas del Tribunal de la fé en este su último período: *catorce* fueron quemadas vivas, *seis* en estatua, y las *doscientas sesenta y ocho* restantes sufrieron penas más ligeras.

Demos gracias á Dios porque ha desaparecido de la tierra tan terrible plaga, peor por sí sola que las diez juntas del Egipto, y pidámosle que desaparezcan pronto algunas otras que quedan, debidas, como la inquisicion, al despotismo y al fanatismo religiosos.

Terminaremos estos apuntes con el siguiente resúmen estadístico, que tomamos de la *Historia General de la Inquisicion*, por Mr. Leonardo Gallois:

Resúmen general de las víctimas de la Inquisicion de España, desde 1481 hasta 1808.

Bajo el ministerio ó reinado.	Años que comprende.	Quemados vivos.	En Estatua.	A galeras, confiscacion, etc.	Total.
Bajo el ministerio de Torquemada.	De 1481 á 1498	10,220	6,840	97,371	114,431
Bajo el de Deza.	1498 á 1507	2,592	829	32,952	36,373
Bajo el de Cisneros. . .	1507 á 1517	3,564	2,232	48,059	53,855
Bajo el de Adriano. . .	1517 á 1521	1,620	560	21,835	24,015
Interregno.	1521 á 1523	324	112	4,481	4,917
Bajo el ministerio de Manrique.	1523 á 1538	2,250	1,125	11,250	14,625
Bajo el de Tabera. . . .	1538 á 1545	840	420	6,520	7,780
Bajo el de Loaisa y bajo el reinado de Cárlos V. .	1545 á 1556	1,320	660	6,600	8,580
Bajo el reinado de Felipe II.	1556 á 1597	3,990	1,845	18,450	24,285
Bajo el de Felipe III. . .	1597 á 1621	1,840	692	10,716	13,248
Bajo el de Felipe IV. .	1621 á 1665	2,852	1,428	14,080	18,360
Bajo el de Cárlos II. . .	1665 á 1700	1,632	540	6,512	8,684
Bajo el de Felipe V. . .	1700 á 1746	1,600	760	9,120	11,480
Bajo el de Fernando VI. .	1746 á 1759	10	5	170	185
Bajo el de Cárlos III. .	1759 á 1788	4	»	56	60
Bajo el de Cárlos IV. . .	1788 á 1808	»	1	42	43
Totales. . .	328 años	34,658	18,049	288,214	340,921

*
* *

Rogamos á nuestro distinguido colega *La Ilustracion Espírita* de Méjico se sirva remitirnos el número correspondiente al mes

de Julio, que no ha llegado à nuestras manos. Sentiríamos tener incompleta la coleccion de tan interesante revista. A continuacion insertamos un documento originalísimo, que tomamos del colega mejicano. Dice así:

«Francisco de Gauna y Atiença, escrivano del Rey nuestro Señor, y Contador de la Santa Iglesia Catredal desta Ciudad de la Puebla de los Angeles en la nueva España, doy fee i Testimonio de verdad, que oy miércoles, dia de San Jeronimo, treinta de Setienbre de este Año de la fecha, estando en la Contaduría de dicha Santa Iglesia con Antonio Gomez Carvallo Contador asimismo en ella, i Felipe de Barros Espino, Oficial maior, como á las diez i media del dia, me vinieron á avisar; como á dicha Santa Iglesia concurria mucha gente, á ver una cosa notable, i por saber lo que era, fuí á ella en compañia de los referidos, i vi constantemente, lo que muchas Personas con admirazion decian miraban en el Altar Maior de dicha Santa Iglesia, era una semejança mui propia del rostro, cabeça, i cuerpo del Ilustrisimo i Excelentísimo Señor D. Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de este Obispado, á quien yo conocí mui bien en esta Ciudad, antes que se fuera á los Reynos de Castilla, que patente y evidentemente se figuraba destocado (quiere decir descubierto) de rodillas, con su Roquete blanco en el pecho, i Muzeta morada en los onbros, algo inclinado el rostro á la Custodia del Santísimo Sacramento, al lado de la Epístola, al parecer entre la dicha Custodia, i las vidrieras que le servian de funda: lo qual vi muchas vezes, en el tiempo de media hora, de diferentes distancias; como fueron á doze, veinte, i quarenta pasos del dicho Altar: i llegando cerca del por todos sus lados, á reconocer, si dichos vidrios tenian alguna correspondencía de Pintura, ó Escultura por delante de la semejança del dicho Señor Excelentísimo Obispo, no hallé cosa que se le pareciese en la postura, figura, color de rostro, forma ni tamaño, como se via entre dicha custodia, i vidrios, que segun la dicha semejança, parecia que estaba alli su misma persona. I lo mismo que llevo aqui referido, me dijeron avian visto, i examinado en la misma ocasion, i tiempo los dichos mis dos Compañeros, i otras muchas personas, que algunas firmaron al pie deste Testimonio de verdad, como testigos de vista. I para que de ello conste en todo tiempo donde convenga, para ponerlo en mi Registro, de oficio di el presente en la dicha Ciudad de los Angeles, á las doze horas, poco mas, ó menos, del dicho dia treinta de Setienbre de 1654 Años.

»Soy testigo de vista. Felipe de Espino Barros. Soy testigo de vista. Antonio Gomez Carvallo. Bachiller. Joseph de Herrera Galvez. Melchor de los Reyes Santillan. Hago mi signo. En testimonio de verdad. Francisco de Gauna, Escrivano Real.»

***

Ha muerto el cardenal Antonelli, ministro de Estado de Pio IX desde el año 1850. El telégrama de Roma que anuncia su falle-

cimiento añade que el cardenal deja TRES MILLONES de duros, y una RIQUÍSIMA coleccion de piedras preciosas, que heredarán, parte el Papa y parte los sobrinos del difunto. Así murió Jesucristo: dejando una riquísima coleccion de máximas y virtudes á los hombres, y un purísimo ejemplo de abnegacion y pobreza á los apóstoles.

***

Ya no parece por nuestra redaccion el *Consultor de los Pàrrocos*, sin embargo de continuar visitándole EL BUEN SENTIDO. Era un buen maestro de gramàtica, cuyas sabias lecciones nos habíamos prometido aprovechar. Nos ha abandonado precisamente cuando ya estábamos en *potencia propincua* de entonar el *Tibi peccavi, et malum coram te feci.* ¿Por qué no viene trás la oveja que se ha separado del redil?

***

Escrito el suelto que antecede, ha vuelto á visitarnos, despues de un eclipse de seis semanas, el apreciable *Consultor*. Sin duda habrà querido deslumbrarnos con los modelos de literatura y moral sacristanescas que publica en dos cartas suscritas por el presbítero don Francisco Mateos Gago, en las cuales este señor se desata en insultos contra un pastor protestante. Tiene razon *El Solfeo*: la pluma del católico reverendo «hace sobre el papel *chirrisss*, como cuando se abre una navaja de siete muelles.» En los asquerosos anales del ultramontanismo pocos documentos se registrarán que revuelvan tanto el estómago como las dos epistolas del clérigo Mateos.

***

«La Ley de Amor», revista quincenal, que se publica en Mérida de Yucatan (Méjico), recomienda *muy especialmente* á todos, espíritas y no espíritas, la lectura de ROMA Y EL EVANGELIO, por ser, dice, *una de las más luminosas obras publicadas hasta hoy*. El libro del *Círculo Cristiano* de Lérida va dando la vuelta al globo, y en todas partes es recibido como una alhaja de inestimable precio. El dia que sus máximas morales estén grabadas en el corazon de los hombres, el Cristianismo habrá trasformado el mundo. ROMA Y EL EVANGELIO es la religion del porvenir.

***

Sobramente por *sobradamente*, y *percursion* por *percusion* pusieron los cajistas en las páginas 357 y 358, líneas 7 y 17, del cuaderno anterior de EL BUEN SENTIDO. No dudamos de que la ilustracion de nuestros lectores habrá rectificado estas erratas al apercibirse de ellas.

LÉRIDA.—IMP. DE JOSÉ SOL TORRENS.—1876.

EL

BUEN SENTIDO.

REVISTA MENSUAL.

—CIENCIAS.—RELIGION.—MORAL CRISTIANA.—

AÑO II. Lérida, Diciembre de 1876. Número XV.

SUMARIO.—«Nuestra primera Campaña,» por La Redaccion.—«La Humanidad y su Educacion,» por M.—«Un año ménos y un paso más,» por Amalia Domingo y Soler.—«Variedades.»

NUESTRA PRIMERA CAMPAÑA.

Séanos permitido, despues de veinte meses de solícitos y desinteresados esfuerzos, dirigir una mirada retrospectiva sobre nuestros pasos, á fin de hacernos cargo del trecho que llevamos recorrido y tomar aliento para la continuacion de nuestra empresa. Como el labrador vuelve á visitar los campos donde esparció la simiente, buscando en ellos las primicias de la vegetacion, precursora de una espléndida cosecha; así nosotros, ávidos de las dulces emociones que produce la seguridad de no haber trabajado en balde, volvemos atrás en busca de las primicias de la idea salvadora que inflamó nuestro corazon y puso la pluma en nuestra mano.

Bajo el punto de vista de la conveniencia personal, que es el punto de vista más comun en los buenos tiempos que corremos, forzoso nos es confesar que nuestra primera campaña en defensa del principio genuinamente cristiano ha sido harto desastrosa. Teníamos previsto, sin embargo, este resultado, y no nos ha cogido de sorpresa. Ibamos á luchar, en nuestra pequeñez, con un adversario terrible, con el ultramontanismo, poderosa institucion que dispone, á pesar de su notoria deca-

dencia, de grandes medios y abundantes resortes para oprimir á los que no secundan sus planes; y claro era que habia de ensañarse en nosotros, resueltos como estábamos á combatirle rudamente en su dominio sobre las conciencias, que es la llave de su preponderancia temporal. Ejercíamos algunos de nosotros la enseñanza pública, y fuímos desposeidos de este honroso medio, con que ganábamos el pan de nuestros hijos. Si las ideas pudiesen morir de hambre, no cabe duda que seria eterna la dominacion ultramontana. Pendiente se halla todavía de la resolúcion del Gobierno, *despues de diez y seis meses*, el expediente mandado instruir con motivo de nuestras cristianas convicciones; pero un dia ú otro la resolucion vendrá, y entónces sabremos si los profesores, como ciudadanos, pueden tener conciencia propia, ó si, por el contrario, han de pensar y creer á gusto de los señores gobernantes. Si esto es así, que no lo creemos de un Gobierno que de liberal blasona, bueno fuera se exhibiese el patron oficial á cuya medida hubiesen de estar cortadas las conciencias de los profesores públicos.

Achaque ha sido, en todos tiempos, de la secta ultramontana emplear la violencia como medio el más eficaz de llevar la conviccion al ánimo. En sus mejores dias, que fueron aquellos en que la fé sospechosa pasaba por el tamiz del Santo Oficio, la *garrucha*, el *potro* y el *borceguí* se encargaban de desvanecer todas las dudas en materias religiosas; y si las dudas persistian, apelábase á la hoguera, que era la *suprema ratio* de la argumentacion ultramontana. Hoy ya no es el fuego el crisol de las vacilaciones del alma, porque la civilizacion moderna no consiente tan humanitarios desahogos; pero los ultramontanos, conociendo que el argumento *ad hominem* es el único que puede contener las deserciones en masa que se experimentan en sus filas, ya que no les es permitido convencer por el fuego, asestan sus razones al estómago.

En el concepto, pues, de nuestra conveniencia particular, nada ventajoso nos ha sido el resultado de la primera campaña. Sobre el campo de batalla han quedado, á guisa de trofeos de nuestros victoriosos enemigos, los modestos destinos que

algunos de nosotros ocupàbamos en la enseñanza oficial. Mas ¿qué importa? esclamaremos: ¿por ventura no son semejantes triunfos señales inequívocas de verdaderas derrotas? ¿No revelan, màs bien que el entusiasmo espansivo del vencedor, el despecho y la ira del vencido? En el palenque de las ideas, los laureles no pertenecen al que despoja de la capa al adversario, sino al que sabe llevar la conviccion á los ánimos.

Otro muy distinto ha sido el aspecto de la campaña, considerada bajo el punto de vista del triunfo de las ideas. En este terreno, los ultramontanos se han batido en retirada y han concluido por abandonar el campo. ¿A qué han venido à parar aquellos jactanciosos alardes de anticipadas victorias, aquellos pujos filosóficos, aquellas ciclópeas amenazas del *Sentido Comun*, periódico clerical de esta ciudad, que habian de ser en breve la muerte de El Buen Sentido? Ni hubo tales victorias, ni tales filósofías, ni las amenazas se cumplieron: el *Sentido Comun* arrastró una vida lánguida y accidentada, que presagiaba un pronto y funesto término, término que aceleraron el despecho y la impotencia. Persuadido de su debilidad, ni una sola vez se atrevió à medir sus fuerzas en ninguna de las grandes cuestiones morales religiosas que El Buen Sentido sometia á la consideracion de sus lectores. En vano llamó en su auxilio el *brazo secular* á fin de que se nos amordazase y oprimiese; en vano fulminó un anatema tras otro contra los descreidos que no entregaban á las llamas nuestros heterodoxos escritos; en vano llamó à las puertas del fanatismo intentando organizar una asociacion mística cuyos individuos habian de pedir à Dios, individual y mancomunadamente, el destierro, allá en los desiertos de la Tebaida, de la personalidad diabólica, que andaba suelta por estas tierras de España; todo fué en vano: el brazo secular no nos cerró herméticamente la boca como pedia el colega clerical; los anatemas, en vez de disminuir aumentaron el número de nuestros benévolos lectores; y la asociacion del *Angel de la Guarda* hubo de quedarse en proyecto, no sabemos si por faltarle la autorizacion papal solicitada, ó si por sobrarle la cuota de treinta y cuatro maravedises que se exigia à cada asociado para que fuesen

más eficaces las plegarias. Tantos contratiempos quebrantaron su viril pujanza y su salud, y el *Sentido Comun*, falto de suscritores y de fuerzas, no tuvo màs remedio que morirse. Trás él, y para continuar sus tradiciones, vino la *Verdad Leridana* á la luz pública; más el nuevo adalid ultramontano nació con tan mala estrella, que à los pocos dias moria de plétora literaria.

En cambio, los frutos de nuestra cristiana propaganda van siendo de cada dia màs valiosos y abundantes. Miles de ejemplares de *Roma y el Evangelio* y de otros libros que difunden la verdadera ilustracion religiosa corren en manos del pueblo, en términos que no hay aldea donde no haya echado algunas raíces la bienhechora semilla. En las letras y en las armas, en la industria y el comercio, en la agricultura y en las artes, en todas las clases sociales, por decirlo de una vez, contamos numerosos hermanos en creencias. Los artículos de EL BUEN SENTIDO son leidos con fruicion así en el bufete del letrado, como en el cuartel; así en el taller del artista, como en el hogar del labrador. Y cuenta que no nos atribuimos por ello ningun mérito: el mérito está en la bondad de las doctrinas, que, para hacerse lugar en los entendimientos y ganarse los corazones, no necesitan más artificios oratorios ni màs bellezas de estilo, que la claridad y sencillez.

Nuestra bandera ha sido desde el primer dia la moral de Jesucristo, y el mote de nuestro escudo las palabras del gran Mártir: *Amaos los unos á los otros.* Creíase por muchos que la moral cristiana era un código estrecho en sus preceptos, de una rigidez extrema, impregnado de un ascetismo místico incompatible con la vida de sociedad y en oposicion à todo progreso, à toda innovacion, á todas las conquistas de la ciencia en cuanto no tuviesen por objeto divorciar al hombre de la naturaleza que le envuelve; y con el Evangelio en la mano hemos demostrado que el cristianismo en vez de comprimir el ánimo lo ensancha, en vez de encadenar el entendimiento lo emancipa, en vez de relajar los vínculos sociales los fortalece, en vez de divorciar de la naturaleza y de las ciencias al hombre, le hace entrever que solo por el cultivo de las ciencias y

el estudio de las armonías nâturales hallará la felicidad, que es su constante aspiracion. El principio del amor de Dios está en la sabiduría, porque para amarle, necesario es comprenderle en las obras de su magnificencia. De haber desconocido esta verdad, suponiendo, por el contrario, que la fé debia basarse en la autoridad y no en el estudio del universo y de sus leyes, que son el verbo divino, han dimanado una multitud de contradicciones morales, que han acabado por desnaturalizar el cristianismo y dar cuerpo á las escuelas filosóficas que con más ardimiento lo combaten.

Pero el buen sentido moral va despertando del profundo sueño en que le sumiera el fanatismo y venciendo las corrientes materialistas, que se alimentan principalmente de los errores religiosos. Aun en las clases más humildes por su escasa ilustracion aumenta cada dia el número de los que inquieren los motivos de su incredulidad ó de su fé, síntoma consolador, preludio de una gran trasformacion, de toda una revolucion en el órden de las ideas, que acabará con el feudalismo intelectual. *Esto matará aquello:* el cesarismo religioso, ya en sus postrimerías, está condenado á morir á manos del racionalismo cristiano; la fé se armonizará con el progreso y la razon; y sobre los escombros del supersticioso fanatismo se levantará magestuosa la religion del pueblo, edificada en la libertad de la conciencia, en la igualdad de deberes y derechos y en la fraternidad universal.

La Redaccion.

LA HUMANIDAD Y SU EDUCACION.

IX y último.

Despues de cuanto se ha insinuado en el artículo anterior sobre el objeto, unidad y diversidad de las ciencias, sobre la magnificencia de los esfuerzos del espíritu humano en todo género de conquistas y progresos, à cual màs importantes, obedeciendo á la justa y forzosa ley de sus legítimas tendencias y aspiraciones; despues tambien de todo aquello que por su carácter divino hemos hecho notar plácidamente, considerando á Dios como *el Señor* y *Padre de las ciencias*, y al que las explota con interés y afan debidos, como un operario, digno y verdadero hijo de aquel tierno y amoroso Padre; y despues, en fin, que con marcada acentuacion hemos podido indicar el gran poder de las ciencias y su fundamental fecundidad en la aplicacion á las industrias y á los más inmediatos usos de la vida, nos corresponde entrar ahora en alguna que otra consideracion, consignando, bien que à grandes rasgos, las enseñanzas que más íntimamente pueden relacionarse en la marcha de esta gran educacion que venimos trazando para el uso de los pueblos.

Al efecto y ante todo, hemos de recordar que la *ciencia*, en absoluto, es la comprension del universo, ó sea la posesion por la inteligencia de todo cuanto existe en este inconmensurable conjunto de la universal creacion; tarea por lo mismo inmensa, y como tal, superior é inaccesible á todas las fuerzas y alcances de los hombres. Así considerada la ciencia, ya dijimos que solo está en la sabiduría suprema, propia exclusivamente de Dios, en quien el saber, como todos sus demás atributos, existen desde la eternidad en grado absoluto é infinito. Nuestra ciencia, toda la ciencia humana es sobrada-

mente limitada; pero sabemos que los horizontes de su exploracion son inmensos, indefinidos, no careciendo por cierto de importancia é interés á la par que de deleitoso atractivo, además de contribuir muy grandemente á nuestro bienestar material y moral, á los mejores progresos de nuestra educacion y mejoramiento. Concretémonos aquí solamente á algunas indicaciones con referencia al estudio de la naturaleza material y visible, considerada en sus causas y fenómenos á la vez que en sus principales leyes; mas sólo tal como nos incumbe segun nuestras miras educativas, en lijero bosquejo á guisa de programa, ciñéndonos con preferencia al estudio de este globo, ya que es nuestra comun morada del presente.

Considerando el globo como planeta y como mansion de las plantas, de los animales y del hombre ¿qué de interés y placentera satisfaccion no vendrá á ofrecernos en todo sentido, bajo todos sus aspectos? De su movimiento de. *rotacion*, al girar sobre su eje, toma orígen la alternativa de los dias con las noches; del de *traslacion* en rededor del sol, la diversidad de las estaciones y el cómputo del año; del de los demàs planetas, que en una mayor ó menor duracion describen sus órbitas elípticas sin poderse separar definitivamente de la accion atractiva del gran astro luminoso, que es su centro y los retiene en su esfera de actividad, resultan las armonías de nuestro sistema planetario. Quien llegue á conocer, aunque limitadamente, todas estas grandes cosas, ¿dejará de reconocerlas como objetos muy dignos de atencion, de toda nuestra consideracion, y en una palabra, no se sentirá solicitado agradablemente y siempre hácia un cada vez más elevado exámen y contemplacion de tan asombrosas maravillas?

Si nos fijamos tambien en este todo ó conjunto de nuestro globo terrestre y le consideramos en su fundamental formacion y estructura, nos hallaremos indefectiblemente frente à frente, primero, de la materia inorgánica que le constituye, de la materia bruta, segun suele llamársela; y segundo, de todas esas fuerzas naturales, que, bajo el nombre genérico de *flúido universal*, comprenden esencialmente las fuerzas físico-químicas que la ciencia nos dá á conocer con las denomina-

ciones de *atraccion, calórico, electricidad, magnetismo, etc.*

La materia con todos sus variados elementos, sujeta á la influencia de aquellos activos agentes de la naturaleza, ¿qué de transformaciones y de continuada elaboracion no experimenta en la sucesion de los tiempos? ¿Qué de fenómenos de órden diverso no surgen diariamente de aquella persistente actividad, desplegada en el jigantesco crisol de la naturaleza? ¿Qué horizontes y qué vias no se abren á la investigacion del espíritu humano, al explorar este gran panorama de la visible creacion que llamamos el globo terrestre? Donde quiera que dirijamos la vista, allí nos extasiaremos de asombro, y con tal motivo nos encontraremos siempre como impulsados á un ameno cuanto interesante estudio, el cual, á la par del recreo y utilidad que en sí reporta, vendrá dándonos fuerza y vigor, alentando nuestro espíritu y poniéndole en vía de posesionarse, por el trabajo activo de la inteligencia, de cuanto pueda serle útil para sí y para la sociedad, para el desarrollo progresivo de las industrias y el levantamiento de las costumbres, que equivale á decir, para el bienestar material y moral, ó sea para el verdadero engrandecimiento á que debiera siempre aspirarse.

La *física* y la *química* son las dos ciencias que se nos presentan desde luego en el pórtico de este vasto anfiteatro científico. La *física*, para el exámen y estudio de todos aquellos fenómenos y causas que por sí no producen alteracion íntima en la naturaleza de los cuerpos; y la *química*, por el contrario, ocupándose de las causas y fenómenos de verdadera trasformacion, donde no solamente hay mudanza accidental y nuevo estado de estructura, sino tambien una radical alteracion, un cambio completo en la naturaleza íntima de los seres ó productos materiales, naciendo de su accion y reaccion esa asombrosa diversidad de cuerpos compuestos que vienen integrando la extensa y complicada estructura de la parte sólida de la tierra, à la vez que la formacion de la parte líquida y gaseosa.

Despues de esas fuerzas *físico-químicas*, fuerzas de evolucion y constante actividad, que forman como el alma ó el

gran resorte que da movimiento al globo, y en cuya virtud viene este agitàndose y modificándose incesantemente en su interior y exterior, se ofrecerá con no menos agrado y utilidad en el curso de nuestras investigaciones otro anchuroso campo, otro expléndido horizonte de exploracion, donde nos serà permitido espaciarnos á voluntad, en términos de podernos dar más ó ménos justificada cuenta de las partes constitutivas del planeta, de su formacion y desarrollo, ya respecto á las vicisitudes que, andando el tiempo, ha experimentado, ya respecto de las épocas ó grandes fases de su desenvolvimiento, como igualmente y á su vez, de los terrenos ó formaciones y depósitos diversos que habrán debido tener lugar en la trabajosa y prolongada elaboracion que viene experimentando al través de las edades en fuerza de sus múltiples cataclismos y revoluciones.

En seguimiento de este curso de estudio que indicamos, podrà cualquiera que á él se dedique irse ocupando con alguna especialidad y detencion, de las rocas y minerales en su diferente naturaleza y respectivas situaciones, á la par que de sus caractéres más esenciales, como tambien de las relaciones màs ó ménos marcadas que los enlazan ó separan, dàndose cuenta á sí mismo de todo cuanto más interesante y útil puedan ofrecer todas aquellas sustancias mineralógicas, estudiadas segun los principios de la geología y mineralogía, ya que estas son las ciencias que se ocupan de ello con preferencia. A buen seguro que no es poco el recreo, como tambien el beneficio que las tales enseñanzas pueden reportar al hombre, puesto que le conducen á conocer y saber aplicar al bien individual y social el cópioso caudal de riquezas que la próvida mano de Dios ha tenido á bien depositar en la superficie é interior de la tierra para las necesidades humanas.

Mas, á parte de lo que precede ¿cuánto no habrà todavía que inquirir, ya relativamente à las plantas, ya á los animales, y tambien con respecto al hombre? Y este sucesivo trabajo de estudiosa investigacion no habrá de considerarse solamente en su parte material, ni concretarse á solo el exámen de las fuerzas físicas y químicas que dejamos indicadas, sino que

habrá de propender tambien al estudio detenido de otras dos actividades gradualmente superiores á aquellas, que aunque muy diferentes, vienen tomando de un comun fondo sus respectivos contingentes. Nos referimos á esas dos actividades de la naturaleza orgánica, conocidas con los nombres de *fuerza vital*, *vegetal* ó puramente orgánica la una, y *animal* ó de *relacion* la otra; ambas de trabajo íntimo é interior, de movimiento fundamentalmente orgánico, pero susceptible de muy diverso desenvolvimiento. De tal modo que, partiendo de una línea confusamente divisoria, se presentan aquellas actividades en sus propios organismos, en muy marcada divergencia, en términos que, miéntras en los seres de la vida vegetal no se observan más que órganos de *nutricion* y *propagacion* con sus propios y correspondientes actos, se hallan en los organismos animales, además de aquellas dos funciones, las de *sensibilidad* y *locomocion*, las cuales caracterizan á los animales de un modo bastante distinguible, si se esceptúan los de estructura más sencilla, que alguna vez pueden confundirse con las plantas.

En la vida animal, además, se hace notar desde sus más bajos eslabones el *instinto*, y de tal modo, que, á medida que se van los seres elevando en la escala de su orgánica estructura, se observa en ellos una proporcion creciente, un como viso de inteligencia y espontaneidad, atributos de sí ya muy admirables, pero que lo son aun más, hasta rayar en prodigio y encanto, cuando se ostentan traducidos en verdadera inteligencia y razon, y en pronunciada y deliberativa voluntad, cual viene sucediendo en el hombre, el único ser dotado del libre albedrío y de aquellas supremas facultades de que carecen los demás seres animales.

Y se comprende cuan nuevo, profundo y asombroso estudio podrá ofrecernos esa complexa vida de todos los seres organizados, considerada como complemento de accion de toda esa trasformacion de la materia por las fuerzas físico-químicas, asombrosamente aumentada por aquella vital fuerza ó principio vivificante, ya sea relativamente á los vegetales, ya á los animales, y principalmente al hombre. La

vida en su orígen, en sus fases de desarrollo, en los grandes períodos ó épocas en que han venido apareciendo las generaciones; las existencias, organizadas en sus leyes de desenvolvimiento y produccion para las necesidades de la vida humana; todo, todo ello podrà suministrarnos copioso motivo de exàmen é investigacion, en las diferentes cuestiones que hoy ofrecen là *geología* y la *historia natural* en sus diversos ramos y conceptos.

Para ese curioso y atractivo estudio que se viene recomendando, podrà, si se quiere, acudir preferentemente á los datos y recursos de la hermosa y naciente ciencia *geológica*, ya que ella se ocupa, además de la parte geogénica, puramente mineral, de cuanto atañe al origen y desarrollo de los vegetales y animales de los primeros tiempos, en vista de los fósiles que se han ido hallando en los archivos de la tierra. Y à su vez la *botànica* y la *geología* concurriràn oportunamente al mismo objeto de exploracion de la orgánica naturaleza, bien què deberán verificarlo bajo el especial exámen de la organizacion y vida de las familias, géneros y especies segun las actuales generaciones, así como tambien y á la par vendrá haciéndose con la *mineralogía* con respecto á las sustancias mineralógicas, y à las metalíferas especialmente. Mas no debiera olvidarse nunca que el complemento de todos estos estudios, el estudio mas útil y positivo, es el de la *agricultura*; puesto que ella en todo caso es la que se encarga de enseñarnos el mejor modo de aumentar toda suerte de produccion vegetal y animal, ofreciéndonos subsistencias seguras para subvenir á las más comunes é imperiosas necesidades de la vida de los pueblos.

Sin embargo de la importancia de los estudios que dejamos indicados, quedaria incompleto nuestro bosquejo programico, si dejáramos de hacer resaltar sobre ellos el exámen y estudio de la naturaleza humana, del hombre en sí mismo, física, intelectual y moralmente considerado: tal ha sido nuestro principal objeto, siquiera por via de insinuacion, en lo que llevamos escrito sobre estas generalidades

relativas á la necesidad é importancia de la *educacion humana*, que bien vale la pena, si bien se mira y reconoce, lo trascendental de su eficacia.

Indudablemente, hoy como siempre, este estudio hubiera de haber sido y ser el preferente bajo todos sus aspectos; debe considerarse como muy imperiosa la necesidad de conocerse cada cual, para el mejor cumplimiento de su presente y ulterior destino. El *nosce te ipsum*, principio tan reconocido y recomendado por los antiguos, no debiera ser mirado nunca con indiferencia, y mucho ménos en el presente siglo, en que suelen los hombres preciarse de adelanto y civilizacion. La civilizacion no será nunca verdadera, hasta que el hombre se conozca en sí perfectamente. Hoy desgraciadamente el hombre se desconoce por punto general, y es porque no se estudia bastante. Y entónces ¿cómo alcanzar amplio y feliz éxito en la solucion de los profundos y oscuros problemas de la vida? Y cuidado que para nuestro especial estudio no necesitamos muchos ni muy voluminosos libros; si queremos ser reflexivos, bastarános seguramente fijar atenta vista en el álbum de nuestro propio ser, puesto que es el resúmen del mejor de los libros, del libro prodigioso que nos revela la grande obra de Dios, y por consiguiente el màs hermoso, instructivo y fructífero libro para la enseñanza de todo lo que es más predilecto y sagrado entre los intereses de la vida, tanto respecto del cuerpo como del espíritu.

Ciertamente, el hombre es un microcosmo, un compendio portentoso de la materia mejor elaborada, y á su vez, un compendio aun mucho mas sublime de todas las fuerzas y virtualidades que observarse pueden en toda la extension de nuestro planeta. Mejor tal vez diríamos que el hombre es el ser, que, sobre reunir en sí todo lo que de materia, fuerza y actividad se halla en los demás seres de la naturaleza, se eleva sobre todos ellos en majestuosas prerogativas que le completan y subliman, dándole un carácter *sui generis*, de tal modo, que, separándole à gran distancia de los animales, le constituyen en una esfera supre-

ma, cual es la encumbrada esfera de la humanidad.

En efecto; si volvemos nuestra vista fijándola cuando ménos activa y atentamente en el cuerpo humano, le hallaremos reuniendo en su estructura cuanto en elementos pueda abundar la materia inerte, tanto, que analizándolo convenientemente, veremos que en su último resultado no es mas que tierra, agua y aire, en un estado particular de condensacion, con toda la complicacion y combinacion de elementos del más completo y prodigioso organismo. Todo en el cuerpo humano es admirable; sus principios inmediatos, sus tejidos, sus órganos y aparatos, todo viene formando un conjunto asombrosamente organizado: y luego á su vez ¿cuánto no hay digno de admirar en sus funciones de nutricion y propagacion, en las de locomocion y sensibilidad, de la vida orgánica y de la vida animal en sus diversos actos y progresiones variadas? Todo juega y funciona admirablemenle en el armónico mecañismo del organismo y vida del ser humano.

Así, en vista de cuanto precede, y refiriéndonos principalmente á la armoniosa complexidad de la estructura orgánica y al múltiple funcionamiento de la vida del hombre, no habrá que estrañar vengamos aquí encareciendo sobre este tan importante asunto el estudio de la *anatomía, fisiología è higiene*, siquiera fuere esta última en lo que más imperiosamente reclaman la salud privada y la pública salubridad, que, bien se sabe, suelen descuidarse demasiado, si hemos de hablar con alguna generalidad.

Pero aun así, no basta para el objeto educativo del hombre y de la humanidad, que es nuestro tema principal en estos artículos. Cuando se trata de la educacion, no basta considerar solamente al hombre en el órden físico, sino que tambien, cual ya anteriormente lo hemos hecho comprender, y conviene que lo repitamos, debe estudiarse además, con la extension posible, en su órden intelectual y moral, es decir, en toda su esfera de vida humana y en via de sus desarrollos y destinos; por lo que será siempre muy interesante el que se complete su estudio y exámen con to-

das las consideraciones necesarias y relativas á sus tendencias hácia lo inteligible y lo deseable, pues son aspiraciones inherentes á su naturaleza que deben conocerse y ser encaminadas hácia la práctica del bien. La historia natural del hombre debe elevarse al estudio de todas sus facultades, enseñándole el modo de engrandecerlas y encaminarlas á su verdadero destino. Y en tal concepto ¿cómo habríamos de consentir pasar por alto lo que por su naturaleza raya en lo más elevado, en lo más sublime y digno? Tales son en efecto los atributos de la inteligencia, de la razon, del genio mismo, y de la voluntad y su libre albedrío, del sentimiento y de la conciencia. Es de todo punto indispensable, permítasenos repetirlo, que el hombre sepa y pueda dirigirse convenientemente por los senderos de la vida, y para ello conviene se conozca ampliamente así en lo físico como en lo intelectual y moral, que de otro modo difícil de todo punto le seria poderse conducir con seguridad en sus destinos de valía y gloria, para los cuales ha nacido y ha sido criado. El estudio, pues, del hombre en el triple sentido que hemos indicado, es el estudio mas selecto y preferente de cuantos pueden ofrecerse á la humana inteligencia; puesto que á su vez es tambien el estudio de la creacion, y en cierta manera de la misma naturaleza divina. Se ha dicho ya, y así debemos comprenderlo todos, que el hombre es la síntesis, el bosquejo y complemento de la creacion visible, y el reflejo, la imágen de su Padre y soberano Autor.

M.

UN AÑO MÉNOS Y UN PASO MÁS.

Rápida ojeada sobre el movimiento religioso-moral en España en 1876.

Es indudable que cada año la civilizacion dá un paso: algunas veces esto se verifica de una manera violenta, dando lugar á escenas dramáticas que suelen acabar trágicamente, dejando tras de sí un indeleble recuerdo, como ha sucedido con tantos y tantos mártires que han sellado con su sangre su amor á la ciencia y sus convicciones religiosas.

Felizmente en nuestra época ya no se quema á los hombres pensadores: á lo más, se hace uno que otro auto de fé con ciertos libros, se le atan las alas al genio, se aprisiona el pensamiento en el estrecho círculo de una ley de imprenta más ó ménos rígida y opresora; pero al fin y al cabo ha venido á comprenderse que es inútil matar al hombre cuando no se puede pulverizar la idea.

El espíritu del siglo es la libertad, así política como religiosa. En España, sin embargo, tan arraigada estaba la intolerancia, que aun no hemos podido sacudir su férreo yugo. Quedan todavia marcadas reminiscencias de añejos hábitos y rancias preocupaciones. Aun se oprime la conciencia y se ahoga el pensamiento; aun se persigue, ¡triste es decirlo! por motivos puramente religiosos. En el año que espira ha espirado tambien la libertad más preciosa, la libertad de conciencia. La religion del estado, como si desconfiase de sí misma, de la bondad de sus principios y de la eficacia de sus argumentos, ha reclamado y obtenido del poder el privilegio de inviolabilidad, en virtud del cual siempre tendrá razon, aun en los casos en que pudiera no tenerla.

Dos principios eternamente antagónicos, la fé ciega y el principio filosófico, se aprestan á darse la batalla en nuestro suelo. La una confia en el número y en la fuerza; el otro lo espera todo de la idea. La fé ciega, cuyo imperio camina precipitadamente á su ocaso, ha organizado un formidable ejército con los restos de los vencidos en Cataluña y Navarra, y lo ha lanzado en peregrinacion á la ciudad eter-

na con ánimo de asombrar al mundo. Pero la filosofía, que no se asombra de estas cosas, ha recogído el guante; y miéntras los soldados de la fé visitaban procesionalmente las suntuosas basílicas de Roma, ella levantaba en Madrid con universal aplauso otra basílica no ménos grande, no ménos magestuosa; templo de la razon, hervidero de las ideas, foco de vívida luz que irradiará en todas direcciones los fulgores de la ciencia.

Hubo un tiempo en que las peregrinaciones tenian su razon de ser, porque eran como el vehículo de la civilizacion. A Simon de San Quintin, Ascelino, Alejandro y Alberto, monjes franciscanos, se les debe en parte el descubrimiento de las riquezas del interior del Africa, y las peregrinaciones contribuyeron no poco al progreso del comercio en Egipto y Grecia y en todo el Oriente, debiendo la Europa á aquel movimiento la adquisicion de muchos conocimientos útiles; pero hoy el vapor y la electricidad han hecho de las naciones un solo pueblo; la ciencia no es patrimonio de una casta, y los sacerdotes dejaron de ser dioses como lo eran los brahmanes. La civilizacion no necesita ya de las peregrinaciones para estender su vivificadora influencia. La peregrinacion de 1876 no dejará en los ánimos otra huella que un pasajero recuerdo, ni en las artes otras señales que una medalla conmemorativa, un grupo fotográfico de la audiencia papal y algunos cantos y salmodias de la escuela primitiva.

Este siglo necesita un alimento espiritual muy distinto del que pueden ofrecerle las procesiones y romerías. La razon, despues de haber derribado de sus altares á los antiguos dioses, se ha erigido en diosa, y por tanto el alimento espiritual del siglo ha de satisfacer á la razon. La basílica del porvenir será el templo de la ciencia. Así lo ha comprendido la filosofía; y al recoger el guante soberbiamente arrojado por los apóstoles de la fé ciega, ha puesto la primera piedra del templo del porvenir fundando la *Universidad Libre*, que viene á ser el credo, la profesion de fé del siglo. La juventud española ha respondido al llamamiento de los sacerdotes de la ciencia, y el número de

alumnos matriculados en la *Universidad Libre* fundada en la capital de España es superior al de los matriculados en las universidades católicas de París y de Kensington, fundadas últimamente por el clero de Francia y de Inglaterra.

Humilde comienzo tienen todas las manifestaciones del espíritu.

¡La ciencia!... esa eterna fotografía de Dios; ese movimiento de la razon, como la llamó Aristóteles, ¡cuán despreciada y combatida se ha visto siempre en sus principios! ¡Cuánto no sufrió Galileo! ¡Cuánto no padeció Colon! ¡Con cuántas contrariedades no tuvo que luchar Jacobo Brett para sumergir el primer hilo telegráfico desde Douvres hasta Grisnez! Esta es la historia de las ideas, de todas las grandes ideas: la estrañeza, el asombro y la incredulidad primero; la persecucion después; y por último... por último, la admiracion y la apoteosis.

San Agustin, que es una lumbrera de la iglesia, negó la existencia de los antípodas; y Colon y Galileo sin ser santos, pero con más ciencia, la afirmaron y demostraron. Por donde se ve que las verdaderas lumbreras del entendimiento no son las que alumbran por la fé, sino las que alumbran por la ciencia.

Por esto los amantes de la luz señalaremos con piedra blanca el año próximo á espirar. La religion de la ciencia, que es la religion del porvenir, ha levantado un templo en la capital de España. *La Universidad Libre* es la pagoda del progreso, es la sinagoga del adelanto, es la basílica de la civilizacion.

Adios, año setenta y seis del siglo de la ulla! Los racionalistas cristianos te saludamos con gratitud y te recordaremos con placer; porque has asistido al principio del triunfo de la luz sobre las tinieblas.

Adios, período de nuestra pobre vida! vuelve á sumergirte en la eternidad, en tanto que nosotros seguimos buscando en el tiempo los medios de nuestra redencion por la ciencia y el amor.

Amalia Domingo y Soler.

Gracia.

**

VARIEDADES.

EL CAZADOR Y LAS PERDICES.

APÓLOGO.

Diz que un astuto cazador tenia,
para que le sirvieran de reclamo,
dos gallardas perdices,
con que del monte y llano
las perdices diezmar conjeturaba
y abastecer con ellas el mercado.
Tomó la más hermosa;
salió con ella al campo
cierta mañana; asegurò la jaula
en las ramas de un árbol,
y ocultándose presto,
de su voz aguardó el primer ensayo.
Cantó el ave parlera
sin cesar, y en el bosque, y en el prado,
y en el viñedo pròximo,
y en valles y en collados,
cien perdices á coro respondieron,
más, como por ensalmo, se callaron.
El cazador, con el zurron vacío,
regresó cabizbajo:
la prueba repitiò, y nunca lograba
mejores resultados;
antes bien las perdices campesinas
de su perdiz huian al reclamo.
Y era que la cantora
decia en su lenguaje y con su canto:
«Huid, amigas mias,

huid, por vuestra vida, que á mi lado
está vuestro enemigo,
que os acecha cruel para mataros.»
El cazador, que no entendió la traza,
viendo inútil y vano
de la hermosa perdiz por complacerle
el constante trabajo,
le abrió la portezuela de la cárcel,
y así gozó la libertad del campo.
No así su compañera:
con hipócrita voz, fingido halago,
á sus propias hermanas
seductora engañando,
«Venid, amigas mias,—les decia—
y hallaréis junto á mí sabroso pasto.»
Las incautas perdices
corrian presurosas á su lado,
y, en vez del pasto prometido, hallaban,
del cazador oculto á los disparos,
una muerte segura,
con que menguaba el escuadron alado.
Mas, al tirar el cazador, un dia,
á una perdiz del campo,
un lijero temblor desvió el tiro,
y la suya matando,
la perdiz elevosa
sufrió la penitencia en el pecado.

El premio siempre alcanzan
los generosos actos;
más la conducta aleve
del infame traidor, no espera en vano
el castigo que piden
las fementidas obras del malvado.

Isidoro Pelliger.

EL CÁNCER SOCIAL.

I.

Hemos progresado mucho materialmente, pero nuestro progreso moral, que es el adelanto social verdadero, se halla reducido á mezquinos límites, y esta falta de armonía ha helado el corazon de nuestra sociedad descreida haciendo nacer en ella el monstruo feroz del egoismo, que es el cáncer del presente siglo. Y es que al fijar, ciegos ú orgullosos, demasiado la vista en la tierra, olvidamos casi en absoluto la costumbre de elevarlos al cielo, sufriendo luego las tristísimas, pero providenciales consecuencias de tal conducta. Creemos, en nuestro discurrir menguado, levantar el edificio de la humana felicidad á altura inconmensurable con el progreso material, y conocemos luego, cual los soberbios edificadores de la alegórica torre de Babel, el resultado de nuestra lijereza, ante la amarga decepcion de no ver compensados estos esfuerzos, animados, despues de todo, en el fondo, tan solo por mezquinas miras.

La ley de eterna justicia que rige el universo moral ha castigado y castiga con equidad terrible el egoismo que acusan las obras de la humanidad, dejando á esta que se revuelva diariamente en convulsiones buscando remedio á sus males, ya que por propia culpa perdió el camino que á su salud directamente y sin esfuerzo conducia.

II.

Todos conocemos el *egoismo*, debilidad innoble, secuela de nuestra pequeñez, que se inicia á manera de instinto inofensivo, y acaba por un endurecimiento de corazon que lleva al hombre hasta la crueldad inconcebible de ver perecer á sus hermanos sin inmutarse.

Y hemos de confesarlo noblemente: lo conocemos, porque todos ¡hombres al fin! hemos sentido más ó ménos su aguijon; aun cuando, dicho sea en honra de la especie humana, existen millones de seres en los cuales tan repugnante sentimiento apenas se deja percibir.

Mas no es á este egoismo fugáz al que nos referimos, sino al egoismo que se apodera del corazon y llega hasta petrificarlo.

Al que lleva por grados, cual la embriaguez, hasta el embrutecimiento.

Al que absorbe cuanto apropiarse puede, sin cuidarse de si lo que á los demás usurpa puede serles necesario.

A la brutal pasion que degrada al ser más digno, hechura del Hacedor Supremo, convirtiéndole en el mas indigno y degradado.

A la enfermedad social que, despues de matar los mas bellos sentimientos en el corazon del hombre, penetra traidora en la familia, cunde en la sociedad y divide los pueblos y las naciones despues de destrozar las familias.

Este es el egoismo de que hablamos.

En cuanto á su asqueroso tipo, el egoista, harto conocido es tambien por desgracia de todos.

No hay que descender á examinarle en detalle; á tratarle con la intimidad relativa y condicional, única que él acepta, para adivinar donde se halla: la pasion ruin que le domina se desprende de sus menores acciones, de sus jestos, de su lenguaje, y se desprende sin que él de ello se aperciba.

Si aisladamente le examinais, veréis siempre en su frente el sello de la preocupacion innoble y la desconfianza.

Si le mirais en sociedad, descubriréis en el acto, á través de su afectuosidad fingida, la seguridad que reina en su corazon y la violencia con que espresan sus labios cualquier sentimiento noble.

Si le observais en el seno de la familia, la frialdad que brota hasta de sus palabras, heladas como su alma, os herirá cruelmente; pues para él la madre, la esposa, los hijos, son muchas veces los enemigos de sus intereses; los considera como serviles dependientes.

En el colmo de su abnegacion llega á mirarlos como asociados suyos, si saben transigir con la pasion que le domina.

Es el egoista el ser por escelencia inútil, el zángano social, que se asimila sin remordimiento cuanto á su paso encuentra, y no da nada á sus hermanos.

El hombre que hace su jornada en este triste mundo sin dejar, al despedirse, una huella agradable de su paso; sin que se vierta á su muerte una lágrima de dolor ó de compasion al ménos, ese es el egoista.

III.

El hombre dominado completamente por el egoismo; aquel cuyo corazon está blindado contra todo sentimiento tierno, contra la invasion de todo afecto digno, vive solo en medio de los demás.

El mundo del egoista lo constituye su persona.

Es un mundo pequeño, pero él no conoce ni concibe otro.

Consecuencia legítima de su opinion menguada es que no mira como existente sino cuanto afectarle puede de un modo directo, y subordina todos sus cálculos á sus mezquinos sentimientos.

Bajo estos auspicios vive, y si llega á constituir una familia, esa familia se forma teniendo por base una union egoista, union que produce:

La indiferencia siempre entre los padres y los hijos;

La indiferencia, cuando no el odio, entre los hermanos;

La disolucion prematura de la familia, cuyos individuos bus-

can fuera del hogar lo que allí no encuentran que satisfaga sus instintos;

El estravío por fin de los mismos, cuando, animados de idénticas miras que sus padres, constituyen otras tantas familias bajo iguales auspicios, ó aceptan, sin consultar sú aptitud ó vocacion, una carrera á que no son llámados; todo ello en perjuicio más ó ménos directo de la humanidad, de la cual son miembros carcomidos.

Llevad ahora ese ruin sentimiento á las elevadas clases, á las agrupaciones sociales, á una institucion cualquiera, animad con él el corazon de los que están arriba, harto saturado por desgracia de malas pasiones, y veréis:

Al hombre utilizando el poder que le dan su gerarquía social ò la fuerza brutal de que dispone, para oprimir y esplotar á sus semejantes;

Para perpetuar en beneficio propio la ignorancia agena;

Para destruir con igual fin la conciencia de su dignidad y sus deberes en las masas;

Para lograr por inicuos medios lo que sabe no podria conseguir nunca obrando con nobleza.

Para convertir, en suma, el mundo en teatro de sus miserias, sin consideracion alguna á los demás hombres sus hermanos.

IV.

Temamos, pues, conocidos los tristes efectos del egoismo en la humanidad, sus malignas influencias, qué tántos males y perturbaciones han causado.

Huyamos del egoismo individual, si queremos evitar ser contagiados.

Huyamos doblemente del egoismo colectivo por muy elevado que le veamos y sea cual fuere la razon social con que se nos presente encubierto, si no queremos, sin conciencia de ello tal vez, servir de estímulo á su propagacion ó ser sus víctimas.

Huyamos de servir de pasto á tan ruin sentimiento, si queremos vernos libres de remordimientos y ansiamos disfrutar aquí una dicha relativa en el amor de nuestros hermanos, en la dulce paz del hogar y en el comercio social.

Y unamos, por fin, nuestros nobles esfuerzos contra el egoismo descubierto, y el disfrazado que es peor; contra el egoismo individual y el colectivo; haciéndolo sin temor de lastimar nunca sentimientos elevados, susceptibilidades dignas ni intereses nobles, porque allí donde esa infame pasion mora, ni hay elevacion, ni dignidad, ni nobleza.

Hora es ya de que toda conciencia honrada proteste contra ese asqueroso cáncer que devora las entrañas de la sociedad actual.

D. F.

CARTAS SOBRE LA COMUNICACION ESPIRITUAL.

VII y última.

Existe el espíritu? Pues si existe, de sus manifestaciones no puede colegirse sino que es una sustancia activa, de actividad libre, voluntaria, con aptitud para obrar sobre la sustancia pasiva del universo y servirse de ella para ponerse en relacion con los demás seres inteligentes de su misma naturaleza. Por consiguiente, conviniendo tu amigo en la existencia del espíritu, habrá de convenir en la posibilidad de la revelacion espiritual, á menos que se empeñase en negar por sistema lo que racionalmente se afirma y se demuestra. Y cuenta que conceder la posibilidad del hecho es lo mismo que conceder su realidad; pues lo que es posible, no deja de realizarse. Si dentro de la eternidad y de la inmensidad dejara de realizarse un hecho posible, faltaria una nota para la completa armonía de la creacion universal.

Pero la cuestion de realidad es de hechos, y cuando los hechos pueden hablar están demás los discursos. Tú los has presenciado, Fortunato; tú has admirado conmigo el fenómeno leyendo páginas bellísimas de inspiracion superior convulsivamente escritas en tu presencia, pensamientos profundísimos sobre materias estrañas á la instruccion del que servia de instrumento á los espíritus. Si mi testimonio pudiese tener algun valor á los ojos de tu buen amigo Bernardo, pruebas podria darle por las cuales veria demostrada la comunicacion espiritual. La primera vez que yo la recibí, suscribióla un espíritu que yo desconocia; hablóme de los que habian sido sus padres en la tierra, citó sus nombres, y como despues me fuera fácil comprobar la verdad de sus palabras, resultaron exactos su nombre y los de sus padres. La tercera vez, dijóme el espíritu el pueblo de su nacimiento en la tierra, determinando al mismo tiempo su situacion geográfica; consulté el Diccionario, en atencion á que yo ignoraba la existencia de tal pueblo, y ví comprobadas las indicaciones del espíritu. En cierta ocasion, el espíritu que se comunicaba conmigo manifestóme, en presencia de varios amigos que me acompañaban, que en aquel instante estaba inspirando á otra persona á quien nombró; y todos pudimos persuadirnos de que no nos habia engañado; pues aquella persona recibia en el mismo momento una comunicacion espiritual suscrita con el mismo nombre que la obtenida por mí. Hechos de esta naturaleza podria citar no pocos, siendo de ellos testigos los individuos del *Círculo Cristiano Espiritista* de Lérida, á quienes conoces como yo; mas esto me obligaria á prolongar esta carta y á ocupar en el presente cuaderno de El Buen Sentido más espacio del que puedo disponer.

Por otra parte, mi testimonio significa muy poco al lado de otros que me es lícito invocar en confirmacion de la realidad del fenómeno. La aceptan los hombres de la Iglesia, y la aceptan tambien, despues de meditado estudio, los prohombres de la ciencia. El cardenal Gousset, Mons. Sibour, arzobispo de París, los Padres Ventura, Caroli,

Gury, Pianciani, Pailloux y Tizzani, los abates Guillois, Maupied, Caupert, Sorignet, Monticelli y Alimonda, de conformidad con los Cuvier, los Laplace, los Franklin, los Browsais, los Aragó, los Giofroy, los Lavater, los De Jussieu, los Gregory, los Hufeland, los Recamier, los Babinet, los Faraday, los Reynaud, los Barrault, los Flammarion, los Pezzani, los Victor Hugo y otros cien sábios no ménos ilustres, antiguos y modernos, verdaderas lumbreras de la humanidad, todos convienen en la realidad del fenómeno, atribuyéndolo la mayor parte á una influencia inteligente espiritual, estraña á la personalidad de aquel que le sirve de instrumento.

Pero como la importancia de las personas mengua en nuestro ánimo á medida que aumenta la importancia de los hechos que atestiguan, yo le diré, en conclusion, á tu amigo: Olvida si quieres todos estos testimonios, pero concéntrate y medita. Estúdiate á tí mismo; fija tu consideracion en los hechos que te rodean y en los fenómenos que se realizan en lo íntimo de tu ser; procura recordar aquellos accidentes de tu vida que han dejado en tu ánimo alguna misteriosa huella; reflexiona sobre las intuiciones y presentimientos de tu alma, y sobre esos movimientos, al parecer instintivos, que deciden á veces de la suerte del individuo, y encontrarás en todo esto pruebas inequívocas de la inspiracion espiritual que providencialmente desciende sobre tí para atraerte al camino de tu deber, que lo es del progreso de tu espíritu. Medita despues acerca los acontecimientos históricos de la humanidad en la sucesion de los tiempos, acerca sus principios, evoluciones y sorprendentes desarrollos, y no te quedará duda de que la humanidad, como el individuo, marcha al cumplimiento de sus destinos ausiliada y aun empujada por la revelacion, sin la cual no le hubiera sido posible, especialmente en sus principios, dar un paso acertado en el camino de su perfeccionamiento, como tampoco llevar á cabo las esplendorosas conquistas de la ciencia que una tras otra vienen á premiar los grandes esfuerzos de la actividad humana. Y en uno de esos momentos de espiritual concentracion, en que el alma, solicitada por el iman del infinito, se eleva en busca de los manantiales de la luz; ruégale al buen Dios en cuyo aliento te bañas, de cuya sabiduría te alimentas, en cuya suavísima fragancia te extasías, haga caer sobre tus ardientes sienes una gota del rocío de los cielos, una palabra que vigorice tu fé y afirme tus esperanzas. Tu plegaria subirá de onda en onda al través de los espacios; llegará hasta los espíritus que recogen el incienso que se eleva de la tierra; y ellos vendrán á decirte que los muertos viven; que la moralidad de las acciones humanas tiene su sancion al otro lado del sepulcro; que así como no se pierde un solo átomo de la materia que constituye los cuerpos, tampoco se pierde uno solo de los átomos inteligentes que constituyen la gran familia humana universal.

Tuyo,

JOSÈ.

Lérida 1.º Diciembre 1876.

LÉRIDA.—IMP. DE JOSÉ SOL TORRENS.—1876.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

SECCION DOCTRINAL.

	Pág.
Nuestra Bandera, por La Redaccion.	1
Introduccion á la Historia Universal, por M.	7
La Religion y el Universo, por F. M.	14
La Moral, la Religion y el Cristianismo, por J. A.	25
Introduccion á la Historia Universal, II.	32
El Pecado Original, por J. A.	39
Dos Palabras, por La Redaccion.	49
Manejos Ultramontanos, por Id.	50
Introduccion á la Historia, III.	57
El Pecado Original, continuacion.	67
La Sávia del Cristianismo, por J. A.	81
Introduccion á la Historia, IV.	88
La Sávia del Cristianismo, II.	105
Introduccion á la Historia, V.	111
El Pecado Original, continuacion.	117
La Sávia del Cristianismo, III.	129
Introduccion á la Historia, VI y último.	136
El Discurso del Sr. Montero Rios, por J. A.	141
Advertencia, por La Aministracion.	161
La Sávia del Cristianismo, IV.	162
La Humanidad y su Educacion, por M.	167
El Discurso del Sr. Montero Rios, II y último.	171
La Sávia del Cristianismo, V.	193
La Humanidad y su Educacion, II.	199
La Religion y el Universo, II.	206
La Humanidad y su Educacion, III.	225
La Religion y el Universo, conclusion.	233
El Pecado Original, continuacion.	240
La Sávia del Cristianismo, VI.	257
La Humanidad y su Educacion, IV.	261
El Pecado Original, continuacion.	268
La Sávia del Cristianismo, VII.	289

Pág.

La Humanidad y su Educacion, V. 295
El Dogma del Pasado y el Dogma del Porvenir, por J. M. . 301
La Humanidad y su Educacion, VI. 321
El Pecado Original, conclusion. 328
El Espiritismo y la Ciencia, por C. F. 337
La Sávia del Cristianismo, VIII y último. 354
La Humanidad y su Educacion, VII. 357
La Verdadera Democracia, por J. A. 385
La Humanidad y su Educacion, VIII. 391
Nuestra Primera Campaña, por La Redaccion. 417
La Humanidad y su Educacion, IX y último. 422
Un año ménos y un paso más, por A. D. 431

VARIEDADES.

Polémica con *El Sentido Comun*. 24
Id. id. id. 45
La Palabra, por J. B. C. 74
Polémica con *El Sentido Comun*. 77
Comentarios sobre algunos versículos del Evangelio. . . . 97
Sueltos de polémica con *El Consultor de los Párrocos*. . . . 98
Sentencia dada por el Santo Oficio contra Galileo. 102
En el Mar, poesía, por D.ª A. D. 122
Sueltos de polémica con *El Consultor de los Párrocos*. . . . 126
Instrucciones populares, por J. B, C. 150
Misterio, poesía. 154
Sueltos de polémica con *El Sentido Comun*. 158
El Problema de la Vida, poesía, por I. P. 179
La Creacion, segun la Ciencia, la Filosofía y la Nueva Revelacion, por M. 184
A nuestros hermanos. De *El Criterio Espiritista*. 186
Juicio del presbítero D. Felix Sardá y Salvany acerca de la realidad de los fenómenos espiritistas. 187
Sueltos de polémica con *El Consultor* y *El Sentido Comun*. . 190
Sueltos de *El Criterio Espiritista*. 191
Las Dos Piedras, apólogo, por I. P. 212
Carta I sobre la comunicacion espiritual, por J. A. 213
La Creacion, segun la Ciencia, etc., continuacion. 215
Sueltos de polémica con *El Consultor*. 217
Apuntes históricos de la Inquisicion. 221
Los incrédulos, por J. Arrufat. 221
Carta II sobre la comunicacion espiritual. 248
Instrucciones populares, II. 250
Sueltos de polémica con *El Consultor*. 254
Apuntes históricos de la Inquisicion. 255
La Primera Falta, poesía, por I. P. 274
Pluralidad de las existencias del alma, por J. Arrufat. . . . 276
Carta III sobre la comunicacion espiritual. 279

Pág.

La Creacion, segun la Ciencia, etc. 281
Polémica con *El Consultor*. 283
Apuntes históricos de la Inquisicion.. 285
Sueltos de *La Ilustracion Espirita* de Méjico. 287
Sueltos de *El Criterio Espiritista*.. 288
Polémica con *El Consultor*. 307
Carta IV sobre la comunicacion espiritual. 312
Instrucciones populares, III. 314
La Creacion, etc. continuacion.. 317
Apuntes históricos de la Inquisicion.. 320
La Creacion, segun la Ciencia, etc. 347
Suelto de polémica con *El Consultor*. 352
El Espiritismo en la Creacion, por D.ª A. D.. 364
Carta V sobre la comunicacion espiritual. 369
La Creacion, etc., continuacion. 371
Instrucciones populares, IV. 376
Una Circular. De la *Revista Espiritista* de Barcelona.. . . . 379
Apuntes históricos de la Inquisicion. 381
Album fraternal espiritista. De *El Espiritismo*. 383
La Comunicacion Ultra-terrena, por D.ª A. D.. 399
Carta VI sobre la comunicacion espiritual. 405
Instrucciones populares, V y último. 407
La Creacion, etc., conclusion. 410
Apuntes históricos de la Inquisicion, conclusion. 411
Documento curioso. De *La Ilustracion Espirita*. 415
El Cazador y las Perdices. (Apólogo, por I. P. 434
El Cáncer social, por D. F.. 436
Carta VII y última sobre la comunicacion espiritual.. . . . 439
Índice. 441